Cat.

El texto ———— R.

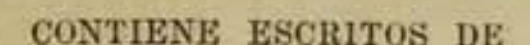
faltan las 4 lams.

ANTONIO PÉREZ DUBRULL, EDITOR.

LA MARGARITA

ÁLBUM

DE LAS SEÑORAS CATÓLICO-MONÁRQUICAS.



CONTIENE ESCRITOS DE

Las Sras. Armiño (doña Robustiana).
Biedma (doña Patrocinio de).
Carolina P.
Esperanza.
Floresta.
Poggi (doña Isabel).
Saralegui (doña M. de la C.).
Y los Sres. Alarcon (D. Julio).
Aparisi y Guijarro.
Barasona (D. Joaquin).
Barbagero (D. Justo).
Carral (D. B. F.).
Doblas (D. Eduardo).
Doldan (D. Roman).
Fábregues (D. Salvador María).
García Gonzalez (D. Arcadio).
Hevia (D. Domingo.)
Insausti (D. Patricio).
Jornet.
Juan de Luz.
Liniers (D. Santiago).
Manterola.
Martin Melgar.
Nombela (D. Julio).
Novoa (D. Valentin).
Perea (D. Obdulio).
Topffer.
Valbuena (D. Antonio).
Vizconde de la Esperanza.



MADRID.—1871.
IMPRENTA Á CARGO DE D. ANTONIO PEREZ DUBRULL,
calle del Pez, núm. 6, pral.



LA MARGARITA.

ALBUM DE LAS SEÑORAS CATOLICO-MONARQUICAS

AÑO I. 2 ABRIL 1871. NÚM. 1.°

SUMARIO.—Nuestro pensamiento.—Flor de siempre, por D. F. Martin Melgar.—Mantillas y peinetas, por Juan de Luz.—LOS CAPRICHOS DE LA MODA: Impresiones de viaje.—BELLEZAS DE LA RELIGION: Salve Regina.—Ecos de Madrid.—Margaritas.—Charada.

NUESTRO PENSAMIENTO.

—

Anunciado al público nuestro propósito en el prospecto que á guisa de tarjeta hemos pasado á las señoras católico-monárquicas, deber nuestro es, al ser admitidos en su presencia, al hacerles la primera visita, darles á conocer, con la sinceridad que corresponde, todo nuestro pensamiento.

Hace dos años que millares de españoles leyeron estas frases, que habia trazado el mas honrado de los hombres políticos de España:

"Doña Margarita de Borbon, decia, es un encanto. La he contemplado junto á la cuna de su hija, ocupada en domésticas labores, como Isabel la Católica. En aquella cuna, y en su marido, tiene su mundo. ¡Qué sencilla en su trato! ¡Cuán buena para los pobres! ¡Qué hermana de caridad para los enfermos! Bien lo supo el anciano Arévalo poco antes de morir, y la bendijo... Cuando habla esa mujer, se le ve el corazon, y nada hay mas hermoso en el mundo: cuando habla, no quisiéramos que acabase de hablar; porque hay en esa mujer una cosa rara, muy rara... y es que tiene un ingenio peregrino, pero ella no lo sabe. ¡Dichoso el hombre que la llama su esposa! ¡Dichoso el pueblo que la salude su Reina!"

Tal fue el primer retrato que el mágico pincel del ilustre Aparisi y Guijarro hizo de la egregia Princesa unida al heredero legítimo del Trono de Felipe V y de Cárlos III; y esta pintura tan sencilla como fiel cautivó los co-

razones, convirtiendo á doña Margarita en un ídolo.

Desde entonces hay un deseo en todos los que anhelan el triunfo de la legitimidad: amar y ser amados de tan noble señora.

¿Qué poder humano habrá que logre impedir que la ilustre desterrada reine, si no en el Trono, en el corazon de los que la conocen, de los que esperan la salvacion y la felicidad de su cariño?

Pues bien: sin eludir las leyes existentes; sin incurrir en las iras legales de los que gobiernan, podemos en este inofensivo semanario dar espansion y desahogo á ese afecto purísimo que nos une á la ilustre Princesa; conocer sus deseos, sus pensamientos; admirar sus cualidades; adorar sus virtudes; acostumbrarnos mas y mas á esperarlo todo de su buen corazon, de su privilegiado talento, y ofrecer á su alma dulcísimo consuelo, llevando á su retiro la espresion de nuestro profundo respeto, de nuestro acendrado cariño.

¿No es verdad, apreciables lectoras, no es verdad que al saber á menudo lo que piensa, lo que hace, lo que anhela la Reina... de nuestro corazon, esperimentareis una pura alegría? ¿No es verdad que os complacerá en estremo conocer sus proyectos, participar de sus esperanzas, oir á cada instante detalles de su vida íntima, figurárosla á cada momento animando á los tímidos, calmando á los impacientes, consolando á los afligidos, y contemplando en sus sienes la aureola de la esposa y de la madre, ya que no todavía la Corona de la soberana?

Pues del mismo modo complacerá á doña Margarita tener noticia de vuestros pensamientos, escuchar vuestras quejas, saber por vosotras lo que sufre el pais, y animaros con su ejemplo.

Profundamente religiosa la ilustre Princesa, amante del hogar, de la familia, no desdeña el progreso verdadero; al contrario, lo desea para España. Sabe que es necesario endulzar los trabajos con lícito recreo: y siguiendo en todo sus inspiraciones, adivinándolas, demostraremos que no son las tinieblas, sino la luz; que no es el fanatismo, sino la Religion purísima; que no es la ignorancia repugnante, sino la civilizacion cristiana, lo que desea ofrecer á España el partido que la considera como su ídolo.

En este ÁLBUM, que, de seguro, no rechazarán ni aun nuestros adversarios—que sabrán respetarle porque se hará apreciar—aprenderán á hacernos justicia, y se convencerán de que lo que quereis al ser políticas, es cumplir la mision que Dios ha dado á la mujer; esto es, curar las llagas que destruyen la sociedad, enjugar las lágrimas que cuestan las luchas intestinas, cultivar el hermoso ramo de oliva, y asentar el reinado de la paz, para que á su calor fructifiquen los grandes heroismos, las santas virtudes, las honrosas acciones.

Buscando la forma mas amena, pidiéndoos la asidua revelacion de vuestras ideas en favor de los santos principios que defendemos, ansiamos estrechar mas y mas los lazos que nos unen á doña Margarita, justificar á los ojos del mundo entero nuestras aspiraciones, y hacer una propaganda legítima, honrada, fecunda.

Con que conozcan todos á la ilustre Princesa; con que os conozcan, basta.

Nuestro ÁLBUM se ocupará en todo cuanto pueda interesaros; y para que

Dios nos conceda el acierto necesario, invocamos la proteccion del Altísimo, imploramos, al comenzar nuestro trabajo, la bendicion del Jefe visible de la Santa Iglesia, y dedicamos nuestras tareas á la augusta Princesa cuyo querido nombre nos sirve de emblema.

LA REDACCION.

FLOR DE SIEMPRE.

—

Crece en los hermosos campos
de la dulce patria mia
una flor, la mas modesta
que el manso viento acaricia.
Mécese su erguido tallo,
no por ensalzarse altiva,
pero para ver el cielo
y recibir sus sonrisas.
Blanca diadema de perlas
sus pétalos simbolizan,
y un broche de oro en el centro
del sol á los rayos brilla.
¡Bendita flor que así hermana,
humildad y gallardía!
violeta que no se oculta,
sino que á los cielos mira.
Dios la arrojó en nuestros campos,
prendió en ellos su semilla,
y sin ajenos cuidados
por todas partes germina.
Ella engalana los valles,
ella viste las colinas,
sin tener mas jardinero
que el sol, el agua y las brisas.
Aunque manos despiadadas
pretendieran destruirla,
por cada flor que arrancasen
veinte nuevas brotarian.
Pues quiso Dios que en mi patria
esa flor perenne viva,
y habiendo un palmo de tierra
brotará una *margarita.*
Así tambien el recuerdo
de otra flor aun mas querida,
en los pechos españoles
con el corazon palpita.
Otra flor del mismo nombre,
mas modesta todavía,
que tambien lleva la frente
con diadema guarnecida.
Dios la formó para España,
que lejos de ella agoniza,
y la espera como al ángel
que ha de cerrar sus heridas.
Ella reina en las montañas,
ella en los valles domina,
respétanla en los palacios,
bendícenla en las campiñas.
Aunque arrancar un recuerdo
pretendan manos impías,
no podrán, como no arranquen
con el recuerdo la vida.
¡Bendita flor, cuya imágen
al que sufre fortifica,
y en quien las almas cristianas
cuanto hay grande simbolizan!
¡Bendita tambien mil veces,
bendita la patria mia!
¡Mientras tenga un pecho honrado,
latirá por MARGARITA!

F. MARTIN MELGAR.

MANTILLAS Y PEINETAS.

—

Nadie ha dado en el *quid.*

En vano ha asegurado algun periódico que carece de malicia la eleccion de mantillas de casco y peinetas de teja que las señoras de la aristocracia han exhumado para adornarse.

En vano han demostrado que, en vez de ser un acto de oposicion, es pura y simplemente una necesidad de reemplazar los figurines de la moda francesa, que con motivo de la guerra se han escondido y no dan señales de vida.

Indicaciones, protestas, todo ha sido inútil.

—Pero ¿por qué, se preguntan las personas imparciales, por qué los que gobiernan han visto en las peinetas y las mantillas un acto de rebelion contra la dinastía revolucionaria?

La razon es muy sencilla.

Los hombres que hoy dominan, manifestaron tambien con la cabeza, hará cosa de doce años, su oposicion al gobierno que entonces regia los destinos del pais.

Los progresistas estaban en desgracia.

D. Salustiano de Olózaga, que tiene algo de infantil, no podia vivir en la soledad, en el silencio: necesitaba llamar la atencion, sacar á su partido del ostracismo, y, en su afan de reformar, en su anhelo de destruir los *obstáculos tradicionales*, se levantó una mañana inspirado, y esclamó:

—¡Voy á salvar el pais; voy á abolir el sombrero de copa alta!

La idea pareció peregrina á sus amigos.

—¡Cuando el gobierno nos vea á todos con sombrero hongo, pensaron, temblará!

Hubo varias reuniones; se consultó á los sombrereros; los periódicos trataron en artículos de fondo esta cuestion *capital*, y poetas y prosistas, muchos de los que hoy son eminencias, tuvieron la bondad de regalar á España un libro en el que cada cual emitió su opinion sobre aquella reforma, que, en concepto de sus iniciadores, debia hacer una revolucion.

Ventura de la Vega honró aquel libro con este inolvidable dístico:

Yo ni apadrino ni rechazo el hongo:
si todos se lo ponen, me lo pongo.

Preparadas las cosas despues de muchos cabildeos, se dieron cita los honguistas, y era de ver al turgente señor Olózaga con su gracioso sombrerito de pastor de la Arcadia, y á otro porcion de amigos suyos, cruzando el Prado como quien está seguro de producir honda sensacion en la sociedad.

Dios sabe lo que hubiera pasado si aquella tarde no hubiese refrescado una menuda lluvia el hongo y la cabeza acalorada de los progresistas.

Por fortuna, aquel primer paso de la revolucion se ahogó, y el gobierno salió ileso de tan rudo ataque.

Los sombrereros hicieron su negocio, y la cosa no pasó adelante.

Ahora bien: como los hombres de la situacion creyeron por aquel medio acabar con el gobierno tiránico que imperaba, ¿tiene algo de estraño que, en su adorable candidez, hayan visto un peligro para las instituciones vigentes en las mantillas y las peinetas?

Hay, pues, que perdonarles la alarma en gracia del susto que se han llevado, y hasta, si es necesario, preguntarles si pertenece ó no á los *derechos ilegislables* el de vestirse al gusto propio, ó si ha de ser al gusto del gobierno.

Por lo demas, si no fuera cierto aquello de que cuando la Providencia quiere perder á los hombres los ciega, ellos, los que blasonaban de ser españoles de pura raza, se habrian entusiasmado, ó hubieran fingido que se entusiasmaban, al ver á las señoras dejar de ser esclavas de la moda francesa para buscar en los recuerdos españoles airosos trajes, lucidos adornos, y, sobre todo, recuerdos gratos al alma y halagadores al orgullo nacional.

¿No acusan á las damas porque viven á la francesa, porque tienen criados estranjeros, porque son tributarias de la industria esterior?

¿Pues por qué no alentar ese renacimiento?

Y, sin embargo, esto, que parece fútil é insignificante, encierra un principio salvador.

Para que España exista es necesario que haya españoles; y para ser buen español es preciso, absolutamente preciso, que la riqueza de España se consuma en España; que las costumbres tengan carácter propio; que se estimule el trabajo; que se aliente el espíritu industrial en nuestra patria; que tengamos á gala no usar otros productos que los nacionales, porque solo así podremos salvar de la pobreza á las clases desheredadas, y contribuir al engrandecimiento del pais.

Esta idea ha sido y es una de las mas vehementes de doña Margarita.

En una nacion en donde hay costumbres y recuerdos gloriosos, no es posible, sin una abdicacion lamentable, renunciar á lo que se posee, para pedir al estranjero lo suyo. En un pais donde las mujeres tienen bastante imaginacion y bastante gusto para ador-

narse y embellecerse sin necesidad de inspiraciones artificiales de fuera, es una verdadera desdicha que aguarden todas el figurin francés.

Es necesario hasta exagerar el españolismo para volver á ser dignos de habitar en una nacion civilizada; es necesario buscar la realizacion, no solo de las necesidades, sino de los caprichos, en el trabajo y en el ingenio español.

Y si algun dia quiere Dios, como esperamos y deseamos,—si es el deseo ilegislable, se entiende;—si algun dia quiere Dios que nuestras esperanzas se realicen, todas las mujeres que se identifiquen con doña Margarita imitarán su ejemplo, y su ejemplo será dar á todo lo español la preferencia, y lograr que la moda, siendo tambien española, en vez de arruinar á las familias, sea el sosten de las clases trabajadoras, y la manifestacion del buen gusto y de la virtud de las damas españolas.

Lo que hoy quieren evitar unos pocos, lo aceptarán mañana todos. Por de pronto, nos consta que en la próxima Semana Santa estrenarán lujosas mantillas las damas mas distinguidas de Madrid.

Animo, lectoras: sed españolas, y vuelva la mantilla á su apogeo.

Los que os combatan tienen que ser por fuerza españoles degenerados.

JUAN DE LUZ.

LOS CAPRICHOS DE LA MODA.

IMPRESIONES DE VIAJE.

I.

Paréceme, queridísimas lectoras de LA MARGARITA, que muchas de vosotras estais ya preparando vuestros mundos y vuestros mas elegantes trajes para ir á lucirlos en Bayona, Biarritz, tal vez en Spa y Vichy; algunas en San Sebastian, Alzola ó Bilbao; no pocas en Santander, Castro y Sardinero; bastantes en Andalucía y Valencia; muy pocas en Galicia, esa Escocia de España, y las mas modestas en Pozuelo, el Escorial, ó Avila.

Desde luego os felicito, y os deseo que salgais bien de vuestra empresa; pero leed antes las impresiones esperimentadas por mí el año anterior.

Para que me comprendais mejor, voy á contaros sucintamente mi historia, que es por de mas sencilla.

Yo soy hija de un antiguo militar que llegó á coronel en las filas del ejército de D. Cárlos, pero que no quiso reconocer nunca á doña Isabel; por lo cual no conservó de su graduacion mas que el mal humor, propio de todos los veteranos, y la costumbre de mando.

Habiendo venido á Madrid el año 1850, se casó con mi madre, y á los dos años estábamos en el mundo mi hermano y yo.

Como este nada tiene que ver con mi viaje, haré caso omiso de él.

Mi madre murió cuando yo tenia ocho años, y por esta causa fui escesivamente mimada por el autor de mis dias.

Uno solo de mis caprichos no pude conseguir ver satisfecho: el de *veranear*.

Mi buen padre decia que no debe viajarse sin motivo.

Hace dos años contraje matrimonio con un jóven que me adora, y el verano pasado ví satisfecho un deseo que yo creia insaciable, y que os prometo no volveré á tener.

Tiene razon mi padre; no se debe viajar sin motivo, y el *veranear* no es motivo suficiente.

Una vez casada, todo el invierno lo pasé en convencer á mi marido de que debíamos salir de Madrid por el verano.

Como Enrique (este es el nombre de mi marido) me ama con estremo, conseguí al fin mi objeto.

Aunque nuestra fortuna es modesta, podíamos permitirnos este lujo.

Cuando ya habíamos decidido *veranear*, la discusion del punto donde habíamos de ir nos tuvo indecisos bastante tiempo.

Al fin nos decidimos por las provin-

cias Vascongadas, con intencion de llegar á Francia.

II.

El dia 16 de julio salimos en el tren *exprès*, á las cinco y media de la tarde, despues de haber estado tres dias desesperada, ya con la modista, que no me acababa los sombreros ó los vestidos, ya con que el mundo era poco para contener el equipaje, ya con todos los inconvenientes que ocurren siempre antes de salir.

Por la mañana habia estado en la iglesia del Cármen, para oir misa en el altar de la Vírgen, y pedirle su poderosa proteccion durante el viaje.

Mi buen padre salió á despedirnos á la estacion, y estando en el anden, repetia su eterna cancion: "No se debe viajar cuando no hay necesidad de ello."

Por fin la locomotora partió, arrastrando una larga fila de carruajes de primera clase, y dejando en pos de sí una nube de negro humo.

Llevaba por compañeros de viaje una señora con su esposo, alto empleado en el ministerio de Hacienda, segun nos dijo, amigo íntimo de Figuerola, y escuso deciros que ardiente partidario de la gloriosa revolucion que le habia elevado, de escribiente en una administracion de carros de mudanzas, á jefe de uno de los principales negociados.

Iban tambien en el mismo compartimiento que nosotros dos franceses, oficiales del ejército, que viajaban por España con licencia, y que marchaban á reunirse á sus banderas con motivo de la guerra, próxima á comenzar, y que tan funestos resultados ha traido á la orgullosa nacion que se jactaba de estar á la cabeza del mundo civilizado, aunque no sabemos lo que Dios le tendrá reservado en sus inescrutables designios.

Al principio reinó entre los seis viajeros un profundo silencio, hablando pocas palabras, y estas *sotto voce*, mi marido y yo; pero como en estos tiempos de vapor y electricidad dos personas que se hayan visto dos veces ya se llaman amigos, cuando llegamos al Escorial la conversacion se habia animado en estremo, en lo cual tuvieron bastante parte los franceses.

El empleado de Hacienda nos habia dicho que iba á Vichy, porque padecia una dolencia crónica del hígado, que habia adquirido en la emigracion, y que mientras tanto su esposa quedaria en San Sebastian, donde tenia habitacion en el Parador Real, pedida y pagada desde el mes de mayo.

Apenas la mujer del *empleado de Hacienda* hubo oido que yo no habia salido nunca de Madrid mas que para ir de campo, ó cosa parecida, empezó á darnos cuenta de los viajes que todos los veranos emprendia, mezclando en su cháchara algunas palabras en un francés que hacia asomar la sonrisa á los labios de nuestros compañeros de viaje, y otras en español que nos hicieron encoger de hombros mas de una vez á mi marido y á mí.

Cuando pasamos el puerto, el fresco nos hizo cerrar las ventanillas y ponernos los abrigos.

El *empleado de Hacienda*, como siempre decian, tanto él como su cara mitad, que no habia dejado de fumar á pesar de la presencia de dos señoras en el carruaje, produjo tal nube de humo, que, enrareciéndose la atmósfera, tuvimos, para no ahogarnos, que abrir las ventanillas, y ya podeis conocer, amables lectoras mias, qué placer tendríamos en aquellos instantes.

Al llegar á Avila cesó por algun tiempo nuestro tormento.

Enrique bajó á la fonda y me hizo servir un chocolate.

—Yo no acostumbro tomar nada de los *hôteles* del camino de hierro, dijo mi compañera de carruaje, porque en ellos todo es caro y malo; y así que por eso traemos las alforjas bien provistas. Cuando pasemos de Avila cenaremos, y pueden Vds., si gustan, hacerlo con nosotros, que para todos habrá.

Dímosles las gracias por su ofrecimiento.

El marido tomó entonces la palabra, y nos ponderó, lo mismo que su mujer, lo bueno que era cuando se viajaba llevar buena prevencion de fiambres. El hablaba por esperiencia, pues habia viajado mucho, y estaba convencido de que cualquier cosa que se comia costaba *un sentido.*

Momentos antes de salir de Avila subió á nuestro coche un caballero de bastante edad, que nos saludó con esquisita urbanidad, y que hizo cesar las habladurías del alto empleado de Hacienda.

Nuestro nuevo compañero venia muy embozado en un abrigo azul oscuro, y con unos anteojos de viaje, de modo que, unido á la poca luz de la lámpara, apenas se podia juzgar de su semblante.

Sin embargo, su cortesanía prevenia en su favor, y Enrique se apresuró á hacerle lado en nuestra banqueta.

Cuando el tren volvió á emprender su marcha, el matrimonio comenzó sus preparativos sacando las *provisiones de las alforjas.*

Las tales alforjas eran una enorme cesta de camino, llena de fiambres, en que figuraba el pavo trufado y otros no menos delicados, y muchas pastas.

Volvieron á repetir otras dos ó tres veces sus interminables ofrecimientos, sazonándolos con la muletilla de lo malo y de lo caro que era todo en las fondas, y que ellos hablaban por esperiencia.

Despues de concluir ellos su cena, procuramos todos acurrucarnos lo mejor posible para pasar el resto de la noche, la que trascurrió sin mas novedad que la de tener que volver á abrir las ventanillas para dar salida á las nubes de humo de los inacabables cigarros del amigo de Figuerola.

(Se continuará.) CAROLINA P.

BELLEZAS DE LA RELIGION.

SALVE, REGINA.

Salve, Reina poderosa
de cuanto el espacio encierra,
de los cielos, de la tierra,
del tiempo y la eternidad;
Madre de misericordia
que ofreces á los mortales
los bálsamos celestiales
de eterna felicidad.

Dios te salve, soberana
Reina, Madre y Vírgen pura,
vida, esperanza y dulzura
del mísero pecador;
que por Tí llora y suspira,
y á Tí llama fervoroso
en el valle tenebroso
de lágrimas y dolor.

Vuélvenos esos tus ojos,
que, pues son del alma espejos,
cuanto alcanzan sus reflejos
se inunda en luz celestial;
y despues de nuestro viaje
muéstranos, clemente y pia,
á quien se hospedára un dia
en tu seno virginal.

En el mar de la existencia
sea tu piedad, Señora,
nuestra tabla salvadora,
nuestro robusto sosten;
para que dignos seamos,
por tu gracia omnipotente,
de gozar eternamente
las delicias del Eden.

OBDULIO DE PEREA (1).

ECOS DE MADRID.

Por esta vez me limitaré á esplicar el objeto de este artículo, que formará parte del ALBUM que ofrecemos á las lectoras.

Nada hay que despierte tanto interes como la narracion de los sucesos que, encadenados, constituyen la vida de las sociedades.

La realidad supera á la novela mejor imaginada, y como dicen, y es verdad, que la esperiencia es el gran libro de la vida, brindaremos á las lectoras esta esperiencia hasta donde sea posible, contándoles cuanto suceda y averigüemos.

Como la mariposa, libaremos el cáliz de todas las flores.

Dando hoy cuenta de un baile, hablando mañana de una funcion teatral, buscando á todas horas los episodios mas interesantes de la vida íntima,

(1) Este eminente poeta católico ha bajado al sepulcro en noviembre último, dejando una bellísima coleccion de poesías religiosas.

examinando todos los actos que se realicen y sirvan para estimular al bien y para apartar del mal, recogiendo las frases mas elegantes y discretas, sacando de las sombras del misterio los rasgos de virtud y de heroismo particulares que pasan desapercibidos: en una palabra: formando un ramillete de ideas, de anécdotas, de escenas, de frases y de retratos morales, amenizaremos esta seccion; y con la fina y decorosa sátira, ó el entusiasta y razonado elogio, fijaremos algunos principios que constituyan la educacion moral, que enseñen deleitando, y que pongan coto á ciertos estravíos, á ciertas debilidades que se naturalizan poco á poco en la sociedad y en la familia, disfrazados con el ropaje de la elegancia, porque no hay un portero que los conozca, les arranque la máscara y les niegue la entrada.

Esto serán los *Ecos de Madrid*, y confiamos en que la provincia y la aldea nos suministrarán tambien datos preciosos para completar nuestro cuadro.

*
* *

La ocasion en que ve la luz LA MARGARITA nos impone cierto recogimiento.

Hemos salido de la semana de Pasion y entramos en la Semana Santa.

Dias son estos que deben consagrarse, y han consagrado nuestras lectoras, á la meditacion, á las prácticas religiosas.

No podemos, no debemos turbar su devocion.

Consolador y edificante ha sido el espectáculo que han ofrecido los templos en la última semana.

Todas las clases de la sociedad, la aristocracia y el pueblo confundidos en el sentimiento religioso, han acudido á las iglesias, abandonando los paseos y las distracciones, á conmemorar los Dolores de la Vírgen Santísima.

El Cármen, las Calatravas, San Antonio de los Portugueses, los Italianos y San Márcos, han reunido bajo sus santas bóvedas á las señoras mas ilustres y mas distinguidas de Madrid.

¡Qué felicidad tan inmensa la que brinda la fe!

¡Oh! en aquellos momentos en que la imaginacion se fijaba en las amarguras de la Madre de Dios; cuando penetraban en el alma las palabras del sacerdote, los dulcísimos acordes del órgano, olvidando las desventuras que nos rodean, podíamos creernos los seres mas dichosos de la tierra.

¡Qué bálsamo tan consolador caia en nuestra alma! ¡Qué ideas tan puras las que inspiraba la oracion!

¡Ah! solo el ateismo descarado ó encubierto, que es el espíritu que alienta la revolucion, puede ser causa de los males que lamentan los pueblos que han perdido la fe.

Si los que gobiernan fueran profundamente religiosos; si se inspiraran en el catolicismo, harian el bien, porque no se concibe, despues de conocer la felicidad que ofrece al que lo hace, olvidar por completo que Dios ha querido que seamos hermanos.

*
* *

Y basta por hoy: ya saben las lectoras mis propósitos.

Abandonemos todo lo que pueda apartarnos del recogimiento religioso á que la Iglesia nos convida, y que tanto necesita nuestra alma.

ESPERANZA.

MARGARITAS.

La ley debe ser la justicia escrita. (De Levis.)

El que está contento de sí, descontenta á muchos. (Alhi.)

CHARADA.

Prima y tercia van y vienen, dan noticias, entretienen: de la ausencia son consuelo, calmar pueden nuestro anhelo, y nos llenan de tristeza. ó nos brindan el placer.	La segunda es flor hermosa, la mas noble y primorosa. Si va unida á la tercera, de las damas enumera el talento y travesura que embellece á la mujer.	Nombre dan las tres unidas á las damas mas cumplidas, las mujeres religiosas, ilustradas, bondadosas, de la patria que adoramos esperanza, honor y prez.

MADRID. 1871. — Imprenta de *La Esperanza*, á cargo de D. A. Perez Dubrull, Pez 6.



LA MARGARITA.

ALBUM DE LAS SEÑORAS CATOLICO-MONARQUICAS

AÑO I. 9 ABRIL 1871. NÚM. 2.°

EL PASADO Y EL PORVENIR.

Si España entera hubiera podido asistir á la sesion preparatoria del Congreso, ¡qué leccion tan elocuente habria recibido!

Los periódicos han referido ya lo que allí sucedió; pero no es lo mismo oir que ver.

Yo voy á ver si puedo dar una idea exacta á mis lectoras, trazar el cuadro, que bien merece la pena de figurar en la galería contemporánea como uno de los mas edificantes y sorprendentes.

Llegó la hora en que debian congregarse los representantes del pais, y algunos minutos antes llenaban el salon de conferencias y los elegantes pasillos multitud de diputados.

La alegría de los ministeriales era inmensa. Dábanse unos á otros apretones de manos, abrazos entusiastas; contábanse las peripecias de su eleccion, y como si fueran dueños de la situacion, miraban de reojo á los desconocidos.

—Hay muchas caras nuevas, decia uno.

—Esas son las temibles, contestaba otro.

—Yo estoy seguro de adivinar á los carlistas.

—Eso es muy fácil: todos los rostros compungidos, todos los ojos cóncavos, todas las caras mondas y lirondas, son de carlistas.

—Y luego el traje y el modo de llevarlo les ha de denunciar.

—Levitas abrochadas hasta arriba; ¿no es eso?

—¡Magnífico!

—Corbatines de raso negro altos, con un conato de cuello de camisa.

—¡Soberbio!

—Sotabarba...

—Eso no, poco á poco: la sotabarba es tambien un adorno progresista.

—Pantalon negro muy estrecho y un baston de muleta... Los que vean Vds. así, son carlistas de fijo.

—Allí va uno que parece...

—¿Aquel?

—¡Hombre, por Dios, si aquel es un demócrata!

—Pues no se ve ningun original de los que acaba V. de darnos tan fiel retrato.

—Ya vendrán, ya vendrán, que no son pocos los que han logrado salir de las catacumbas.

—Por supuesto, que todos serán viejos, ¿eh?

—¡Es natural...! Del año 33.

—Ruinas, amigo mio, ruinas.

—Me parece que han llamado á la puerta.

—¡Está V. en su juicio!

—Oigo una campanilla.

—Es la que nos llama al salon de sesiones. Vamos, vamos adentro.

Los ministeriales se agruparon á la derecha, los republicanos á la izquierda.

—Y los carlistas, ¿dónde estarán? se preguntaban los radicales.

—Allí aparece Nocedal... ¡Ellos son! quince... veinte... treinta... cuarenta... ¡diantre! ¡Eso es un regimiento!

—¿Pues qué diria V. si á última hora no hubieran los agentes del gobierno...?

—¡Silencio, que principia la sesion!

El Sr. Moya, por obra y gracia de la viveza de sus electores, pudo ser el primero en presentar su acta, y presidió al principio.

Pero era necesaria una mesa de edad.

Despues de los preliminares, se vió que el mas anciano de los presentes era D. Matías Vall.

Y el bizarro general carlista de este nombre pasó á ocupar la presidencia.

¡Digo, eh! ¿les parece á Vds. un sarcasmo de la suerte mas eficaz? Todo un veterano de la guerra civil, un héroe de los campos de batalla, que representaba ademas cerca de cuarenta años de lealtad, de silencio, de sacrificios, de consecuencia, venerable por sus años y por su historia, ¡presidir á la mayoría prestidigitalmente elaborada en el gabinete particular de un ministro revolucionario!

¡Tiene que ver!

—¡Es natural! dijo uno de los de la derecha sacando fuerzas de flaqueza, con lo cual dicho se está que era *moro fronterizo:* nos preside el pasado... Lo mas remoto es el carlismo... no hay que estrañar que se haya levantado del sepulcro para ocupar la silla presidencial.

Esta frase cundió como un consuelo en las filas ministeriales.

Sin embargo, algunos unionistas de los mas largos de vista fijaban sus miradas en los bancos de donde habia salido el Sr. Vall.

Iban á designarse los secretarios de entre los diputados mas jóvenes.

—¡Lo que es ahora, no hay cuidado! esclamó un progresista de los que aun creen que han progresado.

Pero ¡nuevo sarcasmo, ó, mejor dicho, elocuente leccion!

Secretario segundo: D. Matías Barrio Mier, jóven carlista.

Secretario cuarto: el conde de Roche, otro jóven, y tambien carlista.

—¡Dos! ¡Eso es demasiado!

—¡Cómo qué!

—Dos carlistas secretarios de edad.

—¡Horror! y son simpáticos, y suben con desenvoltura, y uno de ellos tiene barba corrida, es elegante, airoso, y el otro llega con el prestigio de su mérito, con la reputacion de su talento. Esto no puede ser... nos han engañado: esos no son carlistas.

—Pues mire V.: en los bancos donde se sientan abundan los jóvenes sin sotabarba, sin cuello alto, sin baston de muleta.

—Luego no es solo la generacion que se va la carlista, sino la que viene.

—¡Habráse visto cosa igual! ¡Jóvenes y carlistas, ó, como quien dice, jóvenes y ya tan desgraciados!

Sí, radicales; sí, revolucionarios, vosotros nos habeis permitido, con la

revolucion que habeis hecho, que podamos demostrar á España que el pasado y el porvenir están reunidos por un lazo: la fe, la santa fe que vosotros habeis perdido.

Nosotros os mostraremos oradores tan elegantes, tan elocuentes y mas profundos que los vuestros; en sus declaraciones hallareis la verdad que triunfa siempre, y la verdad es que la salvacion de España en el porvenir es la juventud carlista que habeis visto en el Congreso, y la que no habeis visto. Pero, Dios mediante, la vereis pronto, dándoos ejemplo de abnegacion, en otras partes, en las academias católicas, por ejemplo, de respeto á la ley, de veneracion al Trono y de amor al progreso, que viene en línea recta del cristianismo, y que en vuestras manos es infecundo porque habeis separado la rama del tronco, porque habeis reemplazado con el estéril egoismo la hermosa caridad cristiana, sin la cual no es posible ni la sociedad, ni la civilizacion.

JUAN DE LUZ.

BELLEZAS DE LA RELIGION.

LA RESURRECCION.

FRAGMENTO.

Reina del cielo, alégrate: aleluya.

Era al despuntar el alba del dia tercero despues de aquel en el que los cielos y la tierra fueron mudos espectadores de la escena sangrienta del Gólgota. Apenas las montañas, estremecidas por los sacudimientos que esperimentaran en la muerte de su Creador, habian recobrado su antigua existencia. Ni el Rey de los astros devolvia á su radiante disco la hermosura de su gala. Las hijas de la ciudad deicida lloraban pesarosas los tormentos del Nazareno.

La purísima perla de la creacion yacia abismada en el insondable mar de su amargura. La cándida Paloma de Nazareth permanecia escondida en las concavidades de la peña. María, la mas hermosa de las mujeres, la mas amante y afligida de las madres, la esclarecida Reina de los mártires, que, cual intrépida heroina, de pie junto á la cruz de su Hijo, se sobrepuso á los mas acerbos dolores, y sola, abandonada, fue mas fuerte que la infeliz Agar, permanecia retirada en un aposento de la ingrata Jerusalen, repasando en su dolorido corazon los misterios de la regeneracion del linaje humano, cuando ¡oh maravilla de la omnipotencia de Dios! súbitamente aparece ante sus nublados ojos, radiante de gloria, y con los resplandores de la Divinidad, el objeto de sus amorosos suspiros, el Hijo purísimo de sus entrañas, aquel Jesus á quien poco antes habia visto sufrir los mas acerbos tormentos, y sacrificarse por los pecados del mundo. Aquel que en boca del profeta Isaías fuera el oprobio de las gentes, ahora, triunfando de la muerte y el sepulcro, resucita glorioso para nunca mas morir. Sus ojos le vieron; su corazon quedó embargado con la mas celestial alegría; sus potencias todas se sintieron vivificadas en la presencia del esplendoroso Sol de justicia, y su alma inmaculada, espejo en donde se retrata la luz divina, poco antes empañado en las sombras de la muerte, se levanta regocijada, y resucita á una nueva vida en la presencia de su Amado, que la colma de celestiales alegrías.

Reina del cielo, alégrate: aleluya.

En vano el cuerpo de guardia qué custodiaba la sepultura del Rey de los judíos hizo los últimos esfuerzos para impedir, segun ellos, el hurto que suponian hicieran los discípulos de Jesus del cadáver de su Maestro. Llegó el momento feliz en que se cumplian todas las profecías. El Rey de los cielos, sacudiendo las ligaduras de los sudarios con las que le envolvieran para su enterramiento, se levanta como la aurora desterrando las sombras del Testamento antiguo, resucitado y glorioso, con asombro de los ángeles y de los

hombres, quedando la muerte absorta de tan estupenda victoria. Los mundos se estremecen de gozo en la presencia del Salvador resucitado. El infierno tiembla. Huye despavorido el ángel de las tinieblas viendo arrebatada su presa. Los Santos Padres, que en el seno de Abraham esperaban ansiosos el momento feliz de su libertad, se dan el parabien. Los discípulos del Señor se regocijan y confirman en la fe del Mesías reparador, y los judíos, avergonzados, confiesan que verdaderamente este era el Hijo de Dios. El misterio de la cruz aparece ahora radiante de gloria á la faz de las naciones, y la serpiente antigua ve aplastada su inmunda cabeza por Aquel que poco há espiró en el sagrado leño. Los serafines entonan un cántico nuevo al Cordero que ha sido sacrificado por el pecado de Adan; y el hombre, de hijo de ira y maldicion, se ve elevado á la augusta dignidad de cordero de Jesucristo, porque la misericordia y la justicia se han dado el ósculo de sempiterna paz. Por eso la naturaleza toda se atavía con sus galas en la Resurreccion admirable del Hijo del Altísimo.

¡Reina de los cielos y de la tierra, incomparable María; alégrate, porque el que nació de tus entrañas virginales, resucitó! Aleluya.

. . . .

MARÍA C. SARALEGUI DE CUMIÁ.

CAPRICHOS DE LA MODA.

—

IMPRESIONES DE VIAJE.

(Continuacion) (1).

III.

No creais, amabilísimas lectoras, que aquellos momentos de silencio (y digo momentos, aunque fueron mas de dos horas, porque para mí pasaron como un instante, pues hubiera deseado llegar al término de mi viaje antes de la conclusion de la noche); no creais, repito, que yo descansé, ni pude cerrar los ojos, no; por una parte la novedad que habia para mí, y la poca costumbre de viajar, y por otra una idea terrible que se me ocurrió, me sumieron en un mar de confusiones.

Imaginéme que podia suscitarse entre los viajeros hablar de política; y temia, y con razon, que Enrique, legitimista ardiente, no pudiera contenerse en los límites de la prudencia si el progresista amigo de Figuerola era capaz de defender los tristes sucesos del Casino carlista, acontecimiento que era entonces objeto de todas las conversaciones, y en el que mi padre y él habian corrido un verdadero peligro de muerte.

Pero dejaré digresiones que nada tienen que ver con el objeto de mi desaliñado artículo, y que lo van á hacer interminable, produciendo en mis bellas lectoras el mismo efecto que una dosis de soporífero beleño, y seguiré el relato de mi viaje.

Eran las tres y media de la mañana; acabábamos de salir de la estacion de Búrgos, donde habia estado contemplando llena de emocion las bellas torres de su gótica catedral, que se destacaban entre la masa oscura de la ciudad, apenas alumbrada por los pálidos rayos del crepúsculo que aun no dominaba las tinieblas de la noche, cuando el tren se detuvo de pronto, sufriendo los coches un pequeño choque, que yo, poco acostumbrada á estos azares, juzgué seria uno de esos siniestros tan frecuentes, lo que me causó no poco susto.

Afortunadamente, todo se redujo á una rotura de la máquina, que nos hizo retrasar mas de una hora, teniendo que volver á Búrgos para poner otra máquina.

Con el percance y la venida del dia, todos salimos del entumecimiento, ó adormecimiento, mejor dicho, en que habíamos estado, y despues de haber comentado mucho el lance y de haber hecho apresuradamente cada uno de por sí su *toilette*, comenzaron los hombres á charlar, y bien pronto llegó el

(1) Véase el número anterior.

momento, que yo tanto temia, en que se entabló polémica sobre aquellos tristes sucesos, y en que la cuestion se agrió, á causa de la intransigencia de nuestro progresista, *partidario ardiente de la libertad*, segun se decia; pero suprimo el daros cuenta de ello, pues es seguro que cada una de vosotras habrá pasado mas de una vez por este amargo trance.

Figuraos, amigas mias, cuál seria mi sorpresa cuando ví que el caballero que habia entrado en Avila era conocido del amigo de Figuerola, el cual le trataba con un respeto indecible, y que tambien era amigo de mi marido, á quien abrazó con efusion cuando se reconocieron, y que me le presentó, dándole el nombre de D. Ildefonso García.

Por su parte, nuestra compañera de viaje, lo mismo que su marido, al ver la deferencia que gastaba con nosotros D. Ildefonso, dejaron el aire orgulloso y petulante que habian tenido el dia anterior, y parecieron humanizarse algun tanto, lo que produjo una sonrisa de los oficiales franceses, que no pudieron menos de notar el cambio ocurrido en el dichoso matrimonio.

Nada mas de particular ocurrió en el camino, y llegamos á San Sebastian con dos horas de retraso.

(Continuará.)

CAROLINA P.

BOCETOS CARLISTAS.

—

D. MATÍAS VALL,

DIPUTADO POR GANDESA.

Lleno de fe por la santa causa de la legitimidad, paso á paso ganó en la guerra de los siete años el empleo de brigadier.

Al terminarse la campaña, sufrió la espatriacion, y sin reconocer nunca el convenio de Vergara, soportando los mayores sacrificios, ha vivido en el mas completo retiro.

Es el tipo del militar veterano.

Alto, de noble presencia, adorna su rostro una larga barba canosa.

Ni los años ni las desgracias han encorvado su cuerpo; firme como el roble, desafia todas las tempestades; y sin mas norma ni mas estímulo que la conciencia, está siempre dispuesto á nuevos sacrificios por la causa á que ha consagrado su vida.

Su presencia inspira respeto y veneracion.

—Debe tener un genio fuerte, dice uno.

—¡Dios nos libre de sus iras! esclama otro.

—No debe morderse la lengua cuando llegue la ocasion.

—Capaz es de soltar una fresca al lucero del alba.

Estas opiniones se borran cuando logra uno verle en el seno de la intimidad. Entonces es el hombre franco, bondadoso, natural. Agrádale la conversacion amena, y sabe embellecerla con sus rápidos juicios, con sus frases espontáneas y gráficas, con los recuerdos de sus campañas, con la espresion de su inquebrantable fe.

En otro lugar refiere este semanario un rasgo suyo.

Es su retrato.

La verdad le encanta, la farsa le indigna.

El primero para el peligro, buscará el último puesto para la gloria y los honores.

Es de la antigua raza española: religioso, caballeresco, valiente.

Sus costumbres son sencillas; la familia su encanto.

Dadle el reposo del hogar ó los azares de la guerra, y estará en su centro.

En el Congreso variará á cada instante de postura: nunca estará á su gusto.

No puede ver con serenidad las desdichas, y el Congreso es la alcoba donde el enfermo tiene que oir á sus doctores.

El cortaria por lo sano; y no concibe que para que se aumenten los honorarios del médico se prolongue la enfermedad.

Algunos dirán de él:

—Es un hombre que no sabe vivir...

El completaria la frase, añadiendo:

—A costa del prójimo.

Tal es su boceto. X.

CURIOSA RELACION

de las artes con que engañan á los buenos cristianos los herejes que han venido de Estranjis.

—

ROMANCE DE CIEGO,

que hará abrir los ojos á los tontos.

En nombre de San Hereje,
San Sin Vergüenza, San Palo,
San Serení, San Fason,
San Convino y otros santos
que por sus muchas hazañas
no los reza el calendario,

vamos á descristianar
al pueblo del Dos de Mayo.
El dinero de Inglismanglis
á corto interes prestamos,
y por muy poco dinero
damos mil almas al diablo.
Por las calles y plazuelas
vamos comprando muchachos,
cuidando de que sus madres
no nos den para tabaco;
que mas de una viejecilla,
y mas de un perro cristiano,
con un palo en las espaldas
nos han rezado el rosario.
Damos abrigo al desnudo,
damos ropa al desastrado;
pero al que no se hace hereje,
al punto le desnudamos.
Conque animarse, mocitos,
no desperdicieis el trato,
que á nadie se descuartiza,
y á todos se le dan cuartos.
Por nuestra intencion se dijo:
«Detras de la cruz... el saco;»
y hemos inventado un cielo
bueno, bonito y barato.
Para estender nuestra secta,
tenemos curas muy guapos,
que usan bigote y patillas,
y llevan el pelo largo:
suelen ir estos apóstoles
todas las tardes al Prado,
y escriben unas epístolas
que no están en el Breviario;
bailan *Can-can*, y habaneras,
van á fiestas y saraos,
almuerzan y comen fuerte,
y cenan en el Colmado.
Como se casan y todo,
no dan jamás un escándalo;
pues cuando pelan la pava
están evangelizando:
en fin, como dijo el otro,
al monge no le hace el hábito,
y son unos misioneros
con traje de currutacos.
Visitar nuestras iglesias
es como ir á los teatros,
pues que los espectadores
tienen butacas y palcos:
son tertulias religiosas,
en las que se cantan salmos,
las muchachas hacen media,
y las miran los muchachos.
Como ofrecemos á todos
casa, asiento y alumbrado,
algunos van por la noche,
porque allí pasan el rato.
No se ven en las paredes
imágenes de los Santos,
porque, como Juan Palomo,
nosotros nos adoramos.
Esta es la religioncita
que les conviene á los malos,
pues no se desata nunca
el saco de los pecados;
mas aunque no se confiesa,
comulgar ya es otro paso;
que son nuestras comuniones
como tomar un bocado:
en especies las hacemos,
que son especies de tragos,
mezclando el pan con el vino,
con tan esquisito tacto,
que el vino es de Cariñena
y el pan tostada de abajo.
Todos los divinos libros
se vuelven en nuestras manos
libros de partida doble
en donde hay mano de gato,
pues si no sale la cuenta
falsificamos el saldo:
los libros serán oscuros,
mas, como no hay comentarios
en ellos, puede leerse
haciendo lo negro blanco;
y así, con estas lecturas
puede creer cualquier bellaco
que es un Goliat, si es forzudo,
que es un David, si no es manco,
y que imita al Santo Abraham
quien se procura un serrallo.
Dando almuerzo de mañana
y por la noche sarao,
conciertos á todas horas
y curas de rumbo y garbo,
para los tiempos que corren
no deja de ser estraño
que haya tan pocos herejes,
siendo tan corto el trabajo;
mas como, á pesar de todo,
cebamos y no pescamos,
ya los herejes se pagan
á doce reales diarios.
Venid, pues, como corderos,
y con cencerros tapados,
para que España no advierta
que entrais en nuestro rebaño.
Venid, que nuestros pastores
están disponiendo el hato,
y harán, á fuerza de labia,
de los perdidos, ganados.
Os ofrecemos la gloria,
y ademas os damos cuartos;
que hemos inventado un cielo
bueno, bonito y barato.
Conque animarse, y ¡á hereje!
que es oficio útil y sano:
si no lo agradece Dios,
lo pagará bien el diablo.

XXX.

ECOS DE MADRID.

—

¡Qué felicidad esperimenta el alma que ha vivido estos dias consagrada á la meditacion religiosa! Las campanas llenaban ayer con sus sonidos el espacio, el sol brillaba á intervalos; todo renacia en la ima-

ginacion, en el alma, en el campo, al anunciar la gloria del Redentor del mundo.

Hoy nos sonrie la Pascua florida; en breve adornarán las lilas los jardines, elevarán su pétalo las florecillas abandonadas para bendecir una vez mas á la Providencia que las cuida, y todo en la naturaleza cobrará vida y esplendor.

Impresionadas por este espectáculo que se renueva todos los años, por estos sentimientos dulcísimos que llenan nuestro corazon, nos causa pesadumbre tener que fijar los ojos en las desdichas que nos rodean.

¿Por qué no reinará la paz? ¿Por qué turbarán nuestra ventura recuerdos dolorosos, fatídicos temores?

La lectura de los periódicos, las conversaciones particulares nos anuncian á cada instante que vivimos sobre las pasiones políticas como sobre un volcan.

A cada instante nos sorprende una afliccion: hoy es el desvalido maestro de escuela, condenado á la miseria por los que se llaman *adoradores de la ilustracion*, que implora nuestra caridad; mañana es el sacerdote á quien los enemigos de la Religion condenan al suplicio del hambre, el que nos mueve á lástima. Cuando no nos anuncian próximos trastornos, desconsoladoras luchas civiles, desgarra nuestro corazon la iniquidad impune de un miserable Judas, que ha hecho víctima de un *ardid* la buena fe y el heroismo de algun honrado defensor de nuestra causa. Pero ¿qué mas? ya habrán sabido las lectoras que en un banquete se han reunido, hace poco, unos cuantos generales, y que en los postres, en medio de la alegría, de los bríndis, su pensamiento dominante fue acabar con los que estorban su digestion revolucionaria.

Continúen imitando á la serpiente de la fábula: nosotros somos la lima, que ni los dientes ni el veneno pueden destruir.

Y pidiendo á Dios que nos dé fuerzas, á nosotras para resistir, á nuestros hermanos para acabar con los falsos mercaderes políticos y religiosos, apartemos los ojos del cuadro desconsolador que constituye nuestro horizonte, para fijarlos en otros sucesos mas superficiales y mas entretenidos, que son los *Ecos de Madrid* de la última semana.

***

¡Qué dia de apuros el 31 del pasado!

Habia gran recepcion en Palacio, y no se habia dado mas que veinticuatro horas de término á las nuevas damas para improvisar el trage de corte.

Pocas eran las que tenian el indispensable manto, y aunque las modistas fueron objeto de cariñosas insinuaciones, no hubo medio de contentar á todas.

Lo que se habló de este suceso daria asunto sobrado para un tomo. Nosotras somos así: la cosa mas insignificante nos preocupa, y como somos dadas á la murmuracion, divertiria en estremo á las lectoras si les contase todo lo que he escuchado.

Las escenas en los gabinetes de las modistas fueron deliciosas; los chistes que unas damas inspiraron á otras damas, encantadores; las acusaciones dirigidas contra los que, desconociendo las exigencias del tocador, quisieron que en veinticuatro horas se improvisaran trajes de corte, ardian en... una bujía; no me atrevo á decir en un candil.

Por último: las que por falta de traje no pudieron asistir, han dado en hablar estos dias de yo no sé qué cirios, tres ó cuatro, y todo esto ha servido de estímulo á la conversacion.

***

Para no dejar de ser pecadoras, la murmuracion se ha estendido á las señoras que, en su mayor parte con guante de color, ocuparon en la sesion de apertura de las Cortes los bancos destinados á la oposicion.

Parece mentira que en unos tiempos tan democráticos, á pesar de los títulos que se codician, pueda estrañar la gente que las señoras, ávidas de admirar la obra de sus esposos y amigos, ocuparan los bancos de los diputados y fuesen adornadas con cierta naturalidad.

¡Tambien es candidez la de los que se ofenden porque en aquella memorable sesion no respondiera nadie al grito de *¡Viva España!* lanzado sin duda por algun pícaro reaccionario!

¿Han visto Vds., al llamar á una puerta, que les respondan, no habiendo gente en casa?

Faltaban los ilusos que se han empeñado en que España sea para los españoles, y por eso se quedó el grito sin respuesta; pero otra vez será.

Del discurso que pronunció el jefe del Estado, nada diré. Los bromistas, que no faltan en nuestro pais, le llaman el discurso de la *jota*, cuando es el de menos jotas de cuantos se han pronunciado en España.

Es imposible dar gusto á todos.

***

La cuestion capital de la mantilla sigue su curso. En la última semana muchas señoras han lucido este hermoso tocado español, disimulándole un poco, por miedo á las espansiones, con encajes blancos. Pero esto no pasa de ser un pueril temor. ¿Habrá quien insulte á una dama porque se adorne á la española? Yo creo que no, y esta tarde se espera que en la corrida de toros lucirán preciosos trajes de majas las damas mas distinguidas de Madrid.

Aun hay mas: se trata de formar una asociacion nacional protectora y propaga-

dora de la mantilla. Por medio de una suscricion voluntaria se recaudarán fondos para comprar mantillas y regalarlas á las españolas que no puedan adquirirlas.

Este españolismo es muy plausible, y los que se opongan á él serán, por lo menos, españoles dudosos.

Tambien se ha visto en la Fuente Castellana á tres jóvenes distinguidos vestidos de majos.

Esto es ya demasiado: quede para la mujer el privilegio de recordarnos lo que puede valer España si nos empeñamos en recordar á los caballeros que nuestra gracia y gentileza les inspiró la hidalguía y generosidad que les valió la reputacion que van perdiendo.

***

Las funciones religiosas se han celebrado con la solemnidad y devocion acostumbradas. Los caballeros de Calatrava y de Santiago han abierto á lo mas distinguido de Madrid las puertas de sus templos. La Juventud católica ha conmemorado la pasion y muerte del Salvador en San Isidro, y todas las iglesias de Madrid han ofrecido á los fieles ocasion de acreditar sus sentimientos religiosos y de oir la inspirada palabra de los oradores sagrados.

Algo hemos echado de menos; pero Dios querrá que otros años no falte este consuelo á nuestro corazon.

***

Mañana, lúnes, vuelve la señora condesa de Superunda á abrir sus salones, centro de la mas escogida sociedad madrileña, que esta noble dama, digna por sus virtudes y su bondad del afecto que inspira, sabe hacer agradables. Yo soy justa: la condesa, que, acaso sin sospecharlo, por sus ideas y sus sentimientos quiere lo que nosotras, guarda fidelidad á otras personas. ¿Le negaremos por esto las prendas que la adornan? Eso seria imitar á los hombres poseidos de la pasion política. Lejos de nosotras semejante pobreza de espíritu. Amemos lo bueno, lo noble, lo grande, donde quiera que esté.

***

En esto no se nos parecen los periodistas. ¡Si supiérais, queridísimas lectoras, cómo han tratado algunos á nuestro inofensivo periódico! Sin embargo, consolémonos: primero, porque no hemos pasado desapercibidas á sus ojos; y despues, porque, á pesar de nuestra debilidad femenil, deben temer un poco siquiera, la influencia que podemos ejercer esponiendo tranquila y desapasionadamente nuestras ideas.

De no ser así, nos habrian saludado algunos por pura galantería, y otros ni se habrian fijado en nosotras.

Cuando nos zahieren... tenemos que agradecerles hasta los chistes que les hemos obligado á cometer, porque nos han ayudado á dar á conocer nuestros deseos.

Somos tan buenas, que hasta sus ligeros alfilerazos les perdonamos.

Por lo demas, ya se irán convenciendo de que lo que nosotras deseamos, lo desea la juventud mas ilustrada.

***

El dia de la apertura de las Cortes se colocó cerca del Museo de Pinturas la primera piedra para la estatua de Murillo. El acto estuvo poco concurrido, y las eminencias políticas brillaron en él por su ausencia.

Era natural: el célebre pintor enriqueció los templos con sus cuadros, y no se sublevó nunca.

Elogiemos, sin embargo, al Sr. Lois, que, aunque está muy lejos de nosotras por sus ideas, ha sabido honrar la memoria de uno de los mas ilustres españoles.

***

Y, para concluir, vaya una anecdotilla del venerable Sr. Vall, presidente de edad del Congreso.

Un lacayo se presenta en el cuarto que ocupa en la fonda Peninsular.

—¿Qué desea V.? le pregunta el general.

—Vengo á tomar órdenes de V. E.: abajo espera el coche.

—Puede V. retirarse: como no soy demócrata, tengo costumbre de ir á pie á todas partes.

Es muy posible que, á pesar de ir á pie, llegue antes á la estimacion del público que los que, despues de gritar contra los honores, cruces y bandas en nombre de la democracia, buscan bandas, cruces y honores para asombrarse de su loca fortuna.

ESPERANZA.

MARGARITAS.

El fausto hace odiosa la riqueza, como el énfasis hace ridícula la elocuencia. (***)

El hombre mas dichoso es aquel que sabe establecer una íntima relacion entre el principio y el fin de su vida. (GOETHE.)

Saber y sentir: hé aquí toda la educacion. (MAD. STAEL.)

El hombre mas útil á sus hermanos, es el mas perfecto. (SAY.)

El freno mas poderoso para contener nuestras pasiones, es una sana educacion; y si ellas causan estragos en el hombre, son responsables de este daño los padres, los maestros y los gobiernos. (TAYLOR.)

Buscad, y encontrareis el reinado de Dios sobre la tierra. (SAN JUAN.)

MADRID, 1871. — Imprenta de *La Esperanza*, á cargo de D. A. Perez Dubrull, Pez 6.



LA MARGARITA.

ALBUM DE LAS SEÑORAS CATOLICO-MONARQUICAS

AÑO I. 16 ABRIL 1871. NÚM. 3.°

LA GRANDEZA Y EL PUEBLO.

—

¡Qué error tan grande el que cometen los que escitan al pueblo contra la Grandeza!

¡Qué obcecacion tan funesta la de la Grandeza cuando se pone en pugna con el pueblo!

La sociedad no puede existir sin gerarquías. Si todos fueran ricos, ¿de qué serviria la riqueza? Si todos fueran pobres, ¿dónde estaria el consuelo que necesitan las desdichas?

"Tanto honra la limosna al que la da como al que la recibe," ha dicho Chateaubriand. Sin los pobres, no podrian los ricos gozar la inmensa dicha de hacer bien: sin los ricos, no podrian los pobres esperimentar el dulce sentimiento de la gratitud.

Quéjase el que trabaja de la dura condicion á que está sujeto; clama contra lo que él supone injusticia de la suerte, y esa voz tentadora del socialismo, que le habla aprovechando sus horas de cansancio, le desespera y le arma contra el rico.

Esta voz le aconseja el suicidio.

¿Qué seria el humilde trabajador si no hubiera quien utilizase su trabajo, y cómo podria vivir la sociedad sin trabajadores?

Si escuchase la voz amiga de la Religion, inspirándole la fe; si escuchase la voz de la razon, inspirándole la conformidad, se enorgulleceria y llegaria á considerarse el ser mas privilegiado de la creacion.

En primer lugar, el trabajador es el hombre mas necesario de la sociedad, es el que forma y multiplica los capitales: la riqueza tiene que buscarle: le son indispensables sus servicios; sin él dejaria de ser riqueza.

Por otra parte, es el que mas directamente cumple el precepto divino, y es ademas el mas feliz, porque sus ne-

cesidades son escasas, porque sus satisfacciones son continuas.

El ejercicio conserva su salud y desarrolla sus facultades físicas; la ocupacion le aparta de los escollos; el premio de su trabajo es el sosten de una familia, su sueño es tranquilo y reparador, sus virtudes ó su talento pueden elevarle en la estimacion pública á los mas altos puestos, y las glorias mas puras de la humanidad se deben al trabajo.

El rico tambien trabaja: hasta en su ociosidad obedece esa ley ineludible. Para ocupar el tiempo busca al pintor que ha de enriquecer sus salones con sus obras, busca al arquitecto que ha de trazar sus palacios, busca al industrial que ha de engalanar su morada con todos los productos del trabajo.

Unos viven á espensas de otros: son partes integrantes de un todo sin el cual la sociedad no existe.

La Grandeza es ademas un estímulo. Esos hombres, esas familias que hoy ostentan preciados blasones, tienen su orígen en el pueblo; sus antepasados eran, ó el militar valiente, ó el sabio profundo, ó el genio privilegiado, y marcan al talento, á la virtud y al valor el camino que hay que seguir para llegar á la gloria, la herencia que los hombres distinguidos pueden dejar á sus descendientes.

Mucho mas podríamos decir sobre esta trascendental cuestion, que estudiaremos bajo todas sus fases en la práctica.

Nuestro objeto hoy por hoy se reduce á recordar á los nobles y al pueblo que ni aquellos ni este deben fomentar el odio que ha empezado á manifestarse, y que esplotan ya con habilidosa intencion los enemigos del órden.

En vez de aparecer separadas ambas clases, deben estar unidas, y lo estarian seguramente, aconsejadas por el instinto de conservacion, si, fieles á sus deberes y á sus tradiciones, no hubieran algunas familias aristocráticas contemporizado con la revolucion, que ha sido, es y será su mayor enemigo.

Digámoslo con todos los respetos debidos aun al mismo error, cuando no es voluntario.

El ejemplo puede verse en los dignos miembros de la nobleza que, para protestar contra el imperio de la fuerza, se refugiaron, con el derecho, en las provincias y en las aldeas á cuidar de sus bienes, á favorecer á los pobres.

Ellos han ganado el respeto y el cariño de los que á todas horas los han visto á su lado.

En cambio, los que han vivido con la revolucion; los que se han creido omnipotentes cuando la policía los respetaba y defendia; los que, en vez de sembrar en España, han hecho gala de rendir homenaje á las costumbres estranjeras; los que se han apartado del pueblo, no pueden exigir que este los conozca y los estime.

Pero no teman: el pueblo español es bueno, es generoso, y solo con que vea que la Grandeza es *española*, recordará aquellos tiempos en que á su lado peleaba, y en que á cada instante pagaba sus favores con heróica abnegacion.

¡Pueblo! Ya lo sabes por esperiencia: sin los ricos, eres esclavo de la pobreza.

¡Ricos! Sin los pobres, en medio de las riquezas, faltará siempre á vuestra alma la tranquilidad y la satisfaccion de hacer el bien.

JUAN DE LUZ.

BELLEZAS DE LA RELIGION.

—

LA VIRGEN Á SUS DEVOTOS.

(Imitacion.)

Hijo mio, no te turbe
mi majestad poderosa;
Yo soy tu Madre amorosa,
tu amparo, tu salvacion.
Yo te ofrezco en mi cariño
felicidad y ventura,
si con voluntad segura
me entregas tu corazon.

—

Estrella soy reluciente,

que alumbra el mar de la vida,
playa hermosa que convida
del naufragio á descansar.
Al pecho de amor herido
con otro amor le doy calma;
solo en mi amor goza el alma
los encantos de la paz.

—

Soy la palma, cuya sombra
buscando en ese desierto
va triste, con paso incierto,
el que navega por él;
Y siempre el pobre estraviado,
cuando hallarla solicita,
halla esta sombra bendita,
y en ella dulce placer.

—

Yo soy la Vírgen hermosa
de los cándidos amores;
y al que me consagra flores
de pureza y de virtud,
Le daré allá en otro reino
una corona esplendente,
y allí bañarán su frente
auras de gloria y de luz.

—

Soy la inocente paloma
que desciende en raudo vuelo
á la tierra desde el cielo
con la oliva del perdon;
Y nadie nunca en el mundo
invocó en vano mi nombre;
que si soy Madre del hombre,
tambien soy Madre de Dios.

—

Si á impulso de tus pasiones
corriendo desatentado,
del Señor que te ha criado
rompiste loco la ley,
No temas: ven á mis brazos;
llora con firme esperanza;
que siempre el perdon alcanza
quien llega humilde á mis pies.

—

Deja que tras los placeres
el necio se precipite;
deja que cante y que grite
satisfecho, triunfador...
¡Ah! Cuando piense que toca
la cumbre de su ventura,
halla un cáliz de amargura,
espinas, luto y dolor.

—

Solo á mi lado se anida
la dicha que no perece,
el amor que no fenece,
el placer puro sin fin.
Solo goza en ese mundo
bella paz, blando reposo,
el corazon venturoso
que se enamora de mí.

—

Ven, no tardes, hijo mio;
dame de amor un abrazo;
duerme amante en mi regazo;
Yo soy tu Madre..., tu bien...
Cuando se cierren tus ojos
á una muerte sin tormento,
tendré para ti un asiento
en la gloria del Eden.

Antonio de Valbuena.

CAPRICHOS DE LA MODA.

IMPRESIONES DE VIAJE.

(Continuacion) (1).

IV.

D. Ildefonso, que tambien se dirigia al mismo punto, y que conocia detalladamente las provincias Vascongadas, como quien habia viajado mucho por ellas, me fue refiriendo por el camino, desde que salimos de Vitoria, mil detalles interesantes del pintoresco pais que atravesábamos, evitando de este modo la conversacion de política, que habia conseguido dominar con un tacto esquisito.

Una vez en San Sebastian, dímonos prisa á buscar alojamiento, pues no habíamos tenido la precaucion de alquilarle y pagarle desde el mes de mayo, como nuestros compañeros de viaje, á causa de que nosotros no contábamos mas que con nuestra fortuna para sufragar los gastos, y ya era difícil encontrar donde aposentarse, pues las casas estaban literalmente atestadas de bañistas.

Por fin encontramos una habitacion interior en un piso tercero en la calle del Puerto, en la que nos pusieron dos camas, ó al menos así las llamaban, por la que, y sin darnos servicio de ninguna clase, nos exigieron la pequeñez de 30 rs.

D. Ildefonso se alojó en la misma casa, en una especie de camaranchon, por el cual le cobraban nada mas que un duro.

Tuvimos que resignarnos, so pena de irnos á dormir al raso.

No os podré nunca referir lo estra-

(1) Véase el número anterior.

ño que todo esto se me hacia, á mí que nunca habia salido de mi casa, en la que tenia todas las comodidades posibles.

Aconsejome Enrique que durmiera la siesta para descansar de la incomodidad del viaje; pero ¡ay, amigas mias! aquella cama era el lecho de Procusto, del que tanto hablan los autores, y que no debia ser mas incómodo que ella.

A las seis de la tarde salimos á dar una vuelta, y los tres nos dirigimos á la fonda de Beraza á comer en la mesa redonda.

Despues de haber visto toda la poblacion, que me gustó en estremo, así como el mar, que me causó una impresion de que no os hablaré, pues es mas para sentida que para esplicada, volvimos á nuestra casa.

¡Qué noche pasé, queridas lectoras, qué noche!

A pesar de mi cansancio, los mosquitos y otros insectos propios de la estacion, y sobre todo los innumerables ratones que el piso de madera encerado de la casa, como todos los de las Provincias, segun tuve luego ocasion de ver, ocultaban, me dieron tanto tormento, que me fue imposible dormir, y ya empecé á comprender que mi buen padre tenia razon en no querer sujetarse á la moda de viajar sin necesidad, y que este capricho, como tantos otros de la reina del mundo en estos tiempos, no tiene mas razon de ser que la necedad humana.

Desisto de referiros minuciosamente todas las incomodidades y todos los desengaños que sufrí en los quince dias que en San Sebastian permanecí; aunque, á decir verdad, tambien pasé algunos ratos muy agradables, y que á veces contribuian mucho á prolongar mi loca aficion: tales como el dia que pasé en la quinta del marques de Portugalete, la escursion que hicimos á la Farola, desde la que se obtiene un punto de vista admirable, que mi marido sacó en su álbum al lápiz; nuestra visita á Pasajes y á Rentería, lindísimos puertos que conservan restos de lo que fueron en tiempos pasados, cuando no habia progresistas en el mundo que cubrieran á España de *honra*, y el gran regocijo que me causó la visita-peregrinacion que hicimos á la ermita del Cristo de Lezo, al que tanta veneracion tienen aquellos naturales, y cuyo capellan, modesto cuanto sabio y virtuoso sacerdote, llevó su complacencia conmigo hasta el estremo de descubrir la sagrada imágen y permitirme imprimir un ósculo de veneracion en sus sagrados pies, al mismo tiempo que le pedia por la vida de mi padre y por la del que siempre me han enseñado á reconocer como mi Rey.

(Continuará.)

CAROLINA P.

BOCETOS CARLISTAS.

D. MATÍAS BARRIO MIER,

DIPUTADO POR CERVERA (PALENCIA).

Hé aquí un ejemplo de lo que engañan las apariencias.

Si le veis en la calle ó en paseo, pasará desapercibido á vuestros ojos; si le hallais en los claustros de la Universidad de Vitoria, donde es catedrático, le tomareis por un estudiante modesto y aplicado; si le veis en los escaños del Congreso, os parecerá un jóven seminarista que ha dejado la beca.

Tiene veinticinco años y dos ó tres meses.

Es de estatura regular; y aunque viste con aseo, cuida tan poco de su traje y de su persona, que, en competencia con algun unionista de los que van á la tertulia del duque de la Torre, quedaria vencido.

¡Para él sí que es artículo de lujo el tocador! Desconoce los perfiles de la moda, y puede asegurarse que es en su esterioridad lo que el estilo clásico al romántico.

No le hableis de Caracuel ni de Aimable; desconoce por completo la existencia de Dubost, y apuesto cualquier cosa á que no sabe guiar un tílburi en la Castellana, ni pujar un caballo en el Tatter's-Hall.

Decididamente no sirve para el sistema *representativo.*

Y qué, amables lectoras, estas breves noticias, ¿no os agradan?

Oid, oid; que yo os aseguro que vais á concluir por admirarle y quererle de veras, como todos los que le conocen.

Barrio Mier nació en un pueblo de la provincia de Palencia, y, poseido desde muy niño del amor al estudio, sacrificó su juventud á la ciencia.

Desdeñando la flor, buscó el fruto.

Su carrera es un ejemplo: su talento y su aplicacion se la han costeado. Obteniendo todos los premios escolares, ha llegado en continuo triunfo desde el banco del estudiante á la cátedra del profesor.

Solo ha cometido de tarde en tarde alguna infidelidad á su ídolo la ciencia, para hallar en la caza ejercicio y recreo.

¡Qué abnegacion! ¡Qué heroismo en su vida de estudiante y de profesor! ¡Qué aplicacion, qué talento, qué ilustracion tan notables le adornan! Pero no es esto todo: cuando sepais que se propone hablar en el Congreso, id á oirle.

Le vereis pedir la palabra casi con temor; al levantarse os inspirará simpatía, la simpatía de la modestia; os figurareis que, al comenzar su marcha, va á tropezar...: casi os aprestareis á tenderle una mano...; pero bien pronto esta ansiedad se trocará en admiracion.

La magia de su palabra, la profundidad de sus pensamientos, el colorido y la riqueza de su estilo, os fascinará, y le vereis remontarse y crecer, y de inspiracion en inspiracion arrebatar á su auditorio.

Entonces, despojada su alma de la esterioridad, la vereis tal cual es, hermosa como la verdad; y eclipsado el hombre por el orador, os parecerá sublime, y le aplaudireis con entusiasmo, y vuestra admiracion solo tendrá un límite, el del afecto... Cuando deje de hablar, sentireis hácia él ese cariño que no se esplica, pero que se siente.

Hombre de genio, la luz brotará de sus labios, y el que habeis visto de secretario de edad en el Congreso, no tardará en recibir sinceros plácemes hasta de sus adversarios, porque logrará que le admiren.

Pues bien: despues del triunfo, casi os pedirá perdon por haberos arrancado aplausos, y creyendo que ha cumplido un deber, lleno de gratitud hácia su auditorio, os juzgará superiores á él, porque le habeis estimulado.

Tal es su boceto.

No solo honra á su partido, sino á su nacion, sino á la humanidad.

Y si no, ¡al tiempo!

Se me olvidaba decir que tiene una memoria asombrosa.

¡Mucho ojo, diputados ministeriales!

X.

UNA REVOLUCION EN OCEANÍA.

IMPRESIONES DE VIAJE.

Mi querido amigo: Juzgais muy á la ligera los de Europa del genial nativo de estos habitantes y colonos; los creeis á todos imbuidos por igual de ciertas ideas niveladoras, á cuyo influjo solo el mérito personal es virtud, y solo el lucro es norma de conducta y ambicion de la vida.

¡Ay, amigo mio! El hombre, sea dicho sin ofender á nadie, es un animal muy estraño; parece que Dios le ha dado la memoria para su tormento, y la facultad del raciocinio para juzgarse siempre perfectible, ó, lo que es igual, imperfecto; diríase que el progreso es el cambio constante de postura de ese gran tullido que se llama *mundo*; y aunque este pais ha entrado el último á la parte con el mundo, es al fin y al cabo un mundo como otro cualquiera.

Sus saludables climas no dan lugar á la nostalgia; pero aquí, poco ó mucho, todos padecen de nostalgia moral, y apelan para su curacion á los recursos mas estraños.

Como el espósito, que si atribuye su triste vida á un crímen, siempre hace de su padre un criminal ilustre, así nosotros, depositados en este torno del mundo viejo, aspiramos siempre á imitarle hasta en las flaquezas y miserias que produjeron nuestro viaje.

El que vino aquí para olvidar su historia, inventa una nueva; el que salió de Europa demagogo, cae aquí en los *absurdos* del doctrinarismo reaccionario, y mas de un parricida nos habla á cada paso de sus abuelos.

Mira tú qué manera tan distinta de entender el progreso: *en esa* sueñan los pensadores con abolir las nacionalidades; y aquí nos contentaríamos con ser una nacion como el Valle de Andorra.

Cada pais, representado por sus hijos, se opone á ello con sus tendencias peculiares, y en cada cualidad nativa, trasmitida de unos en otros con la tenacidad que la raza imprime, y en la oposicion constante de esas tendencias, de esas cualidades, de esos impulsos, hallan las leyes un obstáculo insuperable, pues no es posible armonizar lo que en la esencia es inarmonizable.

Y ¡oh inconstancia del espíritu humano! Aquí el individuo, entregado á sí mismo, como Mártos quiere, suspira por la armonía social que en vano persigue: aquí los mismos que huyeron de las leyes darian un año de libertad por un tomo de la *Coleccion legislativa*, aunque viniera acompañado de un comentario de Gomez de la Serna. Y ¡oh fenómeno digno de notarse! Aquí todos los liberales son autoritarios, y es ser reaccionario ser demócrata.

Todos los esfuerzos hechos hasta el dia para *nacionalizar* la Oceanía, han sido tan estériles como los realizados en España, segun me dices, para consolidar la obra de setiembre.

Ningun lazo nos une, fuera del lazo de nuestra desesperacion impotente; cada cual, encerrado dentro de su campo, de su mina

ó de su fábrica, ni ama, ni espera, ni adora, ni cree lo que adora, ama, cree ó espera su vecino, por la razon sencilla de que ninguno ama, ni cree ni adora mas que á su fábrica, á su campo ó á su mina.

Esta tierra tan generosa y tan rica, no es, sin embargo, la tierra de la patria, y parece que con la prodigalidad de sus dones quiere echarnos en cara sus beneficios.

Sí, déjame decírtelo; aquí esplotamos, pero no vivimos. La vida es algo mas que una empresa, y esos admirables juguetes que vosotros manejais aun, y que se llaman *fe, tradicion, honor nacional* y *patriotismo*, ó son algo mas que juguetes, ó los hombres nunca dejarán de ser niños.

Uno de los ensayos de gobierno, y tal vez el mas serio que aquí se ha practicado, me cupo á mí la suerte ó la desdicha de imaginarlo; y, aunque en pequeña escala, puede darte una idea de lo que puede ser fundar una sociedad política, como se funda una sociedad por acciones.

Yo, simple tenedor de libros en una gran fábrica de fundicion de metales, imaginé (imaginacion propia de un español) convertir el *establecimiento* minero de Ch... en un *establecimiento* monárquico-fabril-democrático.

Te dispenso la historia de mi propaganda, y hasta el relato de una pequeña revolucion, que costó á mi principal muy buenos cuartos. Hay que advertir que mi principal era el monarca que yo destinaba para regir los destinos de la colonia minera de Ch....

Mi primer proyecto de Constitucion era admirable. En él solo daba voto á los propietarios y fabricantes; pero desistí de esta Constitucion conservadora, por considerar que, no habiendo en Ch... mas fabricante que mi principal, ni mas propietario que el dueño de sus minas, con quien aquel estaba siempre en guerra, la Cámara de representantes de Ch... y el *turno pacífico* de los partidos iba á ofrecer una monotonía insoportable. Pensé alguna vez en la conquista; y acordándome de mis estudios de enciclopedista, me repetí á mí mismo cien veces que *le premier qui fut Roi, fut un soldat heureux*, y aconsejé á mi principal que buenamente se pusiera á la cabeza de sus operarios, y apoderándose del poder supremo, sujetara bajo su cetro á su rival el propietario.

Pero mi principal, aunque dichoso, no habia sido nunca soldado, y el ardor bélico no era precisamente su cualidad dominante.

Entonces decidí jugar el todo por el todo: en un breve programa llamé al pueblo á decidir de sus destinos; convoqué á la comarca á Asamblea Constituyente, y esperé tranquilo á que de su fallo resultara mi forma predilecta de gobierno.

El pais se dividió en dos bandos, y esto ya me hizo augurar felizmente del resultado de mi política.

Uno, compuesto esclusivamente de los operarios de las fraguas, se apellidó *fraccion de los rojos*; y el otro, formado de los obreros de las minas, tomó el nombre de *bando de los negros*.

Mi razonamiento era el siguiente: los rojos, es decir, los herreros, son indispensable complemento de la existencia de los negros. Es evidente que el dia que aquellos no fundan, los mineros no pueden estraer un terron de las minas; luego el partido de mi principal es el mas fuerte, por la inflexible lógica de los principios económicos; luego mi principal será sin duda alguna el Rey de la monarquía fabril democrática de Ch...

Por su parte, el propietario de las minas razonaba de la siguiente manera: «Yo seré el Rey de los negros y de los rojos, porque mi partido es el mas fuerte; y que es mas fuerte no cabe ni dudarlo, cuando se considera que mis minas son las únicas que dan hierro, y que toda la habilidad de los rojos no es bastante para sacar una aguja de hacer media de un mineral de yeso ó de un canto del rio.»

Entre estas reflexiones secretas se abrió públicamente la Asamblea Constituyente de Ch...

—Cierre V. la fábrica, aconsejé á mi principal, y verá V. cómo los rojos piden misericordia á los ocho dias.

—Suspenderé la estraccion de las minas, pensó el propietario, y el fabricante no tendrá mas remedio, dentro de ocho dias, que entregarse á mí en cuerpo y alma.

La primera noticia que rojos y negros tuvieron de la decision de sus respectivos señores, fue encontrarse en la plaza del pueblo cruzados de brazos, y contemplándose por vez primera unos á otros. Para contemplarse mas á su sabor nuevamente, se convidaron á la taberna.

A los ocho dias, el fabricante, mi principal, pensaba lo siguiente: «Llevo ocho dias sin trabajar, lo que equivale á treinta mil duros de pérdida, puesto que mis operarios siguen cobrando como si trabajaran. La popularidad es algo cara: renuncio á la corona.

En cuanto al propietario de las minas, pensaba de este modo: «No quiero corona: cuando llegue á reinar, mi reino no va á ser de este mundo; mis mineros me cuestan un ojo de la cara, y voy á volverlos á las minas.»

Entrambos rivales, el fabricante y el propietario, se disponian mutuamente á darse varias satisfacciones, y por comun acuerdo volver al estado en que ocho dias antes se encontraban, cuando en medio de la plaza, á donde acudieron movidos cada uno por el deseo de firmar las paces con el otro, se hallaron sorprendidos por un clamor de voces que salia del templo de la representacion nacional.

Al oirle, y como movidos por un resorte, ocultó cada uno en su bolsillo la mano que ya se disponia á alargar á su vecino.

Las voces decian: *¡Viva la soberanía nacional! ¡Viva el Rey!* Y, como era natural, ambos creyeron á un tiempo que cada uno era el Rey que la soberanía se daba á sí misma.

Su desengaño fue terrible. Rojos y negros, como enamorados noveles, se habian hecho las siguientes declaraciones:

1.ª El hombre no ha nacido para trabajar debajo de tierra, ni al calor de un horno de fundicion.

2.ª El hombre tiene derecho á la anarquía, que es el estado mas libre que los autores reconocen.

3.ª El hombre tiene derecho á ser alimentado por la tierra.

Y despues de estas declaraciones, y como consecuencia de ellas, habian decretado:

1.º La abolicion de las minas, de las fábricas y de sus propietarios.

2.º La supresion de todo reglamento, de toda ordenanza y de toda ley, incluso la ley de la moneda.

3.º El repartimiento de todas las tierras que por sí mismas se negasen á alimentarlos.

4.º y último. La creacion puramente transitoria de una monarquía que se encargara de realizar estas medidas y que se comprometiera á no *imponerse* al público una vez realizadas.

Una comision compuesta de rojos y negros desembocó muy lucida y acompañada de músicos, danzantes y banderas en la plaza, donde, apenas repuestos de su asombro, se encontraban mi principal el fabricante y su antes rival, y ahora compañero de infortunio, el propietario.

Aquellos obreros, dotados de singular espíritu práctico, habian ideado una forma monárquica perfectamente adecuada á sus necesidades.

Ofrecian la Corona á la rama de los propietarios hasta que esta quedara completamente estinguida en obsequio del pueblo, y á su estincion la Corona pasaba á la rama de los fabricantes, con idéntica obligacion de estinguirse.

El propietario y el fabricante, al oir estas declaraciones de derechos, cayeron desmayados; su pueblo respetó el desmayo, en prueba de la simpatía que le merecian sus príncipes.

Vueltos en sí, se abrazaron cariñosamente; y enjugándose las lágrimas con un número de *La Epoca* de Ch..., echaron chinas para saber á cuál le tocaba estinguirse primero.

Y yo, que, aunque español liberal y tenedor de libros, soy hombre de buena fe, avergonzado de mí mismo y de mi necia tentativa de hacer una revolucion conservadora por medio de las clases populares, y con los principios democráticos, huí á toda prisa de Ch... y me dispongo á embarcarme para España, donde, segun leo en *El Debate*, las clases conservadoras han hecho una revolucion democrática y popular que no ofrece peligro alguno para lo porvenir.

Tu amigo que de veras te quiere,—DIEGO.

Sr. Director de LA MARGARITA.

Me pidió V. un artículo para su apreciable semanario, y creo cumplir mi promesa remitiéndole para su insercion la carta de mi corresponsal de Oceanía.

Y queda de V. su afectísimo seguro servidor Q. B. S. M.

S. DE LINIERS.

ECOS DE MADRID.

—

Si pudiera hablar en secreto á mis lectoras, es decir, si los ministeriales no se enterasen de nuestra conversacion, les diria unas cosas...

¿Y por qué no decirlas?

La mujer, mas perspicaz y desapasionada que el hombre, sobre todo en política, debe ser previsora.

Por otra parte, la caridad debe ser el sentimiento que llene su alma, y la caridad nos aconseja á todas que empleemos nuestra influencia para impedir que nuestros padres y nuestros esposos, que nuestros hijos y nuestros hermanos caigan en el lazo que un inesplicable odio de nuestros enemigos les tiende, con fines que podemos perdonarles porque somos generosas, pero cuya realizacion es preciso impedir.

¿He despertado vuestra curiosidad? No me estraña. Pues sabed que los que mal nos quieren, sueñan con una insurreccion carlista, la necesitan como el enfermo la salud, como el pobre el dinero, y, no obteniéndola *natural*, andan desalados buscando el medio de proporcionarse una *artificial*.

Serian capaces hasta de pedir á los carlistas, por el amor de Dios, que saliesen al campo, y les comprarian armas y municiones, y les harian proclamas, y se las repartirian grátis.

¡Vamos! tienen mucha necesidad de un levantamiento, porque, como el instinto de conservacion aguza el ingenio, comprenden que la cuestion de Francia va á resolverse en breve, y para cuando esto suceda necesitan tener las cárceles llenas de carlistas, los derechos individuales trasformados en consejos de guerra, y los diputados y senadores á muchas leguas del Parlamento.

Así es que trabajan... ¡pobrecillos! y con el calor que hace van á enfermar, porque no viven ni sosiegan.

Nuestros amigos, preciso es confesarlo,

son buenos, generosos, y, poco avezados á las intrigas y los ardides, caen en la red con la mayor facilidad.

Enseñadles vosotras á desconfiar, porque de esto dependen su seguridad y su vida.

A lo mejor entrará vuestro esposo en casa muy satisfecho, muy contento.

—¿Hay buenas noticias? le preguntareis.

—¡Escelentes! contestará.

—Pues ¿qué sucede?

—¡Nada...! Que hasta los liberales mas acérrimos van convirtiéndose poco á poco.

—¿De veras?

—¡Vaya...! Sin ir mas lejos, acabo de hablar con uno, y me ha dicho: «Yo he sido liberal toda mi vida: he hecho los mayores sacrificios por la libertad; pero al ver que estamos mucho peor que en tiempo de Gonzalez Brabo, me he desengañado, y soy carlista; sí, señor, carlista de los mas rabiosos.» Como sabe que yo soy de la Junta, me ha ofrecido sus servicios, asegurándome que se pone á mis órdenes para proporcionarnos armas y para salir al campo con los muchachos.

Otro dia rogareis á vuestro hermano que os acompañe á paseo.

—¡Imposible! dirá; tengo que hacer.

—¡Pero, hombre...!

—Nada... nada: la causa es lo primero. Tengo una cita con un sargento. Me ha buscado; me ha dicho que toda su familia es carlista, que no puede pasar por la pena de combatir contra los que profesan las ideas de sus padres, y que está resuelto á sublevar dos ó tres compañías de acuerdo con sus camaradas: ya ves, esto es muy importante, y si desperdiciamos tan buenas disposiciones...

En otra ocasion se presentará en vuestra casa un desconocido, el cual asegurará á vuestro padre que combatió á las órdenes de Cabrera en Cataluña, y que, deseoso de prestar servicios á la causa, se compromete con unos cuantos amigos á trasportar armas ó alistar gente.

Vuestra mision en todos estos casos, amables lectoras, es contener el entusiasmo de los seres queridos, y pronunciar continuamente las mágicas palabras: ¡Escoda, Carretero, y Lallave!

No demos el gusto á los que nos persiguen de fortalecerse con nuestras debilidades. Sepamos aguardar, y la Providencia no tardará en abrirnos el camino de la salvacion.

Al ver defraudados sus deseos con la desesperacion de la impotencia, improvisarán motines; pero la verdad se hará paso, y las personas honradas que, ilusionadas, creen aun en lo existente, execrarán los atentados que se cometan, las falsificaciones que se practiquen, y pasarán á nuestro lado la balanza de la justicia.

Dado ese aviso..., nada mas tengo que deciros sobre el particular.

***

Una noticia de un periódico ministerial ha producido numerosos ataques de nervios.

Despues de oirle, no queda duda...: vamos á traer la Inquisicion.

Le han faltado algunos datos, y yo, pobre de mí, voy á proporcionárselos.

Necesitándose algunos instrumentos de hierro, aprovecharemos los rails de los ferro-carriles, y hasta el vapor; porque para veranear viajaremos en coches de colleras ó en mulas de alquiler.

Yo no sé cómo somos carlistas despues de oir estas cosas; y, francamente, entre nuestra Inquisicion y la guillotina de los republicanos, comprendo que los liberales de la situacion prefieran el festin del presupuesto.

No son tontos..., aunque llevan la fama de serlo.

***

Ha llamado la atencion que el autor de la zarzuela *Los Holgazanes* haga pasar la accion de su obra en los mejores tiempos de los liberales.

Y á pesar de estar llena de gracias la zarzuela, hay quien opina que esta coincidencia es el mejor chiste de toda la obra.

Sin salir de los teatros, voy á apuntar otra observacion.

En la pantomima *La Fuente Castellana, ó mantillas y peinetas*, hay una escena muda que el público aplaude con entusiasmo. En tanto que un galan desliza en la mano de una dama un billete, un rapazuelo desliza su diestra en el bolsillo del galan, y le escamotea el pañuelo. Un guardia le sorprende, y se le lleva preso.

Aquí estalla el aplauso.

—¡Eh! ¿Qué tal? esclamó un progresista: eso es lo que se llama tener respeto á la autoridad. El público aplaude al verla representada en el teatro.

—Desengáñese V., le contestó un amigo mio: el público aplaude al guardia figurado, porque llega mas á tiempo en el teatro que los guardias de verdad en la calle.

Esperanza.

MARGARITAS.

La honradez y el juicio tienen mas valor que la riqueza. (Dryden.)

El que confiesa sus errores, debia complacerse en vez de avergonzarse: su confesion demuestra que sabe hoy mas que ayer. (Pope.)

Así como el genio crea, consagra la opinion. (Fec.)

MADRID, 1871. — Imprenta de *La Esperanza*, á cargo de D. A. Perez Dubrull, Pez 6.



LA MARGARITA.

ALBUM DE LAS SEÑORAS CATOLICO-MONARQUICAS

AÑO I. 23 ABRIL 1871. NÚM. 4.°

LA POLÍTICA Y LA MUJER.

Si la libertad proclamada por el motin de Cádiz, cuna de todos los engendros del liberalismo, no fuese una solemne mentira, sobre todo para el partido monárquico legitimista, no nos ocurriera hoy salir en defensa de un derecho tan incuestionable como cualquier otro, si convenimos en que la política, en nuestro desgraciado pais, es el cáncer que lentamente destruye todo lo bueno que poseemos. ¿Tienen las mujeres derecho á figurar en política? Cuando la mision de la mujer, que es de paz y de amor, puede ejercer benéfica influencia, siquiera sea en un terreno poco practicable para ella, debemos concederle amplia libertad; es mas: debemos aplaudirla y estimularla, porque se han visto en tiempos pasados grandes figuras que han oscurecido la brillante aureola que rodea al genio, patrimonio cuya esclusiva propiedad se ha adjudicado el hombre.

En otras circunstancias tendríamos por una aberracion del espíritu sembrar semejantes ideas en el fértil campo de la prensa periódica; diríamos lo que Saavedra Fajardo en su *República literaria;* pero hoy que en nombre de la libertad vemos desmoronarse el edificio social; hoy que por do quiera no contemplamos mas que huestes de vándalos que destruyen, y no brigadas de pacíficos obreros que edifiquen ó reparen los daños del tiempo, con el alma contristada tendemos la vista alrededor, buscando quien reconstruya el minado edificio que amenaza desplomarse. Con pena lo confesamos: no hemos encontrado en el filósofo ni en el estadista abnegacion suficiente para dar el primer paso en tan colosal como arriesgada empresa. Pero sí hemos visto á muchas damas, honra y prez de su sexo, que sin tener en cuenta su

debilidad, con ánimo varonil, han tomado á su cargo la iniciativa de tan grande obra, adoptando el emblema que representa el mas acendrado españolismo, ó luciendo la simbólica flor, anatema tácito de la inmoralidad y de los malos gobiernos. ¿Por qué, pues, no hemos de conceder en las apiñadas filas de nuestro partido un lugar preferente á las que tan acreedoras se han hecho á ser tambien cobijadas por el blanco estandarte de la verdadera libertad? ¿Qué razon hay para que neguemos á la mujer el derecho de *hacer política?*

Preciso es que tengamos en cuenta que la política en la mujer no puede ser la enconada lucha de intrigas, de coacciones, de atropellos y de crímenes de todo género. Las hijas de Eva no tienen mas armas que sus bellos ojos, sus mágicas sonrisas, sus hechiceros encantos, empleados siempre con talento oportuno ó con diplomática astucia. Ellas no podrán disparar un rewolver ni dirigir á fondo de una estocada; pero saben desarmar al hombre de mas valor; saben vencer al mas bravo y afortunado en la pelea. La encantadora sonrisa de unos labios de coral, ó la lágrima brillante y diáfana que se desprende de unos ojos de azabache, son la *ultima ratio regum* en las luchas políticas que entabla la mujer, y cuyo triunfo es suyo las mas veces. La mujer, como amante, como esposa y como madre, sabe imponerse al hombre cuando quiere; y no ha habido aun ejemplo de voluntad rebelde que haya resistido á la dulce presion que el bello sexo sabe ejercer en el sexo fuerte, siempre que con insistencia se propone llevar á cabo una empresa, por irrealizable que haya parecido. Un antiguo proverbio decia: *En la mujer está el querer*; lo que puede traducirse: "No hay imposibles para la mujer cuando ella quiere."

Pues si esto es así; si la lógica de los hechos nos obliga á confesarlo, ¿por qué no hemos de esclamar: *¡Plaza, plaza á la mujer en el campo de la política!* Los israelitas tuvieron una Débora; los católico-monárquicos pueden tener una Margarita. La revolucion francesa de 1789 produjo una Teroine y una Mad. Rolland, dos tipos bien opuestos; la revolucion española de 1868 ha de producir una falange de heroinas que combatirán sin tregua ni descanso por su *Dios*, por su *Rey*, y por su *Patria*.

SALVADOR MARÍA DE FÁBREGUES.

CAPRICHOS DE LA MODA.

IMPRESIONES DE VIAJE.

(Continuacion) (1).

V.

Habíamos decidido estar en San Sebastian hasta el dia 4 ó 5 de agosto; pero una noche fuimos testigos de una escena salvaje que nos obligó á acelerar nuestra partida, pues podia repetirse, y no presagiaba nada bueno para nosotros.

Corrian aquellos dias rumores de que los carlistas pensaban lanzarse al campo; rumores esparcidos por los inventores de la *honrosa* accion de Llave y comparsa, y los progresistas de la capital de Guipúzcoa, envalentonados con la poca energía, ó mas bien connivencia, de las autoridades, vociferaban que iban á tener una cacería, como la que habian tenido sus compañeros de la corte, en la que no iban á dejar un carlista con vida.

Acabábamos de comer un domingo en casa de un amigo de mi padre, su antiguo compañero de armas, á quien nos habia encargado visitáramos, y nos dirigíamos Enrique y yo á dar un paseo por la Concha, cuando, al acercarnos al *Parador Real*, vimos una multitud de gente que daba gritos desaforados, que al principio no pudimos entender.

Estos gritos de muerte se dirigian

(1) Véase el número anterior.

contra nuestro partido, apostrofándonos con los epítetos mas ultrajantes, acompañados de las interjecciones mas indecentes.

Afortunadamente el dueño del parador no se hallaba en la poblacion, y los progresistas de allí se contentaron con los gritos y amenazas, y una especie de cencerrada, única cosa que pueden dar, y despues de repetir la escena delante de otra ú otras dos casas, se dispersaron, jurando que al dia siguiente no habia de quedar un carlista vivo para un remedio.

No puedo, queridas lectoras mias, espresaros el susto que pasé; y tanto hice, que pude conseguir de Enrique que al dia siguiente saliéramos de aquella ciudad, dirigiéndonos á uno de los establecimientos de baños, que tanto abundan en aquella provincia.

Debo deciros, antes de abandonar la capital de Guipúzcoa, que en todo el tiempo que permanecí en ella no vi mas que dos veces á mi compañera de viaje, la esposa del alto empleado *de* Hacienda, pues yo no concurrí á ningun baile ni concierto de la *Kursaal*, á los que ella no faltaba, y que aquello de la habitacion tomada y pagada desde el mes de mayo, lo mismo que lo de la emigracion de su marido, era una de las muchas mentiras que dicen ciertas gentes cuando se hallan entre personas que no las conocen, y creen darse importancia y hacerse envidiar de los que las escuchan.

Salimos de San Sebastian á las ocho de la mañana para detenernos en Tolosa á almorzar, y esperar allí el tren *exprès* para llegar á Zumárraga, estacion de donde parten diligencias á todos los puertecitos de la provincia y á todas las casas de baños.

Hora y media despues nos apeamos en Tolosa, una de las poblaciones mas bonitas de las Provincias si sus calles fuesen un poco mas anchas y sus casas un poco mas blancas, pues á primera vista me hicieron el efecto de casas que hubieran sufrido un incendio.

La magnífica iglesia parroquial, dedicada á la Asuncion de Nuestra Señora, me agradó en estremo, pues es espaciosa, clara y de buen gusto, lo mismo que la fábrica de papel de Irura, montada con todos los adelantos que las mejores de Bélgica y Anguelema, segun nos dijeron, y la de fósforos de Yurrita, en la que vi trabajando un gran número de niños y niñas, muchos de los cuales aprendian á leer y á escribir en las horas de descanso que les daba el dueño de la fábrica con este objeto.

En la fonda donde almorzamos lo hicimos en compañía de tres oficiales de las tres compañías que guarnecian la poblacion; y habiéndose suscitado la conversacion sobre próximo levantamiento carlista, ninguno de ellos me pareció muy inclinado á salir en su persecucion, y todos reprobaron la conducta de los... liberales de Madrid, San Sebastian y otros *porristas*.

VI.

A las cinco de la tarde llegamos á Zumárraga, donde, á pesar de los muchos carruajes que salian en todas direcciones, no encontramos billete en ninguno de ellos.

Viendo la contrariedad que esto me causaba, el administrador, jóven estremadamente amable, llamado D. Ignacio Artiz, nos ofreció ponernos un coche particular.

Aceptamos el ofrecimiento; mas cuando estábamos esperando que engancharan, supimos que al dia siguiente, en que la Iglesia celebra á San Ignacio de Loyola, habia gran funcion en Azpeitia y en el santuario, y variamos de opinion, decidiéndonos á pasar la noche en la fonda, ir por la mañana á Loyola, volver por la tarde, y á aquella hora salir en el coche á Vergara, donde queríamos permanecer un par de dias.

Tomada esta resolucion, comunicámosla al Sr. Artiz, quien la aprobó y dió las órdenes necesarias al efecto.

Mientras anochecia salimos á recorrer el pueblo, que me dejó encantada,

pues tiene una iglesia magnífica, una plaza mayor con soportales, que aun no está concluida, pero cuya casa consistorial, de un gusto severo y elegante, le da un aspecto tal, que, una vez terminado el resto de la plaza, habrá pocas como ella en muchas capitales de España.

Tiene ademas muchos edificios de buen gusto, y fábrica de fósforos, que el Sr. Mendía, con la amabilidad que es característica en todos aquellos naturales, nos enseñó detenidamente, así como todas las operaciones que en ella se efectúan, mostrándonos al paso algunos grabados de suma perfeccion hechos en su litografía, bajo la direccion del Sr. Oráa, antiguo dueño de la fábrica.

Tambien visitamos el antiguo palacio del marques de los Narros, situado en Villareal, pueblo unido enteramente á Zumárraga, y que yo creia al principio era uno solo.

Este palacio, cuyos escudos estaban cubiertos de crespon, pues su dueño acababa de morir en los brazos de don Cárlos de Borbon en Paris, estaba alhajado con un lujo y un gusto que me deslumbraron, y, mas que morada de un particular, me pareció mansion digna de un Rey.

Cuando volvimos á la fonda, nos sirvieron la comida con un gusto y una limpieza que nada tenian que envidiar á las mas elegantes de la corte, y este gusto y este aseo me hicieron augurar bien de la habitacion, donde aquella noche pensé desquitarme de lo mucho que habia sufrido en el chiribitil de San Sebastian.

(Continuará.)

CAROLINA P.

BELLEZAS DE LA RELIGION.

Á SAN VICENTE FERRER, PATRON DE VALENCIA (1).

Mirad tras largo siglo cuál despunta
El sol hermoso que mi patria espera.
¡Ya resplandece el suspirado dia!
Mirad cómo palpita de alegría
La hija noble del Cid, y se engalana
Cual vírgen que á los brazos del esposo
Va inocente y ufana.
De rosa y de laurel y luz ceñida
Su mirada de amor levanta al cielo;
Ese sol que lo inflama refulgente
Vuela á decir al estendido mundo
El claro nombre de su gran VICENTE.
Por eso en la region del vago viento
El címbalo sonoro
Lanza su grande voz; hierve en las plazas
Clamoroso el pueblo; álzanse altares;
Y al festivo ondear de blanco lino,
En prez insigne del VARON divino
Resuenan por do quier ledos cantares:
Cantemos: lo que el mundo llama *gloria*,
Relámpago veloz relumbra y ciega,
O rayo abrasador truena y devora.
Brilló, tronó, despareció...; ¿dó es ido
Su esplendor y poder? Fue, y ha pasado:
Pero bella en su trono inmaculado,
Hija del cielo, la virtud divina,
Aunque reina ultrajada de la tierra,
Eterna la fecunda y la ilumina.
¡Oh gran VICENTE! ¡Oh patria! ¡Oh venturosa
Entre todos los pueblos que el sol mira,
Y con sus largos brazos el mar cierra!
Tú, halagada del cielo y la fortuna;
Tú, del mundo encantado paraiso;
Tú, de un FRAILE inmortal egregia cuna.
Mas ¡ay! ¿por qué improviso
Me tiembla el corazon, la lira estalla,
y se agolpa á mis ojos lloro ardiente?
¿Será ilusion de la agitada mente?
¡Ilusion! ¡Ah! no, no, que Dios me inspira.
Callad los que reinais sobre la lira;
No digais que ese sol luce hoy mas puro,
Que mas süave el céfiro suspira,
Que en medio de vergel de gayas flores
Con su gracia gentil se alza riendo
Valencia entre apacibles resplandores...
¡Ay, tristes! que la luz se va estinguiendo.
Y llegan ya la noche y sus horrores,
Y en arenal que moribundo alumbra
El rayo de una luna macilenta,
Mi infeliz patria en dolorosa angustia
A mis pasmados ojos se presenta.
Aun en la sien ostenta
Su corona de flores: ¡mas ya mustia!
Aun el manto que el oro ha recamado,
Ciñe... pero ¡miradlo! está rasgado,
Y tinto en fango vil... ¡Oh patria mia!
¡Ay! ¿por qué en temblorosa
Agonía te agitas, cual esposa
Que esposo inesperado en su alegría
Adúltera sorprende; y, desolada,
Lanzas grande alarido, cual si atroces
Vinieran sobre tí peste y espada?
Vienen... tiembla... el bramido
¿No escuchas ya de tempestad vecina,
Que al mundo anuncia funeral estrago?
De Jaime de Aragon cruza indignada
La adusta sombra por el aire vago:
Grita que se ha encendido

(1) Verdadera joya literaria, esta composicion, aunque ya publicada, la reproducimos para que puedan conservar nuestras suscritoras en este ALBUM tan inspirada como bella poesía.

La cólera de Dios... A inmensa altura
Me eleva el númen, y á mis pies la tierra
Miro, y rasgado el velo
Contempla el porvenir un ojo humano.
¡Guay de ti, guay de ti, del Oceano
Reina altiva y cruel, Tiro avarienta,
En quien hasta el honor es mercancía!
¡Guay de ti, guay de ti, Babel impía,
Que ser la hija de tu Dios te afrenta,
Y sueñas en ser Dios, de un hombre esclava!
¡Ay de ti, España, que el *Señor* te amaba,
Y ora estás sumergida
En letargo profundo;
Gloria del mundo ayer, risa hoy del mundo!
¡Ay, Europa, de ti...! Desde su Trono
Fulgurante en la cúspide del cielo,
Dios inclinó su frente
Y retembló la inmensidad... Al punto
Un ángel, que fue hombre, los espacios
Cruza como relámpago, de gloria
Dejándolos y de su lumbre llenos.
El habla, y siete truenos
Hablan con El: «Temed á Dios potente,
Temed y honrad á Dios.» ¿Qué dice el mundo?
¡Ay...! ¿Qué ha dicho? El infierno se ha alegrado;
Satan ha concitado á sus gigantes.
La noche por la tierra se derrama;
¡Horror y confusion! á hierro y llama
Se alzan luchando gentes contra gentes,
Cual dos mares furentes
Que se arrojasen á chocar, sus olas
Rompiéndose, y revueltas, y bramando,
Aquí el fuego devora; centellando
La espada hiere allá... ¡Cielos! ¿Qué veo?
¿Quién es, quién ese monstruo
Gigantesco y feroz, inmundo y feo?
Desnudo va; en su frente una corona;
Sangre y lujuria su mirada empañan;
Hacha que blande, su furor pregona;
Hambre y peste sus pasos acompañan;
Va á hacer trizas los tronos de la tierra;
Va á asolar los altares del Eterno,
Y en perpetua discordia y cruda guerra
Va á dar al mundo el caos y el infierno.
A la tierra inclinados desde el cielo
Los ángeles de Dios la miran tristes,
Y sobre ella, asolada
Y sangrienta y convulsa en su agonía,
Resuena de Satan la carcajada...
Dios santo, que este mundo tan hermoso,
Con agua, planta y flor enriqueciste,
Y con fulgente sol iluminaste;
Tú, que al hombre á tu imágen bueno hiciste;
Tú, que Rey de la tierra le llamaste;
Tú, que, por darle el cielo, á tu Hijo diste,
¡Salva al mundo y al hombre á quien criaste!
Angeles que al sonar las liras de oro,
Cantais su nombre santo
En dia eterno, en incesable coro,
¡Por nosotros rogad! Los que en el mundo,
De sus pompas humildes triunfadores,
Amásteis y sufrísteis, y en el cielo
Ya de luz que no muere estais ceñidos,
¡Volved los ojos al oscuro suelo,
Somos vuestros hermanos! Y tú, PADRE,
De tu dulce Valencia ya olvidado,
¿Nos has desamparado?
¿Pues no naciste aquí? ¿Pues no vivias
Entre nosotros, y en virtud y en gracia
Ante los hombres y ante Dios crecias?
El aire que respiro, respirabas;
La tierra que yo piso, tú pisabas:
Esta es Valencia ¿ves? hoy sus dolores
Por festejarte la infeliz esconde,
Y orna su frente pálida de flores...
Y te llama, y su HIJO no responde:
Le llama en su agonía,
Y él se está allá en el cielo... ¡ay! ¡el ingrato...!
Mas ¿qué dije? ¡gran Dios! ¡perdon! perdona;
Pero ven: salva á España, salva al mundo.
Tú pasaste por él, y lo alumbraste;
Diste á los pueblos paz, á un Rey corona;
En nombre del Señor al mundo hablaste,
Y el oprimido levantó su frente,
E hincaron su rodilla los tiranos,
Y todos ante un Dios justo y clemente,
Se sintieron felices, siendo hermanos.
Ven, pues, y no tardes, que el siniestro
Dia de horror y luto se avecina;
Mira que ante tu Dios, ante el Dios nuestro,
Por siempre reprobada
España no ha de ser...; y ¿dó su rayo
Lanzaría de Dios la diestra airada
En esta hermosa tierra, que amó el cielo,
Tierra de Recaredo y de Pelayo,
Toda en sangre de mártires bañada?
¡Ah! no será: tras tempestad sombría
El íris lucirá de la alianza:
Que Dios, si es justo Juez, es Padre bueno.
¿No vísteis estallando
Ronca tormenta en desgarrado trueno?
Rudo granizo arroja y rayo ardiente,
Y mares de agua, y brama... el suelo tiembla,
Y estremécese pálida la gente.
Mas sobre el nubarron, que envuelve horrible
Con su medrosa oscuridad el suelo,
Un cielo hay claro, y bello, y apacible,
Y un espléndido sol en ese cielo.
Y Dios da la señal, y en prestas alas
Los céfiros sonando
Lanzan la oscura nube... y centellea
Reapareciendo el sol, y canta el ave,
Y se anima la tierra y se hermosea
A su dulce calor y luz suave.
Así será: *tras tempestad sombría*
El íris lucirá de la alianza;
Va la tierna piedad tras la ira impía,
Y al dolor acompaña la esperanza,
A la justicia de su Dios atento.
Mi fatídico númen
Miró del mundo el funeral estrago:
Olvidé que era padre: ¡es nuestro Padre
El que es Rey de los siglos...! ¿Mas me engaña
Sueño feliz de burlador deseo?
Venid presto, corred, cercadme todos;
Decidme, si es que veis lo que yo veo.
Veo un ángel hermoso
En la radiante esfera
Con grandes alas de oro aparecido;
Y es triste, pero tierna, su mirada,
Y está sobre Valencia suspendido,
Y leo en torno de su noble frente

Que ciñen rayos de esplendor sereno:
Temed y honrad á Dios, que es grande y bueno.
¡Ah padre! ¡oh gloria nuestra! ¡oh gran VICENTE!
¡Cuánto has tardado, padre! Al fin te vemos...
Aun nos amas... tus hijos
Te aman tambien... enjuga, pues, su llanto
Y á sus males prolijos
Pon ya fin, nuestro héroe, nuestro SANTO.
Habla... tu voz nos mande;
Habla, ¿qué quieres, dí...? ¿lo habeis oido?
Temed y honrad á Dios, que es bueno y grande.

ANTONIO APARISI Y GUIJARRO.

BOCETOS CARLISTAS.

D. CÁNDIDO NOCEDAL,

DIPUTADO POR PRAVIA Y POR VALMASEDA.

Si solo los ojos de la cara hubieran de fijarse en este boceto, la tarea era fácil; pero son los ojos de la pasion, y, como Campoamor dice en su célebre *Dolora:*

«Todo es efecto en el mundo
Del cristal con que se mira.»

Y vean Vds. lo que son las cosas: esta diversidad de pareceres es ya una parte del retrato.

Nocedal se vió sorprendido en la juventud por la libertad, y su primer latido de amor fue para ella.

Los que le culpan de haber sido miliciano nacional, si lo fue, que lo ignoro, se olvidan de sus primeros amores: ¿quién no ha hecho sacrificios estéticos al objeto adorado?

Pero por lo mismo que amó la libertad, cúlpanle algunos de inconsecuente al verle convertido en su enemigo, como si no fuera condicion humana odiar al ser amado desde el momento en que pierde á nuestros ojos todo su valor, y le vemos entregado á las locuras de la vida, de que quisimos preservarle con nuestro cariño.

Figúrese el lector que es jóven, que encuentra una mujer encantadora, que se le aparece adornada con todas las virtudes, que la ama fascinado, y que un dia la encuentra entre los demagogos del 48, en el banquete progresista de los Campos Elíseos, en el despacho de un ministro pidiendo credenciales para sus *consecuentes* admiradores, ó en un café manchego trincando con los ejecutores de la alta justicia de un gobierno liberal.

¿Qué haria? Desengañarse, perder las ilusiones y esclamar, al hallarse en presencia de la falsa deidad: «No es á ti á quien he amado; tú has tomado las formas de mi ídolo, y, sin perder mi amor á la libertad, te odio y te persigo porque eres su moneda falsa.»

Nocedal es uno de los primeros hombres del Parlamento, no de España, de Europa; y porque lo es, cuando condena el parlamentarismo hay que creerle.

Pero ¡cosa estraña! es ademas un hombre de gobierno.

Por efecto del empuje de su genio, al abogar por la descentralizacion, ha dado al sistema autoritario el aire que necesitaba para vivir.

No hay una sola persona de cuantas le conocen, amigos y adversarios, que no confiesen su soberano talento, su asombrosa serenidad y su valor cívico.

El dia 30 de setiembre de 1868, cuando las masas populares dominaban y caia herido el secretario de Gonzalez Brabo, Nocedal paseaba tranquilamente por las calles mas céntricas de Madrid.

Confiado en la elocuencia de su palabra, y gran conocedor de las fibras del pueblo, espera tranquilo los movimientos de las masas.

Es el continuo triunfo de la inteligencia sobre la fuerza.

Por mas que no lo crean muchos, es revolucionario, y al mismo tiempo organizador.

Al verle sostenido sobre sus delgadas piernas; al contemplar su rostro siempre risueño, no parece posible que pueda infundir pavor á sus adversarios.

Pero lo infunde solo con pedir la palabra, porque es á la vez general y guerrillero; forma el plan de batalla, dirige la lucha y toma parte en la pelea, adornando el ataque con eficaces improvisaciones.

Como ha sido varias veces ministro de la Corona y presidente de la Cámara; como ha terciado en todas las contiendas políticas, tiene algunos rasguños.

Pero no seamos tan severos: ¿quién ha luchado en política y ha salido ileso?

No se puede negar que Nocedal es uno de esos hombres de genio que pasan á la posteridad despues de influir en la marcha de las naciones.

El partido carlista tiene con él, en la esfera civil, un poderoso ariete, y está de enhorabuena con su adquisicion, y Nocedal lo está tambien, porque ha encontrado al fin el puesto natural, el que lógicamente debia ocupar, dadas sus condiciones de carácter, sus ideas y sus sentimientos.

Aun es jóven y vigoroso; aun puede ganar muchas batallas; y (¿por qué no decirlo, si la franqueza y la lealtad es patrimonio de los carlistas?) al talento que busca el bien hay que tomarlo tal cual es, y darse uno por satisfecho.

Para ser justo, debo añadir que si como político figura en primer término, como letrado y como publicista es rival de sí mismo.

Dos distritos le han elegido.

Así es que no es estraño que valga lo menos por dos á los ojos de los ministeriales. A los de sus amigos vale mas.

X.

ECOS DE MADRID.

—

Como nosotras somos así, tan poco prácticas, tan tímidas y tan nerviosas, la noticia de que el gobierno habia obtenido un triunfo, gracias al rompimiento de los carlistas y los republicanos, nos quitó un poco el sueño.

Y no porque nosotras esperemos vencer con el auxilio de los que mas han contribuido á arrancar las creencias religiosas de algunos pechos españoles.

Solo confiamos en la fe y la constancia de nuestros hermanos; pero, hoy por hoy, aunque nuestros vecinos nos molesten, como tenemos un enemigo comun, debe causarnos pena todo lo que tienda á romper la armonía entre los moradores de la misma casa.

Pero todo fue nube de verano, y aquella escaramuza, que tanto entusiasmó á los partidarios del color azul, ha servido para demostrar la importancia que dan á la buena inteligencia de sus adversarios.

***

Voy á confesar á mis lectoras una debilidad que he tenido.

Creo firmemente que nosotras no estamos en nuestro sitio al ocupar un asiento en las tribunas de las Cámaras; pero iba á hablar Aparisi y Guijarro, y no pude menos de arrostrar el sacrificio de parecer por un momento demócrata ó mora fronteriza.

¿No habeis oido hablar á Aparisi y Guijarro? Os compadezco. Su corazon late en su voz, y cuando habla, como se ve que dice lo que siente, y lo que siente es bello como su alma, conmueve y arrebata.

¡Con qué sinceridad decia: «He tenido la honra de conocer á un Príncipe augusto, de noble corazon y alto pensamiento; he tenido la honra de ser secretario del señor Duque de Madrid, pero secretario sin sueldo, y con el propósito y resolucion manifestados de que si llega, con la ayuda de Dios y del pueblo, á sentarse en el Trono de sus abuelos, no seré ministro; me iré al rincon de mi casa á hacer lo que he hecho siempre, el poco bien que he podido!»

¡Secretario sin sueldo, y con el propósito de retirarse á su casa el dia del triunfo! Esto no lo comprenden todos: nosotras, sí, porque oimos continuamente á nuestros padres, á nuestros esposos y á nuestros hermanos los mismos propósitos.

¡Qué contraste entre lo que llaman el *caos*, y lo que pretenden que es la *luz*!

¡Vamos, me entusiasmé oyendo al orador católico!

***

Poco despues añadia, recordando sus palabras proféticas, y dirigiéndose á los ministeriales: «Un hombre vendrá al fin: si antes ó despues de la revolucion, lo ignoro, pero sé que vendrá; y si se ha de salvar el pais, y quizás si os habeis de salvar muchos de vosotros, ese hombre ha de venir.»

Sí: ese hombre vendrá, y vendrá acompañado, añado yo, de una mujer angelical, cuya dulce mision es enjugar las lágrimas de los que sufren, fortalecer con su ánimo á los débiles, consolar á los tristes, y reconstituir la familia española con su ejemplo, sirviendo de modelo con sus virtudes á las mujeres españolas, que no tienen poca parte, por su condescendencia, en las desdichas que lamentamos.

Y cuando esos dos seres queridos vengan; cuando se inspiren en el amor vehemente y desinteresado que por lo que representan y lo que son despiertan en los corazones leales, será la patria de hoy digna de su gloria de ayer, y solo vivirán en nuestra alma los santos y purísimos afectos que nazcan al calor de la felicidad que otorga el bien.

Poseida de esta esperanza, que desearia comunicar á mis lectoras, todo lo perdonaria, todo, hasta las lágrimas que ha arrancado á nuestros ojos el odio de los que han combatido contra nuestros hermanos.

***

¡Qué verdad es que todo es corazon, fe y cariño entre nosotros!

Yo querria que sin pasion fueran los que nos tildan de fanáticos y vengativos á buscar á los carlistas que mas han sufrido.

Dias pasados hablaba yo con una pobre mujer, anciana, achacosa, reducida á la condicion de una humilde portera, despues de haber sido rica, de haber perdido por sus ideas su fortuna, y de haber estado encarcelada, y de habersido condenada á muerte por haber prestado servicios durante la guerra á los que combatian por la legitimidad.

Repito que vive en la miseria, y que sus achaques son para ella un continuo tormento.

—Todo lo que he sufrido, y todo lo que sufro, me decia, lo daria por bien empleado con tal de ver una vez siquiera á D. Cárlos y á doña Margarita. Tengo sus retratos y los de los príncipes; me los ha regalado un caballero; ¡Dios le bendiga! y todos los dias los veo, y hablo con ellos, y les pido que perdonen á los que tanto mal me han hecho, y que hagan felices á los españoles. Solo anhelo vivir para que se me cumpla este deseo...; y los veré; ¡vaya si los veré! Hasta entonces no me muero, añadió con profunda conviccion, al mismo tiempo que rebosaban las lágrimas en sus escaldados ojos.

Estos ejemplos, de los que hay muchos en nuestro campo, consuelan y animan.

Dios lee en los corazones, y sabe por qué amamos la legitimidad.

Nosotros no somos católicos porque nuestros antepasados han matado moros; lo somos porque creemos en Dios, porque esperamos en su justicia y confiamos en su misericordia.

Esta consideracion lleva naturalmente mis miradas á Francia.

***

Horrorizan los detalles que acerca de lo que está pasando en Paris publican los periódicos.

Todo aquel drama parece un capítulo del *Infierno* del Dante.

Bien pagan su egoismo y su frivolidad los franceses. ¡Qué leccion para los pueblos que han abandonado las dulzuras de la fe por los mentidos goces del materialismo!

Pensad un momento en la afliccion de las familias que se han enriquecido esplotando las debilidades humanas. Pensad en los que, despues de una derrota horrible, dan á sus vencedores el espectáculo de su funesta discordia.

La crísis es tan terrible, que de ella ha de venir la muerte ó la vida.

Porque una madre, la del famoso agitador Flourens, ha recogido piadosamente el cadáver de su desdichado hijo y le ha dado sepultura católica, insultan los amigos de aquel el dolor de la pobre señora, escandalizándose de su piedad.

Pero ¿qué mas? Oid este decreto de los revoltosos de Paris, y estremeceos:

«Atendiendo á que los curas son unos bandidos, dice, y las iglesias cavernas en que se asesina moralmente al pueblo, se decrēta la prision de los curas y la clausura de los templos.»

¡Y despues de esto no quieren que seamos políticas! ¡Ah! Por ese camino aspiran á sumirnos en la esclavitud pagana, de que nos libertó el cristianismo. No podemos, no debemos consentirlo, y en este punto somos mas fuertes que los hombres.

Pero tal es la situacion del pais que nos ha conquistado con su moda, que, ó Francia perece, y con ella las demas naciones que poco mas ó menos tienen en su conciencia los mismos pecados, ó la fe y el patriotismo triunfan en Francia, y la Religion y la legitimidad se levantan triunfantes sobre los escombros de la revolucion.

¡Dios se apiade de ese desdichado pais y del nuestro, que bien lo necesitan!

***

Sin embargo, la esperanza nos sonrie al ver el entusiasmo con que la juventud vuelve los ojos al catolicismo, y se congrega en asociaciones, y reanima el espíritu con el ejemplo de su fervor.

Actualmente celebra interesantes sesiones la Asamblea católica convocada por la Juventud católica de Madrid.

Lo único que no encuentro bien es que no nos sea permitido asistir á estas sesiones, de las que somos oyentes por derecho propio, aunque solo oimos lo que nos cuentan los privilegiados que tienen la fortuna de escuchar á los jóvenes oradores católicos.

***

No os hablo de salones, ni de teatros. Otro dia lo haré. Ahora, para borrar un tanto la dolorosa impresion de los anteriores párrafos, voy á contaros un diálogo que he oido.

La escena pasaba en un salon elegante, en el que estaban reunidas varias personas de buena sociedad.

En esto llega un diputado.

—¿Ha habido algo importante esta tarde en el Congreso? le preguntan.

—Sí; varios diputados han escitado al gobierno á que disponga lo necesario para estinguir...

—¿La empleomanía?

—No.

—¿El déficit?

—Tampoco.

—¿Los banquetes?

—¿La concesion de gracias?

—¿El estado de alarma del pais?

—Nada de eso, señores; para estinguir la langosta en los pueblos.

—Eso es pedirle que cometa un suicidio, dijo el mas malicioso de la reunion.

ESPERANZA.

MARGARITAS.

El símbolo de la vida humana es una cruz cubierta con una guirnalda de rosas. (FEUCHTERSLEBEN.)

La vanidad es la que hace en muchas mujeres culpable la juventud y ridícula la vejez. (DE FLAHAUT.)

¿Sabeis qué hay mas fuerte que el bronce y el acero, y mas indestructible que los colosos de granito que en forma de pirámides erigieron en Egipto los Faraones? Pues es la fe cristiana. (LANDA.)

La paciencia es el apoyo del débil, y la impaciencia el escollo del fuerte. (FEUCHTERSLEBEN.)

Creer que un enemigo débil no puede dañarnos, es creer que una chispa no puede producir un incendio. (SAADÍ.)

El Desórden almuerza con la Abundancia, come con la Pobreza, cena con la Miseria, y duerme con la Muerte. (FRANKLIN.)

MADRID, 1871. — Imprenta de *La Esperanza*, á cargo de D. A. Perez Dubrull, Pez 6.



LA MARGARITA.

ALBUM DE LAS SEÑORAS CATOLICO-MONARQUICAS

AÑO I. 30 ABRIL 1871. NÚM. 5.°

MAS FUERTE.

—

Hé aquí una frase que he recogido de unos labios que pertenecen al sexo débil.

—Pero ¿qué significa?

—Significa que, en su impaciencia y en su amor á la causa que sostenemos, le parece que no hemos interpretado todavía las esperanzas, los deseos, los ayes y las lágrimas de los que sufren la tiranía del liberalismo, y quiere que empleemos un lenguaje MAS FUERTE.

"¡Pues qué! esclama con el acento de la fe y del dolor: ¿es posible saber dónde se halla la luz y conformarse con vivir en las tinieblas?

"Sensible es que la indiferencia religiosa domine en los actos públicos; sensible es que las leyes sean vulneradas á todas horas, y encubran, bajo la máscara de la igualdad, el privilegio hipócrita; sensible es que funcionen en toda la Península compañías de la *Porra*, que se cometan toda clase de abusos, que tomen proporciones los *puntos negros*, que el número oprima á la voluntad, que la Hacienda se estinga; sensible son, en una palabra, todas las causas de malestar y de disolucion que preocupan á los políticos; pero por grandes, por profundas que sean las huellas que dejen á su paso, no es comparable, ni con mucho, lo que padecemos nosotras á lo que sufren los hombres mas castigados por la revolucion.

"Yo, por mi parte, añadia al hablarme mi interlocutora, soy esposa y soy madre.

"Mi marido tiene algunos bienes, y aficionado en estremo á la agricultura, su afan ha sido siempre poseer tierras, cultivarlas con arreglo á los adelantos modernos, dar trabajo á los pobres, sacar provecho de sus desvelos, y hacer el bien en torno suyo.

"Pues esta *anarquía mansa* en que

vivimos, anarquía que favorece á los que nada tienen que perder, nos ha obligado á abandonar el pueblo en donde vivíamos en santa paz porque empezaron á llamar *blanco* á mi marido; le enviaron anónimos diciéndole que iban á ser degollados todos los carlistas de la comarca; le amenazaron con quemarle vivo si impedia que se aprovechasen *los pobres* del producto de sus tierras; y secundando el alcalde las miras de nuestros enemigos, le desterró por mucho favor, asegurándole que si no se iba, lo metia en la cárcel, por conspirar en favor de D. Cárlos.

"Mi historia es la de muchas madres de familia.

"Vinimos á Madrid, dejando abandonado nuestro patrimonio, y aquí gastamos los ojos de la cara en un mal hospedaje, y yo estoy frita al ver que no estoy en mi casa.

"Todo esto podria soportarse con tal de que cesaran pronto los disgustos; pero lo que me subleva es que mi marido, que antes no hablaba mas que de tierras y labores, de mercados y cambios, con ánimo de ayudar á los que profesan sus ideas á devolver á España el órden y el sosiego que necesita, no tiene ni un instante de reposo, y vive y me hace vivir en el mayor desórden.

"Siempre asistiendo á juntas, siempre acudiendo á conferencias, organizando distritos, viajando de un punto á otro, dando dinero hoy para un necesitado, haciendo á todas horas sacrificios que menoscaban su salud, su fortuna y su felicidad doméstica. Esto es insoportable.

"Apenas podemos hablar dos palabras; tan pronto espera como desconfia. Si dura mucho tiempo semejante situacion, me quedaré viuda, y pobre, y desesperada.

"Pues ¿y mis hijos...? ¿En dónde me deja V. mis hijos? Oyendo siempre palabrotas, porque ahora hasta los caballeros no saben hablar si no salpican su lenguaje con frases que hacen asomar el rubor á la cara; presenciando continuamente escenas escandalosas, y sin poder darles educacion fuera de casa, porque hoy todo se enseña menos doctrina cristiana.

"Dígame V. si estas y otras muchas cosas, que callo, y que conforme me pasan á mí, pasan á todas las mujeres que se hallan en mi caso, no son para encender la sangre.

"Por eso digo que ya no es tiempo de andarse con perfiles, de emplear adornos para escribir, sino de hablar MUY FUERTE, de revelar á todo el mundo lo que nos pasa, de clamar al cielo, para encontrar, si no remedio, desahogo."

. . . .

De esta manera se espresaron los labios pertenecientes al sexo débil: yo tomé nota, y traslado sus palabras á los oidos de mercader que nos gobiernan, seguro, sin embargo, de que estos ayes llegarán á los corazones generosos que han de dar el remedio á nuestros males.

JUAN DE LUZ.

UN CUENTO DE... NIÑOS.

Habia, no me acuerdo en qué parte del mundo, una nacion devorada por los partidos políticos.

Los mas audaces declararon cesante á su cacique, hicieron mangas y capirotes de la cosa pública, y para que todo saliera á medida de su deseo, enviaron heraldos á todas partes pidiendo otro cacique con mucha necesidad.

Despues de muchas idas y venidas, de muchas vueltas y revueltas, hallaron uno.

—Este cacique, se dijeron unos cuantos, parece un infeliz; y como nosotros le buscamos, hará nuestra santísima voluntad.

—Es jóven, y parece aprovechado, dijeron otros; le educaremos á nuestro gusto.

—¡Bah! Ese pobre soberano, esclamaron con demasiada candidez los que tenian fe en sus ideas y le considera-

ban como un usurpador; ese pobre soberano caerá á manos de los que le han traido, ó se aburrirá de no poder hablar con nadie.

Porque hay que advertir que aquel cacique, el de mi cuento, no hablaba el dialecto de aquella tribu.

Atendiendo cada cual á su negocio, no observaron la conducta del jefe.

¿Y qué hacia él? Era muy listo, y sabia de sobra dónde le apretaba el zapato.

Al poco tiempo de estar al frente de la tribu comprendió el pie de que cojeaba la nacion, y se dijo:

—Aquí los guerreros son los que mandan. Sucede lo que ellos quieren que suceda, y de nada sirve que chillen los prohombres y que se queje el pueblo. Agucemos el ingenio.

Y no pensó mas que en los guerreros. Los queria como á las niñas de sus ojos; los mimaba, asistia á sus ejercicios; en una palabra: iba con maña ganándose su deseo de ascender, para poder decir un dia:

—Señores: aunque no soy cartaginés, hago lo que ellos. Yo soy el amo, y el que rechiste, le mando dar una carrera de baquetas.—

Tarde conocieron su error amigos y adversarios, y á punto ya de perecer bajo el peso de las rodelas, hachas, mazas, clavas y demas armas de aquellos soldados, debieron su salvacion á las mujeres de la tribu.

Las madres influyeron en sus hijos; las esposas en sus esposos, las hijas en sus padres, y no quedaron al lado del cacique mas que los solteros.

—Ya vereis lo que es bueno, dijeron las solteras; y juraron no mirar á los guerreros, ni oir sus requiebros, ni amarlos, dando á sus pretensiones amorosas terribles calabazas.

Viendo que hasta las mujeres de las clases mas inferiores les hacian la cruz como si fueran el mismísimo diablo, reflexionaron, y despues de estudiar qué era lo que mas les convenia, manifestaron al cacique que le abandonaban si no lograba conquistarse la voluntad de las muchachas bonitas.

Esto bastó para que el cacique devolviera la alegría á los habitantes de la tribu, haciendo el equipaje y marchándose con la música á otra parte.

El sexo bello volvió á ser amable, salvó la tribu, y... *colorin colorado, mi cuento ya se ha acabado.*

FLORESTA.

CAPRICHOS DE LA MODA.

—

IMPRESIONES DE VIAJE.

(Continuacion) (1).

VII.

A la mañana siguiente, cuando apenas habia salido el sol, una de las camareras de la fonda subió á avisarnos que el coche estaba enganchado, y que nos iban á servir el chocolate.

Vestime apresuradamente, y en pocos momentos me hallé dispuesta.

Cuando tomábamos el chocolate, un caballero que se hallaba al otro estremo de la mesa vino á saludar á Enrique, abrazándose los dos cariñosamente.

Despues me le presentó, diciéndome era su nombre D. Luis Z***, compañero suyo de colegio, é hijo de uno de los principales propietarios de la provincia.

Era D. Luis un jóven de unos veinticuatro años, de una estatura regular, y no mal parecido. Sus modales distinguidos y su elegante traje de campo demostraban bien claramente la esmerada educacion que habia recibido.

Cuando supo que íbamos á Loyola á pasar el dia y ver el santuario, dijo á Enrique:

—Como yo no tengo nada que hacer, si no tienes inconveniente, os serviré de guia.

—Al contrario: de ese modo tendré

---

(1) Véase el número anterior.

un placer muy grande, pues ya que no pueda verte en Madrid, donde resido, estaremos juntos una docena de horas en tu pais.

—¿Y por qué no se le puede ver en Madrid? pregunté yo con la curiosidad natural en nuestro sexo.

—Porque ha jurado no pisar la corte hasta que se halle en la misma disposicion en que se hallaba cuando salió de ella su abuelo, dijo Enrique sonriendo.

—Así es, dijo D. Luis; y por nada en el mundo quebrantaré mi propósito.

Acogí la *escentricidad*, si así puede llamarse, con una franca carcajada, que no pareció incomodarle de ningun modo, y quedamos los mayores amigos.

Cuando subimos al carruaje, tomó D. Luis la palabra, y dándome pruebas de sus poco comunes conocimientos, me describió el santuario del modo que vais á ver, bellas lectoras mias, y que creo os interesará mas que la descarnada narracion que yo podria ofreceros.

Así, pues, si os agrada la descripcion que voy á trascribir, agradecédselo á D. Luis Z***, que es quien habla; si no os complace, culpadme á mí, que no he conservado bien en la memoria sus palabras, á pesar de lo mucho que cautivaron mi atencion.

—El santuario de Loyola, dijo, está situado en el valle del mismo nombre, valle conocido por el *Jardin de las provincias Vascongadas*; pues es tal su amenidad, que con dificultad podrán superarle las renombradas vegas de Granada y Valencia.

Enfrente del santuario se eleva la peña de Iztarritz, colocada por la Providencia en un estremo del valle. No sabria V. cuál de los dos portentos admirar mas, si el construido por la grandeza del Criador, ó el edificado por la pequeñez del hombre. Pero como ahora lo que nos ocupa es el segundo, dejaremos el otro para mejor ocasion.

Allá por los años de 1680, la madre de D. Cárlos II, doña Mariana de Austria, cuya conciencia dirigia un padre Jesuita, ideó fundar un colegio en el mismo sitio donde habia nacido y convertídose el guerrero San Ignacio. Al efecto obtuvo de D. Luis Enriquez de Cabrera y de su esposa doña Teresa Enriquez de Velasco, marqueses de Alcañices y de Oropesa de Indias, poseedores éntonces de lo que hoy es el santuario, la cesion de la casa, pero á condicion de que esta habia de conservarse, incluyéndola en el edificio que se levantara.

Avínose de buen grado la católica Reina, mucho mas cuando esta habia sido su intencion, y firmose la escritura de donacion en Toro, el dia 24 de mayo de 1681.

Trascurrieron ocho años, en los que la piadosa Reina no perdió de vista su buen deseo, y que empleó en allegar fondos para una empresa tan costosa y que tanta gloria debia reportarle.

En este tiempo, el arquitecto Cárlos Fontana trazó, por órden de Su Santidad, los planos de tan grandioso edificio, y el dia 28 de marzo de 1689 se puso la primera piedra, celebrándose grandes fiestas y regocijos por aquellos devotos guipuzcoanos.

Muerta doña Mariana, se encargó la Compañía de las obras, que, á causa de su inmenso coste, adelantaron con suma lentitud; y cuando se llevó á cabo la inicua espulsion de los PP. de la Compañía en 1767, por órden de Cárlos III, quedó paralizada del todo, sin que despues haya vuelto á adelantar nada.

Cuando Fernando VII hizo volver á los Jesuitas, recobraron su colegio, en el que permanecieron hasta 1841; es decir, siete años despues de la espulsion de todos los religiosos de sus conventos.

Por tercera vez volvieron, y por tercera vez la gloriosa revolucion de setiembre ha vuelto á arrojarlos de su casa, con gran sentimiento de todos estos naturales, y particularmente de los muchos jóvenes que en su colegio recibian una educacion esmeradísima

y arreglada á sus facultades morales y materiales.

Voy ahora á describir á V. el edificio. Le dió Fontana la figura de un águila estendiendo su vuelo, delicada alusion al distintivo de su fundadora, hija del Emperador de Alemania. Forma el cuerpo del águila el magnífico templo; las alas están figuradas por el colegio, que se halla á un lado, y es el que está sin terminar, y la Santa Casa, que se halla al otro; la cabeza está representada por el pórtico, y la cola por las cocinas y otras dependencias, ocupando entre todo un espacio de mas de ciento treinta mil pies.

Lo primero que sorprende al que visita el santuario de Loyola, gran conjunto de cosas sorprendentes, es su magnífica escalinata de mármol con tres ramales que se reunen en una espaciosa meseta, de la que otra escalinata conduce al pórtico, todo de mármoles, que no tiene mas falta que lo muy recargado que se halla de adornos.

El templo es magnífico, y su espléndido pavimento, así como sus paredes, de hermoso mármol y de bellos mosáicos, está, sin embargo, oscurecido por la esplendidez de su retablo mayor; y al levantar la mirada, no se comprende cómo puede haberse cerrado aquella inmensa cúpula, toda de piedra. En efecto: estuvo largo tiempo sin poderse conseguir, hasta que don Ignacio Ibero lo consiguió, con no poca admiracion de todos los inteligentes, que creian la obra imposible.

Preciosos cuadros de los mejores maestros adornan y materialmente cubren las paredes, tanto de la iglesia como de todos los claustros, sacristías y demas dependencias.

Ocho magníficas puertas comunican con las dos sacristías que hay detras del altar mayor, con la *Santa Casa* (así se llama la en que nació San Ignacio), con el colegio y con las otras dependencias. Encima de cada puerta hay una tribuna; las cuales, á pesar de ser muy grandes, apenas se ven desde la iglesia.

Saliendo por una de la derecha, despues de atravesar un patio pequeño, se llega á la casa de Loyola, que tiene tres cuerpos, de los cuales el primero es de piedra, la mitad del segundo lo mismo, y el resto de ladrillo.

Conserva la casa el mismo aspecto de castillo fuerte que tenia cuando habitaban en ella los guerreros señores de Loyola (cuya alta clase indica el escudo de sus armas, en que figura la caldera, distintivo de los señores mesnaderos), á pesar de la notable diferencia de destino que ahora tiene.

En el primer piso, que era establo, convertido hoy en oratorio, asegura una piadosa tradicion que nació San Ignacio, pues su noble y devota madre, queriendo imitar á la Santísima Vírgen, quiso que el que tan devoto habia de ser de nuestro divino Redentor, le imitase en esto.

El oratorio en que he dicho se ha convertido, está dedicado á Jesus Sacramentado y á la Purísima Concepcion de la Vírgen.

El piso segundo, que era la antigua capilla de la casa, es donde dijo la primera misa San Francisco de Borja, y tiene un magnífico cuadro, en que el antiguo duque de Gandía da la sagrada comunion á su hijo D. Juan.

En el último piso está la habitacion en que San Ignacio, convaleciendo de las heridas tan peligrosas que recibiera defendiendo á Pamplona de los franceses, y habiendo pedido algunos libros de caballería para leer, como no los hubiera, tuvo que contentarse con unas vidas de Santos, las cuales, por permision divina, le abrieron los ojos á la luz de la verdad, y le acarrearon la inmarcesible gloria de ser el primero y principal fundador de la Compañía sagrada de Jesus.

El oratorio muy bajo de techo, y en él se admiran tres bajo-relieves, obra de un escultor portugués, que pasó por aquí en direccion á Roma, y que son tres obras maestras en su género.

Representa el primero á San Ignacio predicando á sus paisanos; y es tal

la verdad y la belleza con que está retratado el Santo; es tan natural su postura y su espresion, que el espectador se recoge en su interior para oir la voz llena de uncion y fe religiosa del predicador.

En el segundo se ve á San Ignacio entregando el estandarte de la fe á San Francisco Javier, que iba á embarcarse para llevar la luz del Evangelio á las Indias, y tambien resplandece en los semblantes de los dos Santos el espíritu religioso que los animaba.

El tercero figura á San Francisco de Borja, cuando, arrepentido de su vida mundanal, y convencido de la nada de las grandezas terrenas, pide á San Ignacio que le admita de novicio en su Compañía. Vese al duque de Gandía, adornado con un riquísimo traje de corte, humildemente arrodillado á los pies del Santo fundador, el cual le abraza y le admite al noviciado.

En este oratorio, en un primoroso relicario, se halla guardado con gran devocion un dedo del Santo.

Despues de esto, poco podré decir á V., sino que el resto del edificio corresponde con lo que le he descrito, pues todo en él es grandioso, y demuestra que no es exagerado el nombre que se le ha dado de la *Maravilla de Guipúzcoa.*

Concluia su relato D. Luis cuando llegamos al santuario, y á su vista me pareció que todas las ponderaciones que me habia hecho eran pocas para describir lo que efectivamente era una maravilla.

No puedo, queridas lectoras, pintaros la alegre animacion que reinaba en el valle, pues los estrechos límites á que me hallo reducida me lo impiden; y así, terminaria aquí mi relato si no tuviera que participaros una terrible decepcion.

Por fuera el edificio era superior á lo que me habia descrito D. Luis; pero ¡ay, amigas mias! apenas puse el pie en la iglesia, me apercibí de que la segur revolucionaria habia pasado por allí. Los cuadros que me habia ponderado habian desaparecido en su mayor parte, y solo pude ver el tamaño que tenian por la sombra que habian proyectado en la pared, y por el grosor de los clavos que habian estado encargados de sostenerlos.

Este espectáculo me impresionó de tal modo, que habiendo sabido que los mismos destrozos se habian hecho en el resto del edificio, me negué á recorrerle; y quedándome en el pórtico, me entretuve, mientras Enrique, menos impresionable que yo, lo visitaba, en admirar la obra del Criador, contra la cual no pueden nada las fuerzas de los revolucionarios, por impíos que sean.

D. Luis nos abandonó en Loyola, despues que él y mi marido hubieron admirado todo el santuario, ofreciendo hacernos una visita en Madrid cuando D. Cárlos ocupe el Palacio de sus mayores, y despidiéndonos con las mayores pruebas de afecto.

De vuelta á Zumárraga, el mayoral, habiéndonos oido hablar con D. Luis Z.***, conocido y querido de todos los labradores de la provincia, franqueose con nosotros, diciéndonos que habia hecho la guerra civil á las órdenes de Zumalacárregui, y fuenos refiriendo los encuentros en que se habia hallado, y dándonos algunos detalles de los lugares que recorríamos, entre ellos del sitio en que su jefe habia derrotado á las columnas unidas de Espartero y otros dos generales cuyos nombres no recuerdo, en el cual habia él, despues de estar herido, cogido prisionero á un coronel de las tropas del ejército liberal, acto por el cual D. Tomás (así le llamaba siempre el mayoral), despues de decirle las palabras: *Eres un valiente,* que era la mejor recompensa que concedia á sus soldados, le habia puesto la gineta de sargento en el mismo campo de batalla, haciendo mencion de su nombre en la órden del dia. *(Se continuará.)*

CAROLINA P.

BELLEZAS DE LA RELIGION.

LA VERDAD.

Decidme, sabios célebres:
vosotros que las horas

pasais buscando altísimas
verdades brilladoras
que alejen sombras lúgubres
que ofuscan la razon:
¿qué vísteis cuando férvidos
bajásteis de este suelo
á las entrañas lóbregas,
buscando en vuestro anhelo
ese lucero prístino
de eterna bendicion?

¿Hallásteis lo recóndito
del inefable arcano,
que guarda entre sus ámbitos
lo que el saber humano,
en su ambicion sin límites
no alcanza á descifrar?
¿Hallásteis los purísimos
reflejos celestiales
de aquesa antorcha espléndida,
que el Dios de los mortales
alzó, del hombre mísero
la mente á iluminar?

Decidme: cuando intrépidos
el pensamiento alzásteis
tras la verdad magnífica
que *en lo mortal* soñásteis,
¿pagaron bienes célicos
vuestro profundo ardor?
¡Ay! No: que cuando atónitos
con vuestra falsa ciencia
el vuelo alzásteis rápido
de vuestra inteligencia,
en los senderos lóbregos
os vísteis del error.

No es esa, sabios célebres,
la ruta que nos guia
hácia esa vírgen púdica
que da paz y alegria,
acariciando plácida
del alma la virtud.
Venid: ¡con dulce júbilo
dejad la oscura senda
de vuestra ciencia errónea,
y desgarrad la venda
que os veda ver santísima
de lo inmortal la luz!

Ved esa alfombra fúlgida,
donde su egregia planta
descansa el Dios sin término,
el Dios que el orbe canta,
el Dios justo, purísimo,
el Dios todo bondad;
y allí, sobre el zafíreo
velo, donde las nubes
tienden sus tules diáfanos,
sentada entre querubes
encontrareis bellísima
la luz de la verdad.

ISABEL POGGI DE LLORENTE.

ECOS DE MADRID.

—

No creais, lectoras mias, lo que os digan los periódicos acerca de escisiones y dificultades entre los carlistas. Vosotras sabeis que esto es imposible; pero como nuestros adversarios viven en continua lucha intestina, desean que imitemos su ejemplo; y aunque aseguran que la luz nos rechaza, que nos movemos por efecto del galvanismo; que no conseguiremos ver realizadas nuestras esperanzas, se preocupan tanto de nuestros asuntos, que el dia que ven un poco triste á Aparisi y Guijarro, ó un poco serio á Nocedal, ó un poco cabizbajo á cualquier otro de nuestros amigos, gritan en sus periódicos que estamos desunidos, y cantan victoria.

Para curar todos los desperfectos que el amor propio ó el interes personal de los hombres causan en los partidos, solo hay una receta. Mucha fe en las ideas, mucha obediencia y mucha generosidad: hé aquí el remedio que todos los carlistas tienen en su corazon.

Vivid tranquilas y confiad, porque, como decia muy bien el juéves por la tarde en el Senado un orador de nuestra comunion, muchos de los que dicen en público que no son carlistas, cuando hablan en confianza con nuestros amigos: «¡La verdad es, esclaman, que esto no marcha bien! ¿Cuándo vienen Vds.?»

Profesar las ideas que nos animan, ha llegado á ser hasta una necesidad para inspirar confianza á las gentes.

***

Ya saben lo que se hacen los que han dispuesto que el *Diario de las Sesiones de Cortes* no circule. Por casualidad he tenido en la mano algunos números de esta publicacion, y, francamente, al leer ciertos abusos de los cometidos en las elecciones, me parecia hojear uno de esos libros dramáticos en donde, bajo el título de *Causas célebres*, se hace la anatomía moral de la inmoralidad.

Pero no es necesario leer el citado *Diario*. Los periódicos políticos bastan para darnos una idea del triste estado de nuestra sociedad.

Cuando tanto hay que hacer para salvar los mas preciosos intereses; cuando nadie se entiende; cuando parece que siquiera el peligro debia hacer abrir los ojos á los que, minando la base, están amenazados de caer bajo los escombros, lo único que el agitado y temeroso pais sabe es que hay crísis, que Olózaga dimite, que Ruiz Zorrilla no quiere ser presidente, que Rivero va á hacer oposicion, que Mártos, al verse solo, desea una embajada, que entra Silvela, que sale Moret; en una palabra: la política se llama Juan ó Pedro. ¡Mísero personalismo! Ya solo falta que los hombres políticos exijan para distinguirse, á falta de otras cualidades, que se publiquen sus nombres, como los de los toreros y los cómicos, en letras mas ó menos gordas, segun la importancia que crean tener.

***

Apartemos los ojos de este cuadro sombrío para dirigirlos á la residencia en Vevey de nuestra Margarita, de la Reina de... nuestro corazon.

El dia 26 todo ha sido alegría y felicidad en aquella morada. El infante D. Alfonso, el ilustre hermano de D. Cárlos, el fervo-

roso príncipe católico, el valiente soldado del Papa, unia su suerte á la de la virtuosa y bella infanta de Portugal doña María de las Nieves, hija del noble y caballeroso don Miguel de Braganza.

Ignoro aun los pormenores de la ceremonia; pero confio en que una bella y discreta amiga mia que está en Vevey me comunicará todos los detalles de tan interesante solemnidad, y me apresuraré á dar traslado de ellos á mis lectoras.

***

La conmemoracion de los héroes del Dos de Mayo ha animado á los carlistas, como á los demas españoles, á rendir homenage á los que con su glorioso martirio inspiraron á nuestra nacion el heroismo que tras una lucha asombrosa le permitió conservar la independencia.

Una magnífica corona, costeada por los donativos de los carlistas de Madrid y los diputados y senadores de nuestra comunion, será depositada mañana por la tarde en el monumento del Dos de Mayo, y al dia siguiente, á las diez y media, habrá un solemne Oficio en la iglesia del Cármen Calzado.

La corona es preciosa, y de grandes dimensiones. Está formada con siemprevivas y rosas y plumas encarnadas, representando los colores nacionales. Adórnanla pensamientos, margaritas y hojas de laurel.

En el copete se ven las flores de lis, que nos corresponden con mas derecho que á nadie, y el lazo es de riquísimo gró encarnado y amarillo.

En el centro, sobre fondo negro, hay una cruz, y debajo, en letras blancas, esta inscripcion:

DIOS, PATRIA Y REY.

Á LOS HÉROES DEL DOS DE MAYO DE 1808,

LA ESPAÑA

CATÓLICO-MONÁRQUICA.

En mi próxima Revista referiré cuanto suceda en esta fiesta cívico-religiosa.

***

Terminaré con una anecdotilla.

Noches pasadas se comentaba en una tertulia el respeto y las consideraciones que los prusianos han guardado durante la guerra á los maestros de escuela de Francia.

—Sus casas, decia uno, se veian libres de alojados.

—¡Ya sé por qué! esclamó un pobre señor que, aunque en sus mocedades fue liberal, ahora hace la oposicion á sus amigos.

—¿Por qué? le preguntamos todos.

—¡Toma! Porque es sabido que los maestros de escuela, que están rabiando de hambre, no pueden dar otra cosa... que lecciones.

—Eso solo sucede en España, buen amigo, contestó uno de los circunstantes; si bien es cierto, para ser justos, que á la revolucion hecha en nombre del *progreso* corresponde la gloria de haber logrado suprimir la enseñanza..., *atrasando* el estómago de los dómines.

***

P. S. El Sr. Aparisi y Guijarro ha salido para la nacion vecina, pero volverá en breve. ¡Como que va á tomar una parte muy activa en la discusion del mensaje!

Y por cierto que debia aparecer en este número el boceto del ilustre orador; pero el retratista anuncia hoy que le faltan algunos toques para acabar su obra.

En el próximo número lo verán mis lectoras.

ESPERANZA.

MARGARITAS.

Se engañan los que acusan á los cortesanos de falta absoluta de carácter, y de amoldarse á sus dueños y señores: es muy cierto que se los ve tristes, alegres ó devotos con los que lo son; pero no se les ha visto jamás desgraciados con los que llegan á serlo. (FEDERICO EL GRANDE.)

El corazon que verdaderamente ha amado, jamás olvida, y conserva la fidelidad hasta en el último latido: semejante al tornasol, vuelve á su astro, cuando se estingue, la misma mirada que le dirigió en su aurora. (TOMAS MOORE.)

El talento es como la salud, que cuando se disfruta es cuando menos se conoce.

(HELVETIUS.)

Cuanto mas grande sea nuestro amor á Dios y á los hombres, menor será nuestro amor propio. (JUAN PABLO RICHTER.)

MADRID, 1871. —Imprenta de *La Esperanza*, á cargo de D. A. Perez Dubrull, Pez 6.



LA MARGARITA.

ALBUM DE LAS SEÑORAS CATOLICO-MONARQUICAS

AÑO I. 7 MAYO 1871. NÚM. 6.°

EL DOS DE MAYO.

¿Han visto Vds. la corona que los carlistas han colocado en el monumento del Dos de Mayo?

—¡Vaya si la hemos visto! ¡Es magnífica!

—Dicen que un personaje quiso comprarla.

—¿De veras?

—Como V. lo oye: y ofreció por ella cuanto quisiera el florista; pero queria modificar un poco la leyenda del centro.

—Deseaba borrar algo: ¿no es eso?

—Precisamente: donde se lee *Dios, Patria y Rey*, hubiera querido poner tres cifras.

—Dos unos guardando á un nueve, ¿eh?

—Eso es: y abajo, donde dice *La España católico-monárquica*, dos nombres de pila.

—El hecho es que no logró su deseo.

—¡No faltaba otra cosa!

—Querer borrar las tres palabras que pronunciaron nuestros padres al combatir á los franceses, era profanar la gloria mas pura de España.

—Y esa gloria, digan lo que quieran los partidos políticos, es nuestra, solo nuestra, únicos herederos de la fe que alentó á los vencedores de Murat, únicos guardadores de la tradicion de España. En los momentos del combate lucian en el sombrero y en el brazo los madrileños cintas en las que estaba escrito el santo lema de DIOS, PATRIA Y REY; nuestras ideas bullian en la mente de aquellos héroes; nuestros sentimientos latian en su corazon, y las virtudes que guardamos, á su admirable ejemplo las debemos.

—Y, sin embargo, los partidos, que entonces no existian, que han destruido con sus pasiones la obra gloriosa de nuestros padres, se disputan esa sublime página de la historia del pueblo español.

—Es natural que busquen algo en

el pasado con que enorgullecerse; su presente es bien triste.

—Pero, ¿qué mas...? Este año el gobierno y sus amigos han dado una solemnidad inusitada á la conmemoracion del Dos de Mayo.

—La conciencia tal vez...

—O el deseo de halagar al pueblo...

—Cualquiera que sea el móvil que haya incitado á los revolucionarios á honrar tan ostentosamente la memoria de aquellos mártires, la verdad es que, sin pensarlo, han rendido homenage á nuestro partido.

—Y muy bien dicho que está eso. Allí han ido á admirar el valor, el heroismo de los españoles que prefirieron la muerte á la dominacion de un Rey intruso; que lo sacrificaron todo á la unidad católica; que sin su Rey legítimo nada querian; que al ver la patria hollada por el estranjero, derramaron su sangre en el altar de la patria. Aquellos héroes jamás se habian sublevado, jamás habian hecho elecciones al gusto del gobierno; jamás habian oido una doctrina atea; jamás habian pensado en que podian arrancar del Trono á su representante legítimo. Ellos pensaban en 1808 como nosotros pensamos en 1871; nosotros somos la familia que les ha quedado; el templo de nuestras ideas y nuestros sentimientos está en el Dos de Mayo. Por eso hemos adornado nuestro hogar con la mejor corona; por eso hemos escrito en ella el grito de nuestros padres, y por eso, al postrarse los partidos ante la fúnebre urna, han hecho los honores á nuestros padres y á nosotros, los guardadores de sus creencias, los ejecutores de su testamento.

En los momentos en que se colocaba la corona:

—Hé aquí una gloria que pertenece á España, dijo uno de los circunstantes.

—No, señor, á nosotros, contestó un carlista.

—Eso es, porque nosotros somos España.

Santo y bueno que todos los españoles olviden en ese dia ante el altar del Dos de Mayo la discordia que nos destruye; pero confiesen todos que los genuinos representantes de tan inmaculada gloria, somos los que, inspirados por la tradicion, vivimos y moriremos condensando nuestras aspiraciones en las sublimes palabras que la fe y el amor han escrito en nuestra bandera:

Dios, Patria y Rey.

JUAN DE LUZ.

CAPRICHOS DE LA MODA.

—

IMPRESIONES DE VIAJE.

(Continuacion) (1).

VIII.

Llegamos á la fonda á las cuatro de la tarde, y quedamos agradablemente sorprendidos al encontrar en ella á D. Ildefonso, que se hallaba en compañía de dos caballeros, uno que parecia de mas de setenta años, bastante achacoso, con aspecto de antiguo militar, de rostro afable, y el otro de unos treinta años, demostrando, por su estremado parecido, que era su hijo.

Saludámonos mutuamente, y el jóven vino á estrechar la mano á Enrique, como persona á quien conocia de antemano, y le presentó á su padre.

Era este el marques de M***, anciano venerable, que habia sido uno de los consejeros íntimos de D. Cárlos durante la guerra civil, y que, al oir el nombre de mi padre, me dijo que era un valiente, cuyo nombre figuraba muy á menudo en la órden del dia del ejército.

Cuando supo que nos dirigíamos á Vergara, ciudad donde residia de ordinario, en la que pensábamos pasar un par de dias, alegrose en estremo, pues esperaba que los pasáramos en su casa.

Ofreciones asientos en el faeton que

(1) Véase el número anterior.

el dueño de las diligencias le habia dispuesto, en el que saldríamos á las seis ó seis y media, para llegar á Vergara poco despues de anochecer.

Aceptó Enrique con placer, despues de lo cual comimos todos juntos.

Durante la comida, refirió D. Ildefonso al marques los incidentes de nuestro viaje desde Madrid á San Sebastian, haciéndole reir bastante á costa del empleado en Hacienda y de su mujer, mucho mas cuando, al decirle su nombre, recordó que habia estado tambien empleado en una ferrería de Beasain, en cuya propiedad tenia él una parte, y de la que el buen amigo de Figuerola, como él se decia, habia sido despedido por su conducta, poco digna de elogio.

Cuando llegó el tren, el administrador vino á pedir la venia al marques para ocupar un asiento del faeton con un caballero que iba á Vergara, y al que no podia colocar en ningun otro carruaje.

El marques se lo concedió con la mayor amabilidad, y seguimos nuestra comida, dando órden de que pusieran los equipajes en la vaca.

Cuando concluimos, Enrique y Cárlos (así se llamaba el hijo del marques) salieron á fumar un cigarro, dejándome en compañía de D. Ildefonso y de su amigo.

Pocos minutos hacia que habian salido, y estábamos á la puerta de la fonda sumamente distraidos con el movimiento de los viajeros, cuando fuimos sorprendidos por una voz chillona y destemplada, que gritaba desde el interior del carruaje en que debíamos partir:

—¡Mayoral! ¡Mayoral!

Este, que despues de haber presenciado la carga de los equipajes habia venido á saludar al marques, fue á ver lo que hacia gritar así á nuestro futuro compañero de viaje.

—¿Qué ocurre, caballero? le preguntó con la afabilidad propia de todos los vascongados.

—¿Cuándo salimos?

—Cuando quieran los demas viajeros.

—¿Desde cuándo los coches alteran las horas á gusto de los viajeros?

—Eso pregúnteselo V. al administrador.

El viajero se sentó, y el mayoral se fue á beber un jarro de cerveza que habia mandado darle el marques.

Este incidente fue comentado por nosotros, y ya casi lo habíamos olvidado, cuando volvieron los paseantes, al mismo tiempo que la voz chillona, y mas destemplada que la vez primera, volvió á gritar:

—¡Mayoral! ¡Mayoral!

Esta vez el mayoral no hizo caso del llamamiento, y el viajero volvió á gritar:

—¿Dónde está el administrador?

Este fue á ver lo que queria, y habiéndole hecho la misma pregunta, le respondió:

—Es un coche particular, como dije á V. al darle el asiento, y saldrá cuando quiera el viajero para quien se puso el servicio.

—Pero es que yo tengo mucha prisa.

—Yo no puedo hacer mas que rogar á los viajeros que se apresuren, si gustan hacerlo.

Y, efectivamente, vino á nosotros á decírnoslo.

—Mándele V. á decir con un mozo, dijo el anciano marques, que estamos tomando el café, y que en seguida iremos. Y tómele V. con nosotros, añadió con su esquisita finura.

Hízose así efectivamente, y no habíamos acabado de tomarle, cuando volvió á resonar el consabido grito:

—¡Mayoral! ¡Mayoral!

Levantose Cárlos con viveza, y dijo:

—Voy á enseñar á ese impertinente...

Una mirada de su padre le contuvo, así como á Enrique, que tambien se habia levantado con el mismo intento.

—No sean Vds. niños, dijo; tiene... razon y prisa.

El administrador fue otra vez á ver

lo que queria; pero ya el viajero se habia bajado del carruaje y entraba en la oficina echando chispas por los ojos, como suele decirse, y tan irritado, que balbuceaba al hablar.

—Voy á quejarme al gobernador del mal servicio de estos carruajes.

D. Ignacio, con una flema de que yo no le hubiera creido capaz, le contestó:

—Todo lo que puedo hacer por V., es darle papel y sobre, y encargarme de echarla al correo, ó de trasmitirla por otro conducto mas seguro.

El bueno del viajero no se apercibió de la ironía, y, tomando el papel, escribió la queja. Despues de cerrada, le puso un sello que le dió el administrador, y mandó á un mozo que la llevara al correo. Cuando hubo concluido estas operaciones,

—Veremos, dijo, si se acuerda V. de mí.

—Sí me acordaré, contestó D. Ignacio; pero no por el resultado de la queja. Está V. muy equivocado. Este es un servicio particular, y por lo tanto, ni el gobernador ni nadie mas que el dueño de la empresa tiene que ver con las faltas del servicio. Ademas, este carruaje estaba tomado, y por hacerle á V. un servicio he pedido á los viajeros para quien estaba preparado el favor de que le cedieran un asiento: de otro modo hubiera V. dormido aquí, ó habria tenido que irse á pie.

Entonces el marques tomó la palabra, y dijo con acento severo, pero sin desmentir la amabilidad que le era característica.

—Caballero, dispense V. que le hayamos hecho esperar; pero habíamos dispuesto salir á las seis y media, y como cuando lo dispusimos no sabíamos que tendríamos la honra de llevarle por compañero de viaje, no hemos podido acabar antes. Ruego á V., por tanto, que retire esa queja, que, por otra parte, ningun mal resultado puede tener para el apreciable D. Ignacio.

El viajero hizo un signo negativo.

—¡Oh, señor marques! dijo aquel: hágame V. el favor de no rogar á nadie por mí.

Terminado este incidente, el marques, apoyado en el brazo de su hijo, y con el auxilio de su muleta, se dirigió al carruaje, seguido de todos nosotros.

El coche era de diez asientos; de modo que las seis personas que íbamos pudimos colocarnos con toda comodidad.

La pequeña disputa con que habia comenzado nuestro viaje podia tener consecuencias si seguia, y me propuse evitarlo, haciendo al hijo del marques que me describiera las cercanías del lago de Ginebra, donde habia estado el año anterior con Enrique, ó alguna de las curiosidades de Paris ó de Lóndres, que habian visitado tambien juntos.

—¿Para qué quiere V. que le describa ninguna de esas cosas, que es seguro que Enrique le ha descrito á V. mejor que yo puedo hacerlo? Lo que voy á hacer es referirle á V. una anécdota interesante que presencié hace poco tiempo en Paris.

Habia ido un dia á un palacio de aquella poblacion, palacio en el que siempre, como todos los españoles, era bien recibido, y me dijeron que el dueño de la casa habia salido á caballo, y la dueña habia ido á misa y todavía no habia vuelto.

En la imposibilidad de ver á ninguno de los dos, dirigíame á una casa de la calle La Harpe, cuando me acordé que la noche anterior se habia hecho una cuestacion para socorrer á un pobre español, cuya esposa acababa de dar á luz una niña y se encontraba sin el menor recurso.

Casualmente llevaba en el bolsillo las señas de la habitacion de mi compatriota, y me encaminé á su casa con idea de darle algun socorro.

Cuando llegué á ella, una señora bajaba la escalera. De su sombrero pendia un espeso velo que ocultaba enteramente su rostro, y hacia imposible reconocerla. Iba vestida con un

severo, elegante y sencillo traje negro.

Dejela pasar, saludándola cortesmente, y subí á la buhardilla donde me dirigia.

Quedé sorprendido cuando llegué, al ver á mi compatriota dando gracias á Dios por su felicidad.

—¿Qué le ha sucedido á V.? le pregunté.

—¡Ay, señor! respondió: ¡que esa santa que acaba de salir de aquí ha provisto á todas mis necesidades con estremada largueza!

—¿Y quién es esa señora?

—No lo sé: un ángel sin duda.

—Pero ¿qué le ha dicho á V.?

—Nada: ha venido con un criado que traia una canastilla completa, digna de un príncipe; la ha dejado ahí; me ha dado dos billetes de mil francos; me ha encargado pusiese á mi hija por nombre Blanca, y que pidiera á Dios que colme de felicidades á España. *(Continuará.)*

CAROLINA P.

BOCETOS CARLISTAS.

—

APARISI Y GUIJARRO,

SENADOR POR GUIPÚZCOA.

Para conocer á fondo á Aparisi y Guijarro hay que buscar el reflejo de su fisonomía en el corazon de todos los que le han tratado.

Si yo no me valiera de este medio para bosquejar á tan ilustre patricio, no lograria dar una idea de lo que es y de lo que vale.

Este estudio objetivo es muy sencillo.

Preguntad á los hombres del pueblo, no ya de Valencia, que allí es un ídolo, sino de cualquier parte de España, y os dirán que de todos los oradores del Parlamento es el único á quien comprenden.

—Yo no sé lo que tiene el Sr. Aparisi, he oido decir á uno; pero habla al alma, y da gusto ver cómo se entiende todo lo que refiere. Luego le hace á uno tomar cariño á su nacion; y aunque parece que no, es mas liberal que todos los liberales juntos. Será reaccionario; pero, si lo es, hay que confesar que todos los hombres de bien son reaccionarios.

Preguntad á los hombres ilustrados; y movidos por la impresion que en ellos ha causado con sus palabras y con sus actos el elocuente orador, tributarán sinceros y entusiastas elogios á su talento y á sus virtudes.

Aparisi y Guijarro es un hombre escepcional.

Su mágica palabra es un limpio fanal que permite ver su alma en toda su belleza.

Todo lo grande, todo lo bueno, todo lo bello le encanta; pero no le basta el goce del sentimiento á solas; necesita comunicar á todo el mundo su felicidad, y por eso, ni quiere mal á nadie ni tiene un solo enemigo.

Es la voz poética del pasado; todas las glorias, todos los heroismos, todos los ayes de la patria resuenan en su acento; pero es al mismo tiempo la voz profética del porvenir.

Colocado entre el ayer y el mañana, es providencial la mision que hoy desempeña.

El ha opuesto al escepticismo de los gobiernos moderados las glorias de los tiempos en que el Rey y el pueblo se entendian y se amaban sin intermediarios; él ha recordado al pueblo sus virtudes, su heroismo, su influencia en los destinos de la nacion, y le ha demostrado que sus mejores timbres los debe á su fervor religioso, á su amor al Trono; él ha recordado á los Reyes lo que han debido al pueblo; y á los que le han llamado reaccionario, oscurantista, y yo no sé qué mas, ha respondido con esta declaracion:

«Nadie tema decir: ¡Viva la libertad! que la libertad es cristiana.»

Aparisi y Guijarro, á pesar de su merecida fama y de lo mucho que ha trabajado, es pobre, y no quiere ser rico.

Ultimamente decia en el Senado:

«He sido secretario sin sueldo del señor duque de Madrid, y el dia del triunfo me retiraré á mi casa á hacer lo que he hecho siempre: todo el bien posible.»

Conocido en Valencia, su patria, desde los primeros años, hasta 1858, en que vino á las Cortes, no le conoció España.

Desde aquel tiempo no hay quien no le quiera.

Apenas estalló la revolucion de setiembre, buscando el hombre que necesitaba nuestra nacion, corrió al lado del Príncipe á quien la legitimidad reconocia como heredero del Trono español.

Cuando le vió y estudió á fondo su carácter, se proclamó su mas entusiasta partidario, y su folleto *El Rey de España* ha hecho una inmensa propaganda.

Aparisi y Guijarro es hombre de familia: solo en la intimidad y el cariño puede vivir.

Desgraciadamente tiene poca salud.

Todo corazon, las emociones han gastado sus fuerzas.

¡Dios querrá, sin embargo, que vea lucir el dia en que aparezca á sus ojos reedificada la Jerusalen cuyas ruinas cantó, y cuyas

venturas ha profetizado, haciendo amar la tradicion y enalteciendo el catolicismo!

X.

BELLEZAS DE LA RELIGION.

LOS ATEOS.

Á MI QUERIDA AMIGA LA SEÑORA MARQUESA DEL CASTILLO.

Si una cosa debe ser estimada en razon de su mayor ó menor utilidad, el ateismo es harto despreciable, porque á nadie aprovecha.

(Chateaubriand.)

¿Qué buscais..? ¿Qué buscais en ese abismo
donde de la razon echais la sonda
con el febril afan de la locura...?
¡Qué quereis que en sí esconda,
si entre la sombra oscura
de la vil negacion de lo divino
no hay mas que lo sombrío
de la misma razon, que por sí sola
no puede producir sino el vacío!
Vosotros, ideólogos soberbios,
que en el sofisma impío
buscais un nuevo mundo á las ideas;
apóstoles del mal, que en el cinismo
entronizais la nada,
queriendo hallar la luz en el abismo.
Vosotros, que negais el sentimiento
(que es la luz natural de nuestra vida)
de la vida de un Dios, y en lo mezquino
de la amarga y letal filosofía,
análisis haciendo del destino,
quereis hallar vuestra razon impía.
¿A dónde vais, decid? Si todo es nada
y es parte de esa nada vuestra vida,
¿qué esperais? ¿qué sentís? ¿cuál es el dique
que alcanza á dominar vuestras pasiones?
¿En qué ley, en qué ciencia
fundais vuestra moral, vuestras acciones,
si el instinto seguís, no la conciencia...?
¿En qué base asentais el edificio
de la vida social? ¿En qué doctrina
si no teneis ninguna? ¿Puede acaso
señalar el camino de la vida
quien cree que de la vida en el ocaso
lo mismo el bien que el mal pasa y se olvida...?
¿Y qué ofreceis en cambio á vuestra idea?
No hay una religion, secta ó reforma,
que en una dicha posterior no crea;
segun pura es su forma
son bellas sus promesas de esperanza;
pero en todas, cual luz del sentimiento,
una vida de amor el pensamiento
tras de los velos de la muerte alcanza!
Solo en el ateismo
la negacion es todo;
ídolo se hace el hombre de sí mismo,
y con su acento la impiedad levanta,
dejando en su camino sangre y lodo
cual digna huella de su impura planta.
¡Cuán triste es su mision! Ir esparciendo
las fatales semillas de la duda,
que estériles se tornan
en el alma ferviente do florece
el árbol celestial de la esperanza,
que frutos de consuelo al hombre ofrece.
Depurar al crisol del descreimiento
los males, los dolores,
para ir mostrando la mayor miseria;
sentir helarse el alma
bajo el yugo tenaz de la materia,
mientras, fingiendo calma,
sienten secarse el corazon impío
que rebosando vida
se aletarga en el seno del vacío...!
—¡Oh qué triste existir! tener cerrada
un alma inteligente
al cántico de amor de la esperanza;
no mirar de la fe la luz divina
como el faro celeste que nos guia
de las playas del mundo
hasta ese puerto del amor profundo
que el pensamiento inmaterial ansía.
Ver elevarse como eterno muro
el sepulcro que encierra
cuanto quedó de una persona amada,
y ante ese altar terrible de la muerte
—tan triste sin la fe—sentir la nada
descomponiendo la materia inerte.
Ver la creacion como obra del acaso
y con el alma fria
medir y analizar sus maravillas,
buscando de la ciencia en el arcano
solucion material á los misterios
que en vano inquiere su saber profano.
Con el pecho estragado
por los mezquinos goces sensuales
no admirar la magnífica grandeza,
la sublime armonía
y el órden de la gran naturaleza:
sus flores, sus perfumes,
que impregnan dulces al sereno viento;
sus arroyos de límpidas corrientes
que copian el azul del firmamento;
su espacio sin confines,
la bramadora voz de sus torrentes
coronados de espumas
que reflejan del íris los colores,
en sus perennes y nevadas brumas.
Esos mundos lumíneos de la esfera
que dan á la creacion calor y vida,
y siguen inmutables su carrera;
esas nubes que flotan en Oriente
cual pabellon de seda
que el alba forma á la risueña aurora;
esa brisa que rueda,
y perlas en sus ondas atesora,
con que salpica el cáliz de las flores,
cual llanto de la noche
condensado en auríferos vapores.
Las franjas delicadas,
que como bancos de algodon se estienden,
envolviendo al ocaso,
y en débil luz se encienden
cuando sus orlas de nevado raso
la tenue luz reflejan
de los rayos del sol, que ya se alejan.
La sombra azul de la serena noche,
arcada colosal de lo infinito,
donde en letras de luz gigante brilla
del Creador inmortal el nombre escrito...
Esa mar que en su seno
duerme á la tierra con amor profundo,
meciéndola al arrullo de sus olas,
y orlando sus orillas
de blancas y espumantes aureolas.
Cuantas bellezas la creacion encierra
con el sello inmortal de lo infinito,
pasan á vuestros ojos
sin despertar un eco en vuestro pecho;
quizás mirais cual hábil mecanismo
lo que es efecto de un poder supremo.
¡Cuán pequeño en sí mismo
es el hombre que osado se levanta
para medir de Dios el poderío,
y no lo alcanza; de su luz se espanta,
y vuelve á sostener su desvarío!
¡Ah no encendais la llama poderosa
de la humana razon, siempre soberbia,
para buscar á Dios en nuestra nada...!
Penetrad en el alma,
y en una aspiracion pura y sin nombre
que agita nuestro ser, sentir su esencia
como el móvil de amor que impulsa al hombre
á buscar otro espacio á su existencia.

Si el soplo de la duda
del corazon en el inmenso abismo
levanta poderosas tempestades,
y envolviendo su forma
en piélagos de sombra impide verla,
en su fondo de amor brillará oculta,
como en el seno de la mar la perla.
Allí donde resbala
el aura virginal del sentimiento
como un perfume que el amor exhala;

allí do tiende el genio
su túnica de luz cubriendo al arte,
y prestando esplendor á sus creaciones,
allí se siente á Dios, allí palpita
su aliento soberano,
que en sed de gloria el corazon agita.
Dios brilla en la sonrisa de la madre
que en inefable arrullo
una dulce oracion eleva en calma
para mecer al virginal capullo
que al aura del amor brotó en su alma.
En la paz que ilumina
la frente del cristiano moribundo,
que en cielos de esperanza
—al tocar los dinteles de otro mundo—,
una aurora divina á ver alcanza.
Dios palpita en la idea
que impulsa al pueblo que se lanza osado
á vencer ó morir en la pelea;
pues cuando una nacion guarda en el alma
de Patria y Religion el santo nombre,
en la lucha gigante
un héroe es cada hombre.
Y en la ciencia tambien á Dios se mira:
su luz siempre brillante
no se oscurece con el rayo puro
del foco celestial de donde emana;
el fanatismo oscuro
que en su manto de sombra envolvió al mundo,
quedó roto en pedazos
ante los rayos de esplendor divino
de la razon, la ciencia y el talento,
que chispas son de la celeste llama
que brota en Dios y alumbra el pensamiento.
—Romped, pues, esa niebla vergonzosa
que vuestro ser é inteligencia abisma;
buscad la ciencia en Dios, y no en la ciencia
querais hacer escala hasta su gloria,
pues la luz brota en El; alzad triunfante
el signo de la fe, cual pura enseña
que nos conduce á mundos de esperanza,
pues la razon sin fe siempre es pequeña:
la fe con la razon todo lo alcanza.

PATROCINIO DE BIEDMA.

ECOS DE MADRID.

—

No os hablaré, mis queridas lectoras, de la tempestad que el Eolo que preside la Camara de los diputados desencadenó el sábado anterior.

Hablaba un jóven diputado, Luis Echeverría, y creyó Olózaga que su sabiduría parlamentaria podia gozarse en la inesperiencia de nuestro simpático amigo.

¡Pobre señor! No puedo oir hablar de él sin acordarme de aquella célebre cantante Julia Grissi, que por no haber sabido retirarse á tiempo, vió terminada su brillante carrera con una serenata de silbidos.

Pero Luis Echeverría, fuerte con la razon, respetuoso con la infantil ancianidad, logró las simpatías de la Cámara, y el Júpiter Olímpico recibió, en premio de su calaverada, un insidioso cáustico, que bordó Castelar para que no sufriera al verle el pobre enfermo.

¡Aquella misma tarde nos perdonó la vida el ministro de Estado...! Dios se lo pague á S. E.

***

Por fin llegó el domingo, y todas las personas que pasaban por delante de la tienda del florista de la Carrera de San Gerónimo, se detenian á contemplar una magnífica corona que, no cabiendo en el escaparate, adornaba todo un lienzo de pared en la tienda.

¡Qué preciosa corona!

Voy á describirla á mis lectoras de provincia.

Figuraos un óvalo de unos seis metros de circunferencia, y alrededor una franja de cuarenta centímetros, formada por dos líneas de rosas y plumas encarnadas, y en el centro una línea de hermosas siemprevivas.

A los lados anchas hojas de laurel y botones de oro.

De trecho en trecho pensamientos, y á los dos lados, y en la parte superior é inferior, cuatro grandes margaritas.

El lazo, de riquísimo gró encarnado y amarillo, estaba velado por un crespon.

En el centro, bajo la cruz, se leia la inscripcion que indiqué en mi anterior Revista.

Tan espléndida corona era digno tributo de los verdaderos españoles de hoy á los españoles de ayer, y ha sido costeada por los donativos de los individuos de las Juntas central y provincial, los senadores y diputados, y los carlistas de Madrid.

Como nosotros no somos aficionados á llamar la atencion, en vez de la procesioncita á que nos tienen acostumbrados los progresistas y los republicanos, dispuso la comision nombrada para dirigir la manifestacion católico-monárquica que la corona fuese llevada sin ostentacion al *Campo de la Lealtad*.

Allí se descubrió en medio de un gentío inmenso, precisamente al dispararse el primer cañonazo.

Hasta la casualidad se asociaba á nosotros.

En los alrededores de la verja habia tambien mucha gente.

Todos salpicaban con curiosos comentarios la conversacion.

—Amigo: ¡este año se han lucido los carlistas! decia uno.

—¡Ya...! ¡ya..! toman un vuelo que asombra.

—Cada dia se aumenta el número.

—Bien dice el refran... *Al cabo de los años mil...*

—Pero es muy grande esa corona.

—Con eso se ve mejor.

—Al lado suyo, las demas parecen muy pequeñas.

—Eso mismo sucede á los planetas que giran alrededor del sol.

—Mira, mira, decia un soldado á otro que iba con él: allí está escrito lo que decia mi padre que debíamos defender los soldados.

—¿Dios, Patria y Rey? preguntaba su compañero.

—Sí; me acuerdo bien: ¡á cada instante lo repetia...!

—¡Qué quiere V. que le diga! esclamaba

un señor mayor en un grupo; esa corona ocupa el mejor sitio.

—Lo que yo siento, contestaba una anciana, es no poder ayudar á ponerla mas alta aun á los que la colocan.

En resúmen: aquel dia y el siguiente se habló de la corona en todas partes.

*
* *

El dia 2, como buenos católicos, acudieron nuestros amigos al Cármen á elevar al cielo sus oraciones por el alma de los mártires de la independencia.

Bajo la nave se elevaba un modesto catafalco.

Seis filas de bancos enlutados contenian lo mas notable de la comunion católico-monárquica.

Presidian el conde de Orgaz, Nocedal, Martin Melgar y Antúñano. El sitial del centro permitia á la imaginacion ver en él á un ilustre ausente.

No necesito nombrarle.

El templo estaba lleno: nosotras ocupábamos el espacio próximo al presbiterio.

Ofició el venerable Obispo de Urgel, auxiliado por el dean de Coria y el Sr. Vidal y Carlá, los dos diputados.

El Sr. Martinez Izquierdo, diputado tambien, pronunció una sentida oracion.

¡Con qué elocuencia nos describió lo que significa la patria! Sin ofender á nadie, con arrobadora dulzura, elogió á los héroes, y trazó el camino que España debia seguir para ser digna de su gloria.

Todos salieron del templo poseidos de los mas puros, de los mas dulces sentimientos.

Si las lectoras que viven en las provincias ó en las aldeas hubieran podido ver en torno del monumento del Dos de Mayo ó en el templo del Cármen al partido tradicional, á los que anhelan la salvacion de la patria, á los que han de realizar nuestros deseos, ¡cómo se animarian!

Ya es una gloria para todos llamarse carlistas, y sufrir las consecuencias de esta declaracion, que suelen ser fatales, gracias al odio que les profesan sus enemigos.

Pero hasta el peligro incita, y los jóvenes que no han podido derramar su sangre por la santa causa, quieren ser dignos de los veteranos.

*
* *

Y á propósito: noches pasadas vi reunidos á unos cuantos militares de los nuestros que, olvidando sus proezas, contaban las de sus compañeros.

Un libro no bastaria para contener todos los rasgos de valor que oí referir.

Solo reproduciré dos.

—Entre los prisioneros de la isla de Leon, contaba uno de los veteranos, habia uno en tan deplorable estado, que, á fuerza de hambre y de trabajos, no tenia mas que huesos. El hambre y la desnudez le mataban. Todos los presos estaban juntos en un patio, cuando llegó una carta en la que el Rey les daba gracias por su heroismo. Cinco ó seis líneas tenia el escrito, y bastaron para hacer asomar las lágrimas á los ojos de aquellos infelices. El que he citado antes trató de incorporarse, pero no pudo; hizo un supremo esfuerzo, gritó *¡Viva Cárlos V!* y cayó para no volver á levantarse.

Dió su último aliento al Rey... ¡Qué muerte tan gloriosa!

El otro hecho que oí citar fue el de un oficial que, despues de romperle el brazo izquierdo un casco de obus, cayó prisionero.

—¿Está V. herido? le preguntó Espartero.

—No, señor, contestó.

—¿Y ese brazo que cuelga, y esa sangre que inunda el suelo?

—Eso no es nada... ¡Aun me queda otro brazo para defender á mi Rey!

*
* *

Pero no hablemos de estas cosas, porque, á pesar de su grandeza, llenan de pena el alma.

Tampoco diré nada de las escenas que en la calle de Alcalá tuvieron lugar el dia 2, entre los socios de *La Internacional*, que en nombre de la fraternidad deseaban abolir la conmemoracion de las víctimas de Murat, y la célebre y mitológica compañía de la *Porra*, que se despachó á su gusto.

Esto, y el calor que hizo aquel dia, fue bastante motivo para que algunos madrileños se creyeran habitantes del Africa.

*
* *

Estamos en el Mes de María; todo sonrie para nosotras en la naturaleza, bajo el imperio de la Reina de los Angeles. Los templos están llenos todas las tardes, y me consta que no hay una buena carlista que no pida á la Vírgen todos los dias que no pase para nosotros un nuevo mes de Mayo sin que veamos á nuestro lado la *hermosa flor* que es el símbolo de nuestra felicidad.

Esperanza.

P. S. Aun no he recibido detalles de la boda de nuestros queridos príncipes. Los espero muy pronto.

MARGARITAS.

Combatid el mal, haciendo prosperar el bien en la vida práctica. (Zend-Avesta.)

La amistad es un alma que habita en dos cuerpos: un corazon que habita en dos almas. (Aristóteles.)

MADRID, 1871.—Imprenta de *La Esperanza*, á cargo de D. A. Perez Dubrull, Pez 6.



LA MARGARITA.

ALBUM DE LAS SEÑORAS CATOLICO-MONARQUICAS

AÑO I. 14 MAYO 1871. NÚM. 7.°

LO QUE SE HABLA.

—

¿No es verdad que se habla mucho estos dias?

¡Y, sobre todo, vosotras, mis queridas lectoras, con ese pico de oro que Dios os ha dado!

—Parece que hay buenas noticias, os dice uno.

—¿Sí, eh? contestais vosotras.

—¡Escelentes!

—Pues ¿qué ocurre, qué ocurre?

Y vuestro interlocutor os dice algunas palabras en voz baja, al final de las cuales esclamais:

—¡Dios le oiga á V., y ojalá se realice todo lo que me acaba V. de contar!

Comprendo, y el gobierno debe comprenderlo tambien, por mas que no le agrade, que á todas horas pidais al que todo lo puede el triunfo de las santas ideas que os animan; comprendo que deseeis, mejor hoy que mañana, ver realizadas vuestras esperanzas; pero desconfiad, no solo de los enemigos, sino de los amigos demasiado celosos.

¡Ya se ve! Anhelais por momentos volver á ver en todo su brillo la Religion, en toda su grandeza la patria, en todo su apogeo la monarquía; no os esplicais cómo á estas horas hay españoles que no deseen lo que vosotras; suponeis, y, dicho sea de paso, haceis muy bien, que siendo mas los que quieren lo que quereis, y menos los que no lo quieren, sucumbirán nuestros adversarios con la misma arma del número que ellos esgrimen, aunque solo sea para que se cumpla el refran de que *quien á hierro mata, á hierro muere.*

Todo esto es muy natural; está muy puesto en el órden, y vuestra alegría es lógica.

Es el único goce que os permiten los revolucionarios; pero yo sentiria que, comunicando vuestras esperanzas á vuestros esposos ó á vuestros hijos, á vuestros padres á ó vuestros hermanos, los animárais demasiado entregándolos á sus voraces enemigos, que, en pleno Carnaval, siempre se disfrazan de sirenas, y les cae bien el traje.

Mucha prudencia, lectoras mias.

Cuantos mas rumores lleguen á vuestro oido, tened mas calma y emplead esa prevision, esa perspicacia, ese golpe de vista, esa inspiracion que permite á la mujer que sea un verdadero ángel de la guarda del hombre.

Oid y adivinad quién os habla, si el dolo ó la candidez, si la traicion ó el fanatismo sordo y ciego.

Tan perjudiciales son los unos como los otros.

¡Calma y calma!

Más que hablar de política en estos momentos, os conviene orar.

No en España, en Europa, se está dando una gran batalla; la revolucion atea y demoledora sucumbe ante los golpes del derecho cristiano.

Sucede lo que debe suceder, lo que tiene razon de ser; y ante la voluntad de Dios nada vale la de los hombres.

Ni alegría ni temor.

Os dicen, por ejemplo:

—Gonzalez Brabo se ha declarado carlista.

—Lo celebramos infinito, podeis contestar; es hombre de talento, y aunque el demonio del liberalismo le ha tentado algunas veces, arrepentidos quiere Dios.

—Las autoridades francesas han internado á los carlistas de la frontera...

—¡Tanto mejor...! Si está de Dios que han de venir, con eso no hacen mas que proporcionarles los medios de tomar carrera.

—El gobierno va á adoptar una actitud enérgica.

—Si no-cubre con un velo la estatua de la justicia, no hará con eso mas que cumplir con su deber.

—Pues dicen que si hay ó no disidencias en el seno de las juntas directivas del partido.

—¡Bah! no lo creemos. La fe hace milagros.

—Va á fundarse un periódico que, llamándose carlista, atacará á los carlistas.

—Es natural: no hay peor cuña que la de la misma madera; pero ¿qué madera será la que solo sirve para cuñas?

En una palabra, mis queridas lectoras: vosotras y nosotros los que respetamos la ley, aunque anhelemos el triunfo de la justicia, debemos estar tranquilos, oir, calmar las pasiones, curar las heridas y rezar, sí, rezar mucho, porque la oracion eleva nuestro ser á Dios y nos aparta de las humanas miserias.

Y al mismo tiempo debemos contestar con nuestro ejemplo á los que nos acusan de querer las tinieblas, de no desear mas luces que las de las hogueras de la Inquisicion, y de otras cosas por el estilo que ya no se hallan mas que en la guardaropía de los teatros para representar los dramas del romanticismo.

Que vean que sabemos unir á los mas puros sentimientos religiosos la sed de ilustracion y libertad que han nacido del catolicismo, y solo á su calor han sido fecundos; que vean que

podemos realizar el órden sin la tiranía, el respeto sin la bajeza, el progreso sin el *Himno de Riego*; que se convenzan de que, practicando nosotros en la vida privada todas las virtudes cristianas, podemos contribuir cada cual al todo armónico que simboliza nuestra bandera.

Firmes con nuestra fe, con nuestro amor á la tradicion, con nuestro respeto al derecho; mostrando que, en vez de huir de la luz, la deseamos; que nada tememos, porque nuestra conciencia está tranquila, vosotras sereis dignas imitadoras de la mujer cristiana, y nosotros, inspirándonos en vosotras, sufriremos, como inquebrantables rocas puestas por la Providencia en el límite del mar, el oleaje de la revolucion.

Y creedme: aunque triunfasen de nosotros—que no es posible—nuestros vencedores nos admirarian, y su jefe haria nuestro elogio esclamando:

—¡Dichoso el Príncipe que reina en el corazon de esos mártires!

JUAN DE LUZ.

CAPRICHOS DE LA MODA.

—

IMPRESIONES DE VIAJE.

(Continuacion) (1).

Al oir estas palabras de nuestro compatriota, recordé á la señora que habia encontrado en la escalera, su porte distinguido y la severa elegancia de su traje, y esto fue un rayo de luz para mí.

Ocurrióseme que el dia anterior, en el palacio donde antes habia estado, y que he citado en el curso de mi narracion, se habia hablado de la situacion angustiosa en que se hallaba aquella pobre familia; y la señora, verdadera hada benéfica que ejerce la caridad del modo mas noble que se puede imaginar y con el mayor secreto posible, habia oido la conversacion y se habia adelantado á nuestras intenciones.

Deseando asociarme en algun modo á tan benéfica obra, pregunté si habian bautizado á la niña; y habiendo sabido que no, ofrecime á ser su padrino, lo que aceptó con alegría el español.—

Cuando concluyó D. Cárlos su relato, habia hecho asomar las lágrimas á mis ojos, y murmuré en mi interior una bendicion á aquel ángel que tan bien y con tanta largueza sabe repartir sus beneficios.

En estas sabrosas pláticas, y con la distraccion que ofrecen los pintorescos caminos de las provincias, particularmente los de aquella, pasamos entretenidos el resto de nuestro viaje; y como por otra parte nuestro desconocido compañero de viaje guardó un silencio sepulcral durante todo el trayecto, no volvió á reproducirse el incidente que yo temia, llegando felizmente á Vergara.

Al apearnos allí en la casa del marques, que era un verdadero palacio, se despidieron del desconocido, diciéndole sus nombres, y este contestó dándonos el suyo (1).

Al oirle, Cárlos soltó una carcajada, esclamando:

—¡El corredor de Reyes!

El ruido del faeton al emprender la marcha ahogó la carcajada y las palabras del jóven, las que no pudo oir el viajero.

IX.

Creo, queridísimas lectoras, que si os fuera á describir todas las bellezas, tanto naturales como artísticas é históricas, que admiré en los dias siguientes, ya en Vergara, ya en Oñate, en

(1) Véase el número anterior.

(1) Le suprimo, porque, despues de haber escrito la primera parte de este artículo, he sabido que habia muerto: si lo hubiera sabido antes, no la hubiese escrito, pues todo se reducia á callar uno de los inconvenientes que pueden ocurrir en un viaje.

Deva como en Motrico, en Arechavaleta, en Alzola, y en los innumerables pueblos que en Guipúzcoa casi se tocan con la mano, seria tarea interminable; y si mi ya larga narracion no os ha cansado—cosa que dudo mucho—estoy segura os fastidiaria en sumo grado.

Así, pues, dejo de hablaros de la ermita de San Prudencio, que se halla á dos leguas de Vergara, en el camino de Oñate; de los magníficos edificios de esta última poblacion; del santuario de Nuestra Señora de Aránzazu, á poca distancia de ella, edificado en el mismo sitio en que, segun la piadosa tradicion, allí muy acreditada, se apareció la Santísima Vírgen á un jóven de noble alcurnia que se hallaba guardando un rebaño, pues los antiguos vascones no se desdeñaban de hacer toda clase de trabajo.

No os hablaré de la romería de San Roque, en Deva, una de las mas concurridas de la provincia, aunque sí os diré una cosa muy sencilla, pero para mí la mas notable que he visto en las provincias Vascongadas, y la que mas alto habla en favor de la moralidad y buenas costumbres de aquel delicioso pais.

Acostumbrada yo al aparato de fuerza que despliegan en Madrid las autoridades siempre que se ha de reunir mucha gente, ya en las verbenas, ya en las romerías, lo mismo en los paseos que en los teatros, y que á pesar de eso, rara es la funcion de esa clase en que no haya desgracias, no pudo menos de llamarme la atencion que en ninguna de estas funciones veia ningun dependiente de la autoridad; pues si bien es verdad habia algun que otro guardia civil ó miguelete entre la concurrencia, estos se hallaban mas como curiosos que como encargados de velar por el órden.

No pude menos de demostrar la admiracion que esto me causaba, y D. Ildefonso y D. Cárlos, que á todas partes nos acompañaban, me dijeron que no tenia nada de particular, pues en aquel pais impone mas respeto la vara del alcalde que en cualquier otra provincia de España toda la Guardia civil.

Efectivamente: tuve ocasion de convencerme de ello en Deva, en la romería de San Roque.

Presentáronse en ella unos cuantos jóvenes con boinas blancas, á pesar de estar prohibidas por el gobernador de una de las provincias; pero los vascongados saben muy bien que en su fuero existe aquello de "Se obedece, pero no se cumple."

Presentáronse, digo, unos cuantos con boinas blancas, y á la conclusion de un *zorzico* cuya música es muy parecida á la del *Himno de D. Cárlos*, que entoncés se cantaba allí mucho, uno de ellos no pudo dominar su entusiasmo y dió un *¡viva Cárlos VII!*

Todos sus compañeros, y casi todos los que lo oyeron, con pequeñas escepciones, contestaron á aquel grito, tan querido de sus corazones.

Sin embargo, unos pocos quisieron protestar, y gritaron: *¡viva la libertad!*

En otra parte esto hubiera sido la señal de una colision sangrienta; allí la presencia de un anciano de cerca de sesenta años, con un junquito negro, delgado como un hilo, en la mano, fue bastante para apaciguar el tumulto, y que los mas recalcitrantes se retiraran en silencio, sin pasar adelante en su disputa.

Una de las pocas curiosidades que dejé de ver fue la cueva de San Valerio, que está cerca de los baños de Santa Agueda, y eso que Enrique me dijo que era una de las obras mas admirables de la naturaleza, pues parece un palacio de cristal de colores; de una magnitud tal, que parece increible que aquellos techos puedan sostenerse, y termina en un precipicio espantoso, cuya profundidad no ha podido llegar á conocerse.

Y con esto acaban, queridas mias, las emociones dulces que esperimenté durante el viaje, aunque no todas lo habian sido, y eso que paso por alto

las incomodidades que proporciona el cansancio, el trasnochar, el madrugar, el polvo y todas las que vosotras sabeis tan bien como yo, y que creo escusado referiros.

Como la intencion que teníamos al salir de Madrid para nuestro veraneo era llegar hasta Paris, decidimos salir el dia 18 de agosto y detenernos un par de dias en Bayona, y otros dos ó tres en Burdeos, antes de ir á visitar la gran ciudad.

Comunicamos nuestro plan á Cárlos y á D. Ildefonso; y aunque este lo desaprobó, el primero, no solo lo aprobó, sino que se empeñó en acompañarnos, contando con el beneplácito de su padre.

Pero en el momento en que íbamos á poner nuestro plan por obra, la declaracion de la guerra entre Prusia y Francia nos lo hizo modificar un tanto.

(Se continuará.)

CAROLINA P.

BOCETOS CARLISTAS.

—

EL CONDE DE ORGAZ,

PRESIDENTE DE LOS CENTROS PARLAMENTARIOS, Y DIPUTADO POR VILLADIEGO.

Ante este verdadero Grande de España necesitamos todos seguir el consejo que nos daba Aparisi y Guijarro en su carta á los periódicos católico-monárquicos para cuando pasáramos delante de los restos del glorioso ejército carlista; esto es: debemos descubrirnos como si pasáramos por delante de la lealtad y el honor.

Hay en este personaje algo, ¡qué algo! todo lo que recuerda á aquellos españoles de pura raza, leales hasta el sacrificio, llenos de fe y de hidalguía, capaces de abandonar todos los goces del fausto y la riqueza por un humilde puesto en las Cruzadas, felices al poder depositar fortuna y vida en los altares de la Religion, de la Patria y del Rey.

Basta verle para comprender los tesoros de fidelidad y de heroismo que encierra su alma.

Es jóven: podrá tener de treinta á treinta y dos años; y su rostro, adornado con la severidad de un carácter puro, con la seriedad de la reflexion, solo ante las virtudes ofrece una esperanza de bondad.

El conde de Orgaz es legitimista de raza. Con la sangre y el nombre ha heredado los sentimientos.

Manteniendo siempre viva su fe, cuando ha llegado la ocasion todo lo ha sacrificado para acudir á su puesto.

Cualquiera, al contemplarle detenidamente, esclamaria:

—¡Hé ahí un jóven que no conoce la juventud!

Sus ideas, sus actos, sus palabras, todo revela en él que, reflejándose en su corazon la desdicha de España desde que rompió con el derecho, sorprendido de niño con la guerra, ha vivido, ha crecido y se ha desarrollado en el dolor de la patria.

¿Le habeis visto sonreir alguna vez? ¿Le habeis visto animarse estimulado por alguna idea, por algun sentimiento ajeno á la santa causa en que se ha amamantado?

Por sus merecimientos, por sus sacrificios es sin duda el primero, y, sin embargo, aceptará el último puesto contento si le ofreceis el triunfo.

Es la flor trasplantada; es la voz del profeta que llora la perdida Jerusalen; es el pájaro encarcelado; dadle la monarquía legítima, y la flor vivirá en su elemento, su voz doliente será voz de alegría; la tristeza del pájaro se deshará en dulcísimos gorjeos.

No le pidais, cuando espresa sus sentimientos, adornos y perfiles oratorios; no espereis que busque rodeos para decir lo que siente.

Silencioso siempre, cuando habla obedece á su corazon, y su corazon late en sus palabras; y como su corazon es hermoso, lo es tambien su oratoria.

La tradicion, su mejor timbre, inspira hácia él respeto: despues de estar uno á su lado, quisiera que fuera espansivo, porque debe serlo; porque parece que sufre no siéndolo; querria uno penetrar algo mas de lo que él permite en su alma; pero, aunque

esto no se consigue, se retira uno queriéndole.

Su reserva no es la del orgullo : es la de la seriedad.

Nombrado recientemente jefe superior de los centros parlamentarios del partido carlista, le dan la guardia en este puesto su lealtad y su constancia.

Ante él, lo repetimos, es necesario descubrirse como si se pasara delante del honor.

X.

BELLEZAS DE LA RELIGION.

A MARIA.

FLORES DE MAYO.

I.

De entre las pintadas flores
que al sol primaveral crecen,
de entre los bellos pimpollos
que en el campo mayo vierte,
de lirios y de azucenas,
margaritas y claveles,
dejad que tejan mis manos
magnífico ramillete,
y con él ufano acuda,
y ante las plantas lo eleve
de la Reina Soberana
que sobre solio fulgente,
coronada con estrellas,
á sus pies la luna tiene.
Ante esas plantas divinas
que yo adoro reverente,
quiero que mis gayas flores
sean puro y fiel intérprete
de los anhelos recónditos
y de las ansias fervientes
con que allí consuelo un alma
al mal busca que padece.
Que no es, no, mi lengua pobre
la que á conversar se atreve
con quien sin sombra de mancha
Purísima resplandece.
Vayan, pues, de mis deseos
mis flores á ser intérpretes,
que yo no puedo decir
lo que mi corazon siente.

II.

Hirióme punzante espina,
y sangre la herida vierte;
que ocultos tras de sus flores
y sus menguados deleites,
desgarradores abrojos
el mundo falaz envuelve,
y al que de su falso halago
corre en pos, fieros le hieren.
Ya de la mísera envidia
percibe el agudo diente;
ya con dobleces y engaños
pérfida amistad le venden;
las dichas pasan veloces,
se afirma el pesar ingente:
que es nuestra vida, cual rio
que corre al mar de la muerte.
¿Qué importa que el desgraciado
de sus penas se lamente,
si entre los que sueñan goces
el dolor eco no tiene?
Con quejidos angustiosos
en vano los aires hiere,
que en torno de él gira el mundo
sin oirle, indiferente.
Pero hay consuelo inefable
para el triste que padece;
hay una Madre amorosa,
una esperanza indeleble,
que al abatido levanta,
que al atribulado ofrece
de sus pesares por premio
un bien tal, que fin no tiene.
Y eres Tú, Reina del cielo,
Tú, la de piedades fuente,
Tú, Consuelo de afligidos,
Tú, Madre de amor celeste,
Tú, de los mares Estrella,
Tú, Faro que nunca muere,
la que á puerto feliz guias
al que á Ti los ojos vuelve.
Cuando los mios se fijan,
suplicantes y dolientes,
en tu semblante divino,
tu amparo implorando siempre,
tal delicia inunda el alma,
de esperanza tan ardiente
se llena...! pero mis flores
fragantes esto revelen;
que yo no puedo decir
lo que mi corazon siente.

III.

¿Qué es de la flor siempre bella
que al cielo su cáliz yergue,
y fragancia exhala pura
de suavísimo deleite?
De la tranquila inocencia,
¿dónde está la flor riente?
¡Ay! rasgáronla en mi pecho
punzantes abrojos crueles.
Y fue su contacto impuro
de eternos pesares gérmen:
que á manos del desengaño
las ilusiones perecen,
y el mundo esperiencia llama
lo que es de quebrantos serie.
¡Oh dulcísima inocencia,
paz del alma, flor que siempre
tersa se ostenta y lozana
en primavera perenne!
¡Flor amada! ¡Ah! No campeas
en mi humilde ramillete...
Mas si en el vergel ameno

no puedo entrar donde creces;
si lágrimas ardorosas
vierto eternas por no verte,
otra flor tambien preciada,
que perfuma el puro ambiente,
que tambien se abre á los cielos,
y consuelo al alma ofrece,
alcanzar pueden mis manos,
y ostentarla en mi presente.
Flor que huyendo pompas vanas,
busca retirado albergue.
Lágrimas son su rocío,
y en solitarios vergeles
fecundas torna á su influjo
tierras ¡ay! antes estériles.
¡Flor del arrepentimiento,
que tan deliciosa eres!
Ven á mis impuras manos,
ven, porque quiero ofrecerte
á la que es mística Rosa
en las praderas celestes.
A Ti, la Mujer bendita
entre todas las mujeres;
á Ti, concebida en gracia;
á Ti, á quien himno perenne
en sus arpas de oro entonan
los Serafines ardientes;
á Ti, que Hija, Esposa y Madre
de Dios Trino y Uno eres;
á Ti un alto bien imploro,
hoy un ruego quiero hacerte.
Pues consuelo eres del triste,
suplícote me consueles,
y entre estas terrenas flores
esa santa flor se encuentre,
y, luz del alma, ella sea
la que tu favor impetre;
la que te diga mi angustia;
la que mis cuitas te esprese,
mis anhelos fervorosos,
mis esperanzas celestes...
la que pueda revelarte
lo que mi corazon siente.

VALENTIN DE NOVOA.

Orense 5 de mayo de 1871.

ECOS DE MADRID.

—

¿No sabeis pormenores de la solemnidad religiosa que se celebró en la iglesia de San Ginés en uno de los primeros dias de la semana?

Fue tan interesante como magnífica.

Tratábase de solemnizar la proclamacion de San Alfonso de Ligorio como Doctor de la Iglesia, recientemente hecha por el Padre comun de los fieles, y el Sr. Obispo de Cuenca debia pronunciar el panegírico del Santo.

El templo no bastaba á contener los numerosos fieles que se apiñaban bajo las naves y llenaban el coro, las capillas, las puertas y los atrios.

Damas de las mas distinguidas de la corte, personajes políticos, ilustraciones de todas clases acudian á oir la elocuente palabra del Prelado, á tomar parte en la alegría de la Iglesia porque veia aumentado el número de sus preclaros Doctores.

¡Qué tiempo tan precioso el que allí empleamos! Porque yo tambien asistí, y asistiré siempre que pueda á donde quiera que el Obispo de Cuenca deje oir su evangélica palabra.

Dias antes tuve que acompañar á unas forasteras á la tribuna del Senado, y le oimos con júbilo ponderar las escelencias del catolicismo y predicar la tolerancia á los que todo lo toleran escepto el fervor religioso de los españoles.

Allí supimos que al dia siguiente hablaria el Obispo de Urgel, y, aunque no fui al Senado, he leido su discurso.

Recomiendo á mis lectoras que lo busquen y mediten sus sabias observaciones, sobre todo las que se refieren al matrimonio civil.

Nos interesan muy de cerca.

***

Y á propósito: voy á contaros en confianza una declaracion que he arrancado á una jóven amiga mia.

Como todas, es decir, como las pocas que no nos conocen á fondo, nos califica de *fanáticas*, de *oscurantistas*; pues bien: en un momento de espansion me decia contestando á esta pregunta mia:

—Si te ofrecieran el título de esposa un carlista ó un liberal, ¿á quién elegirias?

—Al que mas arraigados tuviera los sentimientos religiosos, me dijo.

—¿Es decir, al carlista?

—Pues bien, sí; para maridos no hay quien iguale á... esos.

Sobre este mismo tema puedo contar una anécdota muy reciente.

Hablábase delante de una distinguida dama, Grande de España por mas señas, del triste estado de la servidumbre.

—¡Oh, sí! esclamó uno de los circunstantes; los criados son verdaderos enemigos domésticos.

—Los mios no, dijo la dama.

—¡Es una suerte!

—Pero si no son enemigos domésticos, lo son políticos.

—¿Es posible?

—Sí; todos ellos, incluso el mayordomo, son carlistas.

—¿Cómo los tiene V. en su casa no profesando sus opiniones?

—Por una razon muy sencilla: el que menos lleva doce años á mi lado, y ninguno me ha dado el mas leve motivo para dudar de su lealtad y de su gratitud. Créanme Vds.: los carlistas son profundamente

religiosos, y los que son religiosos no faltan nunca á su deber.

Bueno es que empiecen á hacernos justicia.

* * *

No quiero pasar por alto un suceso muy triste, y que revela al mismo tiempo la justicia providencial.

Hace unos cuantos dias que un alcalde de barrio de Madrid se presentó en la humilde morada de un pobre hombre, reputado de ardiente legitimista.

La autoridad pensaba hallar en su casa armas ó papeles que le comprometieran, y llegó en ocasion en que solo estaba su esposa.

Sus pesquisas fueron inútiles; pero con sus palabras alarmó á la pobre mujer.

Criaba la infeliz á un niño de siete meses; de resultas del susto se le retiró la leche, y despues de una penosa enfermedad, ha bajado al sepulcro, dejando cinco huérfanos.

¡Dios la tenga en su santa gloria! Pero vamos al caso.

Tres dias despues de la indicada visita, se hallaba el mismo alcalde en un café entre varios amigos, y haciendo gala de liberalismo, no faltó quien le recordara que en otro tiempo habia sido entusiasta carlista.

Sufrió tal sofocon, que, obligado á retirarse á su casa, se metió en cama y espiró al dia siguiente, antes que la desgraciada á quien habia alarmado.

¡Dios le haya perdonado!

Pero meditad un instante sobre este suceso, y recordadle á los que se empeñan en negar la justicia providencial.

* * *

Cambiemos de decoracion.

Una señora muy católica y carlista de raza ha llegado á Madrid desde una villa próxima, en donde habita.

Un amigo la encuentra en la Plaza Mayor.

—¿Usted por aquí, señora? esclama al verla.

—Sí, señor: aquí vengo con una comision de las amigas de mi pueblo.

—Siempre animadas, ¿eh?

—¡Y tanto! Figúrese V. que, entre otras cosas, hemos resuelto tomar un cuarto en la Plaza Mayor para ver las funciones reales, cuando Dios quiera, que creo será pronto; y eso es lo que ando buscando aquí, donde V. me ve.

¿Puede darse mayor confianza, mas fe en las ideas?

* * *

No faltará quien califique de candidez este entusiasmo. Pero tanto peor para los que no sepan admirar estos nobles sentimientos.

¿Qué dirian si supieran que en casi todas las poblaciones de España se reunen por las tardes las jóvenes carlistas y se dedican á bordar de oro y plata las airosas boinas con que se proponen adornar su cabeza cuando llegue el momento en que deban salir al encuentro de las personas que reinan... en su corazon?

Tranquilícense los liberales: estas ocupaciones y estos proyectos, aunque les parezcan subversivos, hacen menos daño á su causa que los desaciertos que á todas horas cometen; y son de admirar esas si se quiere pueriles ocupaciones de algunas jóvenes que, temerosas de la realidad, viven de la esperanza.

Hasta ahora sabemos que los deseos son ilegislables, y todavía no se ha votado ninguna ley que prohiba las boinas.

* * *

Dicen que con las glorias se van las memorias, y esto sucede seguramente á la amiga á quien supliqué que me comunicara pormenores del casamiento del Príncipe D. Alfonso con la princesa doña María de las Nieves.

Lo único que puedo decir es que nuestra querida doña Margarita ha mudado de residencia, trasladándose al Bocage, sitio pintoresco en estremo, y el mas á propósito para la estacion en que estamos.

Allí vive cuidando á sus hermosos hijos el príncipe D. Jaime y la princesa doña Blanca, que están hermosísimos, y pensando en nosotros, en su amada España.

Estos dias he visto un retrato muy reciente de la señora, en el que está á su lado doña Blanca. ¡Si viérais qué espresion tan angelical la de la augusta niña!

No quiero decir mas, porque vosotras adivinais lo que calla vuestra

ESPERANZA.

MARGARITAS.

—

La pérdida de la fortuna no hace mas que encumbrar al hombre virtuoso. (GOLDSMIT.)

Prefiere el silencio al eco. (JUVENAL.)

El camaleon toma todos los colores, escepto el blanco: el adulador lo remeda todo, escepto la verdad. (PLUTARCO.)

La credulidad recluta, arma y mantiene las tropas que se alistan al servicio de la calumnia. (SÉNECA.)

La gracia es la hermosura en movimiento. (LESSING.)

MADRID, 1871.—Imprenta de *La Esperanza*, á cargo de D. A. Perez Dubrull, Pez 6.



LA MARGARITA.

ALBUM DE LAS SEÑORAS CATOLICO-MONARQUICAS

AÑO I. 21 MAYO 1871. NÚM. 8.°

UN POCO DE POLÍTICA,

Y OTRO POCO DE VIAJES.

—

¡Qué hermoso es poder pensar alto!

Ademas de ser esta operacion psicológica el efecto de una conciencia pura, ofrece al alma dulcísimo desahogo.

Pensemos, pues, en alta voz.

Aunque dijéramos á los hombres de la situacion y al jefe del Estado que deseábamos ver consolidada su obra, no nos creerian, y harian muy bien.

Mejor es decir la verdad.

Vosotras, lectoras mias, sois buenas, y no deseais mal á nadie, pero teneis obligacion de desear el bien; y el bien para nosotros es el triunfo de la Religion y el de la monarquía legítima.

No debemos ser hipócritas: es un vicio muy feo.

Santo y bueno que respetemos la ley, aunque no nos den ejemplo los que deben dárnoslo; santo y bueno que deseemos que la trasformacion se verifique sin que se inmolen nuevas víctimas; pero no nos figuremos tan cándidos á los que nos dominan que crean á puño cerrado que no anhelamos que se vayan.

Sin faltar á la ley existente, podemos manifestar nuestras simpatías y nuestras esperanzas, y asistir al movimiento intelectual que se opera en nuestro partido con alegría ó con pena, segun las circunstancias.

Vosotras habreis oido hablar, y tal vez leido, un proyecto de discurso entre humorístico y serio, que ha publicado *La Regeneracion.*

Habreis sabido que Nocedal ha sido confirmado en el cargo de director de la minoría parlamentaria.

No habrá faltado quien os diga que la Junta de Bayona ha sido disuelta.

Bien conozco que todos los perfiles de la política solo os inspiran esta pregunta:

—¿Quiere decir todo eso que avanzamos, que nos estacionamos, ó que retrocedemos?

Precisamente para satisfacer esa curiosidad os dedicamos estas líneas.

Nadie puede negar que para dirigir el timon de un buque es preciso un piloto. ¿De qué serviria el talento, el corazon, la fe y el valor de los diputados carlistas ante esa fria, complicada, maliciosa y astuta escuela de los oradores parlamentarios?

Llevad un general heróico á un Congreso de diputados, y en presencia de un orador imberbe, parecerá un recluta. Pero colocad en el campo de batalla al orador delante del general, y el águila del Parlamento se convertirá en rana.

Este símil me sirve para demostrar que debiendo toda clase de luchas llevarse á cabo con armas iguales, de venir los carlistas á las Cortes, lo que es muy sensible, y de tener á su lado á Nocedal, lo que es muy agradable, su jefe, su director, su guia en el Congreso, no podia ser otro que él.

Nocedal es en este terreno, no uno de los mas temibles, sino el mas temible para las situaciones que viven de la palabra y en esa eterna comedia que se llama *parlamentarismo*.

El conoce ese juego de florete, y tiene un brazo y un ojo que imponen desde luego.

Orfeo, segun cuentan, construyó una ciudad con su voz: Nocedal es capaz con su palabra de destruir toda la obra del parlamentarismo.

Al recibir del jefe moral de los españoles que acatan la legitimidad la confirmacion de un puesto al que le habia elevado la voz pública de amigos y adversarios, hay un motivo de alegría y otro de pena.

De alegría, porque servirá allí admirablemente la causa que defiende; de pena, porque es doloroso que tenga que someterse al régimen flojístico de las Cortes una enfermedad que solo requiere aires puros y alimentos sanos.

No falta quien sospeche que se ha operado un cambio en nuestra política.

Los hombres somos mas suspicaces que vosotras: creedme, no ha habido la menor alteracion en el fondo; la forma es lo único que ha sufrido una ligera modificacion.

El tren iba despacio.

El camino era tan hermoso, tan dulces los recuerdos que evocaba para los viajeros, tan encantadores los paisajes, que nada tenia de estraño que los maquinistas, llenos de buena fe, de amor á lo bello y de precauciones para no descarrilar, olvidasen echar carbon, ó lo echasen en pequeñas dósis.

¿Y qué es lo que sucede?

Una cosa muy sencilla. Los viajeros desean llegar, tienen madres que temen, esposas que esperan, hijos que llaman; tienen intereses comprometidos, ansias vehementes, y la mas ligera indicacion ha bastado para que el tren avance con mayor rapidez.

Ya lo veis: las campiñas llegan y desaparecen, los caseríos se pierden en la marcha, el humo es mas negro, casi se ve la llama, porque la caldera hierve; que haya carbon, que el maquinista observe el camino, que el guardafreno oiga atento el silbato de órdenes, que el guarda-aguja no se duerma, y el tren llegará al término del viaje.

Todo es cuestion de pulsaciones.

Despues vendrá el tren de *recreo*: ahora el *exprès*.

Yo bien sé que direis á todo esto que una marcha tan rápida puede ocasionar choques, descarrilamientos, desgracias.

¡Sobre la voluntad del hombre está la voluntad de Dios!

Permanezcamos cada cual en su asiento: unos en primera, otros en segunda, otros en la máquina.

Dejemos á los maquinistas que nos guien, que nos lleven al paso que quieran; corramos como el espatriado al hogar donde espera la familia, el amor, la felicidad.

Todo es preferible á estar en la estacion sin que el tren marche.

El primer efecto de la vida es el movimiento.

Del movimiento brota la idea, la idea engendra el sentimiento, el sentimiento inspira el heroismo, el heroismo brinda la gloria.

El viaje es largo... pero ¡qué importa! Es difícil... pero ¡qué importa!

Oid los rumores sin alegraros ni entristeceros.

Si nuestra causa es justa, triunfará; si halla obstáculos, los vencerá; si muere, renacerá.

Una observacion, y concluyo.

Nuestro tren va de prisa, pero mas corre por opuesto camino el de la revolucion, y delante de él avanza el de la pobre Hacienda.

No seria estraño que, al llegar nosotros á la primera estacion, hubieran terminado aquellos su viaje.

¡Dios sobre todo!

Y creo que basta lo espuesto para llevar la tranquilidad á vuestro espíritu, para evitar dudas, y para prepararos contra las hablillas de los que lo ven todo negro ó todo de color de rosa.

Lo que ha pasado es que se ha abierto la válvula, y el tren se mueve..., pero, lo repetimos, el viaje es largo y penoso.

Dormid, pero no del todo... porque podeis hallar compañeros de viaje que, si os dormís ricos, os hagan despertar pobres.

Sobre todo, guardad muy bien la fe, que es vuestra mejor joya, y no en el saco de noche, sino en el corazon.

JUAN DE LUZ

CAPRICHOS DE LA MODA.

—

IMPRESIONES DE VIAJE.

(Conclusion) (1).

X.

Salimos para Bayona en el *exprès*, y llegamos allá á las once y media de la mañana, y desde luego la primera impresion que en mí produjo la vista de la poblacion fue desagradable.

No sé si será cariño á mi patria; no sé si á vosotras (si habeis salido de España) os sucederá lo mismo que á mí; pero puedo aseguraros que apenas pasé el Bidasoa, me pareció que el sol brillaba menos, que el cielo no era tan puro, y, en fin, que no ofrecia el pais el conjunto de bellezas que presentaba España.

D. Cárlos y Enrique se rieron de mí, y al fin y al cabo convinieron conmigo en que tenia razon, aunque no sé si por galantería solamente.

Pasamos á Burdeos, que me gustó mas que Bayona; pero no espereis, queridas mias, que os vaya describiendo las cosas buenas que ví, y confieso mi pecado, mas con envidia que con admiracion.

Llevábamos cuatro dias de permanencia en Burdeos, y todas las noticias que se recibian del teatro de la guerra eran favorables á los prusianos, lo cual podeis figuraros en qué estado pondria á los franceses.

Eran los últimos dias del mes de agosto, y ya sabeis que cada dia era una derrota para nuestros, en esta ocasion, desgraciados vecinos.

Habíamos salido una noche del teatro, y al llegar al hôtel donde parábamos, observamos un confuso tropel de gente que le rodeaba, dando fuertes voces, y algunos gendarmes que trataban de disolver los grupos, procurando calmar á los mas furiosos.

Retirámonos de allí, esperando que se calmara aquella efervescencia, pues entre los diferentes gritos que oimos á la turbamulta, el que predominaba era el de *Mort aux espagnols! (¡Mueran los españoles!)* y esto acompañado de terribles ademanes.

Dirigímonos á la habitacion de un amigo, emigrado, á pedirle alojamiento para aquella noche; y habiendo encontrado un agente en la calle, le suplicamos nos informase qué motivaba aquel desórden, y á qué causa se debia aquel furor contra nuestros naturales.

(1) Véase el número anterior.

Segun parecia, un jóven español habia imprudentemente provocado la ira de los franceses en una cuestion de café, en la que habia empezado por sostener un frances que su ejército habia ganado la última accion que se habia dado, y el español que la habia perdido; de ahí fue agriándose la cuestion, que concluyó por asegurar este último que se alegraria de que los prusianos tomaran á Paris.

Esto, dicho en público, delante de algunos oficiales del ejército, habia producido el efecto que os podeis figurar; y, una vez escitadas las pasiones, nadie sabe hasta qué punto pueden llegar.

El pobre jóven habia sido herido en la cabeza, y recibido dos ó tres contusiones, llevándole sus amigos á la fonda, y siguiéndole la multitud, que cada vez habia ido en aumento, vociferando y aullando con estrema irritacion.

El semi-motin que siguió á esta escena, produjo en mí el susto que era natural, pues al dia siguiente los ánimos seguian irritados aun contra los españoles, diciendo que nosotros éramos los causantes, y queriendo que los emigrados y los no emigrados pagáramos los desaciertos del gobierno (si tal puede llamarse, que lo dudo) de España y los errores de Napoleon, nos obligó á volver á nuestra patria apresuradamente.

Pero aquí nos esperaba otro susto.

En los últimos dias de agosto habia producido su efecto la *escodada*, que con tanta gracia ha descrito un simpático y elegante escritor en un pasillo publicado en el *Almanaque carlista*, y unos cuantos carlistas ilusos habíanse lanzado á las armas; de modo que cuando llegamos á San Sebastian el último dia del mes, estaban las provincias en estado de sitio, las partidas de tropa circulaban por todas partes, los ferro-carriles parecian fortalezas ambulantes, pues no pasaba un tren en el que no se vieran por las portezuelas roses y sombreros de guardias civiles, y, sobre todo, el telégrafo estaba interrumpido por órden del gobierno, hasta el estremo de que, habiendo querido yo telegrafiar á mi padre para tranquilizarle, me dijeron que, dadas sus opiniones carlistas, era muy fácil que el telégrama, en vez de darle tranquilidad, pudiera proporcionarle alguna persecucion. Contentéme, pues, con escribirle, diciéndole que esperábamos su parecer para volver á Madrid ó quedarnos en las Provincias.

Su contestacion fue que, si los trenes corrian por toda la línea, nos volviéramos á Madrid, y, de lo contrario, nos embarcáramos para Santander, desde donde podríamos regresar con facilidad.

Como yo estaba ya tan cansada de viajes, de incomodidades y de molestias; como los sustos que habia pasado en el mes y medio que llevaba fuera de mi casa superaban con mucho á los goces que habia esperimentado, y como afortunadamente la via estaba espedita, pues los carlistas no trataban de dificultar la persecucion que les hacian destruyendo puentes que eran en otros tiempos obras maestras, para que no vuelvan á reedificarse, ni son tan enemigos de la civilizacion que pensaran en destruir el camino de hierro, determinamos volver por el mismo sitio.

Así lo hicimos; y como los detalles de nuestra vuelta fueron muy monotonos, pues todo se redujo, hasta que llegamos á Búrgos, á ver subir y bajar tropas, lo que nos hacia llegar con gran retraso, omitiré daros cuenta de ellos.

Habíamos llegado con toda felicidad á Pozuelo; ya veíamos en lontananza el anhelado término de nuestro viaje, cuando nuestro tren chocó con otro de mercancías que habia parado á la entrada de la estacion, y que por descuido de un guarda-agujas estaba en la misma via que nosotros llevábamos.

El choque fue terrible, y sus consecuencias harto deplorables.

Ademas del maquinista, que quedó

muerto en el acto, y el fogonero muy mal herido, varios viajeros recibieron heridas y contusiones mas ó menos graves, contándose entre ellos la que os está describiendo los percances de su viaje.

No puedo decir, amables lectoras que hasta aquí me habeis seguido, cómo sucedió aquello: lo que sí puedo aseguraros es que cuando volví en mí, me encontraba en la cama del jefe de estacion, donde un médico de Madrid y Enrique me estaban curando; tenia la cabeza completamente vendada, y el brazo derecho en bastante mal estado, no pudiendo resistir los dolores.

Por fin, algo repuesta del golpe, me trasladaron á una berlina, en la que llegué á Madrid, donde encontré los brazos de mi padre.

Un mes despues, cuando ya estaba completamente restablecida, aunque con una cicatriz en la frente que conservaré toda la vida como recuerdo de mi viaje, me dijo mi padre:

—Vamos á ver; tanta gana como tenias de salir á veranear: ¿qué has sacado de bueno del viaje? Voy á decírtelo: disgustos, no pocos; placeres, muy escasos; algunos desengaños; una cicatriz, sin contar el golpe y el mes de sufrimiento, y algunos miles de pesetas, como quiere el gobierno que digamos, menos en el bolsillo. ¡Cuánto mas te hubiera valido para con Dios y para contigo misma, en vez de ese gasto superfluo, que ninguna falta te hacia, y que tan poco te ha hecho disfrutar, haber empleado ese dinero en socorrer dos ó tres familias necesitadas, cosa que es tan grata á tu corazon? Desengáñate, hija mia; yo que tanto he viajado y que tantos motivos tengo para saberlo, te lo aseguro. No se debe viajar cuando no hay necesidad de ello.

Esto mismo, queridas mias, os digo yo: aprended de mí, y lo que tan sin fundamento empleais en esos viajes de verano que tanto cuestan, empleadlo en obras de caridad; y despues de la bendicion de Dios y las de los pobres á quienes hayais socorrido, tendreis en vuestro corazon la íntima y verdadera satisfaccion que resulta de hacer bien.

CAROLINA P.

BOCETOS CARLISTAS.

—

D. GABINO TEJADO,

SENADOR POR CASTELLON.

Hace ya muchos años que figura en la vida pública, y pocos son los que no le conocen, aunque son mas los que han visto su caricatura que su retrato.

En la política se gastan los hombres, sobre todo cuando no hacen lo que esas mujeres de mundo, que prefieren la química á la vejez.

Acostumbrado á hablar alto sin cuidarse de su auditorio, es uno de los hombres que mas han usado las *verdades del Barquero*; el que mas frescas ha dicho á los políticos con la pluma y con la lengua; y cuando despues de escudriñar su vida privada; cuando despues de aquilatar su talento, se han convencido los vapuleados por él de que no podian hincar el diente ni en su corazon ni en su inteligencia, en vez de decir, como acostumbra el criterio liberalesco: «Es un desdichado publicista y un funesto político, *porque sí,*» le ha combatido con esta lógica: «¿Qué se puede esperar de un escritor que ni es buen mozo de cuerpo, ni guapo de cara?»

Yo recuerdo que una vez proponia el Director de un periódico ministerial á un ministro unionista que confiase un gobierno á un jóven amigo suyo, el cual no tenia mucho de Salomon, pero en cambio gozaba de un palmito digno de Apolo, y de una talla de granadero.

—¡Pero cómo quiere V. que le haga gobernador, decia el ministro, si carece de condiciones!

—Tiene la principal.

—¿Cuál es?

—La facha.

En el sistema *representativo* entra por mucho, como es natural, la *representacion*, y en las comedias solo los buenos mozos hacen de galanes. Los que no lo son, tienen que conformarse con ser barbas, graciosos ó caricatos.

Confesemos, porque ante todo somos imparciales, que el reputado publicista cuyo bosquejo trazamos carece de esas condiciones estéticas que sirven, por ejemplo, para hacer una buena boda, ó para lograr que un sastre nos dé la ropa grátis á cambio de servirle de figurin; pero tambien es preciso confesar que en medio de esa fealdad que le atribuyen, y que los periódicos satíricos han esplotado, logra imponerse

en el Parlamento con su lógica inflexible, y en la amistad con su conversacion siempre animada é instructiva, con la sencillez y la honradez de sus costumbres.

La hermosa tierra de Estremadúra, donde nació, le envió á la corte sazonado; pero de tal manera, que su palabra picante, suele hacer ampollas en la piel demasiado afeitada de sus adversarios.

Discutidor por naturaleza, franco por carácter, sin abandonar los límites de la mas pulida finura dice todo lo que quiere decir y lo que no quisieran que dijera los que le oyen.

Discípulo y amigo de Donoso Cortés, ha sostenido sus doctrinas, ha reñido formidables batallas por el catolicismo, y ha dado con su vida austera un constante ejemplo de no ser el diablo predicador, sino la práctica de sus teorías.

Ha escrito mucho, ha hablado mucho, ha combatido contra el liberalismo como un zuavo; mas aun, como un español de 1808; y despues de haber querido inútilmente que doña Isabel adoptase su política, buscó en D. Cárlos el bello ideal de sus aspiraciones.

Si quereis darle un mal rato, llamadle absolutista en el sentido que el vulgo da á esta palabra.

Verdadero católico, ama la libertad hija legítima del catolicismo, pero recuerda al divino Maestro cuando arrojó del templo á los falsos mercaderes, y siempre tiene el látigo levantado contra los fariseos del siglo XIX.

Vivo, muy vivo, quizás su viveza le perjudica, quizás por eso sirve mas para pelear que para dirigir la batalla; sin embargo, en la última que ha dado á la revolucion en el Senado ha desempeñado á un tiempo y bien las funciones de general en jefe y de soldado de línea.

Hará cosa de un año perdió á su hermano, que le dejó un sobrino, al que quiere y ampara como si fuera su hijo.

Los que no le ven de cerca, le creen implacable en sus enemistades.

¡Error! Perdonar y amar es lo que mas necesita su alma.

Que no nos engañen las apariencias: es el buen bebedor de la mala capa; pero esta capa puede en momentos dados ofrecer á su dueño la satisfaccion de cubrir con ella las miserias de los Loths contemporáneos.

X.

BELLEZAS DE LA RELIGION.

—

Siendo la poesía sagrada la mas bella de todas las poesías, porque la sublimidad de su objeto engrandece las ideas y exalta el entusiasmo del poeta; y ocupando el primer lugar en este género de composiciones los salmos de David, que nuestro ilustrado amigo el Sr. D. Justo Barbagero acaba de poner en elegante verso castellano, creemos que los suscritores de LA MARGARITA leerán con el mismo gusto que nosotros el siguiente salmo epitalámico, que bien puede considerarse como una flor y como una perla margarita entre la numerosa coleccion de variadas flores y preciosas piedras que hermosean y enriquecen el salterio del Profeta-Rey:

SALMO XLIV.

—

Eructavit cor meum verbum bonum...

Mi corazon rebosa
En altos pensamientos:
Consagro mis acentos
Al soberano Rey.
Mi lengua es como pluma
En mano de escribiente,
Que copia velozmente
Palabras de tu ley.

Del hombre entre los hijos
Eres hermoso y sabio;
Gracia vertió en tu labio,
Bendíjote el Señor.
Ciñe ¡oh Rey potentísimo!
Tu espada fulgurante:
Ven, avanza triunfante
Con gloria y esplendor.

Reinarás con justicia,
Verdad y mansedumbre,
Y te alzará á la cumbre
Tu diestra del poder.
Tus saetas agudas
Hieren los corazones;
Numerosas naciones
Te habrán de obedecer.

¡Oh Dios! El Trono tuyo
Por siglos permanece;
Tu cetro resplandece,
Cetro de rectitud.
Amaste la justicia,
Aborreciste el vicio:
Así tu Dios, propicio,
Te ungió con plenitud.

Mirra, y aloe, y casia,
Perfuman tus vestidos;
Recrean tus sentidos
En casas de marfil.
Hijas de Rey tus damas,
La Reina está á tu lado,
Vestida de brocado
Con variedades mil.

Escucha ¡oh hija! y mira,
Y presta atento oido:
Pon tu pueblo en olvido
Y casa paternal.
Que es el Señor, Dios tuyo,
A quien el orbe adora,
Quien de tí se enamora
Con amor celestial.

Vendrán hijas de Tiro
Con dones y rescates;
Del pueblo los magnates
A tus plantas verás.
En medio de sus galas,
De tanta maravilla,
La hija del Rey brilla
Por su modestia mas.

Llevada será en pompa
Al Rey, gozosa y bella;

Vírgenes en pos de ella
En su templo entrarán.
En lugar de tus padres
Tendrás hijos gloriosos;
Príncipes poderosos
En la tierra serán.
Que en siglos venideros
Conserven la memoria
De tu nombre, y tu gloria
Acrezca en esplendor.
Así todos los pueblos
Que el universo alcanza
Cantarán tu alabanza,
Bendecirán tu amor.

JUSTO BARBAGERO.

ECOS DE MADRID.

—¡Lo que yo no comprendo es la influencia que ejerce la mujer en el partido carlista!

De esta manera espresaba su asombro noches pasadas en un elegante gabinete un personaje conservador; y debia serlo, en efecto, porque, á pesar de sus años, estaba bien *conservado*.

Yo le oí, pero no me pareció oportuno contestarle.

Otros se encargaron de hacerlo, esclamando:

—¡Como la Religion es la base de ese partido, y la mujer es religiosa, nada tiene de estraño que influya!

Algo hay de esto, pero no es todo.

Me esplicaré, porque nos conviene esplicar, y muy alto, la razon que nos mueve á ser políticas no debiendo serlo.

El partido carlista recibe para todos sus actos y todos sus deseos la inspiracion purísima de la Religion católica.

Por lo mismo conserva la familia en toda su integridad.

Ahora bien: ¿tiene algo de particular que la mujer, que, gracias al cristianismo, no es una esclava, sino una compañera, se constituya en guardadora de los intereses morales de la familia?

¿No mina la revolucion los lazos de la familia? ¿No aparta la política al hombre del hogar?

Pues tenemos que ser enemigas constantes de la revolucion en general y de la política en particular.

Ahora bien: como nuestros maridos suelen vivir para su familia; como no pasan la noche en el Casino jugando, ó en el club conspirando; como no almuerzan en Fornos, ni escriben su correspondencia en el Congreso, ni tratan los negocios en el café; en una palabra: como viven en su casa y del amor de las personas que los rodean, saben apreciar en lo que valen los consejos de una madre, las advertencias de una esposa, las súplicas de una hija; y como lo que nosotras pedimos es bueno, de aquí nuestra influencia, que es un constante estímulo, un apoyo perenne para cualquiera debilidad en que pudieran incurrir.

Y tengan en cuenta que nosotros, cuando llega el caso, sabemos aceptar toda clase de sacrificios, porque creemos en Dios, y tenemos lágrimas para llorar y resignacion para sufrir.

***

¡Qué semana la última!

Madrid se ha inundado de forasteros; pasan de 40,000 los que han llegado, y entre ellos no pocos amigos nuestros, que han venido á ver de cerca la Torre de Babel para afirmarse mas y mas en sus creencias.

La romería á San Isidro ha sido animadísima, y afortunadamente escasos los disgustos proporcionados por los abusos gastronómicos.

No se pueden quejar los viajeros: Madrid ha hecho todo lo posible para divertirlos.

Les ha ofrecido la romería del Santo Patrono de la corte; una corrida de toros, cuyo principal objeto ha sido que los forasteros conozcan á D. Amadeo, colocado en el cuadro mas nacional que ha quedado en España; y para que nada faltase, hasta les ha proporcionado el espectáculo de una crísis, iniciada, discutida y empastelada con toda la maestría parlamentario-representativa-constitucional que puede pedirse á los señores revolucionarios.

Esto no estaba en el programa; pero bien puede considerarse como un obsequio á los forasteros, y sobre todo á los portugueses.

Y, á propósito..., amigas; los lusitanos deben haber quedado satisfechos.

La prensa liberal y conservadora les ha preparado una verdadera ovacion. Ha habido comisiones para recibirlos, para servirles de *cicerones*, para prepararles un banquete, y para despedirlos.

La comida se celebró en el palacio del ayuntamiento, y menudearon los bríndis y los abrazos morales.

Tambien hubo versos muy pintorescos.

Manuel del Palacio habló del alma, y Santistéban supuso que, de vivir en nuestra época, San Isidro seria federal.

Lo mas estraño es que para el banquete tuvo España que pedir su cocina á Francia.

Hubo *consommé printanier*, *croutades a la chasseur*, *saumon à la Chambord*, *filets de bœuf*, *cailles en caisse*, *cotelettes de pigeon*, *dindoneaux*, *asperges*, etc.

Los anfitriones debian al menos haber traducido la lista, para que los comensales no se creyeran en el estranjero.

¡Pues qué! ¿no hay en España *salmon*, *chuletas*, *solomillo*, *pichones*, *codornices* y *espárragos?*

¡Pues qué! la cocina española, ¿no es presentable á los estranjeros?

***

Se me olvidaba: tambien ha ofrecido el

ministro de Hacienda á los forasteros el espectáculo de la Hacienda española, que es lamentable, segun la franca declaracion de S. E.; y casi al mismo tiempo siete señores diputados han pedido á las Cortes que voten una pension de 12,000 duros anuales en favor de la viuda del general Prim, que es rica, que cobra 6,000 duros por acuerdo de las Constituyentes, y que de seguro no aceptará la *generosidad* de que quieren hacerla objeto sus amigos, contando con el presupuesto.

¡Se ven unas cosas...!

Bien es verdad que, para consolarnos, hemos podido leer el Manifiesto del Conde de Chambord. ¡Qué lenguaje tan sincero y tan digno! Es la voz del ángel salvador de Francia, y no tardará en ser la voz de esa nacion desventurada buscando su salvacion en las fuentes del bien: la Religion y la legitimidad.

***

Al fin he recibido algunas noticias del casamiento del augusto Príncipe D. Alfonso con la Princesa doña María de las Nieves; pero no todas las que yo esperaba.

La ceremonia se verificó en un castillo de Baviera, y asistió á ella gran número de representantes de las Casas reales de Europa.

No faltaron tampoco Grandes de España y Portugal, identificados con la causa legitimista en ambos paises.

Los desposados, dignos del brillante porvenir que les espera, llegaron á Gratz el dia 6 del actual, despues de haber hecho en Viena las visitas de etiqueta y de haberse despedido de sus augustos tios.

«La jóven princesa, dice una carta, cautivó, no solo á la escelente Archiduquesa María Beatriz y á los demas que forman su comitiva, sino tambien á los habitantes de la mencionada capital que tuvieron la dicha de verla.

»Los recien casados ocupan su casa, cerca de la de su santa madre. Casi todos sus dependientes son españoles. Ademas de don Manuel Echarri, y del hijo del marques de la Romana, sirven al príncipe tres zuavos que pertenecieron á su compañía. La condesita de Flores, hermana de las dos jóvenes dignísimas que acompañan á la esposa egregia de Cárlos VII, ocupa el mismo puesto al lado de la nueva infanta española.

»El dia 10 obsequiaron con una comida española á su augusta madre, prototipo de princesas católicas, en celebridad de sus dias. Ademas de las personas mencionadas, fueron invitados el respetable general don Luis de García Puente, modelo de lealtad y de consecuencia, como tambien los escelentes condes de Galvany.»

Hasta aquí las noticias de la carta: he oido decir que muy en breve piensan los egregios príncipes visitar en el Bocage á doña Margarita.

Y por cierto que no os he referido un suceso tristísimo acaecido á la señora. Hace algunos dias que surcaba en una góndola el lago de Ginebra, acompañada de la señorita de Arjona y de una de las de Casa-Florez; de pronto estalló una de esas tempestades tan frecuentes en el lago, y una familia suiza que iba en otra góndola cayó sumergida con la embarcacion en el fondo del agua, sin que los esfuerzos que se hicieron bastasen á salvarla.

El mismo peligro corrieron doña Margarita y sus damas, cuya pena al presenciar aquella catástrofe fue inmensa. Por fortuna los remeros eran diestros y fuertes, y la ilustre Princesa pudo llegar sana y salva á la orilla.

Hallándose en estado interesante, el susto podia haber producido fatales consecuencias. No fue así: su salud ha sido y es inmejorable. La Providencia vela por ella.

Los Príncipes, segun mis últimas noticias, están hermosísimos. D. Jaime va á cumplir once meses el 27 del actual, y está muy grueso y muy saludable. Doña Blanca, que tiene ya dos años y ocho meses, representa lo menos cuatro años. Jamás se apartan del lado de la señora, que los cuida con tierna solicitud, y educa su corazon para el bien. Doña Blanca empieza á hablar el español, primer idioma que ha oido en torno suyo.

En lo sucesivo procuraré informarme de todo lo que pase cerca de nuestra augusta Princesa para satisfacer el vivo deseo que manifiestan todas las lectoras de vivir algo de la vida de lo que mas aman en el mundo.

ESPERANZA.

MARGARITAS.

—

La mujer se eleva mucho mas que el hombre en la grandeza moral: no existe virtud, amor ó heroismo en el que no le aventaje. (FEUILLET.)

Todo lo que es vicioso en su orígen, es pernicioso en su progreso. (CICERON.)

La paz tiene sus victorias, y estas no son menos importantes que las de la guerra. (MILTON.)

El secreto de vivir mucho tiempo, consiste en vivir lentamente. (HUFELAND.)

Bástale á la mujer la conviccion de ser perfectamente amada para ser enteramente feliz. (MAD. STAEL.)

MADRID, 1871. — Imprenta de *La Esperanza*, á cargo de D. A. Perez Dubrull, Pez 6.



LA MARGARITA.

ALBUM DE LAS SEÑORAS CATOLICO-MONARQUICAS.

AÑO I. 28 MAYO 1871. NÚM. 9.°

LA SITUACION.

Nunca con mas razon que estos dias ha podido llamarse el Congreso la verdadera representacion, si no del pais, al menos del estado del pais.

Las sesiones dedicadas, no á la discusion de la proposicion tiránica de un demócrata, sino al pugilato entre la mayoría y las oposiciones, han sido el resúmen, el índice, la síntesis de la revolucion.

Lo que allí ha visto España es el reflejo de lo que pasa en su seno.

¡Soberbia situacion!

Seguramente esclamarán los pueblos, que son muy bonachones, al saber que los padres de la patria han pasado diez y seis horas en la Cámara sin separarse del enfermo:

—¡Pobrecillos! ¡Qué sacrificios hacen por nosotros!

Tranquilícense las almas piadosas.

Un aprovechado fondista convirtió en comedor uno de los salones del Congreso, y allí fraternizaban, bajo la influencia de suculentos manjares, los que, entre bocado y bocado, abandonaban la mesa para ir á votar cuando la campanilla los llamaba á cumplir su deber de ministeriales.

Tal es la situacion.

El drama sigue su curso, los espectadores, muy interesados en el desenlace, sufren; pero los actores comen, y al oir los aplausos de la *claque*, creen en el entusiasmo de los estómagos agradecidos que aplauden, y no se cuidan de los ayes que exhalan los pechos, ni de las lágrimas que vierten los ojos.

Pero ¡ay! no son tan felices como parecen.

Su conciencia les habla á todas horas, y no se atreven ni á dormir, porque temen el despertar.

Asaltados en el insomnio por terro-

ríficas visiones, como lady Mackbeth, para engañarse á sí propios, mudan las guarniciones, cambian los mandos, mueven la policía y rinden culto á la diosa habilidad.

¿Los veis alegres? Pues su alegría es una máscara de la incertidumbre en que viven, del remordimiento que los devora, del temor que los asedia.

¿Los veis tranquilos? Pues su tranquilidad es una máscara de la agitacion, de la fiebre que los consume.

Ellos saben muy bien lo que han hecho.

Aunque asistan á continuos banquetes y busquen en los manjares el aturdimiento que produce el apetito satisfecho, y en el vaporoso vino el olvido de los pesares, su digestion es siempre difícil.

Cuando las luces del festin se apagan; cuando el hombre, bajo el dominio de la gula, deja de ser inteligencia para ser todo cuerpo, el alma, como los fuegos fatuos que se desprenden de las cenizas que encierra el sepulcro, separándose de aquellos miembros enervados, abandona la estancia de la orgía, vuela, y ve...

¿Quereis saber qué es lo que ve?

Pues ve, al resplandor siniestro de las hogueras que consumen todas las glorias y todas las riquezas de Paris; ve, repito, á favor de esa llama siniestra, la obra de todos los revolucionarios del mundo, que es su obra en España.

Ve destronados por su impía mano á los soberanos legítimos, y los ve fuertes con su derecho cuando la revolucion, ebria de sangre y hastiada de ruinas, sufre, como los glotones, porque ya no puede devorar mas.

Ve el trono mas antiguo del mundo cobardemente usurpado, la Iglesia católica inicuamente perseguida, y aprisionado el Sumo Pontífice.

Ve las entrañas de Francia sembradas de cadáveres, y oye, mezcladas con los gemidos del dolor, las maldiciones que fulminan las madres sin hijos, los hijos sin padres, las esposas sin esposos.

Ve al derecho triunfante en las alturas de la capital del mundo civilizado, representado por Prusia, contemplando á la revolucion conservadora y á la revolucion demagógica devorarse una á otra.

Volviendo horrorizada el alma errante, el alma en pena, al seno de su patria, ve iglesias destruidas, fortunas arruinadas, la piedad perseguida; al pobre destruyendo la caridad, al jornalero destruyendo el capital, al hombre de bien postergado, á la Hacienda perdida, al pais entero esquilmado, herido, desesperado y acechando el momento de castigar á los que le han engañado para encumbrarse sobre sus hombros; á los que han halagado sus pasiones para debilitarle, á los que le han robado la fe y la esperanza.

Y entonces es cuando, en su delirio, se figura que los regimientos van á sublevarse en contra suya; cuando cree adivinar en el ceño del sargento ó del oficial, que conspira; cuando los paquetes de chocolate se le figuran cajas de municiones; cuando, desesperada, todo lo atropella, y se hace opresora y tiránica, y se ciega para perderse mas pronto.

¡Ah, revolucionarios...! vuestro último festin se acerca; cuando el enfermo no encuentra una postura que alivie su malestar, es que le llega la última hora.

No son los partidos, como suponeis, los que han de levantarse amenazadores contra vosotros; es vuestra conciencia la que os asusta; es vuestra obra, que, amasada con barro, se mueve y está próxima á desplomarse sobre vuestras cabezas.

La situacion que os intimida vosotros la habeis creado.

Poco á poco habeis hollado los derechos mas legítimos, los intereses mas sagrados y las quejas han formado el odio, como el vendaval, agitando la nieve, forma la avalancha.

No son solo los hombres vuestros enemigos; son las mujeres, á cuyos sentimientos habeis atentado; son los niños, á quienes habeis dejado huérfa-

nos de religion y de enseñanza; es el mismo pueblo, que ve que sois peores que aquellos á quienes arrojásteis, pidiendo á la nacion que santificara vuestra rebeldía.

Y los hombres, y las mujeres, y los niños, y el pueblo, unidos á vuestra conciencia, que la teneis, aunque no lo creais, son esos fantasmas que turban vuestra digestion.

Ellos, no con fusiles ni con pólvora, pero formando el sentimiento público, son vuestro torcedor y vuestro castigo.

Hay algo que puede mas que un general y que un banquero; algo que puede mas que todos los conspiradores y todos los ejércitos, y ese poder es el que ha triunfado del formidable imperio materialista, el que ha anonadado á la nacion de la gran esposicion de 1867.

El Rey de Prusia le nombró al ganar la primera batalla: se llama la *Providencia.*

Sus actos tienen tambien un nombre: la *Justicia.*

JUAN DE LUZ.

EL PARLAMENTARISMO

AL ALCANCE DE TODOS.

Tiempo es ya de desenmascarar por completo á ese pícaro revolucionario, que ha dado á los pueblos modernos mas guerra que Napoleon.

Nada tiene de estraño que al presentarse por la primera vez á los hombres, los fascinara.

El les decia:

—Señores: el poder de un Rey es tiránico; es preciso oponerle una cortapisa, y esa cortapisa soy yo. Vereis qué bien lo arreglamos. En primer lugar, el Rey reina, pero no gobierna.

—Es decir, no hace nada.

—¡Vaya si hace! Se divierte, cobra el sueldo, firma como en un barbecho; y si salen las cosas mal, echa la culpa á los ministros.

—¡Bonito oficio!

—¡Ya lo creo! Por eso se han dedicado tantos á la carrera de Reyes democráticos.

—¿Eso es carrera?

—Al principio no, pero al fin, sí...

—¡Ya...! Prosiga V.

—Decíamos que el Rey reina, pero no gobierna.

—¿Pues quién gobierna entonces?

—Los ministros y las Cortes; esto es, los ministros mientras cuentan con el apoyo de los representantes del pais, ó consiguen que el Rey, á pesar de no gobernar, mande las Cortes á paseo y deje en sus poltronas á los ministros.

—¡Pues eso es el poder absoluto... de los ministros!

—¿Y dónde me dejan Vds. la Constitucion?

—¿Cuál?

—La que rija.

—¡Toma! Con el apoyo de las Cortes ó la benevolencia del Rey, pueden infringirla cuantas veces se les antoje.

—Es que son responsables.

—No lo dudamos; pero figúrese V. que un ministro ó un gobierno hace una atrocidad, las Cortes no la aprueban; el gobierno presenta su dimision; el Rey no la admite; disuelve las Cortes, son convocadas otras; las gracias se reparten á manos llenas entre los electores; los que no ceden al favor se doblegan al miedo; vienen otras Cortes, y absuelven al gobierno: ¿quiere V. decirme qué diferencia hay entre la responsabilidad ministerial y la carabina de Ambrosio?

—Ninguna; pero son pocos los que saben todo eso, y es lo mas fácil del mundo fascinar al pueblo, diciéndole: "Ven, ciudadano: ya no eres un pária; tienes derecho á votar el candidato ministerial; él, representándote, influye en los destinos del pais... pescando los que puede, y haciendo... lo que al gobierno le conviene. ¿No es esto preferible á que un Rey reine y gobierne, disponiendo, con arreglo á la ley y á la justicia, eso sí, de la suerte de sus vasallos? En el sistema representativo, cuya forma concreta, el par-

lamentarismo, soy yo, al menos parece que los pueblos influyen.

"¿Y qué importa que los agentes electorales tiendan un lazo á los electores, les ayuden á infringir la ley, y luego les digan: ó votas *espontáneamente* al candidato ministerial, ó te forman causa? ¿Qué importa que las elecciones perturben la tranquilidad de los pueblos, roben brazos al trabajo para dar cuerpos ociosos é inteligencias nulas á las oficinas, siembren en las familias luto y lágrimas, y conviertan en horrible infierno la decantada paz de las aldeas? ¿Qué importa que los diputados imiten á los electores que han doblegado su derecho y su voluntad para elegirlos, y sean mansos servidores del gobierno que manda? ¿Qué importa, por último, que el gobierno ejerza un verdadero despotismo si se presenta en un escenario pintoresco con la máscara de la libertad, y gracias á una porcion de fórmulas de guardaropía, hace lo que le conviene con las apariencias de la legalidad?

"Desengañaos, amigos mios, proseguia diciendo el Parlamentarismo: yo soy lo mas cuco del mundo. Venid á mí los que sabeis hablar, los que teneis talento para hacer de lo negro blanco, y vice-versa; formemos entre todos una sociedad de socorros mutuos; mejor aun: una sociedad de crédito como esas en las que los imponentes pierden, y ganan los administradores y los que los vigilan. Conmigo podeis hacer del voto que os dan los pueblos una vara mágica que nada os negará; nada mas fácil para vosotros que aparecer en público como guardianes de los intereses de vuestros electores, sin perder la gracia del gobierno, porque, con avisar á S. E., os poneis de acuerdo con él, hablais gordo, el ministro os contesta, y dicen de vosotros en el distrito: "Aunque no logra nada, se las tiene tiesas al gobierno." En una palabra: vuestra mision es decir á todo *amen*, y en cambio disfrutais del presupuesto, podeis auxiliar con vuestras noticias á los jugadores de Bolsa, os codeais con los que mandan, entrais á todas horas en los ministerios, conseguís que se despachen todos los espedientes que os interesen, adquirís posicion, y podeis, haciendo un cuarto de conversion, dejar al gobierno que cae para seguir gozando de los favores del gobierno que se levanta.

"Con los demas sistemas, solo el talento triunfa: con el mio, la astucia, la habilidad y la poca aprension, bastan.

"Para mayor comodidad vuestra, yo haré que, añadiendo el adjetivo *político*, no os podais ofender cuando os acusen de falta de pudor... *político*, de vergüenza... *política*, de probidad... *política*.

"Venid á mí, que no he de durar mucho; pero, entre tanto, podeis haceros importantes, ser ministros, siquiera sea para cobrar la cesantía, y vuestro trabajo estará reducido á hablar... á hablar por los codos."

Así habló hace años el Parlamentarismo, y, gracias á él, sostiene la nacion una porcion de eminencias políticas, de notabilidades parlamentarias.

Gracias á él, los pueblos están como saben mis lectoras: las fuentes de la riqueza pública, convertidas en pesadas contribuciones; la ley, en letra muerta; la justicia, en favor, y la tiranía disfrazada de soberanía nacional.

Gracias á él, los gobiernos no han podido hacer otra cosa que descubrir conspiraciones ó sufrir sus efectos, que estender credenciales ó defender sus carteras en las Cortes de los ambiciosuelos que las han codiciado.

Gracias á él, tenemos numerosos partidos, jefes de fraccion, ninfas Egerias de gobiernos, *leaders* de mayorías, muñidores de elecciones y un presupuesto desnivelado, una intranquilidad continua, un desórden crónico, y una Deuda flotante que engruesa la fortuna particular y deja escuálida la pública.

Pero tambien le debemos una espe-

riencia preciosísima, y hoy son muy pocos ya los que no le conocen y le detestan.

Un etimólogo dice, y dice bien, que *Parlamento* se forma de las dos palabras *parla* y *miento*; razon por la cual la ciencia parlamentaria es aquella que oculta la *verdad* con la *charlatanería*.

Ahora, para terminar este bosquejo, y para que comprendais mejor lo que es el parlamentarismo, me valdré de un símil.

Figuraos la casa de un soltero dominada por un ama de llaves. Esta señora necesita halagar á los criados para que no la malquisten con el amo, y dominar al amo para hacer su negocio.

Que el soltero quiera casarse; el ama empleará todos los medios, hasta los mas inicuos, para evitar el funesto consorcio.

La esposa le horripila.

Entrar esta por la puerta y salir aquella por la ventana, es todo uno.

Pues bien: el soltero es el Rey constitucional; el ama de llaves, el gobierno parlamentario; la servidumbre, los Cuerpos colegisladores.

¿Quereis decirme dónde hay un ama de gobierno que no haga su negocio?

Otra pregunta, para concluir: ¿qué casa está mejor: la que gobierna la mujer legítima, ó la que está en poder de un ama de llaves?

Prefiero *ver* á *oir* vuestra respuesta.

JULIO NOMBELA.

DULCE VENGANZA.

Sobre la mullida alfombra
del verde césped florido,
poblando alegres los aires
con sus inocentes gritos,
juegan en dulce consorcio
una niña, junto á un niño,
y á pocos pasos, sentada
bajo la sombra de un tilo,
está su madre, gozando
con su infantil regocijo,
como el pastor goza viendo
triscar á sus corderillos,
como goza el ángel bueno
arrancando un alma al vicio.
Mas de pronto presurosa,
con los bracitos tendidos,
corre la niña á su madre,
buscando en ella un asilo,
porque su iracundo hermano
quiere pegarla, en castigo
de que trepando anhelantes
por un agreste arbolillo,
para ver si entre sus ramas
encontraban algun nido,
llegó la niña primero,
haciendo escalon del niño,
que cayó sobre la yerba
rodando sin conseguirlo:
y para vengar su afrenta,
en ira el rostro encendido,
con una piedra en la mano
la persigue vengativo.
La madre entonces terciando
en el infantil conflicto,
reparte sus tiernos besos
en las frentes de sus hijos,
y estrechando entre sus brazos
al rapazuelo ofendido,
le dice así, con acento
entre severo y solícito:
«Arroja al suelo esa piedra,
abre tu mano, hijo mio,
y en lo que voy á decirte
mira un elocuente aviso.
Al cogerla, una violeta
que germinaba á su abrigo,
huyendo, como los buenos,
de la luz y del bullicio,
has arrancado iracundo
sin repararlo tú mismo.
Y en cambio, la pobre flor,
¿cómo venga tu delito?
Solo un tesoro tenia:
su aroma delicadísimo,
y al morir con él perfuma
la mano de su asesino.
Así se vengan las flores:
¡no lo olvides, hijo mio!»

FRANCISCO MARTIN MELGAR.

BOCETOS CARLISTAS.

D. JUAN VIDAL Y CARLÁ,

DIPUTADO POR SORT (LÉRIDA).

¿En qué consistirá que siendo profundamente católico y entusiasta carlista este diputado, que es eclesiástico tambien, se complacen en conversar y discutir con él los republicanos, y hasta los radicales de la mayoría?

La esplicacion es muy sencilla.

¿Podeis imaginaros un talento clarísimo, un corazon magnánimo y una sencillez purísima? Pues estas tres cualidades adornan al Sr. Vidal y Carlá, y como dice lo que siente y lo dice bien, y por añadidura lo que siente es la verdad, y su lenguaje carece de pasion, y su palabra está siempre saturada de las máximas del Evangelio, los incrédulos se acercan á él para admirar la fe, con la sorpresa del niño que se acerca al espejo sorprendido; y á la admiracion sucede el afecto.

No es posible tratar al Sr. Vidal y Carlá sin quererle.

Y no creais: á pesar de su carácter, discute con energía, como el que está seguro de tener razon, y no cede ni da cuartel á los sofismas.

Como lo que tiene en el alma es bueno, no lo oculta.

Poco le importa que su interlocutor sea grande ó humilde: la única diferencia que encuentra es la verdad ó la mentira.

Póstrase ante la primera: combate á la segunda con la fe del templario y con la abnegacion del misionero.

Dotado de una viva imaginacion, y todo él de cristal, refléjase su genio vivo en sus ojos, en sus facciones, en su boca, en su cuerpo, en sus manos.

Es uno de esos hombres que no pueden pasar desapercibidos, que los ve uno aunque no quiera.

La Religion primero, la legitimidad despues, le hallan siempre dispuesto á aceptar todo género de sacrificios.

Estimulado por estos sentimientos, jamás siente el cansancio, jamás desfallece.

Su actividad la comunica instantáneamente á cuantos le rodean.

Ilustrado, pero con una ilustracion sólida, escribe con la facilidad y la belleza de estilo del mas correcto novelista.

En breve tiempo ha escrito una obra que hará eterna su fama; el *Libro de los Reyes* se titula, y está en publicacion.

Leedlo, que despues de lo que vemos hace falta volver los ojos á los buenos tiempos de la Majestad.

El Sr. Vidal y Carlá podrá tener escasamente de treinta y ocho á cuarenta años.

Es doctor en teología, y podria á estas fechas por su mérito ocupar un puesto distinguido en la gerarquía eclesiástica.

Prefiere su curato, sus feligreses, sus oraciones, sus estudios y sus paseos por las montañas de su pais.

—Cuando veo á hombres rectos y honrados, decia hace poco, incurrir en debilidades apenas ocupan puestos importantes, pido á Dios que me deje siempre en mi modesta posicion.

Y en otra ocasion añadia:

—La ambicion es el demonio que, valiéndose de halagos, penetra en nuestra alma. Dominarla es alcanzar la mejor dicha de la tierra.

Por último, y este rasgo le retrata mejor que todos:

—¿Cuál es el mayor deseo de V.? le preguntó uno de sus mas afectuosos amigos.

—Besar la mano en el Palacio de Madrid á D. Cárlos y á doña Margarita, y retirarme á mi iglesia á pedir á Dios que labren la felicidad de los españoles.

¡Aprended, diputados revolucionarios!

X.

Á SUS ALTEZAS REALES

el Príncipe D. Alfonso de Borbon y Austria de Este y la Princesa de Portugal doña María de las Nieves Isabel de Braganza.

—

EPITALAMIO (1).

¿Cómo cesaron de la madre España
Las querellas y lúgubres gemidos
Que lanzara en la guerra desastrosa,
Do sus mejores hijos perecieron,
En un lago de sangre sumergidos
Por otros hijos pérfidos, que insanos
Escándalo y baldon al orbe fueron...?
¿Es que, bramando la Discordia impía,
Huyera en raudo vuelo,
Por la desolacion del patrio duelo,
Del orco ardiente á la caverna umbría?
¿Por qué, si no, de purpurinas flores
De Iberia se corona el mustio suelo
En la estacion del hielo
Que la oprime con ásperos rigores?
Es que la de Himeneo antorcha pura
Colma el júbilo ibero-lusitano,
Al enlace ostentoso
Del amor, la virtud y la hermosura.
Y apenas de Maguncia el Pastor santo (2),
De Sion impetró los almos dones
Para el místico lazo venturoso,
La Fama, desde Mein al Manzanares
Volando, de la Europa los confines
Llena con sus clarines
De júbilo en armónicos cantares.
Son cánticos de amor y complacencia
Que dos pueblos hermanos
Envian á la clara descendencia
De los Cárlos, Alfonsos y Filipos,
De dos mundos un tiempo soberanos.
De horrendo cataclismo en ocho lustros,
Las de Luso y Tubal bellas regiones,
Bajo escombros sangrientos destrozadas
Por el genio del mal que os atormenta,
Deponed esos fúnebres crespones
Que os enlutan las frentes desoladas
De la impiedad por la opresion violenta;
Y lanzando al Leteo
De grandezas y gloria el bien perdido,
Gozad, en pos de la tristura y duelo,
Con Alfonso y María,
En tan solemne dia,
El don mayor que recibís del cielo;
Prole real que del Olimpo al mundo
El Hacedor envia soberano
En consuelo á tamaña desventura.
Lució, por fin, la sonrosada aurora
De sol mas claro, á Hesperia, y la esperanza,

(1) El argumento se ha tomado de *La Esperanza* y de *La Tradicion*, periódico de Leon.
(2) El Illmo. Sr. Obispo de Maguncia, que autorizó el acto.

Como sereno el íris, que colora
Las lises de Borbon y de Braganza
Del príncipe que guarda el Vaticano,
Escudo de la Esposa del Cordero,
Que de sacro laurel orla su frente,
La rosa lusitana,
Bella como Diana
En su carro de nácar esplendente,
Era de Alfonso la mejor corona.
¡María de las Nieves!! El encanto,
Al par que de Minerva insigne alumna,
de una Reina inmortal es digna prole
Que atesora en su nombre sus virtudes.
De amargura letal término al lloro
Del Hímen ante el sol radiante y puro,
Horóscopo seguro
De ventura, y de paz rico tesoro.
Es consolante al corazon hispano
Ver al tronco real de los Borbones
Cuál ostenta dos vástagos nacientes,
Elevándose unidos,
Como suben los pámpanos floridos
Por el olmo que adornan con sus dones.
Tal de Ibaria con gloria y venturanza
La virtud y el valor en dulce lazo
Hizo brillar, en bien de nuestra gente,
El ángel de los cándidos amores,
Como crece la vid al cedro unida
Y al tulipan la reina de las flores.
Si grato es recordar en la bonanza
Las pasadas tormentas y rencores
Del proceloso mar de la política,
Que hundiera en el averno
La patria de Pelayo y de Ramiro,
Suscitando las iras del Eterno.
Cuando Thémis al cielo se volvia,
Por no ver los desórdenes astrosos
De la negra traicion que la envolvia....
Más grato es columbrar en lontananza
Del Olimpo los plácidos fulgores,
Que abren el pecho hispano á la esperanza;
Por la insólita pompa y los honores
Que Lowenstein espléndidos recibe
De la Europa monárquica, homenage
Cual de amor á los príncipes emblema.
¡Es ella! En su semblante peregrino
Brilla con el germano
El genio lusitano,
Pura centella del saber divino.
Si en lo futuro investigar es dado
Al mísero mortal ¡cuán altos dones
Reserva el cielo á la feliz Península!
Cuando súbito el sol sobre la márgen
Del Rhin pára su carro esplendoroso,
De la pompa nupcial enamorado,
Viendo de Cárlos Sétimo en Alfonso
Baluarte á la Corona diamantino,
Cual cumple al campeon del Vaticano,
Gloria de Iberia, en porvenir cercano.
Ya las ninfas del Tajo majestuoso
Por el golfo cantábrico llevaron
A la Infanta sus plácemes y amores;
De la márgen del Duero al Elba undoso
El júbilo germano
Respoude al lusitano,
Cantando del amor el triunfo hermoso.
Y no solo de amor la dulce prenda
Estrecha con su vínculo Himeneo,
Que tambien Isabel un lauro de oro
De Apolo conquistara en el liceo...
Sobre base tan firme se levanta
De la justicia eterna el gran trofeo,
Del crímen liberal sobre las ruinas
Que anegó en sangre los iberos campos,
Para expiar, bramando, sus errores
Del Tártaro sombrío en los ardores.
Cárlos y Jaime, Margarita y Blanca,
Y los que Europa atónita hoy admira,
De la Cruz así gocen á la sombra
Veinte lustros, en tanto, de ventura;
Y en luenga sucesion brillen sus nombres,
El aura respirando de la gloria
En las páginas de oro de la historia.

D. Hevia.

ECOS DE MADRID.

¡Estoy horrorizada, y seguramente participareis de mi horror!

Cuesta trabajo creer en las noticias que comunica el telégrafo, y sin embargo son ciertas.

Un humo denso se estiende sobre Paris, sobre la ciudad atea y materialista; y aquellos escépticos, aquellos egoistas, contemplan su castigo al resplandor siniestro de las hogueras que convierten en ruinas el palacio de las Tullerías, los museos del Louvre, el Luxemburgo, el Hôtel de Ville, los ministerios, el palacio de la Legion de Honor y otros edificios suntuosos, teatro ayer de las solemnidades de un imperio grandioso que tenia podrido el corazon.

Figuraos por un momento, mis queridas lectoras, esas escenas de esterminio, de sangre y lágrimas, de luto y desesperacion; pensad en el castigo que sufren, no solo los reos, sino sus consentidores.

Hará pronto cuatro años que Europa entera corrió á admirar la gran esposicion universal de Paris.

Víctor Hugo y sus discípulos escribieron un libro que era la apoteosis de aquella ciudad, cerebro de la Europa, capital del mundo civilizado, como la llamaban los que, deslumbrados por las apariencias, no veian que aquel ropaje encubria el cáncer asqueroso que ha producido su muerte.

Y nosotras, preciso es confesarlo, tambien éramos cómplices. Ir á Paris constituia nuestro mas vehemente deseo. Teníamos fijos los ojos en la moda, que desde allí, estendiéndose por todo el mundo, minaba la familia, corrompia las costumbres y prostituia la sociedad.

Pagados todos del falso brillo, del artístico efecto de todo lo que de Paris procedia, nuestra aristocracia derramaba en aquella ciudad el oro á manos llenas, y tomaba criados franceses y arrinconaba los objetos de la industria y el arte español para adornar los salones con los productos de una fantasía estraviada, con los caprichos de un arte que solo buscaba pasiones y debilidades para halagarlas.

Los libros franceses llevaban á todas partes la semilla de la depravacion, engalanada con la novedad del estilo, con la viveza de la frase, con la satisfaccion del chiste.

Napoleon, como esos tutores que sacrifican el deber al egoismo, permitia á su pueblo, á sus pupilos, todo género de libertades; mas aun: les permitia embriagarse con los goces materiales, con tal de que no le pidieran cuenta de su conducta.

Cuando tenia fuerza, era injusto y tirano por solo encubrir las miserias de su ambicion con la aureola de una gloria ensangrentada; cuando tenia que oprimir á los partidos, permitia todas las aberraciones

de la inteligencia, y condecoraba á Renan despues de negar este hombre impío la divinidad del Salvador.

Tantos crímenes, tantas iniquidades necesitaban una expiacion tremenda, y desde hace diez meses viene sufriendo Francia el castigo mas grande que registra la historia.

¡Qué elocuente leccion!

¡Ah! nosotras debemos aprovecharla, y, valiéndonos de nuestra influencia, apartar de la senda de perdicion á nuestros esposos y á nuestros hijos, á nuestros hermanos y á nuestros padres.

Y ¿sabeis cómo? Sí; lo sabeis: conservando á toda costa en su alma el sentimiento religioso, renunciando á los goces del amor propio, á los caprichos de la imaginacion estraviada, enseñándoles á amar la justicia, á dominar la soberbia, á proteger al débil, á que todos sus actos se inspiren en la caridad cristiana.

Nosotras en todas las esferas, en todas las posiciones, podemos conseguir este triunfo, que nos evitará los horrores que han presenciado nuestras hermanas de Paris, los dolores que han sufrido, la viudez ó la orfandad en que se hallan, el luto que hoy visten, la desolacion en que se encuentran.

Y tenemos que emprender pronto este trabajo; los combustibles hacinados en Paris pueden estenderse por Europa; las chispas del incendio pueden venir á España.

***

Lo que sucede fuera, apenas nos deja apercibirnos de lo que ocurre dentro, y sin embargo, no estamos bien: nuestra propia conciencia nos hace presentir sucesos graves, y los actos del gobierno confirman estos presentimientos.

Las guarniciones se cambian con rapidez; todos los que nos hablan y los periódicos ministeriales anuncian como próximas insurrecciones, luchas... ¡Válganos Dios! ¡Que siempre hemos de vivir sobresaltadas!

Y no hay duda: lo que nos cuentan los que van al Congreso son síntomas precursores de tempestad.

Nuestras ideas están allí bien sostenidas; los jóvenes diputados luchan como héroes; el conflicto vendrá, y solo Dios sabe quién podrá ver el arco íris, y quién sucumbirá herido por el rayo; pero entre tanto, ¿no merece fijar la atencion nuestra angustia? Estos hombres que abusan de la paciencia de los buenos, que tiranizan á los que oponen á sus ideas disolventes la tradicion y el derecho, y á su impiedad la religion, ¿no tienen madres ó hijas, esposas ó hermanas?

Y si las tienen, ¿no escuchan sus lamentos? Porque, no hay duda: en esas luchas que traban los partidos, no son los que sucumben los que mas sufren; ¿y sus familias? ¿Y los que no tienen mas amparo que el suyo?

***

Quisiera buscar otro asunto para distraer vuestro ánimo, y no lo encuentro... ¡Ah, sí...! Fijad los ojos en Gratz, donde reside la santa madre de D. Cárlos. Allí se espera, de un momento á otro, una gran alegría. Hoy aquella señora ve acercarse la hora de la justicia, y espera en la felicidad de su hijo. Hoy ve á su lado á D. Alfonso, unido á una princesa modelo de virtud, verdadero ángel de su familia, y para colmo de dicha confian los què viven de la ventura de doña Beatriz, que muy en breve cesará la única pena que ha tenido siempre, y volverán para ella dias como aquellos en que veia en la cuna á sus dos hijos, y á su lado, admirando sus virtudes, á su esposo.

***

De Ginebra se han recibido buenas noticias. Doña Margarita, impulsada por la fe, animada por la mas dulce esperanza, pide á Dios con fervor que libre á España de los horrores que contempla Europa atemorizada.

Estos dias sale poco de su morada. Los jardines del Palacio que habita son bellísimos, y pasea en ellos con sus hijos y sus damas.

El 10 de junio son sus dias.

¿No os parece que debíamos manifestarle nuestro amor de algun modo?

La Margarita abre una suscricion popular, y, con arreglo á lo que se recaude y á las indicaciones que hagan las suscritoras, resolverá qué objeto ha de adquirir, para elevarlo, como una muestra de respetuoso cariño, á la augusta Princesa.

Desde luego os aseguro que la señora sentirá que hagais el menor sacrificio.

Poco importa que la recaudacion sea exigua: no es el valor intrínseco lo que ha de representar nuestro recuerdo, sino el amor que siente nuestra alma.

En el próximo número insertaremos la lista de los donativos, y, en vista del resultado, decidiremos, de acuerdo con algunas señoras, la inversion que hemos de darles.

El tiempo urge para esto: al remitirnos su óbolo cada suscritora, indicará si hemos de poner en la lista que ha de acompañar al recuerdo su nombre ó sus iniciales.

Repito que no ha de hacerse esta idea cuestion de amor propio, sino de amor vehemente á la Princesa de quien esperamos nuestra ventura; y el amor, ya lo sabeis, estima mas una sencilla flor que una alhaja riquísima.

Esperanza.

MADRID, 1871.—Imprenta de *La Esperanza*, á cargo de D. A. Perez Dubrull, Pez 6.



LA MARGARITA.

ALBUM DE LAS SEÑORAS CATOLICO-MONARQUICAS.

AÑO I. 4 JUNIO 1871. NÚM. 10.

EL PROBLEMA.

Horrible es el espectáculo que ha ofrecido Paris en estos dias al mundo entero; triste es el que ofrecen hoy los restos del bárbaro combate; pero no es menos triste y horrible la actitud de los que, en presencia de tan atroces crímenes, pretenden con sofismas sacar ilesas las ideas de entre ese fango amasado con sangre.

"Reivindiquemos los principios, esclaman, y condenemos á sus miserables ejecutores."

Más daño han hecho á la sociedad los que han vestido el frac y la corbata blanca con las doctrinas disolventes que han puesto en práctica los rebeldes en Paris, que esos miserables asesinos é incendiarios.

Los que animados por la ciega soberbia no han vacilado en arrancar al pueblo las creencias religiosas, han puesto, sin saberlo, en sus manos la tea destructora y el puñal homicida.

Han buscado á las clases proletarias, y fingiendo una piedad que son incapaces de abrigar en su corrompido pecho, les han dicho:

"Ayudadme á destruir la Religion que os impone estrechos deberes, la ley que os oprime, el capital que os esplota, el trabajo que os martiriza; y cuando llegue el dia del triunfo, sereis libres, dichosos; dominareis á los que hoy os dominan."

Y proclamando eso que se llama hipócritamente *soberanía nacional*, han destruido los tronos seculares, han manchado las glorias de la tradicion, han despertado la codicia en las masas, y han pagado los criminales sacrificios que han hecho para encumbrarlos con la mas cruel de las tiranías.

"No te quejes, pueblo estúpido, le han dicho desde las alturas del poder; tú me has dado el látigo con que cruzo tu cara."

Y el pueblo entonces, sin la resignacion de la fe, sin el consuelo de la esperanza, sin la abnegacion de la caridad, se ha convertido en una fiera.

La fiera la hemos visto estos dias en Paris; pero de entre los escombros han salido, para desparramarse por Europa, treinta mil foragidos; otros treinta mil presos hoy, pasarán mañana en los presidios por héroes y harán prosélitos. Ademas las ideas, las semillas que han producido esas catástrofes, subsisten; el trabajo de los agitadores es incesante: en todas partes hay pechos dispuestos á acogerlas y á propagarlas.

Ha llegado, pues, el momento de dar una batida general á la fiera, y para esterminarla es preciso que busquemos fortaleza en los sentimientos religiosos, en el respeto á la ley; y tambien lo es que, desechando el egoismo que se ha apoderado de nuestro corazon, busquemos y aceptemos el sacrificio de nuestra vida, si es preciso, en aras de la paz y la concordia, en aras del bien universal.

¿Puede estrañar á nadie que la mujer se alarme en presencia del espectáculo que acaba de ver? ¿No es natural que su carácter previsor le haga temer que se propaguen á España las chispas del incendio, y que en la hoguera de la venganza perezca todo lo que mas ama?

Estas solas consideraciones justifican esa pasion de que gran número de españolas se hallan poseidas para combatir por todos los medios que están á su alcance los estímulos que conducen á la depravacion.

Preguntadles por qué son fervientes católicas, y os dirán que lo son porque el catolicismo, fundando la moral en la paz y el amor, es el indestructible valladar de las pasiones que engendran los crímenes.

Preguntadles por qué son monárquicas, por qué desean la monarquía fundada en el derecho, inspirada en las virtudes cristianas: y os responderán, sin entrar en ese dédalo de teorías que los políticos han dado en llamar *ciencia*, que lo son porque la monarquía representa á sus ojos la justicia, el órden, la prosperidad, el amparo del débil contra el fuerte; en una palabra: el triunfo de todo lo bueno, de todo lo grande, de todo lo bello, de la ley sobre el capricho, de la caridad sobre la filantropía, de la equidad sobre el abuso, de la familia creyente sobre la sociedad egoista.

Es preciso cerrar los ojos á la luz para no ver que la salvacion de los mas altos intereses de Europa solo puede esperarse del restablecimiento de los Tronos legítimos.

El problema que hoy ofrece esa lucha tenaz entre el liberalismo y la libertad, entre la fe y la negacion de todo, no puede resolverse eficazmente mas que de un modo: por la influencia de la familia.

Y en este caso, meditadlo bien: la mujer está llamada á desempeñar una mision providencial.

Hoy no es posible que un gobierno, por justo y por fuerte que sea, pueda estirpar de raiz las llagas que corroen á la sociedad. En medio del caos que reina, puede hacer la luz en la vida pública á costa de grandes y trascendentales trabajos; pero no al mismo tiempo en los misteriosos asilos de la vida privada.

El mal se ha infiltrado hasta en la misma conciencia humana, y no basta que la ley corrija sus efectos en la plaza pública.

Es necesario que todos los españoles estén bien preparados para coadyuvar á la reconstruccion del edificio destruido por la impiedad y por la mas hipócrita de las tiranías; es necesario que empiece la reforma en el hogar doméstico, que el individuo se modifique para que de este trabajo aislado, individual, resulte de pronto el conjunto armónico, para que esté dispuesto á interpretar las ideas de arriba en todas las esferas.

Esto no lo creerán los grandes políticos, los que suponen que con un dis-

curso ó un decreto pueden cambiar la faz de una nacion; pero la verdad es que la mujer es la primera, la que ya desde ahora está llamada á preparar y á adelantar la trasformacion, exigiendo que en su hogar, donde es reina y donde, si ella quiere, puede evitar la entrada de las corrientes del liberalismo, se practiquen desde luego las doctrinas salvadoras, para que desde allí salgan en su dia á la vida esterior y quede resuelto el problema.

JUAN DE LUZ.

CUADROS VIVOS

POLÍTICOS Y SOCIALES.

El ambicioso de provincia.

Hé aquí un mártir que es á la vez verdugo. La ambicion que le domina, la ha despertado en su alma el abandono religioso en que le han dejado sus padres, y la ha desarrollado la envidia.

Desde niño ha empezado á desear todo lo que no tiene. Este deseo ha ido convirtiéndose por grados en pasion, y como el sentimiento religioso, faltando en su corazon, no ha podido compensar las amarguras que padece con los goces purísimos del alma, comparándose con sus compañeros, con sus amigos, ha llegado á creer que su insignificancia al lado de ellos es una injusticia de la suerte.

Por regla general, procede de una familia modesta.

Lo primero que siente, cuando se compara con los seres afortunados á quienes envidia, es vergüenza de haber nacido en humilde cuna.

En vano el autor de sus dias ha podido, á fuerza de trabajo y de abnegacion, sostener á su familia y ofrecer á su hijo los cariñosos cuidados de padre.

En vano alega, al hallarse detras del mostrador de una tienda de comestibles, ó esgrimiendo la navaja de Fígaro, ó traficando en algo, que ha podido enriquecerse, pero que ha preferido á la riqueza la reputacion de hombre honrado: el jóven ambicioso no estima en nada este timbre de honra.

Empieza por calificar de *infeliz* á su padre, y acaba por conferirle el título de *inepto*.

Para salir de la situacion en que se encuentra, manifiesta desde luego horror á la profesion de su padre, y asegura que ha nacido con vocacion para estudiar.

Entusiasmado el que le ha dado el ser, se impone los mayores sacrificios para proporcionar una carrera á su hijo.

Costéale las matrículas, los libros; sacrifica á su esposa, á sus hijas, si las tiene; se sacrifica á sí propio para poder vestir al niño mimado con el decoro propio del jóven que estudia una carrera, y le facilita recursos para que pueda alternar con sus camaradas.

El premio de estos sacrificios es casi siempre un desengaño doloroso.

La aplicacion del estudiante no es el efecto del deseo de adquirir gloria para poder desempeñar en el mundo una mision privilegiada; es la sed de igualarse con los jóvenes á quienes envidia; es el deseo de llamar sobre sí la atencion pública para que no se fije en los antecedentes de su familia.

No anima al ambicioso el honrado pensamiento de pagar á sus padres los sacrificios que por él hacen, sino el de adquirir recursos para abandonar la provincia en que ha nacido, para poder darse tono en donde no le conozcan, para tener ocasion de negar á sus padres, castigando con la afliccion de que llena su alma, la debilidad que han tenido de fomentar en él aspiraciones bastardas.

Fácilmente le reconocereis en su provincia.

Desdeñado por los que saben su orígen, por los que tienen noticia de su humilde condicion, apenas le vereis en los parajes públicos: buscando siempre paseos solitarios, sin otra compañía que sus abrasadores deseos, le hallareis siempre acechando la ocasion de realizarlos.

Orgulloso por despecho, se arrastrará como la serpiente ante el personaje que pueda darle la mano para llegar á la altura á que aspira.

Todos los sentimientos de su alma están supeditados á su pasion.

Si alguna vez fija sus ojos en una mujer, no será la que ofrezca á su alma las condiciones de la esposa cristiana, de la madre de familia.

Poco le importará que la jóven cuyo corazon cree poder conquistar sea caprichosa, vana; la perdonará de buen grado los devaneos que haya tenido. No será obstáculo á su propósito que aparezca una mancha en su reputacion. Es rica; tiene parientes que pueden apoyarle en sus pretensiones; puede, á cambio del sacrificio de su honra, mudar de posicion, ostentar el mas desenfrenado lujo...; pues todo lo sacrificará con tal de realizar sus deseos.

Aceptará los encargos mas bajos y miserables, y correrá toda clase de riesgos, á trueque de que el premio le lleve á la realizacion de sus esperanzas.

Todos los goces puros de la vida están vedados á su corazon.

¿Qué le importan las caricias de una ma-

dre solícita, si le avergüenza el modesto traje que lleva, y hasta el defectuoso modo de hablar que tiene, porque no ha recibido una educacion esmerada?

Los beneficios que quieren dispensarle los que por él se interesan, le humillan.

Jamás ha sentido ni sentirá los dulces goces de gratitud.

Los amigos... ¡oh amigos! él no puede tenerlos. La envidia, que, como una víbora, se ha apoderado de su corazon, le impulsa á creer que los goces y las satisfacciones de los demas es un robo que le hacen.

La política, semillero de vicios, de abdicaciones, de debilidades y hasta de crímenes, corre á su encuentro como engañadora sirena, y le abre la dorada puerta de su alcázar.

El ambicioso no tiene ideas ni doctrina.

Si un partido le ofrece como precio de sus trabajos un modesto empleo en su provincia y otro le brinda un empleo mejor en Madrid, será progresista, moderado, demócrata ó absolutista, lo que mas le convenga.

Nada le importa la patria; lo que él quiere es romper las trabas que le sujetan, comunicar á los demas la envidia que siente, la envidia que le devora; y por realizar esta pasion, conspirará, armará su brazo, combatirá contra sus hermanos, contra sus bienhechores, contra su mismo padre, y todo por venir á Madrid; porque Madrid se presenta á sus ojos como el logro de sus deseos; porque su amor propio le engaña, y, haciéndole creer que la ambicion es genio, que la codicia es talento, piensa que en este ancho campo hallará el triunfo que ambiciona.

Su carácter se hace reservado, tétrico; domina en él el temperamento bilioso; prematuros achaques alteran su salud, y, contribuyendo á su impotencia, le mortifican mas y mas.

Muchos sucumben en medio de la indiferencia y del desprecio de sus paisanos, dejando horribles remordimientos en sus padres.

Otros, despues de haber vendido su alma al diablo, logran hacerse agentes electorales, periodistas, diputados, altos funcionarios; pero al llegar á esta posicion, se trasforman, y ya los daré á conocer bajo este punto de vista.

Una palabra para terminar.

Estos hombres, plantas parásitas que solo nacen en el cenagoso pantano de las pasiones revolucionarias, son los que contribuyen al malestar en que vivimos; son los mayores enemigos de la juventud honrada, laboriosa; y mientras no se libre de ellos á la nacion, tendrá siempre instrumentos de perturbacion la obcecada y vengativa política que viene en nuestra patria sembrando el luto y la desolacion desde hace cincuenta años.

JULIO NOMBELA.

BELLEZAS DE LA RELIGION.

—

A UN TEMPLO.

Salve, mansion do mora
la Religion sublime:
do el hombre halla consuelos
que el mundo le negó:
Salve ¡oh sagrado templo!
donde el que triste gime
su padecer profundo
desparecer miró.

Contra el inmenso piélago
de penas infinitas,
do de la vida se hunde
levísimo el batel,
se elevan como diques
tus bóvedas benditas,
que la bondad recuerdan
de Dios, al hombre infiel.

En ti, sacro recinto,
delicias inefables
de santa paz inundan
el triste corazon:
en ti los goces vanos,
efímeros, mudables,
se olvidan, formulando
purísima oracion.

En ti se desvanecen
los negros torbellinos
de indómitas pasiones,
que afligen al mortal:
en ti solo se escuchan
los cánticos divinos,
que férvidos se elevan
al Dios universal.

En ti hasta el descreido,
que de tu ser blasfema,
aun suele reverente
llegarse á arrodillar:
allí teme que el cielo
le lance un anatema,
y, arrepentido acaso,
se humilla para orar.

¡Cuán grato es de los templos
en la sublime calma
llegar á bendecirte
¡oh Dios de eterna luz!
allí se purifica
y elévase nuestra alma
con el sagrado fuego
de mística virtud.

Los ángeles, que lloran
en torno á los altares,
donde la imágen santa
se ve del Redentor,
nos traen á la mente
las horas de pesares
del Mártir que en el Gólgota
salvara al pecador.

La voz del sacerdote,
los órganos sonoros,
que vierten de armonías
purísimo raudal,
al corazon recuerdan

los rutilantes coros,
que ante el Eterno elevan
su canto celestial.
Y el alma se estasia:
los vuelos de la mente
se elevan á otros mundos
en alas de la fe,
allí donde se asienta
el Dios omnipotente,
teniendo las estrellas
de alfombras de su pie.
¡Oh templo! ¡Cuántas veces
en tu recinto santo,
alzando mi plegaria,
mis lágrimas vertí!
Oraba por mi madre,
de mi existencia encanto;
lloraba por un padre,
que niña aun perdí.
Y mi plegaria tierna,
de incienso entre la nube,
miraba yo á los cielos
purísima subir:
allí de nuestra guarda
el lúcido querube
la ofrece á Dios, que calma
nuestro cruel sufrir.
Bendito seas, templo,
do los recuerdos moran;
bendito tu recinto
de paz y dulce bien;
donde hallan los que tristes
sobre este mundo lloran,
la célica esperanza,
que guia hácia el Eden.

ISABEL POGGI DE LLORENTE.

BOCETOS CARLISTAS.

D. LUIS ECHEVERRIA,

DIPUTADO POR AOIZ (NAVARRA).

Figuraos un jóven de veintiseis á veintiocho años, alto, bien formado, esbelto, de facciones finas, de blanco cútis, de ojos azules, de cabello rubio...

Me parece que os va gustando la pintura: pues es un fiel retrato.

Pero aun no he concluido: si le veis en la calle, en el paseo, en algun salon, os parecerá que falta movilidad á aquellas facciones, que aquel cuerpo no tiene la desenvoltura que debe tener, que bajo aquel conjunto de líneas atrevidas hay una timidez inconcebible.

Acaso notareis, si os fijais mas: en sus ojos azules algo que revela cierta malicia; en la configuracion de sus labios, algo que indica cierto desden.

Difícil es penetrar desde luego en aquella fisonomía que parece no agitarse mas que para señalar flacos humanos, ó para contemplar impasible la comedia de la vida.

Las apariencias engañan.

Debajo de esta capa que recuerda á Maquiavelo, se oculta un corazon bueno y sano, un corazon que desea ser espansivo, pero que no busca espansion porque la teme.

Lo primero que se nota en su rostro es la indiferencia.

Buscando mas, se halla una curiosidad previsora.

Un poco mas allá se descubre una serenidad que le permite aquilatar las emociones antes de darles entrada en su corazon.

Por último, despues de andar este camino difícil, se encuentra una sinceridad que consuela de los trabajos que se han pasado para llegar á ella.

Educado en la mas severa rectitud, ha pensado mas que ha sentido; ha andado por el mundo sacrificando el entusiasmo de las bellezas que se ofrecian á sus ojos al cuidado de evitar los escollos en que podian chocar sus pies.

La severidad en las ideas, en las costumbres, en todo, ha acentuado algo su rostro, que mas parece de la Grecia de Sófoeles y Eurípides, que de la España de Caltañazor y Arderius.

Ha nacido en Navarra, y no puede negar que ha visto la luz en ese pais viril, morigerado, serio y leal.

Cursó leyes, y desde muy temprano buscó en las lides periodísticas campo para defender las ideas que habian ido á buscarle en la cuna, y le habian acompañado en la infancia y en la juventud.

El Pensamiento Español publicó sus escritos, y, considerando la política contemporánea con el criterio del catolicismo, ensayó su pluma en censurar las aberraciones y las iniquidades del liberalismo.

Estraño era no verle en las tribunas del Congreso ó del Senado.

Desde allí, silencioso, estudiando la comedia que veia, convenciéndose mas y mas de las fatales consecuencias del parlamentarismo, se hacia poco á poco, acaso sin saberlo, hombre de Parlamento.

Elegido diputado por el distrito de Aoiz, en Navarra, ha tenido ocasion de terciar en algunos debates, y amigos y adversarios declaran que su serenidad, su aplomo, el dominio que ejerce sobre su palabra, lo intencionado de su dialéctica y el conocimiento que tiene del terreno que pisa, de los recursos oratorios, de las habilidades parlamentarias, han puesto en sus manos armas iguales para combatir contra los mas consumados oradores de las Asambleas políticas.

Y, en efecto, dice todo lo que quiere decir; pone el dedo en la llaga; espera tranquilo los golpes de los mas diestros adver-

sarios: los pára con una maestría que, en vez de ofender, agrada, y despues de una tempestad aparece su rostro sereno y apacible.

Enemigo del parlamentarismo, quemará con gusto los laureles adquiridos por sus dotes parlamentarias; y será siempre uno de los mas distinguidos campeones de la causa de la legitimidad.

Quizás el dia del triunfo, deponiendo las armas que se ha creado con su carácter para defenderse, se convertirá su prevision en confianza, su recelo en espansion.

X.

LOS CARLISTAS EN SAN JUAN DE LUZ.

San Juan de Luz 25 de mayo.

Sr. Director de La Margarita.

Mi querido amigo: Habia pensado remitir á V. un artículo titulado *El Mes de María en San Juan de Luz*; pero me place mas referirle en una breve y sencilla carta lo que pensaba decir en aquel artículo. Usted puede publicarla en su acreditado semanario, y así sabrán las señoras carlistas que viven en España lo que hacen sus hermanas á este lado del Bidasoa.

En la iglesia parroquial de San Juan de Luz se ha celebrado este año el Mes de Mayo con inusitada solemnidad. La colonia española, es decir, carlista, hace por su cuenta funcion tres dias cada semana, favor que debe á la amabilidad del cura rector de la parroquia; los demas dias las funciones se celebran, ya en vasco, ya en francés.

Los dias que toca la funcion á los españoles se comienza rezando el Santo Rosario ante una imágen de la Reina del cielo, colocada hácia la capilla de la derecha, bajo un templete de bastante buen gusto, primorosamente adornado con gasas azules y blancas. Siguen despues algunas oraciones, cantando en seguida una letrilla á la Vírgen, luego el sermon, que predica nuestro buen amigo D. Vicente Manterola; se canta despues la Letanía, se rezan algunas oraciones mas, y se canta la letrilla de despedida.

De ninguna manera, ni aun faltando á la brevedad que me he propuesto, podria encarecer á V. bastante lo bien que desempeña su cometido el gracioso coro, compuesto de distinguidas jóvenes hijas de carlistas, entre las que citaré las bellísimas hijas de los señores barones de Rada y de Uxola, y dirigido hábilmente por el ex-diputado señor Olazábal. No parece un coro de señoritas aficionadas; parece un coro de maestras de canto; parece un coro de ángeles. Le digo á V., con la formalidad que me es propia, que, si fuera posible olvidar el motivo que por aquí nos tiene, no nos acordaríamos tampoco de volver á España. Oyendo rezar en el hermoso idioma de Cervantes la oracion de Santo Domingo de Guzman delante de una imágen de la Vírgen adornada á la española; oyendo la dulce melodía de los cánticos sagrados españoles, cantados por ilustres hijas de la antigua España, que de este lado del Pirineo piden con ternura á la Vírgen que renueve el milagro de Covadonga; oyendo los elocuentes acentos del magistral de Vitoria, que exhorta á la virtud y á la oracion, se cree uno trasportado á España, y pudiera decir trasportado al cielo.

Le remito, por si quiere publicarla, una de las letrillas, compuesta por un amigo de V., y puesta en música por el distinguido pianista Sr. Aldálur, tambien emigrado.

¡Quiera la Vírgen Santísima agradecer estos humildes obsequios, é interesarse eficazmente por la pronta felicidad de España!

De V., como siempre, afectísimo amigo,—*V.*

Hé aquí ahora la bellísima composicion á que alude nuestro apreciable corresponsal:

Á LA VÍRGEN MARÍA.

FLORES.

A tus altares,
Madre de amores,
traemos flores
con devocion.
Si te agradares
de que son bellas,
danos por ellas
tu proteccion.

No te pedimos
vanos antojos,
á Tí los ojos
al levantar.
¡Ay! que sufrimos
hondo quebranto.
¡Lloramos tanto
sin descansar!

Al otro lado
del Pirineo
clama el deseo
por tu bondad.
Tu pueblo amado,
la bella España,
sufre la saña
de la impiedad.

Mira el tormento
de sus ancianos,
que alzan las manos,
mirando á Tí.
Oye el acento
de las querellas
que sus doncellas
cantan aquí.

Por Tí vencidos,
siempre corrieron
cuantos quisieron
hollar su prez.

No tus oidos
cierres ahora:
su honor, Señora,
salva otra vez.
—
Huya espantada
la infame turba
que la perturba
fiera y tenaz.
Y, renovada,
de hoy para arriba
gozando viva
justicia y paz.
—
Su Rey la envia,
tan deseado,
noble dechado
de alto valor.
Y con él, pia,
dulce, amorosa,
la Reina hermosa
de nuestro amor.
—
De la fe el rayo
la patria encienda.
y, ardiendo, ofrenda
pura será.
Y cuando mayo
florido torne,
tus sienes orne
de flores ya.
—
A tus altares,
Madre de amores,
traemos flores
con devocion.
Si te agradares
de verlas bellas,
danos por ellas
tu bendicion.

V.

ECOS DE MADRID.

La situacion sigue empeorando.

Por cualquier lado que la mireis, es mala.

En vano os darán los ministeriales el espectáculo de su alegría comiendo.

Si es en Fornos, las digestiones son difíciles, y ya veis los resultados de estas digestiones.

Si es en Palacio, se levanta sobre el banquete la cuestion de etiqueta.

El enfermo se muere, y ahí teneis á su lado un Banco que se llama *de Castilla;* Banco que me hace el mismo efecto que los que andan alrededor de un jóven que despilfarra su fortuna.

Por si vuestros maridos caen en la tentacion de interesarse en él, estad alerta. Ese Banco sabe mucho: ha recogido todo lo que la revolucion ha derrochado, sin otro objeto que imponer la ley á los valores revolucionarios.

Cuando quiera que suban los bonos, subirán; cuando quiera que bajen, bajarán, y en una de estas bajadas puede caer á los incautos encima la maza de Fraga.

***

Como las mujeres somos así, tan impresionables, aunque admiramos mucho discursos tan elocuentes como los que estos dias han pronunciado el conde de Orgaz, Estrada y Nocedal en el Congreso, y Tejado y Carbonero y Sol en el Senado; aunque al leerlos se una nuestra alma con sincera adhesion á los plácemes que han recibido hasta de sus mismos adversarios, la verdad es que desearíamos algo mas que palabras, por elocuentes que sean las promesas que nos ofrecen.

Yo hablo á menudo con señoras carlistas, y todas, todas están desesperadas, porque, como ellas dicen:

—Si nuestros amigos continúan frecuentando el Congreso y oyen aplausos, van á acabar por hacerse parlamentarios y establecer en sus hogares el sistema representativo.

No deja de haber alguna exageracion en esto; pero lo que sí es cierto es que nosotras no podemos concebir que pase entre los bastidores del Congreso lo que sucede entre los bastidores del teatro.

Si con sus doctrinas y sus actos perturban la sociedad los que combatis, diputados carlistas; si ya estais persuadidos de que con vuestra cariñosa benevolencia no habeis de atraerlos á vuestro campo, ¿cómo podeis vivir al lado suyo?

Nosotras bien sabemos que estrechais su mano, que los llamais por el nombre de pila, que escuchais de cuando en cuando los cuentos de Albareda, las bromas de Rivero, los chistes de Romero Robledo; nosotras bien sabemos que algunas veces comeis en su compañía; y, francamente, por eso no estamos contentas de vosotros.

Sabemos á lo que obliga la cortesía, el compañerismo ¡triste compañerismo! pero nos hace temblar la idea de que vivais mucho tiempo á su lado.

No quisiéramos que, oyéndolos con paciencia, os acostumbrárais demasiado á sus costumbres.

Estos dias ha corrido la noticia de que alguno de vosotros ha comido en Fornos. Yo la desmiento desde luego; esa es una calumnia. Y no porque no crea que no debeis comer en una fonda; pero estas espansiones son para los dias de alegría, y vosotros no la teneis.

El espectáculo de España os contrista, el de Roma os hiere en vuestros mas arraigados sentimientos, el de Francia os horroriza.

¿Puede ser cierto que os entregueis en Fornos á los placeres de la mesa cuando el incendio brilla en Paris; cuando las calles de aquella ciudad están llenas de cadáveres; cuando Roma está aherrojada; cuando España sucumbe á impulsos de la revolucion mansa; cuando la Europa entera, en un momento de suprema crísis, necesita de pechos varoniles donde anide la fe?

No es cierto, no; mil veces no.

***

Hablemos ahora de otras cosas mas interesantes, mas puras, mas hermosas; de nuestra *Margarita.*

¡Con qué entusiasmo ha sido acogido nuestro pensamiento de ofrecer una muestra de nuestro acendrado cariño en el dia de su Santo á la augusta Princesa á quien está dedicada nuestra publicacion!

En la cubierta insertamos la lista de los donativos recogidos hasta el viérnes último. Sé que muchas señoras esperan ver el resultado para contribuir por su parte; y repito lo que dije: no se trata de hacer un agasajo espléndido. Harto sabe la Señora que la voluntad de las que la aman es infinitamente superior á los medios con que cuentan; y hasta me consta que, estimando la intencion, ha sentido que LA MARGARITA haya querido enviarle algo mas que la entusiasta felicitacion de las señoras católico-monárquicas.

¡Si la ilustre Princesa hubiera oido lo que yo he escuchado estos dias á las que han llevado su ofrenda á nuestra redaccion!

Con lágrimas en los ojos, decian unas:

—No esta insignificante prueba de afecto daria yo á la señora; mi vida la sacrificaria gustosa por verla tan feliz como merece ser.

¡Y qué cartas me han enviado!

¡Ah! los que aseguran que el pais está nadando en oro, que todos somos dichosísimos, debian leer esos renglones, en los que confiesan algunas que la situacion en que ha puesto á sus familias la revolucion les impide ofrecer como quisieran su concurso al pensamiento que nos anima.

«Pero digan Vds., si pueden, á la señora, añade una, que vivimos pensando en ella, esperándolo todo de su buen corazon, y que solo fervientes oraciones podemos darle las que para defender su causa hemos dado y daremos siempre nuestros maridos, nuestros hermanos y hasta nuestros hijos.»

Os llamo la atencion sobre una frase delicada que hallareis en la lista: revela un noble corazon:

«¡Una suscritora dice que siente por primera vez ser pobre!»

¡Qué hermoso sentimiento! ¡Dios bendiga el alma que le ha espresado!

La suscricion quedará cerrada el dia 10, y, con arreglo á lo que se recaude, se elegirá el objeto por una comision de señoras.

El dia 10 enviaremos por el telégrafo una felicitacion á doña Margarita; y apenas adquirido el objeto, se lo remitiremos con una felicitacion impresa, firmada por todas las personas que hayan contribuido á la suscricion.

Y no solo describiremos el objeto elegido, sino que lo reproduciremos en nuestro ALBUM por medio de un grabado.

Muchas señoras nos preguntan si queremos que se encarguen de recaudar algunas cantidades entre sus amigas. Así lo han hecho algunas, y es el medio mas fácil y mas rápido.

Conviene, pues, que las que deseen contribuir á la ofrenda se apresuren á manifestarlo, y conviene tambien que propaguen nuestro propósito, y que no vacilen en ayudarnos á realizarle por querer y no poder.

Yo querria que fuéramos muchas, aunque diéramos poco.

Antes de cerrar este párrafo, quiero manifestar mi gratitud á los periódicos católico-monárquicos de provincia que han anunciado la idea de LA MARGARITA, y recordar á algunos de Madrid que se han olvidado de prestarme su generosa ayuda.

Otra cosa: advierte una suscritora, y tiene razon, que el objeto que se envie á doña Margarita sea español, y elaborado por artistas españoles.

Tal ha sido y es el propósito de las señoras encargadas de elegirlo.

Animo, mis queridas lectoras: llevemos á la ilustre desterrada una prueba de nuestro afecto; modesta, sí, porque esta ha sido una improvisacion, porque no hay tiempo apenas para que lo sepan todas las que de seguro nos ayudarian, pero sincera y entusiasta.

***

La fausta noticia que os anunciaba en mi revista anterior, se ha realizado.

En los últimos dias ha tenido doña Beatriz la dicha de abrazar á su hijo D. Cárlos en Gratz, y de ver á su lado á su esposo.

La mas completa felicidad sonrie á esa santa señora.

ESPERANZA.

MARGARITAS.

Lo bello tiene derecho á nuestras investigaciones y á nuestro amor; la belleza es el alimento del bien y de la salud.

(FEUCHTERSLEBEN.)

Nada es imposible á la constancia y á la voluntad que no apartan sus miradas del cielo. (SIRAHS.)

El camaleon toma todos los colores, escepto el blanco; el adulador lo remeda todo, escepto la verdad. (PLUTARCO.)

De lo que se siente á lo que se dice, hay la misma distancia que del alma á las letras del alfabeto. (LAMARTINE.)

MADRID, 1871. — Imprenta de *La Esperanza*, á cargo de D. A. Perez Dubrull, Pez, 6.





LA MARGARITA.

ALBUM DE LAS SEÑORAS CATOLICO-MONARQUICAS.

Á DOÑA MARGARITA DE BORBON Y DE BORBON.

Hoy es, Señora, para nosotros dia de júbilo y de tristeza. El amor que sentimos hácia la ilustre desterrada por quien suspiramos, nos llena de alegría; pero ese dulce sentimiento que nos embarga, no evita que pensemos en la distancia que nos separa, y esa distancia, Señora, es la historia de todas nuestras desdichas.

Y no es porque los ojos de la cara tengan envidia de los del alma; no es porque no veamos á todas horas y en todas partes al ídolo de nuestro corazon; no es porque no pensemos en él en todos los instantes de nuestra vida, procurando acomodar nuestros actos á las virtudes que le adornan: es, Señora, que esa separacion retarda la aurora del hermoso dia en que ha de lucir el sol de la felicidad; es que esa separacion nos tiene tambien en un destierro, en donde solo brilla nuestra fe, en donde solo nos consuela nuestra esperanza, en donde solo nos anima la caridad divina.

Sabed, Señora, que por lo que sois, aun mas que por lo que representais, tienen millares de corazones latidos de acendrado cariño para vos; y todos esos latidos, reunidos hoy aquí, van á buscaros, van á pediros un latido como los que sentís por vuestros hermosos hijos, porque hijos vuestros por el amor anhelan ser los que viven de vuestra esperanza.

Recibid, Señora, la felicitacion de nuestra alma: unidos lleva los votos fervorosos que los discretos labios callan.

¡Dios conserve dilatados años vuestra preciosa vida, así como tambien la de vuestro egregio esposo y la de vuestros augustos hijos!

Madrid 10 de junio de 1871.

Los redactores y suscritores de LA MARGARITA.

SUMARIO.—Felicitacion.—Telégrama.—La voluntad de doña Margarita.—El retrato de doña Margarita.—Su retrato moral.— CUADROS VIVOS POLÍTICOS Y SOCIALES: El cacique de pueblo, por D. Julio Nombela.—BOCETOS CARLISTAS: D. Guillermo Estrada y Villaverde.— Meditacion, por D. A. de Valbuena.—Ecos de Madrid, por Esperanza.

Ademas hemos enviado el dia 9 por la noche el siguiente telégrama:

DOÑA MARGARITA DE BORBON.

Ginebra.—Bocage.

Los redactores y suscritores de LA MARGARITA *elevan al cielo fervientes votos por vuestra felicidad y la de vuestra augusta familia.*

Por todos,

PEREZ DUBRULL.

LA VOLUNTAD DE DOÑA MARGARITA.

—

Hemos tenido el honor de recibir la siguiente comunicacion, que publicamos sin mas comentarios, porque ella, en su grandiosa sencillez, dice mas, mucho mas, de lo que pudiéramos decir nosotros:

"LE BOCAGE 2 de junio.

"*A la redaccion del periódico* LA MARGARITA.

"La Sra. Duquesa de Madrid me manda dar, en su nombre, las gracias á la iniciadora del pensamiento de abrir la suscricion popular que anuncia *La Margarita* en el último artículo de su número de 28 de mayo, firmado *Esperanza*, y á las señoras que han tomado parte en ella. Siendo el regalo mas agradable que puede hacerse á la Sra. Duquesa de Madrid el alivio de los padecimientos de los carlistas menesterosos, recomendables por su conducta y antecedentes, desea que el producto de la espresada suscricion se invierta del modo mas adecuado para lograr este fin. Pues conociendo el buen corazon y caridad de las señoras españolas, no puede dudar que las suscritoras aprobarán el diferente destino dado á los fondos recaudados.

"La Sra. Duquesa de Madrid aprecia como se merecen los leales sentimientos de que le dan diariamente pruebas la redaccion y colaboradoras del periódico *La Margarita*, y me encarga que así se lo manifieste.

"MARÍA TERESA DE FLORES."

Ya ven nuestras lectoras cuál es la voluntad de doña Margarita; voluntad que no sorprenderá á nadie que conozca su generoso corazon, como no nos ha sorprendido á nosotros.

Deseosos de cumplirla, y mas aun de acertar á distribuir los donativos como quiere la Señora, *entre los carlistas menesterosos, recomendables por su conducta y antecedentes*, nos hemos dirigido á las señoras condesas del Prado y de Santa Coloma, y á la señora marquesa de Gramosa, para que sean, por decirlo así, las ejecutoras de la voluntad de doña Margarita, á lo que se han prestado con el mayor gusto.

Pero es el caso que de entre la clase menesterosa á quien en nombre de la ilustre Princesa ha de socorrerse, ha partido la idea de que se destine una parte de la suscricion para la adquisicion de un objeto que pueda servir á doña Margarita de recuerdo, no ya del entusiasmo con que se han adherido á la idea de festejar su Santo gran número de personas, sino de la gratitud con que los pobres á quienes por su

voluntad se socorre han acogido su noble y generosa determinacion.

Por nuestra parte estamos satisfechos. El resultado de la suscricion, dadas las tristes circunstancias que atraviesan las familias carlistas, es satisfactorio, como verán nuestros lectores en la lista de la suscricion; tanto mas, cuanto que los donativos han sido completamente espontáneos, y no nos han ayudado á propagar la idea, sin duda porque conocian que los tiempos eran difíciles, mas que algunos periódicos de provincia y uno de Madrid.

Pero aun así, las señoras católico-monárquicas han acudido á nuestro llamamiento; y si fuera posible reproducir las cartas que hemos recibido, se comprenderia que raya en verdadero delirio el amor que inspiran las prendas de doña Margarita.

Tambien hemos recibido innumerables composiciones poéticas felicitando á la augusta Princesa: en todas rebosa el entusiasmo y la fe: no pudiendo insertarlas todas, preferimos limitarnos á dar cuenta de ellas.

Creemos, pues, que nuestras apreciables suscritoras estarán satisfechas, como lo estamos nosotros; y les damos las mas espresivas gracias por el interes con que han contribuido á realizar nuestro pensamiento.

Las bondadosas frases que han leido en la carta de la distinguida intérprete de los sentimientos de doña Margarita, deben animarnos á seguir adelante en nuestro propósito, que tiende á estrechar mas y mas los lazos que nos unen con la ilustre Princesa llamada por la Providencia á labrar nuestra felicidad.

Elegida la comision de señoras para distribuir los fondos recaudados y adquirir el recuerdo que ha de enviarse á doña Margarita, en nuestro próximo número daremos cuenta detallada de la distribucion de las limosnas, contando los antecedentes de las personas ó familias favorecidas.

Al mismo tiempo indicaremos qué objeto se ha elegido, y en cuanto nos sea posible, lo reproduciremos por medio de un grabado.

EL RETRATO DE DOÑA MARGARITA.

Tambien nosotros queremos celebrar el fausto dia de la augusta Princesa á quien está dedicado nuestro ALBUM, y al efecto regalamos á nuestros suscritores un retrato de doña Margarita, que por su parecido y su mérito, como obra artística, de seguro agradará.

Personas que han visto recientemente á la señora, aseguran que la copia es exacta.

Correspondiendo al favor del público, que en tanto estima nuestros propósitos, de cuando en cuando ofreceremos regalos como el de hoy.

Aprovechamos esta ocasion para decir que, no habiendo logrado obtener una buena viñeta para la cabeza del periódico, hemos mandado hacer la cuarta ya por un nuevo procedimiento. Si no saliese á nuestro gusto, renunciaremos á la viñeta, poniendo en su lugar un dibujo alegórico.

SU RETRATO MORAL.

Rodeada de sus damas
en su apacible retiro,
pensando siempre en su esposo,
cuidando siempre á sus hijos;
nada hay en el mundo, nada
que á su corazon purísimo
ofrezca mas alegría
que los placeres tranquilos

del hogar, de la familia.
¿Quereis ver el regocijo
en sus ojos celestiales?
Pues venid, venid conmigo,
sorprendedla en los momentos
de espansion... Su rostro tímido
se anima, todo respira
en torno suyo cariño;
tan pronto mece la cuna
en donde Blanca, su ídolo,
duerme el sueño de los ángeles,
como coge al tierno niño
en el que tiene gozosa
España los ojos fijos;
y le acaricia y le arrulla,
y con interes solícito,
imitando á la gran Reina
que nuestro pueblo ha tenido,
cose, y borda, y lleva cuentas,
y cuida del buen servicio
de su casa, sin perder
un solo instante el prestigio
de la elevada y augusta
posicion en que ha nacido.
Su lujo es la caridad,
su amor, que raya en delirio,
es su esposo, que la adora,
son sus inocentes hijos.
Sus esperanzas dulcísimas,
volver al noble y altivo
pueblo español la grandeza,
el bienestar que ha perdido.
Su ambicion ser bendecida,
sus distracciones los libros,
las artes, las reuniones
cariñosas que ha sabido
formar, donde la etiqueta
de los palacios ha visto
trocarse, sin perder nada,
en respetuoso cariño.
Por la noche, los salones
donde está son paraisos;
si cuenta algun episodio,
todos están suspendidos
de su acento. Dios le ha dado
un ingenio peregrino:
y en sus labios las palabras
son amoroso rocío
que dan á sus sentimientos
mayor belleza y mas brillo.
Si habla de sus esperanzas,
el ánimo conmovido
oye los nobles propósitos,
los admirables designios
que su caridad le inspira;
los inmensos beneficios
que ha de reportar á España
con su corazon purísimo.
El pueblo español, modelo
de virtud y de heroismo,
cuando á su lado la vea,
cuando en su rostro divino
lea el amor y adivine
sus pensamientos mas íntimos,
ángel de paz y consuelo
la llamará agradecido:
y será por dicha nuestra,
de los españoles ídolo.

(De *El Romancero Español de doña Margarita.*)

CUADROS VIVOS.

POLÍTICOS Y SOCIALES.

—

El cacique de pueblo.

Aunque este tipo varia en la forma, en el fondo es el mismo en todas partes.

Por regla general, pertenece á una familia de *historia*.

Cuando llega un forastero al pueblo en donde domina, y al verle pasar con la arrogancia de un señor feudal, pregunta:

—¿Quién es ese?

Sus convecinos, que le odian, aprovechan la ocasion de desahogarse, contando las misteriosas causas del ascendiente que ejerce sobre el pueblo.

Este tipo es hijo de la revolucion.

Suele ser rico ó por herencia ó por conquista; pero la causa originaria de su fortuna es siempre justiciable.

Dejemos al cacique que hereda el título, y bosquejemos al que le consigue por derecho propio.

Dotado de un carácter enérgico, desde muchacho ha logrado dominar á sus camaradas en los juegos infantiles.

Mas tarde se ha distinguido por su desaplicacion.

Despues de haber aprendido malamente á leer y á escribir, se hizo pendenciero, jugador y enamorado.

Aprendió pronto todas las trampas del juego; y como estaba seguro de que su travesura le habia de librar de cualquier percance, en cuanto alguno le descubria, resolvia la cuestion con el garrote ó la navaja, haciéndose temible.

Cuando no se valia de estas armas, aprovechaba el atractivo de su agraciada figura, ó la influencia del natural ingenio, para llegar por estos medios á dominar á sus convecinos.

Como si adivinara la necesidad que en lo sucesivo iba á tener de conocer la ley para hacer la trampa, suele matricularse al notariado en la capital de la provincia donde reside, y anda un poco de tiempo entre la curia.

No hay feria á la que no acuda y en la que no haga algun negocio.

Comprendiendo que necesita auxiliares para realizar sus designios, los busca entre los mas viciosos, y se forma con ellos una especie de camarilla.

Estos desalmados, cuya cooperacion sostiene á fuerza de francachelas y de dádivas, completan su poder.

Cuando el cacique llega á tener esta guardia de honor, especie de embrion de partida de la *Porra*, no hay quien le *tosa* en toda la comarca.

Mostrándose humilde con sus secuaces y soberbio y tiránico con los que, al ver todo el lujo de fuerza que despliega, le temen, no tarda en ser el amo del cotarro.

La política, que necesita de auxiliares como él, no vacila en buscarle y en ponerse á su lado, si es preciso, para que venza á los caciques que le han precedido en el desempeño de sus funciones, á trueque de favores que cuestan muchas lágrimas al pueblo.

Quiere un gobierno constitucional el concurso de unas Cortes para tomar medidas trascendentales; pero como estas Cortes elegidas sinceramente por los pueblos pueden ser contrarias á los deseos del gobierno, invocando los derechos del instinto de conservacion, influye el gobierno en la eleccion de diputados.

Preciso es confesar que en este punto habia llegado á la alta perfeccion el último gobierno moderado.

Los gobernantes anteriores influian en los colegios electorales.

—Ese es mucho trabajo, dijo un ministro; los colegios son muchos; los diputados pocos. Que nos envien los colegios diputados, y tratando con ellos ahorraremos tiempo y trabajo.

Pero la revolucion de setiembre, para retroceder en todo, tambien ha retrocedido en esto.

El cacique, poco menos que postergado en las postrimerías del último gobierno de doña Isabel de Borbon, ha vuelto á levantar la cabeza.

Volvamos al retrato.

La política, digo, busca al cacique.

El gobierno elige el candidato, y se lo recomienda al gobernador de la provincia.

El gobernador llama al cacique, y el cacique acude al gobierno, y recibe el homenage de la autoridad.

Por regla general, el cacique no tiene opiniones políticas.

Voy á dar una triste noticia á mis lectores, pero la verdad es que, en saliendo de Madrid y algunas ciudades principales, las ideas y los principios políticos se trasforman en hombres.

—¿De qué partido es V.? se pregunta por ejemplo al habitante de una aldea; y en vez de responder moderado, progresista, unionista ó demócrata, responde:

—Soy del partido de Fulano. (El nombre del cacique de quien teme ó espera.)

De exprofeso no he citado el partido carlista ni el republicano, porque, en honor de la verdad, estos dos partidos son los que, hasta en la aldea y en el caserío, tienen ideas.

Las observaciones que acabo de pintar esplican ese fenómeno, que habrá llamado la atencion de mis lectores, de que cuando un gobierno es moderado, la mayoría de las Cortes sea de la opinion del gobierno, y suceda lo mismo pocos meses despues, cuando el gobierno tiene distinto color político.

Porque, una de dos:

O hay que confesar que el cuerpo electoral es muy voluble, toda vez que concede mayorías á todos los partidos que dominan, ó que es muy débil, y en vez de representar la opinion, representa el miedo.

De un modo ó de otro, ó por enfermo ó por culpable, merece un buen castigo.

Pero busquemos de nuevo al cacique.

El dispone de los votos de su provincia; él influye en todas las cuestiones locales, y el que, víctima de la centralizacion desastrosa que impera en España, tiene que construir un molino, levantar una casa, instalar una fábrica, realizar cualquier acto de esos que necesitan espedientes voluminosos llenos de consultas que solo sirven para justificar el sueldo que cobran una porcion de personajes cuya condescendencia alcanza el gobierno dándoles puestos análogos á los de esos famosos consejos de vigilancia de las sociedades de crédito, que solo han servido para lo que todo el mundo sabe y no me atrevo á decir para no gastar dinero en papel sellado; el que necesita algo de la administracion, repito, no puede prescindir de valerse de la influencia del cacique, sacrificando sus creencias, sus sentimientos, sus opiniones, y á veces algo mas, para el logro de la cosa mas sencilla y mas justa.

Los que son amigos del cacique pueden vivir tranquilos.

¿Necesitan empleos? Les obtendrán.

¿Tienen cuentas pendientes con el fisco? Pueden dormir á pierna suelta.

¿Han dado algun palo? ¿Han tenido alguna riña de fatales consecuencias, quieren separarse de sus mujeres, quieren vivir sin tener que obedecer ciegamente á la ley? Pues el cacique arreglará todo esto en su favor, con tal de que en un momento dado acudan en su auxilio con sus votos y los de las personas que de ellos dependan, para dar el triunfo á un diputado ministerial, aunque este ignore el paraje que ocupa el distrito en el mapa de España.

El cacique desea algunas veces ser alcalde, y procura siempre formar parte del ayuntamiento.

Aquí se me ocurre hacer una pregunta, que ya he formulado muchas veces.

Si se nombrase un jurado sin mas mision que la de examinar los inventarios de los bienes de propios de los pueblos en el año 1800 y los de hoy, ¡cuántas personas irian á presidio!

Yo condeno el socialismo; pero no puedo menos de disculpar á las clases ignorantes que del socialismo lo esperan todo.

¡Pues qué! Los infelices braceros, que han

sabido por sus familias, por sus padres, por la tradicion, que tal ó cual campo, tal ó cual heredad pertenecia al pueblo, y que hoy saben que aquellos bienes, sin legítimo título de propiedad, son del dominio del cacique ó caciques (que á veces hay mas de uno en los pueblos) y de sus paniaguados, ¿no han de creerse con títulos iguales para poseer lo que no les pertenece?

¡Ah! Si en vez de hacer política se administrase en España; si se averiguase cómo han desaparecido de los inventarios los bienes que faltan, y en poder de quién se hallan, algo mas rica seria la Hacienda española y algo mas felices viviríamos todos.

Pero aun hay mas: los caciques contribuyen con su influencia á esas infinitas ocultaciones de la propiedad que se hacen en los pueblos para evadir el pago de la contribucion, y son la verdadera causa del injusto reparto de esa imprescindible carga que, cuando es equitativa, cuando es justa, no es gravosa, ni con mucho, ni á la propiedad, ni á la industria, ni al trabajo.

Resulta, pues, que el cacique es en los pueblos el representante de la fuerza y del egoismo, que son las cualidades distintivas de la política tal como la conocemos.

Es ademas la tea de la discordia, y, aunque parece que es feliz, vive rodeado de amigos mientras les sirve para algo, y de enemigos que solo desean su mal y aprovechan todas las ocasiones de causárselo.

Su casa suele ser un infierno. Ocupado continuamente en las intrigas, no se cuida de su mujer, y tiene abandonada la educacion de sus hijos.

La mayor parte de las veces muere el cacique á mano airada.

No son pocos los que han concluido de un trabucazo.

Haced una leva de estos perturbadores, y, no lo dudeis, España será una balsa de aceite.

Julio Nombela.

BOCETOS CARLISTAS.

D. GUILLERMO ESTRADA Y VILLAVERDE,

DIPUTADO POR LAVIANA.

Un solo discurso, en el que con maravillosa inspiracion ha sabido engarzar en oro puro las ideas salvadoras, ha conquistado á Estrada la admiracion y el aprecio de todas las personas de sano corazon.

De aquí que todos se pregunten: ¿Quién es Estrada?

Figuraos un hombre de treinta y cinco á treinta y seis años, dominado por el estudio y vencido por él. La salud vive esclava de la ciencia; pero dadle la realizacion de sus aspiraciones, y volviendo al seno de su querida familia, recuperará la salud, el poderío, en las hermosas y sanas montañas de Asturias, donde ha nacido Estrada para aumentar la gloria de aquella provincia, cuna de Jovellanos.

Cuanto pudiera decir para bosquejar la superior inteligencia y el alma privilegiada del diputado austuriano, van á decirlo mejor que yo dos párrafos que tomo de su discurso. Cuando sepais cómo comprende la patria y cómo siente el catolicismo, le conocereis á fondo. Oid:

LA PATRIA.

«El amor de la patria, señores, es ese sentimiento indefinible que nos une al suelo que nos vió nacer, donde nuestra vida se desarrolla, y donde esperamos y queremos que se abra nuestra tumba; es el amor al suelo donde viven las personas que nos son queridas dentro y fuera de la familia, donde descansan los huesos de nuestros padres, donde nacen esos seres que solo á cada uno de nosotros es dado llamar con el nombre inefable de nuestros hijos; donde habita esa familia inmensa á la cual nos unen los vínculos del idioma, de la legislacion, de las costumbres, de la historia, y como podia decirse hasta hace poco tiempo en España, los vínculos de una Religion misma. Las glorias de la patria son nuestras glorias; sus desgracias son nuestras desgracias; y tratándose de la patria, es lícito tener orgullo y disculpar errores, porque nos guia, no un egoismo personal, sino un egoismo generoso. La patria tiene un valor que solo comprende el infeliz proscrito que la llora perdida; tiene un valor tal, que aun los dias de corrupcion y de decadencia no pueden borrar aquella sentencia propia de edades viriles y heróicas: *dulce et decorum est pro patria mori.*

EL CATOLICISMO EN ESPAÑA.

»......... La mision de España es la de identificar su existencia y su grandeza con el catolicismo. Si la España gótica, constituida en nacion independiente, estuvo al frente de la civilizacion europea alrededor del siglo VII, lo debió al catolicismo; si despues emprendió una lucha que duró siete siglos, y que forma una epopeya sin igual en la historia del mundo, lo debió al catolicismo; si llegó á ser el imperio mas colosal que han conocido los siglos, fue para defender briosamente la causa católica, para llevar su civilizacion á las inmensas regiones de un continente nuevo, y para marcar con el sello del catolicismo su prepotencia sobre el mundo. Si como último destello de su grandeza en los tiempos modernos fue la primera en derrocar el imperio de Napoleon, lo debió en gran parte al catolicismo. En España, patria de grandes teólogos, de grandes fundadores, de grandes Santos, la herejía y los herejes apenas tienen historia; y sus le-

yes, lo mismo que sus artes y sus letras, y que sus instituciones, todo tiene el sello del catolicismo. En el gran concurso de las naciones, España se distinguia de derecho y se distingue de hecho, y yo espero en Dios que continúe distinguiéndose por su unidad católica: que siempre fue muy grave y constante el carácter español para que doce lustros de revolucion borren las huellas de doce siglos de nuestra historia.»

Completaré el bosquejo con algunas noticias.

Estrada era catedrático en Oviedo, y perdió lo que tantos desvelos le habia costado por no jurar la Constitucion.

Diputado constituyente, demostró su fe y su talento en algunas discusiones, sobre todo atacando el regalismo.

Fue presidente de la junta que llevó á Vevey al príncipe D. Jaime la Cruz de la Victoria.

Modesto en estremo, despues del triunfo que ha obtenido se admira y esclama: «¡Qué hermosa es la verdad! Solo al verla en mis labios ha triunfado de los incrédulos.»

Como hombre generoso, ha endosado su triunfo á la verdad; y, en efecto, la verdad le ha otorgado uno de sus mas brillantes triunfos. La bandera que ha levantado Estrada es la bandera del gran partido tradicionalista español.

X.

MEDITACION.

ASÍ ES LA VIDA.

Balada.

I.

A la luz de primavera,
rico en pompa y en orgullo,
se abrió un precioso capullo
en la rama de un rosal.
—«Gentil, galana, hechicera,
bella soy—dijo la rosa;—
por fragante y por hermosa
el vergel no me da igual.
Aura pura
vagarosa,
de frescura
deliciosa,
con dulzura
ven, ven á mecer la rosa
en su tallo virginal.»

II.

Con envidia de mil flores
un insecto la enamora,
y embriagado duerme ahora
en el seno de la flor.
—«¡Ah!—dijo ella! tengo amores.
Más feliz no puedo verme...
Duerme, dueño mio, duerme
sueño dulce, encantador...
Aura pura,
vagarosa,
de frescura
deliciosa,
con ternura
ven á arrullar de la rosa
el blando sueño de amor.»

III.

Despertose ya marchita;
y sus hojas, una á una,
fue mirando á la laguna
secas, pálidas, bajar.
—«¡Oh!—decia en triste cuita—
¡Breve amor, falsa belleza,
que se acaba cuando empieza,
dejando eterno pesar.
En la altura
mi perfume,
ni se apura
ni consume.
Aura pura
silenciosa
con tristura
ven, las galas de la rosa,
entre cieno á sepultar.»

A. DE VALBUENA.

ECOS DE MADRID.

Ya lo habeis visto, mis queridas lectoras: la Duquesa de Madrid, ángel de caridad, desea convertir en piadosas y aprovechadas limosnas los donativos vuestros.

Pero este generoso sentimiento ha escitado vivísima gratitud; y si hubiérais oido hablar á algunas familias menesterosas, os habria entusiasmado su lenguaje.

—Es necesario, decia una infeliz, cuya historia, como la de todas las personas socorridas, contaré; es necesario que de esa dádiva quede un recuerdo para la Señora.

Y cuantos la escucharon, adhiriéndose á la idea, acabaron por formular esta proposicion:

«Gran número de personas admiradoras de doña Margarita han contribuido á una

suscricion destinada á ofrecer una humilde muestra de amor y respeto á tan ilustre Princesa. Doña Margarita acoge con júbilo esta espontánea manifestacion, y dice:

—»El mayor placer que podeis darme es socorrer á los pobres.»

Y los pobres añaden:

—«Para que esa santa limosna deje satisfecha nuestra alma, permitidnos, Señora, que nosotros, de lo que nos dais, os dejemos un recuerdo.»

Este es el desenlace de la hermosa historia nacida al calor de un pensamiento, el mas feliz de cuantos he tenido, y sobradamente premiado con las palabras que en la carta de la señorita de Flores se dedican á la iniciadora.

¡Quién nos diera pasar el dia de hoy en la morada de doña Margarita!

¿Quereis que adivinemos...?

Pues bien: el primer pensamiento de la Señora será para España, y en él irán unidos todos, todos los objetos de su cariño.

Dios ha querido que su fiesta se celebre cuando todas las flores adornan los jardines, y numerosos aldeanos de los alrededores del Bocage que la conocen y que la aman porque la ven siempre rodeada de sus hijos, porque les dirige preguntas cariñosas, porque continuamente reciben pruebas de su caridad; los aldeanos, repito, llevarán con sus felicitaciones preciosos ramos.

¡Ah! mucho los agradecerá la Señora; pero, no lo dudeis, pensará en las flores de la hermosa Valencia y en las de la encantadora Andalucía, porque España es el vergel de Europa, y no hay flores como las que brotan en su suelo.

Despues de oir misa en la capilla de su quinta, se entregará á las mas dulcísimas emociones.

A cada instante llegará un telégrama: una felicitacion, votos fervientes por su felicidad.

Y no solo de las juntas, sino de particulares, de admiradores entusiastas, de corazones agradecidos.

Despues el correo, lleno de cartas, y entre ellas la del amado esposo, las de los solícitos hermanos, la de una santa madre...

A cada instante asomarán á sus ojos las lágrimas, lágrimas de purísima felicidad. ¿No os parece verla besar con efusion á sus hermosos hijos? Pues en esos besos, desahogo de un alma henchida de felicidad, algo hay para vosotras, españolas amantes del derecho y de la gloria tradicional.

En todo lo que he contado no hay mas que presuncion de lo que pasará... Yo confio en que podré ofrecer en breve una reseña verídica y detallada de todo lo que el dia 10 de junio haya ocurrido en la preciosa quinta del Bocage.

***

Y despues de hablar de lo que mas amamos, ¿qué podré deciros que pueda despertar en vosotras interes ni curiosidad?

Yo bien sé lo que me diríais si no pudiera oiros el gobierno; yo bien sé que estais impacientes, que envidiais á Suiza, y no es por lo que tiene de republicana; sé tambien que os ha gustado la voz de alarma que en mi anterior revista os di respecto de nuestros diputados; sé que por vuestro gusto y el mio habríais abandonado ya la *teoría* por la *práctica*; sé... pero ¿para qué traer á vuestra memoria estos motivos de tristeza?

La Providencia nos protege, y ella nos sacará adelante.

En Francia, á pesar de las habilidades de los revolucionarios de frac y guante blanco, ocupará muy pronto Enrique V el Trono de sus mayores; y este acontecimiento significará que si la revolucion fue un castigo para los Reyes que no cumplieron todos sus deberes, el castigo ha cesado, y vuelve para Europa la restauracion del derecho, y con ella la paz y la prosperidad.

Todo contribuye á inspirar estas ideas á las personas honradas.

Oid, y tened muy presente lo que los amigos de los incendiarios de Paris en España prometen hacer cuando se los ataque:

«Si algun dia nos arrastráseis á la lucha como clase (dicen á los que han condenado las iniquidades de la *commune*), si ellos han quemado, si ellos han fusilado y asesinado, nosotros deberemos reducir estos tres estremos á uno solo: nosotros volaremos con las ciudades y con vosotros.»

Solo se puede hablar así cuando se ha perdido todo sentimiento religioso; y los que han quitado la religion á las clases trabajadoras, son los verdaderos responsables de los crímenes que en su locura cometen las turbas incrédulas y apasionadas.

***

Yo no asistí á la procesion del *Corpus*, pero me aseguran que los jefes de uno de los regimientos formados en la carrera no presentaron las espadas al pasar la Sagrada Custodia.

Estas son las consecuencias del desarreglo en que vivimos.

Sospechando algo de esto, no asistieron á la procesion nuestros amigos. Fue, por lo tanto, una solemnidad liberal, y por eso hubo en ella *gracias* como la de los jefes del citado regimiento.

¡Cuándo acabará todo esto!

¡Y pensar que hay todavía quien cree que la situacion se hundirá por sí sola!

ESPERANZA.

MADRID, 1871.—Imprenta de *La Esperanza*, á cargo de D. A. Perez Dubrull, Pez, 6.



LA MARGARITA.

ALBUM DE LAS SEÑORAS CATOLICO-MONARQUICAS.

AÑO I. 18 JUNIO 1871. NÚM. 12.

POLÍTICA FEMENINA.

I.

Decia yo en mi último artículo: "Es necesario que empiece la reforma en el hogar doméstico."

Esta proposicion me ha sugerido el pensamiento de estudiar con vosotras y para vosotras las costumbres de la vida privada, los hábitos de la familia moderna, para ver si hay en ellos, que yo creo que sí, algunas de las causas que constituyen el malestar en que vivimos.

Y no hay que cansarse: los que en la vida familiar no cumplan los debe-res que impone la moral católica, se-rán pésimos gobernantes y peores go-bernados.

Estudiemos, pues, en la vida prácti-ca, por medio de ejemplos, salpicando de anécdotas, enriqueciendo con datos curiosos nuestras observaciones; estudiemos, repito, los defectos interiores que salen al esterior; estudiemos las costumbres que hemos adquirido con el progreso que ha infiltrado el liberalismo en nuestro modo de ser, y procuraremos que un supremo acto de abnegacion nos purifique y nos prepare para la única vida que debemos vivir, si ha de salvarse España.

El triunfo, no lo dudeis, es seguro.

Podrá tardar mas ó menos tiempo; podrá encontrar mas ó menos obstáculos; exigirá de nuestra parte mas ó menos sacrificios; pero el *hecho*, no consumado, avanza lógica y majestuosamente á su consumacion.

Dejemos, pues, á los políticos combinar sus planes; á los soldados aprestarse á la última y decisiva batalla.

Aquellos hallarán á todas horas nuestra fe; estos hallarán siempre en vuestra alma la hermosa caridad.

Imitemos á la noble Princesa cuyo nombre nos sirve de emblema. Ella en su hogar es el modelo de la mujer cristiana, conoce su mision, y la cumple.

Aun hace mas: confiada en el triunfo de la justicia, sus meditaciones, sus pensamientos son para la nacion cuyos destinos regirá, Dios mediante, y estudia y combina planes para realizarlos algun dia, planes que enjugarán muchas lágrimas, evitarán muchas desdichas, y alcanzarán á la ilustre Señora las bendiciones de la mas pura gratitud.

Pues bien: preparémonos nosotros á ser dignos de ese premio; purifiquemos nuestra alma examinando ante nuestra conciencia lo bueno y lo malo que hacemos ó podemos hacer.

Y si logramos, inspirados en los nobles sentimientos que nos infunde la bandera á que vivimos abrazados, ser dignos individuos de la familia que ha de venir á sustituir esta mal llamada sociedad en que nos agitamos; si conseguís con la práctica de las virtudes devolvernos la energía, el heroismo, la abnegacion y la caballerosidad del verdadero tipo español, vosotras habreis cumplido la mision que hoy os encomienda la patria, dando á Reyes cristianos y legítimos, servidores leales y útiles para el bien.

¿No es verdad que os agrada el estudio que os ofrezco? ¿No es verdad que me permitireis sondear las llagas y aplicarles el cauterio de la imparcialidad? ¿No es verdad que me permitireis que diga todo lo que sienta, aun á riesgo de recordaros algunas culpas que no son vuestras, sino del aire que respirais, de la esfera en que vivís, no por gusto vuestro?

Pues bien: contando con vuestra benevolencia, daré comienzo á mi tarea; y así como nuestros diputados han levantado la bandera política que amamos y seguimos, vosotras levantareis la bandera moral, que es la que mas necesita España entera, porque cuando la raiz no está sana, la planta ni da flores ni da frutos.

Para llevar á cabo nuestro propósito, empezaré esplicándoos lo que significan muchas palabras del diccionario político y otras pocas del diccionario social, que oís á todas horas, que os inspiran aversion, sin mas motivo que el de que vuestros padres ó vuestros esposos les atribuyen todos los males de la patria; y cuando conozcais de qué sutil manera esas palabras, viniendo á España bajo la forma de folletines, de modas, ó de artículos fabricados en el estranjero, han ido saturando con su ponzoñoso significado los sentimientos y las creencias, os convencereis de que el progreso, el adelanto, la civilizacion son admirables, son dones preciosísimos del cielo cuando los ilumina la fe cristiana, y motivo de inquietud, y pesar, y desgracia infinita, cuando la soberbia humana oculta bajo mentidas galas el fuego eterno que la devora, y al que fue condenada por rebelarse contra el Hacedor.

Todo lo andaremos, yo os lo aseguro.

Pero como el camino es largo, necesito que me acompañe vuestra benevolencia, y yo os prometo en cambio ofreceros las verdades con la galanura que emplean los modernos farmacéuticos para exhibir las píldoras á los enfermos elegantes.

Empeñada mi palabra, en el próximo artículo estudiaremos el *liberalismo*, que es la raiz del mal.

JUAN DE LUZ.

CUADROS VIVOS

POLÍTICOS Y SOCIALES.

—

El diputado cunero.

Llegó á Madrid, Dios sabe cómo, pero provisto de una carta de recomendacion para un personaje político, que fue muy atendida, porque el firmante de ella habia dispensado favores electorales al que destinaba para Mecenas de su recomendado.

A las tres ó cuatro visitas, no contentándose con promesas, espuso al personaje su triste situacion, y este no halló otro medio de aliviarle que ofrecerle la plaza de corrector de pruebas, con seis reales diarios, de un periódico que inspiraba.

La política es una serie de círculos concéntricos.

En torno del jefe del Estado giran unos cuantos astros luminosos; en torno de cada uno de estos astros giran otros satélites, y esta operacion se repite hasta el portero de la oficina, en torno del cual giran los aspirantes á una parte del presupuesto.

El personaje á quien nuestro tipo vino recomendado era un planeta de segundo órden; pero estaba en camino de hacer carrera, y su foco era un periódico de oposicion.

Aunque inspiraba dicho periódico, solo escribia los artículos de compromiso, y el corrector de pruebas, mozo listo, circunstancia sin la cual no podria pasar de este empleo, procuraba que los artículos de su protector saliesen sin erratas, y se constituia en panegirista de ellos.

—¡Cómo se conoce que ha escrito V. hoy! decia á su protector; los demas dias se cae el periódico de las manos; pero lo que es el número que acabo de corregir, causará sensacion.

Estos elogios, repetidos continuamente, hacian esclamar al Mecenas:

—¡Qué listo y qué simpático es el corrector! En cuanto lleguemos al poder, es necesario hacer algo en su obsequio.

Por este camino llega á gacetillero del periódico; escribe despues sueltos; mas tarde artículos de fondo; hace la corte á su protector; ofrécese á desempeñar todo género de comisiones; bríndase á ser gratuitamente su secretario particular; distrae los ocios del personaje refiriéndole todos los episodios de la crónica escandalosa que llegan á su noticia, los chistes mas sangrientos que se han pronunciado durante el dia contra sus enemigos; logra ingerirse en sus interioridades, y acaba por formar en su estado mayor.

Cuando el Mecenas llega, por sus pasos contados, á jefe de fraccion y se presentan unas elecciones, el instinto de conservacion y la práctica del sistema representativo le aconsejan que lleve al Parlamento el mayor número de diputados posible.

Cuando está en la oposicion, harto hace con sacar á salvo su candidatura, triunfo que es casi siempre producto de transacciones vergonzosas; pero cuando está en el poder se acerca al ministerio y le dice:

—Si yo he de dar mi apoyo al gabinete, necesito tantos distritos.

Si es buen orador, si es temible por su habilidad, si el gobierno quiere tenerle contento, le da letra abierta en los distritos que elige, y el ministro encargado de las elecciones se limita á decir á los gobernadores de la provincia elegida por el jefe influyente:

—Hagan Vds. todo lo que mande Fulano.

Y en lo sucesivo se entiende directamente con ellos.

Entonces es cuando el jóven listo que ha cultivado su carrera paso á paso con una humildad y perseverancia asombrosas, reclama el premio de sus servicios. A cambio de una obediencia ciega, consigue que los electores cucos y cándidos, dirigidos por un cacique que recibe la inspiracion del jefe de fraccion, conozcan su nombre, ignorado hasta entonces, y depositen en él toda su confianza para que los represente en el Congreso de los diputados.

Este éxito que alcanzan las candidaturas de los hombres desconocidos es quizás lo que mas daño ha hecho al parlamentarismo.

En efecto: se necesita toda la candidez y todo el egoismo de los que contribuyen á hacer las elecciones, para otorgar amplios poderes á un hombre á quien ni siquiera conocen de vista, abdicando sus derechos á la decantada participacion que la Constitucion concede á los ciudadanos en el gobierno del Estado, á cambio de unas cuantas credenciales, ó del placer de recibir una carta de un personaje político brindando su amistad á un cándido elector.

Esto es peor que vender el derecho de primogenitura por un plato de lentejas.

La cara deberia caérseles de vergüenza á los que sin conocer siquiera el lugar que ocupan en el mapa los pueblos que les eligen, se atreven á llamarse sus representantes en el palacio de las Cortes.

Sin embargo, apenas el gobierno pone el *vistobueno* á la candidatura, el gobernador se convierte en agente electoral del diputado cunero.

Escríbele cartas afectuosísimas; indícale el número y la calidad de los favores que debe hacer para salir triunfante, y cuando el jefe de fraccion va por las noches al ministerio, lleva treinta ó cuarenta notas pidiendo otros tantos destinos que le reclama su protegido para los que trabajan en su eleccion.

Por regla general, no van los diputados cuneros al distrito. Esto lo hacen, sin duda, para no adquirir compromisos, toda vez que el objeto que les mueve á tener voz y voto en el Congreso no es otro que el de poder apoyar al gobierno que les da asiento en el festin del presupuesto, ó combatir al que les niegue esta satisfaccion.

Creen mas oportuno hacer el negocio por cartas, convencidos de que la distancia servirá para aumentar su pequeñez.

Alguno que otro, sobre todo cuando se siente con ánimos para ser hombre político, va al distrito, aprovecha la ocasion para adquirir buenas relaciones en él, y proponiéndose en las nuevas elecciones trasformar el distrito prestado en distrito natural, se convierte en verdadera sanguijuela del presupuesto, y llena de destinos á los que en otra ocasion pueden votarle.

El diputado cunero que observa esta conducta se sale de los límites de mi cuadro.

Yo hablo solo del que se presta á ser instrumento de una fraccion ó de un gobier-

no, y viene al Congreso á decir que *sí* ó á decir que *no*, segun se lo manden sus jefes inmediatos.

¡Plantas parásitas del sistema representativo, contribuyen á la tiranía del número, mas insensata y perturbadora que la tiranía de un hombre!

¡Ellos han fomentado las desdichas de la patria con solo poner su peso al lado de cualquiera de los gobiernos despóticos, bajo la máscara de libertad, que han ocasionado los trastornos y los conflictos en que estamos sumidos!

Sin voluntad propia; sin otro distintivo que la librea de esa sociedad anónima que se llama *política*; con sus afirmaciones ó negaciones; con su voracidad para chupar la sangre mas pura y productiva de la nacion, han sido la langosta de la patria.

Verdad es que no tienen ellos la culpa, sino los pueblos que, en cambio de mercedes ilegítimas y desastrosas, han favorecido su desarrollo en la esfera política, dándoles una vida que de otra manera no hubieran podido adquirir.

Pero como siempre acompaña al pecado la penitencia, los pueblos mas dóciles, los que con mas facilidad se han prestado á las exigencias de los gobiernos, son los que mas hondamente sufren las consecuencias de su debilidad; y los diputados cuneros, sembrando la discordia en los distritos, inoculando el virus del favoritismo entre las clases trabajadoras, falseando las instituciones, han sido y son la causa principal del descrédito en que el sistema representativo ha caido á los ojos de todas las personas sensatas y honradas.

Sí: esos diputados, que no son mas que dóciles instrumentos de un gobierno; que solo sirven para poner en evidencia el triunfo de la fuerza sobre la razon; que no tienen mas mision que la de ser editores responsables de poderes arbitrarios y despóticos, no solo desacreditan á la especie humana por el rebajamiento moral con que se nos presentan, sino que han dado á conocer lo falso del sistema á cuyo cargo viven, aumentando de esta manera el partido de los que quieren volver á ver en el Parlamento Cortes como aquellas famosas de Castilla que servian para poner de relieve los grandes caractéres de los españoles, y cuerpos electorales como aquel de Segovia, que arrastró á su procurador Tordesillas por haber sacrificado los intereses de sus representados á su condescendencia con una injusta pretension del Rey.

El diputado cunero, que empezó á darse á conocer en las Cortes de Cádiz y que prosiguió su marcha ascendente, llegando á su apogeo en tiempo de los moderados y últimamente de los progresistas y cimbrios, se halla en el último período de su vida.

Dentro de poco desaparecerá entre las ruinas del parlamentarismo, ruinas que ha socavado con su egoismo, su docilidad y su desvergüenza.

JULIO NOMBELA.

LOS DOS ROSALES.

—

APÓLOGO ÁRABE.

Alzaba sus frescas hojas
En los bosques un rosal:
Como el coral eran rojas.
Brillantes como el coral.

No tuvo otro jardinero
Que el rocío de las noches,
Y tan solo el aguacero
Regaba sus rojos broches.

De la tempestad violenta
Los raudales le arrullaban,
Y al soplo de la tormenta
Sus capullos germinaban.

Y así elevó vigoroso
Llena de flores su frente,
Y embalsamó venturoso
Con su perfume el ambiente.

Reducido á un corto espacio,
Miraba su gallardía
Desde el vergel de un palacio
Un rosal de Alejandría.

Y comparando su sino,
Que le hizo débil y enano,
Con el brillante destino
Que hizo gigante á su hermano,

En son de queja ó reproche
Dejó un suspiro escapar,
Y así al aura de la noche
Le refirió su pesar:

«Díme tú, brisa indiscreta,
Para cuyo atento oido
No hay cosa que esté secreta
Ni arcano que esté escondido.

»¿Por qué raquítico crezco
Y me daña hasta el rocío,
Y si hace sol languidezco,
Y me hielo si hace frio;

»Y en cambio tengo un hermano
Que en el bosque altivo crece,
Que ante el frio se alza ufano
Y ante el sol se robustece?

»Él vive sin jardinero,
Sin que nadie cuide de él:
Yo soy la flor ¡y me muero!
Mas mimada del vergel.»

«¡Pobre planta! No te quejes,
Respondió la inquieta brisa;
Es preciso que te dejes
Secar y morir sumisa.

»Porque á tí, flor desdichada,
No es tu madre quien te cuida;
Es una madre prestada
La que sostiene tu vida.

»Y ese rosal bienhadado
Que ves alzarse altanero,
No se encuentra abandonado;
Tiene tambien jardinero.

»Jardinero que destierra
Todo lo que mal le cuadre:
Su jardinero es la tierra,
Y la tierra es ¡ay! su madre.»

FRANCISCO MARTIN MELGAR.

BOCETOS CARLISTAS.

D. A. J. DE VILDÓSOLA,

DIPUTADO POR GUERNICA.

Descendiente de una antigua é ilustre familia de Vizcaya, educado primero en San Ignacio de Loyola y despues en varios colegios de Francia, donde ganó los premios de todas las clases á que asistia, es quizás uno de los que con mas gusto han vestido á la moderna las ideas antiguas.

Sus viajes por Francia, Italia, Alemania y Suiza; su prolongada estancia en alguno de estos paises, han modificado en él el tipo vizcaino para darle ese aspecto cosmopolita que caracteriza á los hijos de la civilizacion del ferro-carril y de los periódicos ilustrados.

En el fondo está el vascongado: en la forma aparece el europeo flexible, elegante, negligente, enciclopédico, universal.

Vildósola, harto lo saben sus adversarios políticos, es uno de los mas eficaces argumentos contra los que nos pintan con gorro negro de algodon, sin cuello de camisa, con levita abrochada hasta arriba, baston de muletilla, y por añadidura creen que, huyendo de la luz del sol, suspiramos por la luz de las hogueras, de aquellas hogueras que, ofreciendo hace poco á un jóven demócrata un mechon de pelo y un trozo de herradura entre sus cenizas, le dieron con tan míseros objetos una cartera de ministro y el derecho de poder negar oficialmente la existencia de Dios.

Escribe el francés como el castellano, y ha defendido en *L'Union* de Paris lo que en nuestra *Esperanza* en Madrid.

Infatigable soldado de la buena causa, para luchar desecha el fusil de chispa y adopta el chassepot.

Esto es lo que mas sienten nuestros enemigos, los cuales desearian que nuestro amor al pasado nos colocase con cañones de madera enfrente de sus ametralladoras.

Todo esto quiere decir que Vildósola, como todos sus correligionarios, busca los adelantos para ponerlos al servicio de la fe política y la moral cristiana.

El periodismo ha sido el arma poderosa de los revolucionarios; Vildósola ha llegado á ser uno de los primeros periodistas para luchar con armas iguales.

El folleto ha demolido mas que la piqueta. Vildósola ha reconstruido á fuerza de folletos.

En la tribuna ha hecho lo mismo que en la prensa; y si no se puede decir de él que es un escritor profundo, porque espera para serlo á que llegue el tiempo en que el talento domine á la imaginacion, y un orador grandilocuente, para lo cual le falta la palabra y acaso le estorbe el talento, la verdad es que como escritor periodista y como periodista de la tribuna, si se nos permite la espresion, está á la altura de los primeros.

Conoce demasiado á su adversario para dejarse sorprender, y á intencionado, y cáustico si es preciso, pocos son los que le ganan.

Pues bien: este soldado incansable, apenas cesa de luchar y halla descanso en el seno de la familia, es la antítesis de sí mismo.

Débil ante el cariño, doblega gustoso su voluntad; cede á todo; la mas insignificante puerilidad le distrae; celebra el chiste agudo, y aplaude con espansion.

Está casado con una hija del ilustre é inolvidable D. Pedro de la Hoz, de las mas distinguidas prendas de talento y carácter, que educa perfectamente á sus preciosos hijos, que por cierto son tan carlistas como sus padres.

Vildósola es un gran músico.

Ademas, posee el arte de Brillant-Savarin, y es uno de los primeros gastrónomos de estilo.

Es decir, tiene un paladar de príncipe, y no en la cantidad, sino en la calidad de los manjares, elige con mas acierto que diputados ministeriales el neo-conservador Sagasta.

Una de sus pasiones es el juego de ajedrez, y una de sus debilidades ponerse triste cuando le dan mate.

Falta á este boceto un rasgo característico.

Vildósola es una especialidad en el arte de adivinar charadas, logogrifos y geroglíficos; y no solo los españoles, sino los franceses.

Apenas vió en Paris el de la *Commune*, esclamó: «¡Enrique V, Rey de Francia!»

El que hoy ofrece España, que ni aun sus mismos autores aciertan á resolverlo, le ha inspirado hace tiempo esta solucion: «Restauracion de la legitimidad.»

Como tiene fama de adivinar, esperamos con ansia el *número siguiente*, para ver si ha dado con la solucion verdadera.

X.

ECOS DE MADRID.

Ante todo, diré lo que se ha hecho respecto de las dádivas destinadas á los pobres, por voluntad de doña Margarita.

El editor de nuestro álbum dirigió á las señoras condesas del Prado y de Santa Co-

loma, y marquesa de Gramosa, el siguiente oficio:

«Habiendo resuelto la Sra. Duquesa de Madrid que el producto de la suscricion formada por el periódico LA MARGARITA con el objeto de ofrecerle un recuerdo el dia de su Santo, se invierta en socorrer á los carlistas menesterosos que por su conducta y antecedentes lo merezcan, la empresa del mencionado periódico ha creido deber nombrar una comision de señoras legitimistas para que ejecuten la voluntad de la ilustre Princesa; y teniendo presentes las nobles prendas de V. E. y el interes generoso con que desempeñará tan hermosa mision, ruega á V. E. se sirva aceptarla.

»Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid 13 de junio de 1871.—*Antonio Perez Dubrull.*»

Aceptada por tan nobles señoras la mision de hacer el bien en nombre de doña Margarita, yo misma corrí á ponerme á sus órdenes, teniendo ocasion de ser testigo del celo con que se han apresurado á distribuir equitativamente la cantidad recaudada.

Numerosas han sido las familias que, bendiciendo á la Señora, han acudido á implorar la caridad. Personas de confianza han visitado las míseras moradas de los pobres y han tomado minuciosos informes para que las limosnas pudieran ser repartidas á *los carlistas menesterosos que lo mereciesen por su conducta y antecedentes*, segun los deseos de doña Margarita.

Todos estos trabajos han ocupado tiempo y han servido para convencernos mas y mas de las desdichas en que viven sumidas muchas familias que todo lo han sacrificado á su lealtad.

Despues de un concienzudo exámen de las cualidades y situacion de cada uno de los circunstantes, se ha resuelto la distribucion, y en el próximo artículo daré cuenta detallada de ella, y referiré la historia de cada uno de los agraciados para que se vea con cuánta justicia se les ha socorrido.

Por supuesto que han quedado muchos sin socorro porque no ha alcanzado á mas la cantidad recaudada, de la que, por acuerdo unánime y entusiasta de los favorecidos y de los que han tenido que conformarse con una buena voluntad, se han segregado 2,000 rs. para el objeto que ha de ofrecerse á doña Margarita.

—¿Y qué objeto es ese? preguntarán mis lectoras?

Pues es un relicario, que guardará una reliquia, preciosísima por lo que representa y por la historia que tiene.

Cuando yo ví á la señora condesa del Prado, con lágrimas de felicidad:

—Hace tiempo, me dijo, que tengo vivos deseos de ofrecer á doña Margarita una reliquia que regaló á mi padre el Papa Gregorio XVI. Aprovechemos esta ocasion para ofrecérsela. La dádiva de un Pontífice que tanto afecto profesó á la ilustre familia de D. Cárlos, hecha á uno de sus mas leales servidores, debe ser dos veces grata á los ojos de la Señora.»

Yo no lo dudo: en primer lugar es una reliquia, un *facsímile* de uno de los clavos que sirvieron para el suplicio del Señor; ademas fue del conde del Prado, del ilustre defensor de la legitimidad. ¿Qué mejor regalo podemos ofrecer á una princesa católica, y que representa para nosotros el derecho?

Pero esto es el regalo de la señora condesa del Prado; y para unirlo al nuestro, han pensado las señoras de la comision que con la cantidad segregada debia adquirirse un relicario.

Para que el trabajo sea español, se han dirigido al distinguido platero Sr. Moratilla; y despues de indicarle su pensamiento, le han manifestado el objeto del relicario, rogándole que haga lo mas que pueda por la menor cantidad posible.

El artífice ha ofrecido un trabajo acabado, dentro del presupuesto exiguo de 2,000 reales.

Muy pronto podremos ofreceros un diseño del relicario.

Las señoras de la comision han ideado una composicion sencilla, pero bella.

Sobre un zócalo en el que podrán esculpirse las inscripciones necesarias, se levantará una columna hueca, donde se encerrará la Bula que demuestra la autenticidad de la reliquia.

La columna estará coronada por dos ángeles que sostendrán el clavo. Los adornos serán emblemáticos.

De esta manera, cubierto el relicario por un fanal, podrán algun dia verlo los fieles en una capilla que no nombro, pero que ya suponeis cuál es, como un vivo testimonio de la admiracion que nos inspira la piedad y la fe religiosa de nuestra bondadosa doña Margarita.

Cuando el relicario esté terminado, reproduciremos su diseño en el periódico, y enviaremos nuestro recuerdo á la Señora.

¿Os parece bien todo esto?

Creo que sí, y me atrevo á dar en vuestro nombre un voto de gracias á las señoras que tan bien han interpretado vuestras aspiraciones.

***

Yo no sé por qué llamo á estos artículos *Ecos de Madrid*, cuando, si son algo, son ecos de vuestro corazon.

Yo por mí declaro que no sé hablar mas que de doña Margarita, y lo mejor que hay es que á vosotras lo que mas os gusta es oir hablar de ella.

Se han recibido muchas noticias de Ginebra, algunas para LA MARGARITA esclusivamente; pero he sido indiscreta, no he podido ocultar mi alegría; he contado mis

nuevas, y los periódicos diarios las han anticipado.

No me importa; porque lo que yo quiero es que cuanto antes disfruten mis lectoras el purísimo goce de saber lo que pasa allí donde está siempre fijo su pensamiento, allí donde van todos los latidos de su corazon.

Pero para las que no hayan visto los periódicos diarios, reproduciré las noticias, y de este modo, las que las sepan, volverán á oirlas, y con gusto; porque á nosotras nos pasa con las cartas en que nos hablan de doña Margarita lo que á las madres con las cartas de sus hijos ausentes, lo que á los amantes con las cartas de sus amadas: las leemos muchas veces, las aprendemos de memoria y las besamos con toda nuestra alma.

Ya tenemos la descripcion del dia 10.

Por la mañana, dice una carta fechada el 11 en el Bocage, en vez de la misa rezada de todos los dias en la preciosa capilla que pertenece al Bocage, oimos todos misa mayor, á la que asistió nuestra infantita, que encantaba á todo el mundo; despues de la misa, como la Señora, no estando al lado de su augusto esposo, no se separa de sus hijos, reunió una docena de niños en la quinta, los cuales merendaron, con la mas infantil alegría, con SS. AA. RR.

Durante todo el dia no cesaron de llegar felicitaciones de todos los puntos de España. La familia imperial de Austria, la de Baviera, la de Sajonia, y otras personas reales, enviaron igualmente telégramas de felicitacion.

Por la noche hubo una comida de etiqueta, á la que solo asistieron los españoles que están en Ginebra, porque la fiesta era de familia, y solo españoles debian acompañar en aquel momento á la Señora.

En el centro de la mesa lucia un magnífico ramillete, rematado por la corona real, y regalo del Conde de Chambord, y llamaba la atencion un precioso ramo, regalo de la señora condesa de Orgaz.

La recepcion que siguió á la comida fue verdaderamente de corte: todos los estranjeros residentes en Ginebra y la colonia católica, con la ilustre redaccion del *Journal de Genève*, llenaron los salones y jardines del Bocage.

¡Cuánto se habló de España! ¡Cuánto se pensó en la amada patria!

Solo faltaba allí la presencia de D. Cárlos, que, como dice discretamente una carta de Ginebra, *se halla cada dia mas contento, y está donde hace mas falta.*

El dia 12 debió trasladarse doña Margarita á Wartey, donde se propone pasar una semana con su augusto hermano el Duque de Parma y la Gran Duquesa de Toscana. Doña Blanca y D. Jaime irán con la Señora, que nunca se separa de ellos.

Aun á riesgo de repetir noticias, voy á reproducir unas muy interesantes para vosotras, que ya han visto la luz en *La Esperanza.*

Aquí vivirán mas, porque vosotras conservareis siempre La Margarita.

Hé aquí las noticias:

«Los Condes de Chambord serán padrinos del Príncipe ó Princesa que la Reina Margarita debe dar á luz el próximo mes de agosto.

»El Bocage, linda residencia de la señora Duquesa de Madrid, está siempre muy animado. Francisco II de Nápoles le dedicó su primera visita al llegar á Ginebra; el Conde de Chambord es su comensal cotidiano: S. A. R. el Duque de Brunswik, que tan inmensa fortuna posee en su coleccion de diamantes, la mas rica y bella de Europa, la visita frecuentemente con todos los estranjeros de distincion que se detienen en Ginebra, formándose, por tanto, con la colonia española, la señora condesa de Orgaz, las señoritas de Arjona, las señoritas de Flores, etc., un círculo tan distinguido, que mas bien que círculo, dicen nuestras cartas, es una corte. Hace pocos dias se detuvo allí dos la señora marquesa de la Romana, que, acompañada de su hija y su cuñado el señor D. Tomás Caro, iba á tomar baños cerca de Berna, y nuevamente se detendrán á su vuelta de los baños.

»Escusado es decir á Vds., añade una carta, que la Sra. Duquesa de Madrid, con su talento privilegiadísimo, con su instruccion, que le permite hablar al ruso y al aleman, como al inglés y al italiano, en su lengua nativa; con su amabilidad, que tiene para todos palabras agradables, y especialmente con el perfume que exhalan sus virtudes de esposa y madre, es el alma y el encanto de estas reuniones, que tienen siempre el carácter diplomático y político en medio de su naturalidad.»

Estos dias se han recibido en Madrid preciosos retratos de la Señora y de sus hermosos hijos. Tambien ha llegado un retrato, en el que aparece D. Cárlos teniendo en brazos á doña Blanca y á D. Jaime.

D. Cárlos se ha dejado toda la barba, que le sienta muy bien.

Pronto habrá reproducciones de estos retratos, en varios tamaños.

***

No pondré fin á estas noticias sin copiar un párrafo de una carta de Gratz, donde, como sabeis, residen doña Beatriz y D. Juan, y los Príncipes doña María de las Nieves y D. Alfonso.

En esa carta se dice que D. Juan asistirá con doña Beatriz al alumbramiento de doña Margarita allí donde tenga lugar; «porque, añade la epístola, no se debe aventurar nada, y aunque pudiera comunicar á Vds. nuestras esperanzas y presentimientos acerca del punto en que se halle en el mes de agos-

to la Sra. Duquesa de Madrid, eso es todavía el secreto de Dios.»

***

Al llegar aquí, mi buena fortuna me proporciona nuevas noticias, que me apresuro á comunicaros.

El dia del *Corpus* fue la Señora á la Gran Saconnex, pueblecito inmediato á Ginebra. Llevaba un magnífico traje de raso de color de rosa, adornado con raso blanco y encajes.

Completaba su adorno una magnífica mantilla blanca, sujeta con dos alfileres de brillantes que figuraban flores de lis.

La mantilla es un regalo de D. Cárlos á su adorada esposa, y los alfileres otro recuerdo cariñoso de la Emperatriz de Austria.

Figuraos á la Señora con este hermoso traje, y envidiad á los que viven á su lado.

Apenas abandona doña Margarita su morada para ir á Ginebra.

¿Y cómo ha de hacerlo si le falta tiempo para recibir las numerosas y diarias visitas, no solo de españoles, sino de estranjeros, que van á saludar á la ilustre Princesa?

Por las noches hace labor la Señora en el magnífico salon del Bocage, rodeada de sus damas y de los españoles que residen en Ginebra.

Las veladas terminan á las diez.

¿Por qué no he de deciros otras cosas que sé?

Parecerán pueriles á los que no sienten el amor que nosotras; pero solo prueban que queremos vivir de la vida de los augustos desterrados.

La infantita, que es encantadora, habla el español, el francés y el aleman.

El príncipe empieza á andar, y ya articula algunas palabras que encantan á su madre y á cuantos la rodean.

Hermoso y consolador cuadro de familia, del que no debemos apartar nuestros ojos, porque él encierra nuestra felicidad.

***

Consagremos ahora algun pensamiento al Padre de los fieles, y participemos del júbilo que inunda el corazon de los católicos.

España estará representada cerca de Su Santidad por una comision del gran partido legitimista, y otra de la Asociacion de Católicos.

Dios ha querido que en estos tiempos, en que los encarnizados enemigos de la Iglesia redoblan sus ataques, se levante majestuosa sobre la impiedad la venerable figura de Pio IX.

¿No veis la Providencia en ese grandioso espectáculo?

Los donativos que ha enviado España al Padre Santo han sido numerosos en dinero y en joyas de valor.

Dos rasgos de piedad os contaré.

Al ver las dádivas para Su Santidad, un pobre sacerdote, que ya no se acuerda de cuándo cobró la última vez, sacando un humilde reloj de plata del bolsillo,

—¡Vale poco, esclamó; pero no tengo mas que ofrecer!

Un individuo de la Juventud Católica, pobre tambien, se quitó de la corbata un alfiler con un topacio, y, al darlo, dijo:

—Es lo único que tengo.

Para esta noche se preparan grandes iluminaciones. Los edificios en donde habitan familias católicas ostentarán preciosas colgaduras.

Segun mis noticias, la condesa de Bornos colgará sus balcones de terciopelo; el marques de Monistrol pondrá bajo un dosel, en el balcon principal de su casa, el retrato del Papa.

La España católica será digna de este título con que se gloría.

Confiemos y pidamos á Dios que los corazones españoles, que aunque viven *separados* se comprenden, logren reunirse pronto y fundir en uno solo sus sentimientos, que son los únicos que nos pueden salvar.

ESPERANZA.

MARGARITAS.

El hombre es un ser grande é inmenso cuando conoce su pequeñez y su limitacion.

***

Si hay perversidad en aparentar mentidas virtudes, tambien hay debilidad punible en hacer alarde de despreocupacion moral y religiosa.

***

La luz de la fe alumbra mas que la luz del sol, porque la luz del sol alumbra los espacios finitos, y la luz de la fé alumbra los horizontes infinitos de lo eterno.

***

Así como el rigor de la Justicia suprema se templa con el bálsamo de la misericordia, así la orfandad del pauperismo, que es el fantasma aterrador del mundo, se cubre con el manto divino de la caridad cristiana.

***

La Iglesia es la fuente copiosa del agua santa que apaga la sed ardiente del espíritu.

***

La vida del alma es la vida de la eternidad.

(JUAN CANCIO MENA.)

MADRID, 1871.—Imprenta de *La Esperanza*, á cargo de D. A. Perez Dubrull, Pez, 6.



LA MARGARITA.

ALBUM DE LAS SEÑORAS CATOLICO-MONARQUICAS.

AÑO I. 25 JUNIO 1871. NÚM. 13.

POLÍTICA FEMENINA.

El liberalismo.

ARTÍCULO PRIMERO.

Vamos á reducirle á las proporciones del hogar, de la familia, para verle mejor, para conocerle á fondo.

Figuraos un matrimonio con muchos hijos, algunos parientes, y numerosos criados.

Marido y mujer son ricos porque, gracias al órden, á la severidad de costumbres y al generoso deseo de sus padres, han heredado mayorazgos saneados.

Su casa, de la mas remota antigüedad, está llena de muebles, que revelan en su consistencia y en su mérito, y hasta si se quiere en su valor intrínseco, que los productos de la industria y el trabajo, ni eran esclavos de la voluble moda, ni tenian por objeto aparentar, ni estaban hechos para una sola generacion.

Entre otros estaba el antiguo sillon de baqueta, donde se habian sentado los tatarabuelos, bisabuelos y abuelos del jefe de la familia; la taquilla de ébano con incrustaciones de nácar y adornos dorados donde habian vivido la ejecutoria de la familia, los documentos interesantes, y no lejos de ellos, en complicado secreto, las famosas peluconas, los juros de heredad, y otros valores por el estilo.

En la alcoba, cerca del monumental lecho, el reclinatorio, la pila del agua santa, y el Crucifijo que en sus últimos momentos habian abrazado todos los individuos de aquella familia.

No faltaban en el estrado algunas cornucopias, y en la antesala algunos criados de los que recordaban á cada instante á su señor que lo habian visto tamañito, y por eso le tenian ley.

Los lectores dirán, y con mucha razon:

—¡Venturosa familia, rica de peluconas y de recuerdos! Lo único que debe hacer es formar un museo con to-

dos los objetos que representan su pasado, hacer con ellos un santuario de la familia, enseñarlos á sus hijos para que no solo hereden dinero, sino honra, virtudes, amor y respeto; conservar á los antiguos y fieles criados para que sirvan de modelo á los nuevos; y sin variar de ideas, sin romper esos lazos que hacen de ese hogar un paraiso, cambiar las cornucopias por espejos, el sillon de cuero por cómodas butacas; en una palabra, poner en movimiento su capital para fomentar el trabajo y gozar de sus productos.

Esto es lo que aconseja, no ya la moral, sino hasta el instinto de conservacion; conservar lo bueno antiguo; aumentarlo con lo nuevo bueno.

Pero aun hay mas. Habladme con franqueza. ¿Qué efecto os produce una de esas casas antiguas, en las que cada generacion va dejando sus huellas, y os ofrece á la vista desde la armadura del guerrero que peleó contra los moros durante la reconquista, hasta el ros y el poncho del soldado que, muchos siglos despues, volvió á Africa á refrescar su memoria acerca del valor de los españoles? ¿Qué efecto os produce, decídmelo tambien, la casa donde todos los objetos son nuevos, donde lo mas antiguo que se conserva es del 33 al 40, durante los suministros á los ejércitos, ó de cualquiera de los años que marcan la quiebra de una sociedad de crédito, el desempeño de una cartera, la contrata de algun servicio del Estado, un premio gordo de la lotería, ó una estafa tan ingeniosa como impune?

Pero no contesteis á estas preguntas, porque adivino las respuestas.

Volvamos á mi ejemplo.

Tenemos á la familia que va á servirnos de *anima vili* para el esperimento de liberalismo que á fin de analizarlo voy á hacer, rodeada del prestigio de la tradicion, de la fortuna y del órden, porque órden, fortuna y tradicion dan autoridad al jefe de la casa, é inspiran cariño y respeto á sus subordinados.

Pero un dia, dia ócioso por supuesto, va el padre á visitar á unos amigos, que, faltos de ejecutoria, sin casa solariega, se han fabricado un hotelito con escombros de algunas tapias de una poblacion, por ejemplo, que los individuos de un ayuntamiento han aprovechado como buenas hormiguitas, y el hotelito deslumbra á nuestro hombre, con su microscópico jardin, su escalinata de Portland y sus paredes de escayola, para reemplazar aquel la piedra de sillería, y esta los pórfidos.

Todo en aquel palacio, digno del raquitismo de nuestros tiempos, revela que lo útil yace bajo el peso de lo agradable, la realidad bajo la apariencia, la verdad bajo la farsa.

Para que nada falte allí, las habitaciones de la esposa están á un lado, las del esposo á otro; los hijos tienen sus cuartos especiales, con sus criados especiales.

En una palabra: aquella casa y aquella familia no ofrece mas historia que la que, partiendo de la reforma en materia de Religion, se convirtió en filosofía soberbia, en libre-exámen, en enciclopedia, en revolucion francesa, en revolucion europea, en soberanía nacional, en períodos constituyentes, en fortunas improvisadas, en patatas fritas al vapor, en trajes completos por ochenta reales, y en sombreros de copa por un napoleon, dejando el viejo.

Esta es la historia del liberalismo, contada á grandes rasgos.

Despues de pasar un buen rato respirando en aquella atmósfera cuyas apariencias seducen, torna á su casa y ¡es natural! los criados viejos de su antesala, comparados con los jóvenes de cabello rizado, blanca corbata, etc.; sus maritornes fieles, pero toscas, comparadas con las del amigo, con vestido de cola, peinado de montaña, verdaderas señoritas de Capellanes ó del *Frenesí submarino*, de las que al bailar dan á sus galanes el pañuelo para que no queden estampados los dedos de estos en el vestido de sus amas que se han prestado á sí mismas; sus muebles

y adornos con los de sus antepasados, y, por último, sus costumbres libres, francas, espansivas, alegres, con las de su casa, morigeradas, saturadas de espíritu religioso, fundadas en la equidad y en el respeto á la tradicion de la familia; despues de este ligero exámen, de esta rápida comparacion, esclama:

—¡Pues, señor: no es posible vivir ya como vivo; soy un anacronismo, estoy á cien mil leguas de mi época!

Y comunicando á su familia sus proyectos, se apodera de ella el demonio de la novedad; todos aplauden: los aplausos embriagan y fascinan al jefe de la familia, y formula su primera proclama condenando el pasado.

—¡A la buhardilla todos los muebles que no han visto hasta ahora mas que la luz de los velones encendidos al contacto de la mísera pajuela! Reemplácenlos objetos acostumbrados á la luz del gas, encendido por fósforos de Cascante.

Y todos los individuos de la familia, por aquello de lo que hacen los frailes cuando el *guardian juega á los naipes*, empiezan á verificar la mudanza, destruyen los objetos, se burlan de las piadosas memorias, y tiene lugar una verdadera revolucion, como si dijéramos, el *albor de la libertad.*

Todo es obra de un momento. ¡Destruir es tan fácil!

¡Ea! ya tienen Vds. las habitaciones vacías, los frescos de la pared forrándose con papel continuo por operarios con blusa, que murmuran del que les paga, que aseguran que el trabajo es una injusticia, y que lo esperan todo de *La Internacional.* La buhardilla está atestada, y el Cristo de los moribundos, que se ha caido en la escalera, sirve á los chicos del portero para hacer una procesion, y la procesion les sirve para que su padre, voluntario de la libertad, y patriota, les dé una zurra para que no se *embrutezcan* con las prácticas del catolicismo, segun ha oido decir á Diaz Quintero, y para que su madre, piadosa y desdichada mujer, repita los azotes para que en lo sucesivo no jueguen con las cosas sagradas.

Entre zurra y zurra, otro chicuelo ha cogido el Cristo, se lo ha dado á su madre, y esta le ha vendido á una prendera por mucho menos de lo que vendió Judas al original.

Destruidos los *obstáculos tradicionales*, empiezan á llegar los muebles nuevos.

Pero como no todo lo hemos de examinar en un dia, dejemos para otro la descripcion del liberalismo bajo la forma de muebles y costumbres con que van á llenarse los huecos que una mala impresion ha hecho, no solo en el hogar, sino en el corazon de una santa familia.

JUAN DE LUZ.

CAPRICHOS DE LA MODA.

MANTILLAS Y SOMBREROS.

Voy, queridas lectoras de LA MARGARITA, á daros cuenta de una pequeña discusion que tuvo lugar hace algun tiempo en mi casa, pues estoy segura os interesará á todas; pero antes bueno será que os diga las personas que tomaron parte en ella, dándoos algunos antecedentes.

Era el primero D. Antonio T..., antiguo jefe del ejército de D. Cárlos, que emigró el año 39, cuando el convenio, y que no habia vuelto á Madrid ni á España hasta hace dos años. Creyendo que era verdad aquello de nuestra regeneracion por medio de la *gloriosa* de setiembre, se decidió, á pesar de sus setenta años, á ponerse en camino, para ver deslizarse sus últimos dias *bajo el cielo hermoso y apacible de la madre patria.*

La segunda era su nieta Teresa, preciosa jóven de diez y nueve años, nacida en Francia y criada en Bélgica, y aunque española, segun dice, hasta la medula de los huesos, ardiente admiradora y sostenedora de todas las invenciones del lado allá de los Pirineos, que encuentra todo lo español feo, sin gracia, y soberanamente ridículo.

Teresita, á pesar de todo, es una jóven modesta, sencilla y de buen corazon; y

únicamente este resabio de su educacion de colegio es el que hace que algunas veces me disguste con ella, aunque al poco tiempo su recto juicio, claro talento y chistosas ocurrencias, disipan mi mal humor con mas presteza que nube de verano.

Ademas de estas dos personas, mi padre, mi marido y yo, éramos los interlocutores.

Escuso decir nada de nosotros tres, pues mis amadas lectoras ya nos conocen.

Versaba la conversacion sobre los escándalos que habia producido en Madrid la cuestion de las peinetas y las mantillas, y D. Antonio nos hizo este razonamiento:

—Allá por el año 32, cuando yo salí de Madrid con el regimiento, el aspecto que presentaba el Prado en un dia de paseo, era bastante triste. Todos los hombres que no era militares, paseaban vestidos uniformemente de negro, embozados en sus capas escepto los dos ó tres meses de calor fuerte, y todas las señoras lucian su basquiña de alepin, de merino, de tafetan, de raso, ó de terciopelo, segunsu fortuna, aunque de esta última tela rara vez solian verse tres en una tarde, á no ser el dia de Juéves Santo, destinado esclusivamente para este traje entre las elegantes de aquella época, y todas, sin escepcion, ostentaban con orgullo el lindo zapato bajo de cabra ó de tabinete, y la poética y nacional mantilla.

Si alguna vez ocurria el caso estraordinario de ver un sombrero adornando la cabeza de una señora, no habia que preguntar su nacionalidad; la cabeza que llevaba aquel promontorio tan sin gracia, que nuestro pueblo habia calificado gráficamente con el nombre de *calesin*, no podia pertenecer á una española. Estas, si se lo ponian alguna vez, despues de pensarlo mucho, era para hacer gala de aquel chisme indigesto en Trillo ó la Isabela, que eran los baños que monopolizaban el privilegio de abrigar en sus entonces poco elegantes y menos cómodas pilas, á los bañistas de la corte.

Entonces, los pocos estranjeros que visitaban nuestro pais nos encontraban españoles en toda la estension de la palabra, y podian estudiar nuestras costumbres, que no se habian corrompido todavía, ó al menos no habian hecho otra cosa que empezar á corromperse.

Han trascurrido cerca de cuarenta años, y á mi vuelta, cuando yo ansiaba venir á mi amada patria, á esta tierra clásica de los garbanzos y de las mantillas; cuando ya me regodeaba, á pesar de mis muchos años, con la idea de ver á mis compatriotas luciendo las mantillas y sus zapatos de galgas, sufrí un terrible desengaño.

El segundo dia de estar en Madrid, apenas descansado de las fatigas del viaje, bajé á pasear al Prado para saciarme de ver mantillas llevadas con gracia. ¡Fatal error!

El paseo estaba tan trasformado, que apenas pude conocerlo; pero si la parte material y de adorno del Prado habia ganado muchísimo en la reforma, no sucedia lo mismo con respecto á la concurrencia.

Parecia esta un campo esmaltado de flores de todos colores, y á la monotonía de ayer habia sucedido una variedad indescriptible.

Es verdad que ahora cada mujer se viste y se adorna con los colores y el traje que mejor le sientan, ó que al menos así lo cree; es verdad que ahora la rubia parece mas blanca por el vestido que lleva, y la morena escoge el color que mejor dice con el de su rostro; son verdad otras muchas cosas que por ahí hemos ganado; pero en cambio, ¡qué cabezas sé ven por esos paseos, Dios mio!

Cuál se adorna con un cucurucho, que sobre la inmensa balumba de moñas, y tirabuzones, y trenzas de todas clases con que sobrecarga su cabeza, me producen el mas mal efecto que pueden Vds. imaginarse; cuál otra, cubierta la cabeza con una especie de plato lleno de flores y hojas de todas clases, se asemeja á una maceta en la que una mano inhábil hubiera sembrado diferentes flores á cual mas desiguales; otras, con un sombrero imperceptible, llevan un promontorio de tules y encajes, de tal modo dispuestos, que mas parece muestra de escaparate de tienda de modas que cabeza humana.

Algunas, mas modestas ó menos atrevidas, llevan un velo de tul, que ni es mantilla ni es sombrero, y que no les hace gracia ninguna.

De suerte que todas las señoras se han estranjerizado de tal modo, que dudo, al entrar en un paseo, ó al salir á la calle, si estoy

en la capital de España, ó me encuentro, sin saberlo, en Paris ó en Bruselas (1).

—Pero, papá, dijo á este tiempo Teresita; me parece que exagera V. mucho. Es verdad que la inmensa mayoría gasta sombrero; pero hay muchas que gastan manto, particularmente en traje de mañana, y el manto es prenda española.

—Estás equivocada, querida mia; el manto no es prenda española, aunque hay muchos que creen que es una degeneracion de los mantos con que se encubrian las damas en tiempo de los Felipes III y IV.

Aquellos mantos son los que ahora se usan en la Andalucía Baja, particularmente en Tarifa y Veger, y nuestras damas los tomaron de las mujeres moras, las que todavía los usan. Los mantos de ahora proceden de Nápoles, donde tambien gastan mantilla las mujeres; pero no son españoles; son mas bien un signo de aborrecimiento á nuestra patria; pues viendo las napolitanas que la mantilla era un adorno que tanto cautivaba la atencion de los hombres cuando los españoles dejaron de dominar en aquel bello pais, inventaron los mantos, por guardar en algun modo la gracia del adorno, y no usar de este, que era prenda nacional de los que por tanto tiempo les habian dominado.

Pero, volviendo á mi asunto, ¿qué comparacion cabe entre un sombrero y una mantilla en una cabeza de española? ¿Es posible que Vds. hayan podido desechar por completo un adorno que á la que carece de gracia se la presta, y á la que la tiene, por poca que sea, la hace parecer arrebatadora? ¿Conque es decir que un adorno que los estranjeros admiran y las estranjeras envidian, las españolas le desprecian para usar esas invenciones ridículas que las hacen perder la mayor parte de sus encantos, sin poder cubrirles la cabeza?

Aunque, bien mirado, nada tiene de particular, pues en nuestro afan de imitar las modas de Francia, España, que el mundo aclama como la tierra predilecta de los pies diminutos, los ha estado viendo cubiertos mucho tiempo por unas faldas desmesuradamente largas y unas colas que mas servian para limpiar las calles que para otra cosa; y las españolas, cuya gracia para andar es proverbial, han procurado ocultarla metiéndose en cubas, pues ese es el efecto que me hacen las señoras con miriñaque: el de encubadas.

En fin, tengo para mí que la decadencia de España viene de nuestro afan de estranjerizarnos en todo, y que la culpa principal la tienen las señoras por haber abandonado las mantillas.

Es seguro que si Daoiz y Velarde hubieran sido amados por mujeres que gastaran apagador de luces en la cabeza, hubieran sido incapaces de llevar á cabo su heróica hazaña. Su entusiasmo se hubiera apagado naturalmente.

Es imposible que los hombres de hoy sean buenos españoles mientras vean á la mujer que aman con un adorno parecido á un molde de gelatinas, tomado del estranjero, de donde viene todo lo malo, en lugar de la airosa mantilla española, que tanto entusiasmo produce en todos los que la miran, llevada con la gracia peculiar de una española.»

Así concluyó D. Antonio su filípica contra los sombreros; y yo, que la conservé íntegra en la memoria, os la trasmito, deseando os convenza, como á mí me convenció, y que, arrojando á un lado las baratijas estranjeras que tan poco nos favorecen, hagais uso de la mantilla, que es moda nuestra, y que tanto se glorían francesas é inglesas de habernos hecho abandonar, arrebatándonos, para entrar en liza con nosotras, el arma mas temible para ellas, pues no saben, ni han sabido, ni sabrán nunca manejarla.

Esto os desea, y que Dios os colme de felicidades,

CAROLINA P.

BELLEZAS DE LA RELIGION.

A PIO IX,

PONTÍFICE Y REY,

en el vigésimoquinto aniversario de su exaltacion á la Cátedra escelsa de San Pedro.

SONETO.

¡Pontífice inmortal! ¡Gran Pio Nono!
Tú el siervo predilecto de María',

(1) Debe tenerse en cuenta que esta conversacion ocurrió hace algunos meses, y por tanto no habia empezado á efectuarse la reaccion en favor de la mantilla española que se está llevando á cabo entre nuestras damas, y en la que creo que tomará parte la inmensa mayoría de mis queridas lectoras.

Que, al proclamarla INMACULADA un dia,
De Satan humillaste el fiero encono.
Rey y Pastor, que desde sacro Trono
La grey á campos inmortales guia.
INFALIBLE DOCTOR. Víctima pia,
Sacrificada de la fe en abono.
Si la virtud de Pedro has emulado,
Sus dias por premio y sin igual trofeo,
Dios te otorgó en el sumo apostolado...
Te oprime la maldad... Pero ¡ah! ya veo
Al conturbado mundo, á tí inclinado,
Que, ansiando salvo ser, esclama: ¡CREO!!

VALENTIN DE NOVOA.

Orense 16 de junio de 1871.

ECOS DE MADRID.

¡Cuánta paciencia necesitamos!

Y no se nos diga que tengamos calma, que las cosas se caerán por su peso, que los frutos hasta que están maduros no deben cogerse, y otra porcion de cosas por el estilo.

No, señor: esto no nos convence.

Es necesario no andarse por las ramas; es necesario que los que están libres piensen en los que están presos, que los que están ricos se acuerden de los que están sumidos en la miseria por la lealtad y la consecuencia; es necesario que todos hagan grandes sacrificios, aun cuando solo sea para que no presencie España sesiones como la del viérnes de la semana pasada, y espectáculos como el de la noche del domingo anterior.

En nuestra calidad de mujeres, no entendemos muchas cosas, pero podemos decir muchas verdades á amigos y á adversarios.

Oigan, pues, nuestra opinion unos y otros, que no en vano peleamos nosotras, y Dios sabe con qué fe y con qué resultados, por el triunfo de la buena causa.

¿Para qué han venido los diputados carlistas?

Nosotras creemos que han venido á demostrar tres cosas:

1.ª Que la eleccion de cincuenta y cuatro diputados y veintiocho senadores, contra la voluntad del gobierno y los atropellos de sus muñidores de elecciones; y ademas los millares de votos que han dado á candidatos sacrificados en el escrutinio general, demuestran que España es católico-monárquica, ó, lo que es igual, legitimista por sus cuatro costados.

2.ª Que la revolucion no ha hecho otra cosa que perturbar, destruir y arruinar al pais.

Y 3.ª Que la bandera de la legitimidad es la única salvacion de España.

De las tres cosas está convicta y confesa la nacion.

Prueba la primera el número de nuestros diputados y senadores; aquellos y estos han evidenciado la segunda, y Aparisi y Guijarro, el conde de Orgaz, Estrada y Nocedal han levantado la gloriosa bandera.

¿Qué hay que hacer despues de esto?

Creo que no hay necesidad de decirlo.

¡Qué ocasion tan hermosa para protestar y retirarse la de la negativa del Congreso á felicitar al Romano Pontífice!

¡Qué ocasion tan solemne para protestar y retirarse la de la absolucion del ministerio por la mayoría, despues de los debates sobre la *noche de vergüenza!*

Quizás soy indiscreta, quizás hablo de lo que no entiendo; pero, siendo carlista, he de ser sincera, he de decir lo que siento.

La opinion pública ha juzgado ya á la revolucion y á sus hombres; y empezará á juzgarnos con no menos severidad si no hacemos todos un supremo esfuerzo de generosidad, de abnegacion, de amor propio, de intereses, de todo, para lograr que el derecho triunfe y la justicia reine y gobierne.

Echaos piropos unos á otros, llamaos amigos particulares, decid en un arranque de generosidad que no hay ningun político que no sea recto, digno y noble, dejad que os perdonen la vida, ó perdonadla á vuestra vez, andad, si es necesario, á las manos y calmaos y perdonaos mutuamente.

Todo eso puede ser muy parlamentario y muy bueno, pero no evita que mañana os busquen para apalearos; que no se nos permita el ejercicio de mas derechos individuales que los que agraden á los inspiradores de esos escándalos que se repiten de tiempo en tiempo, sin otro sacrificio que el de dar pasaporte á un complaciente gobernador; eso no evita que el pais se arruine, que la agitacion cunda, que el malestar nos invada, y que, de sobresalto en sobresalto, lleguemos á presenciar la expiacion de los que nos oprimen, al resplandor de los incendios de otra *Commune*, que nos sepultará tambien á nosotros bajo los candentes escombros.

Pasó el tiempo de argüir; llegó el tiempo de obrar.

Nosotras, porque nosotras hemos sido, hemos dado el ejemplo.

Era preciso demostrar nuestro ferviente catolicismo, y prescindiendo de eso que se llama política, unidas en el sentimiento religioso, todas las mujeres que aun son dignas de la redencion que deben al cristianismo, influimos y logramos que nuestros balcones ostentaran vistosas colgaduras, que brillaran en ellos millares de luces.

¡Cuántas luchas domésticas, cuántas observaciones de los maridos y de los padres! Y sin embargo, hubo colgaduras y hubo luminaciones.

Que los faroles fueron apagados á pedradas; que los retratos de Su Santidad fueron quemados; que las colgaduras fueron rasgadas... ¡Y bien! ¿No logramos con esto que

nuestros enemigos tuvieran que cansarse en contar las luces? ¿No logramos que sepan que el espíritu católico domina? ¿No logramos que ellos, heraldos de la civilizacion y de la luz, tuvieran que recurrir á la barbarie y á la oscuridad? ¿No logramos, por último, que todas las personas honradas se indignaran? Y esta indignacion, ¿no está hoy á nuestro lado? ¿Qué piensa el pais de los que han permitido la bacanal del domingo; qué los militares que vieron apedreados los balcones de sus casas ó las de sus amigos; qué piensan todas las clases de la sociedad de un gobierno que no ha protestado, acompañando la protesta con un ejemplar castigo?

Pues todo esto, creedlo, no lo han hecho las mujeres esperando semejantes efectos; lo han hecho animadas por el espíritu religioso, que es la salvaguardia de su familia; lo han hecho porque han querido dar un mentís solemne á los que dicen que ha muerto el catolicismo; lo han hecho porque anhelaban mostrar su admiracion y su veneracion al Santo Padre. No imaginaban que los atropellos se cometerian; pero se han cometido, y ellos han acabado con la falsa libertad, con la revolucion hipócrita, al acabar con la paciencia, no ya de los políticos, sino de los vecinos honrados de los pueblos.

Su epitafio lo ha puesto el diputado Diaz Quintero al esclamar en pleno Parlamento: «¡El catolicismo embrutece!»

Es verdad...; en cambio civiliza el ateismo que apaga á pedradas las luminarias del entusiasmo religioso.

De cualquier modo, lo que nosotras creemos es que así no se puede vivir, y que necesitamos quien nos salve.

Haced un supremo esfuerzo. ¿Quereis que renunciemos á nuestras galas y á nuestras joyas? ¿Quereis que aceptemos hasta el martirio?

Pues hablad, pero no malogreis nuestros esfuerzos; y si hay algun traidor ó algun idiota, no le compadezcais, no le cubrais con una mal entendida conveniencia: salga á la plaza pública, y sufra hoy el castigo del desprecio, mañana el de la ley.

Perdereis una voluntad dañada: ganareis mil corazones sanos.

***

No hay duda de que pareceré muy exaltada. Tal vez lo estoy, tal vez lo estamos todas; pero con motivo, porque nos han herido en nuestros sentimientos mas profundos, y los que tal han hecho, al ver la impunidad, pueden creer que nos han dominado.

No y mil veces no: si ellos se obstinan y las autoridades no nos amparan, seremos nosotras dignas hijas de la gloria de nuestras madres en la guerra de la Independencia.

Pongamos punto á estas reflexiones dolorosas, y hagamos lo que nos enseñan á hacer.

Pidamos escusa si hemos ofendido á alguien, protestando de que no volveremos á hacerlo; y para calmar nuestra pena busquemos consuelo en asuntos mas gratos.

***

Ante todo, el editor de LA MARGARITA tuvo el honor de entregar á la Excma. señora condesa del Prado (víctima tambien de los apagaluces, pero olvidemos esto); tuvo, repito, el honor de entregar á tan bondadosa señora 5,700 rs.

La condesa, de acuerdo con las señoras marquesa de Gramosa y condesa de Santa Coloma, tuvo la bondad de enviarnos el adjunto recibo:

«He recibido del Sr. D. Antonio Perez Dubrull la cantidad de cinco mil setecientos reales, importe de la suscricion recaudada por el periódico LA MARGARITA para ofrecer un recuerdo á la Sra. Duquesa de Madrid el dia de su Santo, y destinada, por órden de la augusta Princesa, al socorro de carlistas pobres que lo merezcan por su conducta y antecedentes.

»Madrid 16 de junio de 1871.—*La Condesa del Prado.*»

Al mismo tiempo hemos recibido una discreta carta de las señoras de la Comision, que insertamos con el mayor gusto, porque es una prueba mas de sus delicados, y buenos sentimientos.

«*Sr. Director de* LA MARGARITA.

»Muy señor nuestro y de todo nuestro aprecio: Aceptando la honrosa mision de repartir á los carlistas pobres, en nombre de doña Margarita, la cantidad recaudada por el periódico que V. dirige, hemos dispuesto distribuirla en esta forma:

	Rs. vn.
Para el recuerdo que ha de enviarse á la Sra. Duquesa de Madrid....	2.000
Para el presidio de Valladolid.....	400
Para el de Búrgos................	200
Para el de Zaragoza..............	200
Para el de Cartagena.............	100
Para el de Alcalá................	80
Para los emigrados pobres de San Juan de Luz..................	300
Cinco lotes de 160 rs. cada uno....	800
Cuatro id. de 120................	480
Dos id. de 80....................	160
Dos id de 60.....................	120
Veintiuno id. de 40..............	840
Uno id. de 20....................	20
TOTAL............	5.700

»Como las personas que han sido socorridas, en su mayor parte, unas pertenecen á familias distinguidas en otro tiempo, su-

midas hoy en la pobreza, y otras son muy significadas y pudieran ser objeto de persecuciones, creemos hacerles una nueva caridad callando sus nombres.

»Pero tendremos el honor de elevar á la Sra. Duquesa de Madrid una Memoria detallada de la distribucion de los fondos recaudados, con espresion de las personas socorridas; y si hemos logrado interpretar sus nobles deseos y los de las entusiastas suscritoras de LA MARGARITA, quedaremos satisfechas.

»Lo que tenemos el gusto de participar á V., quedando de V. afectísimas seguras servidoras, — *La condesa del Prado.—La marquesa de Gramosa.*

»Madrid 20 de junio de 1871.»

La señora condesa de Santa Coloma no ha podido firmar la anterior carta, segun se nos dice, por hallarse ausente de Madrid.

Ayer entregamos á la señora condesa del Prado el resto de la cantidad recaudada; y á su tiempo diremos su inversion: ahora solo nos resta darles en nuestro nombre y en el de nuestras amables suscritoras las mas espresivas gracias por el celo, el acierto y la justificacion con que han distribuido la limosna de Doña Margarita.

Confio en que la Señora leerá con gusto la memoria que se proponen elevar á sus manos.

Aun no hay nada resuelto acerca del relicario: creo que en el próximo número podré daros algunas noticias.

Tambien debo indicar que se han recibido estos dias muchas cartas de personas que lamentan no haber tenido á tiempo noticia de la suscricion, porque nos aseguran que hubieran contribuido á ella con el mayor gusto.

***

No tengo carta de Suiza; pero supongo que ya habrá regresado la Señora de su viaje á Wartey, y que estará muy satisfecha de su entrevista con su augusto hermano.

Pronto vendrán noticias con que personas que estiman los deseos de LA MARGARITA se proponen favorecerla.

Pero si no hemos recibido tan deseadas nuevas, en cambio hemos recibido preciosísimos retratos de la augusta familia.

Ya los vereis, porque han sido reproducidos, y alguno de ellos piensa ofreceros el editor de este Albun.

Os los describiré:

Hay dos retratos de D. Cárlos, con toda la barba. En uno de ellos está abrazada á él su hermosa Blanca; en el otro tiene en brazos á sus dos augustos hijos.

En otro de los retratos aparece doña Blanca al lado de su aya la señora doña Amalia Patzel.

En otro, la misma encantadora infantita, está recostada sobre un hermoso perro de Terranova, que estima mucho la augusta familia.

En el otro, por fin, aparecen sentados D. Jaime y doña Blanca. ¡Si vierais qué grupo tan bellísimo forman!

Creí que lograria describíroslos, y veo que no lo consigo: es preciso que los contempleis, y aun así solo tendreis un vehemente deseo: verlos de cerca, y lo mas pronto posible.

***

LA MARGARITA ha recibido, de una mano que bendice, un precioso manuscrito, en el que se refieren algunos rasgos de D. Cárlos que le caracterizan.

Yo me he encargado de engarzar estas preciosas piedras en mis Revistas para dar á estas últimas valor.

Poco á poco las enriqueceré con tan distinguidos rasgos.

Oid hoy uno:

Poco despues de la eleccion del duque de Aosta, dijo á D. Cárlos la señora de un general francés:

—Señor: si yo fuera D. Cárlos, ya estaria en España.

—Pues si yo fuera francés, contestó el Príncipe, ya estaria en Berlin.

ESPERANZA.

MARGARITAS.

Donde el filósofo tiene que detenerse, reconociendo su impotencia, el creyente puede seguir su marcha guiado por la Fe.

***

Existen verdades que no podemos descubrir con la ciencia, pero que penetramos con la conciencia.

***

La Fe y la Razon, que proceden de Dios, no pueden estar nunca en desacuerdo.

***

Aplicad el criterio católico á la ciencia económica, y encontrareis el ideal de la Caridad; aplicadlo á la ciencia del foro, y hallareis el ideal de la Justicia; aplicadlo á la ciencia de gobierno, y habreis cumplido el ideal de la Libertad.

(DR. NICASIO LANDA.)

MADRID, 1871.—Imprenta de *La Esperanza*, á cargo de D. A. Perez Dubrull, Pez, 6.



LA MARGARITA.

ALBUM DE LAS SEÑORAS CATOLICO-MONARQUICAS.

AÑO I. 2 JULIO 1871. NÚM. 14.

POLÍTICA FEMENINA.

El liberalismo.

ARTÍCULO II.

¡Qué hermosa, qué insinuante y qué fascinadora es la novedad!

Oid á la familia que os presenté en mi anterior artículo.

Cada mueble, cada objeto que llega á reemplazar á los arrinconados por antiguos, arranca á los alegres habitantes de la casa renovada entusiastas esclamaciones.

Por de pronto, han desaparecido todos los recuerdos.

¿Para qué sirve el pasado?

Demuéstranos que la fortuna de que disfrutamos, que el nombre ilustre que nos honra fueron el resultado de grandes sacrificios de nuestros mayores; pero es molesto cuando queremos disfrutar lo que nos pertenece oir á cada instante una voz insidiosa que nos diga: "Si hubieran hecho vuestros padres lo que vosotros haceis, ni seríais ricos, ni cifraríais orgullo en vuestro nombre."

Los que no ven mas que la superficie de las cosas son ciegos mas dignos de lástima que los que ni siquiera pueden ver esa superficie.

Los objetos, los muebles, todo cuanto nos rodea, es parte de nuestra vida, influye en nuestro modo de ser.

Figuraos, y perdonad el símil, que una mujer, bajo el imperio de una pasion culpable, olvida un momento sus deberes de esposa y de madre, y se decide á dar por escrito una esperanza al galan que ha hecho llegar á sus manos una carta atrevida.

Ha luchado, y no ha logrado vencerse; pero al escribir cautelosamente las palabras que han de perderla, fija sus ojos distraidos ¿en qué diré yo? en cualquier cosa, en un reloj de oro que le regaló su esposo para conmemorar

el dia felicísimo en que aumentó su afecto la esperanza de verse en breve reproducidos ; y si no quereis el reloj, en el muñeco manco y descalabrado que ha dejado su hijo junto á ella al despedirse de su madre para ir á pasear con la niñera.

En este caso, el reloj dice algo mas que la hora; el muñeco es algo mas que un juguete.

Uno y otro son la voz de la conciencia...

A veces... ¡qué á veces! siempre que habla de este modo á una mujer olvidada un momento de su deber, vence, y la salva.

Pues bien: todo esto que puede evitar desdichas, recordar dulces emociones, evocar recuerdos santos, ha desaparecido de la casa.

¡No hay tradicion!

Hé aquí por qué el liberalismó lo primero que ha hecho ha sido destruir la tradicion, borrar el pasado, y para conseguir su objeto ha inventado la palabra *antiguallas* ; ha sustituido en la vejez lo venerable con lo ridículo, y ha inventado el cosmético para teñir las canas, las pelucas para ocultar las calvas, y todos los postizos habidos y por haber.

Pero prosigamos.

—¡Vida nueva! esclama el jefe de la familia. Delego mi poder en todos los que me rodean ; cada cuál tendrá el derecho de proponer lo que crea conveniente; una amplia discusion precederá á todos los acuerdos que se tomen; no se hará nada sin que la mayoría lo resuelva así; sin perjuicio (añade para su coleto) de que si á mí no me conviene lo que decida la mayoría, haga yo mi santísima voluntad.

Esta resolucion tan liberal fascina á todo el mundo, y es en pequeño la fórmula del sistema parlamentario.

Desde el momento en que todos tienen participacion en la marcha de la casa, empiezan á dibujarse los caractéres de cada cuál, y las influencias se manifiestan á favor de la libertad, que contribuye á su desarrollo.

Pongamos un ejemplo sencillísimo: el mas bueno.

Figuraos que el jefe de la familia dice un dia:

—Todos los meses nos sobran veinte duros; y como Dios manda al rico que socorra al pobre, opino que debemos destinarlos á hacer obras de caridad.

Nada mas noble ni mas santo.

Por eso cito ese ejemplo; para demostrar que el sistema convierte irremisiblemente el bien en mal.

—Cierto, dice la esposa; la limosna es muy buena; cumple uno al hacerla deberes sagrados. Pero es preciso que no le sorprendan á uno. Hay muchos que se fingen pobres; otros que lo son por efecto de los vicios, y en este caso la caridad puede ser un estímulo á la pereza ó á la depravacion.

Esta opinion representa en la familia el partido moderado.

No se niega á hacer el bien, pero impide que se haga fundado en consideraciones que parecen atendibles, pero que no lo son.

—¡Es muy cierto lo que dice mamá! esclama el hijo mayor; pero con arreglo á su criterio nada podria hacerse. Yo opino que esos veinte duros me los debian Vds. dar á mí, y yo que soy jóven y necesito ver mundo, buscaria las familias pobres, me enteraria de sus condiciones, y los distribuiria con equidad. Tal vez en mis esploraciones hallaria alguna jóven guapa, y al apartarla del abismo, haria un bien, y adquiriria lecciones provechosas.

Esta opinion representa á la Union Liberal.

—¡Vaya una gracia! dice el aguador, que á favor de la libertad que reina en la casa ha podido detenerse, sentarse sobre la cuba y tomar parte en la discusion. Lo que el señuritu quiere, ya lo sé yo, que nun me mamo el dedo. Ya es aprovechado el mozu; su padre puede dejarle solu, que nun se perderá. Mire V., señuritu, nadie mejor que yo puede colocar bien esos duretes. Soy pobre, y conozco

mejor que denguno las necesidades. Démelos su mercé, que yo los haré reproductivos.

—Enriqueciendo al tabernero, dice un criado.

—Calla, animal.

—El borrico eres tú.

—Señor, esa no es crianza. Pido que se escriban sus palabras.

—No, hombre, que las esplique.

—Pues bien, sea.

—Señor: yo le he llamado borrico, y probaré por qué. ¿No va cargado?

—Sí.

—¿No lleva clavos en los zapatos?

—Sí.

—¿No da pares de coces cuando llega el caso?

—Sí.

—Pues dígame ahora *usía* qué diferencia hay entre el aguador y el asno.

—¿Se da V. por satisfecho con esas esplicaciones?

—¡Ah! Sí, señor.

—Si aun lo desea, seré mas esplícito...

—¡Basta! ¡Basta! gritan todos.

—Prosiga la discusion, añade el padre.

Proseguirá en el siguiente artículo. Entre tanto, vayan pensando los lectores qué partido es el que puede representar el aguador.

JUAN DE LUZ.

BELLEZAS DE LA RELIGION.

—

¡SALVE!

¡Dios te salve, Madre amada,
Rico manantial de amores,
Alivio de los dolores
Que acongojan al mortal!
¡Salve á Ti, MÍSTICA ROSA,
Fuente de vida y consuelo,
Que eres, por tu amante anhelo,
La alegría celestial!

¡Salve, aroma de la brisa
Que alienta el pecho angustiado!
¡Salve, perfecto dechado
De bondades y virtud!
¡Salve á Tí, que tierna guias
Al hombre, en tu amor profundo,
Desde que nace á este mundo
Hasta el pie del ataud!

Tú eres el celeste espíritu
Que mas cercano á Dios mora,
Y en nuestro auxilio, Señora,
Se inclinó tu voluntad;
Por eso, en Tí confiados,
Ni aun nos espanta la muerte,
Porque tenemos el fuerte
Escudo de tu piedad.

Caminando ciego el hombre,
Contra su dicha conspira;
La atmósfera que respira
Con su hálito envenenó;
Mas de tu gracia el destello
Rápido el espacio puebla,
Rasgando la densa niebla
Que allí el pecado formó.

Tú proteges cariñosa
Á los que tristes lloramos,
Mientras el valle habitamos
Do solo el dolor se ve;
Haz, pues, Madre idolatrada,
Que, en medio de tantos males,
Nunca pierdan los mortales
El tesoro de la fe.

Yo la tengo, y confio
Que tu amorosa indulgencia,
Para bien de mi existencia,
No ha de faltarme jamás;
Y sé que en aquel momento
En que mi alma dolorida
Se desprenda de esta vida,
Tú á recibirla vendrás.

Gracias mil yo te tributo
Porque tu amparo benigno
Desciende hasta el hombre indigno
Que va de su mal en pos;
Y Tú á todos de él nos libras
Por amor, segun lo muestra
El llamarte MADRE NUESTRA
Siendo la Madre de Dios.

EDUARDO DE LAS DOBLAS.

CUADROS VIVOS

POLÍTICOS Y SOCIALES.

—

El elector cándido.

Pocos hay de esta clase; el tipo se va perdiendo.

Para encontrar alguno que otro individuo de esta familia, hay que registrar muchas aldeas, y detenerse en aquellas en las que mas domina el fervor religioso.

El elector cándido es espansivo, franco, bonachon pòr naturaleza.

No hay nadie que le gane á optimista.

Cuando el cacique ó alguna de las personas influyentes le pide su voto:

—¿Es cristiano? pregunta.

—Cristiano viejo, contesta su interlocutor.

—¿Es casado, ó soltero?

—Casado, y con familia.

—Pero ¿se porta bien, cumple con exactitud sus deberes?

—Es un modelo de esposos y de padres.

—Y ¿qué ideas tiene?

—Lea V. su programa.

El elector cándido fija sus ojos en el impreso, y como siempre encuentra *los mas levantados deseos en favor del país, el mas acrisolado patriotismo, el noble propósito de arrostrar los mayores sacrificios*, y como siempre el candidato ofrece *defender los legítimos intereses de la localidad, procurar que se disminuyan las contribuciones, abolir el sistema de quintas*, etc., etc., aunque ya muchas veces ha oido prometer estas cosas, y ha visto que, en vez de cumplirlas los candidatos electos, apoyan el gobierno á cambio de destinos para ellos y sus ahijados:

—Eso, eso,—esclama con verdadero entusiasmo:—eso es lo que nos hace falta. Yo no daré mi voto mas que á los hombres que abriguen estos propósitos.

—Si V. puede proporcionarle algunos votos mas... nada mas fácil que obtener un empleo para su hijo.

—De ninguna manera; yo no quiero gravar el presupuesto. He nacido labrador, y mi hijo lo será tambien. Lo que yo quiero es tener en las Cortes hombres puros.

—Pues lo que es este que le proponemos á V., es de los pocos.

Y como nuestro hombre necesita creer, porque la fe rebosa en su alma, trabaja con ardor, acude á emitir su voto con entusiasmo, y al poco tiempo sufre un terrible desengaño.

Pero no importa; no se convence por eso de la trama.

Que vuelva á escuchar otra vez las promesas que á los candidatos inspira esa sirena que se llama política; que pongan ante sus ojos un programa muy bien hablado, y vereis renacer las esperanzas en su corazon; y hace nuevos sacrificios, y confia siempre en que algun dia saldrá la patria de los apuros en que se eneuentra.

El boceto que ofrezco á los lectores va á parecerles inverosímil. Ya he dicho que quedan muy pocos ejemplares de este tipo, pero por la misma razon conviene recordarle, para que siquiera quede memoria de él cuando se estinga, lo que, si no ha sucedido ya, sucederá bien pronto.

—

El elector cuco.

¡Este sí que abunda! Se ha propagado en las capitales de provincia, en las aldeas, y hasta en Madrid, de una manera prodigiosa.

La mala semilla crece mucho.

Hay electores cucos en todas las clases de la sociedad.

Veamos algunos ejemplos:

—Sr. D. Juan, dice un agente electoral á un ricacho del pueblo: tengo que pedir á usted un favor.

—¿Se trata de elecciones?

—Precisamente. Ya ve V., es necesario dar fuerza al gobierno para que no se diga que en esta provincia somos revoltosos; y como V. tiene influencia, y puede procurar al candidato ministerial gran número de votos...

—Es muy cierto, pero ya conoce V. mis ideas.

—Ya sé que no están muy conformes con las de los ministros; pero... ¿á V. qué mas le dá? Si con los 200 ó 300 votos que puede usted dar á mi protegido fuera posible cambiar la faz del país, santo y muy bueno. Pero de no poder hacer una cosa así, lo mejor es estar bien con el gobierno.

—¡Hombre! ¿y la conciencia...?

—Vamos, que no le vendrá á V. mal un empleo para el hijo de su hermana de usted, que quedó viuda hace poco, y como el chico es listo...

—Mientras yo tenga, á él no le faltará.

—¿Y para qué quiere V. cargas? Si consigue un buen empleo, y lo conseguirá si usted se empeña, V. se ahorra lo que habia de gastar con él, y el gobierno es el que paga. Ademas, yo no sé á quién he oido decir que... no le desagradaria á V. una cruz de Cárlos III.

—¿Para qué quiero yo cruces? Bastante tengo con la que Dios me ha dado.

—Vamos, que cuando vaya V. á la ciudad á despachar algun asunto, no le vendrá del todo mal llevar la cinta en el ojal de la levita. Y luego... entre nosotros podemos hablar con franqueza; ya sabe V. que se le trata bien; que se le ayuda á ocultar una buena parte de su propiedad para que la contribucion no sea tan grande; que se ha echado tierra encima al negocio de los palos que dió V., estando acalorado, al sobrino del señor cura. Conque... ¿cuento con esos votos, si ó no?

—Mire V., la verdad; yo no digo ni que sí ni que no. Si el gobierno da un empleo á mi sobrino, si me ofrece la cruz de que hemos hablado, si me despachan pronto el pleito que tengo pendiente, si trasladan al juez, que me es muy antipático, porque me gana siempre que jugamos al tresillo, y si dan una canongía á mi hermano el cura, natural es que yo me muestre agradecido, y entonces, bien puede ser, aunque no sea mas que por la gratitud y porque no digan que uno es descastado... que dé los 300 votos que V. me pide.

Presentada la cuestion de este modo, no tarda en obtener lo que quiere, y entonces, al reunir los votos que ha ofrecido, tropieza á su vez con otros cuantos electores cucos que, aunque en inferior clase, no por eso son menos exigentes.

Uno de sus colonos, á cambio del voto, le exige que rebaje el arrendamiento; otro

que le perdone una deuda; otro que le libre un hijo de quintas; otro que le saque la plaza de estanquero, y cada cual, valiéndose del derecho electoral, procura arrimar el ascua á su sardina.

Las elecciones son, para esta clase de electores, un verdadero festin.

Pero no para aquí la cosa.

Algunos de los mas cucos se cuelgan de los faldones de la levita del candidato electo, se vienen á Madrid, y no le dejan á sol ni á sombra, hasta que han conseguido realizar los caprichos que su influencia les da.

No hableis á esta clase de electores contra el parlamentarismo. Es su cucaña; como pescan en rio revuelto, no están en su elemento sino mientras se verifican las campañas electorales.

Gracias al voto que pueden emitir, eluden el cumplimiento de la ley, obran á su antojo, seguros de que cuando llegue el momento, la administracion acudirá en su auxilio para legalizar sus actos.

Pero la administracion suele ser mas cuca que ellos, y en ciertas ocasiones hace la vista gorda, para poder en un momento dado, removiendo espedientes, obligarles á servir sus deseos *gratis et amore*.

Cuando Dios quiera que la farsa parlamentaria termine para siempre, se acabará esta raza de hombres, que son en los pueblos lo que la langosta en los campos.

Hijos de la revolucion, concluirán con ella, y se sepultarán bajo sus escombros.

JULIO NOMBELA.

Á DOÑA MARGARITA DE BORBON.

Jamás, señora, resonó mi canto
Pretendiendo halagar al poderoso
Con sus vagas y dulces vibraciones:
Libre mi pensamiento,
Solo sabe cantar sus impresiones,
Y ensalzar lo que admira, independiente
Cual del arroyo que en la roca salta
La caprichosa y desigual corriente,
Que en rayos de oro y de zafir se esmalta.
Halagada al nacer por la fortuna,
Que alfombró con sus flores mi camino
Y en el paterno hogar meció mi cuna,
No sé lo que es ni la ambicion sombría,
Ni el homenage humilde que envilece,
Ni la vil y mezquina hipocresía.
Como en la flor el celestial perfume,
Como la espuma en la veloz corriente,
Como en la estrella el resplandor suave,
Brota la inspiracion en mi alma ardiente,
Que su misterio comprender no sabe.
¿De qué nace? Jamás puede el poeta
Medir ni analizar el sentimiento
Que en una nueva vida
Dilata é ilumina el pensamiento.
Ya le inspira una flor, que del rocío
Guarda el cristal en sus matices rojos;
Ya la estrella que tiembla en el vacío
Y entre celajes vaporosos arde;
Ya la luz misteriosa que derrama
El crepúsculo dulce de la tarde.
Y la virtud, con su sencillo encanto,
Y la bondad, que el corazon admira,
Hacen brotar su canto,
Que en su ejemplo purísimo se inspira.
Por eso yo, señora,
Hoy te vengo á cantar en dulce calma;
Pero no á tu grandeza:
Solo á tu corazon, solo á tu alma.
Cantar no quiero á la gentil Princesa,
Bella esperanza de la patria mia,
En la que están los corazones fijos,
Sino á la madre que amorosa vive
Entre las cunas de sus tiernos hijos.
Canten otros, señora,
Glorias de un porvenir, quizás no lejos,
Pues ya percibe el alma
De sus rayos divinos los reflejos.
Digan que en este suelo
Serás el iris que, tras negra nube,
Le presta galas al azul del cielo.
Que yo te hablaré solo
Del santo amor que al corazon enciende.
Porque á una madre que á sus hijos ama,
¿Quién mejor que otra madre la comprende?
¡Cuánto se aman, señora! Nuestras almas
Parece que en las suyas se dilatan
En una ola de amor, que eterna brota
De nuestro corazon, como si fuese
Raudal divino que jamás se agota.
Cuando sus labios con amor besamos,
Cuando con ellos dulces sonreimos,
Cuando en sus lindos ojos nos miramos,
¡Qué emocion tan purísima sentimos...!
Yo tengo un ángel de cabellos blondos,
De negros ojos y nevada frente;
Cuando en dulce embeleso
Le miro junto á mí, y en su boquita,
Puro nido de amor, imprimo un beso,
Te recuerda, señora, mi deseo,
Y entre mis pensamientos, en tí fijos,
En mi ilusion parece que te veo
Acariciando á tus hermosos hijos.
Te miro del Bocage en los jardines
Bajo áureos pabellones de esmeraldas
Que cual dosel á tu cabeza augusta
El ramaje te forma en sus guirnaldas;
Miro asida á tu mano
A tu Blanca gentil, que es mas hermosa
Que la luz de la aurora al reflejarse
En el rocío de la blanca rosa;
Y en tu amante regazo
Al tierno Jaime, cuya linda boca,
Capullo delicado que á tus besos,
Como la flor al aura que la toca,
Se entreabre dulcemente,
Y balbucea en desigual sonido
Del idioma español frases mas dulces
Que el suspiro del viento adormecido.
Y así les dices con amante anhelo,
Señalando tu mano
Del horizonte el vagaroso velo:

«Allá lejos, muy lejos, tras la bruma
Que, como velo de flotante encaje,
Se estiende en el espacio
Formando pabellones de celaje;
Tras ese azul vacío
Que cual toldo de seda se dilata,
Bordado por las nubes de rocío
Que forman orlas de brillante plata,
Se oculta nuestra patria, el noble pueblo
De grandes hechos y brillante historia,
Que no le bastó un mundo
Para abarcar su gigantesca gloria.
Allí pechos leales
Siempre fieles nos aman,
Y en esos ecos que dilata el viento
Vibra el eco de amor con que nos llaman.
Acaso en este ambiente
Que, al mecerse en las flores,
Besa con sus aromas nuestra frente,
Palpiten los suspiros
Que desde nuestra patria nos envian
Los nobles defensores del derecho,
Que á las serenas brisas los confian
Al escaparse ardientes de su pecho.
Ved cuán amarga prueba
Sufren por nuestro amor; sed, hijos mios,
Dignos de esa lealtad, de esa constancia
Que sustenta tan altas tradiciones:
Que es dulce la desgracia
Si se tienen por trono corazones.
Pedid á Dios que cesen sus pesares;
Que no se empañe su brillante historia;
Que vuelvan á elevarse sus altares,
Y la fe simbolice la victoria.»

¡Cuadro consolador! ¡Hermoso ejemplo
Que amor, grandeza y sencillez concilia!
¡Bendito el pecho que se erige en templo
Do se eleva el altar de su familia!
¡Oh señora! Al calor de tus cariños,
El fuego del amor y la hidalguía
Templa las almas de tus tiernos niños:
Tus palabras dulcísimas comprenden,
Y es semilla del bien, que en su memoria
Promete frutos de abundante gloria.
Por eso, aunque jamás la lira mia
Vibró para ensalzar al poderoso,
Hoy sus ecos te envia
Figurando de amor lazo dichoso.
Mas yo no canto á la gentil Princesa,
Orgullo y gloria de la Europa entera,
Y en la que están los corazones fijos;
Sino á la madre que amorosa vive
Entre las cunas de sus tiernos hijos.

Patrocinio de Biedma de Quadros.

BOCETOS CARLISTAS.

VALENTIN GOMEZ,

DIPUTADO POR DAROCA.

Ha nacido en un pueblo de Aragon, y por lo elegante de su figura, lo atildado de su traje y la finura de sus maneras, parece un hijo de Madrid nacido y educado en los salones.

Criado en el seno de una familia de honrados comerciantes, es mas poeta que matemático, mas artista que geómetra.

Con todo el aspecto de uno de esos jóvenes favorecidos por la naturaleza, de uno de esos jóvenes que hacen el papel de galanes en la comedia de la vida, por su carácter, por sus ideas, por sus costumbres, es la antítesis de lo que parece.

Buen hijo y buen esposo, llena su alma de fe católica, huye de la sociedad, rechaza todo lo que es pueril, ama lo bueno, lo bello, lo serio; y para que no cese el eterno contraste que entre el fondo y la forma de este talento privilegiado existe, es en todo y por todo la forma mas moderna de la tradicion, como escritor, como orador, como hombre.

En estremo original, inauguró su carrera literaria con un libro que revelaba su carácter.

Titulábase: *Meditaciones de color claro por un autor oscuro.*

Primeras flores de un ingenio privilegiado, auguraban los frutos que han saboreado mas tarde los lectores de *El Pensamiento Español.*

Al terminar la carrera de abogado entró en este periódico.

En vez de defender pleitos particulares, tomó á su cargo la defensa del gran pleito que la sociedad moderna sostiene con el racionalismo; y en artículos doctrinales, en críticas literarias, en estudios artísticos, en su precioso y edificante libro *Los liberales sin máscara*, y por último, en los discursos llenos de fuego y de vehemencia que ha pronunciado en el Congreso, no ha hecho otra cosa que ***hablar de su pleito***, que es el nuestro, que es el de todas las personas que consideran la moral cristiana como punto de partida y término de su viaje en el mundo.

Tiene veintisiete años.

Cuando aun no habia cumplido los veinticinco, en la noche del 16 de julio de 1868, á cosa de la once, llegó á su casa el general D. Hermenegildo Diaz de Ceballos.

—Vengo, le dijo, á hacer á V. una pregunta.

—¿Cual? esclamó.

—Hoy es 16 de julio: ¿quiere V. estar el 20 en Lóndres á ver á D. Carlos?

—¡Yo! replicó asombrado Valentin Gomez: ¿que voy á hacer en Lóndres?

—He sido invitado, como otras varias personas del partido, á asistir á una reunion que allí ha de celebrarse el dia 20 de este mes. La fatalidad hace que me sea de todo punto imposible salir de Madrid en estos dias. He pensado buscar una persona que me sustituyera. A pesar de que es V. jóven, creo no equivocarme al depositar en V. to-

da mi confianza para cumplir la mision que le voy á dar.

—Muchas gracias, le replicó sin salir de su asombro; pero yo no tengo antecedentes de ningun género: ni sé lo que allí se va á hacer, ni mis pocos años me permiten todavía tomar parte en asuntos tan graves.

—Nada: tengo hecha mi resolucion: ¿quiere V. ó no salir mañana en el *exprès* para llegar á Lóndres el 19 por la noche?

Despues de vacilar algunos instantes, respondió Gomez:

—Mañana me pongo en camino.

Y, en efecto: fue á Lóndres; asistió á la primera junta, conoció á D. Cárlos, fue mas tarde á Paris, vivió algun tiempo cerca de los Duques de Madrid; acompañó á doña Margarita formando su cohorte, con otras personas distinguidas, en alguna de sus visitas á los hospitales y casas de beneficencia, y al volver á España fue uno de los que mas dieron á conocer las nobles prendas de los augustos Príncipes, con su palabra y con su pluma.

Elegido diputado por la circunscripcion de Calatayud, su acta durmió el sueño de los... injustos, y no tomó asiento en las Constituyentes.

El distrito de Daroca le ha enviado á las actuales Cortes, y en ellas ha demostrado que posee la elocuencia de la conviccion.

Es un tanto incisivo, y sus frases suelen ser á veces dardos que llegan al corazon de sus adversarios.

Antes que carlista es católico; pero por lo mismo es uno de los mas ardientes partidarios de la legitimidad.

Los que le quieren bien, desean que cuanto antes tenga que abandonar el escenario y los bastidores del parlamentarismo; y esto para que no tropiece con las sirenas de ese mar proceloso.

En honor de la verdad, es lo que mas desea el jóven diputado.

X.

ECOS DE MADRID.

—

Comencemos enviando á nuestra doña Margarita los mas sinceros votos por la felicidad de su augusto hijo el Príncipe don Jaime. El dia 27 cumplió S. A. el primer año, y con este motivo todos los periódicos legitimistas han elevado sus mas entusiastas y fervorosos plácemes á la augusta familia.

Nosotras, mas identificadas, como mujeres y como madres, con la Señora, comprendemos su felicidad al ver á su hermoso vástago objeto de nuestro mas entrañable amor, al saber que todas hemos pedido á Dios que en el próximo año pueda solemnizarse el aniversario del natalicio de D. Jaime bajo el hermoso cielo que, por lo azul, lo sereno y el cariño que nos inspira, nos recuerda á cada instante los cariñosos, serenos y azules ojos de la amadísima Reina... de nuestro corazon.

La fiesta del augusto Príncipe se celebró en el Bocage con un convite á varios niños, y con visitas afectuosas de los egregios personajes que residen en Ginebra, y de los españoles adictos, sin que faltasen telégramas que espresaran sentimientos que jamás pierden su vehemencia.

El augusto niño se cria con una robustez admirable: su salud es perfecta, y soporta con privilegiada energía todas las incomodidades propias de su edad.

¡Si le viérais qué serio se pone á veces! Parece que adivina, que presiente el porvenir que le está reservado.

Y tiene su geniecillo, ¡vaya si lo tiene! pero un beso, una caricia del ángel de su guarda, de su afectuosa madre, le torna risueño y feliz.

***

La crísis de los faroles, como ha dado en llamarse á la que ha amenizado estos dias las funciones parlamentarias, ha acabado con las fuerzas de los actores y con la paciencia del público.

No pide que le vuelvan su dinero, porque sabe que esto es imposible; y despues de haber oido á un doctor, el Sr. Ardanaz, se ha convencido de que el enfermo no tiene cura; pero son muchos los que piensan que no ha sido feliz la fábula de la última comedia.

Para estas cosas debian los ministros llamar á los novelistas. Ellos hubieran preparado algo mas nuevo y de mas efecto que la obra de arte de repostería que han confeccionado con ayuda del patriarca de los demócratas.

Hé aquí la crísis al alcance de todo el mundo.

El ministerio no puede moverse, pero para vivir no tiene mas remedio que salvar el abismo de la Hacienda.

Moret es muy guapo y debe saltar bien; pero teme dar de fondo, y se retira.

Surge la campaña de los faroles, de la cual, segun la frase del ministerial Ortiz de Pinedo, el último farol que se apagó fue Rojo Arias.

Los ministros unionistas que aun conservan relaciones en la buena sociedad, protestan: los otros, que siempre están cumplidos con sus amigos y que están seguros de haber dado gusto á su Tertulia, darian con gran placer una condecoracion á los *faroleros*.

El mensaje se eterniza.

El verano, con sus *calores*, avanza.

Los presupuestos no pasan.

Y en vez de adoptar un remedio heróico, se adopta uno melodramático.

—Señores: estamos muertos, dice el jefe del gabinete; sois generosos, y no podeis ensañaros con cadáveres. Retirad las enmiendas, y votad: la votacion será nuestro responso.

Castelar promete un *hosanna* á los radicales, ó, mejor dicho, les hace creer que pueden contar con los republicanos.

La crísis empieza.

El jefe del Estado declara que dentro del sistema representativo no puede admitirla.

Y despues de tres dias de ansiedad, haciendo los ministros enormes *sacrificios* y sacrificando al pais para que participe de su suerte, resucitan, se quedan, y las oposiciones y la nacion prorumpen en un ¡ah! que los ministeriales califican de *admiracion*, y los que no lo son le califican de *bostezo*.

No ha podido darse un espectáculo mas edificante. Yo llamaria á la crísis *el parlamentarismo por dentro*.

En una palabra: los faroles se apagaron á pedradas, sucumbió el gobernador, fue votado el mensaje, y resucitó Lázaro, aunque no curado.

En cambio, oid, para consolaros, una escena que os gustará.

Una señora de la última hornada tenia entre su servidumbre tres criadas: cocinera, doncella y niñera.

El 18 por la tarde pidieron á su ama que iluminase los balcones.

—¡Yo...! ¡Dios me libre! esclamó; soy *liberala*.

—Pues nosotras, dijo una de las tres, no lo somos; sino carlistas, y muy carlistas, y si no ilumina V., nos vamos ahora mismo.

Así lo hicieron, y aquella noche se quedó dos veces á oscuras la señora de la situacion.

***

¿No habeis reparado estos dias las caras de nuestros amigos?

¡Qué enfadados parecen unos momentos, y qué risueños otros!

Enseñadlos á disimular, para que se hallen dentro... iba á decir de la legalidad existente, pero no lo digo; para que se parezcan al ministerio, que cubre con la capa de la conciliacion las disidencias de sus individuos.

Que no se duermen en las pajas nuestros amigos, ya lo sabemos; que los ministeriales querrian tenderles un lazo, ¿quién lo duda? Y si no, leed lo que dice *El Norte*, de Gerona, del famoso Escoda y Canela, y lo que cuentan los periódicos de fusiles aprehendidos.

Lo que parece cierto es que algunos, que no somos nosotros, trabajan y activan sus tareas para darnos una sorpresa.

Ellos piensan que el que da primero da dos veces, y que cuando la masa está bien preparada, se hacen muy bien las tortas.

En fin: tengamos paciencia, y esperemos á que suceda lo que Dios quiera.

Lo que sí me atrevo á aconsejaros es que no rindais culto á la moda de los viajes de verano; los tiempos son difíciles; hay que economizar; hay que evitar los contratiempos de los caminos, y, sobre todo, nunca está una mejor que en su casita.

Ya comprendeis que mi consejo es saludable.

***

Del precioso manuscrito de que os hablé en mi anterior revista, voy á tomar, para concluir esta, una anécdota que de seguro arrancará á vuestros ojos lágrimas de entusiasmo.

Un dia se presentó á D. Cárlos en Vevey un carlista de toda la vida. Al verle se enterneció, y no acertaba á decir una sola palabra.

Al fin esclamó:

—¡Si yo pudiera dar un abrazo á V. M.!

—Venga, dijo D. Cárlos estrechándole, que estos abrazos hacen bien al corazon.

Poco despues, al marcharse, encontró en la antesala á un título de Castilla, compañero suyo de viaje, que al reparar en él quiso darle una palmada en el hombro para llamar su atencion; pero el buen carlista le apartó diciéndole:

—No me profane V., que el Rey acaba de abrazarme.

ESPERANZA.

P. S. Como habreis visto, se ha aumentado algo la suscricion. Ya indicaré la inversion de estos fondos, y en mi próxima revista os hablaré del relicario.

MARGARITAS.

No hay desdicha en la tierra que no tenga cerca de sí un consuelo.

***

Un viejo honesto y una jóven sencilla pueden ser, y son ciertamente, amigos mas íntimos que dos muchachos ó dos muchachas.

***

El deber tiene espinas; pero las espinas del deber son las flores del triunfo.

***

La lumbre es el emblema del hogar, es el núcleo de la familia, es el calor esterno, en torno de cuyas llamaradas se reune y conserva el calor interno de nuestra alma.

CASTRO Y SERRANO, en *La Capitana Cock*.

MADRID, 1871.—Imprenta de *La Esperanza*, á cargo de D. A. Perez Dubrull, Pez, 6.



LA MARGARITA.

ALBUM DE LAS SEÑORAS CATOLICO-MONARQUICAS.

AÑO I. 9 JULIO 1871. NÚM. 15.

POLÍTICA FEMENINA.

—

El liberalismo.

ARTÍCULO III.

Terminado el incidente parlamentario entre el aguador y el doméstico, prosigue su majestuoso curso la discusion.

—¿Qué quiere V. que yo le diga, papá? dice una de las hijas. V. creerá que le sobran esos veinte duros mensuales, pero no es así. Mi hermana y yo necesitamos para alfileres algo mas de lo que V. nos da, y no es justo que nos falte algun cabo, mientras V. reparte entre pobres que, por serlo, apenas tienen necesidades, la cantidad consabida.

—O podia el señor aumentarme el salario, dice la cocinera.

—Bastante tiene V. con lo que sisa, añade la doncella, que está desesperada porque no puede sisar.

Segundo incidente.

El parlamentarismo es muy entretenido.

—Señor, esclama la cocinera: mi honra acaba de ser vulnerada, y yo pido que se abra una informacion, que se nombre una comision de las personas menos afectas á mí para que digan si es verdad que yo siso.

—Así se hará, contesta el jefe, si bien yo me complazco en asegurar desde luego que si en efecto hay sisa, la culpa no será de V., sino de los que le venden á V. los comestibles por un precio inferior al que V. pone en sus cuentas.

—Curriente; pero veamus entre tantu qué es lo que se hace con los duretes, que esa es la madre del corderu, esclama el aguador.

—Jugarlos á la lotería, dice el mayordomo, que es protector nato dé todos los juegos... de la casa, porque

solo el hacer la vista gorda le vale conservar el puesto y recibir continuos agasajos.

—Dádmelos á mí, para invertirlos.

Y añade otro de los presentes.

—No: á mí.

—A mí ha de ser.

—Yo tengo mas motivo...

—Mi esperiencia es una garantía.

—Si yo no los reparto, protesto.

—Y yo.

—Y yo.

—¡Orden, familia... menuda! esclama el presidente; órden, ó me cubro, que es lo mismo que si dijera: "Me guardo los veinte duros, y hago con ellos lo que me dé la gana."

Ya ven Vds., bondadosas lectoras, que ni aun para hacer el bien pueden entenderse los apreciables individuos de la familia liberal.

Es necesario que una votacion resuelva las dudas.

El jefe de la casa la propone, y es aceptada.

Los que desean estar bien con él por la cuenta que les tiene, le buscan.

—Vamos á ver, esposo, dice su mujer, qué es lo que te parece que votemos los de la familia.

—¡Dios me libre de influir lo mas mínimo en vuestra voluntad! Sois libres, libérrimos. Lo que conviene es que me autoriceis á disponer de los 400 rs., porque al fin y al cabo tengo probado con mi conducta que haré buen uso de ellos. Eso seria ademas una prueba de confianza que yo estimaria; pero respeto vuestra autonomía, y si bien es verdad que de no quedar satisfecho con la votacion, puedo dar un golpe de Estado, tambien lo es que la votacion ha de ser espontánea, sin coaccion de ningun género.

La mujer y las hijas, para que no les quite sus alfileres, votan la autorizacion; los hijos se abstienen, para negociar en una segunda votacion y sacar del autor de sus dias unos cuartos que necesitan para pagar unas deudas atrasadas.

Los domésticos se dividen.

La cocinera vota en pro, despues de haber oido esplicar satisfactoriamente á su amo la causa de sus sisas.

La doncella y los criados votan en contra.

El aguador no sabe qué hacer, y de buena gana iria al pilon á reunirse en tertulia con sus paisanos para pedirles parecer. Un guiño del amo que le viene á decir: "Si no votas como yo quiero te quedas sin parroquiano," le hace decidirse, y la autorizacion es votada.

Las autorizaciones parlamentarias son la anulacion voluntaria del sistema.

Los que las votan dicen:

"Queremos llegar al absolutismo parlamentariamente."

El jefe de la casa hace entonces de los veinte duros lo que mejor le place... pero á medias.

—Si no me das, le dice la mujer, cien reales cuando menos, declaro á la asamblea que tienes peluca, que te pones por la noche gorro de dormir, y que te tiñes el bigote.

—Toma, mujer.

—Si no me da V. cien reales, dice el hijo mayor, publico que si ha pedido V. la autorizacion es para poder dar la cantidad á una modista jóven y guapa que le ha bordado á V. unos tirantes.

—Toma, pícaro, toma, que sabes mas que lo que yo te he enseñado.

—Si nun me da V. cien realazus, dice el aguador, le envenenu el agua, ó cuando pase V. pur cerca de la fuente entre yo y mis paisanus le echamus al pilon.

—Toma, condenado farruco, que me conviene tenerte contento por si algun dia necesito ablandar los huesos á algun prójimo, ó echar á rodar los faroles, como suele decirse.

Quedan cien reales para la limosna; pero llega una carta de un amigo de la juventud, que por efecto de los vicios ha perdido su fortuna, le pide cinco duros para salir del apuro, y se los da.

Los pobres, es decir, el pais, se quedan

en la miseria. ¡Oh! Pero la cosa se ha discutido ampliamente, y el jefe de la familia acepta la responsabilidad de su conducta.

Las hijas saben que la mamá ha sacado tajada, y con embozadas amenazas ó halagüeñas promesas le escamotean algo.

La doncella, que sabe los trapicheos de las jóvenes, pide su parte.

Los criados amenazan al aguador, y este no puede menos de convidarlos á una copa.

Total: se ha perdido el tiempo, el dinero, y se ha desmoralizado la familia.

Queda la conciencia de todos mal humorada, y el mal humor prepara la tormenta.

Las exigencias contra el padre aumentan, los gastos crecen porque es preciso tapar á todos la boca; á pesar de los sacrificios, nadie está contento; un dia se tiran los trastos, y como son de los que hoy se fabrican para salvar las apariencias, se hacen mil pedazos.

Un prendero, ó, como si dijéramos, una especie de Banco de Castilla, los recoge por un pedazo de pan, y se enriquece con ellos.

Sin trastos la casa, hay que buscar los antiguos en la buhardilla; ellos recuerdan el pasado, y un dia esclama el padre:

—¡Basta ya! Hay una ley moral, que es la que preside á la familia. Ella ha de respetarse, y yo me encargo de ser su guardador.

Los criados son arrojados á la calle; la esposa y los hijos tienen que enmendarse; renace el órden; viene en pos de él la libertad, y el bienestar se restaura en la casa.

Entonces es cuando echan de menos aquel Crucifijo, el de la familia, y vuelven á él sus ojos, y le encuentran pagándole muy caro á los judíos, que han comerciado con él.

¿No es verdad que esta imágen en pequeño del liberalismo os ha quitado las ganas de rendirle culto?

¿Sí? Pues sabed que en vuestro caso, para dicha de todos, se halla la mayoría de los españoles.

JUAN DE LUZ.

BELLEZAS DE LA RELIGION.

—

EN EL 25.° ANIVERSARIO DE PIO IX.

(Leida en la Juventud Católica de Vitoria.)

¿Qué alborozo, qué alegría
Los corazones deshiela,
Y en alas del viento vuela
Por la hermosa patria mía?
De su redencion el dia
¿Llegó ya tan suspirado?
¿Es ya tan feliz su estado
Como miserable fue?
¿Por qué el contento, por qué
De ese pueblo entusiasmado?

—

¿Por qué la noble algazara
Que en todas partes se nota?
¿Por qué el alma se alborota
Saliéndose por la cara?
¿Por qué la franqueza rara
Que antiguos odios olvida?
¿Por qué la color perdida
Recobra el orbe manchado,
Que pasa de invierno helado
A primavera florida?

—

Es que tras del cataclismo
De revolucion funesta,
Celebra el mundo una fiesta
De puro catolicismo:
Es que, salvando el abismo
De su larga desventura,
La copa del gozo apura
Con aficion indecible,
Ante un presagio infalible
De su bonanza futura.

—

Es que el supremo Pastor
Que oprimido en Roma vive,
Marcada merced recibe
De la mano del Señor;
Es que, de su fe en honor,
De su grandeza en abono,
En el pontificio Trono,
Entre amarguras y daños,
Cumplió ya veinticinco años
El augusto Pio Nono.

—

Por eso el mundo sus glorias
Enamorado celebra,
Y acordes músicas quiebra
En honor de sus victorias:
Por eso sus cien historias

Repasa con emocion;
Y de la ardiente region
Hasta la region del frio,
Solo se oye: «¡Gloria á Pio!
¡Gloria, gloria y bendicion!»

—

Y aquel pueblo caballero
De Granada y de Lepanto,
En regocijo tan santo,
¿No habia de ser el primero?
¡Ya se ve que lo es! Entero
Se alzó de su inercia fria,
Y al Papa con alegría,
Dijo, y con presteza estraña:
—«Aquí está, señor, España
Para celebrar tu dia.»—

—

Y olvidando la pobreza
Que sin su culpa le abruma,
Lleva á su Padre una suma
Estimable de riqueza.
Corre á los templos y reza,
Sale á las calles y grita,
Goza, se afana, se agita,
Se entusiasma, se estremece,
Se trastorna, se enloquece...
¡Bendita España, bendita!

—

Haciendo al dolor reproche,
Se abraza con la alegría,
Se viste pompas de dia,
Y se ilumina de noche.
Abre al entusiasmo el broche,
Y toda júbilo es...
¡Padre! mira: ¿no la ves?
Mira el católico bando,
España entera, saltando
Como un cordero á tus pies.

—

Burlando el tiempo y sus huellas,
El viejo se torna mozo;
Se asoma festivo el gozo
Al rostro de las doncellas;
Sus ojos, que son estrellas,
Te envian sus resplandores;
Frescos aromas de flores
Te dan sus auras inquietas;
Y te cantan sus poetas,
Y te pintan sus pintores...

—

¡Padre! con placer estraño
Para gloriarse en tu gloria,
Brilla la hermosa Vitoria
A orillas del Avendaño.
Presenta en gracioso amaño
Su hermosura y su piedad;
Las aldeas la bendicen,
Vuelven á mirarla, y dicen:
«¡Qué hermosa está la ciudad!»

—

Rejuvenecida toda,
Brillante, rica y apuesta,
Como una vírgen compuesta
Para el dia de su boda;
Y al ver cómo se acomoda
Sus galas y sus primores;
Y al ver los vivos colores
Con que su frente engalana,
Parecen llamarla hermana
Los pájaros y las flores.

—

En concierto estraordinario
Y en religiosa actitud,
Su entusiasta Juventud
Celebra tu aniversario,
Y pide al Dios del Calvario
Por su preciosa Pasion,
Te libre de la opresion
De ese verdugo malvado...
—¡Envíanos, Padre amado,
La divina bendicion!—

A. DE VALBUENA.

BOCETOS CARLISTAS.

D. CRUZ OCHOA.

Un talento claro, una imaginacion vehemente, una fuerza de voluntad navarra, una lealtad á toda prueba y algunos resabios de los que suelen tener los niños mimados: hé aquí el retrato moral de Cruz Ochoa.

Con estas prendas, y su figura esbelta, sus facciones agraciadas, sus ojos azules, su cabello rubio, su valentía para hablar y su serenidad para arrostrar el peligro, no es de estrañar que en breve espacio de tiempo haya adquirido celebridad.

Su primera educacion la debe á una santa y cariñosa madre.

La tradicion y el espíritu del benemérito cuerpo de la Guardia civil, en cuyas filas ha formado, acabaron de completarla.

Con el honroso uniforme frecuentaba las aulas, y llamaba la atencion de sus profesores y de sus compañeros por las cualidades de su inteligencia y las prendas de su corazon.

De esta manera heróica llegó á ser abogado, y lo primero que hizo al obtener el título, fue defender la causa de la legitimidad.

Elegido diputado constituyente, no tardó en alcanzar popularidad por su arrojo, por su energía, por su audacia.

Al mismo tiempo publicaba un periódico que obtuvo gran número de suscritores, y que solia decir muy buenas cosas. Pero no faltaron almas caritativas que, temerosas de que los ímpetus de Cruz Ochoa y de los que con él escribian les proporcionasen disgustos, los apartaron del precipicio, y el periódico sucumbió á los abrazos y á los besos de sus amigos.

Como soy imparcial y no acostumbro á poner en mi paleta para los retratos el color de la adulacion, debo decir que Cruz Ochoa, estimulado por la popularidad que alcanza-

ba, iba avanzando, avanzando, y en su arrojo olvidaba á veces que solo era un soldado distinguido.

La culpa no fue suya, sino del parlamentarismo, y los mismos que le criticaban han venido á incurrir en idéntica debilidad.

No se puede negar á Cruz Ochoa, sin cometer una gran injusticia, que ha sido uno de los mas fervientes y mas útiles propagandistas de la causa de D. Cárlos.

Su ruda franqueza ha podido inducirle á esclamar como el rico-home de Alcalá: «¡Del Rey abajo, ninguno!» Ha podido, porque es jóven y fogoso, cometer alguna indiscrecion; pero en el momento del peligro presentará su pecho, mientras que algunos otros solo dejarán ver su espalda... y á lo lejos.

Como se trata de un hombre querido con delirio por unos, mirado con recelo por otros, el dibujo que ofrezco no puede ser mas que un estudio de claro-oscuro.

El verano último, despues de haberse librado de la *Porra* madrileña, fue á la frontera, y en compañía de Rada y de dos diputados navarros negoció con Escoda.

Se equivocó, que al fin y al cabo no es infalible; pero con su energía evitó que su provincia secundase aquel descabellado movimiento.

Llamado al Congreso, envió un parte telegráfico que se le ha criticado mucho.

En fin, estas son pequeñeces que los hombres atribuyen á las mujeres, y que estas deben atribuir á los diputados, cualquiera que sea su procedencia.

Cruz Ochoa ha vuelto al Congreso, y con una modestia que le honra ha dejado á otros su lugartenencia del año pasado, limitándose á denunciar abusos.

Hoy puede meditar, y seguramente medita, sobre la situacion de su partido, la de su patria, y la suya propia.

Tiene talento y corazon.

Es ardiente legitimista y sincero católico, *cristiano rancio*, como suele decirse.

Con estas cualidades puede hacer mucho si llega á comprender, como parece comprenderlo ya, que el sacrificio del amor propio en aras del amor de la patria, es el triunfo mas puro que pueden conseguir un talento y un alma privilegiados.

X.

EL NÁUFRAGO (1).

Cuando al abrir los ojos
el desgraciado náufrago
la soledad inmensa
mira en su derredor,
sin nadie que á sus ayes
compasivo conteste;
sin nadie que comprenda
su grito de dolor,
en un inmenso caos
gira su entendimiento,
y ni palpitar puede
su helado corazon.
Ya su razon vacila
de su desgracia al peso;
ya una blasfemia impía
tal vez va á pronunciar:
mas levanta los ojos
y los fija en el cielo,
y el llanto del consuelo
se ve de ellos brotar,
que célica esperanza
su corazon anima,
y á su contacto puro
la congoja pasó.
Su silencioso llanto
se lleva su amargura,
y el mundo le sonrie
tranquilo y sin dolor;
su voz dirige al cielo,
y en su plegaria férvida
perdon y amparo pide
al poderoso Dios,
y gracias sabe darle
con fervoroso anhelo,
pues que al mirar al cielo
consuelo en él halló.

(1) Una señorita nos ha enviado esta composicion, pero su modestia le ha obligado á ocultar su nombre.

¿EN DONDE ESTAN LOS QUE SE DICEN ATEOS?

BARCELONA 30 de junio.

Cualquiera que sea el espíritu de un pueblo, se manifiesta, por mas que haya quien tenga interes en amortiguarlo, en sus festividades político-religiosas.

Es una verdad que las ostentaciones esteriores no son hechas para nuestro gran partido; déjanse para los que, en número muy inferior al nuestro, tienen por costumbre meter mucha bulla y algazara para encontrar en su forzado entusiasmo lo que les niega la realidad. Pero si bien es cierto que no estamos acostumbrados á ostentaciones de fuerza, no lo es menos que, dadas las actuales circunstancias, debemos combatir á nuestros enemigos con las mismas armas con que ellos nos combaten.

Se echa mano de la historia y de la imprenta para tergiversar los hechos de nuestros antepasados y calumniarlos: nosotros con la historia y la imprenta, los defendemos y los combatimos; á los *clubs* y sociedades secretas en donde el zapatero del lado de mi casa improvisa una multitud de disparates, y adquiere fama del mejor teólogo moralista, debemos oponer nuestras sociedades católicas, en donde se les enseña

sus deberes para con Dios y para con el prójimo; en una palabra, á las manifestaciones antireligiosas y antisociales, han de salirles al encuentro nuestras pacíficas manifestaciones, que, por lo numerosas, llevan el consuelo al alma afligida, y hacen temblar al hereje. Y si no, dígalo Barcelona y su provincia, dígalo España entera, que ha visto sus góticas catedrales llenas á todas horas de un gentío inmenso, dando de ese modo un mentís á las calumnias de cuatro ó cinco que se llaman *libre-pensadores*. Ya Barcelona no es la religiosa, decian estos; el comercio, al rápido contacto con las demas naciones *civilizadas*, la ha despreocupado; la clase media, pronta á desengañarse, se ve indiferente y apática; el pueblo ¡oh! el pueblo está muy empapado en las modernas ideas de *libertad, igualdad* y *fraternidad* para que se deje sorprender: ¿no veis, ademas, esos candidatos ateos que salen de esos *clubs?*

. . . .

¿Qué es eso? ¿Qué significará ese continuo insulto á nuestras creencias por una turba descreida que hace gala de ser *mas católica* que Dios? Por fortuna, la Vírgen de Montserrat, desde su magnífica y altísima atalaya, ¿no ha descubierto los ejércitos enemigos, y, como en otros tiempos, no ha bendecido nuestro pendon guerrero? ¿Qué es eso? La Vírgen de las Mercedes, ¿ya no hace caso al furioso embate de las olas de aquel mar que se prestó gustoso á servir de alfombra á nuestros intrépidos guerreros, para libertar de las cárceles agarenas los cristianos cautivos? ¿Ya no atiende al silbido del huracanado viento al pasar por entre los mástiles que le advierte la hora del peligro para volar en socorro de sus hijos? ¿Qué es eso...? No: no dormia la Morenita desde su atalaya. Todo lo escuchaba con confiada calma la Perla de Barcelona: como que sabia que en la ciudad donde murió Santa Eulalia no se apagaria la fe que tan heróica jóven le legaba, y así se ha podido ver con motivo del vigésimoquinto aniversario del pontificado de Pio IX, Papa y Rey.

Las fibras de nuestros corazones se conmovieron por tal recuerdo, y era cosa de ver lo generales y espléndidas que han sido las fiestas que con tal motivo se han celebrado. No han escaseado luces, colgaduras, fuegos artificiales, fogatas en las torres de nuestra basílica y demas iglesias, y la multitud que recorria las calles con la alegría pintada en el rostro, de emocion en emocion, llegaba á no poder contener su puro entusiasmo, hasta gritar *¡Viva Pio IX, Papa y Rey!*

Varias fueron las funciones que en celebridad de tan providencial acontecimiento se verificaron: entre ellas es de notar la procesion que salió de la basílica para ofrecer á la Vírgen de las Mercedes el cetro de oro que la ciudad de Barcelona le ha regalado, á cuyo acto asistieron mas de 3,000 personas, llamando la atencion la insignia que usa la Sociedad católica de Amigos del pueblo, consistente en una tiara y las llaves, con unas cintas de los colores nacionales y pontificios, como signo de distincion de su amor y adhesion al Pontificado. Comunico con el mayor gusto estas noticias á las lectoras de LA MARGARITA, segura de complacer sus puros sentimientos religiosos.

R. JORNET.

ECOS DE MADRID.

—

¿Qué sucede? ¿Estamos seguros?

—¿Por qué esas preguntas?

—¿Qué..., Vds. no saben?

—No.

—¡Pues ahí es nada...! Lo que acontece es grave. En primer lugar, los partidarios de D. Alfonso se han entendido con los de Montpensier.

—¿Sin previa reconciliacion?

—Con reconciliacion completa.

—¿Pero es posible eso?

—Todo es posible en pleno liberalismo. Ademas, parece que la cosa se ha hecho por influencia de María Cristina.

—¡Fatal influencia para los españoles!

—Para los españoles, sí; pero para los que viven de la política, ha sido la mas fecunda siempre.

—¡Bah! eso no puede realizarse. ¡Pues qué! ¿así se maneja á un pueblo?

—Ya sabemos que de ese abrazo resultará lo que de todos los abrazos que se han dado desde 1840. Sin ir mas lejos, O-Donnell y Espartero se abrazaron, y á los dos años fueron ametrallados los progresistas. Hoy, mas que nada, inspira el amor propio esa conspiracion.

—¿Y cuentan con elementos?

—Los ministeriales aseguran que sí.

—Y nosotros, ¿qué hacemos?

—Nosotros... ¿qué hemos de hacer? Aguardar á que el edificio se desplome.

***

Ello es que debe haber algo grave. Me han asegurado personas desveladas que han oido estas noches pasadas, á cosa de las dos, algunos tiros; otros han visto luces en algunos tejados.

Ademas, han sido ó van á ser relevados algunos jefes militares.

—¿Conque es decir que en julio...?

—¡Así parece!

—¿Habrá cambio de postura?

—¡Quién sabe!

—Pero la enfermedad, ¿continuará?

—¡Oh! no.

—¿Sabe V. algo?

—Yo solo sé que hay lógica en el mundo.

—Bien; pero la lógica...

—La lógica lo puede todo.

—Dígame V. en confianza si sabe algo.

—Ni sé, ni quiero, ni debo saber; y crea usted que si esto hubiera sucedido siempre, la enfermedad se habria curado ya.

***

—¡Pobre Moret!

No os asombre esta esclamacion: soy justa, y tengo motivos para lastimarme de la desdicha de un hombre que es un escelente esposo y un amantísimo padre.

Si le viérais rodeado de sus seis hermosos hijos, y teniendo que luchar con los *puntos negros*, sentiríais tristeza.

Ya sabeis que una contrata de tabacos ilegalmente ejecutada ha caido sobre la situacion como una bomba, y ha aplastado al inocente ministro de Hacienda.

Solo en la esfera de la política, donde no hay entrañas, podrán pensar mal de él; yo creo firmemente que la única culpa de Moret es haber sido ministro de Hacienda, no debiendo ser mas que un elocuente catedrático.

Pero tampoco es suya la culpa, sino de la revolucion, que no teniendo presente ni pasado, se ha visto precisado á negociar sobre los hombres de su porvenir.

En resúmen: el *punto negro* oscurece el ya nublado cielo de la situacion; la Hacienda se ha quedado sin galan, y el pais se quedará muy pronto á oscuras, si el sol no rasga las tinieblas.

***

Y sin embargo, Madrid se divierte.

Id al Prado desde las ocho hasta las diez, y vereis innumerables figuras de movimiento, muy engalanadas todas, aunque solo Dios sabe á qué costa, paseando en distintas direcciones, y agitándose en aquella jaula como si la felicidad les sonriera.

Pero aquella distraccion no es la mas cara.

En el Teatro y Circo de Madrid, en el de Price, en los Campos Elíseos, en el Jardin del Buen Retiro hallareis millares de cuerpos, por poco digo de almas, que se exhiben, y demuestran que pueden permitirse aquel lujo, ó que pueden proporcionarse aquel placer.

El hogar asusta á la familia moderna.

El sacrificio que se hace á la esterioridad hace que el interior de la casa sea molesto, y por olvidarle corren hijos y padres, esposas y esposos, á embriagarse con músicas, piruetas, ejercicios gimnásticos, chistes indecorosos é intriguillas de las que revolotean en torno de todos los espectáculos.

Olvidar y gozar: hé aquí los dos polos de esta loca sociedad.

Muchas familias de la aristocracia se han ido al estranjero, á Paris tal vez, para ver los estragos de la *Commune* y poder contar entre chistes y frases humorísticas lo que ven, sin tomar las lecciones que dan aquellas ruinas.

¡Ah! ¡Cuánto tiene que hacer la Reina... de nuestro corazon para devolver á la familia la pureza de costumbres que hoy la condena al suplicio de carecer de hogar!

Pero todo se andará, Dios mediante.

***

Voy á deciros algo acerca del regalo que con parte de vuestros donativos nos proponemos ofrecer á doña Margarita.

Ya deberia estar en su poder, y lo estaria seguramente sin un contratiempo que ha podido costar caro al platero.

Iba hace dos semanas por la calle, y, enredándose en la cola del vestido de una señora, tropezó, cayó, y se lastimó, aunque no gravemente.

Este suceso paralizó sus trabajos.

Ya está restablecido, y ha enviado á decir á la señora condesa del Prado que en la próxima semana le entregará el relicario.

No hemos visto el diseño, porque el artífice, penetrado de nuestra idea, ha querido interpretarla con arreglo á su propia inspiracion.

Cuando esté terminado, mandaremos sacar un diseño, y lo publicaremos en nuestro Album.

Los donativos se han aumentado con 40 rs. de la señora de Obregon y 20 de las señoras de Iturralde, hijas del célebre general carlista; cantidades que por estar cerrada nuestra lista han entregado á la señora condesa del Prado.

Esta bondadosa y angelical señora, que solo goza socorriendo á los desvalidos, ha distribuido los últimos donativos entre un benemérito y antiguo carlista, y la viuda de otro no menos digno, que se hallan en la mayor indigencia.

***

Quiero recomendaros la lectura de un precioso libro del diputado carlista don José María de Pereda, titulada *Tipos y paisajes*, en el que con mágico pincel se describen las mas pintorescas costumbres de la montaña de Santander.

Tambien es bellísima la coleccion de cantares titulada *Trinos*, de D. Manuel Jorreto, que me ha regalado su autor, dándome á conocer el alma de un verdadero poeta.

Por las *Margaritas* de este número podeis formar una idea de su alma.

***

Me tienen olvidada mis buenas amigas de Ginebra. ¡Ya se ve! ¡Son tan felices al lado de la Señora! Si ellas supieran el gozo con que las lectoras de La Margarita leen las noticias de allí, serian caritativas. Las

cartas que recibo de las suscritoras me refieren escenas de una ternura inconcebible. La Señora puede estar segura de que se escucha con lágrimas de felicidad todo lo que á ella se refiere; que cada dia es mayor el cariño que inspira, y que millares de españo las piden á Dios todos los dias en sus oraciones que vea realizados sus deseos.

¿No merecen estos purísimos sentimientos algunos detalles de la vida íntima de su ídolo?

Que no lo olviden mis bondadosas y ahora un poco descuidadas amigas.

*
* *

El viérnes último sorprendió *La Regeneracion* á la corte de las Españas nada meque con un *Manifiesto* y una Constitucion de Cárlos VII, segun decian los ciegos al venderlo.

Desde luego presumo que no les darian ni en la redaccion ni en la administracion órden de engañar al público con aquel grito; porque esto lo hacen los periódicos liberales, y condenamos y execramos su conducta.

Pero aunque estamos escarmentados, oíamos decir:

—«¡Suplemento estraordinario á *La Regeneracion*, con el manifiesto y la Constitucion de D. Cárlos!» Y no hubo un carlista que no se apresurase á adquirir tan preciosos documentos, y hasta los que no lo son se lo arrebataban de las manos.

Pintar el efecto que el engaño de los vendedores produjo, mas aun entre los carlistas que entre los liberales, es indecible. Lo refiero para que, llegando á noticia de los propietarios del diario católico-monárquico, puedan corregir á sus dependientes.

Los situacioneros se frotaban las manos de gusto, y los pobres carlistas... Con decir que hasta hubo quien dió por el tal *Manifiesto* su última moneda, está dicho todo.

Cuentan que se vendieron mas de 15,000 hojas sueltas de *La Regeneracion*.

Pero vamos al caso: el Manifiesto y la Constitucion que atribuian los vendedores á D. Cárlos no era ni mas ni menos que un proyecto, un boceto, algunas ideas para la Constitucion que, á juzgar por la carta de D. Cárlos á su hermano D. Alfonso, quiere aquel príncipe plantear.

Firmábalas *un suscritor antiguo*; pero como las publicaba *La Regeneracion* en suplemento, y estaban escritas y pensadas de cierto modo, todo el mundo dió en decir que el suscritor anónimo era el Sr. Aparisi y Guijarro.

Pero, amigas, la publicacion de un documento tan trascendental, así, de sopeton, y, segun me han dicho, sin previo acuerdo de la Junta central, sin permiso de nuestro verdadero jefe, sin que tuvieran noticia de él los otros dos periódicos de Madrid, causó un efecto que no me atrevo á describir.

¡Lo que se habló! ¡Lo que se murmuró! ¡Dios nos libre de la pasion política!

No seré yo quien eche leña al fuego... aunque, tarde ó temprano, todo ha de saberse y aclararse; pero para tranquilizar á los furiosos diré que la publicacion estraordinaria del documento consabido no ha sido originada ni por una necesidad política ni por un fin lucrativo.

Tanto es así, que me han asegurado que el producto de la venta de los millares de ejemplares del suplemento se destina á aliviar la indigencia de los muchos carlistas que hoy arrastran la cadena de presidiarios.

Lo creo, porque esto es noble y bueno, y así se convencerán nuestros malévolos adversarios de que el grito de venta, especie de anzuelo, fue obra esclusiva de los vendedores.

Dentro de nuestro partido no cabe el egoismo.

*
* *

Hé aquí, para terminar, una muestra de la generosidad de nuestros amigos.

Me la suministra el precioso manuscrito de que os tengo hablado.

A fines de 1868, y en los momentos en que los comisarios regios recaudaban fondos, se presentó un labrador al comisario de una provincia, y entregándole una cantidad,

—Tome V., le dijo, y empléelo en favor de la causa: hace un año que no fumo para poder juntar esta pequeña suma.

¡Qué leccion tan elocuente!

ESPERANZA.

MARGARITAS.

Procura, niña, que siempre
tan limpia tengas el alma,
que cuando llegue el pecado
le dé temor el mancharla.

*
* *

Cuanto mas dentro se forma
del mar, la perla es mas pura;
Las virtudes que mas valen
son las que están mas ocultas.

*
* *

Nunca jamás la calumnia
dejes salir de tu boca,
que es una chispa de fuego
sobre montones de pólvora.

*
* *

Formó Dios un alma hermosa
con las almas de los ángeles,
le dió un amor puro, inmenso,
y despues la llamó *Madre*.

MANUEL JORRETO.

MADRID, 1871.—Imprenta de *La Esperanza*, á cargo de D. A. Perez Dubrull, Pez, 6.



LA MARGARITA.

ALBUM DE LAS SEÑORAS CATOLICO-MONARQUICAS.

AÑO I. 16 JULIO 1871. NÚM. 16.

LA TRADICION.

Hay palabras que por sí solas espresan, no ya una idea, sino un sentimiento, una esperanza, una aspiracion.

Palabras que todos oyen con respeto, que vibran dulcemente en todos los corazones, pues ellas parecen hacer visible esa misteriosa cadena que dilata sus eslabones en cada hora de nuestra vida, y une con un lazo simpático el pasado y el porvenir.

La palabra *tradicion* tiene ese poder, que deberíamos llamar divino, pues reanima lo que fue y da vida con el aliento de la esperanza á lo que aun no ha sido.

A ella van unidas todas las glorias de que el corazon se enorgullece, todas las ilusiones que halagan el pensamiento.

Así en la vida de los pueblos como en la vida de las familias, la tradicion, que poetiza con sus galas el pasado, es como una luz del porvenir, como un delicado velo estendido sobre la amarga realidad del presente, como el espíritu benéfico que embellece la vida.

A traves de la nada del pasado, se la ve brillar como una estela de luz mas viva cuanto mas lejana; ella es el recuerdo imperecedero de altos hechos de gloria, la heroina inmortal de los rasgos de valor, grandeza y virtud que honran la humanidad.

Un pueblo, para ser grande, debe conservar las tradiciones de gloria que le han sido legadas por sus mayores; debe recoger, enaltecer y respetar todos los hechos, todos los sucesos, todas las palabras que esa tradicion sustenta, como si ella le trasmitiese el latido de los corazones que ya se han deshecho en polvo vano, pero que, animados un dia por el fuego del deber, dejaron su nombre al apagarse su vida en ese altar que la muerte respeta y que los siglos elevan mas y mas, como si ellos fuesen pedestal de su grandeza, en el altar de la gloria.

Y esa tradicion que inmortaliza un nombre sustentando su gloria, es necesaria á la vida, porque el corazon, como si tuviese sus raices en el pasado, entre el polvo de los sepulcros, se alimenta con los recuerdos, se inspira en altos ejemplos de virtud, y ellos le obligan y le guian en la senda del deber, de la virtud y la gloria.

Los pueblos no pueden, sin renegar de su pasado, borrar las tradiciones donde palpita la vida de las generaciones que pasaron, sin borrar con ellas las páginas de su historia; no pueden romper esa misteriosa cadena que flota invisible de uno á otro pensamiento, porque ella es como el dique puesto por Dios mismo al torrente invasor de nuestras versátiles pasiones, como el cauce seguro de la corriente de nuestras ideas.

La tradicion que flota sobre la vida sin desvanecerse, es como el perfume que vaga sobre la flor marchita.

¡Pobre del pueblo que quiera destruir con la piqueta de una nueva idea el edificio grandioso de su antigua vida, prueba de su grandeza!

En vano querrá elevar sobre sus sagradas ruinas un edificio moderno que trace el capricho, la razon ó el cálculo; ese edificio nada hablaria al corazon; le faltaria la base principal, el respeto á los grandes hechos que representa; porque la sociedad que puede y debe modificarse á medida que la ciencia se estiende sobre lo desconocido, robándole sus secretos y adivinando sus prodigios, la sociedad no puede renegar de sí misma, ni renacer á una nueva vida á su antojo; porque el pueblo que esto hiciese seria huérfano de sentimientos, y su historia, como un libro en blanco en que el capricho escribiese la primera página con mano tan débil que un azar la borrase, no podria inspirarle ni respeto ni admiracion.

Y no se crea que la tradicion vive por sí sola y no se apoya en un nombre. Como recuerdo, como historia, puede flotar sobre el pensamiento de un pueblo; pero como ejemplo y como gloria, necesita ser sustentada por el nombre que inmortaliza, para que sea algo mas que una sombra vaga cerniéndose sobre el pasado.

Y esas tradiciones que como una herencia de amor viven en nuestro corazon con nuestra vida, grabadas en él á la luz del hogar y al calor de una dulce costumbre, no pueden ser borradas, ni el nombre que les da forma y que es la vida de ellas, ese nombre que á fuerza de oirle vibrar en labios queridos ha llegado á ser una parte de nuestro corazon, puede cambiarse por algun otro estraño á los labios y estraño al corazon.

Esperemos en Dios que en nuestra amada patria la tradicion no se rompa, ya que ella es la esperanza de tantos corazones, la luz de tantos pensamientos, y digamos á los que como nosotros aman ese glorioso iman que atrae por su grandeza: "La muerte de la tradicion es el olvido; si quereis que viva, esperad y amad."

PATROCINIO DE BIEDMA DE QUADROS.

VERBENA TRISTE.

¡Qué hermosa está la mañana!
De entre los chopos el viento
Viene á rozar en mi frente
Húmedo, suave y fresco.
El camino de Avechuco
Cuajado hasta por en medio
Está de grupos que rien,
Hablan y corren ligeros.
Manadas llevan de flores
Las niñas y los mancebos,
Y van á San Juan de Arriaga,
Si no devotos, contentos.
Pues las sencillas
Fiestas del pueblo
Siempre tu gloria
Tu encanto fueron,
Vamos, corazon mio,
Vamos con ellos...

—

¿Qué es esto? Mis pies no quieren
Ir adelante... ¿Qué es esto?
¿Qué fuerza oculta me aparta
Del bullicio que apetezco...?
A mi derecha una verja,
Y allá de la verja dentro,
Filas de negros cipreses
Que alzan sus puntas al cielo,
Y pirámides, y emblemas,
Y cruces... ¡el cementerio!
Huyamos, corazon mio;
Huyamos de aquí muy lejos.
Aquí me asaltan
Tristes recuerdos...
Quisiera huirlos...
¡Es vano intento...!

¡Ah! Tengo que abrazarlos...
No puedo menos.

—

¡Jesus, qué triste y qué solo!
¡Qué frialdad, qué silencio!
¿Dónde estará de estas calles,
Dónde estará el jardinero...?
Allí se aparece un hombre
Mudo y de feroz aspecto...
¿Cabe aquí un alma insensible
Entre tanto sentimiento?
¿Por qué guarda tan medroso
En sitio de paz pusieron?
¿Temen que vengan los vivos,
Ó que se vayan los muertos?
Todo aliñado
Con tanto esmero...
Mas si en virtudes
No florecieron,
¿Qué les sirve en sus tumbas
Verdor eterno..?

—

Hace un año... mas de un año,
Entró por aquí un entierro;
Muchos vinieron con ella,
Pero sin ella se fueron.
¡Tanto tiempo, hermana mia,
Lejos de ti, tanto tiempo!
Y ahora que vuelvo á buscarte
Ni aun tu sepultura encuentro.
Por calles de humanas ruinas
Desorientado me pierdo,
Y te llamo y no me escuchas...
¿Cómo has de escucharme...? ¡Necio!
—Era mi vida,
Mi pensamiento:
Era el tesoro
De mis ensueños...
¿No hallaré quien me diga
Dónde le han puesto?

—

Aquí los árboles tienen
Mas gracioso movimiento:
Aquí el ambiente respiro
Mas aromado, mas fresco:
Aquí rosas y azucenas,
Y malvas, y pensamientos,
No mas puros que sus ojos,
Ni mas limpios, ni mas negros.
Aquí debe ser... airosa
Se alza una piedra: en su centro
Unas letras... *Aquí yace...*
¡Su nombre! ¡Valedme, cielos!
Mármol que avaro
Guardas sus restos,
Trasmite pio,
Trasmite luego
Al alma de mi vida
Mi ardiente beso.

—

Las rodillas á la piedra
Como por iman secreto,
Se adhieren, y en dulce lazo
Cautiva el ánima siento.
Quiero llorar, y me ahogo;
Quiero rezar, y no acierto...
¡Oh Tú que los corazones
Registras, Dios de los cielos!
Como plegaria recibe
Las dos lágrimas de fuego
Que en mis mejillas denuncian
El dolor que hay en mi pecho...
Entre los ángeles,
Allá en mis sueños,
Blanca y hermosa
Siempre la veo...
Mas si aun purgando
Leves defectos,
En triste cárcel
Suspira lejos,
Al seno de tu gloria
Llévala presto!

A. DE VALBUENA.

Vitoria 24 de junio de 1871.

CAPRICHOS DE LA MODA.

EL LUJO.

No sé hasta dónde tendré razon al incluir el lujo entre los variados é innumerables caprichos de la reina del mundo, pues tengo para mí que, en vez de ser uno de los caprichos de esa voluble deidad, este cáncer de la sociedad es su creador, y á él debemos su existencia. Así, pues, queridas lectoras, tengámosle por padre ó por hijo de la moda, voy á referiros algunas consideraciones que se me ocurren con respecto á esta que un moralista llamaria lepra de la sociedad, tal vez con bastante razon, pues la creo una de las principales causas de la desmoralizacion que tanto cunde hoy.

Si repasamos la historia, veremos que todas las naciones han sido tanto mas grandes cuanto mas sencillas eran sus costumbres; y que á medida que han ido desplegando mayor lujo, se han hallado mas próximas á su ruina.

No soy amiga de digresiones de ninguna especie, y mucho menos históricas, para las cuales hace falta una erudicion de que carezco, por lo cual no seré muy estensa en la pequeña escursion que me propongo hacer por el campo de la historia.

Egipto, mientras fue gobernado por los Reyes pastores, es decir, desde Menes, nieto de Noé, que parece haber sido el fundador de este imperio, hasta unos seiscientos años antes de la venida de Jesucristo, conservó la sencillez de sus costumbres primitivas, y fue poderoso, conquistó innumerables territorios, y construyó todas las maravillas que aun subsisten, y muchas que han desaparecido bajo la piqueta de los hombres, que ha causado siempre mas destrozos que la del tiempo; y solamente cuando empezó á afeminarse con el lujo que introdujeron en su seno los paises conquistados, fue decayendo, hasta el estremo de que una nacion que tenia mas de un millon de combatientes se vió conquistada en muy poco tiempo, menos de un año, por Cambises, hijo de Ciro, Rey de Persia.

Reformó este durante su dominacion las costumbres de Egipto, y volvió á florecer, aunque por poco tiempo, pues dos siglos despues fue vuelto á conquistar por Alejandro Magno, á cuya muerte, que, como es sabido, fue muy temprana, se hicieron señores de aquella poderosa nacion los Ptolomeos, los cuales volvieron á reformar las costumbres, floreciendo en su tiempo las ciencias y las artes. A pesar de las continuadas guerras civiles y estranjeras, conservaron por mas de trescientos años su dominio, hasta que el lujo desenfrenado y los banquetes continuados y sensual molicie que son su consecuencia, del último de los Ptolomeos, de Berenice y de Cleopatra,

le hicieron presa fácil de la ambiciosa república de Roma.

Y ya que nombro á Roma, os diré algo de la antigua dominadora del mundo: su historia es igual á la de Egipto y á la de todos los pueblos antiguos: mientras duró la primera severidad de costumbres; mientras la republica romana no se entregó á los deleites, al desenfreno del lujo, fue la señora del mundo. Estoy segura que la loca ostentacion de Lúculo, las necias prodigalidades de Neron y la inmunda molicie de Caracalla contribuyeron mas á la destruccion del gran imperio romano que los godos y los alanos.

En toda la historia antigua vemos los mismos ejemplos; y para no cansaros mas, amables lectoras, únicamente os citaré ya á Grecia, vencedora de Persia y de todos sus enemigos el tiempo que conservó las virtudes sencillas y primitivas de Lacedemonia y Atenas, esclava en cuanto se abandonó al lujo y á la molicie de Chipre y de Pafos.

Nada os diré de Asiria, de Persia, de Cartago y demas naciones de la antigüedad.

Vengamos á nuestra patria, que bastantes ejemplos tenemos en ella, por desgracia, de las funestas consecuencias que el lujo desmesurado trae consigo.

El imperio de los godos ofreció tan poca resistencia á Tarif, cuando invadió á España, porque sus guerreros se habian afeminado con el lujo y los placeres, y de este modo los vencedores de Roma, los sucesores de Ataulfo, de Sisenando y de Teodorico cayeron innoblemente en el Guadalete, en una sola aunque sangrienta jornada.

El imperio árabe fue destruido por los españoles, merced á la decadencia de sus guerreros, que abandonaron la cota de malla y la lanza para entregarse á la voluptuosidad, pasando su vida en zambras y banquetes.

La sencillez de costumbres de los Reyes Católicos y de los primeros monarcas de la Casa de Austria nos hicieron la primera nacion de los tiempos modernos, y al lujo y á la licencia, consecuencia natural de aquel, de Felipe IV y Cárlos II, debemos en gran parte la decadencia y postracion en que hoy nos hallamos.

Reformáronse las costumbres con los tres primeros Borbones que rigieron los destinos de España, y volvíamos á florecer, cuando el lujo desenfrenado de estos últimos tiempos, difundido desgraciadamente por la inmensa mayoría de todas las clases sociales, nos ha vuelto á poner en estado de ser presa fácil de cualquier advenedizo que se le antoje dominarnos.

Esto en cuanto al lujo en general de toda la nacion. En cuanto á los destrozos que ocasiona en las familias, ¿qué podré decir que iguale á la realidad, por mucho que recargue el cuadro con los colores mas negros que pueda encontrar?

Salid á la calle; mirad á cualquiera que encontreis, y estad seguras de que su traje no indica, ni con mucho, su posicion social.

Ved, por ejemplo, aquel caballero que va con paso precipitado á la una y media de la tarde, en direccion al ministerio de... cualquiera que sea, pues en todas partes sucede lo mismo; al verle con su elegante levita de Caracuel, su magnífico pantalon de Torroba y su lustroso sombrero de Aimable ó de Campo, su preciosa caña con puño de oro ó marfil, y su estirado guante de Dubost, no podreis menos de decir: «Ese es un primer oficial de secretaría.» Con mas motivo lo diríais si supiérais que almuerza en el café, no importa en cuál, y que si come en su casa, y eso no todos los dias, siempre cena en el Suizo ó en Fornos á la salida del teatro, y se retira á su casa á las dos ó las tres de la madrugada. Y sin embargo, si tal pensárais, os equivocaríais de medio á medio, amabilísimas lectoras mias: el que acabais de ver no es mas que un simple escribiente con 4 ó 5,000 rs. de sueldo, ó cuando mas un auxiliar con 10,000, porque cuando se tienen ya de 14,000 para arriba, se va siempre en coche; y si se es oficial de secretaría, que se cobran de 24,000 en adelante, entonces... entonces se tiene coche propio.

El demonio del lujo ha tentado á esta clase social (hay muchas escepciones, algunas de ellas sumamente honrosas), y es preciso brillar en la sociedad, aparentar lo que no hay, aunque para conseguirlo se convierta en *ingleses* á la mitad de los españoles.

Mirad aquella linda muchacha con vestido de seda de doble falda, mas oscura la de encima que la de debajo, preciosa bota de tafilete oprimiendo el pulido pie, y gracioso manto de granadina, ocultando á medias un promontorio de cabellos, comprados en casa de Peña: estoy segura que no me creereis si os digo que es una modista de casa de Madama *** ó una florista; y sin embargo, nada mas cierto: gana seis ó siete reales de jornal, y solo gasta uno y medio en comer, pues casi nunca come caliente, y esa es la causa de su color enfermizo, con tal de poder vestir con el lujo que os he descrito.

De este modo podria referiros muchas ficciones que se ven en el mundo: el artesano, por lujo, no quiere llamarse así, y quiere se le diga *artista*, y viste de modo que se le pueda confundir con este; el escribiente quiere pasar por oficial de secretaría, y este se da aires de banquero; el banquero ostenta el boato y la importancia del duque, y así todos.

Sin embargo, no creais que es oro todo lo que reluce, como vereis en el segundo artículo que se propone dedicar á tan importante estudio vuestra amiga

Carolina P.

UN POCO DE MORAL.

—

No se asuste el coro de ángeles que lee de punta á cabo LA MARGARITA. No se asusten las damas católicas al poner los ojos en el epígrafe de este artículo, creyendo que voy á llenar las páginas de su ameno Semanario con alguna trabajosa disertacion teológica. No se asusten, porque ni la cosa va principalmente con ellas, ni la cosa es para asustar á nadie.

Se trata de proscribir una moda algo pecaminosa, y estoy seguro de que las señoras carlistas han de poner todo cuanto esté de su parte para el feliz éxito de la empresa.

No puedo yo creer que nuestras damas católicas vayan escotadas, á no ser cuando así se lo exija una rigurosa etiqueta; pero por eso mismo estoy seguro de que en el dia no lejano en que ellas sean aquí las únicas señoras de buen tono y de buena sociedad, y en que desde los reales alcázares de España puedan dar á todas las españolas la ley que hasta ahora recibian de Francia, desterrarán para siempre y cambiarán por otra esa etiqueta, á que tienen que sujetarse ahora alguna vez contra su voluntad.

¡Qué etiqueta tan fea!

Paréceme que la primera mujer que tuvo el capricho estravagante de vestirse así, ó, hablando con mas propiedad, de *desnudarse* así, no estaba en su cabal conocimiento.

¿Seria casada? Los Santos Padres y los doctores moralistas y ascéticos dicen que no deben las mujeres casadas engalanarse mas ni menos que lo que sea del agrado de sus maridos, ni deben ponerse otros trajes que los que á sus maridos parezcan bien.

Hé aquí las palabras terminantes de Tertuliano en el libro *De cultu fœminarum:* «Vosotras teneis obligacion de agradar solo á vuestros maridos.»

¿Y es posible que haya algun hombre que se complazca en ver á su mujer ir haciendo pública esposicion de sus bellezas ó de sus defectos naturales? Los hombres, siquiera sea por egoismo, siempre han de mirar eso con disgusto. Tertuliano añadió las siguientes palabras á las que acabo de copiar arriba: «Tanto mas les agradareis á ellos, cuanto menos procureis agradar á los demas.»

¿Seria doncella? No solamente es incompatible esa desnudez impúdica con el recato, la timidez y el pudor de las doncellas cristianas, sino que ni aun dentro del sensualismo pagano se encuentran á menudo antecedentes de semejante moda.

La aspiracion de la mayor parte, de casi todas las jóvenes, es el matrimonio; y bien se puede decir de las que para realizar esta aspiracion van escotadas, que *cojen el rastro al reves.* Habrá, por desgracia, muchos jóvenes á quienes agrade ver señoritas escotadas en los paseos, en los teatros, en las iglesias; pero no habrá uno solo que quiera elegir esposa entre las que tienen aficion especial á esa manera de vestirse.

Ahora bien: si es preciso creer que la primera mujer que tuvo el capricho de ir escotada estaba loca, y que lo estaban tambien todas las que apadrinaron el capricho, es preciso asimismo que todas las que no lo están trabajen lo que puedan por desterrarle; y empleando, segun su posicion, unas el consejo, otras el precepto, y todas el ejemplo, hagan que dentro de poco sea necesario ir *de alto* para ir de rigurosa etiqueta.

Ni á casadas ni á doncellas conviene sostener esa mala costumbre, porque ni á maridos ni á pretendientes parecen bien con ella.

Las inclinaciones de los hombres, poco mas ó menos, siempre han sido las mismas, y voy á citar algunos datos antiguos y modernos á este propósito. Las jóvenes hebreas, cuya hermosura es proverbial, y las de otros pueblos antiguos, llevaban la cara cubierta con un velo. La religion de Mahoma, en medio de su sensualismo semisalvaje, prohibe á todas las mujeres indistintamente salir á la calle ó asomarse á las ventanas con la cara descubierta. Entre nosotros es mas ó menos general, en diferentes pueblos, la costumbre de llevar las mujeres por la calle velado su semblante, y yo no he encontrado ningun hombre á quien esta costumbre disguste, ni aun en las poblaciones donde mas generalizada está.

Pues si ni aun la cara de sus mujeres gustan los casados que vean los demas, ¿cómo ha de gustarles que se vistan menos de lo que deben?

Abandonando esta serie de consideraciones, pudiera yo llevar la cuestion al terreno de la estética, mas conocido, mas fácil, mas llano para mí que el de la filosofía, y demostrar allí que esa manera de vestir es fea, es de mal gusto; pero esto me separaria demasiado de mi propósito, y haria que este artículo no tuviera parentesco alguno con su título.

Por otra parte, tampoco lo creo necesario. Escribo para las lectoras de LA MARGARITA, y á las carlistas españolas no les importa tanto el estar mas ó menos hermosas como el ser buenas cristianas. Con que yo les demuestre que dentro de la sana moral católica no caben desahogadamente las mujeres que se doblegan al pecaminoso capricho de la moda que censuro, estoy seguro de que no vuelven á pensar en ir escotadas.

San Alfonso María de Ligorio, á quien siguen todos los tratadistas modernos, en su *Teología Moral*, aprobada por la Iglesia, dice que pecan las mujeres que llevan los brazos y el pecho desnudos en una pequeña parte, á no ser que sea esta la costumbre del pais, lo cual disminuiria la gravedad de la culpa; pero que si la desnudez, ó sea el escote, se estiende á una parte muy notable,

siempre pecan mortalmente, sin que la costumbre pueda escusarlas. (Núm. 55.)

San Pablo, en su Carta primera á los fieles de Corinto (cap. xi), San Pedro en una de sus Cartas, el Sabio en los Proverbios, y algunos otros sagrados escritores, condenan implícitamente los escotes al encargar á las mujeres la honestidad en el vestir.

Todos los ascéticos españoles han puesto especial cuidado en recomendar esa misma honestidad: el insigne Fr. Luis de Leon emplea el capítulo mas largo de su *Perfecta casada* en condenar los afeites y trajes poco honestos de las mujeres; hablando de las que los usan en términos tan duros, que contrastan con su habitual mansedumbre y dulzura. Es de advertir, sin embargo, que los escotes, tal como ahora se usan, no comenzaron hasta fines del siglo xvii y principios del xviii.

Materia tendria, no ya para muchos artículos, sino para muchos libros, si quisiera copiar todo lo que han dicho sobre el asunto los Santos Padres, los Concilios, los Papas y los doctores católicos; por lo cual habré de contentarme con citar un cánon de un Concilio provincial de Tarragona (celebrado en Gerona, bajo la presidencia del Obispo de esta última ciudad, D. Miguel Taberner y Rubí, en 1717), que por su cualidad de español ha llamado mi atencion con preferencia.

Pero he de hacer antes una declaracion, que se me habia olvidado hacer mas arriba donde tenia lugar oportuno, y que no quiero dejar de hacer, por mas que á los lectores les importe muy poco, casi nada, y estoy por suprimir el *casi*.

Por muy enamorado que yo estuviera, y soy capaz de enamorarme mucho, me bastaria ver una vez escotada á la mujer de quien estuviese enamorado, para convertir el amor en profundo desprecio.

Hé aquí ahora testualmente el cánon referido; pero como las bellas lectoras de La Margarita no tienen obligacion de saber latin, y pudiera decir que tienen casi obligacion de no saberlo, voy á traducírselo al castellano:

«*Cánon* 35. *Se prohibe á las mujeres, de cualquier estado ó condicion que sean, ir con el pecho, las espaldas ó los brazos descubiertos.*»

El Papa Alejandro VII, de buena memoria, condenó en una de sus Constituciones el malísimo y detestable uso que habian tomado las mujeres en el pasado siglo de llevar desnudo el cuello hasta los hombros; y sin embargo, en estos desgraciados tiempos ponen como especial cuidado en aumentar las proporciones de la exhibicion.

«Por lo cual, debiendo apartar de los pueblos cristianos este escándalo, fundados en las constituciones del referido Alejandro VII y de Inocencio XI, severamente prohibimos á todas y á cada una de las mujeres, aun á las que son las primeras de entre la nobleza secular, que vayan á los paseos, y mucho menos á las iglesias, con el pecho, las espaldas y los brazos medio desnudos, bajo la pena de no ser admitidas á los santos sacramentos de la Penitencia y la Eucaristía; encargando al mismo tiempo á los párrocos y confesores que vigilen mucho en asunto de tanta importancia, y que, si fuere necesario, no absuelvan ni administren el divino sacramento de la Eucaristía á las mujeres que desobedezcan esta nuestra prohibicion, reservando al arbitrio de los Ordinarios otras penas, que deberán imponerse segun la gravedad de los casos.» (Tejada, tomo vi, pág. 165.

Ahora ¿qué os parece?

A. de Valbuena.

ECOS DE MADRID.

Tengo un amigo muy original.

¡Figúrense Vds. que el otro dia se empeñó en oir hablar bien del gobierno!

Y no crean Vds. que es inglés; por el contrario, es español rancio, y ya de edad.

Pero tiene manías, y esta fue una.

Despues de andar todo el dia y una buena parte de la noche, tuve ocasion de oirle espresar su desesperacion:

—Todos mis esfuerzos han sido inútiles, me dijo; no he conseguido oir hablar bien del gobierno.

—¿Ni á sus amigos?

—¡Si no los tiene!

—Sin embargo... los progresistas...

—Precisamente mi primera visita fue á un ropero de los portales de la Plaza Mayor. Es un veterano que estuvo en Cádiz, se batió el 7 de julio, ha dado mucho dinero para los emigrados, y no ha habido jarana en la que no funcione.

—No le hallaria V. en casa, porque, de lo contrario, le habria hablado á V. bien...

—Pues estaba, y lo primero que me dijo al verme fue que el dia menos pensado iba á hacerse reaccionario.

—«¿Es posible? le pregunté.

—»Esto no puede soportarse.

—»¿Está V. disgustado del gobierno?

—»¿Hay por ventura quien esté contento de él? En sacando á los que cobran del presupuesto, no se halla uno.

—»¡Válgame Dios! ¿Quién lo diria?

—»Yo lo digo, que no me muerdo la lengua cuando llega el caso, porque soy liberal, está V., y de los netos.

—»Pues Sagasta...

—»Sagasta se ha hecho conservador... La mala compañía de los fronterizos le ha contaminado...

—»Pero Mártos...

—»Es de lo mejorcito que hay; pero

tampoco... ha dado cruces á diestro y siniestro, y todavía no ha pensado en el gremio de roperos... Dígame V. qué puede esperarse de un gobierno que todo se lo arregla charlando, y sin embargo, no se acuerda de los roperos...»

Ese pobre señor se quejaba de una herida de amor propio.

Acto continuo me fui á una oficina: «Aquí, pensé, cobran corrientemente, y no faltará algun estómago agradecido.» Casi todos los empleados me conocian. El primero á quien saludé era hace tres años uno de nuestros mas distinguidos picapedreros. Este jóven trabaja poco, porque, como él dice: «Harto he trabajado en mi vida: ahora me toca descansar y cobrar.

—»¿Supongo, le pregunté, que estará V. satisfecho al ver que su buen amigo, el señor Sagasta, lo mismo sirve para Gobernacion que para Hacienda?

—»No me hable V.; estoy desesperado.

—»¿Por qué?

—»¿Le parece á V. que esto que nos manda es gobierno?

—»Hombre, creo que sí.

—»Pues yo le digo á V. que no, y que me pesa en el alma haber empleado mis fuerzas y mi habilidad en hacer barricadas. ¿Cree V. que un hombre de mi empuje puede estar satisfecho con un empleo como el que tengo?

—»¿Y por qué no?

—»O tienen confianza en mí, ó no; y de tenerla, yo debia estar en Palacio; que si vamos á méritos, puede ser que tenga yo mas que algunos de los zurce-pleitos que por allí andan. Desengáñese V.: mientras el gobierno no eche mano de nosotros los hombres de accion, no hará nada bueno.»

—«Y V., amigo, pregunté á un antiguo y pundonoroso empleado, ¿qué me cuenta?

—»Que estoy aburrido.

—»¿Hay mucho trabajo?

—»Al contrario, los espedientes duermen; solo en el negociado del personal hay movimiento. No tenemos ni sombra de gobierno.»

Al salir de la oficina encontré á una dama de las que se ingenian proporcionando empleos.

—«V. sí que estará contenta, le dije. Dominan los amigos de V., y de seguro sale V. á cuatro credenciales y ocho cruces por dia.

—»Calle V., hombre; todo está perdido... Hoy somos mas de ciento en el oficio, y con la agencia de cruces... Le digo á V. que situacion como esta no la ha habido jamás.»

Acto continuo me dirigí por la calle de Espoz y Mina.

—«¿Se vende mucho? pregunté á un comerciante.

—»¡Vaya... muchísimo! pero se cobra poco.

—»¿Cómo es eso?

—»Los unos porque están cesantes, y los otros porque tienen que pagar los festines de Fornos, dicen al dependiente que vuelva *mañana*. Mientras que no entre en caja el pais...!»

—Voy á cometer un pecadillo, me dije, prosiguió mi amigo. Voy á comer á Fornos. Allí siquiera hablarán bien.

—¿Y logró V. su deseo?

—Calle V., amiga mia: ¡uno de los camareros, antiguo conocido, me contó unas cosas...! Ya se ve; él asiste á los postres, ve á los situacioneros en esos momentos de espansion en que el Champagne presenta al hombre tal cual es.

—«Francamente, señor, me ha dicho; cuando oigo hablar á ciertas personas, me convenzo mas y mas de que hasta que los unionistas no se queden solos, esto no marchará.»

Poco despues fui á un café.

En la mesa donde me senté habia bolsistas, comerciantes; en otra inmediata voluntarios; en otra, artistas... todos, cada cual desde su punto de vista, decian mil atrocidades.

Al cabo de un rato me dejaron solo, y me quedé un poco traspuesto.

Soñé... ¡vaya un sueño! soñé que tenia ocasion de ir visitando uno por uno á todos los ministros, y, en sueños por supuesto, cada cual hablaba lo peor que podia de su compañero.

Despues se me apareció el pais, personificado en un contribuyente... ¡Considere V. lo que me diria el infeliz!

Me desperté sobresaltado, y poco antes de llegar á mi casa me atacó un pobre con ademan hostil.

—«Retírese V.,» le dije con entereza; y así lo hizo, porque vió aproximarse dos personas.

—«Me han evitado Vds. un disgusto, dije á los dos hombres recien llegados.

—»Ya lo presumo, contestó uno. Ese bigardo pide siempre amenazando, y ya ha estado tres veces en el Pardo. Pero siempre sale... tiene influencia. ¡Ya se ve! con este gobierno...

»El portero de V. me ha asegurado que este último juicio pertenece á un individuo de los de la policía secreta. ¿Puede haber desesperacion mayor que la mia?»

Me hizo tanta gracia la conversacion de mi amigo, que, á falta de otro asunto, he creido oportuno referírosla.

*
* *

Durante la semana no se ha hablado mas que de la cuestion del tabaco.

Al fin han logrado convertirla en un objeto de pastelería sentimental.

El gobierno ha conseguido autorizaciones para administrar la Hacienda española, semejantes á aquellas que los actuales gobernantes censuraban en los antiguos.

Se han notado conatos de insurreccion en un cuartel.

Los alfonsinos y los montpensieristas, estrechamente unidos, trabajan para dar el espectáculo oficial de su reconciliacion á este pacientísimo pueblo.

Todo hace creer que las ideas fermentarán con el calor.

¡Dios se apiade de nosotros!

***

Y sin embargo, continúa Madrid divirtiéndose: los teatros, los circos, los Campos Elíseos, los paseos, están llenos.

El lujo oculta en vano las llagas de nuestra sociedad.

¡Ay! vemos á los actores en escena, y donde hay que verlos es entre bastidores.

¡Cuántas lágrimas! ¡Cuánta vergüenza!

Pidamos hoy á Nuestra Señora del Cármen, protectora de los navegantes, que nos ampare en medio de este temporal que corremos, y que nos lleve pronto al puerto salvador.

***

Todavía no han terminado los donativos para la suscricion que hemos verificado en el mes de junio.

Ayer tuve el gusto de entregar á la señora condesa del Prado 40 rs. mas, 10 de la señora doña Aurea de Soto y Salaya, de Grañon, 10 de doña F. E., de Tolosa, puesto que por un error involuntario, habiendo dado 20, solo se incluyeron 10 en la lista, y 20 de la señora doña María Bernarda Amorós, de Santiago.

Segun mis noticias, de mañana á pasado entregará el platero el relicario que ha de ofrecerse á doña Margarita.

Las noticias que tengo de Ginebra son muy satisfactorias. La Señora y sus augustos hijos gozan de perfecta salud. La temperatura es allí deliciosa, y por las tardes da largos paseos doña Margarita con los príncipes y sus damas.

***

La emigracion voluntaria empieza á medida que arrecian los calores.

Nuestros diputados están con el pie en el estribo.

Algunos se han marchado ya: entre estos podemos citar al conde de Canga Argüelles, que bien necesita un poco de descanso, porque ha trabajado como pocos.

Su última frase, la de despedida, como quien dice, quedará como la fotografía mas acabada de los demócratas economistas.

Parodiando la frase célebre en la revolucion francesa, *sálvense los principios y perezcan las colonias*, ha dicho que el lema del gobierno en la cuestion de Ultramar, era:

«Perezcan las colonias, y sálvense los cimbrios.»

Yo conozco su idea: sin duda espera, como yo, que muy en breve podrán colonizar los cimbrios otros terrenos.

Estamos de acuerdo... siempre que colonicen en Fernando Póo, ó mas allá.

***

Una observacion para concluir: Víctor Manuel ha pasado una noche en Roma sentado en una silla.

La causa de esto es que le tiene profetizado una gitana que ha de morir en una cama en el Quirinal.

Hé aquí los hombres fuertes.

No creen en Dios, y creen en una gitana.

ESPERANZA.

MARGARITAS.

No hay timbre mas bello que la honradez.

***

La humildad es el pedestal en que descansa la verdadera grandeza.

***

El error es el tirano de la inteligencia.

***

La modestia es una flor castísima. Sus hojas resplandecen con los encantos del amor divino, y su aroma engrandece al alma.

***

¿Qué es la hermosura...? Una ilusion que recrea breves instantes la fantasía.

Solo la belleza del alma es positiva é imperecedera, porque tiene el privilegio de vivir siempre. ¡Oh! ¡Cuán lindas y arrebatadoras son sus galas! No hay perlas mas preciosas que las perlas de la virtud, de que está enriquecida la hija del cielo.

***

No pongais vuestros ojos en el oropel, la ostentacion y la vanidad. Vuestro destino es superior, infinitamente superior á las glorias mundanas.

***

La ambicion es el sepulcro de la virtud.

***

La mujer es un ángel cuando, obedeciendo á los nobles impulsos de su corazon, recorre los floridos senderos de la caridad, resistiendo con valor los embates del egoismo.

***

En la tumba se apagan los falsos resplandores de la opulencia, y el ruido de las orgías no penetra en los sombríos alcázares de la muerte. (R. D. Y F.)

MADRID, 1871.—Imprenta de *La Esperanza*, á cargo de D. A. Perez Dubrull, Pez, 6.



LA MARGARITA.

ALBUM DE LAS SEÑORAS CATOLICO-MONARQUICAS.

AÑO I. 23 JULIO 1871. NÚM. 17.

POLÍTICA FEMENINA.

—

LA REVOLUCION PINTADA POR LOS REVOLUCIONARIOS.

Yo quisiera hallar el medio de esplicaros lo que es la Revolucion: no la de setiembre, ni la de julio, ni la francesa, ni la europea, sino la revolucion general que va á cumplir en breve los cien años, y que ha aprovechado tan bien el tiempo, que no ha dejado títere con cabeza en ninguna parte del mundo.

Si os digo que su madre es la soberbia y su padre el talento unido á aquella despues de haber vivido dominado por la codicia y la pereza, algo podeis saber de su genealogía.

Creció á favor del abandono de los Reyes y de los gobiernos, que, olvidados de que eran padres y tutores de los pueblos, los trataron con indiferencia ó tiranía, sin ocuparse en otra cosa que en pedirles el producto del sudor de su frente para gastarlo en francachelas y placeres.

La Revolucion, impulsada por su padre y su madre, vestidita con sus mas fascinadoras galas, buscó al pueblo, le ofreció el oro y el moro, clamó contra los tiranos que le oprimian, le conquistó, y subiéndose en sus hombros, derribó dinastías, destruyó tronos, acabó con seculares instituciones, y cambió la faz del mundo.

¿Quereis ahora saber qué es la Revolucion? Pues es la venganza.

Figuraos que siendo pobres comprendeis y deseais las riquezas; que teniendo talento envidiais al idiota convertido en personaje; que ambicionando mucho y queriendo obtener á prisa lo que ambicionais, al llamar á la puerta de una persona cuya proteccion necesitais os dicen que no está en casa, ó que está comiendo y no puede recibiros, ó que no recibe porque no le da la gana, y mucho menos á vosotros,

que careceis de títulos para molestarle.

El primer impulso de vuestra soberbia es vengaros, y pedís á la fuerza ó al talento los medios de realizar vuestro deseo.

La santa Religion os busca, y mostrándoos la mas hermosa de sus virtudes, la caridad, os dice:

—¡Perdonad!

¡Sí, sí; para perdonar estais! La soberbia es inaccesible; estimula vuestro talento; os inspira los medios de adquirir la fuerza que necesitais fascinando, engañando, perdiendo á los ignorantes; pero ¡qué importa! La cuestion es que el que os ha humillado sea humillado por vosotros; aunque rueden desde el cadalso las cabezas de Luis XVI y de María Antonieta; aunque los pueblos se llenen de escombros; aunque el incendio ilumine las poblaciones; aunque el huracan se lleve las cenizas de vuestros padres.

La revolucion es el ángel caido, que se apodera de todos los malos instintos de la humanidad, y los convierte en su mayor castigo.

Pero no me creais bajo mi palabra: oid á los mismos revolucionarios en sus momentos de espansion.

He recogido algunas de sus mas célebres y significativas frases, y con ellas he formado un ramillete para que, apreciando la revolucion tal cual es, la odieis conmigo, seguro de que solo vuestro odio puede acabar con ella.

Rousseau decia en un arranque de sinceridad: "Nos aproximamos al término crítico del siglo de las revoluciones."

D'Alembert, que abrió el camino á la soberbia con su funesta enciclopedia: "Por poco que se estudie el siglo en que vivimos (el XVIII), decia, es fácil percibir que se ha verificado una trasformacion notable de principios, trasformacion que promete otra mayor."

"La posteridad fijará el objeto, esencia y límites de la Revolucion que se prepara, y cuyos inconvenientes ó ventajas ella mejor que nosotros conocerá."

Ya los ha conocido.

Voltaire, en su carta á M. Girondin (1762), dijo:

"Cuanto veo es semilla de una revolucion inevitable, aunque yo no tendré el placer de presenciarla."

Si hubiera vivido un poco mas, habria sido guillotinado por sus propios discípulos.

"Las distancias se estrechan, añadia, y las luces van á estallar al menor estímulo: entonces habrá un trastorno de todos los diablos."

Fontenelle, otro de los padres de la Revolucion, presintiendo el efecto de su obra:

"¡Despavorido me tiene, esclamaba al final de su vida, la horrorosa incertidumbre que palpo y nos circunda por todas partes!"

Carrier, sentenciado á muerte por la Convencion consentidora de sus crímenes, esclamó:

"¡Os lo predigo: sereis envueltos en una inevitable proscripcion!"

El feroz Danton dijo á los convencionales:

"El metal está fundido, pero la estatua de la libertad no está construida: si no vigilais el hornillo, arderemos todos."

El mismo, sentenciado á la guillotina, manifestó que se le sacrificaba á la ambicion de *unos pocos bandidos*; pero que estos no gozarian por mucho tiempo de su victoria criminal. Así fue.

"La Convencion (dijo Robespierre), gangrenada por la corrupcion y desahuciada de remedio, no puede salvar la república: ambas perecerán. Ya uno de mis pies está en la sepultura; en breve pereceré..."

"No conteis para nada con la Asamblea; segun es su formacion, cincuenta años de anarquía os aguardan." Así pintó el tigre Marat aquella reunion de los mayores filósofos del siglo.

Bourdon se esplicó así:

"Hace seis años (desde 1789) el crímen va en aumento; cada época de la revolucion, cada suceso nuevo aumen-

ta la fiereza revolucionaria. Quien una vez tiñó sus manos en sangre; quien ha saqueado y degollado, pretende estar degollando y saqueando siempre. El comer y el revolucionar no quieren mas que empezar."

Por último: nada esplica mejor las cualidades del primer fruto ó término del filosofismo, vulgo *revolucion*, que fue el imperio de los jacobinos, como la sentencia del famoso revolucionario Vergniaud. "La república, dijo, devorará á sus prosélitos, como Saturno á sus hijos."

Así sucedió, y así sucederá siempre.

En la época del segundo término, la tiranía militar, ninguna madre francesa dejó de llorar uno ó mas hijos sacrificados.

Debió cesar la Revolucion con los escarmientos de los dos términos citados en 1814; mas se reprodujo con el aspecto *de gobierno misto*, y en 1830 se mezclaron usurpacion y demagogia.

Ya habeis oido, mis queridas lectoras.

La Revolucion descarada y feroz, se hizo cruel bajo la gloria de Napoleon; se hizo devota bajo el reinado de Luis XVIII; vivió á la sombra de la candidez de Cárlos X; se hizo hipócrita y populachera bajo Luis Felipe; sacó las uñas pidiendo socialismo en 1848; se entregó á Napoleon, y vivió con él, engañándole y engañando á Francia, y ha acabado de presentarse tal cual es en la *Commune*.

A España ha venido bajo la forma de ciencias, artes, empréstitos, sociedades de crédito, modas, objetos de bisutería, telas, domésticos...

Vive en nosotros, y es la causa de todas nuestras desdichas.

Verdadero diablo, solo la Religion puede dominarle.

Solo vuestro odio puede estinguirla.

¿Quereis ahora saber qué es lo que debeis hacer para acabar con ella? Pues aguardad al siguiente número, y yo os lo indicaré.

JUAN DE LUZ.

DOLOR Y CONSUELO.

Yo vi la floresta amena
de mágica flor vestida,
do quier ostentando vida
y belleza sin igual;
mas luego la flor galana
y la hermosura infinita,
al rayo caer marchita
la vi del sol estival.

Alzarse en cielo sereno
admiré rosada aurora,
y hechicera precursora
de un bello dia la creí;
pero ¡ay dolor! densa nube
pronto el horizonte empaña,
y de su rugiente entraña
desolacion brotar vi.

En el monte yerta encina
por el huracan tronchada;
y alta torre destrozada
por el rayo contemplé.
Así soberbia grandeza
que absorto admirara el mundo,
ejemplo grave y profundo
en su inmenso estrago fue.

Pensamientos halagüeños
por el orgullo formados,
como humo vi disipados
que el vago viento arrastró;
y fiestas vi suntuosas,
galas y gozo radiante,
que la fortuna inconstante
en hondo duelo cambió.

Y en la tranquila morada
tambien del varon piadoso,
vi inopinado, angustioso,
infortunio penetrar.
Vi que inocentes amores,
lazos de un santo destino,
la pálida muerte vino
de repente á quebrantar.

Esperanzas vi frustradas:
ensueños desvanecidos;
proyectos mil atrevidos
que creó altiva ilusion,
por el suelo derribados
vi, de quien los forjó en daño...
do quier duelo y desengaño,
do quier llanto y confusion.

Mas en esta inmensa pena,
este universal lamento,
este incesante tormento,
este perpetuo anhelar;
en esta lucha sin tregua
del hombre con su destino,
un sentimiento hay divino
que brinda dicha sin par.

Consuelo es en los pesares
que amargan nuestra existencia;
es la soberana ciencia,
es la paz del corazon:

es la inefable esperanza,
de férvida fe nacida,
que infunde al alma afligida
sublime resignacion.

«Nada soy, dice el creyente:
Dios cuanto tengo me ha dado;
si quitármelo es su agrado,
su nombre bendeciré.
Si de sus manos recibo
esos bienes que apetezco,
¿por qué males que merezco
injusto resistiré?

»Pues en desnudez nacido,
tornar desnudo á la tierra
debo, el nudo que me aferra
rompo de la vanidad;
rompo las rudas cadenas
con que insano error me hostiga,
y, libre el alma, al sol siga
de la inefable verdad.»

¡Ay! Breve ensueño es la vida;
sombra es que se desvanece,
nube que desaparece,
humo que se disipó;
es como velera nave
que la mar surca ligera;
es cual flor de la pradera
que un dia apenas duró.

Sus efímeras venturas
al alma no satisfacen,
y rápidos se deshacen
lazos que ama el corazon;
vida empero hay verdadera
do las dichas son colmadas;
donde esas dulces lazadas
imperecederas son.

¿Y ha de ser nuestra locura
tanta que nos afanemos
solo por un bien que vemos
de entre las manos huir?
Si término de esa dicha
mentida es pena y gemido,
¿otra daremos á olvido
que jamás se ha de estinguir?

VALENTIN DE NOVOA.

Orense 23 de junio de 1871.

CAPRICHOS DE LA MODA.

EL LUJO.

ARTÍCULO II.

No creais, amabilísimas lectoras, despues de todo lo que os he dicho en mi artículo anterior, que yo sea enemiga en absoluto del lujo, no: lo que aborrezco de muerte es el desenfreno del lujo, y lo que siento es que se halle tan desarrollado en nuestra amada España.

Todo lo que el lujo moderado, sostenido con arreglo á la posicion del que lo gasta, es útil y ayuda á mantener las sociedades en un estado floreciente, el otro, el exagerado, las lleva con pasos precipitados á su ruina.

Todavía recuerdo con fruicion las leyes suntuarias de los siglos pasados, las cuales, si bien tenian alguna apariencia de tiránicas, ofrecian mucho de paternal, y hacian del monarca el padre de todas las familias de la nacion.

En estos tiempos de derechos ilegislables, y sobre todo inaguantables, parecerá una aberracion la tésis que he sostenido en el párrafo anterior; y es seguro que la inmensa mayoría de los hombres que pertenecen á todos los partidos *soi-dissant* liberales pondrán el grito en el cielo si llegan á pasar la vista por mi pobre escrito; pero, á pesar de todo, comprendo muy bien que el gobierno, como padre de todas las familias que componen la entidad moral llamada *Estado*, arregle los gastos de cada uno de sus hijos, imbuyéndoles de este modo hábitos de economía, con los cuales llegaban á formarse aquellas fortunas, si bien modestas, tan saneadas y tan honradamente adquiridas.

Pero dejando estos que no pasan de ser sueños, entremos en materia.

A pesar de tanto como se combate el lujo, cuando este no es desmedido, cuando no se lleva la exageracion hasta aparentar lo que no se tiene, de lo que me lamentaba en mi primer artículo, es muy útil: es hasta necesario.

En efecto: que las clases elevadas, que los protegidos de la fortuna protejan á su vez las artes de su patria desplegando un lujo moderado, siempre con arreglo á los medios que poseen, es cosa muy laudable.

Pero yo quisiera que ese lujo de que hicieran ostentacion nuestros magnates fuera en beneficio de las artes y de la industria españolas.

Comprendo muy bien que cuando nuestra industria no produzca absolutamente un objeto, se le vaya á buscar al estranjero; pero que una de nosotras vaya á comprar un vestido, sea de terciopelo, de gro ó de percal, y porque el comerciante nos diga que viene de Florencia, de Paris, ó de Birmingham lo paguemos doble que siendo producto de las fábricas de Valencia, Talavera ó Barcelona, de donde efectivamente procede, es cosa con la que no puedo estar conforme.

¿No os parece que, siendo la raza de caballos españoles la mejor de Europa, el ir á buscar los caballos geométricos ingleses, ó los de abultadas formas de Normandía, es una ridiculez imperdonable en el buen gusto que naturalmente debe tener nuestra aristocracia?

¿Qué me direis de los españoles que traen

del estranjero todos sus sirvientes porque cuestan mas caros que los españoles, aunque no tengan habilidad mas que para cosas que no son de este lugar?

De todos los lujos posibles, este, el de proteger la industria y las artes estranjeras con detrimento de las de nuestra patria, es el mas indisculpable.

Entre Fernando el Católico, no teniendo mas camisas que las que podia hacerle su esposa en los ratos qne le dejaba desocupados la gobernacion de sus vastos Estados, habiendo antes hilado en compañía de sus damas el lino de que se hizo la tela; entre Felipe II, no poniéndose jamás ropilla de paño que no fuera de Segovia, de terciopelo que no fuera de Valencia, y nuestros magnates modernos que envian sus camisas á planchar á Paris porque «aquí, dicen, carecemos hasta de planchadoras,» no hay que decir que yo prefiero la modestia de los primeros.

Y á propósito de productos estranjeros: voy á contaros una anécdota ocurrida hace ya bastantes años que me ha referido un testigo presencial.

Una dama de las mas nobles, ricas y distinguidas fue á Barcelona, y entre las curiosidades que visitó fue una la fábrica de percales de un industrial del Principado que, sin auxilio de nadie y solo con su trabajo, habia conseguido montarla con arreglo á los mejores adelantos hechos en Inglaterra en este ramo.

Llevaba aquella señora entre sus efectos de viaje un corte de vestido de percal inglés de una finura en el tejido y de una belleza en el colorido tan admirables, que era una verdadera maravilla, y esta era la causa de que se le hubieran regalado.

Despues de admirar todos los utensilios tan complicados que sirven para la fabricacion, allí donde entra el algodon en rama por un lado y sale la pieza de tela doblada en el intervalo de una hora, ó poco mas, habló la ilustre dama al fabricante del vestido que le habian regalado, y del sentimiento que le causaba el que en España no pudieran hacerse de aquella clase.

El fabricante manifestó alguna incredulidad, y la señora, para convencerle, mandó á buscar la tela.

Apenas el fabricante la vió, le dijo sonriendo:

—Si V. me quiere hacer la honra de prolongar su visita á mi fábrica por dos horas, le haré ver una parecida.

—No tengo inconveniente.

En seguida, el fabricante, dirigiéndose al contramaestre de la fábrica, que estaba presente, le dijo:

—Mande V. poner los aparatos de lo mas fino, y que monten el cilindro estampador número 1,207.

En un momento se hizo la operacion, y cuando aun no habia trascurrido el plazo marcado, la visitante, que habia aceptado interinamente un refresco, quedó sorprendida con una pieza de percal enteramente igual á la que tanto ponderaba, creyéndola inglesa.

La tela habia salido de aquella fábrica; únicamente que el dueño, para poder venderla á un precio regular, tenia que sacrificar su orgullo de fabricante, y esportarla de contrabando, para introducirla con etiqueta de fabricacion inglesa.

Esto os probará las preocupaciones que padecemos al comprar los géneros estranjeros, y la razon con que los combate vuestra amiga

CAROLINA P.

A LA SEÑORA DOÑA MARGARITA DE BORBON.

SONETO.

Augusta dama, en quien la patria mira
Brillante faro entre revueltas olas,
¡Cuánto amor en las almas españolas
Tu bondadoso corazon inspira!
Las flores que del sol sufren la ira
No elevan al rocío las corolas
Con el afan sagrado con que á solas
Todo pecho leal por tí suspira.
Tanto en amor como en valor fecundos
A tí los hijos de la raza ibera
Sus homenages rendirán profundos,
Cuando, del Rey hermosa compañera,
Partas con él el cetro de dos mundos
Y el áureo Trono de Isabel primera.

AL SR. D. CARLOS DE BORBON Y AUSTRIA DE ESTE.

SONETO.

Venid, señor, que por la España entera
Voló ya vuestro nombre y vuestra fama,
Y aun arde en ella la caliente llama
De la fe sacrosanta que venera.
Preciosa libertad, justicia austera
Del pueblo el noble corazon inflama:
Por eso el pueblo con ardor os llama,
Y de vos solo su ventura espera.
Venid, señor, que si menguada gente
Brillar no ve con claridad estraña
La bendicion de Dios en vuestra frente,
Alto desprecio haciendo de su saña,
El pueblo hidalgo entonará ferviente
Himnos de gloria al salvador de España.

A. DE VALBUENA.

BOCETOS CARLISTAS.

VIDAL DE LLOBATERA.

Alto, corpulento, músculos de hierro, ojos penetrantes y amenazadores, barba

negra, larga y poblada: hé aquí el diputado gerundense.

De carácter indomable, apenas se persuade de que la verdad late en su corazon, la espresa con sus labios, con sus manos, con su cuerpo; y si no basta la elocuencia de su frase, es capaz de demostrarla con sus puños.

Es uno de los hombres mas formidables que he conocido.

Yo me lo figuro capitaneando á unos cuantos voluntarios, y estoy seguro de que los que tuvieran que habérselas con él no quedarian con ganas de repetir la funcion.

Por lo mismo que es fuerte, es prudente, y prefiere, quizás compadecido de sus adversarios; prefiere, repito, la discusion á la lucha.

Antes de venir á las Cortes sostuvo una polémica original con un republicano en presencia de los habitantes de Llagostera, su villa natal.

Cada uno de los dos contrincantes pronunció su discurso, y este duelo cortés valió á Vidal ser profeta en su patria.

Allí donde le ven Vds., no tiene mas que treinta y un años.

Cuando recibió la investidura de doctor en leyes, suprimido el juramento por la legislacion revolucionaria, hizo pública protesta de fe católica jurando por Dios Trino y Uno, por la Santa Vírgen María y por los santos Evangelios, guardar, defender y observar toda su vida la Religion católica; y esta declaracion tan espontánea como solemne fue objeto de sinceros y entusiastas elogios, que aparecieron en muchos periódicos de Madrid y provincias.

Ya ven Vds. que el rudo y formidable catalan, mas á propósito para llevar la cota guerrera que el frac diplomático, posee un alma noble y digna.

Para acabar de conocerle á fondo es preciso leer algunos párrafos del Manifiesto que dirigió á sus electores.

«Jóven, sin esperiencia, decia, y con mas teoría que práctica, he meditado muchas veces sobre las grandes calamidades y terribles catástrofes de la desventurada España: siempre me ha deslumbrado la santa idea de libertad, y hasta me dejé seducir por un momento por el falaz doctrinarismo..................................

.....................................»

Despues de hacer esta declaracion, esclamaba:

«¿Qué ha sido la España desde que en ella puso la planta el parlamentarismo? ¿Qué es hoy todavía? Nada mas que una fea y repugnante mascarada en la que nadie se entiende. Todo es confusion, se malgasta todo, los principios ceden á las personas, las leyes al capricho, la inmoralidad cunde por todas partes, la justicia ha muerto, los delitos no se castigan, la Religion se pisotea y escarnece, la honra no se conoce, el decoro no existe, el pueblo se muere de hambre, el principio de autoridad se arrastra por el fango, y en espantosa algarabía todos quieren gobernar, todos son motines, y por asalto se arrebatan unos á otros la sangre del pueblo, que es el botin codiciado, y todo es enredo, y todo embrollo, y no hay órden, ni armonía, ni concierto.»

¡Eh! ¿Qué tal? ¿Sabe ó no sabe poner el dedo en la llaga el diputado por Torroella?

No es, sin embargo, pesimista, y aun cree en la salvacion del pais á pesar del estado en que se encuentra.

«Vistamos á la España, decia, con su antiguo ropaje; enarbolemos la gloriosa bandera española de *Dios, Patria y Rey*, y la España se salvará. Sí; se salvará, y con las luces y progresos del dia, acompañados de la buena fe y el patriotismo de antes, su gloria será mas radiante y mas duradera.»

El Sr. Vidal de Llobatera es, pues, un ardiente legitimista, y con la palabra y con la fuerza defenderá siempre la santa causa.

Merece ser conocido de sus amigos y de sus adversarios.

De los primeros, para que le busquen.

De los segundos, para que le eviten.

X.

PLEGARIA.

—

A la Vírgen María

Madre de gracia, con filial ternura
La pido cada dia
Que te conserve pura,
Preciosa flor de la esperanza mia.

—

La pido que tu aliento
Blando perfume que de amor me encanta,
Y el dulcísimo acento
De tu linda garganta
No los agite amargo sentimiento.

—

Que tu frente serena
En donde con la púrpura y la rosa
Se mezcla la azucena,
La guarde candorosa
Sin señales de culpa ni de pena.

—

Que tus hermosos ojos
Dulces, limpios y claros como el cielo,
Jamás vean enojos,
Y serenen mi anhelo
Con mirada de amor, y mis antojos.

—

Que la leve sonrisa
Que orea tus encantos y primores
De tu inocencia brisa,
No apaguen los furores
Del huracan que tu temor divisa.

—

Que tu alma pura y bella,
Fresco jardin de gracias y virtudes,

Abrigue junto á ella
Exenta de inquietudes,
Sorda á la aguda mundanal querella.

—

Y que un ángel envie
A que de la virtud por el sendero
Tus breves pasos guie,
Y con amante esmero
Piedras y abrojos de tus pies desvie.

—

Y, en fin, que á mi fortuna
Atenta, mengüe de esperanza el plazo.
Que felices nos una
En sacro y tierno lazo,
Y en la gloria mas tarde nos reuna.

V.

ECOS DE MADRID.

¡Cómo se conoce que la revolucion es vieja!

La pobrecilla vive en un continuo ataque de nervios, y las anti-histéricas mas eficaces apenas mitigan sus dolorosas crísis.

En cambio, el pais ha desarrollado un temperamento linfático capaz de quemar la sangre á los contribuyentes, que son los individuos mas chupados de la nacion.

Si no fuera por esa calma del pais, hace ya tiempo que habria enviado á la enfermería á la incurable y perturbadora matrona que solo sirve para enredar la casa, para comernos por un codo, y para tenernos siempre sobresaltados, esperando que un dia dé un estallido, ó truene como arpa vieja.

¿No es verdad, mis queridas lectoras, que hay momentos en los que lamentais ser mujeres?

¡Arde la sangre en las venas al pensar que unos cuantos holgazanes, que emplean su talento para buscar el medio de redondear su fortuna, se diviertan á costa del trabajo y de la paciencia de nuestros padres y de nuestros maridos!

Y así vivimos.

Un dia, por ejemplo, cena Rivero mas fuerte que de costumbre, pasa la noche en vela, ó sueña atrocidades por efecto de una mala digestion; al dia siguiente se levanta de mal humor, y dice á todos los que van á hacerle la corte:

—Esto no puede seguir así; es necesario que la conciliacion se rompa.

Y con sus palabras de aquel dia, y con los artículos del periódico que inspira, agita esa blanda masa que se llama *mayoría* y pone en un brete al gobierno.

—¡Crísis! esclaman los bien informados.

—¡Crísis! repiten los ociosos en la Carrera de San Gerónimo.

—¡Crísis! murmura el pais frotándose las manos.

Pero un hábil fronterizo se acerca al prohombre, y, dándole un golpecito en el hombro:

—¿Sabe V. D. Nicolás, le dice, que he hecho un decubrimiento?

—¿Cuál?

—Acaba de llegar un té esquisito: me lo han llevado á casa, y va V. á venir á tomar una tacita.

—¡Hombre, sí...! eso me compondrá el estómago.

—Con unas gotitas de rom.

—¡Sublime!

—Pues á tomarlo.

—Vamos.

Una hora despues ya está D. Nicolás restablecido, y empieza á ver las cosas de color de rosa.

—¿Conque rompemos con los fronterizos? le dice un cimbrio que espera ser ministro.

—¿Está V. en su juicio?

—¿Cómo?

—Sin la conciliacion, que nos toquen á muerto.

—¡Pero, D. Nicolás...! ¡Esta mañana...!

—¡Bah! fue un poco de bílis.

—El periódico ha dicho...

—Con decir lo contrario, se luce el redactor, y punto concluido.

—Pero...

—Luego hablaremos, que allí viene Albareda, y quiero darle un abrazo.

—«Se conjuró la crísis,» dicen los que entran y salen en el Congreso.

—¡Se ha pasteleado la crísis! esclaman los ociosos de la Carrera de San Gerónimo.

—¡Pues, señor, ya no hay crísis! repite el pais frotándose las manos.

Esta es la triste verdad.

Vivimos en una tiranía mucho peor que la de los déspotas descarados.

El dia en que se incomode Mártos porque le es imposible dejarse la barba; el dia en que Moret note su primera arruga; el dia en que Serrano tenga que vestir interiormente de franela; el dia en que Olózaga no pueda chupar media docena de caramelos, no incendiarán á Roma como Neron, ni harán adorar á sus caballos, como Calígula; pero provocarán una crísis, disolverán unas Córtes, sumirán al pais en unas elecciones, harán una revolucion... todo parlamentariamente y con el concurso del pais, eso sí, representado por la mayor ó menor fuerza de su voluntad.

***

Y si no, díganme Vds.: ¿qué significan la crísis de hace veinte dias y la crísis de ayer?

Hace veinte dias convinieron los ministros en que no podian vivir juntos, y acordaron dimitir antes de arañarse unos á otros.

—¡Eso no puede ser! les dijo D. Amadeo. Yo soy Rey constitucional y parlamentario; si las Córtes les dan á Vds. el pasaporte, bueno; si no... *non.*

—¡Gran Rey! ¡Sublime Rey! cantaron los organillos de la prensa.

Todo se apaciguó; los ministros hicieron las paces, y *tutti contenti*.

La misma mayoría concede al gobierno todas las autorizaciones necesarias para que se provea de fondos, y apenas los ministros reciben esta prueba de confianza; es decir, apenas tienen esperanzas de poder echar algunos remiendos á la Hacienda, vuelve á suscitarse la crísis, ó, de otro modo, disputan los tres partidos coaligados sobre quién ha de ser el zurcidor.

¡Hermoso espectáculo!

Nosotras no entendemos de eso, pero á cualquiera se le alcanza que la crísis tiene tanto que ver con las reglas parlamentarias como yo con los progresistas de la Tertulia.

Pero el hecho es que los ministros han dimitido, y que á la hora en que escribo (sábado muy temprano) aun no ha llegado á mi noticia la suerte que ha cabido á la conciliacion.

Al ver pelearse á los cimbrios con los fronterizos, recuerdo involuntariamente la fábula de los dos conejos, y siento que no haya unos perros que se encarguen de resolver la cuestion.

Pero tengamos paciencia, que todo se andará.

En resúmen: lo que deseo demostrar es que *parlamentariamente* hacen del pais lo que quieren, los que se *sacrifican* por la patria aceptando carteras.

Aprended, lectoras, ya que vuestros maridos no aprenden, y buscad entre los remedios caseros la receta para acabar con el mal que nos mata.

¡Ah! Procurad tambien que ellos la aprendan de memoria.

***

Vamos á otra cosa mas interesante y mas grata á nuestro corazon.

Las noticias que han llegado esta semana de Ginebra son muy satisfactorias.

La salud de doña Margarita es escelente: todo hace creer que muy en breve, y bajo los mejores auspicios, tendrá lugar su alumbramiento.

En los primeros dias del mes actual fueron á visitar á doña Margarita el príncipe Luis de Baviera y su augusta esposa. El príncipe se distinguió por su valor en 1866 en la batalla de Schafenbourg. Su esposa es prima hermana de D. Cárlos.

El dia que pasaron en el Bocage fue un verdadero dia de fiesta en aquella deliciosa quinta.

Doña Margarita espera un dia de estos la visita de su hermano el ilustre Duque de Parma.

Muy en breve llegarán al Bocage otras personas de la augusta familia de la Señora, y las comisiones que, como es costumbre, irán desde España á asistir á la presentacion del infante recien nacido.

Recemos mucho para que salga con la mas completa felicidad de su cuidado nuestra adorada... Princesa.

Pasado mañana son los dias del Príncipe D. Jaime; es decir, Santiago Apóstol, Patron de España.

Reciba su augusta Madre nuestra mas entusiasta felicitacion.

S. A. solo tiene, como recordareis, un año y veinticinco dias; pero está tan desarrollado, que ya le han quitado el ama y empieza á andar con una firmeza que encanta á cuantos tienen la fortuna de verle.

La infantita es muy juiciosa, y ya quiere que la enseñen á coser y á bordar.

¡Qué felicidad se respira en aquella mansion, donde las ideas mas puras laten en el corazon de doña Margarita, y hallan eco en todos los seres que la rodean!

Doña María Teresa, la ilustre viuda de Cárlos V, ha ido á Gratz á visitar á sus nietos D. Alfonso y doña María de las Nieves.

Tambien están con sus hijos doña Beatriz y D. Juan; pero irán á Ginebra muy en breve.

Despues de daros estas noticias, pongo punto, para que os dure la dulce emocion que despiertan en vuestra alma.

ESPERANZA.

MARGARITAS.

....
Un rayo sin luz, sin llama
una antorcha, una venera
sin aljófar, una caja
sin joya..., esto es al fin
una hermosura sin alma.

***

..... Es el deseo
monstruo que de lo imposible
se alimenta, vivo fuego
que en la resistencia crece,
llama que la aviva el viento,
disimulado enemigo
que mata á su propio dueño.

***

En llegando á estar celoso
deja uno de ser amante.

***

En los estremos del hado
no hay hombre tan desdichado
que no tenga un envidioso,
ni hay hombre tan venturoso
que no tenga un envidiado.

(CALDERON DE LA BARCA.)

MADRID, 1871.—Imprenta de *La Esperanza*, á cargo de D. A. Perez Dubrull, Pez, 6.



LA MARGARITA.

ALBUM DE LAS SEÑORAS CATOLICO-MONARQUICAS.

AÑO I. | 30 JULIO 1871. | NÚM. 18.

EL 28 DE JULIO.

En las primeras horas de la mañana del viérnes último se recibió en Madrid un telégrama dirigido al ilustre conde de Orgaz por el Sr. D. Emilio Arjona, secretario particular de don Cárlos.

El despacho estaba concebido en estos términos:

"GINEBRA 28 *(á las ocho y diez minutos de la mañana;* MADRID *id., á las diez de la mañana).—Conde de Orgaz.—La Duquesa de Madrid ha dado á luz una infanta, que se llamará Elvira, á las seis menos cuarto de la mañana de hoy. Madre é hija perfectamente. Comunique V. la noticia senadores, diputados, Juntas y periódicos.*—ARJONA."

Esta noticia, que llenó de júbilo á los que la supieron, cundió rápidamente entre nuestros amigos, y no fueron pocos los que acudieron á casa del Conde de Orgaz y á las redacciones de los periódicos, ávidos de saber pormenores y de comunicar la dicha que esperimentaban por tan fausto acontecimiento.

Para nosotros es causa de inmensa alegría.

Ardientes legitimistas y entusiastas admiradores de las nobles prendas que adornan á la ilustre Duquesa de Madrid, su felicidad es nuestra felicidad, y constantemente pedimos al Todopoderoso que vele por la ventura de la Princesa católica, ángel tutelar nuestro, modelo de esposas y de madres.

Creemos interpretar fielmente el deseo de las numerosas lectoras de LA MARGARITA, llevando á nuestra amada Princesa la espresion del inmenso júbilo que esperimentan por su feliz alumbramiento, y uniendo á nuestra entusiasta felicitacion los mas sinceros votos por la ventura de la Duquesa de Madrid, de su egregio esposo y sus augustos hijos.

POLÍTICA FEMENINA.

—

UNA RECETA CASERA.

La revolucion, ya lo veis, es el mayor enemigo de vuestra felicidad.

Ella no hace otra cosa que minar la familia.

Su última aspiracion ha sido consignada por la *Commune* de Paris: quiere romper los vínculos, anular todos los lazos, estinguir todos los sentimientos y reducir la humanidad á la condicion de las bestias.

No quiere madres ni hermanas, esposas ni hijas: solo desea que existan varones y hembras numerados.

Direis que esto es una exageracion. Consignado en documentos oficiales se halla este programa de la familia comunista.

Los foragidos de Paris se han quitado la máscara.

Los revolucionarios que aun usan guantes siguen, acaso sin saberlo, el mismo camino.

Ellos empiezan atacando la Religion.

Ellos arrebatan á la Iglesia la custodia de los intereses morales de la familia para entregarlos á la administracion civil.

Ellos reducen un sacramento á la condicion de un contrato.

Ellos hacen de la moral un negocio.

Estimulando con los triunfos de la fuerza ó la astucia la pereza y los malos instintos, arrancan al hombre del dominio de la ley del trabajo, y le convierten en conspirador.

Desde este instante esclaviza á su familia.

La madre, la esposa, la hija, la hermana, viven en un continuo sobresalto.

Si tratan de disuadir al que conspira, presentándole los peligros que le amenazan,

—¡Es cierto, esclama este; arriesgo la cabeza; pero si triunfo, tendré empleos, honores, riquezas: tú, esposa mia, en vez de ser capitana, serás brigadiera; en vez de ser periodista, serás ministra; en vez de vestir un traje de lanilla, te adornarás con un traje de gró; en vez de un aderezo de doublé y piedras falsas, lucirás aderezos de oro y brillantes; nuestras hijas podrán casarse con marqueses, y nuestros hijos harán carrera al vapor. Este porvenir bien merece la pena de jugar el pellejo.

Y la esposa, y las hijas, sintiendo estimulada la pasion del amor propio, son las primeras que animan al conspirador, las que le encubren, las que le empujan.

—Fulanita me humilló cuando su marido vino de diputado, piensa la madre de familia; yo me vengaré llevándola á paseo en el coche ministerial cuando triunfemos.

—Arturo me abandonó, dice la hija, porque supo que yo no tenia dote. ¡Ah! Cómo riabiará cuando me vea casada con un jóven diplomático, á quien mi papá hará embajador cuando sea ministro!

Yo creo firmemente que la mujer es la principal causa de todos los males y de todos los bienes de la familia.

Vosotras conocereis á muchas que piensan y hablan como la madre y la hija que acabo de presentaros.

Meditad un instante en sus triunfos.

Desde el momento en que el esposo ó el hijo figura en política y conspira en favor del triunfo de los hombres que han de encumbrarle, la paz se aleja del hogar doméstico.

Del éxito de la conspiracion pende todo.

El trabajo del hombre que conspira no es productivo sino cuando se esplota la conspiracion, es decir, cuando se estafa el dinero recibido de los jefes, ó cuando se venden los secretos.

Pero entonces, no es solo el gobierno constituido quien amenaza al conspirador; sus mismos amigos pueden descubrirle y asesinarle.

¡Qué noche de insomnio!

¡Qué temores á cada instante!

El hombre dominado por estas ideas, no puede amar á su esposa, no puede encantarse con sus virtudes, no puede gozar con las caricias de sus hijos.

Al contemplar á estos seres queridos, le asalta la idea de que puede perderlos, de que sus crímenes pueden descubrirse y caer sobre ellos la vergüenza, y piensa que algun dia llegarán á renegar de él y á maldecirle.

Pero no os fijeis en el conspirador infame, sino en el que es leal á la causa que sigue, porque todo lo espera de ella.

Un dia ve las cosas en una situacion favorable.

Su rostro respira alegría.

—¡Parece que hay esperanzas! le dice un usurero que, ansioso de esplotarle, le hace la corte.

—Sí, señor, muchas.

—¿Segun eso...?

—Todo está preparado, y de un momento á otro...

—Pero ¿cuentan Vds. con tropa?

El conspirador le habla al oido.

—Pues, amigo, añade el usurero; si cuentan Vds. con esa espada, la cosa es hecha.

—Pero la policía no nos deja á sol ni á sombra. ¡Si yo pudiera marcharme!

—Es lo que debe V. hacer.

—¿Y el dinero?

—Buscando se halla...

—¡Si V. pudiera indicarme algun medio...!

—¿Tendrá V. bastante con mil duros?

—Por ahora sí.

—Pues firme V. un pagaré á un mes de mil quinientos; deje V. el nombre en blanco, y dentro de una hora tendrá V. la talega.

Así sucede; pero pasa el mes, y ha habido obstáculos insuperables, y se han descubierto los planes, y hay que volver á empezar, y al presentarse el pagaré hay que aplazarlo un mes mas, y en vez de mil quinientos hay que poner dos mil; y esto produce en el deudor un humor endiablado, y este humor se traduce en continuos disgustos domésticos; y pasa un año, y pasan dos, y los mil duros se han convertido en siete ú ocho mil.

En este tiempo todo se ha aplazado en la casa, las deudas se han multiplicado, la educacion de los hijos se ha descuidado, las comodidades interiores faltan... Pero al fin se triunfa, y el pobre diablo es director, es diputado ó es ministro.

¡Qué felicidad! ¿no es cierto?

¡Horrible sarcasmo y terrible castigo!

El pasivo es enorme: hay que llenar el abismo, hay que recoger los pagarés, y hay que luchar con los envidiosos, con los caidos que conspiran.

Entonces llega la hora de las humillaciones, de las abdicaciones; entonces es cuando los que desearian hacer la felicidad de la patria y la de su familia, tienen que marcar su camino con una serie interminable de *puntos negros*.

Preguntad á la mujer mas afortunada de un hombre político si es feliz, y si la observais bien, vereis llenarse sus ojos de lágrimas cuando os confie que es la mujer mas dichosa del mundo.

Ahora bien: la política, lo que se llama política, es la forma social, por decirlo así, de la revolucion; es el aspecto que toma para ingerirse en la familia, para destruir su base y llegar, aniquilándola, al logro de sus fines.

Ella, no lo dudeis, es vuestro mayor enemigo; porque... decídmelo con la mano puesta en el corazon: ¿no constituye vuestra felicidad la paz doméstica?

Y esta paz, ¿no es el fruto mas santo y mas hermoso del trabajo?

Tened presente que no aludo solo al trabajo material.

Si es grato para el hombre el trabajo que le permite cumplir la ley divina, sostener una familia, prestar servicios á la sociedad, y esto lo mismo

desde un andamio que delante de un escritorio, lo mismo con la azada que con el pincel ó el formon, no es menos grato ni meritorio el trabajo del que administra su fortuna, de la mujer que arregla la casa y economiza para el porvenir.

El que lo espera todo del triunfo de un partido; el que lo espera todo del éxito de una conspiracion; el que ante la esperanza de un mañana próspero se entrega hoy á la culpable ociosidad del cálculo y de la intriga; en una palabra: el que lo espera todo del presupuesto, ó, mas claro aun, el que quiere vivir del sudor de los que trabajan, no puede ser dichoso, ni hacer dichosos á los que le rodean; pierde la salud y el sosiego; negocia el porvenir y acaso el honor y la tranquilidad de su familia.

Es agente de la revolucion.

Aunque os diga que os ama y que quiere labrar vuestro bien, os odia y prepara vuestra ruina.

Vosotras, dentro del catolicismo, con la dulzura, con el cariño, con las virtudes cristianas que atesora vuestro corazon, sois el eje, la base de la familia.

Consagraos á cultivar en vuestros esposos y en vuestros hijos el sentimiento católico y el amor al trabajo; á las esperanzas de medro, á los halagos del amor propio, oponed la tranquilidad del espíritu, la paz de la conciencia, y con esta conducta formareis las legiones que han de acabar con la revolucion.

Negad el agua y el fuego á los que no sean RELIGIOSOS ni TRABAJADORES; dadles el ejemplo practicando estos deberes; hacedles considerar como enemigos de su ventura y la vuestra á los irreligiosos y á los holgazanes, y sabed llevar, si es preciso tan grande sacrificio, la toca de la viuda y el luto de las huérfanas.

Solo de esta manera acabareis con la Revolucion.

Vosotras, con el amor, con la caridad y con el martirio, podeis ser en la tierra el santo emblema que humille, como la Cruz, al demonio del mal, que se os ha entrado en casa bajo las formas mas seductoras, para perderos, esclavizaros y destruir los elementos de vuestra felicidad.

JUAN DE LUZ.

BELLEZAS DE LA RELIGION.

LA VÍRGEN DE LAS ANGUSTIAS.

CANTO Á MARÍA (1).

Dignare me laudare te,
Virgo sacrata.

En tus santos altares postrado, Madre mia,
Poeta sin laureles, oscuro trovador,
Envuelvo mis plegarias en tosca poesía,
Exhalo mis dolores en cántigas de amor.

Mis cuitas te confío con místicos cantares,
Que ensalzan tu pureza, que ensalzan tu poder,
Tu amor y tu hermosura, tus gracias singulares,
Las glorias de tu nombre, las glorias de tu ser.

Y mis rudas canciones, las notas de mi lira,
El alma las modula, las canta el corazon;
Ni el arte las compone, ni el estro las inspira;
La fe solo es mi arte, tu amor mi inspiracion.

Que te amo mas que al aura aman las gayas flores,
Mas que la vida al alma, que al puerto ama el bajel,
Que á sus hijos la madre, su lira los cantores,
Que sus glorias un pueblo, que el héroe su laurel.

Tu amor es mi esperanza, tu amor mi santo anhelo,
Cendal de mis dolores, guia en mi soledad,
Oásis de mis penas, aurora de mi cielo,
El íris de mi alma, el sol de mi orfandad.

Amarte, Vírgen santa, es solo mi contento;
Amarte, Reina augusta, es solo mi ambicion;
Amarte, Madre Vírgen, mi solo pensamiento;
Amarte, casta Esposa, es solo mi pasion.

¿Y cómo no adorarte, ¡oh santa Madre mia!
Si Tú eres de amor centro, de gracia eterna luz,
Refugio del culpado, del huérfano la guia,
Del mundo redentora con tu llanto en la Cruz?

Y quién habrá en la tierra que tu amor no le cuadre?
¿Y quién que no se postre rendido por tu amor?
¿A quién llamarás *¡Hijo!* que no responda *¡Madre!*?
¿Y quién te llama *Madre* que no oigas su clamor?

¡Oh Vírgen sin mancilla! ¡Oh Madre inmaculada!
Destello del Eterno, virtud de su poder,
Aliento de su aliento, fulgor de su mirada,
Centella de su espíritu, reflejo de su ser.

El cielo te bendice por su Reina y señora;
La tierra te bendice por tu ser virginal;
El hombre te bendice por ser su intercesora;
El ángel te bendice por tu gloria inmortal.

Tu nombre sacrosanto, por Dios mismo bendito,
Escrito está en el cielo, escrito está en el sol;
En fondo de los mares con perlas está escrito,
Escrito está en los vientos en gasas de arrebol.

Tu nombre dice el aura con su aliento de flores,
La fuente lo murmura sus linfas al correr,
Le cantan en las frondas los pardos ruiseñores,
El águila en las nubes sus alas al tender.

Tu nombre bendecido de gracia es santuario;
Con fe santa le invoca contrito el pecador;
Le invoca el desgraciado en su acerbo calvario,
El sabio en sus estudios, en su trova el cantor.

---

(1) Composicion premiada con el lirio de plata por la Academia Bibliográfico-Mariana en el certámen de 1870.

En medio del desierto le invoca el peregrino,
En lides el soldado, el náufrago en el mar,
Y el santo misionero con tu nombre divino
Convierte á los salvajes de Thimor y Samar.

Tú siempre de los hombres la madre te mostraste,
Mas tu pueblo escogido el pueblo hispano fue:
Bajando hasta su suelo su ambiente saturaste
Con auras de virtudes, con ráfagas de fe.

Y fuiste su Abogada y fuiste su Patrona,
La égida de sus glorias, el centro de su amor.
Llenaste de laureles su escudo y su corona,
Llenaste de blasones su lábaro de honor.

Por tí la altiva España, del mundo fue en la historia
La España de los héroes, la España del poder,
La España de los triunfos, la España de la gloria,
La España de los Santos, la España del saber.

La España del Salado, Clavijo y Covadonga,
De Otumba y de Lepanto, Bailén y San Marcial,
La que antes que estranjero su vil yugo le imponga
Morir sabe abrazada con su pendon triunfal.

La patria de los Cides, Alfonsos y Guzmanes,
La patria de los bravos, la patria del valor,
La patria de Pelayos y heróicos capitanes,
La patria de leales, la patria del honor.

Por tí cubrió la tierra con sus lauros fecundos,
Por tí ha alzado en el orbe invicto su paves,
Y esclavos hizo á pueblos, y feudos á dos mundos
Y á Reyes y naciones miró bajo sus piés.

Por eso agradecida do quier te elevó altares,
Que su piedad pregonan, pregonan su fervor;
Y tu nombre repite al son de sus cantares,
En sus *hurras* de gloria, en sus trovas de amor.

Y es, Vírgen, cada templo de tu imágen sagrario;
Pregona cada pueblo tu amparo singular,
En cada enhiesto monte te eleva un santuario,
Y en cada pecho hispano tú tienes un altar.

Entre estos santuarios hay uno que se eleva
En medio de las flores, en medio de un vergel:
De la oriental Granada en la frondosa vega
Alzado por los Reyes Fernando é Isabel.

Allí se ve una imágen de faz radiante y pura,
De angélica belleza, de angélico mirar,
Y todo el que contempla su célica hermosura
En su asombro se postra rendido ante su altar.

Con férvido entusiasmo recuerda mi memoria
Las glorias de la imágen, su santa tradicion.
Recuerda de su templo, de su ermita la historia;
Recuerda sus milagros, su santa proteccion.

Recuerda que un santuario alzado fue en Granada
Por la piadosa Reina, la gran Reina Isabel.
Recuerda que la Imágen que allí es hoy venerada
Por medio de los ángeles alzada ha sido en él.

Recuerda luego un templo: suntuoso se levanta,
Memoria del portento, recuerdo del favor;
Y el pueblo granadino ante la Imágen santa
En su altar deposita ofrendas de su amor.

Y allí halla el desgraciado consuelo á sus dolores
Allí encuentra el poeta la idea de un cantar,
Allí alcanzan contritos perdon los pecadores,
Y allí el huérfano triste su amparo va á buscar.

Allí D. Juan el de Austria, el hijo de la gloria,
De la divina Vírgen amparo va á pedir;
Y allí despues del triunfo los lauros de victoria,
De fe su pecho henchido, piadoso va á rendir.

Vírgen de las Angustias, Patrona de Granada,
Mira á la triste España con ojos de piedad;
No dejes, Madre mia, que caiga deshonrada
Al peso de la afrenta, al golpe de impiedad.

Perdona, Vírgen Santa, perdona si en España
Hay quien el cieno lanza de tu pureza al sol.
Si un Judas hubo Apóstol ¿que tenga á quién estraña
Un Dolfos y un blasfemo el gran pueblo español?

En cambio toda España á tus pies reza y llora;
Rechaza la blasfemia del hijo de Luzbel,
E invoca tu clemencia y tu piedad implora,
Perdon para el blasfemo, perdon para el infiel.

ARCADIO GARCÍA GONZALEZ.

PÁGINAS DE LA MUJER FUERTE (1).

Y se levantó de noche, y dió la porcion de carne á sus domésticos, y los mantenimientos á sus criadas.

Que los libros sagrados contienen buenísimas instrucciones para todas las necesidades de la vida moral y material, es una verdad innegable, corroborada una vez mas por estas lecciones, que, basadas sobre temas del libro divino de los *Proverbios*, dan á la mujer nociones claras de buen gobierno doméstico, que no desdeñará la mas exigente. Y en verdad, ¿qué mas puede exigirse á la mujer que las realice? ¿Se hallará casa mas metódicamente ordenada que aquella en la que se lleven á efecto los consejos del sabio? Como toda mujer se penetre bien de ellos y los plantee, téngase por seguro que el órden y la abundancia, la paz y bienestar la sonreirán todos los dias de su vida. Cierto que necesita prevision y vigilancia; pero como á ellas se acostumbre desde sus primeros años, de fijo que no las perderá jamás. Que tales dotes son necesarias al buen régimen y administracion de la casa, es claro; dejad si no las provisiones todas al cuidado solo de los domésticos; que el ama de la casa no distribuya por su mano los mantenimientos y deje á cada uno tomar á su antojo la porcion que gustare, y se verán mermar con rapidez pasmosa las provisiones todas. No es por esto decir que falte fidelidad á todos los domésticos; pero en el abandono que muestra la dueña de la casa los pone en ocasion próxima de pecar y pueden ceder á la tentacion, que *En el arca abierta el justo peca*, dice el adagio español. Es comun sentencia de buen gobierno en todas sus aplicaciones *evitar la ocasion para quitar el peligro.*

Por eso la *mujer fuerte* distribuye por mano propia los mantenimientos á sus criados, y, á la par que les evita tal vez una falta, les enseña con su modo de obrar á ser cuidadosos y diligentes; pues que ella, mujer de posicion, no desdeña atender por sí misma á las necesidades de sus familiares, ellos, en justa correspondencia y cumpliendo con su deber, deben cuidar con esmero igual de los intereses de su amo. Esto consigue la mujer que, conociendo su posicion y circunstancias, da con su modo de obrar lecciones de moralidad, aunque mudas, elocuentes para sus domésticos, y á la vez cuida que el órden y la economía presidan á las operaciones todas de la casa. Pues conocido es, y por sabido debiera callarse, que si la mujer evita que nada le falte; si hace comprender á sus domésticos y dependientes que nada en el trabajo deben de-

(1) Páginas de un libro que dedica su autor á doña Margarita.

fraudar á sus amos, claro es que los asuntos domésticos prosperarán por su prevision y vigilancia.

Nace de lo dicho la reprobacion de la conducta que observa una porcion grande de amas de gobierno, ó dueñas de casa, á las que una vida asaz muelle priva de atender é inspeccionar á tiempo la distribucion de los mantenimientos y provisiones de la familia, confiando acaso mas de lo debido en manos estrañas, y de cuyos efectos y consecuencias tenemos ejemplos abundantísimos, que hacen mas y mas necesario recomendar la vigilancia á las amas de casa. No es razon suficiente el decir que su elevada posicion, el rango, los deberes de sociedad las escusan: no; el nombre verdadero de tales evasivas es el orgullo y la pereza, vicios que no debe tener ni una Reina, pues que el solio real jamás debe proteger al vicio; frívolos pretestos de una educacion viciada, y que no son propios de la mujer que tenga conciencia de su dignidad y mision.

Cuanto mas elevada sea la posicion en que la Providencia colocare á la mujer; cuanto mas brille por el lustre de su cuna, entonces debe conocer mejor sus deberes, mayor solicitud ha de desplegar en cumplirlos, porque su ejemplo debe ser norte que jamás se oscurezca, y alumbrará á todos cuando ella guie y conduzca en el laberinto intrincado que ofrece el gobierno de una casa grande. La mujer, aunque descienda de regia estirpe, no por ello deja de ser mujer, esposa y madre; y si la casa y los asuntos domésticos no están por ella regidos, ¿cómo podrá con su poderoso influjo llevar órden y acierto al aconsejar á su esposo la mejor manera de administrar á sus dependientes? La princesa ilustre como la sencilla labriega, la aristocrática dama como la modesta esposa del menestral, todas á una necesitan gobernar y dirigir su casa, los intereses de sus hijos, la prosperidad de la familia, si en verdad quieren ser madres y esposas. La egregia Princesa que está realizando estas verdades, la nieta de cien Reyes, que mece con su pie la cuna donde duerme su pequeño hijo, y hace, velando tan dulce sueño, el canastillo que en dias no lejanos ha de lucir el hijo de sus entrañas, es digna de loor y de ventura. ¿Pierde algo de su elevado rango al obrar de ese modo? No; antes bien le añade mayor esplendor con sus virtudes domésticas, y se capta con su ejemplar conducta el amor, respeto y entusiasmo de cuantos la admiran. ¡Que Dios la haga por siempre feliz...!

B. F. Carral.

¿Y DESPUES?

Quiero viajar por la tierra,
quiero sus ciudades ver;
y desde el llano á la sierra
las maravillas que encierra.
—¿Y despues?
De una legion de guerreros
yo solo el caudillo ser,
y al brillo de sus aceros
sojuzgar pueblos enteros.
—¿Y despues?
Quiero que por tierra y mares
sientan todos mi poder;
que hablen de mí en sus hogares,
que me alcen tronos y altares.
—¿Y despues?
Gozar de cuantos placeres
me pueda el mundo ofrecer;
del aplauso de otros seres,
del amor de las mujeres.
—¿Y despues?
Que me coronen de flores,
que rindan culto á mi ser,
mendigando mis favores,
millares de adoradores.
—¿Y despues?
Quiero vivir de esta suerte,
y en los brazos del placer,
hasta que me arroje inerte
en los brazos de la muerte...!
—¿Y despues?

Julio Alarcon.

ECOS DE MADRID.

¿Sois aficionadas á leer novelas? Vamos, no bajeis la cabeza; las novelas, cuando son morales, deben leerse; esto no es un pecado... ¿Conque sois aficionadas? Perfectamente: así me gusta.

Ahora bien: ¿no es lo que mas os divierte en las novelas creer adivinar lo que va á suceder á tal ó cuál personaje, y salir luego con que sucede todo lo contrario?

Pues este goce ha proporcionado la última crísis ministerial á los que leen la novela de la política, que, dicho sea de paso, es una de las novelas que debemos arrojar al fuego.

El general Serrano dijo: Yo quiero órden, justicia y moralidad.

—Pues á formar ministerio.

Y el duque se fue al jardin del Buen Retiro á tomar el fresco, á oir música y á formar su combinacion.

Estos hombres políticos no tienen ideas ingeniosas.

Figuraos que al general Serrano se le hubiera ocurrido ofrecer la cartera de Hacienda al que despachaba los billetes para entrar al jardin, la de Gobernacion al que dirigia la orquesta, la de Fomento al dueño del café.

España entera, poseida de asombro, hubiera esclamado:

—¡Qué idea tan original la del duque!

Y, aceptándola con fruicion por lo inesperada, hubiera aplaudido á los nuevos ministros, y perdonado al general sus pecadillos.

Si por añadidura los nuevos consejeros de la Corona hubieran salido buenos, lo cual es mas que probable, ó mejores que todos los políticos de la baraja que está en

juego, lo cual es probable sin género de duda, ahí tienen ustedes salvada la revolucion.

Pero mientras el duque tomaba el fresco, la Tertulia famosa, completamente acalorada y á pesar de odiar las hogueras, fulminaba sus rayos y queria quemar en efigie á Sagasta.

Al dia siguiente todo estaba arreglado; el ministerio iba á jurar.

Pero Ulloa, que es muy lince, como buen unionista, notó que el ex-ministro de la Gobernacion estaba triste.

—Observe V. á Sagasta, dijo al oido á Serrano.

—Está muy cabizbajo.

—Profundícele V. con diplomacia.

—Voy allá.

Y encarándose con el ministro;

—Compañero, le dijo; seamos francos: usted no tiene cara de ministro que entra, sino de ministro que sale.

—No, señor: mi cara es de ministro que ni entra ni sale.

—¿Acaso la Tertulia...?

—¡Pues...!

—Pues, compañero, si V. quiere, yo pronto...

—¡Dios me libre...! Conozco demasiado á mis amigos.

—Entonces, decídase V.

—Por un lado quisiera... pero por otro...!

—¡Vamos, no sea V. *porra!*

—Si lo fuera, no vacilaria; pero...

Un cuarto de hora despues dimitia Serrano, y Ruiz Zorrilla, presentando su programa, decia: «Yo quiero moralidad, justicia y órden.»

Poco despues juraban los nuevos ministros, y *La Correspondencia*, con la longanimidad que la necesidad de noticias oficiales le ha dado, esclamaba:

«Los que pretenden conocer el pensamiento del nuevo gabinete, y los amigos íntimos del Sr. Ruiz Zorrilla, aseguran que este se propone resueltamente separar en *lo posible* la política de la administracion, manteniendo desde luego en sus puestos á todos los empleados probos, inteligentes y celosos, sin tener para nada en cuenta su procedencia ni opiniones políticas.»

Poco despues decia el mismo bondadoso periódico:

«Hoy se han presentado al ministro de la Guerra los jefes y oficiales de la guarnicion, á cuyo acto han asistido los oficiales generales y jefes de cuerpos. El Sr. Fernandez de Córdova ha dirigido un sentido discurso á las comisiones que han asistido á la recepcion, encareciéndoles la *Ordenanza* y los principios de *libertad.*»

¡La Ordenanza y la libertad! Hermosa página de la novela de que os he hablado antes.

Poco despues gritaban los periódicos ministeriales:

«¡Se ha salvado el pais! Tenemos un ministerio progresista puro.»

Y Córdova y Beranger lo han creido.

Y el bueno del Sr. Madrazo tambien.

¡Oh! ¡Son unos benditos!

Y sin embargo, preguntad á los empleados qué opinan del nuevo gabinete.

—¡Calle V., por Dios! esclamarán. ¿Qué se puede esperar de unos ministros que han convertido á los funcionarios públicos en jornaleros? De ocho á doce, trabajo; de doce á dos, comida y siesta; de dos á cinco, trabajo. El dia menos pensado nos verán Vds. comiendo con nuestra mujer y nuestros hijos en las aceras de las calles los garbanzos con salsa azafranada que tanto envidian los poetas cuando están á la cuarta pregunta.

De aquí resulta que los primeros enemigos que tiene el ministerio son los *domésticos*.

Pero ¡qué importa! la conciliacion está rota.

Los *puntos negros* van á luchar con su mayor enemigo.

La moralidad y la justicia nos brindan benéfica paz.

Háganme Vds. el favor de no sonreirse, que la cosa es mas seria de lo que parece.

***

Me habia propuesto tratar aquí en familia algunos asuntos que nos atañen.

Nuestros amigos atraviesan un período de calma.

Parecemos cartujos.

Dios quiera que este silencio y esta calma nos restablezcan de la enfermedad que padecemos.

Nuestros diputados han partido.

¡Nada se oye!

Y, sin embargo, con permiso de los revolucionarios, no puedo menos de deciros que en mi corazon sonrie la mas dulce esperanza.

Hoy por hoy nuestro ojos están fijos en el Bocage.

Por no estar aun terminado el estuche donde ha de ir encerrado el Relicario, no ha podido llevarlo el Illmo. Sr. Obispo de Daulia, que va á Ginebra á administrar el santo sacramento del Bautismo á la infanta recien nacida; pero ayer quedó completamente terminado, y despues de hacer el diseño de la joya, se ha encargado de ponerla en las augustas manos de doña Margarita una persona que va á tener la dicha de ver á nuestra amada... Princesa.

No podemos ofreceros hoy, como esperábamos, el diseño del relicario. Despues de terminado, ha sufrido algunas ligeras reformas, y ha quedado una obra perfectísima.

El artista ha justificado su fama.

El Relicario tiene verdadero carácter religioso; y no digo mas por ahora, toda vez que muy pronto podreis ver el diseño en La Margarita.

La señora condesa del Prado, despues de haber dado la reliquia, ha suplido tambien algunos gastos, para no privar á los pobres de la cantidad destinada á socorrerlos.

Podeis estar seguras de que doña Margarita estimará muchísimo vuestro recuerdo, unido al de la ilustre condesa del Prado.

El encargado de poner en sus manos el Relicario lleva tambien otros objetos, testimonio de acendrado cariño para doña Margarita, D. Cárlos y los infantes.

En primer lugar, figura otro relicario de plata que contiene carne quemada de San Lorenzo, y lo ofrece á la Señora el presbítero D. Luis Marin.

Una jóven, entusiasta admiradora de la Duquesa de Madrid, remite una preciosa colchita ó cubre-cuna, formada con preciosos círculos de *crochet* sobre un fondo de tafetan rosa.

Algunas monjitas, que no debo nombrar, envian á los augustos infantes Evangelios, escapularios y otros recuerdos análogos, en prueba de acendrado cariño.

Una señorita muy conocida por su fervoroso carlismo y su asombrosa habilidad para las labores femeniles, envia á D. Cárlos dos pañuelos bordados, que son dos obras de arte.

La señorita doña Dámasa Morales, á quien de seguro conocerán muchas de mis lectoras, es la inspirada bordadora.

En el otoño último fue á Vevey á ofrecer á doña Margarita un pañuelo que habia bordado para que lo estrenase en un acto solemne, que ya os podeis figurar cual será.

Más de un año empleó en enriquecer aquel pedazo de fina batista, con sus manos de hada. En los cuatro ángulos aparecian admirablemente retratados de cuerpo entero doña Isabel la Católica, D. Fernando V, su esposo, Felipe II y D. Jaime el Conquistador. No faltaba ningun detalle á estas figuras, y en la de Felipe II llamaba la atencion, sobre todo, la perfeccion del rosario y del libro de devociones.

En el centro, sobre un *sissé* verde luz, bordadas con seda blanca y oro, aparecian las armas de España.

Una orla de margaritas y capullos terminaba el adorno del *sissé* y del pañuelo.

En las esquinas del *sissé* habia ademas castillos y leones.

Cuantos han visto este pañuelo aseguran que es una verdadera joya.

Tanto agradó á doña Margarita y á don Cárlos, que la señorita Morales ofreció al augusto Duque de Madrid bordarle dos pañuelos.

Ahora ha cumplido su promesa.

Yo he visto los pañuelos, y puedo aseguraros que son una maravilla.

Uno de ellos está adornado con una orla de castillos y leones, de la que pende el Toison. En el centro se lee: CÁRLOS VII.

En el otro aparecen las armas de España con la Corona. Rodéalas el collar del Toison, y á los lados hay una C y un 7 enlazados con el escudo.

Los bordados están sobre almohadillas perfumadas de color de rosa.

La caja que los encierra está cubierta de gro de Paris blanco, y en la parte superior tiene una paisaje preciosísimo.

Estoy segura de que los plácemes que ha recibido aquí la autora de tan inspirado trabajo, se repetirán en el Bocage.

La señorita Morales envia tambien á doña Margarita una reliquia que la dejó su tio el Cardenal D. Judas José María Tadeo. Es una imágen de Santa Teresa de Jesus hecha con barro de la sepultura donde se guardan los restos de la ilustre Doctora.

No sé si seré indiscreta; pero no puedo ocultar que he visto unos acericos y una caja para guantes que, con el propósito de regalárselos tambien á doña Margarita, está bordando la señorita Morales.

Cuando estén concluidos, me complaceré en describiros sus primores.

¡Con qué placer recibirá estas muestras de entusiasta cariño la Reina... de nuestro corazon!

Para terminar, os diré que las últimas noticias que se han recibido de Ginebra anuncian que doña Margarita y la augusta recien nacida siguen perfectamente.

Demos gracias á Dios con toda nuestra alma por el feliz alumbramiento de la Señora, y pidámosle que conserve su preciosa salud, la de su augusto esposo y la de sus adorados hijos.

ESPERANZA.

MARGARITAS.

¿Respondedme si en la tierra
puede haber cosa mas pura
que el beso que da una madre
al niño que está en la cuna?

***

Es como un arroyo el vicio
que por una cuesta baja;
hasta que el abismo encuentra
nunca su corriente para.

***

¡Cuán inmenso es el espacio!
Si es mayor que el mundo el sol,
¿cómo seremos nosotros
ante los ojos de Dios?

***

Camino de las riquezas
se fueron mis ilusiones;
mas vieron que era preciso
para ser rico, ser pobre.

MANUEL JORRETO.

MADRID, 1871.—Imprenta de *La Esperanza*, á cargo de D. A. Perez Dubrull, Pez, 6.



LA MARGARITA.

ALBUM DE LAS SEÑORAS CATOLICO-MONARQUICAS.

AÑO I. 6 AGOSTO 1871. NÚM. 19.

EL PARLAMENTARISMO

PARA LOS PARLAMENTARIOS.

Bien sabe Dios que no quisiéramos hablar de política á las lectoras apreciabilísimas de LA MARGARITA; pero es la política un contagio que todo lo invade, y no para que se inficionen, sino para que se preserven y nos preserven, combatimos aquí y donde quiera esa peste que de tal manera cunde.

¡Qué triste cosa, lectoras amables, es el parlamentarismo, y cuánto mas estéril que triste es todavía!

Es triste, como todo lo que á la verdad es refractario; es estéril, como lo es siempre lo que, lejos de aceptarla por fundamento, le antepone la pasion.

La mision de todo cuerpo deliberante convendreis en que no debe ser otra que la de dilucidar la verdad, para, una vez depurada, adherirse á ella. No acontece así, empero, en las Asambleas parlamentarias; en ellas discute de ordinario la razon apasionada, no la tranquila é imparcial, que ama la justicia y lealmente la busca: discute el liberalismo, salvo alguna honrosa escepcion, no para esclarecer lo bueno y lo verdadero, y preferirlo de buena fe á lo malo y lo falso, sino para falsear el bien y la verdad, ahogándolos en último estremo, cuando á sus planes son contrarios, con la *ultima ratio* de los votos; lo cual no negareis que traspasa los límites de lo contradictorio, llegando á los términos de lo absurdo.

Vosotras habreis oido, y es lo cierto, que los gobiernos liberales forman las mayorías falseando las elecciones, y las mayorías sostienen á los gobiernos, ya por espíritu de partido, ya por los empleos y gracias que de ellos reciben en recompensa.

Ese es el juego: juego esencialmente inmoral y esencialmente corruptor.

Y en ese juego en tanto grado funesto, ¿os parece que será lícito, que

será conveniente que tome parte aquella comunion que mas abiertamente le condena, que aspira á estirpar todo lo que ese sistema tiene de pernicioso y de falso, dejando lo verdadero y lo fecundo en un punto tan principal para la buena gobernacion de un Estado, cual es la representacion del pais?

Dícese generalmente que para contrarestar al enemigo en justa defensa, se puede echar mano de las mismas armas que él emplea para acometer y dañar. Convenimos en ello, siempre que tales medios no adolezcan del vicio de la inmoralidad, por la razon sencillísima que vosotras no rechazareis, de que fines rectísimos no cohonestan inmorales medios; que esas armas y esos medios sean susceptibles de proporcionar la victoria, y que no haya otros que mas fácil y mas honrosamente la preparen.

Que los procedimientos parlamentarios son la inmoralidad misma, dicho está; y es hoy de tanta evidencia, que casi nos releva de insistir en tal demostracion.

Los gobiernos liberales solo aspiran á perpetuarse en el poder, que han escalado comunmente por medio de la cábala y del amaño: para lograrlo necesitan, en primer término, reunir mayoría en el Parlamento; ganar las elecciones; tienen á este fin en una mano el premio, en otra la amenaza, de cuyos recursos usan, sin que la justicia les preocupe ni les contenga la odiosidad y la repulsion que inspiran el abuso y la violencia; antes por el contrario, parecen estimularles; y, por último, cuentan con el caciquismo oficial y no oficial, dispuesto á secundarles, consumando toda clase de mistificaciones, ilegalidades y atropellos, seguros de que la impunidad les escuda. Con semejantes medios, de tal manera usados, ¿es posible que haya quien resista tan dura presion? ¿No es maravilla que en un Congreso liberal haya un solo diputado de oposicion?

Que mayorías de tal manera formadas no son el producto de la voluntad del pais espontáneamente manifestada, ni por tanto la representan, es evidente; pero no lo es menos que ellas así se llaman y así se imponen.

Ahora bien: ¿es conveniente, volvemos á decir, que personas y partidos que condenan este absurdo, que profesan distinto sistema, y que proceden siempre con digna rectitud, tomen parte en tan miserable farsa?

Dirase, y es la verdad, que, lejos de ser autores, son víctimas en ella, y que van á ponerla en evidencia y combatirla.

Hallamos, sin embargo, sumamente peligroso que el pais se acostumbre á ver de continuo la verdad cínicamente hollada, descaradamente despreciada, ahogada siempre por el número, que es como si dijéramos por la fuerza, por mas valerosa y elocuentemente que se esponga y sostenga.

Esos gobiernos y esas mayorías llevan constantemente una idea preconcebida; tratar de disuadirlos de ella, por errónea que sea, es tiempo perdido, como lo seria el predicar virtud á los réprobos que allá moran con Satanás.

Por una especie de fatalidad que preside á ese sistema, jamás han sido favorables al bien las decisiones de las Asambleas parlamentarias, aun en aquellos casos en que hombres religiosos y de órden componen la mayoría.

Los católicos belgas, á quienes debe el pais su independencia, y que constituian gran mayoría en la Asamblea de 1830, hicieron, sin embargo, una Constitucion en alto grado libre-cultista, y aceptaron un Rey protestante; á poco, por resultado de esos errores, fueron dominados y oprimidos por una minoría anticatólica, y en el gobierno de ese Rey protestante y francmason habia dos ministros solidarios; hoy, con una Cámara en que los católicos están en mayor número, y con un gobierno que tambien lo es, no vaciló este en dar órden á su ministro plenipotenciario en Florencia de

acompañar á Víctor Manuel á Roma.

Austria, parlamentaria, aunque católica en mayoría inmensa, está gobernada por un ministro protestante, que, por espíritu de secta, es fama que, contra lo que el interes mismo de su pais recomendaba, impulsó la traslacion del gobierno italiano á la capital del orbe católico.

La actual Asamblea francesa ha tenido una ocasion brillante de consolidar la paz de esa nacion desgraciadísima, tanto mas desgraciada cuanto que no la corrige la desgracia, restableciendo el gobierno legítimo, y la dejó pasar, y no lo ha hecho.

No hallamos, lo repetimos, que nunca la votacion de esos Congresos parlamentarios haya producido el bien, ó sido un recto y desinteresado homenage á la verdad.

Podrán, en casos dados, las mayorías ministeriales convertirse en mayorías de oposicion, y derribar un gobierno; pero esto no es porque la luz de la verdad se haga lugar, sino porque allí donde la pasion y el interes luchan, la discordia es secuela inevitable. Entonces sobrevienen las revoluciones, y el mal, en vez de aminorarse, se agrava.

Para que esta discordia, que es, sin embargo, la perdicion de los ambiciosos, se desarrolle mas rápida y enérgica, es en alto grado conveniente que los partidos dominantes se hallen solos en las Cámaras; que no tengan enfrente de sí una oposicion nutrida y vigorosa que les avise el peligro y les contenga en sus apasionados arranques; por lo cual creemos que las oposiciones mas bien dilatan que precipitan la descomposicion de tales mayorías, y que ese medio no es conducente al fin para que se emplea.

Despues de la revolucion de 1840, el Congreso se compuso esclusivamente de progresistas; no habia mas moderado que el Sr. Pacheco, el mas progresista de los moderados; luego surgieron las divisiones, saliendo de allí, en 1843, el alzamiento que echó por tierra la regencia de Espartero.

Mudada la escena, en las Cortes moderadas de 1845 no habia mas progresista que el Sr. Orense, entonces el mas moderado de los progresistas, y ya en 1846 la discordia llegó á punto de andar á tiros en Galicia, unos con otros, los moderados, fautores esclusivos de aquella revolucion que iniciaran con la mira de derribar, como derribaron, á Narvaez.

Hoy, por fin, rompiose la mal sostenida conciliacion de los 191; pero ¿no se hubiera roto mucho antes, y no tendríamos, por tanto, algo mas adelantado, si no hubieran visto los mal conciliados, oposiciones formidables y amenazantes? Es evidente que sí; es evidente que el instinto de la propia conservacion les contuvo hasta este momento, en que creen poder obrar con mas desembarazo, porque, votados los impuestos, fácil les parece cerrar las Cortes, y aun disolverlas. Por eso estalló ruidosa la disidencia, y se hizo ostensible la discordia que venia trabajando y manifestándose de cuando en cuando, á pesar del temor á las oposiciones, en esa mal coaligada mayoría.

Conviene, oireis repetir, que la verdad se haga paso, que resuene en todos los recintos. En efecto: grandes verdades han dicho nuestros diputados, con valentía y con elocuencia admirables; la campaña ha sido brillante, y sus esfuerzos merecedores de alta loa; pero insistimos en nuestro deseo de que, no solo la verdad se oiga, sino que se oiga allí donde no conste de antemano que ha de ser á la faz del mundo sistemáticamente ultrajada y menospreciada; donde no se tenga por sabido que el necio sofisma, la grosera argucia, y sobre todo el número de los votos, se han de burlar, en todo momento, audazmente de ella; esto redunda gravemente en su desprestigio; esto lo juzgamos pernicioso en grado sumo: que pernicioso en grado sumo es que las gentes se habitúen á ver que, con intervencion de los mis-

mos que lo reprueban, no son razones, sino votos los que valen.

Y no menos pernicioso nos parece que aquella opinion, que es la que está arraigada en la inmensa mayoría del pais, por los escamoteos, las ilegalidades y las falsías, venga, en una Asamblea parlamentaria, á figurar en minoría, y á dar fuerza, con la presencia de los que la mantienen, á los actos de mayorías ficticias.

Partidarios somos de la propaganda; y ¿cómo podríamos no serlo? Lo somos en tanto grado, que en todos los momentos que el cumplimiento de otros deberes nos lo permite, á hacerla dedicamos nuestros recursos escasísimos. Deseamos que la verdad resuene en todos los ámbitos del mundo; pero no queremos verla rebajada allí donde ciegos y sordos voluntarios están predispuestos á no ver ni oir; allí donde no se va en busca de verdades, sino á caza de empleos y ministerios.

Otros recintos hay de eco estensísimo, donde su enseñanza es siempre fructuosa: la prensa misma no adolece de tan graves inconvenientes.

Dejad luchar solos á los parlamentarios entre sí; abstengámonos de tomar cartas en los juegos del parlamentarismo: que sus ambiciones, sus despilfarros, sus mutuos odios y sus discordias los pongan en evidencia á los ojos del pais, que esto basta.

Por eso creemos que hay medios mejores que los parlamentarios para combatir al parlamentarismo falso, funesto y corruptor, y obtener sobre él la apetecida victoria.

¿Es esta tambien vuestra creencia, amabilísimas lectoras? Parécenos que sí, puesto que ya en vuestro *Album* nos habeis dicho algo que con ella coincide.

Pues si lo fuese, y si creencia semejante conduce al bien que todos anhelamos, á que todos tenemos derecho, y al que todos debemos cooperar segun nuestra condicion y estado lo permitan, instad vosotras, instad, rogad, y suplicad, que vuestros ruegos y vuestras súplicas no serán estériles, y acaso nos libren del funesto contagio.

VALENTIN DE NOVOA.

Orense 28 de julio de 1871.

LOS PARTIDOS.

—

FANTASÍA.

Para conocer cuál es el verdadero espíritu de los partidos, no se me ocurre mas que un medio: buscar á cada uno de sus representantes mas caracterizados á las altas horas de la noche mientras duermen, y oirlos soñar.

Los partidarios de tal ó cual principio, de cual ó tal personalidad, son seres apasionados.

Y la pasion sueña en voz alta.

Atencion, y mucho oido.

CUADRO PRIMERO. Dormitorio elegante, cama de bronce, colgadura de damasco blanco, mesa de noche de palo santo, alfombra de moqueta. Sobre el mullido lecho, un caballero; sobre el caballero, un cordon.

—No hay duda... el pais se ha cansado ya de los revolucionarios; es hasta cuestion de buen gusto y de sentimiento traer al príncipe Alfonso. ¡Y vendrá! Tenemos ocho generales, cuatro coroneles... ¡Si viene, yo seré embajador, ó ministro, ó regente! Aquí la cuestion es tener tropa, y la tendremos.

CUADRO II. Catre de tijera, colchon escuálido, palomilla de pino, un candelero de barro, y una vela de sebo apagada. Silla de Vitoria á la cabecera del catre. Sobre la silla, *Las Ruinas de Palmira*; en el suelo un libro de Proudhon; sobre la almohada, un número de *El Cuarto Estado*.

En el lecho, un hombre con la barba negra, muy cerrada, duerme sobre el lado del corazon... Oidle.

—¡Esto es una iniquidad! Los ministeriales han bastardeado la revolucion. El pueblo no come; los mendigos de ayer cubren su pecho de placas, y nos llenan de lodo con sus carruajes. Quieren sacudirnos con el látigo del despotismo. ¡Ay de ellos! En el club los hemos juzgado y sentenciado... El dia de la expiacion se acerca; la gran liquidacion avanza. Habrá una horca en cada calle. Los ricos partirán su fortuna con los pobres. Caeremos sobre ellos como la langosta. Nos sortearemos... ¡El puñal...! ¡El cadalso...! ¡El incendio...!

CUADRO III. Cama de matrimonio de caoba (la cama, no el matrimonio), ocho ó diez colchones, mesa de noche, lamparilla sobre una cómoda. Duermen marido y mujer: ella con cofia, él con gorro blanco.

El.—No hay duda... Los unionistas nos tienden un lazo. Hemos sido tontos siempre, y lo seremos una vez mas. Muerto, el Rey se irá con ellos y nos dejará con un palmo de narices.

Nos desarmarán.. ¡Vaya si nos desarmarán! Pero es preciso que les cueste caro... Me parece que tocan á generala... No, es el *Himno de Riego*; no, es á generala; confundo siempre los dos toques. A ver, mi casco, digo, mi ros, mi uniforme, mi fusil...

Ella.—¿Qué te pasa, hombre, que estás tan desasosegado? ¿Tienes hormiguillo? Me has despertado en lo mejor del sueño. Figúrate que yo iba subiendo las escaleras de Palacio, y me llevaban la cola entre dos camaristas.

El.—¿La cola?

Ella.—Sí: ¿no ves que me habia hecho su dama de honor la Reina nueva? Y mira lo que es la falta de costumbre de ir á Palacio... en sueños y todo, estaba sofocada.

CUADRO IV.—Cama de hierro de las de 80 rs. Accesorios modestos. Sobre la mesa de noche la *Guia de Forasteros*. Jóven aprovechado.

—He sido iberista, genovista, hohenzollerista, interinista, y ahora soy aostista, progresista, demócrata, radical, y seré todo lo que quiera el gobierno, siempre que logre un puesto distinguido en la *Guia de Forasteros*. Lo menos 50 ó 60,000 rs.; no vale menos el color que me ha salido al rostro por las inconsecuencias que me han notado, aunque mejor seria algo bueno, gordo y de una vez, porque todo esto se lo va á llevar la trampa, y si uno no aprovecha...

Si no fuera triste la galería de cuadros que de los partidos os acabo de ofrecer, seria una comedia divertida.

Lo peor es que cuesta cara á los espectadores.

Pero tranquilizaos, lectoras mias: aun me queda otro cuadro que exhibir, y los apuntes de este nos harán olvidar los demas.

CUADRO V. Dormitorio en una casa de labor, situada en el pliegue de una montaña.

Sobre una cama de roble hay dos colchones; sobre los colchones, un mozo fornido. Acaba de rezar, y se duerme. Ya sueña... Oidle.

—Mis padres pelearon por la Religion, por la patria y el Rey. El Rey legítimo es D. Cárlos... Si él lo manda, hay que darle hasta la última gota de sangre. Hoy hemos hecho el ejercicio con el jefe, y ya sabemos lo necesario para luchar. En cuanto avisen, hay que dejar familia, casa, todo, y morir. ¡Ah! Qué dicha la del que contribuya á poner en el Trono al Rey legítimo, á defender la Religion, á devolver la independencia á la patria!

Elijan ustedes.

Juan de Luz.

CUADROS VIVOS POLÍTICOS

Y SOCIALES.

—

El ministro liberal.

A las ocho de la mañana entra el ayuda de cámara de un ministro cualquiera, el que Vds. elijan, con tal de que sea liberal doctrinario.

—¡Señor! ¡Señor!

—¡Eh! ¿Quién va? (Sin abrir los ojos.) Está bien... Haré lo que esté de mi parte; déjeme V. una nota.

—¡Señor, que son las ocho!

—¡Ah! ¿Eres tú...? Creia que era un pretendiente.

—No faltan... Ahí tiene V. E. desde las seis á los de costumbre, aumentados con una viuda, dos huérfanos y quince cesantes.

—¡Mi ropa en seguida...! ¡Oh! lo que es hoy no recibo á nadie. (Empieza á vestirse.) Es necesario ver el modo de simplificar la administracion, de organizarla de un modo mas sencillo.

Ya hace dos meses que medito... pero... ¡esos pretendientes...! Son las ocho y veinte; hasta las doce trabajaré. ¡Hay tanto que hacer! Desde la oposicion he hecho promesas, tengo ideas, la revolucion exige... No recibiendo á nadie hasta las doce, lograré...

—Señorito...

—¿Qué quieres?

—Ahí está...

—No recibo.

—Es que...

—Nada, no recibo.

—Bueno; pero trae una carta.

—¿De quién?

—Del suegro de V. E.

—¡Válgame Dios! dile que pase; será algun amigote de mi padre político, y si no le recibo...

—El Sr. D. Pantaleon Sobreascuas.

—Adelante.

—V. E. perdonará...

—Apée V. el tratamiento.

—Gracias. Pues su papá de V. me ha encargado que venga.

—Sí; ya sé.

—Porque yo soy muy amigo de su papá de V.; nos conocimos siendo niños. Por cierto que fue el dia 15 de enero..., y hacia un dia hermoso... ¡Mire V. lo que son las cosas! Y á su señora de V. la vi nacer, ¡y tantas veces la tuve en mis rodillas!

—Sí, comprendo; pero estoy bastante atareado, y desearia...

—¡Ah! ¡Ya caigo...! ¿Hay mucho que hacer, eh?

—Sí, señor.

—Pues, nada: iré al asunto derecho. Empezaré contándole á V. mi historia.

—Ha padecido V. mucho por la libertad, ¿no es eso?

—Mucho; pero es preciso que V. sepa...
—Lo sé todo; vamos á ver: ¿qué es lo que quiere V.?
—Pues nada: estudié abogacía en mis mocedades, y no la he aprovechado; así es que una placita de magistrado de una Audiencia me vendria de perilla.
—Escriba V. una nota.
—Si ya la traigo escrita, y no una, sino varias.
—¿Sobre lo mismo?
—¡Ca! no, señor; allá en el pueblo son todos muy liberales, y me han dicho: «Ya que V. va, pida V. para todos.» Aquí hay catorce notas, todas de compañeros que se han criado con su mujer de V.
—Bien: déjemelas V. todas; ahora estoy de prisa.
—Es que no vaya V. á hacer lo que todos, darles carpetazo.
—Haré lo que pueda.
—No, pues yo no me voy sin la palabra.
—¡Bien, hombre, bien!
—Es que yo necesito ver á la señora.
—Ahora es temprano.
—Volveré luego; ¡pues poquito me encargó su padre que la viera! ¡Ah! Mire V., lo mio es lo que me interesa mas. Así es que pienso dar otra nota á la señora, y otra al ayuda de cámara, y otra á la cocinera, y otra... ¡Que V. lo pase bien!
—¡Uf! ¡Qué hombre! Un ministro no debia haber nacido en ninguna parte, ni tener familia... ni... Y si no los recibe V., el papá suegro escribiria acusándome de haberme dado tono. Las nueve y media, y ya he perdido el hilo; vuelta á empezar.
—¡Señor!
—¿Qué es eso?
—Ahí está una señora.
—¡Pero, hombre! ¿no te he dicho que no recibo?
—Es que dice que para ella está V. E. siempre.
—¿Quién es?
—Aquí está su tarjeta.
La señora, que ha seguido al criado, dice entrando:
—Soy yo: ¿no me conoce V.?
—¡Doña Manuela!
—¡Ay! me ha reconocido... ¡Qué emocion! ¿No le dije yo á V. que para mí sí estaba?
—Vete. ¿Qué quiere V., señora?
—¡Cuánto tiempo hacia ya que no nos veíamos!
—Mucho.
—Fue V. mi mejor huésped; bien es verdad que yo no era tirana. Algunos meses le esperaba á V.
—¿En qué puedo servirla?
—¡Si V. supiera lo que me ha sucedido en estos quince años! Se lo contaré á V.
—Otro dia, señora; estoy muy ocupado.
—Bien; pero le diré á V. lo gordo.
—¿Con brevedad, no es eso?
—Pues bien: á mi Mercedes, ¿se acuerda V., aquella chica que le gustaba á V. tanto?
—No; pero...
—Pues le ha salido un novio, y para que se case con ella le he ofrecido un destino.
—¡Pero, señora...!
—¡Qué quiere V.! los hombres son unos picarones.—Solo á este precio quiere salvar la honra de mi Merceditas. ¡Oh! en los cuarenta años que tiene de vida, ese es el único disgusto que me ha dado; con que...
—Es imposible lo que V. pide.
—¡Imposible! ¡Ah! V. no tiene corazon... ¡Ay!... á mí me va á dar algo.
—Vuélvase V. por ahí.
—Pero la palabra; que yo me lleve la palabra de V.
—Bien; pero ahora déjeme V. en paz. ¡Pícara mujer! Me ha quitado una idea, prosigamos.
—¡Señor!
—¡Véte con mil de á caballo!
—Es que...
—Te vas, ó te...
—Es que... Ahí está el banquero inglés que dice que viene á ofrecer dinero al gobierno.
—¿Dinero? ¡Que pase, que pase!
El inglés pasa, y luego un amigo de la infancia, y despues un recomendado de un prohombre, y á la puerta esperan veinte aspirantes.
Desafiando sus acometidas, llega el ministro al ministerio.
Allí le aguarda una nube de pretendientes.
Quiere encerrarse con los oficiales para trabajar, pero dan las cinco y no ha hecho mas que recibir peticiones.
Llega al Consejo de ministros; todos convienen en que es preciso hacer, en que el tiempo se pasa, en que la revolucion se malogra; pero, al despedirse, se dicen:
—No olvide V. mi encargo; el juzgado de término.
—Ni V. la vuelta al servicio de mi recomendado.
—Que me envie V. la credencial del protegido de D. Antonio.
—El ascenso del guardia-marina.
—Sí, ya sé: que me reserve V. la primera secretaría de gobierno para un sobrino de...
—La administracion de correos, que no me deja á sol ni á sombra el pretendiente.
Se despiden.
La mesa espera.
El lacayo: No olvide usía mi encarguitu.
El ayuda de cámara: ¿Ha hecho el señor lo de mi primo?
La cocinera: Hoy va á gustarle al señor la comida. ¿Se acordó el señorito del estanco que le he pedido?
El hijo: Papá, he ofrecido un destino en tu nombre al papá de un amigo mio.

La esposa: Hoy ha estado á verme una amiga de colegio. ¡Qué buena es! Siento que no la hayas visto. Han dejado á su esposo cesante porque le colocó Narvaez; pero yo le he ofrecido que tú le repondrás.

El ministro, *en sueños, á las cuatro de la madrugada:* Pues, señor, esto va mal... es necesario poner remedio... el pais se...

Concluyan Vds. la frase.

Julio Nombela.

DOS VISITAS.

I.

Abre, que llaman... ¿Qué pasa?
¿A qué viene ese temblor?
¿Quién es?—¡La muerte, señor!
—Dile que no estoy en casa.
—Es que veros le precisa.
—Despáchala.—¡Vano intento!
—Dile que aguarde un momento.
—Dice que viene de prisa.
—Pues hazla entrar, y los dos
nos arreglaremos.—¿Sí?
Voy al instante...—¡Héme aquí,
que vengo en nombre de Dios!
—¿Y podré saber, señora,
qué os trae tan de repente?
—Anunciarte solamente
que ya de partir es hora.
—¿Quién marcha en tales instantes
estando tan mal dispuesto?
—Para disponerte á esto
ya tuviste tiempo antes.
—¡Yo, señora...!—¡No oigo mas!
Ven, que ya impaciente estoy.
—Mas... decidme: ¿á dónde voy?
—¡Infeliz! Ya lo sabrás.

II.

—Llega á casa en este instante
La muerte, que quiere verte.
—¡Ah! ¿Nuestra amiga la muerte?
dile que pase adelante...
—Dispensa, buen caballero,
Si te hice mucho esperar.
—Sí; ¿por qué lo he de negar?
Hace mucho que os espero.
—Es que me detienen...—¿Quién?
—Los que hallo sin contricion.
—¿Y son muchos?—Muchos son,
Pues muy pocos viven bien.
—¿Y cómo me hallais á mí?
—De un modo tal, que me place.
—¡Ay, muerte, qué frio hace
desde que estais vos aquí!
—Es que se acerca la hora
que marca el reloj divino
para emprender el camino.
—Pues cuando gusteis, señora.
—Falta un instante no mas;
¿Estás dispuesto?—Lo estoy;
mas, decidme: ¿á dónde voy?
—No temas; ya lo sabrás.

Julio Alarcon.

ECOS DE MADRID.

Ante todo, pensemos en nuestra amada doña Margarita.

Puede decirse que ya está completamente restablecida; y en cuanto á la infantita doña Elvira, todas las noticias que llegan están contestes en declarar que es una hermosa y robusta niña, digna hermana de D. Jaime y de doña Blanca.

Todavía no he recibido yo las detalladas descripciones que espero. Y es natural: las distinguidas personas que por complaceros y complacerme me favorecen con sus cartas, no han tenido tiempo de consagrar á vuestro vehemente deseo la atencion que merece.

Pero esas noticias vendrán, y vendrán pronto.

Entre tanto, contentémonos con saber que la egregia madre y la augusta hija disfrutan de completa salud, y que el dia 2 del actual se celebró con la mayor solemnidad el bautizo de la infantita.

El Illmo. Sr. Obispo de Daulia, que salió de Madrid el 26 del pasado, administró á S. A. el santo sacramento del Bautismo, siendo padrinos los augustos Condes de Chambord, y en su representacion el señor marques de Tamarit y la señora condesa de Orgaz.

Asistieron al acto gran número de personajes, así españoles como estranjeros, y la servidumbre de los Sres. Duques de Madrid.

Ya sabeis el nombre que han puesto á S. A. Los augustos padrinos han estado verdaderamente inspirados.

El nombre de doña Elvira tiene grandes recuerdos en la historia de España. ¿Quién no recuerda á doña Elvira, tia de D. Ramiro III de Leon, que con tanta sabiduría gobernó durante la larga minoría de ese príncipe, y á cuya prudencia se debió la elevacion de sus Estados de la decadencia en que se hallaban cuando tomó á su cargo tan difícil empresa?

Tambien llevaron este nombre la madre y tutora de Alfonso V, la que por su prudencia y valor fue apreciada hasta por sus mismos enemigos; la esposa de este mismo Rey; la de Sancho el Mayor, madre de don García y D. Fernando, y por último doña Elvira Nuña, madre de D. Alfonso y de don Ramiro, el vencedor de Clavijo.

¡Dios quiera que nuestra doña Elvira figure en esta lista con la gloria que conserva la historia á tan ilustres princesas!

***

Ayer fueron los dias de S. A. doña Blanca, que, dicho sea de paso, está muy entusiasmada con su hermanita.

¡Dios la bendiga!

Con su carácter afectuoso, con los rasgos de ingenio que despliega á cada instante, hace que se aumente por momentos el cariño que la profesan cuantos tienen la suerte de vivir á su lado.

Reciba nuestra mas sincera felicitacion.

***

Tengo que hablaros algo acerca del Relicario.

El sábado debió llevarlo á Ginebra una persona de toda confianza; pero llegó la hora de partir el tren, y por cuestion de diez minutos se quedó en Madrid.

Esto ha dado lugar á la ilustre condesa del Prado para realizar un bellísimo pensamiento.

Si hubiera salido de Madrid el Relicario el sábado anterior, hubiera tenido que ir sin estuche, porque no se encontró quien lo hiciera con la premura necesaria.

Ahora irá como debe ir.

La condesa ha mandado hacer un estuche preciosísimo.

Representa una capilla, y está forrado de raso de color de rosa con almohadillado.

Abriendo las dos puertas, se ve el Relicario, y sobre el fondo rosa la reliquia y los dibujos de la joya producen un bellísimo efecto.

El estuche está forrado de terciopelo verde-luz, y tiene en la parte anterior, bajo la corona de Castilla, las iniciales de doña Margarita.

Todo esto lo ha costeado la condesa del Prado, porque, como recordareis, solo se destinaron á la joya dos mil reales, y poco á poco ha subido á tres mil.

Se ha sacado el diseño del Relicario, se ha dibujado en madera, y en cuanto esté grabado lo publicará LA MARGARITA.

***

Atravesamos un período de calma.

Las familias de los empleados están con el alma en un hilo: ni á respirar se atreven, por miedo de que se aperciban que cobran del presupuesto y los dejen en ayunas.

Los partidos descansan de la lucha.

Los republicanos y los progresistas que están en el poder representan la fábula del grajo y la raposa.

Aquellos esperan que estos suelten el queso para encasquetarles el gorro frigio.

Los montpensieristas, émulos de los gimnastas que hacen sus habilidades en el Circo, practican las mas violentas evoluciones.

Susúrrase que en setiembre habrá un ministerio conservador presidido por Cánovas, que se acerca por momentos á la dinastía democrática.

De los alfonsinos y unionistas, tan pronto se asegura que están de acuerdo, como se dice que no consiguen entenderse.

—Y nosotros, ¿qué hacemos?

Lo que hacemos, lo ignoro; pero puedo deciros lo que debemos hacer.

Ya habreis oido contar los planes de Bismark, el vencedor de los franceses.

Solo el catolicismo puede devolver á Francia su grandeza; y como el imperio aleman odia al imperio frances, se ha convertido el sagaz y afortunado ministro prusiano en azote del catolicismo.

Por otra parte, esa sociedad demoledora que se llama *La Internacional* se desarrolla á espensas del doctrinarismo y la falsa libertad de los gobiernos representativos.

La Religion y la propiedad, la fé y el capital, están amenazados.

Un pequeño sacrificio hoy, nos evitaria mañana los horrores de una guerra religiosa y de una guerra social.

La gran monarquía cristiana española, restableciendo la justicia y el órden, libraria á España de los horrores de esas guerras que van á fermentar en el seno de Europa, y de las cuales no han sido mas que un ensayo los actos de la *Commune* de París.

Nuestra nacion, defendida por la fe católica y fuerza de la justicia, ofreceria sus campos sin cultivo y sus ciudades despobladas á las clases trabajadoras, industriosas y pacíficas de Europa; á ella vendrian á parar los capitales retirados del incendio, y mientras los elementos revolucionarios se despedazaban, nosotros podríamos realizar los verdaderos destinos de España, pais llamado á ser, por su suelo y su cielo, por sus rios y sus puertos, el emporio del comercio, la fuente de la riqueza, el modelo del bienestar.

Pues bien: todo esto puede perderse si un estéril egoismo, si una fatal duda nos retrae en la hora del sacrificio.

¿No queremos el bien? Pues el bien no se alcanza sin trabajo. Para que la tierra produzca frutos, pide el sudor del hombre.

Sin un gran esfuerzo de abnegacion y de desprendimiento, nada puede hacerse.

Comprended bien lo que quiero deciros, y pensad que el egoismo de hoy puede mañana ser vuestra desastrosa ruina.

ESPERANZA.

MARGARITAS.

—

Una mujer sin modestia, es una flor sin aroma.

***

La mujer inmodesta es castigada en lo mismo que intenta conseguir. Su mas imperioso deseo es agradar, y desagrada: busca el aprecio de todos, y se acarrea el desprecio universal.

***

El culto exagerado de la moda fomenta las pasiones y eleva en el corazon de la mujer un altar donde todo se sacrifica en aras del amor propio.

(A. R. D. C.)

MADRID, 1871.—Imprenta de *La Esperanza*, á cargo de D. A. Perez Dubrull, Pez, 6.



LA MARGARITA.

ALBUM DE LAS SEÑORAS CATOLICO-MONARQUICAS.

AÑO I. 13 AGOSTO 1871. NÚM. 20.

POLÍTICA FEMENINA.

—

EL PRIMER DEBER.

No hay duda, la mujer puede y debe ser política en el tiempo en que vivimos, por mas que se comprenda que la política es una farsa; pero ¡qué farsa! Ella promete libertades para imponer mejor la cadena de la esclavitud; hace la guerra á todo lo grande, lo noble y lo que es español puro, y escarnece hasta los antiguos y legítimos recuerdos de nuestra pasada gloria.

Convencidos de todo eso y de mucho mas que no queremos sacar á colacion por no hacer mas patente nuestra desdicha, sostenemos que existe la necesidad de que el bello sexo haga política, de que discuta, de que propague las buenas ideas que han de salvar nuestra desgraciada sociedad; de que organice una especie de falange macedónica para combatir en el terreno legal á esos politiquillos de pacotilla, que no teniendo mas dios que el estómago, dilapidan, en escandalosos festines y en banquetes que bien podríamos llamar *orgías*, la sangre del honrado pueblo, de las clases productoras, que trabajan para que puedan comer suculentos manjares los merodeadores del presupuesto.

La degradacion de un pueblo no puede nunca llegar á ser un hecho irremediable, si la parte mas débil se propone redimirle de la esclavitud en que yace. Ejemplos de ello hemos visto registrados en la historia; rasgos de heroismo nos recuerdan las crónicas, en que la mujer, y solo la mujer, ha comprendido la necesidad de hacer un esfuerzo supremo, y con esa abnegacion que no tiene igual lo ha llevado á cabo, aun cuando su vida haya corrido grave riesgo. Pues esa conviccion existe ya hoy en la conciencia de todas las damas españolas, que con manifestaciones pacíficas, ora ostentando

la simbólica flor cuyo emblema es de todos conocido, ora luciendo la clásica mantilla y la característica peineta, se han apresurado á hacer profesion de fe del españolismo acendrado que animaba á nuestros abuelos.

Pero la mujer, neófita en política, necesita un guia, un mentor que la dirija en esa vereda plagada de escollos, de peligros y de traiciones. Es preciso ir trazándole poco á poco un plan de campaña; es necesario hacerle comprender sus deberes, para que pueda con órden y claridad sostener en la discusion la bondad de los principios que defiende nuestro partido. Y una vez que de deberes hemos hablado, espondremos el principal, el que mejor sienta al bello sexo, el que con mas ardor debe cumplir: el deber de defender la unidad religiosa, con todas las consecuencias que de la misma se desprenden.

El primer blanco á que la revolucion dirige sus tiros es el catolicismo, religion de verdad y de justicia que no puede dejar impunes los crímenes que hoy manchan la tierra. En su afan de esterminarlo, toma diversas formas, y ya en nombre de la filosofía, ya en nombre del progreso, ya en la forma política, ataca por todas partes á esa sociedad pacífica que para defenderse no dispone de escuadras blindadas ni de ametralladoras, y sí solo de la palabra de sus ministros. Destruir, esterminar, borrar hasta el nombre de la Religion de Jesucristo es el móvil de la impía revolucion que hoy socava los cimientos de nuestra carcomida sociedad. ¿Lo conseguirá? No. El Fundador de la Iglesia dijo que estaria con ella hasta la consumacion de los siglos, y que las puertas del infierno no prevalecerian contra ella; y el que es infalible, no puede engañarnos.

Si en el terreno franco y leal de la discusion razonada quisieran los declamadores aceptar la batalla, no cabe duda alguna de que serian derrotados; es mas: lo han sido ya cuando á la propaganda se ha opuesto la propaganda, al folleto el folleto, y al libro el libro. No les queda otra arma mas que el terror, y llámese este el socialismo, llámese el comunismo, es todavía impotente para ahogar el sentimiento católico, que aun vive en Europa con un entusiasmo parecido al de los primeros siglos. Pero los trabajos no cesan; hay que preparar la contramina, y para eso nadie mas á propósito que el bello sexo.

Es necesario sacudir esa apatía que enerva las fuerzas vitales. Para reorganizar la sociedad; para estirpar de raiz ese cáncer que todo lo envenena, ya que la mujer ha de tomar parte en esa empresa, tócale, como primer deber, constituirse en firme apoyo de las fuerzas que se agotan en luchas desiguales; en alentar á los que pierdan la esperanza; en consolar á los que sufren contratiempos. Con ese tacto esquisito que le es peculiar, debe poner el reparo al cuerpo que desfallece; con esa ternura que en ocasiones tanto tiene de angelical, debe animar el corazon que vacila, que lucha sin fe; con esa elocuencia del alma debe llevar la conviccion al intranquilo espíritu del que está abocado al escepticismo. La mujer de nuestros dias, la que forma en las filas de un partido político que quiere la paz, el órden y la justicia, está llamada á desempeñar una alta y noble mision, á cumplir un deber que está encarnado en sus deberes de hija, esposa y madre; á defender la Religion católica, á abogar por el venerable cautivo del Vaticano, por el sucesor de Pedro. No es posible dudarlo: la mujer puede hacer mucho en la lucha empeñada, y de ese *mucho* ha empezado ya á hacer algo. Prosiga, pues, con fe y constancia la comenzada obra, que algun dia dirá la historia: "El catolicismo se ha salvado de un terrible naufragio, merced á la influencia avasalladora de la mujer."

Lectoras de La Margarita: á vosotras particularmente me dirijo. No cejeis en vuestra empresa; no abdiqueis de vuestro predominio sobre el

hombre, aun cuando os separe de él la barrera de un partido político contrario á las ideas que profesais. Consigue mas la mujer cuando emplea argumentos de fuerza tales como una lágrima ó una sonrisa, que toda la oratoria parlamentaria del hombre de mas talla. El orgullo del hombre no capitula al talento, pero se rinde á discrecion á la fascinadora mágia de la belleza. El triunfo será vuestro si teneis perseverancia; y como siempre estais dispuestas á hacer cosas buenas, no será mentida ilusion el augurar la regeneracion social que tanto se necesita, producto de los trabajos mancomunados del sexo débil, que hoy debe precisamente hacer política para ahuyentar una nueva irrupcion de bárbaros que un moderno Átila capitanea. Obrad como os dicte vuestra conciencia, y habreis merecido bien de Dios y de la patria.

SALVADOR MARÍA DE FÁBREGUES.

CUADROS VIVOS POLÍTICOS Y SOCIALES.

—

Los cesantes.

Hace algun tiempo que leí, no sé dónde, un anuncio concebido en estos ó parecidos términos:

«Se convoca á todos los cesantes residentes en Madrid para una reunion en la que ha de acordarse la creacion de un periódico que se encargue de defender los intereses de tan benemérita clase.»

Ignoro quién fue el autor del pensamiento.

Como no le conozco, presumo que le guió la mejor buena fe.

Pero la imaginacion es el mismo demonio.

A pesar mio, me figuré la reunion con todos sus detalles.

La respetable clase de los cesantes es en estremo pintoresca; tiene un carácter especial.

Desde el jubilado ochenton con la peluca roja y el pañuelo de yerbas, hasta la jóven viuda de veinticuatro abriles que acude á cobrar las dos primeras pagas con el recuerdo del esposo perdido y el rubor de la mujer que se acerca al Estado á pedirle dinero, la escala de los cesantes, viudas y pensionistas es la galería de tipos mas completa que el observador puede echarse á la cara.

Merece un detallado estudio, y no puedo detenerme.

Pero, pónganse Vds. en acecho durante los diez primeros dias del mes en la puerta de la pagaduría, y verán Vds. cómo la procesion de los que van por la paguita es lo mas pintoresco que puede verse en estos tiempos... de pinturas.

Solo recordaré un rasgo de su fisonomía general.

Es la gente mas crédula del mundo.

Hay cesante que lleva veinte años pretendiendo.

—¿Ha visto V. al ministro? le pregunta un amigo.

—Sí, señor, pero mi trabajo me ha costado: me pasé cinco horas de planton en la puerta de su casa.

—¿Y qué le ha dicho á V.?

—Que reconoce que soy un ciudadano benemérito; que se propone premiar los servicios de todos los que se hallan en mi caso, y que verá...

—¡Naturalmente! Si no se queda ciego, verá.

—No, señor, créalo V.; me habló con sinceridad: yo conozco á los hombres en seguida.

—Lo mismo dice V. de todos los ministros.

—Los otros me engañaron, pero lo que es este...

Declaro que el abultado cuerpo de cesantes me inspira respeto y lástima.

Ellos son el problema de la felicidad del pais.

Suprímanlos Vds., y la Hacienda está salvada.

Si yo no fuera partidario de la supresion de las manifestaciones, diria á los cesantes:

—Amigos mios: dénse Vds. cita un dia en cualquier parte; fórmense Vds., y paseen por Madrid sus años de servicios.

Este espectáculo seria el golpe de gracia del parlamentarismo, que es quien engendra, sostiene y multiplica la abigarrada y numerosa clase de cesantes.

Pero vamos al caso, es decir, al periódico de los cesantes.

—Ya sabe V., me dijo uno de ellos entusiasmado, que vamos á tener un órgano.

—¿Se van Vds. á dedicar á la música?

—No, hombre: se trata de un órgano de la opinion.

—Pues qué, ¿tienen Vds. opinion?

—Y opiniones: por eso nos vemos como nos vemos.

—¡Ah! ya.

—Un individuo ha proyectado la creacion de un periódico para defender los intereses de la clase.

—¡Qué! ¿peligra la paga?

—¡Dios no lo quiera! pero yo hablo de los intereses morales.

—¿Y cómo se llamará el periódico?

—No sé; pero su mejor título seria *La Credencial*. Ya verá V..., ya verá V. cómo ponemos en él á los ministros que no nos hagan caso.

—¿A los que no hagan caso á todos los cesantes?

—A todos no; pero á los que anden alrededor del periódico, á los que escriban en él, sí.

—¿Y piensan Vds. escribir artículos de doctrina?

—¡Harta doctrina saben ya los cesantes! Repito que ignoro cuál es el pensamiento; pero si me encargara de dirigir el periódico, yo haria aplaudir ó censurar los reglamentos, publicar nuestras hojas de servicios, denunciar las injusticias, dar cuenta de los actos de favoritismo de los ministros; en fin, todo lo relativo á la clase.

—¿Y quién costearia esa publicacion?

—¡Toma! Nosotros, con una pesetilla al mes, podíamos reunir, todos los que cobramos por pasiva, cerca de 2,000 duros, ya ve V., cuatro reales es un pequeño sacrificio.

—¡Yo lo creo! pero se me ocurre una idea: ¿tendrá suscritores ese periódico?

—¡Vaya! nosotros.

—En ese caso, dinero perdido. Leyéndolo Vds. solos, no harán mas que decirse lo que saben.

—¡Y el gusto de verlo en letras de molde!

Ante esta respuesta, incliné mi frente.

Y eso que yo personalmente profeso esta teoría, que entrego á la meditacion de mis lectores: los periódicos son á las clases pasivas lo que el agua á las calabazas.

Pero volvamos á mi cuento.

La reunion de cesantes se celebró, y los que se encargaron de velar por los intereses de la clase pescaron buenos destinos, y dejaron á sus hermanos saborear un desengaño mas.

La revolucion ha aumentado el número de estos infelices, y el presupuesto sufre las consecuencias.

El gobierno subvenciona una ociosidad forzada, cuyo espectáculo inspira á los que trabajan el deseo de ser empleados para llegar á la cesantía.

Al lado de los cesantes se ha desarrollado la clase de prestamistas sobre pagas, al interes de 50 por 100.

Estinguir á unos y á otros es lo primero que necesita hacer el gobierno que pueda.

Dos medios hay de conseguirlo.

Colocar á los cesantes existentes, y suprimir las cesantías, ó capitalizar su sueldo, crear colonias agrícolas y poblarlas con ellos.

Desaparecerán los tipos cómicos y lastimosos; pero respirará la Hacienda, y la moralidad dormirá tranquila sobre sus laureles.

JULIO NOMBELA.

NIÑERIAS.

Madre: militares vienen,
muy apuestos y bizarros;
luciendo sus uniformes
en sus fogosos caballos:
¡Cómo me gusta la tropa...!
¡Yo quisiera ser soldado!
Madre: ha venido el Obispo;
el que para confirmarnos
dicen que pega en la cara,
mas dicen que no hace daño;
yo quisiera ser Obispo,
y estar siempre confirmando.
Madre: ¡qué funcion vi anoche!
una funcion de teatro:
todos aplaudieron mucho,
¡y á mí me gustaba tanto!
¡Ay! yo quisiera ser cómico,
para recibir aplausos.
Madre: el lacayo de enfrente
se va en coche paseando;
en una mano las riendas
y el látigo en otra mano.
¡Qué bien se debe ir en coche!
yo quisiera ser lacayo.
Madre: de la iglesia vengo;
y en los altares mas altos
he visto muchas imágenes;
con trajes negros y blancos:
¡Cómo me gustaban todas...!
¡Ay, yo quisiera ser santo!

JULIO ALARCON.

LA CASA DE VECINDAD.

CUENTO.

Erase una casa de vecindad, propiedad de menores, y administrada con arreglo á la ley por un tutor entrometido.

Los inquilinos no podian verse ni pintados los unos á los otros; el del piso bajo era andaluz; tenia tienda, y siempre estaba á la puerta requebrando á las mozas que pasaban, hablando libremente, y diciéndole una fresca al lucero del alba: ¡como que era republicano federal!

El del piso principal de la izquierda era un jóven muy listo y aprovechado; se daba mucho tono, no saludaba á nadie; y aunque comia en su casa judías y lentejas, y dormia en tablado, al salir á la calle parecia un potentado, como que era de la Union Liberal, y pertenecia á la fraccion espectante.

El del principal de la derecha habia sido progresista templado, y luego moderado, luego puritano, luego conservador-liberal, luego histórico, y habia vuelto á ser conservador. Conservaba una cesantía de 3,000 reales; conservaba los ahorros hechos en el desempeño de sus destinos, y, por conservar, conservaba la esperanza de que volveria doña Isabel ó el príncipe Alfonso, y en este caso se proponia ser mas conservador de lo que habia sido. No se metia con nadie; pero todos murmuraban de él, por si tenia ó no trapillos.

En los cuartos segundos y terceros vi-

vian gentes sin opinion, á la buena de Dios, indiferentes, que hablaban mal de los vecinos políticos, y así á la chita callanda y haciendo que ni entraban ni salian, se aprovechaban hoy de unos y mañana de otros, para pedirles favores.

En los sotabancos vivia un carlista que no quiso convenirse en Vergara, y pasaba grandes privaciones; pero á quien nunca le faltaba la fe en Dios, en la Patria y en el Rey. A su lado, en el otro cuarto, vivia un trabajador, á quien las continuas reyertas de la vecindad dejaban sin trabajo, unas veces preocupando su atencion, otras impidiendo á sus parroquianos que fuesen á encargarle obra, porque temian ser víctimas de las luchas civiles de aquella casa de Tócame-Roque.

Así las cosas, y viendo el tutor que no podia con ellos, resolvió nombrar un administrador que los hiciese entrar por vereda.

En tiempos de sufragio, natural era que los inquilinos quisieran influir en la designacion del testaferro.

—Yo quiero un mozo cruo, decia el de la tienda, elegido por todos los de la casa, hasta por los niños de teta; que haga justicia lo mismo al del sotabanco que al del principal; que deje en libertad á cada cual dentro de su casa, y que rebaje los precios del inquilinato.

—Pues yo quiero un administrador, decia el del principal de la izquierda, que contemporice con todo el mundo y que no me cobre á mí, en cambio de los favores que le preste yo aconsejando á los vecinos que cumplan sus deberes con religiosidad.

—Yo quiero, decia el del principal de la derecha, uno que ponga órden á los vecinos, para que yo pueda hacer lo que me dé la real gana á cencerros tapados.

En una palabra: cada cual queria un administrador á su gusto, y esta actitud daba lugar á reyertas, durante las cuales, tomando el tutor fuerza de la debilidad de los vecinos, nombró el administrador que mejor convenia á sus intereses, y, lo que es mas, desplegó un lujo de tiranía contra los vecinos, mandando arrimar sendas palizas á los que murmuraban de él y aspirando por la sorpresa y el terror á subyugar á todos los vecinos, para que, como mansas ovejas, pasasen por sus caprichos y diesen cierto matiz de legalidad á sus resoluciones.

El tutor creia tener dominada la situacion, y una mañana se presentó con el administrador á darle posesion de su empleo.

Allí fue ella.

El tendero le vió doblar la esquina, y dió la voz de alarma.

Los vecinos fueron saliendo unos detras de otros, y se reunieron en el portal.

—Lo que pasa es horrible, decia uno.

—No se puede resistir.

—Si solo se tratase de ideas, de principios, yo no me asociaria á V.

—Ni yo.

—Ni yo.

—Yo creo que se debe cerrar el portal temprano.

—Y yo, que debe haber luz en la escalera.

—Yo, que deben cobrar por trimestres.

—Yo, por años.

—Yo, que no deben cobrar.

—Claro se ve que entre nosotros no nos entendemos; pero ahora no se trata de principios, sino de fines.

—El tutor va contra todos.

—Desconoce nuestros derechos.

—Y nos impone un administrador.

—A palos.

—Y obligándonos á legalizar su conducta.

—Seamos vecinos, y nada mas.

—Eso, eso.

—Unidos todos por los mismos intereses de vecindad, nada mas fácil que conseguir del juez que nombre otro tutor.

—¡Ahí está el hombre!

—Que nos vea compactos.

—¿Y si nos pega...?

—Que hable el instinto de conservacion.

Y, amigo lector, algunos minutos despues, el tendero, el jóven aprovechado, los de los sotabancos, y hasta el que dormia en tablado, emprendieron una de gritos, pescozones, trancazos, etc., etc., que parecia que se hundia la casa.

Los vecinos pacíficos detras del ventanillo, aumentaban con sus voces el bullicio; y cuando el tutor llamaba pidiendo auxilio, echaban el cerrojo, daban una vuelta á la llave, y á los propósitos de enmienda contestaban cantando:

Eres turco, y no te creo.

Resultado: que el administrador tomó las de Villadiego, y el tutor tuvo que escapar por el tejado con los huesos convertidos en gelatina.

Este suceso pasó no há mucho en un pueblo de cuyo nombre no quiero acordarme, y yo lo cuento para solaz y enseñanza de los lectores.

¡Ah! se me olvidaba decir que al fin y al cabo convinieron los vecinos en que el único que podia administrar la casa con órden y justicia era el del sotabanco, que no quiso convenirse en Vergara, y confiriéndole el cargo, vivieron en paz y pagaron los alquileres con puntualidad.

JUAN DE LUZ.

UN RECUERDO.

Yo no sé, Dios de mi vida,
Cómo te adore y te alabe.
Y te venere y te quiera,
Y te bendiga bastante.

Yo no sé cómo agradezca
Los favores inefables
De que te place, amor mio,
Con larga mano colmarme.
¿Por qué en lugar de castigos
Me das consuelos tan grandes?
¿Qué merezco yo, Dios bueno,
Para que así me regales?
La impura nube de polvo,
La bomba de espuma frágil,
Que al primer soplo del viento
Se disipa y se deshace,
¿Es justo que así reciba
De tu cariño raudales?
¿Si así mimas á los hombres,
Qué dejas para los ángeles?
Si tienes tantas dulzuras
En este mísero valle,
¿Qué les darás en los cielos
A tus eternos amantes...?
¡Oh si el placer que me ocupa
Del alma las facultades,
A su ordenado ejercicio
Diera vagar un instante!
¡Si yo describir pudiera
Con sus íntimos detalles
Los goces que aquí me brinda
Sincera amistad afable!
¡Y si al pintar esta escena,
Lo mas fielmente que alcance,
Eterna, como en mi pecho,
Pudiera hacer que durase!
¡Si la voz decir supiera
Lo que el alma sentir sabe!
¡Si este papel fuera un bronce,
Y un buril fuera este lápiz!

—

La fértil llanada de Alava
Se estiende hermosa delante,
Con sus huertas y sus mieses
Y sus pequeños lugares.
En medio se alza Vitoria,
Dorada al sol de la tarde,
Sobre su airosa colina,
Como la reina del valle.
Estívariz al Oriente
Sus bizantinos pilares
Muestra próximos á ruina,
De este siglo para ultraje;
Allá el fuerte de Guevara,
Monumento perdurable
De una raza de valientes
Y de otra raza de infames:
A la derecha Alegría,
Donde el gran Zumalacárregui
Una de tantas derrotas
Les hizo á los liberales:
El sol en el Occidente
Tras de las cumbres se cae,
Que al despedirle amorosas
En sus resplandores arden;
Y de las sombras surtiendo
Su adios le cantan las aves,
Temerosas de que vuelva,
Indecisas y cobardes:
Silba el tren y raudo cruza
Nubes sembrando en los aires,
Que el céfiro de Gorvea
Con blando soplo deshace:
Labradores en las eras,
Al son de alegres cantares,
Con nuevos afanes cogen
El fruto de sus afanes:
Allí la aseada iglesia
Donde devotos y graves
A Dios adoran los hijos
Como adoraron los padres:
Aquí la aromada estancia
Llena el sonido agradable
De octogenario piano
Herido por manos hábiles:
Mientras llega de improviso
Refresco sencillo y fácil,
Tan sazonado y sabroso
Cual nunca gusté manjares.
Aquí la huerta, que luce
Frondoso, verde ramaje,
Como un jardin encantado
De los cuentos orientales;
La fuente, que desde el medio
Corre á mojar abundante
Matas de yerbas y flores
Que aromatizan el aire;
Atentos y cariñosos
Doblan sus ramas los árboles,
Y hasta mis manos las bajan
Sus frutas á regalarme...
Todo en la calma de un dia
Que se desmaya süave
En los brazos de una noche
Bella, dulce, incomparable...!
¡Qué media luz tan hermosa
Va ocultando lo distante!
¡Cómo las sombras avanzan
Por el fondo de los valles...!
¡Qué frescura en los salones!
¡Qué aroma entre los frutales!
¿Quién desde aquí no desprecia
La bulla de las ciudades...?
¡Cuántos placeres, Dios mio,
Sentir á mi pecho haces!
¡Nadie se muere de gozo
Si yo no muero esta tarde!

A. DE VALBUENA.

Arcaya 26 de julio de 1871.

LA MADRE.

Nada mas grande, nada mas santo, nada mas augusto que una madre rodeada de sus hijos.

El corazon de la madre es un manantial purísimo de donde brotan á la vez sentimientos tan nobles, tan espontáneos y de tan esquisita delicadeza, que las mas veces ella misma ignora toda la dicha que esparcen sobre la tierra los fecundos raudales de aquella misteriosa fuente.

En el amor maternal es donde existen esas indescriptibles y santas espansiones, flores celestes que la vista del incrédulo no percibe, pero que embalsaman la atmósfera con sus dulcísimas emanaciones.

Para la madre no existe dolor que no pueda consolar, lágrima que no enjugue, pena en cuyo fondo no consiga depositar una esperanza.

Cuando la tempestad brama, sembrando el firmamento de sombríos y aglomerados nubarrones, un rayo de sol penetra el denso y medroso caos, y las nubes huyen despavoridas, volviendo á vestir el cielo su azulado manto.

La mujer es ese rayo consolador: es la poderosa lumbre que disipa la tormenta y vuelve la calma al corazon del hombre.

Un sentimiento de compasion inherente á su modo de ser y sentir, una simpatía irresistible, la arrastra hácia todo ser que sufre ó llora; como si Dios hubiese encomendado á su amante corazon la dulce tarea de erigirse en redentora de todas las miserias que afligen á la humanidad, en providencia de esa numerosa tribu de pobres enfermos y abandonados.

Dotada, para ejercer la caridad, de una sensibilidad muy superior al hombre, la mujer, débil criatura nacida tan solo para sentir y amar, despliega al pie del lecho del enfermo y del enajenado una fortaleza y una energía de la que los anales del mundo nos ofrecen los mas grandes y edificantes ejemplos.

Esa numerosa falange de jóvenes predestinadas que en nuestros dias abandonan las dulzuras del hogar doméstico para ir á militar bajo las banderas de la caridad, esas inimitables hijas de San Vicente de Paul, que, despreciando los peligros y las epidemias, atraviesan los mares para ir á recoger en los campos de batalla el último suspiro del moribundo, caminan siempre impulsadas por su generoso corazon, castísimo santuario en el que Dios ha colocado una centella de su divina llama, de esa llama invisible y portentosa que forma la misteriosa esencia del amor materno.

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

ECOS DE MADRID.

—

¡Qué semana la última...! ¡Dios nos asista!

Robos, asesinatos, suicidios, de todo ha habido, y los periódicos han acabado de alarmarnos asegurándonos que, gracias al régimen liberal en que vivimos, habitan en Madrid 9,000 presidiarios, sin que la autoridad pueda vigilarlos, y 3,000 mas que deben á la revision de sus causas la libertad necesaria para ayudar á sus consortes á cometer toda clase de fechorías.

Basta pensar que hay 12,000 hombres, cuyo único trabajo consiste en ver cómo pueden apoderarse de lo ajeno contra la voluntad de su dueño.

De aquí que toda precaucion sea inútil; de aquí que vivamos esperando ser víctimas de la inventiva audaz de esos malhechores libres.

Se roban los sotabancos y las cocheras; se detienen carruajes cerca del jardin del Buen Retiro, y se roba como en Sierra-Morena á los que van dentro; se roba un gaban á un ministro en la Puerta del Sol y en su propio carruaje; se intenta arrebatar el abrigo á una señora que se dirige en su landó al Circo de Madrid; se acomete en las Calatravas á un anciano, y en un momento en el que no hay gente en la iglesia, se le pide el reloj poniéndole un puñal al pecho; se asalta por las alcantarillas la casa del general Lemery, y ocurren á cada instante otra multitud de sucesos por el estilo.

Nadie se atreve á andar al anochecer por sitios retirados: las familias no se arriesgan á internarse en el Parque de Madrid; los hombres llevan el estoque preparado ó el rewolver montado cuando pasan por calles solitarias, y en las casas no se abren las puertas sin tener antes en observacion algunos minutos á las personas que llaman.

Todo el mundo está en guardia, y ya no sirve anunciar la visita de un amigo ó de un pariente.

A nuestro diputado Valentin Gomez le robaron en la sala de su propia casa un precioso abrigo de niño, que para su hermoso Carlitos acababa de recibir de Paris.

Un caballero preguntó por él.

—No está en casa, dijo la criada.

—¿Podria escribirle cuatro letras?

—Pase V. á la sala.

Pasó, trazó en una tarjeta cuatro líneas, y quejándose del calor sofocante que hacia, pidió un vaso de agua.

La criada fue á buscarlo.

—Pienso, dijo nuestro hombre despues de apurar el vaso, que será mejor que vuelva.

—Como V. guste.

—¿A qué hora estará en casa?

—A las seis de la tarde.

—Pues volveré á esa hora.

Una hora despues notaron en la casa que habia desaparecido el abrigo.

El caballero no volvió.

De esta manera robaron tambien á un personaje revolucionario una levita, un rewolver y algunos otros objetos.

Añadan Vds. á esto, dos suicidios de empleados pundonorosos, y multitud de riñas, sin contar el asesinato del Sr. Pelletan en el Retiro, que, segun dicen los periódicos, fue el resultado de una equivocacion; y teniendo presente que hace un calor de 34 y 36 grados, digan si tenemos ó no motivo para desear salir cuanto antes de uno de los períodos mas peligrosos que registra la accidentada historia contemporánea.

***

—Pero, ¿no hay gobierno? preguntareis.

—Parece que sí; pero está muy ocupado haciendo economías.

—¿Y los agentes de órden público?

—Suelen estar en las esquinas, entreteniendo á veces con su conversacion á las domésticas; y tienen tal acierto, que nunca se hallan en los parajes en que hacen falta.

Si este estado de cosas continúa; si, como se asegura, quedan cesantes la tercera parte de los empleados, ¡qué noches las del invierno próximo!

Dios querrá que para entonces todo haya variado.

Y, á propósito: estos dias no se habla mas que de la fusion, realizada ya segun parece, entre alfonsinos y montpensieristas.

Los que conocen la habilidad de estos señores para conspirar, esperan que no acabe el mes de agosto sin que estalle alguna sublevacion.

Es tanta su destreza, que para funcionar

mas á sus anchas, llenan todos los dias los periódicos con noticias que presentan á los carlistas preparándose á jugar el todo por el todo.

De este modo alarman al gobierno, no hay amnistía, y mientras los presidiarios andan sueltos, gimen en los presidios nuestros pobres, honrados y heróicos amigos.

Por fortuna hay algo superior á las habilidades de los fusionistas, y ese *algo* que está con nosotros, será *algo*, y aun *algos*, cuando llegue el momento.

***

¡Qué cosas pasan á los progresistas demócratas!

Figuraos, mis queridas lectoras, que han tenido que emplear el telégrafo para corregir una errata de la *Guia de Forasteros* que acaban de publicar.

Ni saben cuándo son los dias de la esposa de D. Amadeo, y para que fueran solemnizados oficialmente tuvieron que advertir por telégrafo á las autoridades que eran el dia 7, y no el dia 9, como indicaba la *Guia*.

Gracias al aviso, hubo repique de campanas, lo que no se hacia con la infanta doña Isabel cuando era Reina, y hubo iluminacion en los edificios del gobierno.

Esto da una idea de cómo entienden el amor á sus Reyes los radicales.

En cambio, nosotros vivimos de la vida de nuestros príncipes, tomamos parte activa en todas sus alegrías y en todas sus penas, y no apartamos los ojos del sitio en donde se hallan, porque nuestra felicidad consiste en amarlos y ser amados de ellos.

¿No es verdad que estais impacientes porque aun no sabeis todos los detalles que os he prometido de la infantita doña Elvira?

Como todos los periódicos católico-monárquicos, ha recibido LA MARGARITA una carta dando noticias de la presentacion por D. Cárlos de su augusta hija á los españoles reunidos en el Bocage.

Asistieron á este acto S. A. R. el Duque de Parma (accidentalmente en el Bocage), el marques de Tamarit, Dr. Aymiñi, el baron de la Torre, D. Juan Rocaberti de Dameto, D. José de Suelves, la condesa de Orgaz, la baronesa de la Torre, las señoritas doña María Teresa y doña María Juana Florez, damas de la Duquesa de Madrid; doña Consuelo de Arjona de Arjona, doña María de Medina, los gentiles-hombres del Duque de Madrid, D. Luis Vives y D. Miguel Marichalar; el capellan del Bocage, D. Anselmo Ruiz; el médico asistente, Dr. Vined, y el secretario particular del Duque de Madrid, D. Emilio de Arjona.

La infantita recibió en el bautismo los nombres de Elvira, Enriqueta, María Teresa y otros, hasta veintiocho.

Durante la ceremonia llevó el Duque de Madrid el Toison de su augusto abuelo y la gran cruz de Cárlos III.

Despues hubo un espléndido almuerzo.

El Sr. Obispo de Daulia brindó solo, y resumió en sentidas frases los deseos y las aspiraciones de todos. «Por la régia familia, dijo; por España, y porque Dios permita su salvacion inmediata.»

La infantita, segun mis noticias particulares, es preciosísima: admira la belleza de sus facciones, correctas en estremo y perceptibles, lo que no es propio en niños de tan corta edad.

Su augusta madre se halla restablecida por completo; y no solo no se ha desmejorado, sino que brilla en sus ojos la salud, y en su rostro ese hermoso y vivo color sonrosado que la distingue.

Estos dias se han recibido en el Bocage innumerables felicitaciones, y es mayor que nunca el número de españoles que acude á visitar á los egregios Príncipes.

¡Cuántas cosas os diria si fuera posible!!

¡Dios mio! si lo que te pedimos es la felicidad, la salvacion de España, ¿desoirás nuestros ruegos?

ESPERANZA.

MARGARITAS.

Una dama española debe rechazar con dignidad y altivez la esclavitud de modas estranjeras. La majestuosa frente de una española no debe humillarse ante el capricho de una modista francesa.

***

La belleza del cuerpo desaparece como flor de un dia: la hermosura del alma persevera como la siempreviva de nuestras montañas.

***

Solo la mujer virtuosa no pierde su valor cuando pierde su hermosura. La que no lo es, vale tanto tiempo cuanto duran sus atractivos á los ojos del hombre.

***

Ganad con vuestras virtudes el corazon de vuestros maridos, y hallareis la verdadera paz. La que interesa solo sus ojos con el atractivo de gracias pasajeras, engendra, á lo mas, un afecto egoista, voluble como la pasion, fecundo en disensiones domésticas.

A. R. D. C.

MADRID, 1871.—Imprenta de *La Esperanza*, á cargo de D. A. Perez Dubrull, Pez, 6.



LA MARGARITA.

ALBUM DE LAS SEÑORAS CATOLICO-MONARQUICAS.

AÑO I. | 20 AGOSTO 1871. | NÚM. 21.

LA POLÍTICA DE LAS MUJERES.

Hace algun tiempo se hallaba la que esto escribe en una agradable reunion de confianza, entre varias amigas suyas.

Un periódico circulaba entre ellas de mano en mano: LA MARGARITA.

Las jóvenes leian sus poesías, y comentaban á su antojo las noticias de *Esperanza.*

—No sé por qué, dijo una, un periódico que se dice dedicado á señoras se ha de ocupar constantemente de política.

—Y en verdad, añadió otra, que es lo mas insoportable del mundo hablar de esa moderna caja de Pandora, donde, como en la antigua, se encierran todos los males.

—Yo prefiero leer un periódico de modas.

—Pues á mí me gusta leer este periódico; pero la política no la entiendo; acostumbrada á leer novelas, me parece una novela sin desenlace.

—Pues yo voy mas lejos que vosotras, pues creo que es ridículo en la mujer hablar de política, pues ni la entiende, ni debe entenderla.

Aquí llegaban en su discusion nuestras amigas, cuando un amigo nuestro, que las oia sonriendo, nos preguntó nuestro parecer.

—En verdad, que es muy distinto que los que V. acaba de oir, le dijimos.

—Pues deseo saberlo.

—Yo creo que la mujer de nuestra sociedad, ilustrada y digna, no debe ser tan frívola que solo se ocupe de un lazo, de un encaje ó de un prendido. Creo que puesto que esta mujer tiene padre ó hermanos, esposo ó hijos, debe mirar con interes, y comprender siquiera los resortes de esa complicada máquina que se llama *política*, que, obedeciendo el impulso de una voluntad, puede llevar la desgracia al hogar tranquilo del hombre que con ese poder impulsivo no esté conforme.

No pretendemos que la mujer *haga* política; seria, á mas de inútil, ridículo, porque nada puede por sí misma; pero abrigamos la conviccion de que debe comprenderla, para influir en el ánimo de los hombres que la rodean, é inclinarlos á lo que segun su corazon y su razon crea mejor.

Casi todas habeis visto á una persona querida, ya huir á pais estranjero, donde solo y sin amigos no podia ni acercarse á la frontera á mirar el hermoso cielo de España; ya estar perseguido como un criminal por tener el valor de sostener sus ideas, ó bien encarcelado por causas imaginarias.

¿No habreis sufrido entonces? Pues si sentís los efectos, justo es que comprendais las causas.

Este periódico, dedicado á señoras, cumple perfectamente su mision, pues no *hace* política: defensor de una grande y noble idea, recuerda á sus lectoras que ella es el derecho, la justicia y el deber; las ilustra poniendo ante su vista las faltas de la situacion que combate y los rasgos sublimes de un noble corazon; les da á conocer las condiciones físicas y morales de los que levantan en su corazon un trono al ausente, y las recrean con artículos morales, con poesías religiosas, con todo lo que es agradable al pensamiento tierno y sencillo de la mujer.

No por esto renuncieis á leer vuestras revistas de modas; se puede ser á un mismo tiempo ilustradas y elegantes; pero, decidme: al leer un número de La Margarita, ¿no gozais mas que al leer las prescripciones de la moda?

Estas hablan á la vanidad, aquel al corazon; este os enseña lo que debeis pedir á los hombres sobre quien teneis la influencia del cariño; y en la fraseología de aquellas no se os dice cómo debeis evitar lo que tanta influencia puede tener en vuestra felicidad.

Oid lo que yo decia hace algun tiempo á una amiga:

«Es natural que la mujer olvide
la política inútil que no alcanza,
pues sus ventajas su razon no mide;
pero en esta mañana de esperanza
do el porvenir de España se decide,
¿quién á su ocaso con afan no avanza?
»¿Quién no percibe, di, las convulsiones
que agitan hoy tan poderosamente
la mas noble nacion de las naciones;
y quién el corazon latir no siente
de indignacion, si locas ambiciones
ve que la impulsan por fatal pendiente?»

....

La situacion no ha cambiado; aun debemos mirar al horizonte político. Cuando este se ilumine con la luz deseada, podremos descansar.

Patrocinio de Biedma de Quadros.

Á LAS LECTORAS DE «LA MARGARITA.»

Proponíame yo esplicaros por qué este semanario se ocupa mas de lo que seria de desear de la política palpitante, cuando el bellísimo artículo de nuestra distinguida colaboradora que acabais de leer, os ofrece, en precioso ramillete de flores, las ideas que yo no hubiera podido presentaros sin contar antes con vuestra bondad.

La Margarita, que odia lo que se llama *política*, porque esta política es el mayor enemigo de la felicidad doméstica, ha tenido que andar, aunque saltando para no mancharse, por ese lodazal donde las ambiciones de los hombres amasan las desdichas de las mujeres.

Ha entendido cumplir un deber recordándoos lo mucho que cuestan los goces del amor propio, para que os creais mas dichosas formando parte de la familia de un hombre leal, aunque pobre, que cuando os sonria la idea de ser gobernadoras ó ministras.

Tambien ha considerado de la mayor necesidad demostraros las tendencias de la revolucion, y os ha dicho y repite: "La salvacion de la sociedad está en el catolicismo; la salvacion de España en la monarquía legítima."

Si vuestros padres y vuestros hermanos; si vuestros esposos y vuestros

hijos se despiden de vosotras algun dia para salir á defender con su vida, si es preciso, las ideas salvadoras, ya sabeis á dónde van; ya sabeis que, mártires ó héroes, bien arranquen lágrimas á vuestros ojos ó esclamaciones de entusiasmo á vuestro corazon, su abnegacion es grande; y de un modo ó de otro os legan una herencia de honra.

Salvar la sociedad, salvar la patria, es cumplir un deber; y la mujer, al lado de este deber, tiene otro que cumplir: el de saber resignarse.

Como dice *El Romancero de Cárlos VII*, al dar á conocer el temple de alma de los carlistas:

«¿Qué les importa la muerte?
¿Qué los trabajos y el hambre?
Si dejan viudas y huérfanos,
la fe los anima, y saben
que no faltará en el mundo
quien su desventura ampare.»

Ahora bien: despues de haberos dado á conocer las miserias de la política; cuando ya estais penetradas de que sin la fe católica, la monarquía tradicional y el respeto de la ley nada puede prosperar en la patria, inútil es que fijemos de nuevo los ojos en esa caja de Pandora, como dice muy bien la señora de Biedma, de donde salen todos nuestros males.

Basta ya de política palpitante: esta resolucion obedece á una voluntad que es para vosotras, como para mí, omnipotente.

La enfermedad no podemos curarla padeciéndola.

Apartemos los ojos del incendio; nada podeis hacer para salvar el edificio que se quema: las lamentaciones solas, son estériles.

Pero al lado de la casa que se quema, y cuyos estragos contendrán los hombres, si Dios así lo quiere, vosotras teneis una nueva casa que os espera, para que en ella prepareis todas las dichas del hogar á los que salgan ilesos del incendio.

Vuestra mision no es destruir, sino crear.

Aunque nada suceda, aunque el incendio siga, vuestro deber es practicar todas las virtudes, emplear todo el ingenio que debeis á la Providencia para oponer al ejemplo destructor, al ejemplo creador.

Nosotros, digan lo que quieran nuestros enemigos para calumniarnos, amamos la ilustracion: ¡no hemos de amarla, si es la consecuencia inmediata de la moral, y la moral es el cristianismo!

Debemos, pues, estudiar todas las cuestiones que pueden llevarnos al mayor grado de civilizacion cristiana.

De este modo daremos gusto á la Princesa á quien amamos, y os preparareis á comprender y secundar sus pensamientos, que son, como Dios quiera que lo veais muy pronto, tan cristianos como civilizadores.

Queda esplicado por qué razon hemos sido algo *políticos*, y por qué en adelante procuraremos mas instruir y deleitar el ánimo que mortificarle con el recuerdo de lo que pase.

Ademas: es necesario tener preparada la nueva casa... por lo que pueda suceder.

JUAN DE LUZ.

LA POESÍA DEL NORTE.

Dias pasados cogí por acaso un libro, libro precioso, que contenia los cantares de los slavos de Bohemia.

Estos cantares me revelaron una raza poética y original, que ha conservado intactos su idioma y sus tradiciones primitivos.

Un poeta de Bohemia ha dicho que el slavo es entre los pueblos lo que el ruiseñor entre las aves. Tiene razon.

Tanto me agradó la lectura del libro, que voy á ofreceros en prosáico castellano algunos de los cantares que mas llamaron mi atencion.

«¡Ah, estrella, pálida estrella! dice uno: ¡si tú supieras lo que es amor... si tuvieras corazon, llorarias lágrimas de fuego!»

Como en los cantos alemanes, la idea del amor en los slavos está casi unida á la idea del sufrimiento.

¡Efectos de su triste filosofía!

Estrofas hay que, comenzando alegremente, concluyen con la mayor tristeza, con la sonrisa sofocada por los sollozos.

Hasta la misma embriaguez del amor

no se espresa en estos cantos mas que por imágenes.

Busquemos otros asuntos mas bellos.

I.

Las Palomas.

«Sobre la verde encina juguetean dos palomas. Todos cuantos las ven las envidian. ¡Pobres gentes! No las envidieis. ¡Tambien nos hemos amado como dos palomas, y despues nos hemos separado como dos golondrinas!»

II.

La visita del cementerio.

—«Buena madre, ¿en dónde está vuestra hija? He venido á verla porque hace ya tres años que no la veo.

—»Mi hija duerme en el cementerio: renuncia á la esperanza de que sea tu esposa.

—»Vos, madre, indicadme el sitio en donde está, y cavaré la tierra para volver á verla.

»Al llegar al cementerio, vió una tumba nueva.

»Dos rosas encarnadas le indicaron que estaba allí su corazon.

—»Dime, rosa: ¿es esta la tumba de mi amante?

»La rosa se inclinó, y le hizo un signo afirmativo.

—»Levántate, alma mia, dijo.

—»No puedo, porque me falta el corazon.

»Aquellas hojas se habian marchitado.

—»¡Pobre alma mia! ¡Te separaron tus padres de mis brazos, y te arrojaron en los de la muerte!»

III.

El violin.

«Dos músicos viajaban juntos.

»El uno dijo al otro:

—»¡Mira qué árbol tan hermoso, hermano mio!

—»Es un magnífico plátano, con el que se podria hacer un buen violin.

—»Vamos á partirle para hacerle.

—»Se pueden hacer dos; uno para ti y otro para mí.

»Enarbolaron las hachas, y al primer golpe el árbol suspiró.

»Al segundo golpe brotó sangre.

»Al tercero habló el árbol de este modo:

—»No me partas; no soy un árbol: soy una jóven de la aldea vecina; mi padre me ha maldecido, y por eso estoy en esta forma.

»Los músicos hicieron, sin embargo, sus violines, y fueron á tocar delante de la madre de la jóven.

—»¡Callad, músicos! ¿Por qué desgarrais mi alma! ¡Bastante sufro por haber perdido á mi hija!

—»¡Desgraciada la madre que maldice á sus hijos!»

IV.

La huérfana.

«La pobre niña quedó huérfana cuando no tenia mas que año y medio.

»Mas tarde dijo un dia á su padre.

—»Padre mio: ¿qué ha sido de mi madre?

—»Tu madre duerme el sueño eterno: está en el cementerio, al lado de la puerta.

»La niña corrió al cementerio.

—»Madre mia, hablad, dijo la pobrecita.

—»Vete, vete á tu casa, que allí tienes otra madre, contestó la infeliz que le habia dado el ser.

—»Ella no es tan buena como vos. Cuando me da pan, me da el mas duro, y vos me dábais el mas tierno; cuando me peina me arranca los cabellos, y vos me los besábais; cuando lava mi ropa me maldice; cuando vos me la lavábais, cantábais.

—»Vuelve, vuelve á tu casa, hija mia, dice la madre; mañana al amanecer iré á buscarte.

»La niña fue á su casa, y se acostó.

—»Padre, padre mio, preparadme un ataud.

»La niña cayó enferma, y al amanecer lanzó el último suspiro.»

. . . .

Terminaré con el canto de los soldados. El Kaiscrlik del Elba y del Choldan conserva bajo el uniforme blanco un corazon bohemio. El sentimiento de abandonar su novia y su aldea, es la nota que domina en sus tristes cantos de adios.

V.

Los dos hermanos.

—«Cuando te vayas, querido mio, yo seguiré al regimiento.

—»¿Y que harás allí? Entre los soldados no podrás reconocerme.

—»Me convertiré en pajarito, y me posaré en tu hombro.

»El recluta parte, y trata de alegrarse, pero su alegría es amargura.

—»Mi padre me ha dicho siempre que hallaria bueno el pan de municion. Mi madre me ha dicho que me gustaria el agua de los arroyos. Mi hermana me ha dicho que mi caballo negro me agradaria, que el sable me sentaria muy bien. Mis amigos, que un dia me matarian los enemigos en el campo de batalla. No importa; yo me lanzaré contra el enemigo, y al pelear tendré presente la imágen de mi amada.»

La hermana que consolaba al recluta diciéndole que le sentaria bien el sable, aparece en otra cancion yendo al encuentro del regimiento, que vuelve al pueblo, como en la Leonora de Burger, buscando en vano á su hermano en medio de las filas.

«El primer dia salió y vió el alba.

—»¡Mi hermano ha partido ya! esclamó.

»El segundo vió la rosada aurora.

—»¡Oh Dios mio! esclamó. ¡Mi hermano está luchando!

»El tercero vió un rojo crépusculo.

—»¡Oh Dios mio! esclamó. ¡Mi hermano ha muerto!

»Pasado algun tiempo, todos sus camaradas vuelven al lugar.

—» ¡Soldados, soldados! decidme: ¿qué habeis hecho de mi hermano?

—»Tu hermano ha muerto coronado de gloria. Está cerca del Danubio, envuelto en la negruzca tierra.»

. . . .

Podria continuar traduciendo algunas otras canciones ó baladas; pero bastan las que he reproducido, á pesar de su sencillez, para ver á través de la bruma el espíritu de esa raza pura, de ese pueblo que conserva todas sus tradiciones, y que, por decirlo así, condensa en su poesía todos los sentimientos de su alma.

J. Nombela.

¡Y YO ESTARÉ MUERTO!

—

Doblan las campanas con son funerario;
Doblan las campanas en el campanario;
Quizás pronto doblen con triste concierto...
¡Y yo estaré muerto!

Cuando por mí doblen, quizás en un dia
Del sol esplendente de paz y alegría,
Irá el hortelano cantando á su huerto...
¡Y yo estaré muerto!

Irá el caminante por bosques de pinos,
Por largas veredas, por largos caminos;
Verá el navegante de lejos el puerto...
¡Y yo estaré muerto!

Bullirá la gente por plazas y calles,
Volarán las aves por montes y valles;
Correrá el arroyo de flores cubierto...
¡Y yo estaré muerto!

Irán los soldados, irán á la guerra,
Y los misioneros cruzando la tierra,
Y las caravanas cruzando el desierto...
¡Y yo estaré muerto!

Cuando por mí doblen con son funerario;
Cuando por mí doblen en el campanario,
Si al abrir la fosa hallo el cielo abierto...
¡Yo no estaré muerto!

Julio Alarcon.

LA MODA.

—

¡La moda! Nada hay mas tiránico que esta caprichosa deidad, y sin embargo no podemos resistir á sus mandatos, bien sea por amor propio, ó bien por conveniencia. La moda puede compararse á una de esas mujeres cuya inconstancia y ligereza sabemos, sin que por eso deje de entusiasmarnos una mirada suya, una sonrisa, una palabra. En nuestros dias se asemeja á la adulacion: cuanto mas escéntrica, mejor consigue sus fines.

Hoy mas que nunca gusta aparentar, esto es, *ir á la moda*.

Aparentar, para un empleado subalterno, es imitar á sus superiores. Ayunará en su casa, pero no le faltará un frac, una corbata blanca y unas botas de charol para las grandes ocasiones.

Aparentar, para un capitalista, es fascinar á cuantos le conocen, con un lujo de príncipe.

Aparentar, para los nobles atrasados, es restaurar sus blasones por medio de enlaces sin amor, con jóvenes de clases inferiores, pero forradas en billetes de Banco y acciones de carreteras.

Aparentar, para un artista ó un poeta nominales, es adular con el pincel ó con la pluma el gusto depravado ó las debilidades de los que pueden ser sus Mecenas.

Aparentar, para ciertas mujeres, es adornarse de una manera original, escéntrica, y sobre todo vistosa.

Podria citar mil casos; pero es inútil: todo el mundo desea abandonar su clase y elevarse; nadie se conforma con vivir en su esfera: de aquí la necesidad de *aparentar*.

La industria ha comprendido perfectamente esta enfermedad de nuestra época, y, en vez de consagrarse, como en la Edad Media, á buscar la piedra filosofal, con menos trabajo y mas provecho, ha inventado el *similor*, la plata galvánica ó *ruolz*, las *piedras falsas*, el *miriñaque*, los *cabellos* y los dientes *postizos*, las telas económicas, los coches de alquiler sin número, etc., etc.

Las mujeres desplegarán un lujo ruinoso, se impregnarán de perfumes, se pintarán el rostro; pero todo esto, que haria retroceder á un espartano, lo salva la *moda*.

Al calor de esta terrible deidad han nacido una porcion de industrias curiosas y pintorescas.

En otro tiempo habia hombres y mujeres que decian la buenaventura, magnetizadoras, libelistas que vendian sus epígramas como las lloronas del Oriente sus lágrimas, oradores al aire libre, etc,. etc.

Hoy tenemos aeronautas, espiritistas, pitonisas, fotógrafos, hombres-anuncios, corredores de todas clases, armadores de negocios, y otra porcion de industriales de mas baja estofa, que no hay para qué nombrar. Todos son hijos de la moda.

Entrando en otro órden de ideas, preciso es recordar que todos los que se encuentran en la calle, en paseo, ó en cualquier parte, se preguntan indefectiblemente unos á otros:

—¿Cómo lo pasa V.?

—Bien, gracias: ¿y V.?
—Para servir á V., gracias.
Con estas frases comete la *moda* un pleonasmo, ó, mejor dicho, un ripio. ¡Preguntar lo que se ve! Pero no es eso; todo el mundo hace las mismas preguntas y responde en los mismos términos. Rebelarse contra esta ley es ir contra la *moda*.

Nuestra época es tan positivista; los hombres se preocupan tanto de sus intereses, de sus placeres, y las mujeres de sus adornos, que la moda se ha visto en la necesidad de intervenir en la institucion del matrimonio, y en Inglaterra y Francia se han creado agencias y seguros matrimoniales.

La mayor parte de mis lectoras creerán que exagero; pero los que han viajado saben que lo que cuento es la pura verdad.

Por mi parte, estoy harto de leer en los anuncios de los periódicos estranjeros proposiciones de ambos sexos.

Siempre he creido que el matrimonio era una institucion fundada en el amor, y no en el interes; pero *la moda*, ó, mejor dicho, sus escesos, ha colocado esta institucion bajo la salvaguardia de los tribunales de comercio, al convertirla en un negocio.

Ademas de lo dicho, tenemos los artistas y los autores *de moda;* los hombres y las mujeres, los industriales y los comerciantes *á la moda*; las fondas *de moda*, como la de Fornos, por ejemplo; pero, como la moda misma, la duracion de su apogeo es efímera.

El autor de moda escribe sobre arena, es decir, escribe para hoy; mañana ocupará otro su puesto, y los adoradores dirigirán sus miradas á un nuevo ídolo.

El talento de un hombre á la moda consiste en saber crearse una cohorte de parásitos. La historia ha conservado el nombre y la fisonomía de algunos de esos héroes. En primera línea figura Jorge Brummell, que debe su celebridad europea á lord Byron. Llegó á reconcentrar en sí de tal modo las miradas de sus compatriotas, que cuando sonreia alegraba á Lóndres, que es cuanto hay que decir.

Como un Dios olímpico, ó como un ministro revolucionario, distribuia títulos de gloria. ¿No han sido célebres su peluquero Ward, su sastre Brooker y su zapatero Yougar-Tull?

A este nombre pueden añadirse los de Horacio Walpole, Cinq-Mars, Buckingham, Essex, Lauzun; y en Madrid, hace tiempo, Velluci, Campanon, y los duques de San Cárlos y Osuna.

Los industriales y los comerciantes á la moda tienen el talento de especular sobre nuestras vanidades y flaquezas.

Hemos tenido el sombrero *Gibus*, los bastones *Verdier*, el agua de Colonia de *Juan Farina*, el guante *Dubost*, la camisa *Laforest*, el frac *Utrilla*, el pantalon *Borrell* y el chocolate de *Doña Mariquita*.

Los cafés, al hacerse de moda, han dado un golpe mortal á la familia; son una continuacion ó una preparacion de todos los negocios pendientes al cerrarse los mercados de todas clases.

En el siglo pasado estuvieron en Francia muy en moda los salones literarios, donde bastaba tener ingenio para ocupar en ellos un buen lugar: hoy el ingenio es lo de menos.

Por eso, en vez de salones literarios, hay *thes dansants* y *chocolates* de varias clases. En ellos puede reemplazarse el ingenio con la ligereza de pies para bailar, la flexibilidad del cuerpo para hacer cortesías, y, sobre todo, con un buen frac.

Por último, la moda ha inventado las carreras de caballos, los jokeys, el tanto por ciento, los viajes de verano, los circos ecuestres, en donde se ofrecen coronas de laurel á las *ecuyères*; las tarjetas fotográficas, el *Can-can* y otra multitud de cosas; razon por la cual puede decirse que es un verdadero Proteo.

Conste que detestamos sus caprichos; pero, como dice Pascal: «Burlarse de la filosofía es filosofar;» y este axioma puede aplicarse á la hermosa deidad.

¡Hablar mal de la moda, *es moda*!

X.

BELLEZAS DE LA RELIGION.

Á LA VÍRGEN MARÍA.

PLEGARIA.

In manus tuas commendo spiritum meum.

A tus brazos, Madre buena,
Vengo á decirte la pena
Que me parte el corazon.
¡Ay! que tengo el alma llena
De amarga tribulacion.

Siempre que en mi desconsuelo
Tu dulce Nombre invoqué,
Siempre, siempre, amor del cielo,
En tu clemencia el consuelo
De mis pesares hallé.

Hoy tambien el alma llora
La dulce paz que perdí;
Ea, pues, Madre y Señora,
No me desprecies ahora
Que tambien acudo á Ti.

Tu acento en el alma suene
Y de suavidad la llene,
Y termine mi sufrir;
Mas si yo no sé pedir,
Tú ves lo que me conviene...
....

Viva en tu amor, Madre amada,
Y viva de cualquier modo:
Bien sabes, gloria adorada,
Que sin Ti no tengo nada,
Contigo lo tengo todo.

Bien sabes que mis suspiros,
Que mis deseos mas caros,
Solo quieren agradaros,
Solo acertar á serviros
Para llegar á gozaros.

A. DE VALBUENA.

ECOS DE MADRID.

Los que viven en las aldeas apartadas, sin recibir periódicos, sin tener noticia de lo que pasa en las capitales, suspiran por Madrid.

Es verdad que allí sufren las consecuencias de las batallas electorales; que allí van los soldados á cobrar la contribucion; que allí se aburren soberanamente; pero hay dias en los que no es posible dejar de pensar con envidia en los aldeanos.

Aquí sabemos mas de lo necesario; aquí no hay una hora de paz para el alma; aquí vivimos en continua fiebre.

Ayer, sin ir mas lejos, pasé un dia de prueba.

Hacia un calor insoportable, y, para entretener el tiempo, cogí maquinalmente un periódico.

Todos publican la dramática reseña de los consejos que se están verificando en Versailles.

Lectura de atractivo irresistible es esa; pero ¡ay! ¡deja una tristeza tan grande en el alma...!

De las palabras que pronuncian los acusados, de las declaraciones de los testigos, resulta una dolorosa verdad.

Esos grandes criminales que han desgarrado el corazon de la patria al verla herida por el estranjero; esos inspiradores de los incendios; esos promovedores de las catástrofes que Paris llora, por mas que quiera ocultar con la risa las lágrimas para que no le abandonen los forasteros cuya curiosidad le sostiene, han cometido los crímenes y horrores que se les imputan, acosados por la sed de riquezas todos, algunos por la sed de popularidad.

¡Maldita política!

En otros tiempos esos hombres que no carecen de talento, que algunos tienen ingenio, hubieran podido ser útiles á la humanidad con sus luces, y llegar á la gloria y á la fortuna.

Pero ¿qué puede hacer el artista ó el industrial que se ve humillado por el audaz político que, por efecto de la intriga de mísera ambicion, se convierte en omnipotente personaje; y mas cuando carece de fe religiosa?

Todos han abandonado su profesion para llegar mas pronto al logro de sus deseos, y han militado en la *Commune* como hubieran militado bajo cualquier otra bandera.

La cuestion era atesorar miles de francos, dominar á las masas, hacerse célebres.

Todos ellos vivian de mala manera, rodeados de vicios; por eso su primer cuidado fue legitimar sus iniquidades.

No hay uno solo que no carezca de sentimientos religiosos: su ídolo es la materia, el goce.

No creyendo mas que en el oro, todo lo han arrostrado por su falso dios.

Pero oidlos, y sus réplicas, ingeniosas á veces, atrevidas siempre, van poco á poco oscureciendo á los ojos de los lectores su carácter de criminales, para darles un tinte novelesco.

Yo creo que esa novela que en grandes dósis ofrecen los periódicos á sus lectores, ha de hacer mucho daño.

Solo los hábiles doctores pueden sondear las heridas; ellos aprenderán mucho al estudiar esa llaga; los profanos, ó sufrirán como yo he sufrido, ó entibiarán su odio á los asesinos é incendiarios.

Si devorais esas páginas, pensad al menos que esos hombres que pretenden pasar plaza de héroes, son los que, minando la familia, quieren volver el mundo al imperio de la fuerza bruta.

***

A poco de dejar el periódico que tan tristes reflexiones me sugeria, llega una amiga.

—Estoy amedrentada, me dice.

—¿Pues qué ocurre?

—¿No ha leido V. el manifiesto de *La Internacional?*

—Sí, por cierto.

—Amenaza con el incendio á toda Europa.

—Europa apagará sus fuegos.

—Algunos de sus miembros han venido á España.

—Eso animará á nuestros amigos.

—Cuentan que se hallan decididos á aprovechar la primera ocasion para quemar los templos.

—Antes quemarán los palacios de los ricos, y los ricos dejarán de ser egoistas.

—Esa sociedad es muy fuerte.

—El pecado es soberbio, pero débil.

—Hasta se han atrevido sus adeptos en España á esponer al presidente del Consejo de ministros lo que harán si no se gobierna á su gusto.

—Efectos de la libertad que nos domina; pero el jefe del gobierno habrá procedido contra los de *La Internacional*, siquiera con el mismo celo que procedió contra los Obispos.

—Al contrario: hay quien cuenta que el gobierno les ha prometido atender sus justas quejas.

—Todo eso es lógico.

—Pero doloroso.

—Confie V. en la lógica..., que es el remedio universal.

***

Algunas otras personas que vinieron á visitarme, me hablaron de infinitos *puntos negros*, de las intrigas que se urden, de los misterios de la Granja, de los tratos entre los republicanos y los ministeriales, de los

últimos y cotidianos robos... ¡Cómo me pusieron la cabeza!

A poco, oigo gritos en la calle. Eran los vendedores de periódicos, que pregonaban *Los sucesos de Puerto-Rico.*

—¿Qué habrá sucedido en aquella Isla? pregunté.

—¡Pues qué! ¿lo ignora V.?

—Sí: *La Correspondencia* ha asegurado que allí no ha habido nada.

—El correo de ayer ha traido noticias lamentables.

—Cuente V., cuente V.

—Los filibusteros, disfrazados de ardientes entusiastas del liberalismo, han roto el fuego contra los españoles.

—¿Una nueva insurreccion?

—Se ha contenido, segun parece; pero para brotar con mas vigor si no se toman enérgicas medidas.

—El capitan general...

—¡Es Baldrich!

—Bien; pero es español.

—Y sin embargo, mandó arrestar á un jefe de voluntarios porque se obstinó en gritar *¡Viva España!* aun cuando S. E. solo queria que vitorease á la *ley*.

—El gobierno le habrá depuesto, le habrá residenciado.

—Era uno de los mejores amigos de Prim.

¡Pobre España, si no hallas pronto quien te devuelva tu grandeza!

***

Un periódico ministerial ha empezado á publicar una serie de artículos con el título de *El Carlismo en Vizcaya.*

Propónese atraer á los vascongados al actual órden de cosas. ¡Si tendrá ánimos!

El diario en cuestion no concibe que, siendo tan amantes de la libertad, sean afectos al carlismo.

Pues por eso lo son. ¿Qué han creido Vds.? ¿Que nosotros no queremos la libertad?

Lo que nosotros no queremos es esa libertad falsa que oprime á los que no piensan como conviene á los que mandan; que esclaviza el débil al fuerte con el auxilio de la mas refinada hipocresía; pero la libertad que deben á sus buenas costumbres y á sus leyes los vascongados, nos entusiasma de tal modo, que por ella no hay sacrificio que no arrostremos.

Y como D. Cárlos representa esa libertad, los vascongados y los que no lo son quieren que venga.

Y vendrá: ¡vaya si vendrá!

Pierde el tiempo esa sirena que dirige sus cantos á la noble y leal familia euskara.

***

Todos los dias publican los periódicos noticias de los carlistas.

Tan pronto se mueven, como se están quietos.

Tan pronto somos temibles, como inofensivos.

La verdad es que se preocupan mucho de nuestros amigos.

Lo que mas les agrada es leer esas hojas que 374 llamados carlistas, pero que ocultan sus nombres (por modestia será) lanzan de cuando en cuando.

—¡Están divididos! esclaman. Los viejos no pueden ver á los nuevos.

No lo creais, queridas lectoras.

En todas partes hay disidentes, y, como dice el refran, *La ociosidad es madre de todos los vicios.*

Pero que se dé ocupacion á los nuevos y á los viejos, y ya verán lo divididos que estamos.

Nosotros tenemos una fortuna inmensa: la de no oir mas voz que la del que puede hablar.

Pero, en fin... dejadlos que crean que hay disidencias y que nada podemos hacer para labrar la felicidad de la patria.

Entre tanto, firmes con vuestra *fe*, y sin olvidar la *caridad*, creed con mas vehemencia que nunca en vuestra

ESPERANZA.

MARGARITAS.

Dos cosas hay en el mundo
que me hacen siempre llorar:
de amargura, el egoismo;
de gozo, la caridad.

***

Espinas guarda la rosa,
y tiene manchas el sol;
solo la verdad es grande,
porque la verdad es Dios.

***

Si te quieres corregir
de tu orgullo sin igual,
alza los ojos al cielo,
fija tu vista en el mar.

***

La soberbia y la ignorancia
se dieron la mano un dia;
por eso, niña, en el mundo
siempre las verás unidas.

(J. DE FUENTES.)

MADRID, 1871.—Imprenta de *La Esperanza*, á cargo de D. A. Perez Dubrull, Pez, 6.



LA MARGARITA.

ALBUM DE LAS SEÑORAS CATOLICO-MONARQUICAS.

AÑO I. 27 AGOSTO 1871. NÚM. 22.

FIGURÉMONOS...

—

¡Qué quereis que nos figuremos, apreciables lectoras?

Nuestros adversarios se *figuran* que somos fanáticos, que odiamos el progreso, que la civilizacion nos da ataques de nervios, que coincidirá con nuestro triunfo la oscuridad de las calles por la noche y la de las inteligencias á todas horas... ¡qué sé yo lo que se *figuran*...!

Pero, dejándolos con su tema, que no es tema, sino ardid para mantener en sus filas á algunos infelices de los que sirven de pedestal á su loca ambicion, ya que está permitido por la Constitucion el lenguaje *figurado*, de lo que ellos nos dan continuo ejemplo, vamos á recrear nuestro ánimo *figurándonos* que la Providencia ha escuchado nuestros ruegos, y que, por obra y gracia de su divina voluntad, estamos ya... como queremos.

¿Cómo ha sucedido esto? No nos incumbe adivinarlo.

El hecho es que, con arreglo á nuestra *figuracion*, ondea en el alcázar tradicional la bandera de los Reyes legítimos, ó sea por derecho hereditario.

¡Qué alegría causa en vosotras la sola idea de que esto puede suceder!

Ved, en cambio, el temor que se apodera, no de los revolucionarios, que esos harto saben cuáles son nuestras aspiraciones, sino de los pobres que han creido de buena fe lo que de nosotros les han hablado los liberales.

—Nos odian los carlistas, les han dicho, y han jurado esterminarnos hasta la cuarta generacion.

El pánico es espantoso.

Ni por un ojo de la cara se encuentra un retrato del desdichado Riego, y ni en el Rastro aparece para muestra un uniforme de miliciano.

Ocultos en las cuevas, la claridad escasa que penetra les parece el si-

niestro resplandor de las hogueras inquisitoriales.

Su imaginacion acalorada cree ver en cada esquina una horca.

¡Pobres gentes!

Los mas atrevidos formulan tímidas palinodias, y piden á la hipocresía los medios de conseguir que se olvide su ayer.

Algunos, recordando su antigua audacia, piden muy alto que se cierren las escuelas de primeras letras y se abran las clases de tauromaquia, creyendo conquistar con este rasgo de trasnochada adulacion un puesto en el festin que, segun se *figuran*, ha sustituido á la orgía en que vivieron.

¡Pobres gentes! repito.

Dejadles purgar sus culpas en ese infierno de duda y de temor que su conciencia ha formado para castigarlos, y *figuraos* su asombro al ver el espectáculo que nuestro triunfo les ofrece.

Los reptiles que salieron del fango á negar la existencia de Dios, han vuelto á su escondrijo.

La Religion católica ha fundido en uno solo los latidos de los corazones españoles.

La hermosa unidad religiosa nos ofrece la verdadera *fraternidad*.

Por ella el pobre es hermano del rico, el ignorante es hermano del sabio, el súbdito es hermano del Rey.

Las pasadas desdichas nos presentan á nuestra santa madre la Religion bajo la forma de la caridad; y la caridad nos ofrece el inmenso placer de perdonar á nuestros enemigos.

"¡Perseguidos hasta la cuarta generacion!"

¡Ah! ¡qué error y qué calumnia!

—Señor: vea V. M. ese pobre niño. Es hijo de un artesano. Su padre trabajaba bien y era honrado. Un dia le dijeron que un ministro necesitaba su voto: desde entonces se creyó hombre importante, y, descuidando sus asuntos, se consagró á arreglar el país. Perdió el trabajo, perdió las buenas costumbres, se hizo conspirador, estuvo preso, murió su esposa de pesadumbre, y su hijo se ha criado en la calle... No sabe ni leer, ni escribir, ni doctrina, ni tiene oficio alguno; y su padre, temiendo ser ahorcado por liberal, ha huido.

"¡Que se emparede al niño!" ¿No es verdad, liberales?

Pues, no, señor: el niño recibirá una educacion moral que estinga las malas inclinaciones que el abandono ha despertado en él, y despues tendrá un oficio ó ejercerá una profesion, y aprenderá á pagar á su padre bien por mal.

No hay liberales ni carlistas: hay españoles felices ó infelices: para estos la caridad, para aquellos el placer de asociarse al soberano en el ejercicio de tan santa virtud.

Primero, fecundo y admirable triunfo de la Religion.

Ya no tiene enemigos que combatir: su mision es *enseñar al que no sabe, dar consejo al que lo há de menester, vestir al desnudo, consolar al triste*, etc., etc.

El primer efecto de esta saludable reaccion es despertar la *fe*, animar la *esperanza*.

La fe traslada montañas, y aunque tiembla el ánimo ante el trabajo que requiere desarraigar los vicios de tantos años, ¿qué no logra la *fe* cuando la impulsa la *caridad* y la *esperanza* le sonríe?

¿Qué no puede lograr un Rey que vive del amor de su pueblo?

No se os pide, como en el sistema representativo, que delegueis vuestros derechos, no; es preciso que todos ayudeis, cada cual en su esfera, cada cual en el seno de su familia, cada cual en lo mas íntimo de su conciencia.

Antes os engañaban, os adormecian, os embriagaban.

—Sois ciudadanos, os decian; teneis votos... Dadnos esos votos, sin los cuales no somos nada, pero con los cuales somos absolutos, hacemos nuestro negocio, y os dejamos satisfechos.

Ahora os habla de otra manera quien puede.

—La ley, os dice, es absoluta; pero la ley no es nada si todos vosotros no la sosteneis, respetándola y haciéndola respetar. Antes os separaba del Trono una barrera de funcionarios con cruces, con responsabilidades ficticias, con ambiciones insaciables. Hoy el mas pobre, el mas humilde puede acercarse al Rey, seguro de que hallará justicia.

Y aquí teneis la *igualdad*, esa igualdad tan decantada, que antes de nuestra *figuracion* solo servia á los políticos de hoy para *igualarse* á los políticos de ayer; es decir, para *redondearse.*

—¡Pero nos falta la *libertad!* esclamarán algunos.

Como la comedia política ha cesado; como no hay ambiciones desmedidas, ó por lo menos se les ha cerrado el camino; como la bienhechora descentralizacion ha llevado á las provincias la vida que les robaban las tiránicas necesidades de la capital; como la palabra *político* ha llegado á ser sinónimo de *vago*; como á favor de la paz y del órden la agricultura absorbe la atencion, y la industria prospera á su lado, y el comércio, perseguido en sus resabios, ha tenido que refugiarse en la buena fe, y las artes, y las ciencias, y las letras constituyen el principal elemento de celebridad y fortuna; como ya no se sublevan los soldados, porque tienen un verdadero jefe; como la familia ha recuperado todo su esplendor con el ejemplo de la familia augusta; como, por último, á favor de la fraternidad y la igualdad, han desaparecido el egoismo y el privilegio, las buenas costumbres se han arraigado, y existe de hecho una gran asociacion de los buenos contra los malos.

De este trabajo, elaborado por cada individuo, por cada familia, por cada clase, por cada gremio, resulta un conjunto admirable.

Por la educacion se há llegado á la libertad verdadera.

Y como la educacion moral é intelectual eleva al hombre, de aquí que los que solo pensaban en conspirar para subir, en adular para medrar, buscan honra y provecho en el trabajo, en la aplicacion; y hay cultura, y hay bienestar, y los progresos que antes servian para destruir, sirven ahora para crear y conservar.

Por eso, el vapor, el telégrafo, las ciencias físicas, las ciencias económicas, brillan hoy en todo su esplendor; sirviendo mas á la prosperidad de la nacion que á los intereses de un gobierno de partido.

Por eso, en vez de la oscuridad anunciada, brilla la luz fecundadora.

Por eso asistimos á concursos regionales, á grandiosas esposiciones; por eso nuestras fábricas compiten con las mejores del estranjero; por eso nuestras artes y nuestras letras son dignas de su pasado glorioso; por eso, en vez del enjambre de empleados y pretendientes, vemos ilustrados agricultores, inteligentes industriales, publicistas honrados, artistas envidiables; y tenemos periódicos que ilustran y no agitan, y teatros que enseñan deleitando, y no corrompen; y disfrutamos de todos los puros y envidiables goces que pueden ofrecer la *fraternidad* que nace de la Religion, la *igualdad* que crea la ley, la *libertad* que proporciona la educacion.

Figuraos qué efecto producirá en nuestros enemigos este espectáculo; *figuraos* su asombro cuando vean que la realizacion de su ideal, de ese ideal que nunca han podido practicar, está en nuestra hermosa bandera, simbolizado por las sublimes palabras ¡DIOS, PATRIA Y REY!

Ahora bien: todas estas *figuraciones* son vuestra aspiracion; mejor dicho: la aspiracion de los Príncipes á quienes amamos.

Nuestro amor solo, basta para que la realicen.

Ya que nosotros nos hemos *figurado* lo que, Dios mediante, ha de suceder, *figúrense* nuestros adversarios con qué afan desearemos que suceda; y disculpen este inocente desahogo, en gracia de lo mucho que nos hacen sufrir cuando aseguran que estamos

muertos, y que solo queremos y podemos vivir á favor de las tinieblas.

JUAN DE LUZ.

CUADROS VIVOS POLÍTICOS
Y SOCIALES.

El hombre de la dicha.

Existe en la sociedad moderna un tipo misterioso, que es, por decirlo así, el resultado de la confusion de las clases en que vivimos.

Suele llamársele *el hombre de la dicha*, porque sin trabajar vive gozando, por lo menos en la apariencia.

Hoy voy á retratarle.

La casualidad me ha permitido sorprender en un momento de espansion á uno de estos afortunados mortales, jóven de buen aspecto, que vive bien, aunque son pocos los que saben cómo vive; que viste mejor, y que frecuenta los salones de todas las clases de la sociedad que los tienen.

Un amigo suyo le acompañaba, y los tres nos sentamos en una mesa del salon que en el café de Madrid está consagrado á la Agricultura.

—Hé aquí el hombre de la dicha, dijo el amigo.

—¡Yo lo creo! un hombre que se levanta á las doce, que cuando hace sol pasea, y cuando llueve visita; que á primera hora está en una butaca de la Opera ó de Jovellanos, y que despues encuentra en un salon mujeres hermosas y discretas, hombres distinguidos, un té, pretesto para cenar, música, baile, ó las dos cosas reunidas... Un hombre que vive de ese modo, tiene que ser dichoso por fuerza.

—Hasta que deja de serlo.

—¿Y cuándo sucede eso?

—Varias veces al año.

—Hasta esa circunstancia aleja la monotonía.

—Sí; pero yo querria que no se alejase, porque, acá para entre los tres, los dias en que gozo no compensan, ni con mucho, los en que sufro... Precisamente han puesto Vds. el dedo en la llaga; me duele, no tengo mas remedio que quejarme, y voy á desahogarme, á usar de ese derecho que se concede hasta á los ahorcados.

—Hé aquí un misterio, me dije yo.

—No soy rico, añadió mi hombre.

—Para no creerlo, es preciso creerle á V. bajo su palabra.

—Pues, lo repito, no lo soy; tengo 12,000 reales que me produce anualmente mi patrimonio; soy abogado, pero no ejerzo, porque en ciertos círculos es de mal tono trabajar, cuando no es por matar el tiempo; mi figura no es despreciable; he aprendido en la sociedad á ser sociable; tengo una aficion loca á los salones, y yo no sé cómo lo he conseguido, pero ello es que conozco á lo mas distinguido de Madrid.

No hay baile para el que no reciba invitacion; no hay boda en la que no cuenten conmigo, ni ceremonia fúnebre ó alegre en la que no figure yo.

—¿Y se queja V...?

—No me quejo de que me inviten; al contrario, eso prueba que mi frac y mi corbata blanca desempeñan un buen papel; que mi conversacion es grata; que sé perfectamente bailar un rigodon, una virginia, y que, cuando llega el caso, puedo cantar una romanza ó desempeñar un papel en una comedia casera.

—Todo eso es delicioso.

—¡Oh, sí! es una medalla, pero con su correspondiente reverso.

Prescindamos del peluquero y de los guantes, que consumen la mitad de mis rentas; estos son gastos ordinarios: los que asustan, los que me martirizan, son los estraordinarios.

Me invitan á los bailes veinte ó treinta salones; me hacen pasar al año, si no mil y una noches encantadoras, por lo menos, doscientas; estos veinte salones tienen veinte señoras, de las que hacen los honores de la casa con la mas esquisita amabilidad, y entre todas, lo menos treinta hijas ó sobrinas de estas señoras, que tienen nombres deliciosos: Hortensias, Margaritas, Lauras, Isabeles, Amelias, nombres bellísimos: ¿no es verdad?

—¡Yo lo creo!

—Pues bien: á mí se me figuran horrorosos, y necesito todos los años una docena, lo menos, de almanaques.

—¿Para qué?

—Para reemplazar los que rompo con mis nerviosas manos cuando me dicen: «Mañana son los dias de Hortensia, ó de Laura, ó de Amelia, y cuando menos es necesario que emplees cuatro duros en un modesto ramo de los que han enriquecido al valenciano de la calle de Sevilla.»

¡Oh! Francamente; cuando, para cumplir, hojeo el calendario y veo en él los prosáicos nombres de Tomasa, Pascuala, Dorotea, me parecen sublimes... Aun no he encontrado en un salon una Pascuala; es nombre que solo se concibe en torno de una camilla, jugando á la *Perejila*, y conservando las ganancias para ir en mayo al soto de Migas Calientes á pasar un dia de campo, con la consabida tortilla de escabeche... el queso de bola y el vulgar Valdepeñas.

Pues, como iba diciendo, todos los años no hay quien me libre de comprar cuarenta ramos... que, á cuatro duros... Vamos... no quiero pensar en esto, porque, si pienso

mucho, voy á ver que me tiene mas cuenta cultivar un jardin.

Pero no es esto solo... ¿cómo evita uno que tal ó cual familia pase de la simpatía á la intimidad?

—Usted es de los nuestros, me dice una señora; mañana comerá V. con nosotros: mi marido ha cazado una liebre, y hay que solemnizarla.

—¡Mi tio, esclama otra, ha llegado de la Habana, y ha traido unas piñas esquisitas! Venga V. á probarlas.

Llega un dia en que la familia que me ha admitido en su seno está ebria de alegría.

—Angelita, ó Luisita, se nos casa, dice una mamá.

—Que sea enhorabuena.

—Como la quieren tanto los amigos de casa, la obsequian que es un gusto. El señor de A... le ha regalado un Devocionario magnífico; la señora de B... una sortija preciosa; el Sr. de C... un *necessaire* de lo mas elegante.

¿Qué hace un amigo íntimo en este caso? Cerrar los ojos, entrar en la *Dalia Azul*, por lo menos, y dejarse allí media onza para ofrecer á la novia un recuerdo de doble efecto: de alegría en la que lo recibe; de dolor en el que lo da, porque le cuesta un sacrificio.

Llega la primavera, esa época del año en que todo convida á gozar.

—¡Qué hermoso estará el campo! dice una viuda cualquiera. Generalmente son las viudas las que proponen las giras campestres.

—¿Por qué no vamos á Carabanchel? esclaman varias pollitas.

—No: mejor es á la Alameda del duque de Osuna.

—¡Escelente! ¿Qué le parece á V.? me preguntan.

—¡Escelentísimo...! tengo que responder.

—Pues, nada, que los caballeros se encarguen.

—Usted que es jóven, que tiene buen humor, y sobre todo ideas, me dicen.

—¡Oh! gracias; pero yo no sabria organizar el *menu*.

—Que le aconseje á V. el marques.

Total: 500 rs. por mi parte.

Supongamos ahora un suceso tristísimo; que fallece un amigo ó una amiga.

La esquela fúnebre no tarda en llegar á mis manos con aquel fatídico *Se suplica el coche.*

Un coche que se suplica, no puede, no debe ser de los que tienen número; hay que encargar uno; 50 rs., porque de esta manera se honra al que en vida...

¡Pues y cuando se acerca la Semana Santa!

«La señora de A. tiene el honor de participar á V. que pedirá de tal hora á tal hora para los niños espósitos en la iglesia de...»

Esto dicen, con ligeras variantes, veinte, ó treinta, ó cincuenta tarjetas que llegan á mis manos.

¿Qué remedio hay? Ir á la iglesia, y depositar en la bandeja una moneda de oro que brille bien y suene mejor.

Cuando llega este caso, francamente, no sé lo que haria con los desnaturalizados padres que son capaces de abandonar á las inocentes criaturas.

Por supuesto, que estos son gastos previstos; los imprevistos son los mas lastimosos.

En este capítulo figuran las cuestaciones á domicilio y en otras muchas partes, los billetes de rifas para este ú otro objeto piadoso, las funciones teatrales, los bailes de máscaras, la rifa anual, la de las alhajas, y hasta la del obeso animalito que exhibe en lo mas céntrico de Madrid su turgente figura.

—¡Cualquiera que le oiga á V...! esclamé yo...

—No exagero... Despues llega el famoso dia de San Silvestre, y con él, en algunas casas, los años con los motes nuevos para damas y galanes, y cinco dias despues los estrechos.

Esta es cuestion de vida ó muerte; y si no le ha tocado á V. la lotería de Navidad, y es V. como yo, lo que las mamás llaman *un jóven inofensivo*, de seguro le toca á V. salir de año ó de estrecho con la señorita de la casa.

La señorita tiene un novio algo celoso; la señorita quiere darle gusto, y dice:

—Tú debes salir con mamá para que puedas granjearte su afecto regalándole algo.

—Es verdad; pero tú...

—¿Con quién quieres que salga?

—Con Fulano, que es un buen muchacho.

Y Fulano sale con la señorita, y como visita la casa, ¿qué ha de hacer sino añadir una cantidad mas para una modesta caja de dulces, que cuesta una onza, si ha de ser regular?

Resultado: que mis 12,000 rs. anuales no llegan, estirándolos, mucho mas que hasta abril ó mayo; que durante el verano tengo que economizar en los baños... de calor que me proporciona la modesta habitacion que ocupo en la casa de huéspedes en que habito, y que al comenzar el otoño tengo que visitar á los usureros.

El gusano del *tanto por ciento* ha entrado ya en mis bienes, y estoy á punto de quedarme sin un terron de tierra y sin un amigo; porque, aunque tenga buenas relaciones, aunque aspire á un empleo de escribiente para ganar lo necesario á mi manutencion, ¿cómo los que me dan la mano en los salones querrán que sea escribiente un amigo suyo?

Si á esto llaman Vds. ser *el hombre de la dicha*, hay que modificar el Diccionario de la Lengua.

Así terminó su confesion general mi héroe, y yo fijé mis distraidos ojos en la estatua que teníamos cerca.

Parecia sonreirse, y decir, como ducha en cuestiones de agricultura:

—¡Quien siembra, recoge!

¿Es culpa de la sociedad que haya en su seno individuos como el que acaba de retratarse? Yo creo que no.

Los bailes, los festines, las bodas, las rifas, las cuestaciones, las giras campestres, los años, los estrechos, todo esto contribuye al movimiento mercantil é industrial, fomenta el trato, hace agradable la existencia; pero ¿pueden vivir el pájaro en el agua, el pez en el aire?

Uno y otro se ahogan, porque abandonan su elemento.

JULIO NOMBELA.

LA ORACION.

A MI HIJO

JOSÉ MARÍA DEL OLVIDO.

—Ven junto á mí, luz del cielo,
Te sentaré en mis rodillas
Y besaré tus mejillas
Mas puras que el azahar:
Mira: ya se apaga el dia
En la bóveda serena;
Ya la campana resuena,
Vamos, mi vida, á rezar.
—¿Preguntas por qué rezamos?
—Porque la oracion, bien mio,
Es el celestial rocío
Que refresca al corazon:
Es del alma casta esencia
Que al trono de Dios se eleva,
Pues un ángel se la lleva
A la celeste region.
—¿Que no ves al ángel, dices...?
Tampoco ves el ambiente
Que viene en tu blanca frente
Tus cabellos á rizar;
Ni ves el aroma dulce
Que en sus hojas de colores
Guardan esas bellas flores
Que gozas en aspirar:
Y, sin embargo, tú sientes
Esa esencia y ese viento,
Que si cesa en el momento
Algo suyo deja en pos.
Así el que busca consuelo
De la oracion en la calma,
Siente en el fondo del alma
Que su acento escucha Dios.
—¿Dónde está Dios?—¿Ves el cielo,
Que empieza á envolver la sombra?
Pues de su planta es alfombra
Su magnífica estension:
Bajo sus divinas huellas
Brotan astros á porfía,
Y por eso cada dia
Mas innumerables son.
Dios le da su dulce arrullo
A esa tórtola que canta;
Hizo la luz que abrillanta
Las nubes de rosicler.
Esas aves, ese viento,
Ese cielo trasparente
Y ese arroyuelo bullente,
Todo ensalza su poder.
Dios palpita en la mirada
Del que compasion implora,
Vibra en el duelo que llora
El huérfano con afan,
Y se adivina en el llanto
Que asoma, niño, á tus ojos,
Cuando calmas sus enojos
Dando al mendigo tu pan.
Dios para los niños buenos
Como tú, luz de mi cielo,
Desciende ángeles al suelo
Que les preserven del mal:
Si tú siempre así le amas,
Tu ángel bueno, vida mia,
Podrá llevarte algun dia
Ante su trono inmortal.
—¿Dices que besarle quieres?
Pues reza con embeleso,
Y hasta El tu inocente beso
De tu oracion irá en pos;
O besa, niño, mis labios
Cuando á Dios besar te cuadre,
Porque el alma de una madre
Puede ser altar de un Dios.

PATROCINIO DE BIEDMA DE QUADROS.

ECOS DE MADRID.

Con las economías del gobierno sucede lo que en la zarzuela *El Ultimo mono.*

El gobierno economiza sueldos de empleados.

Los empleados economizan el alquiler de la casa, es decir, no pagan al casero.

Y estas economías alcanzan á los industriales, á los comerciantes y á todos los que viven del trabajo.

Las clases pobres son aquí, como siempre, el último mono.

No quiere decir esto que yo, á pesar de no entender de esas cosas, crea que no deben suprimirse empleados. Nada de eso; pero la política, al arrancar de los trabajos agrícolas ó industriales, de las tareas científicas ó literarias, para darles empleos, á una porcion de prójimos, si tuviera entrañas, antes de dejar sin comer á los que á cambio de servicios aceptaron sus falaces caricias, les habria proporcionado, restableciendo el órden y la justicia, los medios de ganarse el sustento.

Pero, no, señor: los presupuestos se nivelarán, como pueden nivelarse dos hombres de distinta estatura; es decir, cortando á uno de los dos lo que le sobre; lo que tiene es que al pueblo es á quien toca siempre hacer el papel de mutilado.

***

Si fuéramos aficionadas á chismografía, lo que ocurre en la Granja podria proporcionarnos grato solaz.

Todavía no han olvidado las señoras invitadas á un baile en el Real Sitio la nota que llevaban las esquelas, prescribiéndolas que asistiesen vestidas de *media cola.*

¡Oh inesperiencia progresista!

Encargarian al organizador de la fiesta que fuesen las damas de media etiqueta; el

organizador recordaria la cola de los vestidos de corte, y para resolver la dificultad hizo lo que Alcibiades con su perro: le cortó la cola.

Siempre arrimados á ella... ¡Es un dolor!

Estos dias, con motivo de la llegada del príncipe Humberto, ha habido cacerías y un simulacro.

Los disparos en este último se han hecho con bala, y, segun cuentan, han sufrido bastante los árboles que servian de blanco.

¡Es curioso eso de buscar *blanco* en el *verde*!

Temerian, sin duda, que se les volviese lo blanco, negro.

***

En Madrid no se hace política: aprovechando este interregno, los periódicos se entretienen en observar con minuciosa atencion nuestro campo.

«Los carlistas han realizado un empréstito, y están muy envalentonados.»

«Los carlistas no logran adquirir un solo céntimo, y, gracias á esto, no habrá sublevacion este verano.»

«Los carlistas están divididos: unos cuantos quieren lanzarse á probar fortuna, otros se oponen á ello.»

«Se espera de un momento á otro un alzamiento carlista.»

«Ya no habrá alzamiento.»

«Van á levantarse las Provincias.»

»Ya no se levantan, porque están desengañadas: en cambio el movimiento se hará en octubre en Galicia.»

Estas y otras noticias, amenizadas con episodios novelescos, ocupan las columnas de los periódicos.

«¡Pobres ilusos!» dicen unos.

«No hay que hacer caso: ¡los carlistas están muertos!» añaden otros.

Como ven mis lectoras, se preocupan bastante de nosotros, y demuestran con eso que quieren engañarse á sí mismos, al suponer que estamos galvanizados.

Tranquilícense nuestros adversarios, que no sucederá mas que lo que Dios quiera, y ya saben que su voluntad omnipotente puede hasta resucitar á los muertos.

***

Los robos continúan en Madrid á la órden del dia, de la tarde y de la noche.

El mismo dia en que los periódicos ministeriales aseguraban que los ladrones habian desaparecido, dos caballeros que pasaban tranquilamente por la calle del Horno de la Mata sintieron un fuerte golpe en el sombrero, y al reponerse de la sorpresa se encontraron sin los relojes.

Los hurtos en las casas se repiten de una manera escandalosa.

Coincide con esto la noticia de que en la cárcel es donde se fraguan los planes de estas campañas que agentes diestros llevan á cabo.

Al mismo tiempo ha habido que lamentar en la última semana tres muertes de albañiles, producidas por caidas desde los andamios de las obras en que trabajaban.

Unos atribuyen estas desgracias á la necesidad que tienen de trabajar en las obras personas que jamás han ejercido el oficio de albañiles; y esto, si es cierto, acusa el triste estado en que se hallan ciertas clases.

Otros creen que es culpa de los destajistas, que, por ganar mas, ponen andamios inseguros, con el fin de economizar madera y jornales en este trabajo preparatorio.

El resultado, cualquiera que sea la causa, es que tres familias han quedado sumidas en el desconsuelo y la pobreza.

***

Los espectáculos públicos continúan estragando el paladar de los aficionados á divertirse á toda costa.

Ahora se anuncia, para la inauguracion de la próxima temporada, en un teatro, una zarzuela que se titulará *Chamusquina, ó la hija del petróleo.*

Esto es jugar con fuego, y ya se sabe lo que semejante distraccion puede dar de sí.

***

Apartemos la vista de tan tristes asuntos, que en mi calidad de cronista no puedo dejar pasar desapercibidos, y busquemos en otra esfera algo que borre la impresion que mis anteriores ecos habrán producido en vosotras.

Las noticias que tengo de Ginebra son muy buenas. La Sra. Duquesa de Madrid está completamente restablecida, y todo respira en torno suyo esa purísima felicidad que es el encanto de cuantos viven en el Bocage, ó acuden á visitar á la augusta familia.

Todavía no ha habido una ocasion de enviar á Ginebra el Relicario, que está en poder de la señora condesa del Prado. Con este motivo han manifestado algunas señoras suscritoras de Madrid deseos de verle, y creemos que se buscará el medio de esponer la joya en paraje en donde puedan satisfacer su justo deseo.

Muy en breve publicaremos el *facsimile* del Relicario, que está grabándose á toda prisa.

Tambien está terminando nuestro dibujante un retrato de D. Cárlos, del mismo tamaño que el de doña Margarita, y que repartiremos antes de que termine el mes de setiembre.

***

Las lectoras recordarán algunas anécdotas relativas al ilustre Duque de Madrid, que debia yo á la bondad de importantes testigos de tan notables rasgos de carácter.

Hoy voy á completarlas con unas cuantas mas, que prueban el temple de alma y las distinguidas cualidades del egregio príncipe.

***

Habia recibido aviso el Duque de Madrid de que debia presentarse en Paris un sugeto, cuyas señas le enviaban, mandado por ciertas sociedades secretas para atentar contra su vida.

Pocos dias despues le anuncia un gentilhombre que un individuo pregunta por él: su estatura, sus maneras, su nombre; todo coincidia: sin embargo, D. Cárlos le hace entrar. El agente le presenta un memorial, y le pide que lo lea.

—«No quiero leerlo ahora; despues lo leeré,» dice el príncipe; y le mira de hito en hito.

Enmudece el individuo, se despide, y sale temblando del cuarto.

Tal vez un rewolver de nada le hubiese servido; pero el flúido magnético le fue muy útil: para esos casos creo que sirve el magnetismo.

Examinado despues el memorial, se vió que estaba hecho á intento para llamar la atencion. Era muy largo; el principio muy interesante, y no decia nada en sustancia. Nadie lo reclamó despues.

***

M. de Lavalette, ministro de Negocios estranjeros en Paris, fue en cierta ocasion á decir á D. Cárlos, en nombre de Napoleon, que no le permitirian pasar la frontera de España.

La respuesta de D. Cárlos VII fue:

—Agradezco á V. la atencion que ha tenido en prevenirme, pues así podré tomar mejor las precauciones necesarias.

El mismo dia en que caia Lavalette del ministerio, entraba D. Cárlos en Cataluña disfrazado de payés, con su gorro catalan y sus alpargatas.

***

A la vuelta de esta escursion, cansado y con hambre, tuvo que guarecerse D. Cárlos en una posada de un pueblo francés. Era de noche: los gendarmes cercaron la casa. No habia evasion posible.

En tan duro trance, apeló D. Cárlos á su serenidad: encendió un cigarro y salió á la calle; el sargento le detuvo, y le pidió el pasaporte.

D. Cárlos le dijo que subiese, y se lo enseñaria.

Carecia de pasaporte; pero habia en la posada licor; bebió el sargento una copa tras otra, y habiéndole dicho por fin que era un emigrado carlista, brindó con él por la salud de su Rey. Con la conversacion se olvidó del pasaporte; pero simpatizó de tal manera con D. Cárlos, que le buscó un carruaje para que se trasladase á otro punto, y estrechó su mano con verdadera efusion.

***

En otra espedicion á la frontera española fue á parar á una masía. Su dueño era un buen carlista. D. Cárlos pasaba por ayudante del general que le acompañaba. El buen hombre estaba loco de contento por tener escondidos en su casa á unos carlistas.

Su aspecto era venerable; parecia un patriarca rodeado de sus hijos.

No quiso aceptar un real por el hospedaje; y D. Cárlos trató de darse á conocer; pero el general le rogó que desistiese de su propósito. Entonces escribió con lápiz en un libro de cuentas que encontró sobre la mesa estas palabras:

«Gracias por la generosa hospitalidad que sin conocerme me has concedido. Si llego á Madrid, podrás buscarme en la casa de mis mayores; si sigo emigrado y tengo un pedazo de pan, siempre estaré dispuesto á partirlo contigo.—Cárlos.»

Pongo aquí punto para dejaros la agradable impresion que de seguro producen en vuestra alma las anteriores líneas.

Esperanza.

MARGARITAS.

La Religion habia colocado la monarquía en el corazon. La filosofía la ha arrancado de allí, y la ha colocado en la cabeza. Era un sentimiento: ahora es un sistema. La sociedad ha perdido la paz con este cambio.

***

Necedades cometidas por gentes hábiles, estravagancias dichas por gentes de talento, crímenes cometidos por hombres honrados: ¡hé aquí las revoluciones!

***

La justicia despues de una revolucion, es el arco-íris despues de la tormenta.

***

Los hombres se colocan á menudo en la sociedad como los cuerpos en los flúidos: los mas graves bajan, los mas ligeros suben.

***

Pequeñas recompensas para grandes servicios ofenden el amor propio; pero grandes recompensas para pequeños servicios, corrompen las costumbres.

***

No es el pueblo ocupado él que reclama la soberanía: es el pueblo ocioso, que quiere hacer al pueblo ocupado soberano á pesar suyo, para gobernar en su nombre y vivir á su costa. (Bonald.)

MADRID, 1871.—Imprenta de *La Esperanza*, á cargo de D. A. Perez Dubrull, Pez, 6.



LA MARGARITA.

ALBUM DE LAS SEÑORAS CATOLICO-MONARQUICAS.

AÑO I. 3 SETIEMBRE 1871. NÚM. 23.

CONVERSIONES.

I.

Mi corazon siéntese hoy embargado por el júbilo mas puro; y como quiera que la causa que lo produce ha de inspirarlo igual á todos los que de católicos blasonen, y muy especialmente á las lectoras de LA MARGARITA, por razones que luego espresaré, pláceme referírsela en su precioso *Album*.

En los dias turbulentos que corremos, en que grado tan bajo marca el barómetro moral de la sociedad, motivo es de gozo, y grandísimo, el ver cómo en el supremo trance de la muerte, los que mas alejados afectan mostrarse de las creencias y prácticas religiosas, se vuelven y reconcilian con nuestra amorosísima é indulgentísima Madre.

Este gran consuelo ha dado á los fieles católicos el jóven diputado unitario Sr. Sanchez Ruano, Director de *El Pueblo*, periódico que guerra tan cruda tiene declarada á la Iglesia católica y á su venerable y santo Pontífice; pues, segun se ha dicho, con verdaderas disposiciones de cristiano arrepentimiento acaba de pasar á vida mejor.

Semejante espectáculo, dulce y consolador, se está repitiendo en estos mismos instantes en el punto en que trazo estas líneas, y hé ahí el justo y grande motivo de mi alegría intensa.

Otro republicano, otro antiguo propagandista, otro agitador infatigable, que, sin ser el mas instruido, era el mas importante en esta localidad por su decision, por su ardor, por sus trabajos incesantes; porque, hombre del pueblo, era mas que otro alguno creido por las masas populares, acometido de grave enfermedad, volviose á aquello contra lo que tanto habia trabajado; recordó aquella fe, bálsamo divino para todo corazon lacerado, y aquellas prácticas tiernas y piadosas que ya ignora-

ba (¡tantos años habia que las abandonara!), y, reconciliado, cumplió los deberes de católico, recibiendo los santos sacramentos, habiéndosele administrado el sagrado Viático con numerosa concurrencia, pues esta reconciliacion piadosa es para los fieles, en este pueblo, un fausto y gratísimo acontecimiento.

El Sr. Sanchez Ruano era un hombre científico, un hombre de vasta instruccion y grandes talentos; mi paisano carece de estas dotes relevantes; pero eso demuestra que la muerte es un misionero elocuentísimo; que su acento glacial persuade lo mismo al sabio que al que no lo es; que su mano helada llama á las conciencias con tan recias aldabadas, que ninguna hay que no despierte á su llamamiento, por adormecido que se halle el hombre y olvidado de su alma y de su Dios.

¡Ay, que es pavoroso aquel momento en que el hombre siente cerrarse para él las puertas de este mundo, mientras que de par en par se le abren las de la eternidad; es pavoroso el instante en que el hombre reconoce la nada y la mentira de cuanto le rodea, puesto que cuanto le rodea le desampara. ¿Qué habrá que calme aquella agitada conciencia que ya el mundo no puede adormecer? ¿Qué otro consuelo puede haber que los que ofrece esa Religion divina, que calma la angustia de los últimos instantes del hombre fiel y arrepentido, con sublimes perdones, con dulces bálsamos y celestiales esperanzas?

¡Oh grande é incomparable espectáculo el de la muerte del cristiano! ¿Quién te presenció una vez que no conserve indeleble en su corazon tu recuerdo sublime? ¡Plegarias humildes y fervorosas, palabras solemnes, tanto del que ya toca los linderos de lo eterno, y ya no ve la ilusion, sino la realidad de las cosas, como del sacerdote que con sus exhortaciones blandas y amorosísimas le consuela, y con caridad incomparable impetra de la misericordia divina el perdon para el alma inmortal que ante ella va á comparecer...!

El insigne autor del *Genio del Cristianismo* ha dicho: "La escena sublime que toda la antigüedad no presentó mas que una vez al morir el primero de sus filósofos, se renueva diariamente en la humilde cama del mas ínfimo cristiano que espira." Reconozco y admiro la superioridad del genio que trazó este concepto; pero, reconociendo tambien mi pequeñez, mi fe, sin embargo, me dice que la escena que ofrece al mundo la muerte del cristiano mas humilde, es infinitamente superior á la que ha presentado la muerte de Sócrates.

Y ahora tiempo es que diga qué es lo que me hace pensar que estas conversiones han de ser motivo de especial satisfaccion para las cristianas lectoras de LA MARGARITA; no es otra cosa que el ver, como veo instintivamente en tan felices acontecimientos, el fruto de la semilla en los convertidos corazones, sembrada por madres piadosas; el ver en ellos el premio de las ardientes plegarias que por sus estraviados hijos elevaron al cielo esas amantes madres.

Y este triunfo del bien sobre el mal; este resultado incomparable de la femenina piedad, ¿puede dejar de causar un supremo placer á las que de piadosas se precian, y que de serlo dan cotidianas y estraordinarias pruebas?

Yo me persuado de que el gérmen del bien y de la virtud habia existido en otro tiempo en aquellas almas, y de que en esa iniciacion piadosa no pudieron dejar de tener participacion muy principal madres cristianas que saben, sin estudiado arte, inspirar afectos é ideas tales de una manera indeleble; las pasiones, los embates del mundo cubrieron la flor hermosa de estéril brezo; pero el hálito de la cercana muerte hizo desaparecer las nocivas plantas, y se ostentó de nuevo la flor brillante, que dió repentino y ópimo fruto en aquellas almas.

Este milagro hase repetido frecuentemente, y en los mas grandes hom-

bres. Chateaubriand, estraviado, cuenta lo que hizo su madre para conseguir su vuelta á la fe, en tales términos: "La memoria de mis estravíos fue la que en sus últimos dias le causó una gran amargura: al tiempo de morir encargó á una de mis hermanas me hiciese volver á la sagrada Religion en que habia sido educado. Comunicome aquella hermana el último deseo de mi madre. Cuando despues de atravesar los mares llegó la carta á mis manos, habia muerto ya mi hermana de resultas de la prision. Estas dos voces que salian del sepulcro, y aquella muerte que servia de intérprete á la muerte misma, me tocaron al corazon. Volvime cristiano. Confieso que no me rendí á las grandes verdades sobrenaturales: mi convencimiento salió del corazon: lloré, y creí."

Nuestro egregio marques de Valdegamas refiere tambien que su conversion fue debida á la misericordia divina puramente, á la muerte que presenciara de un hermano, "que ha muerto, dice, como moririan los ángeles, si los ángeles murieran," y á su gran ternura de corazon. Esa gran disposicion de ese corazon á la ternura, ¿quién sino una cristiana madre pudo infundirla?

Corazones sensibles, corazones afectuosos y tiernos, manantial inagotable de dulzura y lágrimas: ¿á quién principalmente debeis esos nobles afectos mas que al amor y á la maternal piedad que tan suavemente los inspira y tan hondamente los arraiga?

Y ved ahí, lectoras amables, cuán bella y cuán trascendental es la tarea que, sin ruidoso aparato, en el secreto del hogar doméstico llena una madre cristiana; y de qué manera tan alta y tan eficaz contribuye á salvar esta sociedad desquiciada, á la que las disputas de los hombres conducen al precipicio (1).

VALENTIN DE NOVOA.

Orense 27 de agosto de 1871.

(1) En el próximo número publicaremos la segunda parte de este notable artículo.

CUADROS VIVOS POLÍTICOS
Y SOCIALES.

El préstamo y la usura.

España, preciso es confesarlo, es el pais del *préstamo*.

La mayor parte de sus desventuras las debe á esa sirena que se llama la *usura*.

El préstamo es el mas hábil diplomático que conozco. Antes de dar un paso, sabe dónde va, y siempre llega á tiempo.

Su cara, cuando ofrece, es simpática; cuando da, fascinadora; cuando pide, nadie la conoce.

Llega acariciando; pero, como la culebra que se guarda en el pecho, muerde, y arroja en la herida letal veneno.

En los pueblos tiene siempre la figura de un hombre rechoncho, colorado, sano, con un pedazo de oro por corazon, con unos labios que solo saben sonreir, con unos ojos que jamás humedecen las lágrimas.

Allí busca al labrador enfermo, al padre que ve á su hijo próximo á ser soldado, al jornalero honrado que no tiene trabajo.

—¿Qué se hace? pregunta al segundo, por ejemplo.

—Estoy desesperado.

—¡Bah! V. se tiene la culpa.

—¡Yo!

—V., sí. ¿Le ha caido á V. soldado el hijo? Eso sucede tarde ó temprano; debia V. esperarlo, y si hubiera V. ahorrado, si hubiera V. pensado en el mañana, como yo...

—¡Pensar! Harto he pensado; pero con cinco hijos, y mi mujer y mi madre impedida...!

—No haberse casado... Yo estoy soltero, y me va bien.

El pobre padre pudiera decirle:

—Usted no se ha casado, no ha cargado con obligaciones; pero en la capital de la provincia ó en Madrid, están sirviendo, ó Dios sabe dónde, algunas infelices muchachas del pueblo á quien V. ha seducido.

Pero como es rico, y puede hacerle un favor, se calla.

—Ademas, continúa el prestamista, servir al Rey no es un desdoro. Los chicos se despabilan corriendo tierras.

Es verdad que despues prefieren un empleo de portero á coger una azada; pero ¡qué diablo! yo tambien habria cargado con el chopo si no hubiera sido corto de talla.

—Todo eso es verdad; pero en fin, mi hijo me sirve, y ademas no los ha criado uno para que se vayan por ahí á lo mejor.

—Tenga V. pecho.

—Lo que quisiera es tener dinero.

—¡No es V. tonto, no!

—Si yo fuera tan rico como V., y cayera soldado el hijo de algun vecino del pueblo...

—En primer lugar, yo no soy rico; en

segundo, si tuviera V. dinero y cayera soldado el hijo de algun vecino, le daria V. otra vuelta á la llave del arca.

—Si al menos encontrase un sustituto barato...

—No faltan; yo tengo encargo de uno.

—¿Sabe V.? ¿Y cuánto pide?

—Muy barato: ocho onzas.

—No tengo mas que dos; si me prestara V. las otras seis...

—¡En mi vida las he visto juntas!

—¡Vamos, no diga V...!

—Tengo casas, es cierto, y una al lado de la de V.; ¡pero dinero...! Y como hay Dios que siento no poder servir á V... ¡Bah! escribiré á un amigo, y, si me presta, le daré á V. lo que necesita. Por supuesto que V. hipotecará la casa.

—Lo que V. quiera.

—Podrá valer veinte onzas; yo le daré á V. seis, y en la escritura pondremos que le he dado á V. diez.

—¡Eso es mucho!

—¡Yo lo creo! Pero no me darán un ochavo sin ese rédito, que lo que es para mí, no le quiero. Casi es mejor que deje V. al chico ir á servir al Rey.

—Eso no: se pondrá lo que V. quiera.

—Piénselo V. bien; mire V. que el sacrificio es grande, y no quisiera que mañana...

El padre pasa por todo, y su hijo encuentra un sustituto; pero en cambio á los dos años la deuda y los intereses ascienden al valor de la finca hipotecada, y el labrador ha perdido su hogar.

El usurero tiene una casa mas; en muchas partes llega á hacerse dueño del pueblo.

Todos le odian, pero todos le buscan.

Veamos ahora lo que pasa en la capital de la provincia.

Allí tiene la forma de un hombre tosco; es un maestro de obras que, á fuerza de hacer casas y revenderlas, se ha enriquecido; otras veces, con mas frecuencia, es un hombre que pasa por piadoso, y tiene todo el aspecto de las caricaturas en que Ortego saca á la vergüenza á los Tartuffes contemporáneos.

En este caso, saca el jugo á sus paisanos como una sanguijuela.

Busca siempre á los ricos, pero no para esplotar su bolsa, sino sus debilidades.

Vé á un mayorazgo que se queda sin padres y en posesion de una gran fortuna; le halaga, se las echa con él de calavera, le conduce á la orgía y le aguarda á la puerta para aprovecharse de su embriaguez, so pretesto de hacer una obra de caridad, guiando los vacilantes pasos del hombre que ha perdido la cabeza.

Los ambiciosos son su mejor presa.

Viven felices en una provincia dos jóvenes esposos: los dos disfrutan la herencia de sus padres: una heredad, una casa, algunas alhajas.

—Ustedes deben aburrirse aquí, les dice el prestamista.

—Un poco.

—¿Por qué no van Vds. á la corte?

—No es por falta de ganas.

— Pues ¿por qué?

—Nuestra renta es bastante para vivir aquí; allí nos faltarian recursos.

—¡Bah! ¡Quién piensa en eso! Ahí tiene V. á Fulano, que fue á Madrid y triunfa y gasta. En Madrid se gasta mucho, pero tambien se gana mucho. V. es abogado; aquí no tiene pleitos: allí, presentándose con cierto decoro, se daria V. á conocer; afiliándose á un partido político, y con relaciones en la provincia, seria V. nuestro diputado, y quién sabe hasta dónde podria V. llegar; porque V. es despejado, simpático. ¡Oh! y lo que es su esposa de V. viviria felicísima: palco en el teatro, modista francesa, bailes en los salones mas distinguidos...

—Todo eso cuesta un dineral.

—Lo que mucho vale...

—Solo para empezar necesitaríamos 7 ú 8,000 duros.

—¿Qué es eso para V.?

—Poseo mas en tierras y casas; pero mi renta no pasa ningun año de 30,000 rs.

—Por eso no se apure V...; yo tengo metálico; le quiero á V., y si puedo ayudarle...

—Gracias...

—Con franqueza... no vaya V. á privarse de un porvenir risueño.

—Lo pensaré.

El resultado es siempre el mismo.

Lo piensa, su mujer vence los obstáculos, le incita, pide al prestamista 8,000 duros; este, por aquello de que somos mortales, le exige una hipoteca, y ademas logra que le nombre administrador de sus bienes.

Los esposos, ebrios de gozo, vienen á Madrid, toman casa, la amueblan, y al fin del primer año piden al administrador otra cantidad.

A los dos ó tres años, cansados de la corte, habiendo comprado desengaños y sinsabores con sacrificios, echan de menos su antiguo bienestar. Ya es tarde: su patrimonio ha pasado á manos del usurero. Solo les queda vergüenza y trabajo.

Pero en donde el préstamo reviste todas las formas imaginables y despliega todo su lujo de imaginacion es en Madrid.

Llega el verano; es moda el ir á Biarritz; pasar uno ó dos meses en Paris. Con el buen tiempo se animan los paseos, y es necesario en ellos lucir trajes costosos, joyas de precio.

El presupuesto de gastos se ha dejado en la mitad del camino al de ingresos.

El pasivo es enorme.

—No, no es posible, se dice el padre de familia. ¿Cómo llevo á mi esposa y á mis hijas, no ya á Biarritz, sino á San Juan de

Luz? El viaje es lo de menos; el hospedaje es muy barato; pero cada una necesita un mundo para sus trajes: lo superfluo es allí necesario. Y, sin embargo, ¿qué se dirá de mí si me quedo en la corte? Creerán que ando apurado, y, temerosos mis amigos de que les pida un préstamo, me volverán la cara. Mis hijas se desesperarán, y mi mujer dirá, si no se casan mañana, que yo tengo la culpa. Con mi sueldo, ¿quién no puede viajar un par de meses en el verano?

Sale á la calle, y lo primero que ve es un cartel ofreciendo... DINERO.

Resiste cuatro, cinco, diez veces al mágico halago de esta oferta; pero al fin sucumbe.

—Tomaré 10,000 reales sobre mi sueldo, y con economía en el invierno, saldré adelante.

En el mismo caso, aunque bajo diversa forma, se encuentran infinitas personas.

La ocasion, que las busca, les ofrece un presente risueño, que oculta un porvenir terrible.

El préstamo da por la capa del artesano lo necesario para que vaya á los toros, se embriague en la taberna, dé una paliza á su mujer, y acaso se pierda para siempre.

Al hijo de familia le da por el reloj ó la sortija de su madre lo suficiente para que en una noche de Carnaval olvide su pasado y se lance á una vida desarreglada.

Al hombre de talento, de porvenir, buscándole en sus mas críticos apuros, le ofrece con una mano el dinero y con la otra el pagaré, que nunca podrá liquidar con oro, pero que le costará quizás su honra, y la tranquilidad de su conciencia, cuando mas envidiado sea por haber llegado á su apogeo.

El préstamo, ayudado de la usura, pervierte al honrado operario, al hijo de familia; es el cáncer que roe la fortuna del aristócrata, que merma el sueldo del empleado, que conduce al abismo á la mujer; en una palabra: es el mejor amigo que tienen: la curia para ganar honorarios, el escándalo para divertir á sus adoradores.

Y en Madrid, por desgracia, no hay una calle sin una casa de préstamos pública y una ó dos misteriosas. ¡Hay mas que escuelas; ¡yo lo creo! muchas mas, y en estos tiempos...!

Ahora bien: para obedecer á las leyes de la higiene del cuerpo se han llevado fuera de puertas algunos establecimientos; la necesidad ha cerrado otros; las casas de préstamos se enseñorean en Madrid. ¿Por qué no se suprimen? ¿Por qué no se persiguen?

Matad estos dos gusanos, y el cuerpo social adquirirá la salud que le falta.

JULIO NOMBELA.

BELLEZAS DE LA RELIGION.

Á JESUS SACRAMENTADO.

PARA CANTO.

Divino jardinero
de las eternas flores,
á tu vergel de amores
déjame presto entrar.
Allí con santo esmero
te adorará mi alma:
allí en eterna calma
podré tu amor gozar.

—

Corriendo arrebatado
en pos de tus aromas,
los valles y las lomas
del mundo atrás dejé.
A tu huerto he llegado
de eterna flor cubierto;
admíteme en tu huerto,
feliz porque te hallé.

—

Si por gozar tus flores
mas bellas y mas finas
hay que pisar espinas
y padecer dolor;
Yo sufro, Dios de amores,
por tí cualquier congoja;
mas déjame que coja
las flores de tu amor.

—

Aquí mana una fuente
de sin igual frescura:
yo quiero en su onda pura
mi ardiente sed templar.
Yo quiero eternamente
morar en tus jardines...
Aquí, entre serafines,
amar... y siempre amar...

A. DE VALBUENA.

EL EGOISMO.

Las palabras *egoista* y *egoismo* deben ser, ó muy modernas, ó enteramente bastardas al idioma castellano, supuesto que ni una ni otra se encuentran en el Diccionario de la Real Academia Española.

Pero están tan consagradas por el uso, que ya es tiempo de asignarlas una significacion fija, determinando su sentido, de modo que la idea que representen no pueda confundirse con ninguna otra. Diremos, pues, que el egoismo es el amor propio, que consiste en referir todas las cosas á su propia utilidad, ó en hablar mucho de sí: y el egoista es aquel ó aquella que sigue la doctrina del egoismo.

En cuanto á la segunda parte de esta definicion, es decir, en cuanto al vicio de molestar á los demas con lo que solo le interesa á uno mismo, es una maña tan general y tan antigua, que difícilmente se podrá remediar, ni aun corregir, por mas que se le ataque con las armas del ridículo; porque primero dejaremos de ser lo que somos, que resolvernos á no darnos la primera importancia en la sociedad. Cuantos hasta ahora han intentado retratar en la escena á los egoistas, se han contentado con dar alguna que otra pincelada, sin atreverse á formar de ellos un verdadero cuadro; y es lástima, por cierto, que haya tal escasez de pintores, teniendo tanta abundancia de modelos.

El que los hombres solo se alegren ó se entristezcan de los sucesos en cuanto tienen relacion con su conveniencia ó disconveniencia propia, es una cosa tan natural, que pretender lo contrario no es mas que provocar la hipocresía política, no menos detestable que la hipocresía religiosa. El hombre se ama á sí mismo infinitamente mas que á los demas; y cuantas protestas y juramentos se hagan de lo contrario, son otras tantas palabras vanas, que suenan bastante bien en boca de un enamorado ó de un parásito.

Los egoistas son una fruta que abunda en todos los tiempos y estaciones; pero regularmente nunca menudea mas que en los de revolucion. Esta es verdaderamente la época de su cosecha, y cuando á su salvo se encubren con cuantos disfraces le vienen á cuento. Entre todos, el que mas generalmente vemos que se adopta es el disfraz del patriotismo, por lo mismo que es la virtud que mas se opone al escesivo amor de sí propio. ¡Oh! ¡Qué enjambre de egoistas de todos trajes y colores veo aparecer como llovidos en derredor de esta pobre patria, buscando el modo de hincarle el diente y de sacarle una triza á fuerza de requiebros y de amoríos! El uno se presenta en traje marcial y guerrero con dos charreteras en los hombros, ofreciendo sacrificarse por la patria en clase de coronel ó general. Otro viene ponderando sus conocimientos económicos, y ofrece hacer maravillas por la bagatela de 80 ó 100,00 reales al año. Aquel está tan prendado de la patria, que se resigna á ser ministro perpetuo, á pesar de sus achaques. Este se indigna de haber podido aguantar durante tantos años una canongía, y se resuelve á admitir un obispado para servir á la patria á lo divino. Otro se desgañita gritando contra los egoistas, y dice que él, y solo él, se ha olvidado de sí propio, y por eso, y no mas, se ve precisado á pretender.

Ninguno de estos deja de clamar incesantemente contra los egoistas; y al oirlos, no habria nadie que no los tuviese por unos patriotas acrisolados, que se olvidan enteramente de su propia existencia para no pensar mas que en la utilidad comun. Pero míreseles despacio; sígase paso á paso su carrera pública, y se verá que no hay uno siquiera entre toda esa turba, que no haya sabido ó procurado formarse un mayorazgo de su amor á la patria.

Propone cualquiera de ellos un plan utilísimo, al parecer, filantrópico, y dirigido á la prosperidad nacional: ensálzase la idea hasta las nubes; sus camaradas se encargan de publicarle y preconizarle; la gente los escucha con la boca abierta. Si algun hombre de juicio y de prevision espone modestamente algunas dificultades, que no son mas que invencibles, se desatan contra él, le llenan de injurias y de baldones, concitan contra su irresistible lógica los mas injustos dicterios, se vuelve á la carga, el plan no se ejecuta; pero se pescan los destinos, y se echa una arenga contra el egoismo.

Al dia siguiente sale otro perillan presentando un proyecto de economías. ¡Qué bueno! Este sí que es patriota, este sí que es enemigo de los egoistas; ahora se verá lo que puede el amor de su pais en las almas bien nacidas; ¡qué lástima que este pozo de saber haya estado oscurecido tanto tiempo! ¡Pobrecito! Por eso le perseguian y le tenian arruinado: que se lea el plan, que se imprima, que se discuta, que se ejecute; pero eso no es posible, porque todo el proyecto consistia en jubilar á cuatro empleados para crear ocho, y ponerse el proyectista de jefe de todos ellos.

Otro, mas disimulado, logra encubrir por algun tiempo su nulidad con cuatro frases brillantes, y consigue que le tengan por hombre de provecho, y que le pongan al frente de la administracion. Empieza por echar abajo cuanto habia en ella, sin sustituir recurso alguno á los medios, buenos ó malos, con que habia marchado hasta aquella época. Se sienten los males; no importa: luego vendrán los bienes: escasea el dinero; no hay cuidado, luego entrará todo junto: los acreedores claman; no hay que escucharlos, porque son unos egoistas: se desploma el edificio; ¿y eso qué le hace? Lo esencial es que el señorito no se quede á pedir limosna; porque aunque haya hecho ver que es un estúpido, en señalándole un buen sueldo, puede que se le despierten las potencias, y á lo menos ayudará á clamar contra el egoismo.

Sin embargo, no se crea que ninguno de estos se tiene por egoista; antes bien, por el contrario, es cosa de alquilar balcones cuando ellos empiezan á mofarse de este vicio. Unos lo toman por lo serio, y hacen tantas esclamaciones, que es cosa de estremecerse al ver lo que sufren sus patrióticas almas por la falta de virtudes que echan de menos en los demas.

Otros, de humor mas festivo, escriben sátiras y epígramas contra otro bando de

egoistas, que, si no son sus hermanos mellizos, se les parecen á lo menos como un huevo á otro huevo. Cantan con noble orgullo su independencia; pero pierden el color y se ponen trémulos con solo imaginar que pueden disgustar, aunque involuntariamente, á los criados de los criados de sus dignísimos patronos. Todo lo sufren con semblante sereno, menos el que les disminuyan las pesetas, ó los llamen *egoistas*; porque el dia en que la gente se desengañe de que todo ese amor á la patria no es mas que un purísimo embrollo y un egoismo refinado, será cosa de que todo el mundo les escupa á la cara.

Lo que hemos dicho hasta aquí pertenece esclusivamente á los egoistas de oficio, que hacen un verdadero tráfico de su ridículo y falso amor á la patria; y es tanto lo que ha cundido de algunos años á esta parte esta numerosa cofradía, que ya se puede ofrecer un riquísimo premio al que señale con el dedo un solo individuo que no haya dado pruebas claras y positivas de un acendrado egoismo.

....

NOTA. Este artículo que acaban Vds. de leer apareció en una Revista el año 1821, á los pocos meses de la primera revolucion.

Al cabo de cincuenta años pueden Vds. colegir lo que hemos progresado, y convencerse de que el único remedio es destruir la *causa*, con lo cual cesarán instantáneamente los *efectos*.

X.

ECOS DE MADRID.

—

Sorpresa, temor, desesperacion, alegría: hé aquí, en resúmen, las emociones que han esperimentado nuestros amigos en la última semana.

Desde hace algun tiempo los secretos de nuestro partido no son contados en confianza, como alguna vez ha sucedido, y esto, que prueba que los que dirigen nuestros asuntos se han aleccionado en la esperiencia, es causa á un tiempo de pesar y alegría para los que, no estando llamados á facilitar el camino á una alta y justa reparacion histórica, vivimos de las esperanzas y los temores que nos comunican.

De pesar, porque todos querríamos conocer las mas recónditas intenciones; de alegría, porque nos hemos persuadido de que lo malo que nos puede suceder lo debemos á lo que se nos ha pegado de libre exámen y parlamentarismo; y aunque nos pese no saber, nos alegra en estremo que permanezcan en el mayor misterio las ideas y las soluciones de los que están llamados á satisfacer nuestras aspiraciones.

Todo esto me sirve para indicar que no estando enterados de los proyectos de la augusta persona á quien anhelamos obedecer, natural es que nos sorprendieran las noticias que publicaron los periódicos anunciando que los carlistas se agitaban en Navarra, que salian oficiales de reemplazo á ponerse al frente de los soldados de la legitimidad; que en Galicia habia grandes preparativos, y por último que D. Cárlos habia llegado á Bayona y se disponia á entrar en España.

Confesemos nuestra flaqueza; estas noticias nos alegraban. ¡Y qué! ¿no entusiasmaría al gobierno saber que todos los partidos contrarios á la revolucion habian decidido vincular en sus manos el poder? Pues justo es que comprenda nuestra alegría al figurarnos que habia llegado el momento de resolver el problema que entraña la ventura de España.

Todo se nos volvia á nosotras estrecharnos la mano con efusion, decirnos indirectas, formular comentarios y pedir á Dios en nuestras oraciones que, sin desgracias de ningun género, se realizasen nuestras esperanzas.

Al mismo tiempo nos asaltaba temor.

Hay operaciones quirúrgicas que salvan la vida á un enfermo; pero ¿podeis pedir tranquilidad de espíritu á la familia del paciente? Imposible.

—¡Dios se apiadará de nosotros!

Y todo se nos volvia tomar informes.

—¿Ha visto V. á Fulano? preguntábamos, aludiendo á algun carlista importante.

—Sí: esta mañana.

—¿Y qué aspecto tenia?

—Parecia muy contento.

—Entonces debe ser verdad lo que cuentan.

—Sin embargo, cuando él está tranquilo...

Si nos decian que estaba triste,

—¡Mala señal! esclamábamos.

En una palabra, estábamos agitadas, febriles, nerviosas.

«Se conocen todos los planes de los carlistas,» decia un periódico.

Y nosotras, que tenemos fama de no saber callar un secreto, procurábamos averiguar quién era el parlanchin para execrarle.

«Han sido internados D. Cárlos y algunos generales carlistas,» decia otro diario.

Y la desesperacion se apoderaba de nosotras.

Así vivimos unos dias, hasta que al fin y al cabo supimos que toda la alarma habia sido producida por el bueno del Sr. Olózaga.

¡Dios le perdone los ratos que su aprensiva actividad nos ha hecho pasar!

Por supuesto, que ni D. Cárlos se ha movido del lado de su augusta esposa, ni ha habido órdenes para lanzarse á la lucha, ni

los carlistas de la frontera han tomado disposiciones hostiles, ni se ha pensado por ahora en turbar el reposo del gabinete progresista que con tanto celo como mala fortuna en ciertas regiones preside el solitario de Tablada.

La Epoca, que está siempre bien informada, y que como alfonsina tendria interes en fijar la atencion sobre nosotros, para que sus amigos trabajasen entre tanto, ha descifrado el enigma probando con el testimonio de su Director, que está en Biarritz, que los carlistas no piensan intentar aventuras, esperándolo todo de *La Internacional*, que, dicho sea de paso, se propone enseñar lo que les conviene á las clases productoras y ricas en Madrid, Barcelona y Sevilla, con el auxilio de la luz que produce el petróleo al incendiar los edificios.

Oficiosidad de D. Salustiano. ¡Pobre señor! Repito que Dios le perdone el susto que nos ha dado.

Ahora bien: ¿quereis saber lo que pasó? Pues yo os lo contaré.

Desde que destruyó el Sr. Olózaga los *obstáculos tradicionales*, el buen señor ha sustituido aquel maggyar que le perseguia en todas partes, con los carlistas.

Apenas pasa el puente del Bidasoa, los dedos se le figuran huéspedes, ó, lo que es lo mismo, no ve mas que carlistas, y carlistas dispuestos á arrebatar á su señoría la embajada de Paris, que es, despues de su reverenda persona, lo que mas ama en este mundo.

Su primer cuidado al llegar á Bayona fue detenerse.

—¿Para descansar?

—No, señoras; para trabajar por la causa de la libertad, que es despues de su persona, de la embajada de Paris y del Toison de oro, lo que mas ama en este mundo.

—Que se presente el cónsul, dijo.

—Aquí estoy, señor.

—¿Qué tal?

—Muy bien, ¿y V. E.?

—No le pregunto á V. por la salud.

—Creí...

—Al decir ¿qué tal? quiero decir que si hay muchos carlistas por aquí.

—Muchos, muchísimos; cada año que pasa se multiplica el número.

—¡Si yo fuera poder...! Por supuesto que conspiran.

—Hasta cuando comen, hasta cuando duermen.

—¡Si yo lograse que el gobierno francés les prohibiese comer y dormir...! Por supuesto, ¿se preparan á salvar la frontera?

—Todo lo tienen preparado.

—¿Habrá V. advertido al gobierno?

—Todos los dias envio un parte.

—¿Y el Rey?

—¿D. Amadeo?

—No, hombre... el Rey de los carlistas, ¿está aquí?

—Me parece que no, pero le esperan...

—¿Le esperan...? ¡Eh!... ¡Dios mio!

—¿Qué es eso, D. Salustiano?

—Asómese V. aquí.

—¿Qué es ello?

—¿Ve V. aquel jóven?

—Sí.

—Es alto, ¿no es verdad?

—Y buen mozo.

—Con barba y ojos negros... ¡Es él! ¡Es él! ¡A ver, pronto... recado de escribir...!

—Pero...

—¡En seguida...! ¡No tienen Vds. celo...! Aprendan de mí... ¡No he hecho mas que llegar, y ya he descubierto á D. Cárlos...!

—Pero si...

—¡A ver..., la pluma..., pronto!

Y con pulso agitado escribia en cifra: «D. Cárlos ha llegado y va á entrar en España. ¡Esto arde! ¡La revolucion peligra! ¡Animo, compañeros! ¡Duro con ellos! Yo me voy á Paris á saludar á mi amigo Thiers. Haré que interne á todo el mundo, y, si es preciso, hasta á las mismas poblaciones de la frontera.»

El jóven alto y buen mozo, que, segun se ha sabido despues, era un unionista, alarmó al gobierno, y dió motivo á que unos cuantos soldados tomaran el sol, que ha picado de lo lindo estos dias.

Decididamente D. Salustiano no logra, por mas que lo desea, salvar la libertad; pero, consuélese S. E.: aun le quedan su persona, el Toison y la embajada.

***

Hablemos ahora de nuestra alegría.

El tardío, pero siempre plausible, perdon que á los delitos políticos ha concedido el gobierno, nos ha llenado de júbilo. Yacian en los presidios y en las cárceles mas de cuatro mil carlistas inocentes, ó inconstitucionalmente condenados.

Con la amnistía han podido volver al seno de sus familias, llorar de felicidad el hijo en los brazos de la madre, el esposo en los brazos de la esposa.

El martirio ha aumentado su fe; ¡oh, sí! yo los conozco: hoy sienten mas fe que nunca, porque desean saber que existe en el mundo la justicia, como han sabido que existe generosidad en el afortunado vencedor.

ESPERANZA.

MARGARITAS.

La niñez es el sueño dorado de la vida. Por eso, cuando recordamos esa edad, suspiramos siempre por ella.

***

Nunca es tarde para volver á las buenas costumbres.

(SALVADOR MARÍA DE FÁBREGUES.)

MADRID, 1871.—Imprenta de *La Esperanza*, á cargo de D. A. Perez Dubrull, Pez, 6.



LA MARGARITA.

ALBUM DE LAS SEÑORAS CATOLICO-MONARQUICAS.

AÑO I. | 10 SETIEMBRE 1871. | NÚM. 24.

CONVERSIONES (1).

II.

La tarea de que os hablaba en mi anterior artículo es grata y propia por de mas de la mujer cristiana, por dos razones: la primera, porque el cristianismo es en sus obras todo amor, mansedumbre y caridad; sentimientos y virtudes que tanto se adaptan al corazon amoroso de la mujer y á su carácter suave, mientras las obras de sus enemigos son hijas de la soberbia y de la ambicion, tan egoista como altiva y agreste; y la segunda, porque el cristianismo ha sido el que rehabilitó á la mujer degradada por las leyes y las costumbres de los antiguos pueblos: el que la restituyó su dignidad: el que de sierva la tornó en compañera del hombre. Fuera del catolicismo no hay para la mujer mas que esclavitud humillante ó licencia vergonzosa. Por eso es certísima esta máxima de De Maistre, que en otra ocasion ya he citado: "Antes de borrar el Evangelio, encerrad á las mujeres, ó abrumadlas con leyes horrorosas como las de la India."

Si vosotras defendeis el Evangelio, este á la vez es vuestro escudo, como lo es de la sociedad y del mundo.

Hoy amenaza á este una asociacion de descreidos formidable; y si no fuera cosa de tan incalculable gravedad y de tan terribles consecuencias, nos moveria á risa la creencia en que están, ó aparentan estar, ciertos hombres de Estado de poder conjurar el mal solo fulminando leyes mas ó menos represivas contra los individuos de esa asociacion.

¿Qué se diria de un médico que, dejando á un lado el remedio probado y eficaz, se entretuviese en aplicar al enfermo paliativos, á despecho de los

(1) Véase el número 23.

cuales, tomando el mal incremento, concluyera por producir la muerte? Se le tendria por ignorante ó por loco, y se le despediria, llamando á la cabecera del paciente otro profesor mas cuerdo y mas esperimentado. Pues otro tanto acontece con esos estadistas: aplican los paliativos de esas leyes, por sí solas insuficientes para la salud del pueblo, y dejan el principal remedio: dejan el hacer á los hombres religiosos para que sean morigerados, justos y gobernables; por lo cual la sociedad tendrá que perecer, ó que despedir, si quiere salvarse, á doctores que tan desacertados andan.

Serán, no quiero ponerlo en duda, grandes políticos, estadistas, oradores y diplomáticos; pero ¡ay! pertenecen á aquella clase de hombres de quienes acaba de decir quien tiene autoridad inapelable, que conspiran contra la Iglesia y contra la sociedad; pues aunque se suponga en ellos las mas rectas intenciones y la mejor buena fe, acarician las doctrinas liberales, esas doctrinas que favorecen los principios de donde nacen todas las revoluciones, tanto mas perniciosas, cuanto que, acaso á primera vista, aparecen mas generosas.

Su ciencia es falsa: no son sabios, aunque presumen serlo. Y ¿sabeis por qué? Porque han olvidado el temor de Dios, que es el principio de la sabiduría verdadera.

Precisamente la mision de la madre cristiana es infundir en el tierno corazon de sus hijos el santo temor de Dios, el mas bello de todos los temores. Temor fecundo, pues él es quien hace á los hombres buenos para Dios, buenos para sí mismos y buenos para la sociedad; donde El no existe, no hay otra cosa que perdicion, duelo, lágrimas y sangre.

Esta es vuestra gran política ¡oh madres católicas! Criar á vuestros hijos en el temor y amor de Dios. Si con la leche de vuestros pechos nutrís su cuerpo, alimentad su alma con vuestras santas palabras, de una dulzura y suavidad mayor mil veces que la de la leche misma, y formad con ellas sus corazones para el bien.

¿No es una locura y una desgracia inmensa que el hombre atraviese los desiertos de la vida divorciado de aquello que, cuando se aproxima el tránsito, cuando el velo cae, cuando la realidad de las cosas se ofrece desnuda á la vista, se encuentra como lo único verdadero, lo único consolador, lo único que permanece coronado por la aureola de la esperanza? ¿Y no será motivo de hondo desconsuelo y remordimiento el haber en ese divorcio vivido?

Pues la madre católica es la que contribuye poderosamente á evitar este mal inmenso. El recuerdo de las verdades religiosas infiltradas en el alma por los amorosos labios de una madre, en la edad infantil, tiene un prestigio y un encanto tal, que no se borra jamás de la memoria. El es bastante poderoso para hacer que el hombre permanezca fiel á la verdad, y alcance en la vida aquella felicidad única, que es simplemente la preparacion para otra mas cumplida y mas durable; y cuando las turbaciones del mundo, exaltando las pasiones, le aparten de las trabajosas pero seguras sendas del bien, para lanzarle en las turbulentas del error, todavía á ese recuerdo queda poder bastante para en los trances supremos obrar con el divino auxilio conversiones como las que ocasionan estas líneas: gozo y alegría de los buenos, pero gozo inefable y alegría infinita para la cristiana madre del arrepentido pecador, ora viva derramando por él lágrimas en el mundo, ora por aquella oveja estraviada esté rogando ante el Trono de Dios.

VALENTIN DE NOVOA.

Orense 27 de agosto de 1871.

EL NACIMIENTO DE MARIA.

—

Hízonos el cielo en este dia un magnífico presente, un presente de inestimable valor.

(San Bernardo.)

I.

¿Qué sucede...? ¿Qué pasa en la region del dolor...?

La aurora, engalanada con deslumbradores atavíos, asoma por los montes y sonrie dulcemente, derramando preciosos rubíes desde su carroza de nácar.

El cielo se envuelve en finísimo encaje

El sol envia sus hebras de oro, circundado de albos y ricos tules.

Las aves hienden los aires y entonan alborozadas melodiosos himnos.

El mar se mueve de un modo apacible, salpicando la superficie con la nacarada espuma que sus olas producen.

El aura besa con ternura las gallardas plantas y recoge en sus alas de gasa el aroma de los vegetales.

Las flores ostentan sus bellos matices y embalsaman el ambiente de esquisito perfume.

Las adelfas y las dalias juguetean amorosas en su trono de esmeraldas.

El arroyuelo susurra de júbilo, esmaltando su clara senda de arenas de plata, de precioso musgo y de las verdes hojas que sobre él derraman las vistosas lianas y los pintorescos sauces.

Colores mil adornan las amenas praderas.

Todo palpita, todo se estremece de indecible gozo.

Murmuran alegres las fuentes, las cascadas, las plantas, los insectos, los animales, la benigna brisa.

Una voz misteriosa resuena en el inmenso ámbito del universo.

El panorama de la creacion deleita con nuevos encantos.

No hay nada que no sorprenda en tan solemnes momentos.

Cada átomo, cada hoja que el céfiro arranca de los árboles, despierta emociones suaves.

La naturaleza entera parece que se trasforma, que multiplica las maravillas que la engrandecen.

Y el orbe, alcázar fabricado por el supremo Artista, conmueve sus ejes de zafir.

II.

El suceso mas fausto acaba de realizarse en el mundo.

El sabio, el justo, ha dado cumplimiento á una gran promesa.

La humanidad puede estar satisfecha.

La caida del primer culpable, del príncipe del Eden, va á dar lugar á cosas eminentemente prodigiosas.

Ha nacido ya la criatura privilegiada, santa, escogida.

Ha visto la luz del dia la Deseada de las naciones, la Reparadora augusta, la Consoladora de los hombres, la Mensajera del bien.

Se halla entre los hijos del crímen la que ha brotado, como la azucena, del tronco bendecido por el Ser Eterno.

Y viene para curar las llagas de la humanidad, para enseñarle el camino de la virtud, para romper los grillos que envilecen su dignidad ultrajada.

¡Qué hermosa es...!

Sus ojos peregrinos irradian fulgores que fascinan el entendimiento.

Su frente es diáfana, su boca preciosa, su tez suavísima, sus cabellos de oro.

De su cuerpo, esbelto, gracioso, de correctas formas, se eleva con donaire su gentil cabeza.

Y su aliento es mas puro que los suspiros de los querubes, que el aroma del jazmin.

Y su voz es mas dulce que las liras de los serafines, y mas delicada que el canto de los ruiseñores, y mas cadenciosa que las armonías de la tierra, y mas grata que el vago murmullo de los torrentes.

Sembrada de rosas está su cuna.

¿Qué comparacion tiene la esencia de los tulipanes con la que despide esta escelsa Niña...?

Ella se mece á impulsos de las auras divinas, del soplo que vivifica las almas castas.

Y su lozanía es mayor que la de las lindas violetas, los airosos claveles, los elegantes lirios.

Y es un admirable conjunto de perfecciones, una obra acabada, una joya de infinito precio.

Contemplan gozosos á la tierna infanta los ilustres consortes que la engendraron.

Y Dios la mira benigno desde su trono de diamantes.

Y los emisarios celestes hacen resonar en honor suyo sus arpas de marfil.

Y las inmensas legiones de inmortales espíritus saludan desde lo alto á la que ha de mandar como soberana.

III.

Motivos tienes, pueblo bendito, Nazareth, para estar orgulloso.

Regocíjate, pues, entre tus mirtos y tus plátanos, tus palmeras y tus cedros, tus límpidos manantiales y risueños campos.

Sí... en tu seno guardas á la salvadora del humano linaje, á la que ha de ser la augusta capitana de las huestes católicas, á la que ha de rasgar una por una las páginas funestas del código del error.

Nada mas justo que reverenciar la virtud; nada mas natural que seguir aspiraciones sublimes.

Envanécete, sí, ciudad venturosa, con el magnífico presente que tanto te honra.

Es una lumbrera que te ilumina, un faro que te muestra las sendas de la justicia.

Es un portento que te hace grande, un tesoro que te enriquece, un ser que te hiere con la viva claridad de sus fulgentes destellos.

¿Qué mas puedes desear que tener dentro de tus muros á la que ha de convertirse en morada de Jehovah?

¿Qué otra cosa apetecer que hospedar á la que llevará el egregio título de Emperatriz de los mundos...?

IV.

Esa Niña, que ahora se agita blandamente, cual tierno capullo acariciado por la brisa, derribará los ídolos de la impiedad, y los baluartes del error, y los imperios levantados por el humano orgullo.

Sí..., porque va á ser muy pronto elevada á la mas alta esfera, porque va á concebir y ser Madre del que ha formado el universo, y dado belleza á las flores, y armonías á las aves, y esplendor á la creacion, y esmaltado de soles el magnífico pabellon que nos cubre.

Y será enriquecida con todas las gracias, con todos los dones, con todas las magnificencias.

Y recibirá del Hacedor invisible diadema de rubíes, y un cetro robusto, y una soberanía superior á las que en el mundo existen.

Y mandará como Reina, como Señora de gran poder.

Y obedecerán sus decretos los espíritus angélicos, todas las milicias de la eternal Sion; y los corazones creyentes militarán bajo sus inmaculadas banderas.

Y á la influencia de su prestigio caerán por tierra los gigantescos edificios que el sofisma erija.

Y la mentira será vencida por la verdad.

Y la enseña de la redencion ondeará en todas partes.

Y las herejías sufrirán ignominiosas derrotas.

Y los tiranos se hundirán en el polvo.

Y la civilizacion de la Cruz alumbrará al mundo con sus brillantes resplandores.

Y el Pontificado, institucion divina, atravesará la corriente de los siglos, orlada su frente con los trofeos de sus enemigos.

No habrá nadie que pueda resistir al brioso empuje de María, de la ilustre Vírgen de Belen.

Porque su fuerza será inquebrantable; porque su autoridad será inmensa; porque su grandeza confundirá á los que intenten empañar su inmortal Corona.

¿Quién será capaz de luchar con María, con la Princesa de los orbes...?

¿Quién se atreverá á combatir sus prerogativas, á negar sus glorias, á ofender sus timbres...?

¿Quién formará contra ella ejércitos, y le hará implacable guerra, y profanará el nombre augusto de la protegida del Altísimo...?

¡Ah! ¡Desgraciados los que escarnezcan á la Vírgen sin mancilla...!

V.

Infinitos templos se levantarán á María.

Monarcas y pueblos se postrarán ante sus altares.

Y los humildes reconocerán su clemencia, y los sabios su majestad, y los potentados sus inefables atributos.

Y los talentos encomiarán sus virtudes, sus escelencias, su poderío, su incomparable hermosura.

Y los vates cantarán sus grandezas, sus acciones, sus hechos, sus señalados triunfos.

Y las doncellas adornarán sus efigies con piadosas dádivas, con ramos de alelíes, con guirnaldas de jacintos, con odoríferas yerbas.

Los guerreros implorarán su valimiento en los campos de batalla.

Y en su pecho llevarán su sagrada imágen, y las victorias mas insignes se alcanzarán por la mediacion de María.

¿Preséntase algun problema que pueda hacer temblar á la humanidad?

No hay que temer su solucion, su desenlace.

María hará fracasar los planes de los adversarios de su Hijo.

Con valor detendrá los golpes de la hipocresía, con firmeza destruirá los instrumentos del mal, con arrojo hará pedazos las infernales concepciones del presuntuoso.

Los amantes de Jesus acudirán siempre á la Abogada de los que gimen.

Invocará su patrocinio el náufrago enmedio del irritado Océano, el Rey en sus mayores conflictos, el mendigo afligido por el hambre, la jóven combatida por pasiones violentas, el enfermo aquejado por sus dolencias, el católico en todos los momentos de la vida.

Y María oirá las plegarias de los que á Ella recurran, de los que á su solio se acerquen.

Y enjugará las lágrimas del desvalido, y consolará al infortunado, y derramará el rocío de sus finezas, y disipará con cariño las borrascas del alma.

Porque su caridad será inmensa. Es Hija predilecta de Dios, y asombrará al orbe por sus estraordinarios merecimientos.

Ninguno que con fe la invoque dejará de ser socorrido; ninguno que la ame se cansará de tributarla los homenages debidos.

VI.

Salve, Niña augusta, salve.

A ti alabanzas, á ti coronas, á ti bendiciones.

A ti las ofrendas del corazon, á ti los sacrificios del alma fiel, á ti los nobles impulsos de la humanidad.

Crece, Niña divina, en medio de las flores que rodean tu estancia, de las auras que acarician tu lindo rostro, de los tapices de oro que te ofrecen los lujosos valles.

Sonríete, riquísimo vástago; duerme tranquilo suelo al embriagador arrullo de amorosos acentos, y de los cánticos de los ángeles, y de los canoros pajarillos que gorjean en torno de tu pobre albergue.

Bella y grande eres, criatura santa, embeleso del cielo, pasmo de los justos y admiracion del mundo.

El Señor te magnifica, el universo te ensalza.

No temas ¡oh egregia Infanta! á los vendavales del mal: que los ministros de Dios, cobijándote bajo sus alas de púrpura, custodian respetuosos á la Elegida para tan altos destinos.

ROMAN DOLDAN Y FERNANDEZ.

CONTEMPLACION.

I.

Al cruzar este erial lleno de abrojos,
Que el hombre llama esplendoroso,
¿En él qué miran nuestros tristes ojos?
¡Solo amargura y padecer profundo!
Si de ilusion las virginales flores
La dicha ofrecen, al alzarse ufanas,
Al soplo destructor de los dolores
¡Ruedan mustias en márgenes insanas!
Si el dulce anhelo de ventura santa
Agita al alma con febril latido,
Como dulce ilusion, que nos encanta,
Le miramos en humo convertido.
¡Amarguras, falsías, decepciones
Do quiera se hallan sobre el mundo impío!
Por eso santo amor, á otras regiones
Lleva afanoso el pensamiento mio.

II.

Allí está la verdad; allí la calma:
Allí cuanto se adora de sublime.
Tú eres ¡oh Dios! la dulce paz del alma,
¡Santo refugio del que triste gime!
Tú eres la pura, inestinguible idea,
Que enardece y fecunda el pensamiento:
Luz celestial que en nuestras almas crea
De fe y amor el dulce sentimiento.
Tú, á quien coro de angélicos querubes
Himnos entona de alabanza ardiente,
Teniendo por alfombra blancas nubes,
Que reflejan el sol resplandeciente.

III.

¡Al escuchar mi cántico sonoro,
A Tí elevado con ferviente anhelo,
Envia á mi laud rico tesoro
De inagotable, divinal consuelo!
¡Haz que sus notas de ventura en horas
Un eco de los cielos den al mundo!
¡Haz que resuenen siempre halagadoras
Y el bien derramen con afan profundo!
¡Haz que al oirse mi entusiasta acento,
Todos te amen, mi Dios, cual yo te amo;
Y en perenne dulcísimo concento
Te aclamen con la fe que yo te aclamo!

IV.

Yo tu poder admiro soberano
En ese sol, que esplendoroso brilla:
Y al contemplar inmenso el Océano,
Para adorarte el corazon se humilla.
Do quiera que se fije la mirada,
Se admira tu grandeza y poderío:
Ya en la brisa que gime en la enramada,
Ya en los murmurios de sonoro rio.
¡Dios! dice el son del fragoroso trueno,
Estremeciendo la riscosa cumbre:
¡Dios! dice al pecho de pesares lleno
De centella fugaz la roja lumbre.
¡Dios! dicen los horrísonos silbidos
Del huracan, que ruge en selva oscura:
¡Dios! dicen de los mares los bramidos,
A la nave al mostrar la sepultura.
¡Dios! dice al estraviado navegante
La tutelar estrella, que le guia,
Cuando, al ver su esperanza agonizante,
Le muestra el puerto, do llegar ansia:
La brisa, al deslizarse entre las flores;
El blando murmurar de manso rio;
De la tormenta fiera los horrores;
Ponderan tu bondad y poderío!
Porque eres Tú la perennal idea,
Que fecunda y sublima el pensamiento:
Luz celestial, que en nuestras almas crea
De fe y amor el dulce sentimiento...!

V.

Tú, á quien mi alma en el espacio admira:
Tú, luz sublime, que en misterios arde:
Tú, por quien pulso mi creyente lira:
Tú, de mi anhelo majestuoso alarde:
Tú, la armonía de mi tierno canto,
Dios de grandeza y de bondad tesoro:
Tú, á quien proclaman los querubes santo:
La fe ilumina con que yo te adoro!

ISABEL POGGI DE LLORENTE.

LOS MUERTOS QUE VIVEN.

Balada liberal.

1840. ¡Pobres ilusos! Se creian titanes, y un abrazo ha bastado para obligarlos á

sucumbir. Ya no hay carlistas. A vivir, compañeros; el pais es nuestro. Ahora podemos disputarnos el poder y dividirnos y subdividirnos, sublevarnos y enriquecernos... ¡Los carlistas han muerto!

1848. ¡Bah! no es que han resucitado... Si se agitan, si pelean, es por efecto del galvanismo. Enviemos soldados... ¿No bastan? Enviemos oro... ¡Eh! ¿Qué tal? Se retiran, traspasan la frontera. Respiremos... ¡Los carlistas han muerto!

1855. Una sublevacion carlista en Zaragoza... ¡Aquí de los nacionales! Una batalla en los llanos de Alfamen... ¡Nos pegan! ¡Huyamos...! Pero no... Eran unos pocos... no los secundan... ¡Pobrecillos! Fusilémoslos, y en paz. ¡Cuando yo decia que estaban muertos los carlistas!

1860. ¡Hola! ahora parece que se han multiplicado... y tienen tropa... ¡Malo! ¿Cómo habrán podido salir de las tumbas? Los generales mas bizarros están con ellos... Bueno será ir buscando una boina... Pudiera suceder... Pero el general Concha va á Valencia... Se ha descubierto la conspiracion; Ortega es fusilado; D. Cárlos y su hermano prisioneros... ¡Necio de mí... asustarme de unos muertos!

1868. ¡Es claro! La agitacion revolucionaria llega hasta los sepulcros. Los antiguos carlistas rodean al jóven Duque de Madrid...

1869. Pues, señor, se agitan. Y el tal Don Cárlos parece hombre de empuje... ¡Y el partido se aumenta...! ¡Los derechos individuales, la libertad de cultos, la *Porra* y el manejo de los fondos engruesan sus filas...! Los elementos mas sanos del pais van á buscar la paz de las tumbas.

Y hablan en las Cortes diputados carlistas, y sostiene el partido mas de ochenta periódicos, y se levantan en armas en la Mancha y en Leon.

¡Bah! ¡Un puñado de locos...! ¡Fusilan á Balanzátegui, deportan á Polo y á Milla, los demas huyen ó llenan los presidios! ¡Muertos y retemuertos!

1870. ¡Pero, hombre! ¿es posible...? Se organizan en juntas y se multiplican los adeptos, y en segundas elecciones obtienen millares de votos, y uno solo de sus periódicos tira 40.000 ejemplares. No hay que apurarse. ¡Ahí está Escoda...! ¡Cómo! ¡No ha sabido echarles el anzuelo...! ¡Y se sublevan las provincias Vasgongadas y la Rioja...! ¿Será cosa de hacer el equipaje...? Los presidios se llenan de carlistas... Los han escarmentado. Tranquilicémonos... Ahora sí que se habrán convencido de que son cadáveres.

1871. Elecciones tenemos... ¡y luchan los carlistas! ¡Pobres gentes! Eso sí; á fe nadie les gana, pero... ¡cómo! ¡Cincuenta y cuatro diputados, diez mas escamoteados á última hora, y cerca de treinta senadores! ¡300,000 votos á pesar de la *Porra!* Esto es grave. Luego viven, luego... pero ¡quiá! Olózaga va de embajador á Paris, los carlistas de la frontera son internados ó espulsados... ¡Y aun creen que podrán hacer algo...! Perdonémoslos: ¿qué daño pueden hacernos si están muertos...?

....

....

1872. ¡Pues, señor... vivian y estaban fuertes...! ¡Quién lo hubiera creido!!!

X.

CUENTO MATERNAL.

—

¿Quieres que te cuente un cuento?
Pues escucha, niña mia.
Erase una pobre madre
que tuvo solo una hija,
la que, estando enamorada,
nada á su madre decia...
Pero, ¿por qué palideces?
¿No te gusta el cuento, niña?
Al mancebo mas gallardo
de todas las cercanías,
engañada con promesas,
le daba á la reja citas;
y mientras su pobre madre
tranquilamente dormia...
Mas... ¿por qué te pones triste?
¿No te gusta el cuento, niña?
Convinieron que una noche
sin ser de nadie sentida,
por marcharse con él, ella,
su casa abandonaria,
abandonando á su madre
mientras durmiese tranquila...
Mas, dime, ¿por qué sollozas?
¿No te gusta el cuento, niña?
Y llegó la noche aquella
y la hora convenida...
y el mancebo la esperaba...
y ella... no acudió á la cita,
porque contándole un cuento
su madre la entretenia...
Mas, di... ¿por qué estás llorando?
¿Conque es cierto el cuento, hija?

JULIO ALARCON.

ECOS DE MADRID.

Diez ó doce dias han pasado desde que apareció el decreto concediendo amnistía á todos los presos por delitos políticos; y aunque los emigrados han podido volver á la madre patria, aun gimen encerrados en las cárceles muchos infelices aguardando á que sus espedientes se resuelvan.

¿Por qué esta tardanza en devolver la libertad á los que, vencedores, hubieran sido héroes, segun la teoría revolucionaria?

¿Por qué retardar á las impacientes familias la dicha de abrir los brazos á los seres queridos que tanto han padecido lejos de su seno?

¡Ah! Si es grande y digno administrar justicia, no hay sentimiento que iguale al de perdonar: piensen los jueces en las ben-

diciones de que serán objeto, en cambio del sacrificio que hagan, velando, si es preciso, para ahorrar un dia, una hora, un minuto de prision á los que sucumbieron á la fuerza, á los que la justicia ha perdonado!

Triste y dolorosa es la necesidad que tienen los hombres de recurrir á la fuerza para defender los principios y las instituciones en que fundan la paz de sus hogares y el bienestar de sus familias; pero la historia de la humanidad está llena de ejemplos de luchas intestinas; y si tienen mucho de horroroso, tambien tienen mucho de respetable.

Los carlistas, por ejemplo, que, en medio de la descomposicion que en las ideas y los partidos se ha operado en lo que va de siglo, son los únicos que viven de la fe heredada, los únicos que conservan el depósito de la tradicion y la llave del camino del verdadero progreso, desde hace cerca de cuarenta años vienen defendiendo la legitimidad, el catolicismo en toda su pureza, la libertad que nace de la civilizacion cristiana, y combatiendo el liberalismo desorganizador y ruinoso, al acudir á los campos de batalla cumplen un deber y ejecutan un acto que hasta sus mismos adversarios admiran, digan lo que quieran.

No es un interes personal, no es la sed de goces individuales, no es la ambicion la que lleva á los hombres al combate, la que hace de ellos héroes ó mártires: esos millares de voluntarios que acuden cuando los llaman, que obedecen sin examinar las órdenes, que abandonan familia, bienes, todo, son la fuerza, son el movimiento de una idea.

Pueden contenerla, no estinguirla. Pero por lo mismo que es noble su conducta, que luchan por el bien general, convencidos de que lo que desean es lo que conviene á la nacion; aunque se equivoquen, aunque sean vencidos, no pueden, no deben inspirar odio á los corazones bien nacidos. De aquí que el perdon sea para ellos un acto de justicia.

Los vencedores, que, por serlo, tienen el privilegio de perdonar, pueden estar seguros de que los que han vivido en el destierro, de que los que han arrastrado la cadena del presidiario, sienten en su alma una inmensa gratitud.

¿Cómo no han de sentirla si han hallado los brazos de una bendita madre, de una amada esposa, de hijos queridos, de una familia, en fin, huérfana y triste en su ausencia, alegre y dichosa al verlos tornar?

Hasta os habrán bendecido, ¡yo lo creo! pero, ¿tendreis razon para calificarlos de ingratos si algun dia tornan al campo á luchar con vosotros?

No, si sois justos: dadles lo que piden, lo que necesitan; dadles la historia, la tradicion, las costumbres; respetad el derecho en que han nacido, la religion en que se ha formado su alma; dadles en los campos y en las ciudades la seguridad; garantizad sus derechos; hacedlos verdaderamente iguales ante la ley; no los separeis de sus tareas; no encendais la discordia en sus familias, para que por medio de ilusorios votos justifiquen lo que la hipocresía de vuestro sistema requiere; en una palabra: dadles el bienestar que anhelan, pero tal y como ellos lo quieren, y no temais que os disputen lo que hoy suponen que el liberalismo y sus hombres les han usurpado.

Pero esto no lo hareis, y fomentando la desesperacion, natural será que algun dia volvais á hallarla en vuestro camino.

***

No será, sin embargo, tan pronto como suponen las noticias de los periódicos ministeriales y las correspondencias de la frontera. Podeis tranquilizar al agitado señor Olózaga, que disfrute dulcemente de su embajada mientras se disputan la presidencia del Congreso las dos tendencias que luchan en vuestro propio seno.

Nosotras no conocemos los secretos de los carlistas; pero tenemos bastante penetracion para conocer que el peligro que amenaza á los que hoy dominan la situacion, por lo menos el mas inmediato, no es una sublevacion de nuestros amigos.

Confieso que si me fuera permitido ser política, me asustaria lo que encanta á los situacioneros.

—Pues ¿qué es lo que les encanta y asusta á nuestra cronista? preguntareis.

—Leed los periódicos, y sabreis por ellos que existe un pacto entre el gobierno y los republicanos. Estos son los que con mas entusiasmo saludan á D. Amadeo de Saboya en su viaje; para que obren con esa generosidad, para que festejen á la monarquía ellos que la detestan, algo han debido ofrecerles, algo esperan. Yo bien sé que un ministro puede ofrecer una cosa y ser reemplazado por otro al acercarse el momento de cumplirla. Yo bien sé que la intriga tiene mucho talento; pero tambien sé que no hay intriga sin desenlace, y que los desenlaces de las intrigas politicas son sangrientos. Buscad al leon, y adormecedle; cuando despierte, volverá á ser leon.

Con esto, con los trabajos de zapa de los conservadores dinásticos, que ahora tienen un nuevo periódico, que los califica perfectamente, *El Argos*; con las tendencias de muchos moderados á aceptar lo existente antes que la alianza del que, en su concepto, arrojó del Trono á la infanta doña Isabel; con los planes de los que desean acabar con esto y traer al pobre niño al lado de su tio, que ha jurado la Constitucion de 1869, le sobra al gobierno y á sus amigos para vivir en la mayor zozobra, sin pensar en nosotros.

Pero noto que mi revista tiene sus humos de artículo de fondo de periódico serio.

Perdonadme, mis buenas lectoras; pero como vivimos sobre un volcan, como no hay mas que política en todas partes, la epidemia me invade.

¡Maldita política!.

Cuando pienso que si vive es por obra y gracia de los hombres de talento que quieren hacerse ricos sin trabajar...

Pero doblemos la hoja.

***

¡Imposible! para eso tendria que prescindir de hablaros de la gran pérdida que acaba de sufrir una familia digna por todos conceptos de estimacion.

Ya habreis sabido la muerte de Gonzalez Brabo... Pero ¡cómo ha muerto! Horroriza pensarlo.

Despues de una vida tempestuosa, sin quejarse nunca, siempre firme, siempre luchando, el vendaval revolucionario le llevó á Biarritz.

Allí ha pasado tres años tranquilo, silencioso; allí ha meditado, allí ha llorado por la patria, allí comprendió al fin que solo borrando las huellas de la revolucion podia salvarse España; y reconociendo á don Cárlos, fue el mas activo destructor de los obstáculos que se oponen á su triunfo.

Pues bien: el dia 1.° del actual se sentia incómodo; el calor le sofocaba. En su modesta casa habia reunidos algunos amigos: su esposa y su hija conversaban tranquilamente con sus contertulios.

Gonzalez Brabo sale á respirar las brisas del mar; su amigo Berriz le acompaña. A los pocos pasos de su casa encuentran al baron de la Torre, que iba en su carruaje. Suben al coche, parten, y á los pocos minutos dice Gonzalez Brabo aflojándose la corbata:

—¡Me ahogo...! ¡Me muero...! ¡Mi hija! ¡Dios mio, perdonadme!

Y espira en brazos de sus amigos, quizás en el momento en que su familia esperaba verle tornar aliviado.

¡Dios mio! Respetamos tus altos designios; pero déjanos implorar tu piedad para la infortunada familia del hombre que ha llenado con su genio cuarenta años de la historia de España.

***

El telégrafo, que es un gran embustero á veces, anunció que doña Margarita y su augusto esposo estaban en Paris vigilados por la policía francesa.

No es verdad.

Lo que habrá sucedido es que el Sr. Olózaga se habrá figurado que los ha visto, y ha telegrafiado en seguida.

Ni D. Cárlos ni doña Margarita han abandonado el Bocage.

Allí hará diez ó doce dias ha recibido la ilustre Duquesa de Madrid el Relicario que la señora condesa del Prado y las suscritoras de nuestro Album han elevado á sus augustas manos como un homenage de respeto, cariño y lealtad.

Precisamente cuando yo os anunciaba que no habia sido posible enviar el Relicario, la señora condesa hallaba una ocasion propicia, y la aprovechó.

Terminado el grabado del diseño de esta modesta joya, creemos poder ofrecerlo con el número próximo.

***

Concluyamos hoy enviando nuestras mas sinceras felicitaciones á S. A. doña Blanca, que ha cumplido tres años el juéves último, y á S. A. D. Alfonso, que el mártes 12 celebrará el aniversario de su nacimiento.

***

Una noticia para concluir: con el último número de este mes recibirán los señores suscritores el retrato de D. Cárlos, del mismo tamaño que el que regalamos de su augusta esposa.

Esperanza.

MARGARITAS.

Cual pierde el íris luz y colores,
Cual se deshace la feble espuma,
Como el arbusto pierde las flores
Y el blando aroma que le perfuma,
Así del alma que sueña un cielo
Pasa el encanto de su ilusion,
Se desvanece su ardiente anhelo,
Y una luz sola mira en el suelo,
Luz que es divina: ¡la *Religion!*

(Patrocinio de Biedma.)

***

La vanidad hace á los hombres despreciables: la escesiva humildad les hace sospechosos.

***

El medio mas seguro de agradar á los demas es no complacerse uno á sí mismo.

***

La amistad, si es verdadera, es el afecto que gasta menos el corazon.

***

Hay mujeres que pasan por la vida como las brisas de la primavera, vivificando cuanto encuentran al paso.

***

Sucede muchas veces que el mejor amigo del hombre es la mujer.

(Salvador María de Fábregues.)

MADRID, 1871.—Imprenta de *La Esperanza*, á cargo de D. A. Perez Dubrull, Pez, 6.



LA MARGARITA.

ALBUM DE LAS SEÑORAS CATOLICO-MONARQUICAS.

AÑO I. | 17 SETIEMBRE 1871. | NÚM. 25.

POLÍTICA FEMENINA.

—

HABLEMOS CLARO.

Si nuestros enemigos conocieran á fondo nuestras aspiraciones, no dirian, como dicen, que la lógica nos rechaza, que somos un anacronismo, que solo por efecto del galvanismo podemos agitarnos, y otras lindezas por el estilo.

Claro es que si quisiéramos vivir en 1871 como vivian nuestros abuelos en 1788, aspiraríamos á lo imposible.

Los pueblos, como los individuos, tienen períodos y condiciones especiales. Desear hoy aquellas calles mal empedradas ó llenas de ruinas, aquella sociedad que, recogiéndose en los portales de las casas, hacia de cada puerta un muladar; pretender resucitar muchas de las costumbres que existian, y vivir sin mas emociones que las que proporcionaba la *Gaceta* contando un suceso acaecido dos ó tres meses antes, seria un absurdo.

Los que tal desearan, estarian en el caso del sabio que quisiera volverse ignorante, del hombre que anhelara tornarse niño.

No, y mil veces no: nosotros queremos la fe de aquellos tiempos con las comodidades de estos, y, la verdad, algo mas de lo que tenemos, y que no pueden darnos los discípulos del liberalismo, porque sin paz y sin órden no puede venir, y el órden y la paz están reñidos con ellos.

¿Habeis visitado las provincias Vascongadas? ¿Habeis oido referir sus impresiones á los que han vivido en ellas? Pues en caso afirmativo admirareis seguramente á sus celosos administradores, que, mirando con mayor atencion los intereses de la provincia que los suyos propios, las han dotado de cuantos beneficios puede reportar á la sociedad y al individuo una bien entendida administracion.

Los caminos, algunos de ellos tra-

zados al pie de las montañas y al borde de los precipicios, están tan limpios y bien cuidados como los jardines y parques de Lóndres y Berlin; las calles de los pueblos son tacitas de plata, el ornato de los edificios encanta, y seduce la blancura de los desparramados caseríos que aparecen entre el verde follaje de las encinas y los manzanos.

En aquellas provincias nada queda que hacer á la caridad; los mercados son modelos; el agiotaje es imposible; no puede haber acaparadores, porque la administracion sale á su encuentro, y enfrente de la codicia coloca la equidad; en una palabra, ningun progreso útil, ningun adelanto falta allí. La propiedad bien repartida, la moralidad bien desarrollada, la educacion católica bien estendida, hacen que el viajero pueda cruzar los caminos y las sendas solo, sin armas, y cargado de dinero, si es preciso, sin que halle quien le aceche. Si encuentra algun aldeano, le verá quitarse la boina, saludarle con un respetuoso "Dios guarde á V.," y prestarle solícito cuantos servicios pueda necesitar.

Pues bien: esta suma de ventajas la debe al cordon sanitario de sus fueros, usos y buenas costumbres; sus adelantos los debe al espíritu católico, que, arraigando la moralidad en sus administradores, les inspira el deseo de hacer el bien á sus paisanos, contentándose con la gloria de haberlo hecho.

No en vano los llaman Padres de provincia; padres son, y sus administrados tienen que ser por fuerza, y lo son, hijos agradecidos.

Pues bien: nosotros, que sabemos que el mundo marcha y marchamos con él, al avanzar queremos llegar al verdadero progreso; queremos, sin apartarnos del destino que nos ha marcado la Providencia, llegar al mayor grado de civilizacion, porque la civilizacion, que sirve para comprender mas y mas al Creador de todo, eleva á la criatura y la lleva á la perfectibilidad que mas agrada al Todopoderoso.

No rechazamos, pues, las luces de la fe y del progreso; lo que queremos estinguir es el fuego de las pasiones, que abrasa á la sociedad revolucionaria y atrae á los incautos, como las hogueras al niño, para fascinarlos primero y consumirlos despues.

Para que todos los progresos de la inteligencia sean verdaderamente útiles, lo primero que hay que hacer es examinarlos, organizarlos, clasificarlos y prodigarlos con órden y medida.

El jóven que abre hoy los ojos de su alma ante lo que se llama sociedad moderna, se halla en el mismo caso del viajero que llega á una populosa ciudad obligado á visitarla en veinticuatro horas.

Todo lo que ve le fascina, le admira; pero es tanto, que se confunde su inteligencia, se turba su memoria, y no consigue mas que una fuerte escitacion nerviosa, un cansancio mortal, un inútil esfuerzo de todas sus potencias.

Dadle tiempo; que pueda examinarlo todo en detalle, que pueda establecer relacion entre lo que ve, que aprecie luego el conjunto, y su observacion será provechosa. Verá lo bueno y lo malo, y en la pequeña escala de la individualidad imitará lo que crea mas útil para el bien.

Si por efecto de la fuerza de la lógica, ó de la lógica de la fuerza, triunfasen en la nacion nuestras aspiraciones, y aceptásemos á España tal cual es, aunque á beneficio de inventario, seguramente nos veríamos apurados.

¿Cómo elegir de pronto, sin riesgo de cometer alguna injusticia, ó de dejar el gérmen de algun mal?

Partiendo del principio de que los legitimistas españoles aceptan el derecho consuetudinario, y anhelan la mayor suma de progresos legítimos, natural es que nuestros pensadores hayan practicado ya el difícil trabajo de escoger lo bueno, de desechar lo malo, y de crear lo que falte en cierto órden de ideas, en cierta esfera elevada.

Pero aquí para entre nosotros, mis buenas lectoras, los hombres serios, los

hombres sabios, los estadistas, en una palabra, dejan pasar desapercibidas muchas cosas pequeñas que no están á su alcance, como no lo está el enano al del gigante.

Preguntad, por ejemplo, á los filósofos y á los publicistas:

—¿Qué opinan Vds. de las diversiones de los pueblos, de los espectáculos públicos, de las espansiones de la sociedad?

Casi todos responderán que no teniendo tiempo para divertirse, no se han preocupado del asunto.

Esto equivale á un padre que, por estar muy atareado en labrar la fortuna de sus hijos, confiase la direccion de sus juegos y de sus distracciones á los lacayos.

Sucede esto, pero no debe suceder; y cuando se practica, las consecuencias son dolorosas: el trabajo del padre lo destruye el hijo abandonado.

Yo creo, en vista de estas observaciones, que vosotras, mas bellas cuanto menos serias sois, y bellísimas cuando sois buenas, debeis ayudar á los filósofos y estadistas dándoles ciertos trabajos hechos, que serán mas útiles para la sociedad, creedlo sin modestia, que muchas de sus tareas abstractas y trascendentales.

Si lo permitís, consagraremos unos cuantos artículos á estudiar la influencia que deben tener en los pueblos *las diversiones públicas*; y con mis notas y las observaciones que me inspireis, podremos acaso fijar la atencion de escritores mas graves, y ayudarles á vencer no pocas dificultades.

Ademas, conseguiremos que nuestros enemigos vean que, sin apartarnos del Evangelio, sabemos dar *á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César.*

JUAN DE LUZ.

LA VIDA MODERNA.

I.

Una de las cosas que el sexo fuerte de nuestro pais ha importado de Francia, con la que menos puedo transigir, es el afan en los hombres de ser huéspedes en su casa.

Esto es enteramente propio de los franceses en general, y ahora, aunque algo exagerado, va siéndolo de España.

Figuraos, amables lectoras mias, un hombre que sale á negocios á las diez de la mañana, y á las once y media ya le teneis metido en Levante ú otro cualquiera de los cafés de la Puerta del Sol.

Va á almorzar, y, por parco que sea, y advertid que no puede siempre serlo, porque unas veces tiene que convidar á alguno, otras se ve obligado á aparentar delante de quien le mira, y por este estilo aducirá muchas razones para gastar mas de lo regular. Por muy parco que sea, decia, tiene por lo menos que gastar catorce reales, y no creais que exagero; mirad de propósito una de las muchas *notas* que conservo de un amigo de quien tendré ocasion de hablaros alguna otra vez, y que almuerza *modestamente*, como él dice, todos los dias en el café Europeo:

Una tortilla de yerbas.....	3 50
Un *beefsteack*.......... ..	5
Media botella de vino......	2
Postres.................	2
Café..................	1 50
Copita de cognac.........	2
	16

Como veis por la cuenta anterior, no se estiende mucho que digamos, y, sin embargo, ¡cuántas cosas buenas podria hacer una mujer hacendosa y arreglada si contara con esos diez y seis reales mas todos los dias!

Pero volvamos á nuestro hombre de negocios.

Despues de haber almorzado en uno de esos cafés, donde pasa dos horas ó dos y media, va en busca de los dichos negocios; pero no creais que anda mucho.

Todos los cafés que hay en el centro de Madrid, y en especial el de Francia, situado en el Pasaje de Matheu (el único en el que se negocia hasta en los dias festivos), la Bolsa y la Union

Mercantil: hé aquí todos los sitios por donde anda rondando hasta las seis de la tarde, que es hora de comer; pero como está lejos de su casa y á las siete tiene una cita para un negocio urgente en el café del Siglo, le es imposible ir hasta allá, y aprovecha la mesa redonda del café de Francia, de la Perla, ú otra cualquiera, en la cual permanece con algun otro hombre de negocios como él, á quien ha encontrado por casualidad, hasta las ocho, que va á tomar café á Fornos, para desde allí, en compañía de algunos amigos, hombres de negocios tambien, dirigirse al Circo de Rivas ó de Price, y á la salida del teatro, tomando alguna cosa, ó sin tomar nada, da un vistazo por los cafés, mas concurridos á esa hora que á ninguna otra del dia ó de la noche, y se dirige á su casa á las dos de la mañana.

Esta vida se repite todos los dias, con muy raras escepciones.

¿Qué os parece que podrá hacer la familia de este hombre de negocios? ¿Qué educacion recibirán los hijos de este padre, que apenas los ve, y que generalmente, cuando esto sucede, se halla de mal humor, por una causa ó por otra, haciéndoles á ellos pagar culpas ajenas? ¿Qué podrá pensar de su marido una mujer que se halla completamente abandonada, que cada vez que le ve tiene que sufrir una campaña por motivos fútiles, y que mientras él gasta tres ó cuatro duros diarios, que no sabe de dónde los saca, la deja completamente olvidada, y mira con estremada indiferencia los apuros en que se ve para salir adelante?

¿No creeis, como yo, que la vida moderna, esa triste entre todas las tristes importaciones del estranjero, es la que va destruyendo casi por completo, al menos en Madrid, aquella otra vida dulce y familiar, que hacia que el hombre no encontrara goces fuera de su casa, y que todos los placeres del mundo los trocara por una caricia de sus hijos y por el casto beso de una mujer amada?

Pues si como yo pensais que esta vida desordenada viene á destruir en nuestros maridos todos los sentimientos elevados que tanto han hecho brillar en la historia el glorioso nombre español, tenemos que estudiar un medio de impedir que esa carcoma siga corroyendo los cimientos de la felicidad doméstica; es necesario hallar un arma con que combatir ventajosamente á ese enemigo terrible, y doblemente terrible porque, no solo nos ataca á nosotras, sino á nuestros hijos, esos pedazos de nuestras entrañas, que nos son tan caros, y cuya felicidad deseamos á toda costa.

Estamos obligadas á ello; si á nosotras por fortuna no nos toca, muchas de nuestras amigas, gran parte de nuestras semejantes, se hallan en ese caso.

En otro artículo diré los medios que á mi parecer podríamos poner en práctica para llevar á cabo esa buena obra, mientras se realiza lo que con tanto afan deseamos.

Entre tanto, os saluda con el afecto que siempre profesa á sus simpáticas lectoras,

CAROLINA P.

BELLEZAS DE LA RELIGION.

ORACION A LA VIRGEN.

(Para el álbum de una niña.)

En tus manos, Vírgen pura,
Pongo yo mi corazon;
Te llamo vida y dulzura,
Y me tengo por segura
En tu santa proteccion.

—

Si algun pesar inclemente
Me agita, dame paciencia;
Y de amor la llama ardiente
No enturbie nunca en mi frente
El brillo de la inocencia.

—

Mi debilidad protege,
Y alumbra mi juventud:
Nunca de tu amor me aleje;
Nunca permitas que deje
La senda de la virtud.

—

Yo te invoco cada dia;
No te olvides Tú de mí;
Y en la postrera agonía
Ven á darme, Madre mia,
La paz que espero de tí.

—

Y pueda, deshecho el lazo
De esta existencia ilusoria,
Volar á darte un abrazo,
Y á dormir en tu regazo
Un sueño eterno de gloria.

A. DE VALBUENA.

Pedrosa (Leon) setiembre de 1871.

CUADROS VIVOS POLÍTICOS Y SOCIALES.

El Ama de huéspedes.

Madrid tiene para los forasteros, para los pretendientes, para los estudiantes, y sobre todo para los solterones, algo que no se encuentra en las demas ciudades del estranjero; algo que sirve para reemplazar á la familia; que, si no ofrece todos sus goces, brinda con gran parte de sus atractivos.

Este algo es un tipo; este tipo es el ama de huéspedes á la antigua.

Y digo *á la antigua*, porque hoy tenemos al ama de huéspedes moderna, tipo peligroso que puede verse á todas horas en el balcon, representado por una jóven agraciada, vestida con lujo, y que así como el papel sujeto á los hierros dice: «Aquí falta uno,» ella dice: «Aquí hay alguien de mas.»

Hablo de esa buena señora que ofrece en el *Diario de Avisos* habitaciones con sol, que llevaba ocho reales, y hoy lleva doce con principio; buena mujer, de cuarenta á cincuenta, viuda ó soltera, pero con todas las condiciones de la madre de familia, y sin ninguno de sus goces, porque la mayor parte de sus huéspedes son cuervos, que le sacan, si no los ojos, el dinero.

Figúrese el lector que acaba de llegar á Madrid, y que, deseando economizar, busca para vivir una casa de huéspedes.

Recorre algunas calles, ve en un balcon un papel en los hierros de la izquierda, sube á la casa, y llama.

Una criada con el pelo de la dehesa todavía, la saya corta y el cabello de cerda, pero muy reluciente por el efecto de la grasa, sale á abrir.

—¿Qué se le ofrece á V.? pregunta.

—¿Es aquí casa de huéspedes?

—Sí, señor.

—¿Está el ama?

—Sí, señor.

—¿Se la puede ver?

—Pase V.

Y le conduce á una especie de comedor, en el que está una señora de cuarenta á cincuenta, bastante gruesa y de rostro bondadoso, sentada en una silla, con un perrito de aguas en la falda.

El perro ladra; nada mas natural.

—Calla, Lindoro, dice con voz meliflua la patrona.

—Señora: un caballero quiere hablar con V., *sobre* un cuarto, añade la Maritornes.

—Sírvase V. pasar adelante.

—Buenos dias, señora.

—Tome V. asiento.

—Tantas gracias.

—Cúbrase V.

—No se moleste V., señora.

—¿En qué puedo servir á V.?

—Usted admite huéspedes, ¿no es verdad?

—Sí, señor; precisamente tengo ahora un cuarto libre, y le aseguro á V. que mi casa es una de las mejores, no porque yo lo diga; pero he tenido muchos hijos de familia, y puedo enseñar á V. cartas de sus padres dándome las gracias por el cuidado y el esmero con que los he tratado. ¡Así es que hacen unas ausencias de mí...! Mis huéspedes son hijos mios, porque yo no soy de esas que escatiman dos cuartos de aceite, que ponen todos los dias el mismo postre... No, señor; gracias á Dios, he recibido muy buena educacion de mis padres; porque, aquí donde V. me ve, pertenezco á una familia distinguida. Mi padre perdió su fortuna en las minas, y la casa vino á menos. Yo me casé: mi marido era brigadier; pero una pelindrusca le levantó de cascos, y me dejó abandonada; y aunque no me faltaron ocasiones de tomar la revancha, ¡ya se ve! educada en tan buenos principios, he preferido ganarme la vida á andar por ahí hecha una cualquiera. Así, pues, sin alabarme, no encontrará V. otra mas á propósito que yo.

—No lo dudo, señora; pero yo desearia una habitacion modesta.

—Precisamente tengo dos cuartos interiores que se han desocupado ayer; y no crea V. que por ser interiores son malos. El último que ha estado en uno de ellos era un canónigo de la catedral de Sevilla. Ya sabe V. que los canónigos se dan muy buena vida, aunque es verdad que ahora andan, como quien dice, á la cuarta pregunta, por *mor* de la *gloriosa*. Pues bien: al marcharse me dijo: «Crea V., doña Cármen, que no me olvidaré del trato que me ha dado V.» Venga V. á verle.

El cuarto es una alcoba blanqueada, con una ventana alta que da al patio.

En él hay, á lo sumo, un catre, un colchon, una mesita de pino pintada de encarnado, un palanganero de hierro y un jarron y una aljofaina de peltre.

—No dirá V. que no es bonito.

—Un poco triste me parece.

—¡Cá! No lo crea V.; está cerca de la cocina, y la muchacha está siempre cantando.

—Vamos; en ese caso, me figuraré que estoy en un jardin y que vienen á verme los ruiseñores. ¿Y cuánto me llevará V.?

—¿Por supuesto que comerá V. en casa?

—¡Se entiende!

—¿Por la mañana chocolate?

—Lo que V. quiera.

—En mi casa es siempre el chocolate de ocho reales. No crea V. que lo tomo de cuatro ó cinco como en otras partes; le falta poco para ser soconusco. ¿Comerá V. á la española?

—Como V. guste.

—En ese caso, al medio dia, sota, caballo y rey. ¿O quiere V. principio? Aunque mejor cuenta le tendrá á V. comer con los otros huéspedes.

—Por supuesto.

—De esa manera estará V. mas distraido. Uno cuenta una cosa, otro otra; se establece cierta intimidad entre todos, y hoy por ti, mañana por mí...

—Sí, sí; yo soy muy sociable.

—Por la noche un guisado y una ensalada; lo que no quita para que si se le ocurre á V. pedir una taza de te...

—Bien está.

—En otras partes todo se toma en cuenta; pero yo no...

—Veo que es V. una joya, doña Cármen. ¿Y cuánto la he de dar á V. por eso?

—Tenga V. presente que si se pone V. malo, le cuidaré.

—Procuraré no ponerme.

—Si se le rompe á V. el gaban, si hay que pegar algun boton, eso lo hago yo todo.

—Bien, bien; pero, ¿cuánto he de dar á V.?

—Ya sabe V. que todo anda por las nubes.

—¡Ca! no, señora; yo he venido por el suelo.

—Sí; pero el aceite, los garbanzos, la carne son renglones... Y ahora con los consumos...

—Sí, ya sé; pero oígame V.: ¿cuánto me va á llevar?

—En fin, me dará V. 12 rs. diarios.

Pero por 12 rs. doña Cármen ó cualquiera otra de las amas de huéspedes de su índole se convierte para el forastero en una madre, en una hermana.

Aunque la han oido Vds. ponderar su orígen, preparar el efecto del precio de su hospedaje, y ha charlado por los codos, es una bendita de Dios.

A los pocos dias se establece entre ella y el huésped una verdadera intimidad que no traspasa las conveniencias.

Si ha venido á pretender, calma su exasperacion refiriéndole ejemplos de otros muchos que han tardado dos ó tres años en desengañarse; si estudia, le exhorta á aprovechar el tiempo; le perdona las escapadas á Capellanes; le espera muchas noches de Carnaval; en una palabra, lo comprende todo, lo disculpa todo; y si riñe á sus hijos, como ella los llama, es por su bien.

Se me dirá que no todas son así, que no son pocas las que esplotan á sus huéspedes...: es cierto; pero aun así se asemeja mas su casa al hogar de la familia que el *hôtel garní* de Paris y Lóndres.

Ademas, estas llevan en el pecado la penitencia; el egoismo, la codicia, no les deja vivir en la apacible calma de las que se parecen á la que he pintado antes.

Yo he conocido algunas como doña Cármen; yo las he visto velar á la cabecera de sus huéspedes enfermos con la solicitud de una madre; yo las he visto hacer sacrificios de consideracion para evitarles disgustos con sus familias; yo sé de algunas que han comprendido mejor que el mundo á sus huéspedes, cuando estos eran hombres de talento que luchaban con la indiferencia general, y los han ayudado á llegar á la realizacion de sus deseos.

¡Cuántos poetas aplaudidos, cuántos políticos que han ocupado despues elevadas posiciones, han debido el principio de su fortuna á sus patronas!

Pero aun hay mas: casi todos las han olvidado al verse en el apogeo; casi todos hasta se han negado á recibirlas en sus palacios, despues de haberles debido el pan de la pobreza, y, á pesar de esta ingratitud, apenas se quejan esas pobres mujeres.

A lo sumo, cuando oyen citar el nombre célebre del que fue huésped suyo, más como una satisfaccion que se proporcionan que como un esceso de vanidad, esclaman:

—¡Yo le tuve en mi casa cuando no tenia sobre qué caerse muerto! ¡A mí me debe una gran parte de su suerte!

Y continúan dando su casa y empleando sus ahorros con otros que á su vez harán lo mismo.

Tal es el tipo del ama de huéspedes.

Calumniada hasta ahora, me complazco en haberla presentado bajo el verdadero punto de vista que ocupa en la moderna sociedad.

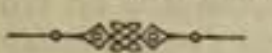
Julio Nombela.

EL ANIVERSARIO.

Llegan los años, y pasan,
Pasan, y llegan los dias;
Y la cadena de afectos
Que las existencias liga,
Ni se sabe dónde empieza,
Ni se ve dónde termina.
Hay épocas en el año,
Hay épocas en la vida,
Que con lazos mas estrechos,
Y con una union mas íntima,
Todos gozan suavemente
Del calor de la familia;
Y en rededor de una mesa,
Mientras el presente olvidan,
Recuerdan tiempos pasados,
Recuerdan pasadas dichas,
Y otros momentos iguales,
Y otras personas queridas.
Y en tanto los años pasan,
Y pasan con mucha prisa,
Y las personas de ayer
Acuden hoy á la cita,
Y en el salon del convite
Vuelven á encontrarse unidas,
Y el aura en torno sonrie,
Y alumbra el sol de la dicha.

Mas ese sol tan hermoso
Que nunca sin nieblas brilla,
Y hace brotar flores bellas
Que con su aroma nos brindan,
Pronto dará en el ocaso
El adios de despedida,
Y se secarán las flores,
Y quedarán las espinas...
Porque ha de llegar un año,
Porque ha de llegar un dia
En que, citándose todos,
Alguno falte á la cita;
¡Y en el salon del convite
Habrá una silla vacía...!
Pero ¡cuán bello es el campo
Que nuestra esperanza mira!
Si la muerte nos separa,
Nos junta la nueva vida;
Si abajo nos desunimos,
Nos uniremos arriba.
Valor, pues; y al separarnos
Con halagüeña sonrisa,
Citémonos para el cielo...
¡Que nadie falte á la cita!

JULIO ALARCON.



ECOS DE MADRID.

Se ha anticipado el otoño, y hace ya dias que apenas nos sonrie el sol. ¿Causará esa continua niebla la tristeza de nuestra alma?

Porque estamos tristes, muy tristes.

Vemos llegar la primavera con sus hermosos celajes, con sus verdes prados, con sus flores perfumadas, y no llena nuestra alma la alegría, porque nos falta algo.

Llega el verano, y parece que sus dias largos, sus noches de luna, van á ofrecernos sublimes espectáculos... van á brindarnos, á cambio del martirio, la suprema ventura...

Nuestra esperanza cae como las hojas en los primeros dias del otoño, y nuestra melancolía busca el invierno, porque en sus eternas noches la nieve y el frio reune en el hogar á la familia; y allí, hablando al amor de la lumbre del pasado y el porvenir, vuelve á brotar de la fe, que nunca se estingue, la esperanza que ha de sonreir en la nueva primavera.

Todavía nos quedan cuatro paredes y un poco de fuego para librarnos de la crudeza del tiempo. Pero ¿cómo evitar que hasta nuestro retiro alcancen los efectos de las pasiones que reinan y gobiernan en la sociedad?

Los desterrados vuelven al hogar; los prisioneros ven abrirse las puertas de la cárcel...; todo yace en suspenso; reina en nuestra alma el silencio del sueño; pero bajo las cenizas está la chispa; el fuego no se apaga bajo la nieve; la fe late en los corazones.

El anciano suspira esclamando: «¡Yo no lo veré!» En cambio el jóven piensa: «Mis fuerzas y mi entusiasmo se aumentan con la edad. Mañana seré mas útil que hoy.»

Cuando el veterano cae en la fosa para dormir el sueño eterno, la triste viuda hace entre sollozos jurar á su hijo que morirá por defender la herencia que le ha legado el muerto.

Ignoro la voluntad de la Providencia; pero sé que nuestros sentimientos no mueren jamás; son la imágen del tiempo: sonrien en mayo, dan frutos en agosto, se entristecen en octubre, parecen muertos en enero; pero todos los años tornan á sonreir.

Nuestra primavera puede formarse instantáneamente al impulso de una palabra; en el reposo mismo somos mas felices que nuestros enemigos.

Ellos creen... en el presupuesto.

Nosotros creemos en Dios, y lo esperamos todo de su justicia.

***

—¡Qué triste está Esperanza! direis.

—Es cierto.

—Pero ¿por qué?

—¡Si me fuera dado desahogar mis penas, abrir mi corazon...!

—¿Y por qué no...?

—Pues bien: siendo yo únicamente responsable de mis ideas y de mis palabras, os confesaré que hay momentos en los que se apodera de mi alma la mas profunda indignacion. Si oyérais hablar á los políticos de todos los partidos; si percibiérais lo que pasa en ese palenque de la ambicion humana que se llama *política*... Oid á los progresistas... aduladores de la dinastía que han exaltado al Trono, apurar el lenguaje figurado para ponderar un entusiasmo que, si fuera cierto, se prestaria á tristísimas consideraciones. Pero esos mismos hombres elevan ó deprimen al jefe que han nombrado segun le ven dispuesto á echarse en sus brazos ó á buscar el apoyo de los conservadores.

—D. Amadeo va á Logroño á ver al duque de la Victoria, porque se propone reorganizar el antiguo partido progresista, dice uno.

Todos le elogian, y huyen de los demócratas.

—Para octubre habrá un ministerio de fuerza. Serrano tendrá la presidencia, Caballero de Rodas entrará en Guerra, Topete en Marina; Cánovas y Rios y Rosas formarán parte de él.

—¡Al fin, Rey! esclaman los progresistas: todavía no se ha criado á un cuervo, que no saque los ojos.

Y entonces se oye decir: «Ruiz Zorrilla y los suyos se harán republicanos.»

Y los republicanos, ante la idea de llevarse al partido progresista, aceptan sus promesas, y les dan en cambio saludos y vítores para la monarquía viajera.

Unid á este desbarajuste, á este estado de perturbacion moral, el egoismo, el utilitarismo que se ha apoderado de todos, y comprendereis por qué unos cuantos juegan con la nacion, y por qué no hay mas remedio á nuestra enfermedad que un terrible sacudimiento.

El escándalo impera.

¿No habeis leido en algunos periódicos la noticia de que un eclesiástico, despues de renunciar á la Religion católica, ha contraido matrimonio?

Pues de esto se ha hablado en todas partes, y muchos diarios liberales han sentido la satisfaccion de un inmenso goce.

¿No habeis sabido lo que ha pasado en la cárcel del Saladero, donde, segun de público se dice, se inventaban las estafas mas ingeniosas, y los presos, con su producto, entretenian sus ocios, teniendo una verdadera banca, que ha sido sorprendida por la autoridad?

¿No os habeis enterado de la vergüenza que ha tenido que soportar el famoso republicano francés Julio Favre, teniendo que confesar, él, severo moralista en público, que ha sido adúltero durante quince años, y que ha tenido que recurrir á penables falsificaciones para dar á sus hijos la legitimidad que no tenian?

¿Y no habeis sabido, por último, que, despues de esta confesion que el Código de todos los pueblos pena con la cadena de presidiario, el ex-ministro ha sido absuelto, y su acusador condenado?

Esta perturbacion, esta inmoralidad, este caos que corroe las entrañas de la sociedad, es bastante para entristecer á cuantos, por vivir en el incendio, podemos perecer abrasados.

Sí, mis buenas lectoras; estoy triste, muy triste, porque tarda el momento de la regeneracion.

¡Qué inmensa gloria podia alcanzar España!

Aquí, donde no penetró la chispa protestante cuando incendiaba á Alemania y á Francia; aquí, donde el espíritu católico fue siempre heróico y vencedor, y hoy, bien guiado, triunfaria de todos los obstáculos; aquí, donde el apartamiento en que estamos de Europa nos favorece tanto; aquí podia empezar la reaccion saludable; aquí podia conservarse para el mundo, como se conservó en Covadonga para España, la santa bandera del cristianismo, en tanto que en el corazon de Europa riñen la inevitable batalla el socialismo y la propiedad, el ateismo y la fe.

¡Ah, mis buenas lectoras! Figuraos que España, legítimamente gobernada, devuelta al catolicismo, y llamando á su seno á todos los elementos sanos de Europa, pudiera con su impulso levantarse sobre las ruinas de las naciones ateas, y contribuir á restaurar en ellas las venerandas instituciones destruidas por la revolucion. ¡Qué inmensa gloria!

Y nada mas factible. La España católica, que soporta indiferente las comedias que representan sus enemigos, estimulada por una gran idea, guiada por un gran príncipe, se levantaria, impulsada por un solo latido...

Perdonadme estas digresiones: os he tomado tal cariño, que cuando escribo para vosotras pienso alto, y traspaso los límites que me están marcados.

A pesar de todo, yo tengo fe, yo creo, yo espero... ¡Ah, sí! la voluntad de Dios es siempre justa.

***

El ilustrado y virtuoso eclesiástico don Vicente de Manterola, á quien con tanta saña observan, ó, mejor dicho, pretenden observar los corresponsales de los periódicos, ha dirigido á algunos un comunicado, desde Ginebra, desmintiendo cuantas noticias han publicado, y recordándoles ciertos deberes de caballerosidad.

Mientras suponian en la frontera al señor Manterola, convertido en un conspirador formidable, se hallaba en Ginebra restableciéndose de una penosa enfermedad, y consagrando sus ocios á trabajos científicos, políticos y literarios que muy en breve empezarán á ver la luz.

Todas las noticias que los diarios liberales dan de nuestros asuntos, son por el mismo estilo.

Pero somos su remordimiento, y no es estraño se preocupen tanto de nosotros.

***

Con este número reciben nuestras suscritoras un *facsímile*, grabado en madera, del Relicario que hemos ofrecido en su nombre á Doña Margarita.

La historia de la reliquia ya la sabeis; regalada al ilustre conde del Prado por el Papa Gregorio XVI, su hija la señora condesa ha querido ofrecerla á la augusta princesa.

El Relicario es de plata cincelada, y por su forma se asemeja al que en la Capilla real de Madrid servia para guardar uno de los clavos auténticos de la crucifixion del Señor.

Doña Margarita ha agradecido en estremo vuestro obsequio, que, bendecido, ocupa ya un lugar preferente en la capilla del Bocage.

***

Con el número próximo se repartirá un retrato en litografía de D. Cárlos. Está copiado de una fotografía muy reciente, y es de gran parecido.

Os lo regala la empresa de este Album como una muestra de gratitud por el aprecio que la demostrais. El regalo del próximo trimestre es un grupo, en el que aparecen SS. AA. D. Jaime y Doña Blanca jugando con un hermoso perro de Terranova, que estiman mucho los Duques de Madrid. El grabado ha sido hecho por Paris, y estoy segura de que os agradará.

ESPERANZA.

MADRID, 1871.—Imprenta de *La Esperanza*, á cargo de D. A. Perez Dubrull, Pez, 6.



LA MARGARITA.

ALBUM DE LAS SEÑORAS CATOLICO-MONARQUICAS.

AÑO I. 24 SETIEMBRE 1871. NÚM. 26.

POLÍTICA FEMENINA.

UNA TEMPESTAD DE VERANO.

Debia en este número continuar la serie de artículos que os he prometido, mis queridas lectoras, para estudiar con vuestra ayuda la cuestion importante de los espectáculos públicos.

Pero hablaros en estos momentos de diversiones, me ganaria la nota de inoportuno.

Dias atras recordaba un amigo mio, de esos que para todo tienen su cuento preparado, lo que acaeció en las Cortes de Cádiz cuando Angulema bombardeaba la ciudad.

Hallábanse reunidos los diputados esperando de un momento á otro que una granada ó una bomba convirtiese en escombros el edificio, y en aquellos instantes críticos se le ocurrió á un padre de la patria presentar y apoyar una proposicion pidiendo que se prohibiese á los maestros de escuela emplear los azotes para castigar á los niños.

Sus deseos eran angelicales; pero hablar de azotes cuando las bombas encendidas cruzaban el espacio, indicaba un candor del que me acusaríais si yo estudiase con vosotras el mejor medio de utilizar las manifestaciones del arte en los espectáculos públicos para moralizar la familia, cuando desde hace dias vivís á una temperatura de 40 grados y oís conversaciones en las que las palabras se asemejan al hierro que la fragua enrojece.

Inútil es disimular.

Todos hemos sufrido un fuerte sacudimiento; todos nos hemos ofuscado; la fiebre se ha apoderado de nosotros, y en medio de esta agitacion, no es posible pensar en mañana.

¡Hoy! Hé aquí lo mas apremiante.

Por lo tanto, mi deber es hablaros de hoy, calmar la agitacion que os han comunicado, levantar vuestro espíritu no abatido, sino trastornado, recorda-

ros que la fe y la esperanza son nuestro patrimonio, que la caridad es nuestra virtud.

Hoy es mas necesaria que nunca vuestra poderosa influencia; hoy es cuando teneis que desplegar todas las cualidades que os reconocemos; hoy es cuando debeis hacer la luz en torno vuestro y decir á los hombres: "Sobre vosotros está la Providencia: respetad sus designios, y acatadlos."

Declararé sin rodeos que no seria mi pluma la mas á propósito para ofreceros dulce consuelo; respeto todas las resoluciones que emanan del supremo poder que reconozco en la tierra, y obedeciendo todas sus órdenes, dispuesto como el primero á sacrificarlo todo en aras de la obediencia y del amor, no puedo menos de pensar que los miembros podridos no se curan; hay que cortarlos para que no inficionen á los sanos.

Esta humilde espresion de mi creencia os probará que no soy el mas apto para ofrecer calma á la agitacion, por mas que no se estinga la fe que llena mi alma.

Pero una feliz casualidad me ha proporcionado dos cartas, las dos escritas con mano femenil, y al reproducirlas, cometiendo quizás una indiscrecion, voy á conseguir informaros de todo lo que sucede, y demostrar que el entusiasmo de nuestros amigos tiene algo, tiene mucho de sublime.

De la antigua, de la gloriosa España, no quedan mas que unos hombres: los carlistas.

Leed las cartas, y sentireis al ver la última una inmensa felicidad, yo os lo aseguro.

La primera es muy corta; la señora que la ha escrito se retrata en ella: vosotras la juzgareis. Dice así:

«Mi querida amiga: Grande fue mi alegría cuando la casualidad, despues de habernos reunido en el colegio, volvió á renovar hace tres años nuestra amistad por defender nuestros esposos la misma causa.

»El mio no halló, en medio del caos revolucionario, mas salvacion que el triunfo de los carlistas; y aunque por su importancia habia ya figurado, se dió con alma y vida á la causa.

»Pudo muy bien aceptar la revolucion, y mejorar de posicion en ella; pero todo lo sacrificó al triunfo del catolicismo, del órden y de la legitimidad.

»Desde entonces ha trabajado mucho, y bien sabe Dios que nos hemos atrasado bastante. Durante este tiempo le han hecho proposiciones brillantes; pero ¡nada! Yo estaba entusiasmada; me acuerdo de tus conversaciones: ¡qué fe la tuya! ¡qué entusiasmo! Al oir á tu esposo, me figuraba yo que al dia siguiente era nuestro el triunfo... Pero, amiga, han pasado tres años, y, como dice mi marido, hay demasiada buena fe en vosotros. Se sabe todo lo que pensais, todo lo que haceis, y abrigais en vuestro seno á las serpientes sin conocerlas, sois palomas sin hiel, y no sabeis conspirar. Ya ves: ¡tres intentonas, y ningun resultado! Luego luchas entre vosotros... Vamos, es cosa concluida. Así es que mi marido ha resuelto retirarse á la vida privada: veremos si puede conseguir que le devuelvan su cesantía, aunque sea jurando la Constitucion; y como tenemos hijos, si lo existente se consolidase, que me parece que sí, puede ser que acepte alguna posicion, no por otra cosa sino por contribuir, como él dice, á sostener el órden. Todas las personas honradas deben asociarse con este fin, sin reparar en sacrificios.

»Te cuento todo esto porque te quiero, y para ver si escarmientas en cabeza ajena. Tu marido es un santo; teneis mucha familia, y debeis pensar seriamente en vuestro porvenir. Aunque te quite una ilusion, te digo que, segun se han puesto las cosas, nuestros nietos podrán quizás ver el triunfo... ¡Lo que es nosotras...! Ya sabes que te quiere tu amiga...

»*P. D.* Si conservas la carta en que te suplicaba que indicases á la persona aquella lo mucho que me agradaria obtener la banda consabida, devuélvemela... Pudiera perderse, y en nuestra buena amistad supongo que con placer me evitarás un disgusto, tanto mas cuanto que mi marido no sabe que te escribí, y se sulfuraria.»

A esta carta ha respondido con la siguiente la amiga de la señora tránsfuga:

«¡Válgame Dios, mi querida...! ¡Qué pena me ha causado tu carta! Cualquiera pensaria que, tanto tú como tu marido, estábais esperando algo mas que el órden y la paz. Aunque fuera verdad lo que me dices, que no lo es, la caridad debia impulsaros á no abandonar á los desvalidos. Por fortuna, querida mia, hoy tenemos mas fe y mas esperanza que nunca.

»No te ofendas por lo que voy á decirte; pero siempre me figuré que tú no echarias

raices entre nosotras. Hablabas demasiado de las esposas de los diputados, de los gobernadores y de los ministros. Criticabas á las que, despues de casarse, se encerraban en su casa con sus hijos, y desaparecian del mundo; deseabas tener coche: en fin, eras un poco esclava del *quiero y no puedo*... ¿Habrias tú mantenido la fe pura durante cuarenta años, como mi pobre madre, que, despues de haber perdido su fortuna: despues de haber perdido dos hijos el 48 y de haber visto á su esposo en capilla para ser fusilado, al morir esclamaba: «Solo »siento morirme porque no voy á poder »gritar *¡Viva Cárlos VII!* cuando vengan »los Reyes.» ¡No, hija mia, no! Tres años, en los que ha ganado tu marido importancia figurando en un partido que tiene vinculada la honra de España; en los que no has tenido que sacrificar mas que un poco de paciencia, te impulsan á marcharte. ¡Bendita de Dios vayas, que lo que nosotras necesitamos es quien haga sacrificios, quien lo dé todo por el triunfo de la causa! Me alegraria de que vieses á mi marido estos dias. Yo creia quererle todo lo posible, pero me equivocaba: hoy le quiero mas que ayer, mas que nunca. ¿Y sabes por qué? Pues escucha, y lee mi carta á tu esposo, para que aprenda.

»Cuando todos esperaban próximo el momento de dar su vida por la Religion, por la Patria y por el Rey, llega una noticia que conmueve hondamente aun á los mas fuertes. Quien puede, ordena que se suspenda el movimiento, y entonces el esfuerzo contenido se desahoga formulando conjeturas, buscando esplicaciones y exhalando ayes de dolor.

»Mi casa ha sido estos dias un jubileo.

»Llegaban dos ó tres á hablar con mi marido.

—»Ya sabes lo que pasa.

—»Sí.

—»Estamos hundidos.

—»¡Por supuesto...! No es buen carlista quien tal piense.

—»Pero, hombre, cuando todo estaba preparado, cuando la ocasion...

—»Hijos mios... nuestra mision es obedecer y respetar las órdenes de quien puede darlas.

—»Pero, ¿y si hay consejeros á quienes no conviene...?

—»¡Cómo se nos va pegando el liberalismo! Desengañaos, amigos: solo la fe puede salvarnos; no hay que desmayar. Desconocemos las razones que han motivado la determinacion superior, y no está dentro de nuestros principios pedir esplicaciones.

—»Pero si nosotros, que estamos aquí, vemos lo que algunos pueden tener interes en ocultar, creo que debemos proclamarlo muy alto.

—»¡Os ofuscais...! ¿Por ventura nos abandonan? ¿Nos encargan siquiera que desistamos? Bueno y santo que la impaciencia nos devore; es natural, y esto demostrará nuestro temple; pero entre tanto pensemos una sola cosa: obedezcamos sin replicar, permanezcamos firmes en nuestras creencias, no culpemos á nadie... y estemos preparados.

—»Pero...

—»Nada... nada... Obediencia y fe inquebrantable en los santos principios.

»Apenas salen unos, entran otros á ver á mi marido.

—»Los periodistas son los que nos matan, le dice uno. ¡Ya se ve! como defendiendo al partido tienen muchas suscriciones, y cuando triunfemos se han de quedar *aspergis*, no quieren.

—»Ellos contribuyen; pero los peores son los que esperan que se desmorone el edificio, como si eso fuera posible.

—»Desengáñese V.; los neos, los neos son los que tienen la culpa.

—»Los peores son los diputados. Como pueden darse tono, y codearse con los ministros, y hacerles recomendaciones por debajo de cuerda...

—»Y los abogados armarse con los pleitos de los carlistas.

—»Hemos criado cuervos.

—»¡No, pues como yo descubra la verdad...!

»Estas y otras lindezas por el estilo echan por esa boca los que se olvidan por un momento hasta de lo que se deben á sí mismos. ¿Y crees tú que mi marido se apura? ¿Crees que desmaya? Habias de verle cómo se pone.

—»¡Aun cuando fuera cierto todo eso, que no lo es, esclama, al hablar de ese modo dejais de ser buenos carlistas! No, y mil veces no. A nuestro lado no puede vivir la canalla, y canalla serian los que quisieran sacrificar el partido para vivir á sus espensas. Lo que sucede es que hay que quitar de nuestro campo la mala yerba; que es necesario que se vayan los traidores. Cuando ha dispuesto quien puede, que nos estemos quietos, y espera que por esto se irán algunos, debíais comprender que la medida ha sido dictada por un principio de alta sabiduría. ¿Qué apostais á que dentro de poco cantais el *mea culpa*, y no sabeis dónde poner á nuestro Príncipe? Los que han sido descubiertos, los que nos engañaban, no pueden menos de querer dejar la discordia en nuestro campo. ¿Quereis vencer? Pues obediencia, obediencia y obediencia.

»En fin, querida mia; los que ven á mi marido se van contentos, y con mas entusiasmo que nunca. Con sospechas, con desconfianzas, con investigaciones insidiosas, no haremos nada. Por eso nos alegramos de que los tornadizos se marchen. Nosotros estaremos en la brecha, siempre esperando, siempre creyendo en que sin la legitimidad no hay salvacion para España, siempre

dispuestos á obedecer, siempre dispuestos á devorar á los traidores, cualquiera que sea la forma que tomen. Si pasan años, yo enseñaré á mis hijos á amar á D. Cárlos y á D. Jaime; y si mis hijos no le ven en el Trono, enseñarán á los suyos á amar al Rey legítimo, y espiraremos gritando siempre: *¡Viva el verdadero Rey de España!* dispuestos á sacrificar hacienda y vida.

»Hé aquí lo que somos los carlistas... Adios.»

***

Esta carta revela el verdadero espíritu que nos anima. Y vosotras, mis buenas lectoras, dignas compañeras de la que escribe como habeis visto, debeis recordar á los que se quejen, á los que duden, á los que desesperen, estas pálabras que ponen término á la real órden de D. Cárlos:

"Díles que la verdadera ocasion se acerca, y mucho, y que ese dia debe encontrarnos *fuertes, unidos y vigilantes.*"

JUAN DE LUZ.

CUADROS VIVOS POLÍTICOS

Y SOCIALES.

—

El matrimonio bajo dos puntos de vista.

¡Se ha hablado tanto ya sobre el matrimonio! ¡Y, sin embargo, apuesto cualquier cosa á que todas las solteras leen con gusto el título de este artículo!

Pero no todas piensan sobre él del mismo modo.

Vengan Vds. conmigo á un gabinete ricamente adornado, en el que se encuentran reunidas, á cosa de las cinco de una tarde lluviosa, cuatro jóvenes de diez y seis á veinte años, de las que van muy á menudo á la Castellana y al Real, y de las que viven en la esfera llamada *del buen tono.*

Tres de ellas son amigas de la mas rubia, que es la señorita de la casa, y como no han podido pasear por la pícara lluvia, han ido á pasar la tarde en su compañía.

¿Qué pueden hacer cuatro jóvenes que se ven solas en un elegante gabinete?

¡Soñar! diria un poeta.

¡Murmurar! esclamaria un filósofo moderno.

La filosofía se va acercando á las matemáticas, pero aun no llega.

—¡Qué deliciosas noches hemos pasado! dice una.

—Yo no he perdido un solo baile.

—Pues lo que es yo, no he perdonado un solo wals.

—¡Bailar es vivir!

—¡Cómo se cambian las ideas! Cuando yo estaba en el colegio y leia á hurtadillas las cartas de Abelardo y Eloisa y las novelas que nos llevaba *de ocultis* el primo de Consuelo, todo mi afan era encontrar un Abelardo.

—Lo mismo me pasaba á mí.

—Ser Virginia y poseer un amor como el de Pablo, ¡qué felicidad!

—Vivir entre las flores, oir todas las noches á la misma hora los gorjeos del ruiseñor...

—Fijar los ojos en un lucero, y adivinar en su brillo el reflejo de la mirada de un hombre amado.

—Adorar en silencio la flor marchita que recibimos de sus manos.

—Preguntar á las flores si seríamos amadas. ¡Oh cuánta dicha!

—¡Qué dulcísimos sueños!

—¡Bah! ¡Eramos mas tontas!

—Tienes razon.

—Cuánto mas vale probarse un rico traje, leer *La Moda Elegante*, adornarse con un aderezo de Pizzala, hollar la blanca alfombra de un salon, bailar un wals y estrenar un sombrero microscópico, que no cruzar el campo, donde hay bichos; que no formar ramos de flores, cuyas espinas punzan.

—Cuánto mas vale casarse con un hombre de posicion, ó que figure, que no adorar á un Pablo cualquiera, pobre, descalzo, con un traje de rayas blancas y azules como las que tienen los negros en las láminas coloreadas.

—Desengañaos: el amor solo existe en la imaginacion algun tiempo. Despues que pasa este arrechucho, hay que buscar un entretenimiento, y los bailes, la moda, las visitas, las escursiones al campo, la etiqueta, los viajes veraniegos, las novelas en accion, es nuestro único recurso.

—¡Cada vez que pienso que he podido amar algun tiempo á un poeta que ni aun podia vender sus versos, porque nadie los compra ya, segun parece...!

—Tiempo perdido.

—Nada, chicas: es preciso casarse para gozar del mundo, como hacen otras.

—Para poder vestirnos de terciopelo.

—Y hacer los honores de la casa con nuestra proverbial finura, como dicen los gacetilleros.

—Entre los aspirantes á mi mano, hay uno á quien estima mucho mi familia. Es rico, y está metido en política; y lo que papá dice: si triunfan los suyos, le harán embajador; y eso de ser embajadora es muy bonito.

—¡Yo lo creo! ¡Ojalá mi primo Pepe imitara el ejemplo de tu futuro! Pero, como es

rico, no hay quien le saque de los picaderos.

—¡Vaya un mal! Te convertirás en amazona.

—Aun cuando nos casemos seremos muy amigas: ¿no es verdad?

—¡Hasta la muerte!

—Nos contaremos lo que nos pase.

—Y cuando sea preciso, nos uniremos para espiar á nuestros maridos.

Ahí teneis cuatro jóvenes labrando su desdicha futura.

En esto entró un criado, y anunció lo que se anuncia todos los dias á las seis ó las siete: que la sopa estaba en la mesa.

Las cuatro amigas se sientan á comer, y, lo que es mas, comen.

Hé aquí una cosa que no se hubiera creido en los tiempos en que hacia furor la célebre comedia de Gorostiza: *Contigo pan y cebolla*.

Como las comedias de magia están de moda, no estrañareis un cambio de decoracion.

Dos amigos, el vizconde de A. y otro jóven cuyo nombre no hace al caso, se hallan en el saloncito de la repostería del café Suizo, á cosa de las doce de la noche, saboreando cada cual una racion de lengua á la escarlata, con su correspondiente Burdeos.

Por una rara casualidad, que estrañará muchísimo á los que asisten á esta hora al indicado café, mis dos héroes no murmuran, hablan; pero como la conversacion es tan caprichosa, habiendo comenzado con varios comentarios sobre la próxima esposicion, va á parar...

¿A dónde? dirán mis lectores. Nada menos que á ocuparse con seriedad del matrimonio.

—¿Conque nuestro amigo Luciano se casa? pregunta el vizconde.

—Eso me han dicho.

—¡Ya es pájaro de cuenta! ¡Se sale con la suya! Hará dos años que en este mismo sitio proclamó en alta voz que no se casaria hasta que no encontrase una mujer con un millon lo menos.

—Y su futura, ¿es millonaria?

—Dos ó tres veces.

—Le compadezco.

—¿Está V. en su juicio?

—Me parece que sí.

—¿No es el dinero el rey del siglo?

—Por eso nos domina.

—¡Vamos, que un milloncejo no viene nunca mal!

—¡Cuando viene solo!

—Por lo que veo, ¿es V. enemigo del matrimonio?

—No, señor; soy acaso uno de sus mas entusiastas partidarios.

—Lo que yo creo es que es V. un enigma.

—Me esplicaré: si hallase V. una mujer con un millon, ¿se casaria V. con ella?

—¡Ya lo creo! sobre todo si el millon era de duros.

—¿Aun cuando no la amase V.?

—¡Hombre! siempre se ama á una mujer rica.

—El dinero cambia de manos, y la mujer no debe cambiar; ¿no es esto?

—¡Ya lo creo!

—Pues ahí tiene V. uno de los peligros de los que buscan dote en la mujer antes que nada.

—Las ideas de V. son muy antiguas.

—Pues á mí me parece que son las mas modernas. ¿No es el negocio lo principal en todo?

—Convenido.

—Pues, amigo mio, yo creo que el mejor negocio que puede hacer un hombre que resuelve casarse, es encontrar una mujer que le haga feliz, aunque sea pobre.

—Eso equivale á probar que dos son mas que veinte.

—¿Y quién le ha dicho á V. que no? Pero, volviendo á nuestro asunto, cuando usted busca á una mujer rica, ¿por qué la busca V.?

—Para aumentar mis bienes con los suyos, y hacer que nada falte en casa.

—¿Y quién le ha dicho á V. que la mujer no desea tambien, cuando varía de estado, mejorar de suerte?

—Las mujeres no entienden de esas cosas.

—En el dia sí: la economía política ha hecho muchos progresos. Cuando son ricas, acostumbradas á vivir en el fausto, al casarse desean mejorar; y con el pretesto de que sus bondadosos padres han añadido á su *trousseau* algunos títulos de propiedad, ó algunos treses; con pretesto de estas sumas, que depositan en poder del esposo, creen tener derecho á disfrutar de todo cuanto hay en el mundo, considerando los gastos de sus costosos caprichos ni mas ni menos que como réditos del capital que aportan. Si se defraudan sus esperanzas, hacen un mal negocio, y esto es lo peor que puede suceder al infeliz marido; si las realizan, en pocos años destruyen dos fortunas; resulta, pues, que es infinitamente mas cara una mujer millonaria que una mujer pobre.

—Eso quiere decir...

—Que las buenas esposas se hallan, como las perlas, escondidas, y que es preciso para adquirirlas sacrificarse un poco.

Era ya tarde, y Mayer, el mozo del café, despidió á los disertadores.

Ya hemos visto lo que se habla y lo que se piensa respecto de un asunto demasiado importante para echarlo en olvido.

¿Comprenden Vds. ahora por qué hay tantos matrimonios desgraciados?

Volveré á ocuparme de esta trascendental cuestion.

JULIO NOMBELA.

LA RUEDA DE LA FORTUNA.

Entre las educandas del colegio de huérfanas de militares fundado en Ecouen por Napoleon I, y dirigido por Mad. Campan, distinguíanse tres hermosas jóvenes, las mas bellas, las mas simpáticas, y las que mas unidas estaban por los dulces lazos de una amistad sincera y desinteresada.

Estas tres amigas se llamaban María, Clara y Hortensia.

Educadas en las ideas reinantes en aquella época, en que se proclamaban incesantemente los principios de igualdad, no se hacia en el colegio de Mad. Campan la menor distincion de clase, y la fraternidad que allí reinaba era para causar envidia á los mas acrisolados republicanos.

María era hija de un pobre alférez, ciego de resultas de una descarga que habia sufrido en las orillas del Rhin; Clara hija de un general á quien Napoleon habia convertido en príncipe, y Hortensia, hija tambien de otro general, tan ilustre por su valor como por los títulos y timbres de su familia.

En la época de los premios anuales, las tres amigas estaban siempre seguras de ser llamadas las primeras para recibir la corona, dando con eso su amistad mayor envidia á las que no podian igualarlas ni en inteligencia ni en sentimientos.

La amistad de las tres alumnas se aumentaba con los años, y el dia en que una de ellas se vió obligada á dejar el colegio, fue el dia mas amargo que vieron lucir entre los tilos de Ecouen las jóvenes pensionistas.

La que salia era María, la mas pobre, la hija del alférez ciego, que iba á consagrar su vida entera al cuidado del pobre enfermo, que se habia quedado viudo.

—Juremos, esclamó Clara tomando de la mano á sus dos amigas, que, sea cual fuere nuestro destino, nos reuniremos dentro de diez años en la verja de las Tullerías.

—Lo juro, respondió la tímida Hortensia con la dulzura de los ángeles; diez años, á contar desde este momento... ¿Lo cumplireis?

—¡Pues qué! ¿Te atreves á dudarlo, Hortensia? esclamaron á la vez sus dos compañeras.

Pero Hortensia, por toda respuesta, llamó á uno de los jardineros que cuidaban el jardin.

—Jorge, le dijo con solemnidad; ven á ser testigo de esta sencilla promesa. María, Clara y yo hemos prometido reunirnos de hoy en diez años, á las seis de la tarde, en la verja de las Tullerías.

María salió aquel mismo dia de Ecouen; y Clara, dos meses despues, para casarse, permaneciendo Hortensia otro año aun en compañía de Mad. Campan.

Diez años son un soplo para los dichosos; y si Clara, esposa de uno de los banqueros mas acaudalados de Europa, se lanzó al revuelto mar de los goces superficiales, del lujo y el despilfarro, sin freno ni medida, Hortensia, la preferida del Emperador, la ilustre dama, no veia en torno suyo mas que esclavos que se esforzaban en adivinar su voluntad.

Los diez años pasaron al fin: el reloj de las Tullerías dió las seis, y no se divisaba en la verja una sola persona. ¿Quién fia ya en la amistad?

Pero el camino se cubre de polvo; un magnífico carruaje, arrastrado por cuatro caballos, entra por la verja, y el lacayo, desplegando un estribo guarnecido de oro, aguarda á que baje una graciosa jóven, ricamente vestida, que va mirando á todas partes con inquietud.

Aquella gran señora era María; María, á la que la Restauracion habia devuelto los bienes que la revolucion le confiscara.

Una mujer aseada, pero que revelaba en su traje una decorosa miseria, se acerca á María, y despues de contemplarla algunos momentos con indecision, se arroja en sus brazos, derramando un torrente de lágrimas.

Era Clara.

Clara, la hija del príncipe, se encontraba arruinada; pero arruinada hasta la miseria. Su marido, despues de una vergonzosa quiebra, se habia fugado á Inglaterra, dejándola completamente abandonada.

—Ven, le dijo María estrechándola tiernamente contra su corazon; no me abandones jamás; en el colegio tú eras la rica, y me amabas; ahora me toca á mí recordarte la fraternidad de Ecouen.

—¿Y Hortensia? esclamaron á la vez las dos amigas.

—¿Sabes qué ha sido de ella? preguntó María exhalando un suspiro.

—¿Sabes lo que es ahora? añadió Clara dejando correr una lágrima de sus hermosos ojos.

En aquellos diez años, María se habia enriquecido, Clara estaba arruinada, y Hortensia lloraba en Alemania su penoso destierro.

En el momento en que las dos amigas iban á subir al carruaje, salió de entre los árboles el anciano Jorge, testigo del amistoso juramento.

—¡Señorita María, señorita Clara! les dijo con la misma familiaridad que si fuesen todavía pensionistas; aquí teneis el recuerdo de vuestra pobre amiga, añadió entregando una cajita á cada una.

Las dos jóvenes abrieron apresuradamente las cajitas que puso en sus manos el anciano Jorge.

En la caja de María se encontraba la mitad de la corona de Hortensia, Reina de Holanda y madre de Napoleon III, Emperador de los franceses; y en la de Clara la otra mitad.

Robustiana Armiño.

¡JA, JA, JA!

—

¡Y te ries de esa anciana,
Que haciéndose cruces va
Al templo tan de mañana!
¡Ja, ja, ja!
¡Y hasta de aquella señora
Que en traje nupcial está
Para unirse al que la adora!
¡Ja, ja, ja!
¡Y aun de esa niña inocente
Que, temerosa quizá,
Baja con rubor su frente!
¡Ja, ja, ja!
Mas ¿no ves que esa es tu hermana?
¡Que aquella es tu esposa ya!
¡Y que es tu madre esa anciana!
....

JULIO ALARCON.

ECOS DE MADRID.

—

¡El movimiento es la vida!

Digan lo que quieran, jamás ha habido mas animacion que estos dias en nuestro campo.

Hasta los impacientes, hasta los revoltosos, poseidos de la fiebre del deseo, mostraban claramente que nuestro partido, acusado por algunos de débil y enfermizo, lo que tiene es plétora de vida.

Hubiera yo querido que nuestro augusto Príncipe hubiese podido presenciar sin ser visto las escenas, y oido las conversaciones de estos dias.

¡Qué fiebre en las palabras! ¡Qué variedad de comentarios! ¡Qué sutileza y qué candidez para buscar esplicaciones! ¡Qué desaliento en unos! ¡Qué efervescencia en otros! Pero al mismo tiempo, ¡qué sublime y consoladora unanimidad para acatar la órden superior!

Despues de divagar; despues de echar algunos, como suele decirse, por esos trigos de Dios, una sola palabra bastaba para restablecer la disciplina.

—Señores, obediencia ante todo, decia uno.

—¡Eso sí!

—Union y vigilancia.

—¡Quién lo duda!

—En vez de perder las fuerzas interpretando lo que no nos incumbe averiguar, perfeccionemos los trabajos, dupliquemos los bríos.

—¡Eso... eso!

—El triunfo es nuestro, pero á condicion de que practiquemos la obediencia, la lealtad y la abnegacion.

Y se separaban los amigos estrechándose la mano con efusion, jurando fidelidad á los santos principios, y dominados por una reaccion de amor profundo al augusto príncipe.

Hasta los mas tímidos aspiran á ser héroes. ¡Oh! el partido carlista es y tiene que ser la admiracion de todo el mundo.

No me estraña lo que me han contado con referencia á la conversacion de un ministro:

—¿Conque están Vds. de enhorabuena? le decia un ministerial.

—¿Por qué?

—Porque han aplazado los carlistas su alzamiento... De esta hecha se dividen...

—No los conoce V. Lo que sucede es que han dado un paso para tomar carrera. El dia menos pensado caen sobre nosotros, y nos aplastan.

***

El folleto de Manterola ha llegado con una oportunidad que me atreveria á llamar providencial.

Ha sido el dulcísimo rocío que ha refrescado la acalorada atmósfera.

Con una sencillez, con una claridad y con un colorido encantadores, presenta los problemas latentes, los examina con una pureza de juicio admirable, los resuelve con el criterio carlista, contesta á todas las objeciones, destruye los torpes errores, y prueba con lógica irresistible que es necesario decidirse á apoyar á D. Cárlos, ó sufrir las consecuencias de *La Internacional*.

Leedlo, y recomendad su lectura.

Consuela y convence.

***

Os anunciaba en una de mis últimas revistas que doña Margarita habia estimado vuestro recuerdo.

La augusta señora se ha dignado remitir un autógrafo á la señora condesa del Prado espresando sus sentimientos hácia vosotras.

Mi buena amistad con la señora condesa me ha proporcionado la dicha de ver ese precioso autógrafo, y me atrevo á reproducirlo, porque de esta manera os proporcionaré una inmensa ventura.

Oid la carta:

«BOCAGE 28 de agosto.

»Estimada condesa del Prado: Recibe las mas sinceras gracias, y dalas en mi nombre á tus dignas compañeras por lo bien que habeis interpretado mis deseos.

»Yo os envidio el placer de haber socor-

rido personalmente á los carlistas necesitados; su amor y su agradecimiento es la joya que tengo en mas estima.

»Por eso guardaré agradecida la que me enviais; en ella leeré siempre los nombres de los pobres á quienes he podido hacer algun bien, y veré al mismo tiempo una prueba de cariño de las señoras españolas, á las que agradezco de todo corazon su delicado recuerdo.

»Siento que por mí te hayas privado del *facsimile* del clavo del Salvador, recuerdo de familia para ti. Eso le da inestimable precio á mis ojos, porque es el mayor testimonio de tu adhesion.

»Gracias de nuevo, y cree te aprecia tu afectísima

»MARGARITA.»

Despues de la lectura de esta sencilla espresion de los purísimos sentimientos de la Reina... de nuestro corazon, no puede menos de esperimentar el alma una inmensa felicidad, que solo puede formularse con esta frase: ¡Bendita sea doña Margarita!

* * *

¿Qué os parece el retrato de su augusto esposo que hoy os ofrecemos?

¡Qué majestuosa espresion en su varonil fisonomía!

Todos aseguran que está parecidísimo. Nuestro dibujante ha sacado la copia de una fotografía muy reciente.

Y á propósito: el fotógrafo Sr. Martí ha hecho ampliaciones de los retratos de los egregios Duques de Madrid; y su hijo, que es un escelente pintor, los ha iluminado al óleo, y ya sé yo de algunas familias que tienen en sus salones, en magníficos marcos dorados, los retratos de D. Cárlos y doña Margarita, de tamaño natural.



Para que se vea lo adelantados de noticias que están los periódicos liberales, os recordaré que entre las infinitas á cual mas absurdas que han circulado estos dias, ha sido una la referente á que D. Cárlos iba á abdicar en su hijo D. Jaime, niño de *trece años.*

Mas de veinte cartas he recibido llamándome la atencion sobre este *lapsus*, y pidiéndome que lo rectifique.

¿Para qué?

Nosotros, que vivimos de la vida de la augusta familia, sabemos todos los detalles que llenan nuestra alma de dicha. Nuestros adversarios sabrán tambien muy pronto lo que ignoran ó quieren ignorar.

* * *

Tengo noticias de Gratz muy recientes. S. A. R. el Príncipe D. Alfonso de Borbon y Austria de Este regresó felizmente de Gleichenberg, á donde fue con su jóven y dignísima esposa doña María de las Nieves, con el fin de tomar las aguas que á la salud de la Infanta convenian. Acompañó á la feliz pareja el anciano y respetable general D. Luis de García Puente.

Ocho dias han pasado en Gratz la ilustre señora de D. Cárlos V, tan amada por todos los legitimistas españoles, la esposa egregia de D. Enrique de Borbon, en quien cifran tantas esperanzas los franceses, y el señor Duque de Módena, enemigo implacable de la revolucion mansa ó fiera.

Lo que han tratado, no lo sé; pero hay quien asegura que no han perdido el tiempo.

La escelente Archiduquesa doña María Beatriz, madre de nuestros Príncipes y prototipo de princesas católicas, continúa, gracias á Dios, sin novedad, aunque sumamente delicada.

La señora condesa de Lopez, el Sr. Villavicencio, conde de la Constancia, el Padre Ruiz, el general Sacanell, el Dr. Cardona, y el Sr. Azcoaga, siguen tambien al lado de las augustas personas, á quienes han consagrado su mas acendrada lealtad.

* * *

Podria terminar mi artículo hablándoos de las tentivas de incendios internacionalistas, ó del inesperado baño que, segun cuentan, tomó D. Amadeo de Saboya á presencia de un crecido auditorio, y sin que estuviera anunciado en el programa de los festejos.

Pero no quiero *jugar con fuego*, ni hablaros de... *la mar.*

Vuestra

ESPERANZA.

MARGARITAS.

La política moderna tiene dos *datos*, que cree infalibles, para juzgar de la prosperidad de un Estado ó de su decadencia: el registro de nacimientos, y el de importaciones y esportaciones; yo preferiria la lista de comuniones pascuales, y el registro de las causas criminales.

* * *

Si se conocieran las tenebrosas intrigas de los gobiernos unos contra otros, hace algun tiempo, para perjudicarse y debilitarse recíprocamente, nos espantaríamos de sus resultados para los que han sido mas hábiles ó mas felices.

(BONALD.)

MADRID, 1871.—Imprenta de *La Esperanza*, á cargo de D. A. Perez Dubrull, Pez, 6.



LA MARGARITA.

ALBUM DE LAS SEÑORAS CATOLICO-MONARQUICAS.

AÑO I. 1.° OCTUBRE 1871. NÚM. 27.

POLÍTICA FEMENINA.

VARIACIONES SOBRE EL MISMO TEMA.

En los momentos críticos por que atraviesan de vez en cuando los partidos, es en donde se puede y se debe apreciar el espíritu que los anima.

Son la piedra de toque en donde se descubre el oro fino y el oro falso.

El hombre en esos momentos llega á ser, ó todo corazon, ó todo estómago.

Compréndase por estas indicaciones qué ancho campo habrán ofrecido á mi observacion los sucesos que durante los últimos dias han sido objeto de acalorados debates, de infinitos comentarios y de animadas conversaciones en el seno de nuestra comunion.

¡Si yo acertara á esplicaros todo lo que he visto y he oido...! Pero ¿acaso vosotras no habeis presenciado las mismas escenas?

Sucede en el partido carlista una cosa en estremo original.

Hay, por decirlo así, un molde moral, en el que la buena masa del pais se deja amoldar, y esto esplica el para algunos fenómeno de que los carlistas viejos de pura raza y los carlistas jóvenes que, al venir á nuestro campo, traen un alma pura, piensen y sientan de la misma manera y estén cortados por un mismo patron.

Nosotros, por fortuna, pertenecemos al elemento jóven; y decimos *por fortuna*, atendiendo á que la edad nos promete ocasion de ser útiles, y disfrutar de la felicidad con que el triunfo no lejano nos brinda; pero nuestra admiracion hácia los veteranos raya en delirio.

Es natural que esto suceda.

En primer lugar, se presentan á nuestros ojos con la triple aureola de la idea, del valor y de la constancia.

Cuando hallamos á uno de esos carlistas que rayan en los sesenta, que hicieron la guerra de 1833 á 1840, y de

1847 á 1848; que conspiraron en 1855; que en 1860 volvieron á la carga, y que, firmes en sus creencias, han resistido al halago, á la necesidad y hasta á la miseria, y hoy, despues de cerca de cuarenta años, solo están impacientes porque ven que la edad los empuja al sepulcro, y temen no poder ver en el Trono al Rey legítimo de España: cuando contemplamos á uno de esos mártires, dispuestos á todo género de sacrificios, lleno de fe y de esperanza, no puede el alma menos de sentir veneracion profunda, y vivísimos deseos de estrechar aquellas manos que interpretan los latidos de un corazon leal, de besarlas y de doblar la rodilla ante ellos, imágen viva de la majestad que representan.

Atribúyese á D. Cárlos el deseo de ver un dia reunidos en torno suyo á todos esos leales, verdaderas reliquias de patriotismo.

Los restos de ese ejército glorioso son los que, estimulando con su ejemplo á la juventud, han traido al partido carlista esa numerosa falange de jóvenes dispuestos á imitarlos, herederos de su fe, sin mas aspiracion que la de completar la obra de aquellos para adquirir una parte de la gloria que corona su frente.

Viejos y jóvenes están, pues, fuertemente identificados, y en los últimos dias se los ha visto *unidos, compactos* y *vigilantes*, recordando á los pocos que se abatian el cumplimiento de sagrados deberes.

El pasado y el porvenir influirán de una manera poderosa sobre el presente, que, á pesar suyo, tiene que adolecer de las enfermedades endémicas que reinan en España desde hace muchos años.

Si nuestros sentimientos, guiados por nuestra razon, no nos impulsaran á detestar el llamado *gobierno representativo*, la triste esperiencia que vamos adquiriendo nos demostraria que la felicidad de los pueblos consiste en que la ley, solo la ley, mande, y los ciudadanos obedezcan.

El libre exámen es la piqueta con que lo ha demolido todo el protestantismo.

Dándole cabida en nuestro pecho, nos herimos de muerte.

Por eso todos los buenos, inspirados en una misma idea, esclamaban:

—¡No nos toca juzgar: nuestra mision es obedecer!

¿Y cuál es el resultado que se ha obtenido?

Admira y llena el alma de esperanza: la reaccion ya se ha operado. La crísis momentánea ha separado los cuerpos estraños, que interceptaban la libre circulacion de la sangre, y hoy, recobrada por completo la salud, la fe es mayor, mayor el entusiasmo, mayor el brío.

¡Ah, sí...! el espectáculo es sublime: digan lo que quieran nuestros enemigos, nos envidian. Todos nuestros corazones responden á un solo latido, y con la rapidez de la electricidad, una palabra pronunciada por augustos labios llega á nosotros, nos calma ó nos agita.

¡Qué gloria para el soberano de un pueblo tan leal! ¡Qué felicidad para un pueblo que cumple de este modo sus deberes!

No lo dudeis, queridas lectoras; lucirá el dia que anhelamos, y lucirá pronto.

Nada hay que pueda quebrantar nuestro vigor; nada que pueda amenguar nuestra esperanza.

Aunque todos los medios humanos nos faltasen, vendrian en nuestro auxilio medios providenciales.

¿Qué es lo que queremos?

Fundirnos todos en el crisol de la verdad católica, y restaurar la hermosa unidad religiosa, á la que hemos debido toda nuestra gloria y nuestro poderío.

Volver los ojos á la purísima fuente del derecho, y buscar en la monarquía tradicional, en la monarquía cristiana, el punto de partida para progresar conservando, y conservar progresando.

Destruir los vicios, buscando en el

trabajo la armonía que produce la paz y el bienestar.

Pues sin esto no hay sociedad posible.

Para obtener este resultado, solo la abnegacion nos basta.

El egoismo seria nuestra muerte.

Por eso el instinto de conservacion nos hace generosos y lleva nuestros ojos á la Religion, al derecho y al trabajo, únicos elementos de regeneracion y de prosperidad.

Como ha dicho elocuentemente el ilustre Manterola, la nacion está enferma.

El enfermo se encuentra irresistiblemente en este dilema: ó se salva, ó se muere.

¿Quién ofrece los elementos de vida?

¿Quién ha sido la causa de la enfermedad?

Una de dos: ó está decretada la ruina de España, ó tendrá su regenerador en D. Cárlos.

Nuestra doctrina es la salvacion.

Por eso los carlistas, sorprendidos y desalentados ayer, han vuelto en sí, y hoy, no lo dudeis, *unidos, compactos y vigilantes*, aguardan una palabra.

Ya resuena en nuestro corazon y nos electriza.

Cuando sueneen nues tro oido, demostrará que la fe... trasporta las montañas.

JUAN DE LUZ.

CUADROS VIVOS POLÍTICOS
Y SOCIALES.

LOS EMPLEADOS.

Muchos gritos ha formulado la revolucion desde que anda enredando por el mundo.

Gritando ha conseguido formar el caos.

Si á fuerza de gritos nos fuera dado hacer la luz, yo desearia que gritáramos con todos nuestros pulmones:

¡Abajo la empleomanía!

¡Viva el trabajo!

Por de pronto, parecerá una contradiccion pedir que viva el *trabajo* y que muera la *empleomanía.*

—¡Pues qué! Querer ser empleado de la nacion, ¿no es querer trabajar? preguntarán mis lectores.

Si me lo preguntan en serio, me echaré á reir involuntariamente; pero si me lo preguntan en broma, ya es otra cosa.

Es preciso decir la verdad.

Salvas honrosas, pero pocas, escepciones, los empleados han sido y son los niños mimados de la fortuna cuando están los suyos, es decir, sus amigos, en el poder.

En cada seccion ó centro directivo hay uno ó dos hombres laboriosos, inteligentes, modestos, que asisten con puntualidad, que llevan en peso el negociado, que trasnochan en sus casas por cumplir; en una palabra: que se matan para ver, como premio de sus afanes, saltar por cima de ellos al sobrino de la favorita de un ministro, al hijo de un elector influyente, ó algun otro individuo de idéntico orígen.

Todavía dan gracias á la suerte porque no los dejan cesantes, aunque siempre están con el alma en un hilo.

Estos honrados empleados no suelen tener tiempo ni aun para pensar, razon por la cual no son políticos.

Los demas que se agitan en torno suyo, en vez de ayudarlos, se pasan el dia hablando mal del ministerio, recibiendo visitas, contando los sucesos de la crónica del dia al director, algunos emborronando papel para enviar sueltos á los periódicos contra las medidas que van á adoptarse, y que pueden obligarlos á trabajar.

Hay que ser francos; hay que decir la verdad: dos ó tres á quienes sus elegantes y perezosos compañeros ponen en ridículo, llamándoles como Vds. saben, despachan los espedientes que pueden, los demas huelgan, y la nacion mantiene á una porcion de señoritos, dándoles con el tiempo derecho á cesantía.

Tan sabidas son estas cosas, que hasta parece de mal gusto decirlas, por vulgares. Pero constituyen una grave enfermedad del Estado; son, por decirlo así, un humor de la sangre, y hé aquí por lo que yo recuerdo á los doctores del porvenir el tal humor, para que lo ataquen en su causa original.

Cansados estamos todos de saber los pasos que cuesta cualquier espediente; cansados de ver en las antesalas de los ministerios y de las direcciones á pobres pretendientes, á cesantes llenos de méritos, á hombres respetables, aguardando el momento de ver á un oficial ó á un jefe para pedirle algun informe, mientras el oficial ó el jefe conversan con tres ó cuatro amigos de la funcion teatral de la noche anterior, del lance de honor pendiente, de la buena ó mala calidad del tabaco, de la belleza de tal ó cual *suripanta.*

—Pase V. esta tarjeta al jefe, dice alguno cansado de esperar.

—Está muy ocupado; no puede recibir.

—Pregunte V. al menos á qué hora recibirá.

—Ahora está conferenciando con tres diputados.

Si al cabo de muchas súplicas entra el portero y sorprende á los amigos en alegre tertulia:

—¿Qué quiere V.? dice el jefe.

—Espera mucha gente á V. S.

—Que esperen, ó se vayan: ahora no puedo recibir; estoy ocupadísimo... en asuntos del servicio.

Estas tertulias cuestan caras á la nacion, porque despiertan en los jefes el deseo de tener amueblados con lujo, con esplendidez, sus despachos; y hace vivir á una multitud de personas en la impaciencia, gastando un dineral en las casas de huéspedes.

¡Quién no ha venido á Madrid á despachar un asunto en ocho dias y ha tenido que estar ocho meses!

—Desengáñese V., dice algun práctico; es necesario recomendacion.

—¿Para que mi espediente, que ya está despachado, vaya á la firma?

—¡Desde luego!

—¡Pues qué! ¿no se firma diariamente?

—Cuando está de humor el jefe.

—¿Y qué debo hacer?

—Alguna espresioncilla al oficial, ó á su esposa, ó á su hijo, ó á su subalterno.

Hay escepciones; pero la regla general es esta.

La clasificacion de un cesante, de una viuda, dura años. ¡Cuántas de las últimas han muerto de miseria mientras su espediente dormia en el pupitre de un empleado que hablaba de toros todo el dia, ó de música, ó salia dos horas á una cátedra, ó tenia permiso para administrar las casas de su protector, etc., etc.!

En una palabra: de todos los empleados de España, solo la cuarta parte cumplen su deber; esto prueba que con la mitad de los que hay habrá bastante, si trabajan, para que todo se despache al dia, para que los ciudadanos que les pagan tengan derecho á exigirles el cumplimiento de su deber.

Pero parece que me pongo serio, que hago un artículo de fondo, y no son esas mis pretensiones.

¿De qué elementos se compone el cuerpo de empleados, á quienes los periódicos y la opinion llaman *sanguijuelas del Estado*, ó presenta sentados al festin del presupuesto?

De una parte laboriosa, inteligente, sofocada bajo el horrible círculo de la centralizacion, mejor dicho, de la complicacion administrativa; de otra parte rutinaria, incapaz, sostenida por recomendaciones, y de otras dos partes de hombres y niños, ó ineptos, ó sin oficio ni beneficio, ó procedentes de todas las carreras, de todas las profesiones, por no querer trabajar, ó por saber que empleado de favor quiere decir vago autorizado.

Las palabras que empleo son duras; pero están en la conciencia de todo el mundo.

No en balde he vivido diez ó doce años en las fábricas de posiciones, sin haberme elaborado una de tantas: no en vano he luchado para hacer una profesion de lo que ha sido hasta ahora un medio; no en vano puedo asegurar, como lo aseguro, que antes de aspirar á ser un caso de la empleomanía buscaré en un trabajo corporal y oscuro el modo de atender á mis obligaciones.

Y cuenta, que no es mi ánimo enumerar aquí á los hombres que cultivan á un tiempo las letras y la política; en todos los que alcanzan una posicion brillante reconozco merito; lo único que lamento es que priven á las letras de su genio; porque las letras, educando el sentimiento moral de los pueblos, los preparan á la educacion política; pero como dan al pais lo que quitan á la literatura, comprendo y deseo que ocupen altas posiciones. Empleos hay en los que pueden ser útiles; lo que dudo es que sirvan *para todo.*

Repito, pues, que no aludo á una clase respetable para mí; porque ante el talento, como ante la virtud, bajo la cabeza. La empleomanía es otra cosa; la empleomanía es un gusano que poco á poco roe el cuerpo social; él ha contribuido poderosamente á la inmoralidad, á la relajacion de las costumbres.

—¿Has visto, decia en un pueblo la mujer de un labrador á su esposo; has visto al hijo del barbero? Le han dado un empleo en la provincia.

—¡Es claro! ¡Como que proporcionó cincuenta votos al diputado!

—Pues nuestro hijo Juan tiene mejor letra que él.

—Y lee de corrido.

—Ya ves si no era mas justo que le hubieran empleado á él.

—Déjate, que en las próximas elecciones yo le buscaré una proporcion.

—Harás bien: que nuestro hijo no ha de ser menos que el del barbero.

—Y que el del herrador.

—Y que el del alcalde; al fin, con vara y sin ella, ¿qué es mas que un tendero?

Y llegan las elecciones, y se presenta un diputado protegido por el gobierno, y ofrece destinos, y los electores votan.

—¿Sabes, decia otro marido á su mujer, que ya me voy cansando de cavar la tierra?

—¿Por qué no la arrendamos?

—¡Si yo pescara un empleillo...!

—Escribe á D. José: tú le proporcionaste veinte votos.

—Le pediré... ¿el qué?

—Un estanco.

—¡Cá, tonta...! Hay que pedir mas: la administracion de rentas.

—¡Si no entiendes de números!

—El hijo del sacristan es listo, y dándole una peseteja al mes...

Y pide la administracion, y la obtiene.

Resultado de esto: que los vanidosos, los holgazanes, los ambiciosos abandonan las labores del campo, las profesiones, los ofi-

cios, viven en los pueblos manteniendo una guerra horrible, perturbando la familia, dando que hacer á veces á los tribunales, ó los abandonan para ir á la capital; los de la capital, á su vez, sueñan con un empleo en Madrid, y dejan el patrimonio de sus padres en manos de los usureros, para venir á pretender, para ocupar á los diputados, á los ministros, para aumentar el número de vagos, de descontentos; y no es esto lo peor; lo peor es que dan su sufragio á personas desconocidas que pagan favores con destinos, que no hacen nada por la localidad ni por el pais, que tienen que obedecer á una consigna, que votan á ciegas y dan al pais leyes... leyes de las que solo diré, porque no quiero ni debo decir mas, que, á fuerza de estirar la elástica paciencia de los españoles, nos han traido al infierno en que vivimos.

No culpo á tal ó cual partido; todos han sido culpables hasta ahora.

Hago historia: no juzgo.

La empleomanía, pues, ha constituido un gran escándalo; ha minado sordamente los triunfos de las pasadas revoluciones; ha quebrantado los tornillos de la máquina administrativa; ha paralizado su impulso; ha insubordinado á la juventud, lanzándola por una senda que la ha llevado á la vejez política; ha gravado á la nacion con el presupuesto de clases pasivas, panteon donde ¡cosa estraña! los muertos sirven mas que los vivos; y ha secado las fuentes del patriotismo.

¡Muera, pues, la empleomanía; baje al sepulcro con lo que ha desaparecido; vuelva el labrador á labrar la tierra, el operario á su trabajo; que el empleado sea una rueda de la gran máquina; que todas las ruedas las muevan manos inteligentes; que desaparezcan de los despachos de los jefes esos libros horribles en donde cada empleado tiene al lado uno ó dos nombres de personajes que pueden producirle un ascenso ó una cesantía, segun los ministerios que se formen; que no se repitan escenas como las de aquel alto funcionario que respondia á una observacion de su oficial:

—Que escriban primero el oficio, y luego pondré yo la minuta.

Que no sea el presupuesto un estímulo de la pereza; que no digan los padres:

—Nuestro hijo ha sido un holgazan, ha perdido el tiempo: busquémosle un destino.

Que la juventud busque lejos del presupuesto los medios de vivir, al mismo tiempo que para la familia, para la patria!

Esto solo se conseguirá concluyendo con la *empleomanía*, y con la empleomanía solo puede acabar el *trabajo*.

JULIO NOMBELA.

BELLEZAS DE LA RELIGION.

—

LA FE.

Columna inquebrantable y poderosa,
Firme sosten del corazon sencillo,
Nave de la esperanza, luz hermosa
Que el pecho inundas con tu eterno brillo.

—

Faro inmortal que hácia el sublime puerto
Llamas al navegante; sol fecundo,
Que de sagrado resplandor cubierto
Disipas las tinieblas de este mundo.

—

Tú redimes el alma indiferente
Del malestar de que se mira esclava,
Y eres la misteriosa y viva fuente
Do la impureza del error se lava.

—

Tú das al corazon el fuego puro
Que sus pesadas sombras ilumina;
Tú formas el eterno y fuerte muro
Ante el que muda la razon se inclina.

—

Tú conviertes en flores los abrojos;
La tempestad, en plácida bonanza;
Tú disipas del pecho los enojos
Con la serena luz de la esperanza.

—

Tú dibujas estensos horizontes,
Rasgas de la impiedad el negro velo;
De las piedras menudas haces montes,
Y eres la escala que conduce al cielo.

JOAQUIN BARASONA.

LA HONRADEZ Y EL TRABAJO.

Juan acababa de esperimentar la mas pura, la mas inmensa de las felicidades, y, sin embargo, despues de haber gozado mucho, habia caido de pronto en un profundo abatimiento.

Juan era mozo de labor en casa de uno de los mas ricos hacendados de un pueblo de Castilla, y unido con una jóven aldeana, habia recibido de sus amantes brazos el mas preciado tesoro que puede ofrecer una madre al hombre que con su amor le ha dado el título de esposa.

Hasta este dulce instante no habia sentido Juan el torcedor de la ambicion; huérfano desde los primeros años de la vida, nada le habia faltado con su soldada; y las obligaciones de su estado, al casarse, no habian apenas aumentado sus gastos, porque su mujer era muy hacendosa, muy económica, y no perdia ocasion de contribuir, con los trabajos que desempeñaba, á aumentar los ingresos de su casa.

Ocupado desde el amanecer hasta la noche en las faenas agrícolas, descansaba el domingo; despues de oir misa, iba con varios amigos á casa del señor cura, el cual les enseñaba la doctrina bajo una forma amena; por la tarde reunia con su vihuela, bajo el emparrado de su casa, á todas las mozas y mozos del pueblo; al dia siguiente se entregaba de nuevo á las faenas, y así

pasaba la vida en paz y en gracia de Dios.

La honradez y el trabajo engendran en el alma la felicidad que otros buscan sin encontrarla por caminos enteramente opuestos.

Pero tuvo un hijo, y como Juan era hombre que pensaba, notó que para atender á las necesidades de su familia, para librar mas tarde de quintas al fruto de su amor, y para dejarle, lo mismo que á su madre, cuando él muriera, algo con que vivir, le faltaba mucho. Dominado por esta idea, comenzó á cavilar, buscando á toda costa los medios de hacerse dueño de un pedazo de tierra, de una casita, y por lo menos de una yunta ó un par de mulas, á fin de no vivir siempre sometido á un salario, y de ganar verdaderamente con el sudor de su rostro el pan y la felicidad de los dos seres que Dios habia puesto bajo su amparo.

Sus amigos notaron que, al llegar el domingo, no faltaba á la misa ni á las conferencias del señor cura; pero despues, en vez de tocar la guitarra y reunir á los mozos y mozas á la puerta de su casa, ó se iba á pasear por aquellos campos, ó se quedaba al lado de su esposa y de su hijo.

—Tú tienes algo, Juan, le decia su cariñosa compañera, que, entusiasmada con el precioso fruto de sus entrañas, vivia del presente, sin que empañaran el cielo de su vida las tristes sombras del porvenir; tú tienes algo, repetia, y haces mal en ocultármelo.

—No, mujer... esas son aprensiones.

—Será lo que tú quieras; pero la verdad es que desde que tenemos un hijo, en vez de alegrarte, has caido en una profunda tristeza.

—¡Vaya, que tienes unas cosas! contestaba Juan.

—¿Te pesa que Dios haya bendecido nuestra union?

—¿Cómo puedes creerlo?

—¿Hubieras preferido una niña?

—No, mujer... Doy muchas gracias á Dios, porque nos ha concedido un hijo que sea en la vejez nuestro consuelo.

—Pues entonces, ¿por qué estás triste?

—¡Si no lo estoy!

—¿Acaso has dado un beso á tu hijo?

—Es verdad.

—¡Mira, mira el angelito qué cara pone...! Parece que riñe porque no le haces caso.

Juan besaba la frente de su hijo, y al mismo tiempo dos lágrimas abrasaban sus ojos.

Pasaban algunas semanas, y Juan, á fuerza de cavilar, se iba quedando en los huesos. El médico del pueblo, que era muy campechano y le queria en estremo, notó lo que pasaba, y le llamó á su casa.

—Vamos á ver, le dijo: tú tienes algo, y vas á confiarme el motivo de tus penas. Un padre de familia debe conservar su salud para que nada falte á su mujer ni á sus hijos; y si en vez de cumplir este deber, te vas dejando, no serás útil á tu casa, y causarás el tormento de cuantos te rodean.

Estas reflexiones hicieron mella en su alma.

—¡Ay, señor! contestó: lo que me aflige es la idea de que no tengo nada mas que mi salario, y á cada instante pienso si yo cayese malo, qué seria de mi Antonia y de mi chico.

—¡Es decir, que te has dejado dominar por la aprension!

—No lo sé: lo que puedo asegurar á V. es que no duermo pensando en estas cosas.

—¿Te falta algo?

—Por ahora, no, señor, á Dios gracias.

—¿Te ha faltado algo desde que desempeñas con honradez y celo los trabajos que te encarga tu amo?

—No, señor.

—Pues ya ves: no tienes motivo para dudar de la Providencia.

—Es verdad; pero mi hijo me quita el sueño: los años pasan pronto; él crecerá, yo me haré viejo, y cuando mas lo necesitemos su madre y yo cumplirá los veinte años, entrará en quintas y se alejará de nosotros para servir al Rey. Si al menos pudiéramos guardar algo de lo que gano; si yo tuviera algunas tierras, una casita; vamos, yo echaria el quilo trabajando, y cuando llegase el momento del sorteo, no solo podria pagarle un hombre, sino que, entregándole mis bienes, le proporcionaria los medios de socorrernos en la vejez.

—Eso es pensar como Dios manda.

—Sí; pero ¿cómo adquirir un pedazo de tierra?

—¿No tienes nada ahorrado?

—No, señor.

—Sin embargo, voy á darte un consejo. En Madrid hay algunas sociedades que compran tierras, casas y aperos á los pobres como tú, se los entregan mediante una corta cantidad que les exigen en el acto de darles posesion de estos bienes, y despues les hacen pagar una cantidad todos los años, hasta que sin sentir se convierten en dueños de las tierras que labran. Las mismas fincas quedan hipotecadas al pago, y si no cumplen religiosamente los compromisos que contraen, las sociedades los despojan de los bienes que les han dado; pero el que hace este negocio con honradez y trabaja con celo, cumple y ve coronados sus deseos. Ahora bien: Juan, si tú quieres, puedes hacer que una de esas sociedades te compre algun terreno en los alrededores del pueblo, te construya una casa, te procure una yunta y los aperos indispensables: en vez de cavilar, trabajas, y en diez ó doce años te encuentras convertido en un labrador hecho y derecho. ¿Qué te parece mi consejo?

—¡Ah! me vendria que ni pintado.

—¿Y por qué no lo sigues?

—Porque no poseo nada, y V. me ha di-

cho que es necesario adelantar una cantidad.

—Sé que eres honrado y laborioso, te aprecio mucho y no tengo inconveniente en prestarte lo que necesites. Tendrás que trabajar mas, porque tus acreedores serán dos; pero...

—Eso seria lo de menos, si Dios me da salud.

—¿Conque quiere decir que aceptas mi proposicion?

—¡Con mil amores...! me vuelve V. la vida, y le prometo eterna gratitud.

La alegría volvió á pintarse en el rostro de Juan, porque la esperanza habia renacido en su pecho.

El médico escribió á un amigo suyo de Madrid; poco despues vino con Juan á la corte, arreglaron el negocio, y seis meses despues tomó el honrado aldeano posesion de unas cuantas aranzadas de tierra, muy bien cercadas, y de una casita en la que habia un par de bueyes y varios instrumentos de labranza.

Trabajando con incansable afan noche y dia, veia á un mismo tiempo crecer sus mieses, aumentarse su gallinero, poblarse su corral de animales propios para el consumo, y desarrollarse su hijo en medio de la felicidad que al lado de su esposa disfrutaba.

La bendicion de Dios habia caido sobre sus campos; su mujer era económica y trabajadora; le ayudaba en las faenas, iba á los pueblos inmediatos á vender los productos de su hacienda, y al fin del año podia pagar á sus dos acreedores, y dejar algo para comprar mas tarde un hombre que sustituyera á su hijo en el servicio del Rey.

Veinte años se pasaron, y cuando los cabellos de Juan y de su esposa empezaban á encanecer, ya no debian nada; conservaban á su lado á su hijo, que, educado con el ejemplo del trabajo y de la virtud, honraba á sus padres, habian aumentado sus tierras y provisto su casa.

Todo les sonreia, y despues de una vida laboriosa, les ofrecia la Providencia una vejez feliz, tranquila y desahogada.

Este cuadro risueño es uno de los efectos que produce el crédito dirigido por la buena fe y el amor á la humanidad.

Prestar al pobre los medios de enriquecerse con el trabajo y la honradez, es cumplir uno de los deberes mas nobles que ha impuesto Dios á los capitales reunidos.

Ahora bien, mis queridas lectoras: este cuadro risueño no lo vereis realizado hasta que *los oscurantistas*, como nos llaman, quitemos el crédito á los *zánganos* para dárselo á las *abejas*.—*X*.

ECOS DE MADRID.

Ante todo, permitidme que me desahogue. Son innumerables las cartas que ha recibido el editor del periódico manifestando que el retrato de D. Cárlos, ó ha sido escamoteado del número, ó inicuamente estropeado, sin duda por los que ni aun en efigie se atreven á mirar cara á cara al que está llamado, por ejemplo, á no consentir que se confie el sagrado de la correspondencia pública á consecuentes barricadistas.

«He recibido LA MARGARITA estropeada, dice una suscritora de un pueblo de Andalucía, el retrato mas que arrugado, y ademas con una mancha en la hermosa frente. No puedo esplicar á V. el disgusto que tengo con esto, pues hasta lágrimas he derramado, no sé si de sentimiento ó de ira; creo que de una y otra cosa.»

Otra suscritora de la provincia de Albacete nos dice:

«Acabo de recibir el núm. 26 con el deseado retrato del Sr. D. Cárlos VII, que una infame mano, ejecutora de infames pensamientos, ha rasgado vil y cobardemente.»

En estos ó parecidos términos se espresan las autoras de otras muchas cartas.

La administracion se ha apresurado á duplicar el envio.

Yo hago público el mísero procedimiento, porque retrata á nuestros adversarios.

Pero su afan es inútil: aunque se ensañen con el retrato, el original queda, y ese se vengará de los culpables perdonándolos y haciéndolos participar de la ventura que ofrece á España su legítimo triunfo.

***

Madrid se anima estos dias. Vuelven las familias que nos abandonaron para animar con su presencia las costas del Océano y los pintorescos pueblecillos de los Pirineos; los teatros abren sus puertas, y coincide con esto la reunion de los diputados en el Congreso.

Este teatro absorbe la atencion y perjudica á las empresas particulares.

En él vamos á ver representar una obra cuyo primer acto es cómico.

El segundo promete ser dramático.

En cuanto al tercero, hay quien sospecha que pueda convertirse en tragedia.

El ministerio homogéneo y las economías, que han vivido el verano favorecidos por el interregno parlamentario y el viaje de don Amadeo, van á presentarse ante sus jueces.

La eleccion del presidente es el final del primer acto de la comedia.

Yo me figuro la funcion.

—Aquí estamos, dirá Ruiz Zorrilla. Ya habeis visto que nuestra vida ministerial ha sido fecunda. Hemos nivelado el presupuesto á los ojos del pais; hemos hecho un empréstito que nos ha llenado de oro para matar unas cuantas trampillas, la *Porra* no ha dado señales de vida, el pais ha destilado por medio de los partes de la *Gaceta* un entusiasmo inconmensurable, y la dinastía democrática se ha apoderado del corazon

de los pueblos, representados por las autoridades, y se ha ganado las simpatías de los aficionados á los baños de mar; y por último, y esto es lo mas grande, hemos puesto una cadena de seda á la fiera del republicanismo, y con una amnistía y los buenos oficios de Olózaga y el Toison de oro para Thiers, hemos logrado que pase setiembre sin levantamiento carlista.

Pues bien: á pesar de todos estos méritos, el pais, simbolizado por sus representantes, pagará los desvelos del gobierno con la mas negra ingratitud.

Los federales esclamarán:

—El entusiasmo del viaje es nuestro: armen Vds. á los voluntarios, facilítennos Vds. los medios de que establezcamos la república, ó revelamos la verdad al mundo entero.

Olózaga dirá:

—Si los carlistas han estado quietos, yo soy quien debe recoger la gloria de este fausto suceso.

Las economías vistas de cerca producirán terribles desengaños en sus admiradores.

Llegará la eleccion del presidente, y entonces... ¡oh! entonces empezará á dibujarse el drama.

Los sagastinos, unidos con los froterizos, los zorrillistas con los martistas, darán lugar mientras se despedazan á que el elemento conservador se agrupe en torno de don Amadeo.

En este instante caerá el telon.

La orquesta ejecutará en el intermedio una fantasía sobre el motivo de la *polka del Cañon*, y al empezar el acto segundo...

¡Qué divertido seria todo esto si no costase caro el espectáculo!

Confiemos en que la Providencia llegará á tiempo á cortar el nudo para ofrecer un desenlace que satisfaga á los espectadores.

***

Mientras que aquí se preparan estos sucesos melodramáticos, las brisas de la vecina Francia nos traen noticias inconcebibles.

Doña Isabel ha reunido á sus amigos.

—Se trata de la reconciliacion de toda la familia, decian unos.

—No hay tal: es pura y simplemente una negociacion entre doña María Cristina y el duque de Montpensier.

—Acuden moderados á la cita.

—Y unionistas.

—Hay moderados que rechazan todo trato con el favorecedor de la revolucion de setiembre.

—En cambio otros aseguran que si no se llega á un acuerdo práctico, se harán conservadores de D. Amadeo.

—¡Esperemos la solucion!

La solucion ha venido.

¡Pobre doña Isabel!

Es verdaderamente lamentable la desdicha que pesa sobre la que fue Reina constitucional.

Algunos indican que su juicio se halla algo trastornado.

Tales consejeros tiene, que no seria estraño.

De todos modos apena su infortunio.

Si es cierto, como dicen, que ha delegado sus poderes de madre en doña María Cristina, y que desea el triunfo de su hijo con la legalidad existente, compadezcamos á la infeliz señora, que se ve obligada á renunciar á todo género de influencia sobre un hijo querido, y á entregarle á los derechos ilegislables de los revolucionarios de setiembre.

¡Cuánto debe sufrir!

Por lo demas, una sola voz se ha levantado en toda España al saber que se ha encargado de dirigirlo todo doña María Cristina.

Esa voz es el recuerdo de la historia contemporánea, es el resúmen de los treinta y siete años de discordia en que vivimos.

Este recuerdo y esta historia se sintetizan en un nombre: María Cristina.

***

Hablemos de otras cosas: de las Asociaciones de católicos, que, recogiendo en sus escuelas á los hijos de los pobres, les infunden los sanos principios de la Religion y cumplen el precepto sagrado de enseñar al que no sabe.

En todos los barrios de Madrid hay escuelas que dan resultados muy apreciables, y especialmente en el barrio de Salamanca, en donde los asociados despliegan un celo digno de los mayores elogios.

El domingo anterior se verificaron los exámenes, y los niños dieron muestras de lo bien cultivados que están su corazon y su inteligencia.

Hoy es el dia señalado para darles los premios; y á fin de solemnizar el acto, ha escrito el presidente de la Asociacion, don Francisco Pareja, el eminente jurisconsulto y distinguido escritor católico, un sencillo, pero sentido himno, que ha puesto en música D. Santiago Masarnau.

Varias señoritas del barrio se han prestado á cantarlo, y en los momentos en que leeis La Margarita, se estará celebrando esa funcion tierna y conmovedora.

***

Terminaré anunciándoos que ha llegado á Madrid desde Ginebra un nuevo folleto de Manterola, titulado *El Espíritu Carlista*, y que he oido asegurar que es un cuadro admirable de lo que es el partido de la legitimidad, y de lo que se propone hacer para salvar á España.

Añaden los que conocen este trabajo que es el mas notable de cuantos ha producido su inspirada pluma.

Esperanza.

MADRID, 1871. — Imprenta de *La Esperanza*, á cargo de D. A. Perez Dubrull, Pez, 6.



LA MARGARITA.

ALBUM DE LAS SEÑORAS CATOLICO-MONARQUICAS.

AÑO I. 8 OCTUBRE 1871. NÚM. 28.

EL MATRIMONIO.

> Al elevar el matrimonio á la dignidad de sacramento, Jesucristo nos ha mostrado la gran figura de su union con la Iglesia.
>
> (CHATEAUBRIAND.)

Demasiado comprendemos nuestra insuficiencia para escribir acerca de este importante acto de la vida, que siendo como es la base sobre que descansa y se eleva la familia, puede considerarse como el eje poderoso sobre que giran las sociedades.

Esta dificultad es hoy mayor, pues el matrimonio se nos presenta, no solo como el augusto sacramento á que la Religion pone, cual un sello divino, su sancion protectora; no como la ley moral sustentada en ese sabio Código eclesiástico donde se guardan las inspiraciones de la fe con las inmortales creaciones del talento de los que han sido y son á traves de los siglos lumbreras de la Iglesia, sino como el contrato legal, como la ley civil de que el hombre es al mismo tiempo legislador y protegido.

No abrigamos la pretension de profundizar esta grave cuestion en toda su importancia y trascendencia; solo queremos, viviendo como vive grabado en nuestra alma el sentimiento católico, cual una inestinguible estrella que hubiese encendido el soplo de Dios, esponer algunas consideraciones que, si carecen de ciencia, son el resultado de nuestras creencias y nuestra fe.

Desde que en esta nacion se ha establecido la nueva ley que hace obligatorio el *contrato civil* para *legalizar el matrimonio canónico*, hemos tenido ocasion de oir muy distintos pareceres acerca de ella; quién, llevando la exageracion hasta el estremo, negaba como un crímen la obediencia á la ley vigente; quién la proclamaba como una amplia medida de salvacion social.

¡Con cuánto placer vimos que nuestros mas ilustres Obispos han esclare-

cido con su autorizada palabra los puntos oscuros; y demostrando que habiendo sido siempre y en todos los paises esencialmente religioso el matrimonio, han dado á la nueva ley su verdadero y único valor!

En ningun caso, por ningun concepto, puede el que ha vivido bajo el amparo de nuestra Santa Religion olvidar sus preceptos; y si los sigue siempre, ¿cómo ha de olvidarlos en el mas importante acto de su vida?

¿Cómo buscaria en esa ley de un dia la sagrada autoridad de la ley sobre la cual han pasado los siglos respetándola, y que han admirado y obedecido miles de generaciones; de ese Código inmortal, que refunde junto á la verdad revelada del Evangelio la ley del Derecho canónico y del Derecho romano?

Ningun católico puede, sin la sancion del sacramento instituido por Dios y cuidadosamente conservado por la Iglesia, sin el sello indestructible que la Religion pone en los lazos que forma, considerarse unido con una union eterna; un contrato basado en una ley que otra ley posterior puede anular, podrá unir los intereses de aquellos dos seres, acaso su voluntad material; pero no unirá nunca sus almas; no será la union ideal, eterna, tal como Dios la creó para la perfectibilidad de la raza humana.

El matrimonio, que es la realizacion del anhelo del alma en su aspiracion constante de amor, debe tener el aura de inmortalidad que hinche al corazon cuando ama, si ha de estar protegido por su propia grandeza contra el torrente invasor de nuestras versátiles pasiones.

El matrimonio es la fuente de que brotan las corrientes de la familia, corrientes que llenan y ensanchan el océano social: ¿será nunca bastante puro, bastante grande, el manantial de que toman vida las generaciones que al sucederse conservan siempre el sello elevado ó miserable de su orígen? Quitad á esa union sublime su misterioso velo de divinidad; romped en él el sello sagrado con que Dios mismo la bendice, y la razon humana sabrá abrir brecha á traves de su indisolubilidad, y dejando escapar por ella las ondas invasoras de sus deseos, de sus instables impresiones, que el dique santo de la Religion contenia, se alzará la pasion triunfante sobre el derecho vencido, y lentamente irá destruyendo las bases en que se eleva la familia, envolviendo en sus ruinas cuanto hay de mas sagrado.

Hay, por desgracia, católicos que, olvidando los preceptos de nuestra Religion, prescinden del matrimonio canónico, acaso por seguir las corrientes de la opinion, ó acaso por no comprender todo el daño que esta ligereza puede causar, no solo á su conciencia, sino á la sagrada legitimidad de sus hijos.

Si cuando el corazon ama, todo le parece poco para estrechar los lazos que han de unirle á la persona amada; si el alma anhela identificarse con otra alma, uniéndose en aspiraciones, en deseos; si quieren vivir, en fin, la misma vida, ¿por qué rechazar lo que completa y perfecciona estaunion?

Hé aquí lo que, á mas de su casi inutilidad, hallamos malo en la nueva ley: la perversion de los espíritus débiles que no saben cumplir sus deberes.

Por lo demas, la ley civil ni ha podido ni puede poner impedimento alguno al cumplimiento de la ley canónica; y siendo así, no tienen género alguno de escusa los que, desentendiéndose de la Religion que profesan, han tomado de esa ley un pretesto para justificar ante la sociedad civil lo que es en realidad, y será alguna vez en su conciencia, una criminal apostasía.

Que los católicos no olviden su deber; que no dejen falsearse en su base el precepto de nuestra Religion, y la ley civil no será mas que un nuevo registro donde conste una vez mas la obligacion contraida ante los altares: á lo sumo, una ley material, que, unida á la ley moral, puede formar un

todo completo al realizar la union de la materia y la union del alma.

PATROCINIO DE BIEDMA.

LA VIDA MODERNA.

II.

Por el estilo de lo que os he relatado en la primera parte de mi escrito, podria describiros las costumbres de muchas familias que han variado por completo de método de vida; pero seria interminable, y estoy segura de que os cansaria con mis lamentaciones, sin conseguir que nadie abandonara por ahora las malas costumbres que por desgracia de nuestra querida patria se van adoptando.

Me contentaré, para terminar la enojosa tarea que me he propuesto, con indicaros el medio que os prometia en la primera parte.

No creais, sin embargo, que seré larga ni minuciosa en mi consejo; sé por esperiencia que nada hay tan fastidioso como recibir consejos que no se piden, á no ser el darlos cuando se han pedido.

Yo he leido, no sé dónde, que los refranes son estractos de la ciencia, que en pocas palabras encierran toda su sabiduría.

Pues bien: recordad el siguiente:

La mujer compuesta quita al marido de otra puerta.

Estoy segura de que no hay una casada que no le haya oido mas de una vez, y, sin embargo, ¡qué poquísimas son las que sacan producto de una máxima que las mas de las veces podria conservar la felicidad en muchas familias!

Pues bien: mi consejo es este: conformidad, paciencia y coquetería conyugal.

Con estas tres cosas conseguireis muchas de las que os propongais, y las mas de las veces vereis volver á vuestros maridos al buen camino.

Entended, por supuesto, que al hablaros de coquetería, he querido deciros que seais agradables para con vuestros esposos.

La mujer que resignada sufre pacientemente á su marido esos pequeños defectos que con el tiempo llegan á ser irreparables; que sigue amable y placentera; que cuando le ve triste le consuela, sin proguntarle jamás la causa de su incomodidad; que es, en fin, su verdadero ángel familiar, llega á convencerle de que la verdadera felicidad se halla en el hogar doméstico, en el amor puro y desinteresado de una esposa y de unos hijos queridos, y entonces el marido, pródigo fuera, se hace pródigo dentro.

Voy á contaros la historia de dos hermanas, amigas mias, que viene como de molde para convenceros de lo que digo.

Paca y María eran desde niñas dos tipos encontrados. La primera, dominante y altanera; la segunda, dulce y con una paciencia inalterable.

Casáronse las dos el mismo dia con dos amigos, bolsistas los dos, ambos ricos, y muy metidos en lo que se llama *el buen tono.*

Al principio de su matrimonio todo fueron venturas. Paca brillaba en los salones; y María, semejante á la humilde violeta, esparcia en la casa los dulces perfumes de su virtud.

Pasada la luna de miel, los dos esposos, entregados á los negocios, parecian cada vez menos por su casa: poco á poco fueron haciendo una vida parecida á la que os describí en la primera parte de este ligero estudio.

Paca se enfureció, y cada vez fue agriando mas el carácter de su marido.

María, por el contrario, le recibia siempre con su dulzura inalterable, y si no conseguia atraerle al parecer, por lo menos no le rechazaba.

El marido de Paca estaba seguro de que cuando volviera á su casa habia de tener una escena tempestuosa: el de María sabia que encontraria á su mujer leyendo ó cosiendo junto á la

cuna de su hijo, con su angelical sonrisa, esperándole sin impacientarse, aunque el nuevo sol empezara á lucir.

Poco á poco los acontecimientos políticos, que tanto influyen en los negocios de Bolsa, fueron disminuyendo las fortunas de ambos matrimonios, y entonces las reyertas y las pérdidas agriaron los caractéres de Paca y de su marido, de modo que la casa era un infierno, lo cual obligaba al marido, para librarse de aquella continuada querella, á prolongar cada vez mas sus ausencias.

En casa de María no habia nada de eso: á la primera insinuacion de su marido redujo los gastos en dos terceras partes, sin demostrar el mas mínimo pesar, y este la veia siempre leyendo ó bordando junto á la cama de su hijo: siempre amable, jamás le preguntaba por el estado de sus negocios, contentándose con oir lo que él queria decirle, y sin hacer jamás la alusion mas remota al abandono en que la dejaba.

Tan diferente conducta por parte de ambas hermanas no pudo menos de producir resultados diametralmente opuestos.

Un dia que el marido de Paca tuvo una pérdida mayor que las que habia tenido anteriormente, que le dejaba reducido casi á la miseria, llegó á su casa mal humorado, como era natural, y su mujer, al saber la terrible noticia, dejándose arrebatar de su ira mas que de ordinario, en vez de procurar consolarle y darle conformidad para sobrellevar su desgracia, le increpó con dureza, y comenzó la pelea; pero de tal suerte, que el pobre marido, exasperado por su pérdida, y mas que nada por la furia de su mujer, llegó á perder la razon, y... le levantó la mano.

En el mismo instante de cometer aquella accion que tanto le degradaba, conoció lo mal que habia obrado, y se arrepintió. Pero ya era tarde. La felicidad habia concluido para ellos, y, conociéndolo demasiado, cogió el sombrero, y salió de su casa.

El marido de Paca no ha vuelto mas.

La mujer sabe que salió de Madrid, pero es la última noticia que ha tenido de él.

Paca ha probado mil modos de vivir; pero su maldito genio no le ha consentido jamás conformarse con las contrariedades tan comunes en la vida, y hace mucho tiempo que no he sabido de ella.

Por el contrario, María, á fuerza de dulzura y paciencia, hizo comprender á su esposo que la verdadera felicidad estaba en el hogar doméstico, entre la bondad de su mujer y las caricias de su hijo.

No teniendo que sufrir el martirio interno que su amigo, pudo consagrarse con mas tranquilidad que él á hacer frente á su mala suerte, y teniendo mas despejada la imaginacion para los negocios, logró rehacer la mayor parte, si no toda su fortuna, y hoy es uno de los hombres de negocios mas acreditados, y á quien jamás vereis, fuera del tiempo que dedica á estos, de otro modo que rodeado de su mujer y su hijo, y de algunos pocos amigos bien probados.

Ya ven las amables lectoras de La Margarita el mejor remedio que podemos aplicar á esta especie de desvío que nos manifiestan algunas veces nuestros maridos.

Una paciencia y una bondad inalterables nos harán conseguir, si no el amor que por desgracia hayamos perdido, el aprecio y la consideracion, que á veces son una prenda de felicidad tan segura como aquel.

Esto, mientras una reforma de costumbres, efecto por lo que tanto deseamos, no haga mas difícil ese desbordamiento que hoy se nota en los hombres, causa funesta de muchos dramas de familia, que no por pasar casi desapercibidos para el resto de la sociedad, son menos dolorosos.

Pero mas que nada desea que no tengais que hacer uso del remedio y que os amen siempre vuestros maridos,

Carolina P.

CUADROS VIVOS POLÍTICOS

Y SOCIALES.

—

LOS POBRES DE OFICIO.

La pobreza oficial es á un tiempo una desgracia y una industria.

Estudiémosla para ver si encontramos un medio de acabar con la industria y de amparar á la desgracia.

El estudio es pintoresco.

Apenas sale de su casa un habitante de la corte, empieza á recibir acometidas.

En cada calle hay, cuando menos, un pobre de los de *chapa*, es decir, de los matriculados y autorizados para vivir de la caridad pública.

Estos constituyen la aristocracia de los pedigüeños.

Tienen su silla de tijera, están muy arropados en invierno, y no se tratan del todo mal.

¡Cuántas veces los he visto suspender un mordisco á un pedazo de salchichon ó longaniza para esclamar con tono lastimero:

—¡Una limosna por el amor de Dios, hermanito! ¡No tengo ni siquiera un bocado de pan que llevar á la boca!

Los pobres de chapa abandonan los dias de fiesta sus puestos de las calles para inundar los pórticos de las iglesias.

Un dia estaba un ciego en la puerta de un templo, y reñia á su lazarillo porque le habia jugado una mala pasada.

Yo le escuché un buen rato.

—Eres un tuno, le decia ; en cuanto llegue á casa voy á descuartizarte.

Pero añadia al oir pasos:

—¿Quién me manda rezar un Padrenuestro por las benditas ánimas de su obligacion?

Y continuaba diciendo al lazarillo:

—¡Si eres de mala ralea, pillo, granuja! —Por el amor de Dios, hermanitos, una limosna al pobre ciego.—¡Te he de matar, tunante!—Tened lástima y compasion de este desgraciado.

No todos son ciegos, aunque lo dicen.

Precisamente uno de estos dias pasaba una señora con un niño, y una pobre le dijo despues de asegurarle que era ciega:

—Bien podia V., señora, buscarme un traje viejo de ese niño para uno mio que es de su misma edad.

Estos pobres ejercen una industria : su historia es, por regla general, la misma. El vicio los ha conducido á la miseria, la pereza los ha inclinado á vivir de la limosna, y como no les va mal, se resignan con su suerte.

Algunos están tan gordos y tan sanos, que da gozo verlos. ¡Para ellos es el mundo! Comen bien, no destruyen sus fuerzas con el trabajo, y pueden hacer ahorros.

¡Son las grandes fortunas de la pobreza!

Cuando mueren, suelen hallarse en los jergones de los mas miserables crecidas cantidades de dinero.

Su lujo ha sido la avaricia.

Si no abundasen tanto estos pordioseros; si no fueran en su mayor parte un pernicioso ejemplo para los operarios laboriosos, serian hasta necesarios para dar á la corte claro-oscuro, para aumentar su lado pintoresco.

Siguen en el órden social, á los pobres de puesto fijo, los vagabundos, los trovadores que con la guitarra ó el violin propagan por las calles la teoría de que

«No hay pena como la vista,»

y otras cosas por el estilo.

Estos al menos trabajan, rascando el violin ó la guitarra : entonando canciones alegres ó sentimentales se buscan la vida, y no les va del todo mal; el que menos, saca un jornal diario que varía entre seis y diez reales.

Vienen en seguida los pobres que tienen parroquia, es decir, los que reparten los dias de la semana en cada barrio, y van á golpe seguro.

—El pobre de los lúnes, ó de los juéves, ó de los viérnes, dicen al llamar á las puertas.

Los individuos de la gran familia que hasta ahora he citado son industriales, nada mas que industriales, y hacen su negocio. La prueba es que no quieren ir á los establecimientos de beneficencia.

Colocados en la puerta del palacio del rico, en las gradas del templo, ó con la vihuela en la mano y el lazarillo al lado, en la calle ó en el paseo, son detalles artísticos que componen, que dan valor al cuadro.

Pero la pobreza de hoy, la que sale al encuentro de los transeuntes y les tiende la mano, es aterradora.

La miseria vergonzante, la que antes se ocultaba en las buhardillas y aguardaba allí con resignacion la visita del hermano de San Vicente de Paul, ó el óbolo de la ilustre dama que velaba por los pobres de su parroquia, ha devorado la vergüenza y se ha echado á la calle en gran parte.

Detras de cada esquina hay una señora cubierta con un velo, ó un caballero con traje deteriorado y rostro macilento, que acechan la mirada del transeunte y le dicen al oido :

—¡Una limosna! Soy viuda, y no tengo que dar á mis hijos. Soy cesante, y mi familia se muere de hambre.

¿Qué significa para esta gente la moneda de dos cuartos que puede darles el transeunte?

Son á los ojos del observador el resultado de una lucha entre el vicio y la necesidad, entre la vergüenza y el hambre.

De todos modos, el espectáculo es horroroso.

Por mi parte, declaro que no creo gran cosa en las señoras y caballeros que piden. El traje supone cierta educacion, y la educacion implica sentimientos que no pueden llevarse á la calle para esplotarlos.

Comprendo esas grandes desgracias que arrojan por imprevision á las familias acomodadas en los brazos de la miseria. Las comprendo y las respeto; pero cuando no llaman á la puerta de los establecimientos de beneficencia; cuando no renuncian á la levita ó al velo para buscar trabajo en otra esfera; cuando convierten los despojos de su pasada prosperidad en un elemento conmovedor, me parecen poco dignos de lástima, y hasta censurables, porque hacen orgullosa á la caridad.

A un verdadero pobre andrajoso le damos un ochavo; á un pobre de levita, ¿qué menos ha de dársele que una peseta? De otro modo, nos rebajaríamos.

¿Y sabeis qué es lo que hacen con la peseta algunas de las viudas que os piden con el velo echado; algunos de los caballeros que bajan los ojos al dirigiros la palabra? Aquellas ir á jugar; estos ir al café.

Al lado de estos pobres que he descrito, hay un enjambre de chiquillos de tres años en adelante que persiguen á los transeuntes en las calles, en los paseos, en los cafés, en las tiendas.

—¿Por qué molestas á los que vienen á comprar? decia no há mucho un comerciante á un muchacho de cinco á seis años.

—¡Toma! porque mi madre dice que es mejor pedir en las tiendas que en las calles. En las calles andan; y como no es posible seguir á uno solo, los abandonamos pronto; pero aquí se están quietos, y nos dan algo para que los dejemos en paz.

Estos chicos son pobres á unas horas; vendedores de fósforos á otras; en ocasiones pregonan décimos de la lotería; por la noche venden periódicos, y cuando pueden, escamotean un pañuelo.

Son un plantel de holgazanes, que con el tiempo dejarán consignada su historia en papel sellado.

Ultimamente, condolida la prensa de algunos infelices, para implorar la caridad en su favor, anunció su desgracia, y señaló su habitacion para que las almas caritativas acudiesen en su socorro.

A la sombra de este generoso procedimiento se ha creado una industria. Muy á menudo publican en la seccion de anuncios el *Diario* y *La Correspondencia* ocho ó diez líneas, indicando las señas de una familia que perece de necesidad.

Los periódicos no llevan nada por esto cuando lo publican en la seccion de noticias; en la de anuncios pagan los pobres ocho, diez, quince y veinte reales, y la seccion de anuncios es un campo donde se siembra para recoger.

Tal es el boceto de la pobreza que nos asalta en la calle, de la pobreza que debilita las fuerzas que la caridad debe emplear para socorrer las grandes desventuras, reuniendo fondos para crear cocinas económicas, ó yendo á buscar los grandes infortunios en el misterio en donde esperan resignados los consuelos de las almas piadosas.

Los verdaderos pobres prefieren á la limosna pública los establecimientos de beneficencia, la proteccion de las asociaciones piadosas.

¿Qué debe hacerse con los pobres de oficio?

JULIO NOMBELA.

LA ROSA Y LA SIEMPREVIVA.

—

APÓLOGO.

Era una siesta del quemado estío
Cuando en el zénit resplandece el sol;
Cuando los campos, respirando fuego,
Ni yerba brotan, ni pintada flor.

—

La rosa mustia, deshojada y seca,
De la alta rama del rosal cayó;
Y así dijo á la verde siempreviva
En temblorosa, suspirante voz:

—

—«¡Ay! ¡Yo perezco! Mi frescura y galas
La lumbre ardiente marchitó del sol...
¿Qué fue lo que viví sobre la tierra?
Fugaz instante que por siempre huyó.

—

»Apenas vieron mi capullo abierto
Las leves auras murmurando amor...
Ayer mis hojas estendí purpúreas
¡Ay! ¡Entre el polvo para verlas hoy!

—

»Tú no morirás nunca... siempre verde;
Sufres los rayos del estivo sol,
Como los huracanes del otoño,
Como de invierno el áspero rigor.

—

»¡Oh! Tú, inmortal afortunada planta,
Al hielo impenetrable y al calor,
Te burlas de los tiempos... ¡Duro el cielo
Conmigo desdichada se mostró!»

—

La siempreviva estremeció su tallo,
Y al aura mansa que voló en redor
Estos acentos de tristeza humilde
En su escondido idioma confió:

—

—«¡Feliz la rosa que marchita muere,
Y trocado su néctar en vapor,

Sube su aroma en espiral inmenso
Á perfumar la celestial mansion!

—

»¡Triste de mí, que en la region del llanto
Mi vida lenta devorando voy,
Sin un halago de la brisa blanda
Que en el cáliz se duerme de la flor!

—

»Á todo presta mayo lozanía,
Sin renovar mi pálido verdor;
Nunca una abeja susurró á mi lado,
Nunca una vírgen mi matiz besó.

—

»¡Ah, tú ya mueres! Tus fragantes hojas
Mece contenta al espirar.—Adios.
Vete á exhalar tu embriagador perfume
Delante de la faz del Creador.

—

»Vete á humear en incensarios de oro
Y á oir del ángel la armoniosa voz,
Y á embalsamar con tus esencias puras
El alto alcázar donde mora Dios.

—

»Al llegar á sus plantas soberanas
Pon ante ellas mi férvida oracion;
Y que termine mi existencia triste,
Ruégale al Sumo Ser que me la dió.

—

»Dile que en este valle tengo pena
Por no ver de su rostro el claro sol;
Que me arranque y me lleve hácia su lado,
Fuente de gozo, de bondad y amor.

—

»Que es la *inmortalidad* prenda sublime
Arriba en la seráfica mansion;
Pero es abajo en la sombría tierra
Legado de miseria y de dolor.»

A. DE VALBUENA.

ECOS DE MADRID.

La semana ha sido de las mas dramáticas.
Llegada de Sagasta.
Disolucion de la mayoría.
Votacion del presidente en el Congreso.
Crísis y llamamiento del general Espartero.
Manifestacion y paseo del retrato del general Prim.
Mueras á Sagasta.
Vivas á Ruiz Zorrilla.
Agitacion en la Tertulia progresista.
Negativa de Espartero á formar gabinete.
Nombramiento de Malcampo.
Formacion de un gabinete progresista-histórico.
Entrada de los cimbrios y radicales en el Congreso de dos en dos para producir sensacion.
Risa general en la superficie de Madrid.
¡Dolor profundo en el corazon de la patria!
En siete dias hemos esperimentado todas estas sensaciones.
Está visto: unos cuantos ambiciosos pueden divertirse á costa de la nacion.
¡Y luego nos acusan de impacientes!
Los situacioneros, en nombre de los derechos ilegislables, coartan la libertad, ó, mejor dicho, la monopolizan.
Podria citar muchos casos en que esto sucede.
Citaré uno.
Una señora amiga mia proyectó el miércoles último llevar á sus hijos á paseo.
Los pobres niños necesitan respirar aire puro, y la señora á quien me refiero llevó á los suyos al Prado.
Jugaban allí los angelitos, y su madre se recreaba en sus juegos, cuando de pronto empieza á llenarse el Prado de gente.
Unos gesticulaban, otros hablaban fuerte, otros llevaban banderas.
—¿Qué es eso? preguntó la buena señora.
—Son los de la manifestacion.
—¿Los de qué?
—Los que van á demostrar que no pueden vivir sin el gobierno que ha dimitido.
El Prado se llenó de gente, se oyeron *vivas* á la república, y la madre, recogiendo á sus hijos por temor de que aquello acabase mal, se fue con ellos á la plaza de Oriente.
A poco rato, la plaza donde se halla el alcázar regio se vió invadida por los manifestantes.
Total: que una ciudadana y unos ciudadanitos se vieron cohibidos por unos cuantos hombres que ejercitaban sus derechos, segun decian.
Ahora bien: ¿quereis que esa madre y esos niños enmudezcan? ¿No tiene razon si desea y trabaja para que venga un tiempo en el que se pueda pasear con libertad; en que los hombres, por la ley de la fuerza, no alejen á las mujeres y á los niños de los paseos; en que las masas no vayan á los alrededores de Palacio á imponer, sino á acatar y á bendecir á los príncipes que en él se alberguen?

. . . .

Pero dejemos á los revolucionarios despedazarse unos á otros, y procuremos nosotros que su espectáculo y las consecuencias que de él se derivan nos sirvan de saludable aviso para no incurrir en las mismas faltas.

*
* *

El gobierno de Ruiz Zorrilla acabó de exhibir su odio al clero católico con los proyectos que sometió á la Cámara, relativos al medio de pagarle sus asignaciones.
Los créditos pueden trasferirse, pero las deudas no.
Lo que pretendia hacer el gobierno radi-

cal, y llevará á cabo su heredero si le dejan, es acabar con el culto católico, porque los municipios, que carecen de recursos, mal podrán pagar al clero sus asignaciones.

Si el gobierno les obliga, los ayuntamientos no tendrán mas remedio que imponer contribuciones para atender á esta nueva obligacion, y de ahí, segun los modernos discípulos de Voltaire, el quebranto del catolicismo.

Estos Maquiavelos bufos, juzgando á los fervientes católicos con el egoista criterio que les anima, dicen:

—Cuando tengan los pueblos que pagarse el culto religioso, buscarán el mas barato, ó renunciarán á él.

Pues se equivocan Vds. de medio á medio. El gobierno tendrá que cumplir los Concordatos; y, si no, tarde ó temprano llegará para él la hora de la justicia.

Entre tanto, la España católica, herida en sus mas arraigados sentimientos por la impiedad oficial, si no puede sostener el culto en magníficas catedrales, hará todo género de sacrificios para dar un solemne mentís á los que creen posible que nuestra patria puede ser atea.

***

¿Quereis una prueba de lo que son los discípulos del liberalismo?

Pues oid este parrafito de *La Correspondencia:*

«Las Tertulias progresistas de muchas ciudades han respondido ya á la escitacion de la de Madrid, enviando felicitaciones al gabinete dimisionario. *Tambien* han felicitado al Sr. Sagasta por haber sido elegido presidente del Congreso.»

El *tambien* vale un *Perú*, y los retrata.

***

En el Teatro Español se está representando con gran éxito un drama titulado *La Beltraneja.*

Esta obra es una verdadera inspiracion. En ella se retrata con maestría el noble carácter castellano; y gracias á la magia de la poesía y á la belleza de las situaciones, desaparece toda la parte *odiosa* del episodio histórico en que se funda la accion.

No hay duda: el teatro español es hoy el primero de Europa.

En medio de las iniquidades literarias que constituyen su repertorio en estos tiempos, aparecen de cuando en cuando obras dignas herederas de la gloria de Calderon, de Lope y de Moreto.

Los grandes y purísimos sentimientos simbolizados en las palabras *Dios, Patria y Rey*, única salvacion de nuestro pais, producirán seguramente en las artes un renacimiento asombroso.

Solo ellos pueden inspirar grandes libros, grandes cuadros y grandes dramas. Entre tanto, admiremos esos destellos de la inteligencia que, aunque de tarde en tarde, vienen á revelar los tesoros de poesía que encierra el genio de la patria.

***

Hoy debe tener lugar la inauguracion de la Esposicion de bellas artes.

La Margarita, que no corresponderia á lo que representa su nombre si no sintiera admiracion hácia todo lo bello, hácia todo lo bueno, hácia todo lo grande, consagrará unos cuantos artículos á describir algunos objetos de la Esposicion, y tendrá ocasion de espresar sus ideas bajo el punto de vista del arte.

Esperanza.

MARGARITAS.

El mundo es un campo de batalla, donde es preciso pelear siempre para alcanzar la inmarcesible corona de la inmortalidad.

***

El hombre justo es mil veces mas dichoso, aun careciendo de honores y riquezas, que el hombre mas opulento de la tierra.

***

Los imperios pasan: solo Dios permanece siempre.

***

La sabiduría que se aparta del Legislador Supremo, esparce sobre la tierra las tinieblas y el desórden, y es el azote mas terrible que puede afligir á la humanidad.

***

¿Quereis disfrutar de los riquísimos tesoros de la fe cristiana...? Sed amantes de la Religion. La Religion es la atmósfera santa en que respira el justo.

***

Áspero y escabroso es el camino que atraviesan los escogidos; pero ellos saben trasformarlo en hermosa via.

(R. de F.)

MADRID, 1871.—Imprenta de *La Esperanza*, á cargo de D. A. Perez Dubrull, Pez, 6.



LA MARGARITA.

ALBUM DE LAS SEÑORAS CATOLICO-MONARQUICAS.

AÑO I. 15 OCTUBRE 1871. NÚM. 29.

LA MUJER CATÓLICA.

Varias son las plumas que han escrito acerca de la mujer, ya en el suave estilo del moralista, ya con la profundidad del filósofo, ó bien bajo el punto de vista de la fisiología y la frenología.

Por mas que algunos escritores hayan embellecido sus juicios con brillantes pensamientos, con rasgos sublimes, no creemos que han logrado su objeto; esto es, juzgar de una manera exacta á la mujer.

No queremos, no podemos seguirles en sus brillantes razonamientos para oponer á ellos nuevas ideas; tanto mas, cuanto que tenemos la conviccion de que si han podido hábiles frenólogos encontrar mas limitado el cerebro de la mujer, nadie ha podido sondear su corazon, que se hallaria infinitamente mas grande á medirle por sus sentimientos.

Creemos que no puede juzgarse á la mujer estudiando á las *mujeres*, pues cada una tiene muy especial manera de ser, y solo vamos á hablar de ella en el cumplimiento de los deberes que le impone la dulce Religion que las iguala, que las nivela, si no en aspiraciones materiales, en la aspiracion del alma.

La mujer debe á la Religion católica el ser considerada como el ángel de la familia, como la sonrisa del hogar; desde la abyeccion mas profunda fue elevada por Jesucristo á compartir con el hombre la soberanía del mundo; á ser, no su esclava, sino su compañera, pues al nacer de María honró en ella para siempre á la mujer, que debe sus mas dulces sentimientos de pudor, de dignidad, de pureza, á la Religion que la engrandece, y en que halla consuelo para todos sus dolores, recompensas para todos esos martirios del alma, mas grandes cuanto mas ignorados.

La mujer, acaso por un instinto secreto de agradecimiento, es mas ferviente católica que el hombre, y nuestra pura, nuestra grande, nuestra única y verdadera Religion halla en el corazon de la mujer su mas elevado altar.

Débil y dulce por carácter, por costumbre, por naturaleza, halla en la Religion el valor con que sabe vencer en las grandes pruebas que llenan su vida y su pensamiento, que, aunque á veces suele brillar, tiene siempre la vacilante luz de la llama que oscila en la mano de un niño, se fortalece por la fe, y por ella alcanza á ver bellísimos horizontes de esperanza, hácia los que avanza serena, olvidando las espinas que hieren sus pies.

El hombre puede alguna vez vivir alejado de la Religion, llenando sus horas las diferentes ciencias que se disputan el dominio de la razon, y que á veces, no bien comprendidas, hacen mas daño que la ignorancia misma; pero la mujer, ¿en dónde buscaria el apoyo moral que la Religion le ofrece, en dónde las espansiones de su corazon apasionado, que vacia, digámoslo así, todos sus sentimientos en una oracion ferviente?

En la mujer no hay la razon fria que analiza, sino el ardoroso corazon que siente; y esta Religion, toda amor, toda sentimiento, tiene que ser la luz purísima de sus dias, el velo de misterios inefables en que para no desmayar en la vida se envuelve su alma.

Quédese en buen hora para el hombre, sediento siempre de emociones nuevas, el avanzar en el laberinto científico que absorbe y seca la savia de su alma; sea él el que desmenuce los sofismas de los Voltaire y los Bayle, y el que pase su vida en la investigacion de las propiedades de un círculo ó de un triángulo: nada de esto llenaria el pensamiento ni el corazon de la mujer, hasta el cual solo se abre camino lo que es tan puro, tan tierno, tan delicado como sus aspiraciones.

Hablando de las creencias de la mujer, dice Chateaubriand: "¿Quién prestará apoyo á esta caña si la Religion no sostiene su fragilidad? ¿Quién sostendrá á este ser que sonrie y muere sino su esperanza mas allá de una existencia efímera?"

Creemos difícil que haya mujeres incrédulas, y de todo punto imposible que estas mujeres sean madres.

La madre, que adivina á Dios en la sonrisa de su hijo, que ve en él la imágen del ángel mas bello; si no conociese un Dios á quien pedir para él felicidades, si no tuviese una Religion que enseñarle, la inventaria, como inventaban el canto con que creian hacer mas dulce el sueño de muerte de sus hijos las madres que en los bosques de la India los suspendian despues de muertos de los ramos mas floridos, esperando que su aroma les hiciese despertar...

En la madre brilla toda la grandeza de la Religion católica.

¡Y cómo no, si una Madre mas pura que el cáliz de una azucena del desierto, fue la base santa de esta Religion divina!

Ella divinizó el amor maternal al sentirle, y lo legó al mundo como el mas grande de todos los sentimientos que puede abrigar el corazon.

Ved á una madre junto á la cuna de su hijo.

¿Quién ha podido enseñarles las tiernas palabras, los nombres dulcísimos con que espresa su amor hácia aquel pedazo de su corazon?

Aunque se trate de una mujer vulgar, brusca, despegada, ¡cómo se cambia en ternura la dureza de su carácter, y cómo hallan elevacion sus pensamientos al asociarse al intenso amor que siente!

No han podido soñar los mas grandes poetas en todas esas fantasías que encantan, nada mas tierno, mas poético, mas conmovedor, que el sencillo cuadro que forma una madre enseñando á su hijo la primera oracion...!

La mujer católica tiene en su misma creencia, en su fe, un manantial

inagotable de purísimos consuelos de esperanzas que la alientan, de ilusiones que la sostienen.

La que es ferviente católica, la que guarda en su corazon como un tesoro las promesas de la fe, tiene valor en las contrariedades; valor que como bálsamo divino cierra en su corazon las heridas que de otro modo le dejarian muerto y seco para siempre.

¡Qué seria, sin la fortaleza que imprime la Religion, de la pobre madre que ve caer marchita por la muerte la flor de sus amores?

¡Dónde hallaria, no el olvido, porque este no le hay para ella, sino el consuelo, la resignacion, á no ser en la esperanza de volverle á ver entre el coro de ángeles que rodean á la Madre de Dios?

Si la Religion católica, como única verdadera, tiene que ser la Religion del mundo, su mas elevado altar es el corazon de la mujer.

Por eso no hay mujeres, al menos entre nosotras (y bendecimos á Dios porque no nos las ha hecho conocer), que no sean religiosas, no tibias, no débiles, sino con un ardor sincero, con una fortaleza tan invencible y tan grande como su fe.

Ellas, aunque débiles, pueden hacer mucho cumpliendo la gran mision que Dios les impone: la de trasmitir á sus hijos sus creencias, arrojando en sus inocentes almas esas semillas de piedad y de tierna moral que están ocultas en ellas hasta que el calor de la razon las hace florecer, y perfuman la sociedad con su puro y santo aroma.

Si las madres católicas no olvidan su mision, y la saben cumplir, los niños de hoy, al ser hombres mañana, respetarán y elevarán con su ejemplo nuestra augusta Religion, que, así como la gota de agua al caer en el mar se ensancha en círculos que de uno en otro van á morir en su orilla, de igual manera esta Religion divina hace diez y nueve siglos va ensanchando desde Nazareth las corrientes de vida que Jesus hizo brotar, hasta que cubran al mundo entero, llenándole de gloria.

PATROCINIO DE BIEDMA.

AL SR. D. CARLOS DE BORBON Y AUSTRIA DE ESTE.

—

ODA.

Dentro del pecho sofocado queda
El alto nombre con que el alma os llama;
Mas ya que el labio revelar no pueda
El título de honor con que os aclama
El corazon, brille la ardiente llama
De entusiasmo y de amor que el pecho enciende;
Y cual raudal que en la llanura tiende
Sus ondas, tal mi acento
En alas corra del sonoro viento.
¡Cuál se dilata el ánimo apenado!
¡Qué intenso gozo el corazon inunda
Al contemplar en vos, de estirpe clara
Vástago egregio, al héroe destinado
A libertar á nuestra patria cara,
Hoy maltratada por fortuna avara,
De la que sufre bárbara coyunda!
Tierra, vos lo sabeis, es la de España
Do los embates de la adversa suerte
Son resistidos con heróica hazaña.
Nada mas varonil, nada mas fuerte
Que el valor de sus hijos
Del hado al contrastar males prolijos.
Las páginas radiantes de su historia,
Do mas desdichas, muestran mayor gloria.
De un Rey un triste error: de cortesanos
Viles traicion horrenda,
Sobre la patria atraen inhumanos
Desventura tremenda.
Presa fue de tiranos:
De enemigos feroces y sangrientos,
Que, cual raudo torrente,
El suelo hispano inundan de repente.
De esterminio sedientos,
Arrasan, talan, queman,
Cuanto encuentran destrozan,
En el furor se estreman,
Y solo en sangre y destruccion se gozan.
Rendida ¡infeliz patria! á horda tan fiera,
¡Qué porvenir de esclavitud te espera!
Mas cuando ve perdida la esperanza,
Un héroe á combatir parte cual rayo,
Y triunfo inmenso en Covadonga alcanza.
Allí el pendon de santa independencia
En sus manos tremola el gran Pelayo;
Allí vibra la espada de victoria:
Y rindiendo de Agar la descendencia,
Lauro se ciñe de perenne gloria.
Luego Alfonso en las Navas,
Y Fernando en Sevilla,
Isabel en Granada,
Vencen las hordas del error esclavas;
De España lavan la fatal mancilla,
Tornándola gloriosa y libertada.
Ya, teatro á nuevos triunfos, busca un mundo
Que esconde, cual muralla, el mar profundo.
Cortés allí y Pizarro, sin iguales,
Consumaron proezas inmortales;
Mientras de España la indomable tropa
Triunfa en la antigua Europa:
Que do quier, para asombro de la historia,
Coronó á nuestras armas la victoria.
Ese amor á la patria independencia
Poderoso, vehemente:
Esa fe que en su pecho late ardiente
Cuál hálito vital de su existencia;
Esa constancia, heróica cual ninguna,
Que rinde á la fortuna;
Vigor al corazon, pujanza al brazo
Presta al gran pueblo ibero,
Para romper el fementido lazo
Que ose tenderle déspota estranjero.

Formidable, valiente, numeroso,
Así un tiempo rindió la Media Luna;
Así venció no há mucho á aquel coloso,
Prodigio de la guerra y la fortuna.
Los ojos siempre fijos
De la fe en la divisa soberana,
Cual antes, síguenla hoy, los buenos hijos
De esta nacion magnánima y cristiana.
En su defensa intrépidos lidiaron,
Y á salvar de invasion asaz estraña.
A su adorada España,
Una vez mas las armas empuñaron.
La justicia, la fe, la monarquía,
El derecho legítimo sagrado,
Inicuamente hollado;
Entonces, la por siempre noble España
Del honor en el campo defendia
Contra el oprobio que su timbre empaña,
Altas heroicidades,
Proezas infinitas
Que admiracion serán de las edades,
Allí contempló el mundo
Con asombro profundo;
Allí con sangre leal han sido escritas:
Y en eterna memoria
Grabaralas la historia
En páginas de oro,
De esos ínclitos héroes por decoro.
De la sublime esfera
Bajad, lauros triunfales,
Y á ornar la noble frente
Id de Zumalacárregui valiente.
Y al invicto Cabrera,
Gomez, Villareal, Tristani, Elío
Y otros mil bravos de indomable brío,
Ciñan tambien coronas inmortales.
Laureles de los Arcos y Morella,
Las Amézcoas, Hernani y Cantavieja,
¡Cómo fortuna en sombra estéril deja,
El fulgor puro que de vos destella!
¡Ah! No; estéril no ha sido
Ni empañado será. Si hubo un impío,
Si hubo un traidor que con furor sombrío,
Frustró de tanto afan el bello fruto,
Y en hondo y triste luto,
Ingrato, á España mísera ha sumido,
¿Quién negará que brilla aun mas radiante
El alto esfuerzo, la inmortal protesta,
Que opuso el valor fiel, al mal triunfante?
Y un grande ejemplo, ¿quién no ve que presta
Al mundo esa defensa de los fueros
Del bien, que con denuedo y bizarría
Acabó la lealtad, honor que un dia
Estímulo será á los venideros?
Y á nosotros tambien. . Mirad doliente
A la patria querida; ved ingente
Al mal cruel que en ella estrema su ira;
Ved que convulsa espira...
Miradla: ya la azotan vendavales;
Ya presa es de chacales
Hambrientos, que desgarran ¡ay! su entraña
Con iracunda saña...
¿Dónde, en tan rudos males,
En tan crueles enojos,
A quién volver los ojos
Podrá la triste España,
Sino á los generosos y leales?
Vos sois, Señor, su guia,
Su Jefe augusto, su real escudo;
En vuestras manos resplandece pia
La enseña gloriosa,
A la cual, si tal vez la traicion osa,
Jamás vencer el enemigo pudo.
Gloria sois de la patria, y su esperanza;
Un derecho os asiste, que es sagrado,
Y el amor de los pueblos acendrado.
Llevais el santo emblema
Que el alto porvenir de España encierra,
Siempre adorado en esta noble tierra:
Del bien divisa, al mal duro anatema,
Dios, Patria, Rey...! Blason de ínclita gloria,
Que honor siempre á la patria dió, y victoria
Por él, con vos, en cuyas manos brilla,
Grande, heróica otra vez será Castilla.
Como el sol las tinieblas desvanece;
Como por fuerte bóreas arrollado,
El siniestro nublado,
Que destruccion amaga pavorosa,
Y templa, purifica y enrarece
La atmósfera antes densa y tormentosa,
Así por vuestro brazo
Caiga rota y deshecha la discordia
Que á hermanos generosos hoy desune;
Vos, poderoso lazo
De amor y de concordia
Sed, que las nobles voluntades une.
Sed el sol que destruya
La tiniebla que oprime
A la patria que esclava y triste gime,
Y prez y libertad le restituya.
El que de la verdad restaure el fuero,
Y el lustre santo de la fe vindique,
Y todo lo engrandezca y fortifique,
Siendo en la guerra rayo,
En la paz justiciero:
Siendo el nuevo Pelayo
Que de la patria la alma independencia
De cábalas liberte, y de mancilla...
Vos, en quien timbre tan escelso brilla;
Vos, á quien señaló la Providencia
Para la grande hazaña;
Vos, á quien tórnase anhelosa España.
El bien Vos le dareis que ansía cumplido,
Volviendo grande lo que grande ha sido.
De gratitud y amor, entre profundos
Aplausos restaurada,
A esta patria que si hoy gime oprimida,
Un tiempo tuvo el cetro de dos mundos,
A esta patria adorada
Tornareis grande, espléndida, temida,
Y sabia, y poderosa, y envidiada.

VALENTIN DE NOVOA.

Orense 5 de octubre de 1871.

LAS FIESTAS DE LA VÍRGEN DEL PILAR

EN ZARAGOZA.

Cuando este número llegue á manos de las apreciabilísimas lectoras de LA MARGARITA, Zaragoza, la ciudad heróica, seguirá ofreciendo un espectáculo verdaderamente conmovedor.

Rindiendo entusiasta homenage á las egregias tradiciones que constituyen su inmortal grandeza, celebra con fervor la festividad de María.

¡Ya lo veis, incrédulos...!

¿Qué decís, racionalistas é indiferentes, en presencia del imponente movimiento que durante estos dias se verifica al lado del caudaloso Ebro?

La alegría que, obedeciendo á una idea santa, embarga dulcemente los corazones de valerosos españoles; el estraordinario entusiasmo que inflama los pechos de los altivos aragoneses, ¿nada habla á vuestro entendimiento...?

¡Ah! Estas ruidosas y espontáneas manifestaciones, por mas que otra cosa piensen los enemigos declarados de las grandezas de nuestra patria, son indudablemente una prueba elocuentísima de la ardorosa fe de los españoles, fe con la cual conquistaran un dia sus pasadas glorias.

Hay entre nosotros seres bastante osados que pretenden destruir uno por uno los monumentos grandiosos de la Religion de nuestros padres.

¡Insensatos! ¡Cuán locos y temerarios son sus planes! ¡Qué tinieblas tan horribles se estienden por su débil entendimiento...!

¿Quién es capaz de contener las llamaradas de amor que en estos instantes exhalan los corazones ardientemente católicos de los hijos esclarecidos de la Vírgen del Pilar?

¿Quién será tan atrevido que intente arrollar la gloriosa bandera que, con un valor digno de la noble causa de la verdad, despliegan á todos vientos los amadores de María?

¡Oh! ¡Un cuadro sublime y majestuoso habrá presentado estos dias aquel célebre y suntuoso templo, joya benditísima del pueblo aragonés!

Allí la dama católica se confunde con la humilde aldeana.

El niño y el anciano, el guerrero y el sabio, el rústico y el potentado, reverentes, inclínanse á los pies de María, de la Vírgen peregrina de los célicos tabernáculos, y plegarias fervorosas murmuran cuantos á Ella recurren.

Hoy, es indudable, las necesidades son mayores.

Borrascas furibundas están próximas á estallar sobre nuestras cabezas.

Insolente y descarada la incredulidad, pasea sus negros pendones por las aldeas y las provincias de nuestra Península, y por eso la confianza en la Reina de los Angeles se aumenta de dia en dia.

Y ¿cómo no ha de implorar la patria de San Fernando el patrocinio de María si Ella es la columna poderosa en que descansan el bienestar y las libertades de los pueblos?

El protestantismo, inmunda secta que se descompone por momentos, está recibiendo una grande y severa leccion.

El culto de María, lejos de disminuirse con sus ataques estúpidamente impíos, acreciéntase cada dia mas.

Dígalo si no la muchedumbre de fieles que invade los templos católicos los dias consagrados á sus solemnes festividades.

Dígalo el bullicio del valiente pueblo aragonés, que celebra este año, quizás con mayor regocijo que los anteriores, las inmaculadas grandezas de su celestial Patrona.

Y esto que pasa en los actuales momentos á los ardientes apasionados de la Vírgen del Pilar, es sin duda alguna verdaderamente providencial.

No desmayemos, por lo tanto, un instante, aun cuando veamos azotado el rostro de nuestra querida patria con los furiosos vendavales del error y de la impiedad.

María es nuestro escudo.

Ella, que es Madre cariñosa de los españoles, nos concederá muy pronto, si con fe ardorosa á su Trono recurrimos, el bien inapreciable de la libertad cristiana.

RAMON DOLDAN Y FERNANDEZ.

CUADROS VIVOS POLÍTICOS

Y SOCIALES.

LA LUCHA DEL TALENTO.

Los mas sublimes pensamientos, las creaciones mas grandiosas, las obras del ingenio que han conseguido entusiasmar, no solo á un pueblo, sino al mundo entero, han nacido en las condiciones mas humildes.

Cervantes escribió su inmortal *Don Quijote* en el calabozo de una cárcel; en el destierro concibió sus mejores obras Ovidio; Molière trazó muchos de sus admirables cuadros de costumbres en las posadas, ó en las miserables habitaciones en donde se albergaba con su compañía de cómicos de la legua; Dumas escribió su primer drama, el que leyó el gran Talma, en una pobre buhardilla. Tal vez en un cuartel idearon García Gutierrez su *Trovador*, y Fernandez y Gonzalez su novela *La Mancha de Sangre*; y yo sé de un poeta dramático que ha pensado una de las mejores obras de nuestro teatro acostado durante la noche en los bancos de la plaza de Oriente, por no tener hogar.

¿Qué hay mas doloroso que el espectáculo del genio luchando con la miseria?

Entre la aspiracion á la gloria y la celebridad, hay infinitas é invencibles barreras.

Figuraos un escritor que concibe una de esas grandes ideas que llegan á ser el alma de las obras maestras que contribuyen al esplendor de los pueblos, que ejercen una inmensa influencia en las sociedades.

El que tal vez mañana despertará la admiracion del universo, piensa en su obra copiando pliegos de curia, aserrando madera, ó en la antesala de un ministro á quien va á pedir una plaza de escribiente, todo con el objeto de ganar el sustento.

El presente le roba el porvenir.

Pero figuráosle dotado de una fuerza de voluntad inquebrantable; figuraos que vence los obstáculos de su pobreza; que oye con calma las observaciones de un solícito padre que le cita ejemplos de los que han sucumbido en la lucha, que quiere destruir con su fria esperiencia el entusiasmo del que quizás será mañana una gloria de su pais; figuraos que quitándose el sueño y el descanso para que no les falte el pan á una madre enferma, á unos hermanos desvalidos, sacrificándolo todo á sus propósitos, logra escribir, á veces en pedacitos de papel desiguales y trabajosamente buscados, una gran obra.

Ya ha vencido muchas dificultades; la alegría de este primer triunfo le embriaga, y cuando su salud quebrantada le recuerda

el pasado doloroso, la esperanza del porvenir le sonrie.

Terminada una lucha, empieza otra mas terrible.

Ha podido equivocarse, y necesita la opinion de los hombres célebres, de los maestros; no los conoce, pero su fuerza de voluntad, su mismo ingenio, le sugiere los medios de acercarse á ellos.

Despues de muchas idas y venidas, de muchas antesalas, consigue verlos; y cuando espera que van á adivinarle, la solemne indiferencia con que es recibido produce en su alma el mas horrible desengaño.

—¿Conque ha escrito V. una obra?

—Sí, señor; una obra que deseo someter al juicio de un escritor tan ilustrado como usted.

—Tantas gracias; pero, amigo mio, permítame V. que le diga que ha emprendido V. una carrera espinosa.

—Ya lo sé; sin embargo, me considero con fuerzas para sufrir.

—Hoy todo el mundo escribe; el que hace unos versos á los dias de fulanita, se cree un poeta; el que traza una fábula, tomada de otras mil, se cree un novelista, y hay muchos que, pudiendo ejercer honradamente oficios manuales, emborronan papel que es un dolor.

—Por lo mismo, deseo saber qué concepto forma V. de mi trabajo.

El maestro mide por el volúmen la estension del manuscrito, y lee su título.

Si es autor dramático, y el jóven desconocido le presenta una novela, empieza censurando el género.

—Una novela la hace cualquiera, dice; la gran dificultad es el teatro.

O viceversa.

—En fin: ya que V. se empeña, la leeré, añade; pero estoy muy ocupado, y hay para dias. Vuélvase V. por ahí dentro de un par de meses.

El autor obedece, vuelve, no encuentra á su censor, y cuando al fin le halla, si no ha ojeado el manuscrito, que es lo que sucede con mas frecuencia:

—Siento desengañarle á V., le dice; pero es un deber mio: estudie V., lea V. los buenos modelos... Ya se sabe lo que es la primera obra: siempre hay que condenarla al olvido; si no se encuentra V. con fuerzas, renuncie V. á una pretension que es la mas costosa de todas.

Si la ha leido y la ha admirado:

—Hay algo en su obra de V., le dice; revela grandes disposiciones, pero se nota en ella la inesperiencia del autor. Si no desmaya V., es muy posible que consiga V. sus deseos.

No faltan algunos que dicen:

—¡Mire V. qué casualidad! Tambien yo he tenido la idea que V., y ya está en casa del librero el primer tomo de mi libro. Será preciso que condene V. el suyo al silencio, si no quiere V. que los que desconozcan la coincidencia le tachen de plagiario.

Los que obran así son muy contados, como lo son tambien los que, al llegar al apogeo de la gloria, conservan el entusiasmo necesario para hacer justicia al talento, y la caridad precisa para dar una mano al que empieza.

Nunca me olvidaré de uno de los consejos que me dió mi inolvidable maestro don Alberto Lista:

—Cuando escribas algo para el público, me decia, no consultes la opinion de los literatos; ni es infalible, ni por lo regular es generosa. En las obras de amena literatura, pide tu parecer á las mujeres de clara inteligencia; su impresion, no su reflexion, es lo mas infalible en materia de crítica.

Pero el autor novel que se dirige á una celebridad, no busca solo un voto, sino un elogio.

Desesperado en vista de la acogida que le dispensan los grandes hombres, se dice:

—Quiero que el público me juzgue, y me juzgará.

Desde este instante se ve obligado á despejar una incógnita: esta incógnita es el editor.

Las antesalas se repiten.

Propone su obra, y le responde estas ó parecidas respuestas:

—Amigo mio: siento mucho no poder publicarla; su nombre de V. no es conocido.

—Para que le conozca el público, es necesario que aparezca en mi primera obra.

—Con efecto; pero mi negocio no es arruinarme; y de seguro me arruinaria publicando la obra de un desconocido.

—Sin embargo, mi obra puede interesar. Léala V.

—Un editor no puede leer mas que su libro de caja y los pedidos de sus corresponsales.

—¿Qué hacer entonces?

—Hágase V. un nombre, y vuélvase V. por aquí.

Lo primero que se le ocurre al aspirante es quemar el templo de Diana, ó ejecutar un acto parecido.

En Francia se dan á conocer no pocos retratando los grandes crímenes que se cometen, ó escribiendo las memorias de las celebridades galantes.

Otras veces el editor se toma el trabajo de leer algunas páginas del manuscrito.

—No está mal hilado, dice al autor; tiene V. disposicion; pero el público quiere cosas mas ligeras, y, sobre todo, títulos. Olvide V. su obra, y escríbame una novela de cien entregas, que se titule *El Puñal ensangrentado*.

La impresion que estas palabras producen en el escritor, fácilmente se comprende.

Como aun conserva una idea elevada de

las letras, se retira indignado á su casa.

—Haré un sacrificio, se dice; me quitaré el sueño y el pan, si es necesario, y publicaré el libro por mi cuenta.

Reune con trabajos mas que forzados lo necesario para imprimirlo; se hace toda clase de ilusiones, y al fin le ve en disposicion de ser vendido al público.

¡Cuántos pasos tiene que dar para que los periódicos le consagren una estereotipada gacetilla!

Pero no es esto lo peor: lleva su obra á las librerías, y espera el resultado de la venta.

La mayor parte de los libreros están, como suele decirse, á su negocio. Ahora bien: su negocio, si el libro es bueno, consiste en ganar mucho con él.

Pasa un mes, y el autor recorre las librerías.

—¿Se han vendido algunos ejemplares?

—No, señor, le contestan; la gente dice que es caro.

—Sin embargo, los periódicos han ponderado su mérito.

—Nadie hace caso de eso.

Poco despues entra un comprador á pedir el libro, y, por regla general, le contestan que se ha agotado la edicion.

Pasan tres, cuatro, seis meses, y el autor, que espera el precio de los ejemplares para pagar á la imprenta, se desespera.

—Créame V., le dice un librero de cuarto ó quinto órden; no venderá V. un solo ejemplar; y si no quiere V. perderlo todo, delo V. al peso.

—¡Pero, hombre de Dios, eso es terrible!

—¡Ya lo creo! y por lo mismo, si V. quiere, le pagaré la arroba á 40 reales... los demas se la pagarán á V. á 30 ó 32 reales.

Pasan cuatro ó cinco meses mas, y al fin y al cabo vende el autor al peso sus mas queridas ilusiones.

Entonces el librero que ha hecho el negocio, imprime una nueva portada en la que pone: *Segunda edicion*, y vende los libros.

Esto al fin da á conocer al autor, y ya le es fácil hallar un editor.

¿Ha vencido despues de esto todos los obstáculos?

Aun no; todavía le quedan muchos que vencer...; pero me he detenido demasiado, y en otros artículos completaré este cuadro, y describiré lo que cuestan los triunfos teatrales.

JULIO NOMBELA.

ECOS DE MADRID.

La crísis interrumpió la inauguracion de la Esposicion de Bellas Artes; hoy se abrirá, por fin, al público ese modesto palacio, que albergará durante una temporada al genio artístico de España.

He oido decir que hay cuadros bellísimos. ¿No ha de haberlos, si el cielo de nuestra patria y la tradicion son manantiales de inspiracion, á pesar de la atmósfera en que vivimos?

¡Ah! El dia que cerremos las puertas de ese teatro en donde se elabora la desdicha de España; el dia en que los habladores audaces no puedan ofrecer empleos á los aplaudidores de oficio; el dia en que, animados los sabios, los artistas y los poetas por los santos principios de *Dios*, de la *Patria* y del *Rey*, puedan recuperar la atencion pública que les roban los saltimbanquis políticos, la patria de Feijóo y de Balmes, de Calderon y Moreto, de Murillo y Velazquez, de Matini y Ledesma, volverá á ser lo que fue: el emporio de las ciencias, las letras y las artes.

No lo dudeis: el dia en que se cierre ese fácil camino que la política abre á la ambicion, en vez de tener directores arquitectos, gobernadores médicos, ministros poetas, tendremos artistas y escritores que nos ilustrarán deleitándonos; que trocarán el veneno de los periódicos, *ministeriales* ó de *oposicion*, en amenas é instructivas lecturas; las animadas sesiones en bellísimos dramas; y ademas, á favor de la paz, podremos asistir á las esposiciones de la industria, á los triunfos del trabajo, y recrear nuestra alma con las creaciones del arte.

Hoy todo lo absorbe y todo lo agosta la política.

Mañana ¡ah! mañana, cuando esté cerca de nosotros doña Margarita, que alimenta su alma con los purísimos goces de la inteligencia; cuando podamos soñar sobre nuestros laureles, este dulcísimo sueño será la realizacion de mis augurios.

Y como cuando los goces son puros el alma anhela todo lo bueno y todo lo grande, las mezquinas pasiones que hoy nos agitan desaparecerán y no habrá en nuestro corazon mas que un solo sentimiento: *amor*.

¡Amor á Dios, amor á la Patria, amor al Rey, amor á la familia, amor á la sabiduría, amor á la virtud, amor al trabajo...!

Pero os estoy regalando *ecos del porvenir*, y mi deber es hablaros del pasado.

***

Ya lo estais viendo: nuestros diputados, haciendo sin duda un inmenso sacrificio, están demostrando lo que es el Parlamento, y lo que es la soberanía del número.

Seríais injustas si juzgáseis su conducta con la severidad de la pureza de vuestros principios.

Ellos saben, mejor que vosotras, que la farsa no puede continuar, y si aprovechando las divisiones hieren con la influencia

de sus votos á los gobiernos parlamentarios; si votan un dia con Sagasta para anular á Ruiz Zorrilla, y otro dia con Ruiz Zorrilla para anular á Sagasta, dan al pais una provechosa leccion.

—Ved lo que son los Parlamentos, le dicen : diez ó doce hombres podemos estorbar el paso á trescientos, les obligamos á que falten á su Decálogo político, y, exasperándolos, vamos á hacer que una vez mas sancionen su doctrina de desatar los nudos á cañonazos. Al llevarlos á este terreno ¡oh sufrido pais! arrancamos á los revolucionarios vuestra sentencia absolutoria para el dia en que, cansados de tanta farsa, echeis los trastos por la ventana.

Esto es lo que hacen los pocos que han venido al Parlamento ; y al verse obligados á entrar en aquella fábrica de nuestra desdicha; al tener que tomar parte en intriguillas habilidosas ; al tener que respirar aquel aire inficionado, hacen un inmenso sacrificio.

Comprendo que de los cincuenta y tantos solo hayan venido veinte ó treinta ; se necesita mas valor para *parlamentear* que para salir al campo de batalla ; pero los pocos que nos representan sufren lo que no es decible.

—Confieso, me decia uno ayer, que despues de haber pedido su bendicion al Padre Santo, tener que tomar parte en esa comedia me produce un dolor inmenso. Solo porque se trata de destruir para edificar el bien sobre las ruinas del mal, acepto con gusto el sacrificio.

—Lo creo: se pueden perdonar los triunfos oratorios con tal de no vivir en aquella atmósfera; y lo que es yo, os aseguro que, convencida de que el camino recto es siempre el mejor, de buena gana ahorraria el martirio á los que por nosotros sufren tanto.

*
* *

¡Mísera política!

A pesar mio tengo que hablaros de cosas que repugnan, á mi modo de ver.

Pero ¿de qué he de hablaros?

En los teatros no hay nada nuevo, ni nada bueno, á no ser *La Beltraneja*, de que ya os dí noticia.

En los salones...; en los nuestros, que son los que yo frecuento, la conversacion es, y no puede menos de ser, política.

Al reunirnos hablan nuestros corazones, se desahogan, y ya sabeis cuál es nuestra conversacion de siempre.

Algunas suscritoras me dicen cuando, al hallarlas en alguna casa, condeno nuestra aficion á hablar de política:

«Tiene V. la culpa. Si en vez de llamar á sus revistas *Ecos de Madrid*, las llamase *Ecos de Ginebra*; si nos describiese V. el Bocage; si pudiéramos, por las reseñas da usted, ver con los ojos de nuestra alma aquellas cumbres del Mont-Blanc, aquellos paisajes, aquel lago; si nos hablara V., aunque fuera cometiendo indiscreciones, de la augusta señora, de sus paseos, de sus alegrías, de los príncipes; en una palabra: si llegara á nosotras algun reflejo de aquel foco de luz y de amor donde nos abrasamos, entonces cada noticia, comentada por nosotras, alimentaria nuestra alma durante mucho tiempo, y en vez de entristecernos, de murmurar, de desesperarnos con la política, respiraríamos en una atmósfera serena, pura; todas nuestras ideas serian buenas, todos nuestros sentimientos nos brindarian una felicidad dulcísima; y, no lo dude V., como influimos en nuestros esposos y en nuestros hijos, les comunicaríamos nuestra dicha, y los que son dichosos, créalo V., ni desesperan, ni murmuran, ni sufren.»

Así me habló hace poco una señora á quien estimo mucho, y creo que tiene razon; pero los augustos Duques de Madrid viven en su apacible retiro consagrados á pensar en nuestro bien, á procurárnoslo; aquel hogar es para nosotros sagrado, y tenemos que contentarnos con las noticias que amigos afortunados nos comuniquen.

Lo que puedo deciros es que allí se vive en España y para España; que allí no hay un latido que no responda á una esperanza nuestra.

Sabemos ademas que las augustas personas disfrutan de escelente salud.

Cuando algun pesar gane vuestra alma, pedid á vuestra imaginacion que adivine, fijad vuestros ojos en los retratos que poseeis, leed en aquellas miradas, orad y esperad.

¿Qué son las desdichas del presente ante las venturas de la esperanza?

La Religion, la patria y la monarquía cristiana son á los pueblos lo que la vida á los individuos; y pues sentimos, vivimos.

Fe, mucha fe: obediencia ciega; esperanza inquebrantable; caridad para los que no nos comprenden, para los que nos abandonan, para los que nos aborrecen.

El premio de estas virtudes vendrá, y vendrá á tiempo.

Si obramos como nuestros adversarios, ¿será estraño que vivamos como ellos?

No hay afliccion en nosotros, por grande que sea, que no encuentre consuelo pensando en los seres queridos.

Pensemos en ellos siempre; amémoslos cada dia mas.

El amor que se siembra en corazones generosos, produce felicidades sublimes.

ESPERANZA.

MADRID, 1871.—Imprenta de *La Esperanza*, á cargo de D. A. Perez Dubrull, Pez, 6.



LA MARGARITA.

ALBUM DE LAS SEÑORAS CATOLICO-MONARQUICAS.

AÑO I. 22 OCTUBRE 1871. NÚM. 30.

POLÍTICA FEMENINA.

UNA VOZ DE ALERTA.

Voy á ver si consigo, por medio de una parábola, calmar impaciencias, disipar dudas y fortificar en los corazones la esperanza y la fe.

Vosotras, mis queridas lectoras, vais á juzgar el caso, y cuidado que espero que inculqueis vuestro fallo á los que giran en torno de vosotras, viviendo de vuestro cariño.

Figuraos que un jóven ha heredado un vasto terreno lleno de escombros, y que en virtud de su derecho se propone construir un palacio rodeado de casas cómodas y baratas para albergar á sus servidores.

Lo primero que busca es un arquitecto, el cual traza los planos y se entiende con los maestros de obras para que le provean de los materiales y de los operarios indispensables.

El terreno es hermoso; su propietario tiene buen gusto y cuenta con recursos. Las obras ofrecen gloria al arquitecto y honroso trabajo á los jornaleros.

Todos aceptan la tarea con entusiasmo.

Los planos son magníficos.

Los destajistas buscan y encuentran escelentes materiales.

Los trabajos principian.

Unos empiezan á quitar los escombros para dejar limpio el terreno.

Otros labran la piedra.

Otros pulen la madera.

Otros amasan el yeso y escogen los ladrillos para que la obra sea sólida y perfecta.

Y todo es vida, y movimiento, y animacion.

La idea de contribuir á la creacion del edificio encanta y fascina á los operarios.

Los que poseen terrenos ó casas cerca, envidian al amo que tan fieles servidores tiene, y les desespera la idea de que con el tiempo van sus casas, construidas por contrata, á arruinarse, mientras que se levantará majestuoso, sobre sólidas bases, el edificio en construccion.

Esta idea les quita el sueño, y en sus desvelos buscan el modo de destruir aquella fe, aquel entusiasmo.

La impaciencia de los operarios es grande.

Todos han de tener vivienda cómoda y barata; todos han de estar protegidos por aquel palacio que, creado por el amor y la caridad, á la caridad y al amor ha de albergar bajo sus muros.

De pronto, por razones respetables, dispone el dueño que se suspendan las obras.

Los que se proponian hacer negocio se despiden, y se van á ofrecer sus servicios á los vecinos.

Los que no tienen mas hogar ni quieren tener mas amparo que el que ha de prestarles el noble trabajo á que se han consagrado, sufren, pero no desmayan.

Entre estos últimos, muchos abandonan los útiles, y, sin perder la esperanza, se entregan á la ociosidad.

Los que se han ido, y los que quieren que las obras no prosigan los buscan, los halagan, é insidiosamente los entretienen con noticias, los preocupan con temores, escitan en ellos habilidosas sospechas, y con hipócrita maldad desempeñan cerca de ellos el mismo papel que el diablo cuando, bajo la forma de serpiente, entró en el paraiso.

—El maestro de obras tal, les dicen, es quien tiene la culpa de la suspension de los trabajos. ¡Ya se ve! ¡El querria acapararlo todo!

—El proveedor de piedra es el que ha puesto dificultades.

—El arquitecto es la causa de todo.

Y algunos traidoramente llegan hasta á insinuar si tal ó cual influye en el ánimo del dueño.

Como no van de frente, como doran la píldora, ¿qué sucede?

Los trabajadores ociosos se desesperan; llenos de dudas y de sospechas, pierden la tranquilidad de espíritu, y no conocen que son víctimas de la falacia de sus enemigos.

¡Ah, inocentes! Lo que esos quieren es arrebataros la fe, debilitar vuestras fuerzas, para que cuando llegue el dia en que el dueño del terreno vuelva á llamaros, esteis divididos, y carezcais de aquellos elementos que pueden elevaros á la categoría de titanes, de héroes, en la construccion de la obra.

Cuando menos, desean ingerir en vuestra alma el vírus de la duda, el demonio de la soberbia, que corroe sus entrañas.

Para que caigais en el lazo os halagan, os fascinan, se presentan á vosotros con la máscara del patriotismo, del sufrimiento; y ellos, perezosos y difíciles ayer, lo presentan hoy todo como hecho, como próspero, como malogrado.

Pero la mayoría de los operarios solo ha formulado esta reflexion:

—Nadie mas interesado que el dueño del terreno en trocar los estériles y horribles escombros en fecundas y hermosas viviendas. Cuando él nos dice "esperad" despues de las pruebas de amor que nos ha dado, acaso ha visto el medio de llegar al fin con menos sacrificios de nuestra parte. De cualquier modo, creer es infinitamente mejor que dudar, y, no hay remedio, el edificio tiene que levantarse.

Y en vez de descansar, en vez de echarse en brazos de la sociedad, los unos prosiguen quitando escombros; los otros cuidan de que los materiales no se estropeen; otros aprovechan el tiempo para ver si hallan perfecciones que aplicar á los trabajos; el arquitecto y sus ayudantes estudian de nuevo los planos para mejorarlos; y todos, sin perder la costumbre del trabajo, auxiliados con el provecho de la meditacion, firmes, serenos, llenos de fe y esperanza, felices con sus

creencias, mas felices aun porque cumplen un deber esperando, aguardan la órden de reanudar sus tareas, y están seguros de que, mas concienzudos y perfectos los preparativos, darán mejores resultados.

¡Y qué! los ociosos ¿no podian ocupar el tiempo en tareas fecundas?

¿No hay industrias, no hay ciencias, no hay artes que perfeccionar y que apropiar á las necesidades del nuevo edificio?

¿No hay medidas que adoptar para el buen uso de los dones ofrecidos?

¿No es avanzar á la realizacion de la esperanza pensar en los problemas pendientes, y resolverlos?

Decidme ahora, lectoras: ¿quiénes creeis que aciertan: los que trabajan en los preparativos, sin escuchar los rumores que llegan á su oido, y sin ver mas que la luz interna de su fe, ó los que, considerando que hay tiempo, impacientes é intranquilos, prefieren la ociosidad, y oyen desde los brazos de esta falaz sirena las voces del egoismo, de la envidia, del despecho ó de la maldad?

Decidid y encerrad con vuestras cariñosas palabras en el lazareto de la fe á los buenos, á quienes quieren inficionar los malos.

Yo os aseguro que el edificio se levantará, y se levantará pronto, y será sólido y grandioso.

Que no tengan que amasar sus muros las lágrimas del remordimiento. Que todos, con el alma pura y la conciencia tranquila, podamos colocar sobre su cúpula... la santa cruz de la redencion de la patria.

JUAN DE LUZ.

LAS ARTES.

—

ARTÍCULO I.

El grandioso cuadro que la mano del Hacedor desarrolló á la vista del hombre desde el momento en que, formándole á su semejanza, pudo comprenderle, despertó su admiracion; y el deseo de reproducir aquellas magníficas obras que contemplaban sus ojos, de imitar aquellos sonidos que parecian ser el lenguaje de la naturaleza, unido á una necesidad imprescindible de formar un mundo para el pensamiento, produjeron las artes. ¡Las artes! Esas inmortales sibilas que revelan con todos los atractivos de la belleza, los misterios del alma, porque representan todos sus sentimientos; esas inspiraciones de todos los siglos, que despues de elevar al hombre privilegiado á mayor altura que los demas, engrandecen las naciones, las hermanan, se levantan sobre sus ruinas, y guardan su memoria cuando el tiempo las borra de la tierra.

La sabia Providencia, que al imponernos necesidades nos ha proporcionado tambien los medios de satisfacerlas, ha hecho de las artes una necesidad moral, apremiante, vital; pero nos ha dotado con dos elementos poderosos para crearlas y gozar sus efectos: la imaginacion y el sentimiento, que, reunidos para estos fines, forman el sesto sentido de que nos habla Topffer; ese sesto sentido, fuente inagotable de emociones purísimas, de felicidades inmensas; ese sesto sentido que, como un ángel tutelar del hombre, parece que se esmera en renovar sus esperanzas cuando los desengaños las destruyen, y en ofrecerle los encantos del mundo ideal, cuando los dolores del mundo material asedian y martirizan su combatido corazon.

Ellas toman todas las formas para satisfacer los deseos mas nobles y elevados del alma que los busca, aumentan la ventura y endulzan el pesar, velan continuamente por el bien de la humanidad, y la aleccionan, seduciéndola primero, mostrándola el ejemplo, dominándola despues, no para esclavizarla, sí para enaltecerla.

Ellas tienen consuelo para todas las aflicciones, sosteniendo la fe, escitando el entusiasmo, ofreciendo el eterno ga-

lardon de la gloria; inspiran las heróicas acciones, los generosos pensamientos, y son un fiel espejo donde todas las civilizaciones retratan sus grandezas y sus debilidades.

Ellas han conservado las figuras colosales que cada siglo ha presentado para realizar una idea, para destruir un error, para descubrir y allanar el camino de la humana perfeccion; han robado á la naturaleza sus encantos, al espacio sus sonidos; han idealizado la materia; han engrandecido el átomo; han poblado el vacío; y el hombre, en posesion de la belleza, ha gozado sintiendo, y ha visto despertarse en su alma el entusiasmo, y por estos caminos ha llegado á la civilizacion, que es la verdad, ha llegado á enorgullecerse de sí mismo sin desconocer á la Divinidad, por el contrario, comprendiéndola y adorándola, y ha llorado de alegría al levantarse sobre la ignorancia, al contemplarse el ser mas privilegiado de la creacion.

Preguntad á todos los que viven en ese mundo luminoso del pensamiento, qué representan á sus ojos las artes, y os dirán que los goces del alma. Y no pregunteis solo á los que piensan, sino á los que sienten: mostrad á un aldeano un lienzo en el que esté copiado un valle hermoso y una cruz en su centro, una cabaña en la colina, las torres de una ciudad en lontananza, y le oireis esclamar con júbilo en las mas inesperadas admiraciones. Para él, aquel lienzo representa su infancia, su familia, su fe, sus esperanzas. Hacedle oir una melodía cualquiera, un canto, por sencillo que sea, y segun lo que esprese, le vereis llorar de pena ó de alborozo, porque recordará los arrullos de su tierna madre, las plegarias de su padre al saludar la luz del alba, los cantares de sus compañeros en el dia de fiesta al reunirse en el fondo del valle, ó la voz de la mujer querida que despertó en su alma inocente el primer sentimiento de amor.

Tal es el gran influjo de las artes; y aunque diferentes en su forma, todas tienden á un mismo fin, todas ellas pueden producir efectos análogos, porque su esencia es una misma.

En el próximo artículo demostraré este aserto, y despues de esplicar lo que á mis ojos representan las artes, os daré cuenta de las obras que constituyen la Esposicion que se inauguró el domingo anterior y está siendo objeto de la curiosidad y de la admiracion del público madrileño.

Julio Nombela.

CUADROS VIVOS POLÍTICOS
Y SOCIALES.

—

La farsa social.

La casualidad, esa musa de los novelistas, reunió una noche del pasado invierno en uno de los pocos bailes distinguidos que hubo en Madrid, á una jóven de veinte á veintidos primaveras, y á un jóven de veintiseis á veintiocho años.

Ella estaba vestida con elegancia, con lujo, y al mirar su rostro no podia uno menos de figurarse que contemplaba las facciones de uno de los ángeles con que adornó Murillo su San Antonio.

En él habia belleza, inocencia y alegría.

El jóven, por su parte, iba tambien vestido de rigurosa etiqueta, y no dejaba de ser agraciado.

Natural era que, al ver á la hermosa niña, desease hablarla, estar al lado suyo y bailar con ella.

Mi jóven y la elegante señorita se vieron, se agradaron, y bailaron un wals.

—¿Viene V. á menudo á los bailes de la señora de Perez? preguntó él.

—No, señor: hacia ya mas de un año que no asistia á ninguna funcion.

—Por eso yo buscaba algo sin encontrarlo.

—Es V. muy amable.

—¡Oh, no! ¡Pero me interesa V. tanto!

—¿Eso es galantería, ó es verdad?

—Es natural.

—Perdóneme V. una indiscrecion: ¿cómo se llama V.?

—Rosa.

—¡Qué casualidad! se dijo Hipólito (que este era el nombre del galan). ¡Como mi vecina del cuarto principal! Pero si se parecen en el nombre, en lo demas se diferencian: mi vecina es una coqueta.

Terminado este aparte, que fue un relámpago en la imaginacion del jóven.

—Indiscrecion por indiscrecion, dijo ella: ¿cómo se llama V.?

—Hipólito.

La jóven pensó algo; pero no me conviene repetirlo: baste saber que este nombre le recordó el de un jóven de quien habia oido decir:

—Es un buen muchacho; pero tan pobreton, que no tiene sobre qué caerse muerto.

—¡Qué diferencia entre uno y otro Hipólito!

El que tenia delante, al menos podia caerse muerto sobre su frac.

—¿Y piensa V. ir este año á muchos bailes?

—A todos los que V. vaya.

—Pocos serán entonces... Es un milagro que haya venido aquí. No me agradan los bailes.

—A mí tampoco.

—El silencio, la soledad, la lectura, el piano, la familia, estos son mis únicos goces.

—Tambien los mios.

—Así es que deseo siempre con ansia que llegue la primavera.

—¿Para dar envidia á las flores?

—No, por cierto: para salir de Madrid, en donde me aburro, y pasar cuatro meses en las inmensas posesiones que tiene mi familia en Valencia.

—¡Es rica! se dijo Hipólito.

—El verano lo paso en una quinta que poseemos cerca de Bayona, y mi mayor martirio es tener que venir á Madrid. ¿No le parece á V. que aquí se sufre mas que se goza?

—¿Pues no? Tambien yo estoy cansado de esta vida. Se levanta uno á las doce, una hora en la sala de armas, otra hablando de toros y caballos, dos en paseo, dos en visitas estériles, tres en la Opera, cuatro ó cinco en un salon aristocrático, una ó dos en el Casino oyendo murmurar del gobierno que manda... ¡Esto es horrible...! cansa, hastía... empequeñece la inteligencia, y al fin y al cabo se convence uno de que la soledad, el campo, la primavera, la familia, constituyen la única felicidad. ¡Ah! sí, Rosa: todo lo que constituye el bello ideal de V., es mi sueño dorado; pero yo no soy egoista; siendo feliz, necesitaria dar parte de mi felicidad. ¿No ha amado V.?

—¡Yo! Nunca.

—Y sin embargo, el amor es la luz, es la vida...

—Mi alma presiente su belleza; pero la teme.

—¿Por qué?

—¡He oido hablar tan mal de los hombres desde que escucho lo que oigo...!

—Hay escepciones.

—No lo niego.

—El amor es una semilla que se siembra en el alma y que produce lo que V. mas quiere: la familia.

—O la desgracia.

—¿No son otros felices?

—Sí; mas yo, para serlo con el amor, ¡necesitaria tanto! ¡Soy tan estraña! ¡He formado una idea del amor! ¡Hay tanta pureza, tanta sublimidad en ella, que la conservo como un tesoro, y tengo miedo de no hallar en el mundo un alma que pueda comprenderla!

—¡Ah! V. no se parece á las demas mujeres.

—Tampoco V. á los hombres que me han hablado hasta ahora.

—Es decir, que quiere V. que seamos amigos.

—Con mucho gusto.

—¿Y nada mas que amigos?

—¿Qué mas?

—¡Oh! algo mas... mucho mas...

—Va V. muy deprisa.

—No tanto como mi alma desea.

—Mi mamá se levanta: tal vez quiera que nos retiremos.

—¿Se va V. ya?

—Es preciso.

—¿Volveremos á vernos?

—Mañana iré al Teatro Español.

—Yo tambien.

—No olvide V. que soy su amiga.

—No olvide V. tampoco que yo nunca podré olvidarla.

Rosa corrió al encuentro de su mamá.

Era ya tarde: los convidados fueron desfilando.

Hipólito estaba entusiasmado.

—¿Me amará? se decia al bajar la escalera; nos uniremos, y pasaremos la primavera en nuestras posesiones de Valencia; el verano, en Bayona; el invierno...

Distraido con estas esperanzas, subió á un coche de alquiler que estaba á la puerta, y le dijo:

—¡A la calle del Baño!

El cochero arreó, y no tardó en llegar á la calle designada.

Detras iba otro coche, que se detuvo en la misma puerta.

Hipólito alargó una peseta al cochero.

—Son diez reales, le dijo el auriga.

—¡Cómo diez!

—Han dado ya las doce.

—Sí; pero empieza á amanecer, y una carrera de dia...

—Yo no entiendo de eso: ¡vengan mis diez reales!

En aquella situacion, no tuvo mas remedio que pedir al portero seis reales prestados.

El buen hombre se los dió, diciéndole:

—Tenga V. para salir del apuro; pero otra vez no gaste coche si no puede pagarlo.

Entonces pasó al lado de Hipólito, y le miró con estrañeza, una jóven envuelta en una rica *sortie de bal.*

—¿Quién es ese? preguntó al portero, mientras Hipólito iba á pagar al auriga.

—El huésped del tercero.

—¿El que no paga el hospedaje, y anda siempre entrampado?

—El mismo.

—¡Oh desengaño! dijo la jóven al subir con su madre la escalera. ¡Y yo que me habia figurado haber hallado ya un marido rico y bondadoso!

Hipólito subió á su cuarto, y no durmió, pensando en la cándida jóven y en sus posesiones de Valencia.

Al dia siguiente, por la mañana, dió esperanza á sus acreedores, logró que un usurero le prestase algunos duros, buscó quien le presentase en la embajada, y, al volver, encontró en la escalera á una jóven.

¡Era ella!

El portero la saludó con veneracion.

Hipólito bajó, pagó su deuda de la noche anterior, dió al cancerbero dos reales de propina, y le dijo:

—¿Conoce V. á esa jóven?

—¡Ya lo creo! Como que vive en la casa.

—¿En la casa?

—Sí: es la señorita del principal.

—¿La que tiene tantos novios?

—La misma.

—¡Adios ilusiones mias! Hé aquí un desengaño que me ha costado una noche de sueños y doce reales.

—Es lo menos que cuesta una butaca en cualquier teatro, dirá el lector.

Desde entonces los dos huyen el uno del otro, y él sigue diciendo que el oro le aburre, y ella que aun no ha amado.

Pero si engañan á los demas, no pueden ya engañarse.

X.

LA BELLEZA EN LAS ARTES.

LIBRO PRIMERO.

CAPITULO PRIMERO.

De cómo el hombre tiene seis sentidos.

Conocidos los cinco primeros, réstanos demostrar el sesto, y esto es sumamente difícil, porque carece de los medios de manifestacion que sus compañeros; es invisible, y reside oculto en el interior del cerebro. Pero reside donde decimos, y desde su retiro misterioso domina á sus cinco hermanos, esclavizándolos á sus deeseos.

Y no hay duda: con los ojos vemos, con el oido oimos, con la nariz olemos; pero ¿qué es oler, oir y ver? Tambien para el bruto la hoja es verde, la flor olorosa, el cielo brillante. Los animales perciben, gracias á sus cinco sentidos; pero no hacen mas que percibir.

Solo el hombre ha alcanzado el privilegio de poseer el sesto sentido: su rudimento se halla en todos los cerebros de la especie humana; pero en los unos se desarrolla, y en los otros aborta ó permanece ocioso.

CAPÍTULO II.

De cómo el autor escamotea la descripcion del sesto sentido, y se embrolla á ojos vistos.

Voy á decir cómo se le nombra en el mundo, porque es mas fácil designarle que describirle.

Los unos le han llamado la poesía de la inteligencia, la inspiracion; los otros dicen que tener este sesto sentido es tener vena, númen.

Pero, ¿qué es lo que ve, qué es lo que huele ese sesto sentido? Huele, oye, toca; en una palabra: desempeña las funciones de los otros cinco, pero en un mundo ideal, en donde estos no entran. Antes he hablado de la hoja, del lago, del cielo; pues bien: todas estas cosas se le presentan con un encanto en el que no entran para nada ni la brillantez, ni el verde, ni el azul. Un encanto del cual son la ocasion estas percepciones, pero no el objeto; ellas lo escitan, lo provocan, pero por sí solas no bastarian á producirle. Puedo afirmar que este encanto existe; pero, ¿cómo pintarlo? Cuando se le quiere fijar, se disipa; cuando se le quiere coger, se escapa; cuando se logra poseerlo, se marchita al instante.

CAPÍTULO III.

De cómo el autor, tratando de describir cosas sentimentales, aparece enfadoso, afectado y oscuro, sin dejar por eso de ser hombre de bien.

Voy á probar á describirlo.

El encanto de que hablo consiste en ver en la hoja algo de caduco, de efímero; consiste en pensar á su vista en la rapidez con que se alejan los años, en las tristes metamorfosis que opera el tiempo; consiste en descubrir en la hoja alguna semejanza con nuestro destino, juguete de las cosas esteriores, como la hoja lo es de los tiempos y de las tempestades; consiste en esperimentar, al hallarse en el lago, un sentimiento apacible, dulce, tranquilo, un misterioso retiro ó un puro reflejo del cielo, variable como él; é inspirando al alma, tan pronto una melancolía que la contrista, como una espansiva alegría que la recrea; por último, consiste en hallar en el cielo una profundi-

dad que conmueve, horizontes inmensos, playas lejanas...

Creo que me conviene no seguir adelante.

CAPÍTULO IV.

De cómo el autor sale del apuro de la mejor manera posible.

Por oscuro y estúpido que sea mi anterior capítulo, si mis lectores han comprendido algo de él, es como si lo hubieran comprendido por completo, porque estarán seguros de que la sensacion pura y sencilla, no es mas que la humildísima esclava de mi sesto sentido, al cual proporciona sin cesar los medios de soñar, de sentir, de vagar dulcemente por un pais delicioso y sin límites, que no es el material que ven los ojos ni huellan nuestros pies.

Pero si no habeis comprendido nada, será sin duda alguna porque no he dicho nada comprensible (lo que me inclino á creer), ó bien que, careciendo del sentido en cuestion, es imposible daros una idea de él (lo que es poco probable, porque estoy seguro de que mis lectores son todos hombres inteligentes y de una constitucion perfecta).

Juan Pablo, ciego de nacimiento, leia en una ocasion acerca de los colores, y decia del autor que no solo no entendia una palabra, sino que ni tampoco se entendia á sí mismo... Y acaso tenia razon Juan Pablo.

CAPITULO V.

De cómo el autor recapitula y enlaza lo que ha dicho con lo que va á decir.

Existe, pues, un sesto sentido; pero ¿qué es?

La vena, como decimos en España; la *bosse*, como se dice en Francia.

Todos no la tienen; pero mis lectores y yo la tenemos.

Ahora bien: ¿qué haremos con ella?

Esto es precisamente lo que voy á deciros en el capítulo que sigue.

(Se continuará.)

RODOLFO TOLFFER.

ECOS DE MADRID.

—

Despues de unos cuantos dias de una temperatura deliciosa, de esa temperatura que hace de Madrid el mejor de los climas en el otoño, han empezado las lluvias, y todo parece triste en la naturaleza.

Las flores agostadas por el estío, los frutos madurados por el calor, las hojas abandonadas en el árbol, todo desaparece.

Y, sin embargo, en el corazon de ese árbol que va á arrostrar los vendavales del invierno, que va á sufrir el helado contacto de la nieve, están los gérmenes de las flores y de los frutos que alegrarán la primavera y fecundizarán el verano.

La Providencia vela por el pobre tronco.

El otoño es sin duda la estacion mas triste del año para el campo; la mas animada para las ciudades.

Ingratos, muy ingratos son los que, despues de haber gozado de las delicias del campo, le abandonan cuando pierde su belleza.

Y ved lo que son las cosas: mientras nosotros dejamos de recrearnos en el espectáculo de los verdes valles, de las productivas huertas, de los floridos jardines, de los paisajes encantadores, esa tierra abandonada recoge la semilla, y con el cuidado de unos cuantos seres á quienes creemos desdichados, pero que son felices, muy felices, mientras nosotros gastamos nuestra alma en las sensaciones de la vida de la ciudad; mientras nosotros no pensamos en ella, piensa en nosotros, y nutre con su jugo la semilla, y trabaja para darnos el alimento, para recrearnos de nuevo con sus galas.

¡Bendito sea Dios, que nos muestra de este modo su infinita misericordia!

La tristeza del campo es el gérmen de nuestra alegría.

Su generosidad es un ejemplo que debemos imitar.

Al comunicarnos su melancolía, nos invita á meditar, y la meditacion, cuando se eleva al cielo, es bálsamo dulcísimo.

Al mostrarnos el sacrificio que hace por nosotros, nos invita á sufrir y nos enseña que siempre alcanza el premio la constancia.

No sé por qué, mis queridas lectoras, pero este otoño es quizás el primero de mi vida en que la tristeza del campo no puede alterar la alegría de mi corazon.

Hay en él una flor muy guardada, que ni las lluvias ni el vendaval pueden marchitarla; es una siempreviva, pero con color y aroma: es la esperanza, que esta vez, no lo dudeis, dará flores y frutos sobre la misma nieve.

¿No sentís su perfume en vuestro corazon?

Y si lo sentís, ¿no es verdad que sois muy dichosas?

¡Ah! Si fuera posible reunir en uno solo vuestros latidos, y llevarle lejos, muy lejos, á aquella santa morada, trono al que sirve de dosel el Mont-Blanc, y de alfombra el césped siempre verde; si ese latido pudiera penetrar en el corazon mas puro y mas noble de la tierra, y tornara á nosotras despues, ¡qué tesoros de amor, y de esperanza, y de felicidad hallaríais en él!

Ese latido os diria que hay una flor trasplantada que necesita el purísimo sol de España; que al estar aquí difundiria su aroma celestial en todas partes: ¿y qué no haríais vosotras por recrearos en esa flor que guarda en su cáliz el secreto de vuestra ventura?

Pues bien: vuestras oraciones serán oidas, vuestras esperanzas serán calmadas; Dios lo quiere, y presto, muy presto, la espansion de vuestra alma alejará las tristes ideas que os abruman.

Presto, muy presto dejareis de oir en torno vuestro la murmuracion, á quien reemplazará la admiracion.

Presto, muy presto enjugará la dicha vuestras lágrimas, y creereis soñar al veros trasportadas á un mundo en el que la inteligencia y el sentimiento de lo bello iluminarán todos los horizontes.

Presto, muy presto, tras las lluvias otoñales, brillará el arco-íris.

No me pregunteis nada.

Os habla mi corazon, y el corazon de la mujer es leal.

*
* *

Tan contenta estoy, que no quiero hablaros mas de las miserias de la política.

¿Qué adelantaria presentándoos á un ministro de la Guerra que, al tratarse de los asuntos de Melilla, anuncia que el gobierno está resuelto á no retroceder *ni ante los moros ni ante los cristianos?*

¿Qué añadiria á lo que sabeis, diciendo que la epidemia del personalismo ha dividido á los revolucionarios, y que el ministro de los *puntos negros* y su partido se valen del buzon del Congreso para enviar á sus amigos treinta ó cuarenta mil manifiestos, privando al Tesoro, segun dicen los periódicos, de cerca de dos mil duros de ingresos?

¿Qué no os afligiria si os recordase que nuestros soldados se baten en Africa, y que se dice muy alto que entre los moros del Riff circula el oro filibustero?

Apartemos con asco y con horror nuestra vista de este cuadro; cerremos nuestros oidos á las atrocidades que en pleno Parlamento ha dicho un orador defendiendo á *La Internacional*; y pues que nos convidan la Esposicion de Bellas Artes y los teatros, busquemos por este camino notas que formen armonía con las que la esperanza arranca de nuestro corazon.

*
* *

Una Esposicion de Bellas Artes debia ser, y será algun dia, un gran acontecimiento.

Los cuadros, las esculturas, los planos y los dibujos, no son meros adornos de un salon, no son una distraccion de los ojos y un estímulo de la desocupada curiosidad de un pueblo.

Cada objeto artístico es el producto que un alma saca de su contacto con otras almas; es un rasgo de la sociedad que ha quedado en el objetivo de un artista.

Que vayan en buen hora á ver figuras y colores los que quieran; pero allí ha de haber algo mas: allí debe encontrarse el espíritu de un pueblo, las huellas de una época, el resúmen del movimiento intelectual del mundo.

Pero, sin querer, voy invadiendo el campo que Julio Nombela, nuestro querido Director, se ha propuesto cultivar para vosotras en este Album.

Me atreveré á decir, sin embargo, con su permiso, que la Esposicion de Bellas Artes, abierta al público en Madrid, es, en conjunto, una imágen de la situacion que ofrece España.

Allí hay algo bueno, mucho mediano, mucho malo; y aquellos cuadros y aquellas esculturas presentan el confuso tropel de ideas que dominan á nuestra sociedad.

Falta la unidad de pensamiento, la unidad de tendencias, y, por lo mismo, la variedad sin unidad: es una coleccion de cuerpos sin alma.

*
* *

En el magnífico teatro de la Opera se ha cantado *La Hebrea* bastante bien; pero hay una gran decadencia en la escuela de canto moderna.

El público, llenando el teatro Español para saborear las bellezas del drama *La Beltraneja*, ha dado un solemne mentís á los que aseguran que solo el género bufo es capaz de conmover á nuestra sociedad.

En el teatro de la Zarzuela se han estrenado dos de escasa importancia, tituladas: *Don Pacífico*, y *El Hombre es débil.*

La moralidad de sus fábulas es un poco dudosa; pero, dadas las obras que ordinariamente se representan, pueden clasificarse entre las mas sanas.

En el Circo ha vuelto á ponerse en escena la comedia *Dulces cadenas.* Es bellísima.

Matilde, que es una gran actriz cuando no se empeña en hacer papeles de jóvenes de quince años, ha reverdecido sus laureles en la bella comedia *Por derecho de conquista.*

*
* *

Leed el último folleto de Manterola titulado *El Espíritu carlista.* Allí encontrareis el alma inspirada y la elocuencia arrebatadora de ese hombre privilegiado, que es á un tiempo el profeta, el cantor y el soldado de la santa causa de la legitimidad.

ESPERANZA.

MADRID: 1871.—Imprenta de *La Esperanza*, á cargo de D. A. Perez Dubrull, Pez, 6.



LA MARGARITA.

ALBUM DE LAS SEÑORAS CATOLICO-MONARQUICAS.

AÑO I. 29 OCTUBRE 1871. NÚM. 31.

POLÍTICA FEMENINA.

LAS MUJERES CARLISTAS.

Digámoslo de una vez y sin rodeos: en nuestro partido valen mucho los hombres, pero las mujeres valen mas, mucho mas.

Admirable es el valor del jóven que acude á dar su vida en aras de la patria; del anciano que olvida sus achaques y corre en busca del peligro; del esposo y del padre que sacrifican sus afectos por defender la Religion, la patria y la monarquía; pero el jóven, el viejo, el esposo y el padre, al convertirse en soldados de una santa causa, al reunirse unos con otros, al sufrir juntos las penalidades, al encontrarse en medio del fragor del combate, forman una familia; un flúido magnético desarrolla su vitalidad, y el humo de la pólvora, el estruendo de los disparos, el polvo que levantan los caballos, el arrebatador sonido de las músicas, ó la sensacion eléctrica de los *vivas* que escuchan en torno suyo, los convierten en seres estraordinarios, los embriagan, los fascinan, los alientan, y en aquella confusion, en aquella pelea, en aquella conmocion nerviosa, no ven mas que una bandera y un triunfo.

¡Ah! todos los españoles que sienten algo en su pecho, hasta los que parecen mas pusilánimes, pueden tornarse en héroes en esos supremos momentos. Un caballo y una lanza, el mando de una batería, el asalto de una trinchera, la resistencia de una carga á la bayoneta, todos estos episodios del combate son arrebatadores.

Y si se ve á los moribundos exhalar el último suspiro gritando: *¡viva el Rey!* y si se ve á los heridos besando el escapulario que una madre piadosa ha puesto al cuello de un hijo amado; y si se ven obstáculos insuperables, y detras de ellos el laurel de la gloria; y si en medio del estruendo se percibe

esa sublime música, ese canto vascongado que está en nuestros corazones y termina con la sencilla y embriagadora esclamacion *ay! ay! ay! mutillac,* ¡oh! entonces se comprende todo lo grande, todo lo heróico, todo lo arrebatador de la resolucion que ha impulsado al combate; y aunque el recuerdo de un ser querido nos asalte, parece en aquellos instantes que una doble vista nos permite ver mas allá de nuestra tumba, oir las bendiciones de los que nos suceden, y contemplar colmados de beneficios, y sobre todo de cariño y respeto, á las enlutadas personas que nos lloran y que dicen en medio del dolor, con una alegría santa:

—Mi padre, mi esposo y mi hijo ven desde el cielo el triunfo. ¡Dios los haya recogido en su seno! Su sangre ha regado la tierra ingrata y la ha hecho buena y fecunda, porque en su sangre estaba el gérmen del bien.

Todo esto, que es doloroso y al mismo tiempo sublime y grande, hace del actor un héroe; pero los accesorios de la escena le ayudan; allí no es mas que el hilo conductor de una electricidad que está en la atmósfera que respira; allí su vida es el vértigo: el valor de estos hombres es un gran valor; pero hay otro mas grande: el de la esposa, el de la madre, el de la hija; en una palabra: el de la mujer carlista.

La mujer carlista tiene en su alma el sentimiento de la Religion y el sentimiento de la patria.

Ella conoce que la salvacion de la sociedad depende del triunfo de estos principios, y ni aun en los instantes de mas dulce espansion de la familia olvida que la felicidad de la sociedad en cuyo seno vive, la impone los mas dolorosos sacrificios.

Al dar su pecho al hijo amado; al recrearse en sus hermosos ojos, en sus frescas mejillas; al acariciar sus delicadas manecitas; al deleitarse en su pura sonrisa, piensa en la Religion, en la Patria y en el Rey.

—Tú, hijo mio, le dice cuando aun no puede comprenderla, serás muy cristiano; y cuando llegue el dia, volarás como tu padre á defender lo que él.

Sabe que cria y educa un soldado, quizás un mártir; y aunque se estremece de dolor, acepta el deber que la imponen sus sentimientos.

Ella le enseña á rezar; ella rodea su cuna con las imágenes del Rey, á quien rinde culto, á quien ama mas porque sufre el destierro de la patria, cuyas desdichas lamenta, y su goce supremo consiste en oir la argentina voz de su hijo cuando, al preguntarle los amigos qué es, responde:

—¿Yo...? Carlista.

Ama á su esposo, y, sin embargo, cuando llega la hora del combate, en vez de detenerle; en vez de recordarle las desdichas que la esperan si él sucumbe; en vez de llamar á sus hijos y pedirle que no los abandone, ahogando el dolor, devorando las lágrimas:—Parte, le dice, y cumple como bueno. No temas por nuestros hijos: si Dios dispone que no volvamos á vernos en el mundo, yo les enseñaré á respetar y bendecir tu memoria; yo les guiaré por el camino que tú les has trazado. La atmósfera en que viven está corrompida; vé á buscar para ellos y para mí la paz y la ventura del hogar; vé sin temor, que nuestras oraciones te acompañarán.

¡Oh qué grandiosa es la mujer cristiana! El mas leve rumor en medio de la noche la asusta, y, sin embargo, no hay serenidad, no hay valor comparable al suyo, cuando á solas arregla la maleta del ser querido que va á partir, y limpia el uniforme que quizás van á atravesar las balas.

Pero su heroismo es mayor cuando al movimiento de los preparativos sigue el silencio de la ausencia.

No la busqueis en los paseos, no la busqueis en los teatros, no espereis verla asomarse al balcon.

Los niños, que han oido algo, que presienten la guerra, juegan á los soldados:

—Yo soy papá, dice uno armado de un palo cualquiera.

—No; soy yo, esclama otro.

—Entonces, ¿con quién nos peleamos?

Y no hallando enemigos, la emprenden con las sillas y las mesas.

Esta algazara llega al retiro de la esposa y se confunde con el suspiro que exhala su pecho como aquellas grandiosas frases del cuarteto de *Rigoletto*, en que se enlazan las carcajadas del duque con los desgarradores gritos de Gilda.

Pensad por un momento en las largas horas de soledad, de temor, de zozobra, de martirio de la mujer que espera á cada instante una noticia terrible, que sin las emociones y los estímulos que agitan á los que se baten, sola, con los cuidados de la casa, con las preocupaciones del porvenir, siente la batalla en su alma, mientras su cuerpo está inmóvil.

Recoged sus latidos, examinadlos, y hallareis en ellos una abnegacion sublime, un valor heróico.

Que ella vea triunfantes la Religion, la Patria y el Rey; que ella pueda oir desde el misterio de su hogar, y cuando llora una gran pérdida, los gritos del entusiasmo que inspira el triunfo, y ofrecerá á Dios sus martirios, y aceptará toda clase de trabajos y de sacrificios para reemplazar al que solo vive en la admiracion de la posteridad.

¿No es un retrato fiel de vuestros sentimientos el que acabo de trazar?

Pues si lo es, confesemos con orgullo que las mujeres carlistas, no solo como esposas y madres, como hermanas é hijas, sino pura y simplemente como mujeres, dignas herederas de las heroinas de Numancia y Sagunto, de las víctimas de la Independencia en Gerona, en Madrid y Zaragoza, valen mas, mucho mas, que los hombres.

¡Dios premiará vuestras virtudes! Cuarenta años de lágrimas son toda una cuaresma de martirio, que tendrá en breve hermosa Pascua de Resurreccion.

JUAN DE LUZ.

LAS ARTES.

—

ARTÍCULO II.

El poeta menos universal por la barrera de los idiomas, pero el mas poderoso de los intérpretes del arte, con el auxilio de la imaginacion y el sentimiento, da movimiento y vida á las palabras, combinándolas, armonizándolas, esclavizándolas al capricho de su fantasía; forma con ellas cuadros como el pintor, modela estatuas como el escultor, levanta edificios grandiosos como el arquitecto, imita y combina los sonidos como el músico, y reuniendo en cada una de sus creaciones los efectos que á las suyas dan los demas artistas, fascina y arrebata, conmueve y seduce, convence y admira.

Abrid *La Ilíada*: cualquiera de sus páginas es una prueba de lo que decimos.

Recordad, por ejemplo, la descripcion del famoso combate entre los dioses tutelares de los griegos y los de los troyanos. Júpiter truena desde el Olimpo, Neptuno desde el seno de las aguas conmueve la tierra y agita las cimas de las montañas; Pluton, horrorizado en sus profundos antros, se lanza de su trono, y prorumpe en imprecaciones, temeroso de que la tierra se abra y aparezca su imperio tenebroso y horrible á los ojos de los dioses y de los hombres; ¡todo es grande, todo es sombrío, todo es magnífico en este cuadro!

Registrad la Biblia, ese poema sublime de la Religion, y hallareis en cada libro, en cada página, en cada versículo, nuevos é irrecusables testimonios de nuestro aserto, á los que pueden añadirse las bellísimas inspiraciones de Virgilio y Tíbulo, de Ossian y Milton, de Byron y de Moor.

Buscad en la *Divina Comedia* al artista poeta, al artista universal, y le encontrareis dominando todos los elementos; su imaginacion tiene colores para todos los paisajes, para todos los objetos, para todas las figuras de su cuadro; su voz modula todos los acen-

tos; su alma siente todos los afectos, comprende todos los dolores, esperimenta todas las pasiones, enjuga todas las lágrimas, castiga todas las maldades; es el dispensador de la justicia humana, y en cada episodio, no solo ofrece un cuadro agradable ú horrible, melancólico ó risueño, sino que establece y desarrolla los principios de la moral y la filosofía, de la política y de la Religion.

Tambien el novelista tiene en su mano omnímoda los resortes de cada una y de todas las artes; pero donde presentan un conjunto mas completo, mas bello, mas grandioso, es en el teatro. En la escena, reunidas, ostentando aislada y colectivamente sus atractivos, ejercitando sus múltiples recursos, fascinando la vista y el oido, conmoviendo el ánimo, guiando la inteligencia, corrigiendo los vicios, enalteciendo todo lo bueno, todo lo grande, todo lo heróico, curando las llagas de la sociedad, distrayendo honesta y agradablemente, consiguen el mayor, el mas completo de sus triunfos, porque, como hemos dicho en otra ocasion, conmueven, arrebatan, dominan á las masas hasta el punto de hacerles olvidar sus dolores verdaderos para sentir el dolor imaginario que les comunican, hasta el punto de arrancar á millares de ojos una sola lágrima, á millares de labios una sola sonrisa, una sola esclamacion, hasta el punto de fundir los latidos de millares de corazones en uno solo.

Y si colectivamente alcanzan este triunfo las artes, no es menos grande la gloria y los efectos que consiguen cada una de por sí.

Parad vuestras miradas en los cuadros de Rafael y de Murillo, de Velazquez y Ribera, de Ticiano y de Gioto, de Rubens, de Van-Dyk y de tantos otros maestros; traed á vuestra imaginacion el recuerdo de las basílicas que se elevan en las ciudades del universo, los palacios, los monumentos de todas clases; contemplad las obras maestras de la estatuaria desde el famoso grupo de Laocoonte hasta las ideales creaciones de Cánova; oid las melodías de Bellini, las fantásticas notas de Donizetti, los humorísticos acentos de Rossini, los himnos religiosos de Pergolesse y Cimarosa, las profundas armonías de Mozart, el Byron de la música; reunid, con el auxilio de vuestra imaginacion, todos los brillantes y sublimes efectos de los poemas, de las pinturas, de las estatuas, de los monumentos, de las armonías que constituyen el tesoro del arte, y ante esta imágen viva y resplandeciente no podreis menos de admirar al hombre; pero esta admiracion no ensoberbece; desde el hombre se eleva á su Creador, convirtiéndose en la mas pura adoracion, y ante este espectáculo el escepticismo concluye, las malas pasiones huyen avergonzadas, la fe renace, la esperanza consuela, y una dulce felicidad llena el corazon: la felicidad de los goces del alma. Las artes, pues, engrandecen á un pueblo y lo moralizan; pero su influencia, sus beneficios, no se limitan á esto solo.

Enemigas mortales de la ociosidad, de ese cáncer de las sociedades, la persigue sin descanso, la combate sin tregua, y al fin la vence. A los que las cultivan no solo ofrecen la estimacion general; no solo ofrecen los aplausos y el laurel, sino que les brindan un honroso sustento, sino que premian sus desvelos proporcionándoles la satisfaccion de todas sus necesidades.

Pero si descendemos á considerarlas en la esfera económica, no son las ventajas que hemos enumerado todas las que dispensan: son muchas mas: su influencia en el aumento de la riqueza pública es digna de fijar la atencion, porque con sus recursos han creado y sostienen infinitas industrias que con el trabajo y la remuneracion contribuyen al equilibrio del órden, al bienestar de una gran parte de las clases obreras.

No acabaremos estos breves apuntes sin añadir una importante observacion, relacionada con la influencia que

las artes ejercen en la vida política y religiosa de los pueblos.

Simbolizando todas las ideas, impresionando con mas fuerza que los demas agentes de la inteligencia, llevan en su forma la seduccion, y en su esencia pueden muy bien llevar el convencimiento. Sus armas son terribles para el castigo de los malos, sus recursos inmensos para la apoteosis de los buenos.

Los que las miran con indiferencia; los que se atreven á esclavizarlas; los que pretenden ahogar sus nobles impulsos; los que presumen que, como en otros tiempos, de funesta memoria, pueden con la fuerza ó el oro comprar su adulacion, viven en gran error. Las artes son la luz que guia al hombre á su engrandecimiento, y la custodia fiel de sus conquistas. Conservando, con el auxilio de la estatuaria y la pintura, la imágen de los héroes que se han sacrificado por la humanidad, eternizan el culto á su memoria. Con la música reproducen, embelleciéndola, la voz de los que han emitido las grandiosas ideas de patria y de familia, de Religion y libertad. En el teatro, apoderándose de todas las inteligencias y de todos los corazones, pueden armarlos contra el vicio, postrarlos ante la virtud.

Los gobiernos y la sociedad deben, pues, respetarlas, porque contribuyen á su sostenimiento, á su grandeza; porque llenan un gran espacio en la vida moral; porque ofrecen á todas las clases innumerables recursos; y deben temerlas, porque su influencia en el presente es inmensa, porque en lo porvenir son la imágen mas duradera de la posteridad.

CUADROS VIVOS POLÍTICOS Y SOCIALES.

—

El dia de difuntos.

I.

Todos rendimos un tributo piadoso á la memoria de los seres queridos que duermen el eterno sueño; todos rezamos por su alma; pero tambien rendimos homenage á la moda y al lujo enviando al cementerio todos los años, con nuestro amor, un poco de vanidad.

Esta es la vida, esta la costumbre, estas las debilidades humanas.

El consuelo es una necesidad del alma de las mas apremiantes; debemos consolar y consolarnos cuando no nos consuelan, y el mejor modo de curar un dolor es distraerlo.

No descorreré yo el negro velo que cubre los recuerdos dolorosos de pérdidas lloradas: respeto mucho á los que tienen entre esta vida y la otra una lápida fúnebre.

Pero, ¿tengo yo la culpa de que al lado del dolor esté la alegría, de que á un paso de la vida esté la muerte? ¿Tengo yo la culpa, en fin, de que la industria, que todo lo esplota en nuestros tiempos, dé lugar á escenas de costumbres que tienen mucho de pintoresco y no poco de triste?

Vamos á presenciar unas cuantas, edificantes, de la vida íntima moderna, que en estos dias presenciamos, y que presenciaremos en la próxima tarde del dia de Todos los Santos y en el siguiente de los difuntos.

II.

Trastienda de un bazar de flores artificiales. La accion pasa en uno de los últimos dias de octubre.

—¿Ha venido el cartero? pregunta el dueño de la tienda á su cara mitad.

—Sí..., hace un rato.

—¿Y ha habido cartas?

—Nueve.

—¿Del estranjero?

—No.

—¿Estás segura?

—Segurísima: he visto los sellos con el mayor cuidado.

—¡Oh desesperacion...! decididamente me persigue la desgracia.

—Pero ¿qué tienes?

—¡Calla, mujer, no me hables...! ¿No ves que estoy furioso?

(*El florista se pasea con impaciencia, y su mujer, que le conoce, le permite desahogarse, sin interrumpirle, con el siguiente monólogo*):

—Y no hay duda; el fabricante me ha escrito: ¡cómo habia de dejarme un hombre tan formal en las astas del toro! El pedido fue en regla. Doce docenas de coronas con abalorio, bien surtidas, para padres, esposos, hijos, hermanos, amigos...; dos de cipreses de todos tamaños, y luego una porcion de materiales para fabricar en casa las menos caras.

Me anuncia la salida del *género;* me dice que al dia siguiente enviará el talon; pasan tres dias, y nada... ¡Estos correos son lo

mas inútil! ¡Qué pais este! Y entre tanto, me llueven pedidos de provincias; mis corresponsales quieren coronas de siempreviva, de terciopelo, de abalorio, con medallon y sin él; podria hacer un magnífico negocio vendiendo este año hasta los últimos residuos de los anteriores; tal vez habrá llegado el cajon á la aduana; pero sin el talon... ¡Esto es horrible! ¿Cómo en ocho dias, suponiendo que mañana quedasen los cajones en casa, cómo en tan poco tiempo desembalo, preparo, envío á provincias...? Va á ser esto una ruina... ¡Ya se ve! ¡Estas cosas en pasando la oportunidad! Y si durase la moda, del mal el menos; pero ¿quién sabe las coronas fúnebres que se usarán el año que viene? ¡Cuando digo que la administracion está montada de un modo...! Veamos estas cartas. *(Las examina.)* ¿No lo dije? Son pedidos. Esta no es para mí; para que veas lo que son los carteros; todo lo hacen de prisa; me han dejado una carta que viene dirigida al vecino del segundo.

—Y al amo le han dejado otra que es para V., dice una criada que acaba de llegar y ha oido las últimas palabras del florista.

—¿Otra carta? ¿A ver? ¡Oh felicidad! Toma, muchacha, dile á tu amo que por poco la abro. ¿No te decia yo, mujer, que el fabricante habia escrito? Y envia el talon; los cajones han venido por gran velocidad; voy... voy...

—Pero, hombre, almuerza.

—No es posible...; el negocio es lo primero; que venga Carolina, y que tenga en su casa una seccion de oficialas; arriba no cabrian todas las que necesitamos... ¡Ah! cuida de escoger las mas juiciosas para que no pierdan el tiempo.

—Adios.

—¿Llevas pañuelo?

—Sí.

—¿La petaca?

—Sí.

—¿Y dinero, por si necesitas?

—Tambien... Adios, adios.

—¡Parece mentira que den tanto que hacer los difuntos!

III.

Carolina, jóven de veintiseis á veintiocho años, que se sabe de memoria á Capellanes, y tiene manos de hada para adornar con flores las cabezas femeninas, está en su casa, modesto sotabanco, acompañada de cuatro jóvenes, las mas juiciosas del obrador.

Todas trabajan, y el sofá, el costurero, las sillas, todos los mueblos están llenos de alambres, de siemprevivas, de pedazos de terciopelo morado y negro, de sartas de abalorio.

Todas fabrican coronas fúnebres, y no hay un solo clavo en la pared que no suspenda tres ó cuatro con cintas negras ó blancas, y leyendas doradas que parecen ayes del corazon.

—¿Y crees que vendrán? dice una:

—Capaces son de ello, y de mucho mas.

—¿Pero para ayudarnos?

—¿Y por qué no? ¿No has leido en un folletin que Hércules, que era un general, hiló en una rueca?

—¡Estarán chistosos ensartando abalorio!

—¡O enhebrando agujas!

—¡Ja... ja... ja...!

Las personas de quienes hablan son un un estudiante del quinto año de farmacia, que quiere á Carolina y está resuelto á casarse con ella cuando tenga botica, y tres ó cuatro amigos suyos, que le acompañan al obrador de las floristas, sin mas objeto que el de pasar el rato.

Suena un campanillazo, los estudiantes entran, sacan de debajo de la capa algunos comestibles y algunas botellas para cenar alegremente; y entre las frases del amor mas platónico, y los chistes y equívocos que sacan de la *Flora*, con lo cual demuestran que son farmacéuticos *pur sang*, ayudan á las floristas á tejer coronas para que acaben pronto su tarea, y, una vez terminada, se permiten una alegre colacion, con la que, sin ofender á nadie en lo mas mínimo, ofenden á aquellas coronas inanimadas, que van á ser al dia siguiente espresion del mas vivo dolor.

Al terminar la una, y cuando todos se despiden de Carolina:

—Que duermas bien, le dicen todos.

—Antes, contesta, voy á formar con los retazos que me han sobrado una corona para mi madre.

Y mientras ellas y ellos bajan las escaleras alborotando, Carolina se queda pensativa bajo la influencia de su último recuerdo, y una lágrima del mas puro, del mas sentido amor filial, asoma á sus ojos.

Cambiemos de decoracion.

IV.

—¿Han visto Vds. las coronas y los hachones que han puesto los Sres. de Martinez?

—Sí; por cierto que eran de mucho gusto.

—Amigo, este año han eclipsado á los de Perez.

—¡Era de presumir! Como están tan cerca unos de otros, y los de Perez desplegaron tanto lujo el año anterior, no han querido ser menos los de Martinez.

—¡Cuando se sabe gastar el dinero, da gusto!

V.

En la Puerta del Sol, la tarde del 1.° de noviembre, gran confusion de ómnibus y de coches de plaza.

Varias voces: ¡Señoritos, al coche, que nos vamos!

—¡Al camposanto! ¡Al camposanto!
—¿Cuánto?
—Dos reales.
—¿Quiere V. uno?
—Vaya V. á pie.
—Eso es lo que á V. no le importa.
—¡*Miste* el roñoso!
—¡Insolente!
—¡Ande V., que se parece V. al año del hambre!
—¡Canalla!
Varias voces: ¡Al camposanto! ¡Al camposanto!

Si despues de estas observaciones, y eso que me he dejado en el tintero otras muchas que se rozan con la gastronomía, respeto á los que desde el fondo de su alma, y sin mas fórmulas que las que ofrece la Iglesia á la piedad y al dolor, conmemoran á los que fueron, no por eso dejo de creer en la sinceridad de los que, aceptando las costumbres establecidas, dan lugar á bosquejos como los que he trazado.

Esto no es mas que una página del gran libro de la vida. Deteneos á meditar en ella; y si no sacais nada en limpio, tanto peor para vosotros.

Julio Nombela.

ECOS DE MADRID.

—

Cada dia es mas doloroso el espectáculo de lo existente.

Para ver un rayo de luz hay que elevar los ojos al cielo: en torno nuestro todo es miseria y desolacion.

Debíais leer lo que se ha hablado estos dias en el Congreso y en los Campos Elíseos acerca de *La Internacional*, y sobre todo las teorías de la oficiala de sastre Guillermina Rojas.

¡Qué espantoso porvenir seria el nuestro si no esperásemos en breve la reaccion salvadora!

Por curiosa he sufrido el castigo; por lo que he leido he alterado la dulce paz de mi alma.

Leed únicamente la historia de esa sociedad terrorífica, que ha contado Nocedal, y comprendereis su orígen y sus tendencias.

Y á propósito de este elocuente orador, debo deciros que ha demostrado, como el ilustre Manterola, que aquí no hay mas remedio que *D. Cárlos ó el petróleo*.

No hay duda: este es el dilema:

«D. Cárlos vendrá de todas maneras, decia Nocedal; pero puede venir antes ó despues del petróleo. Si viene antes, él impedirá que el petróleo venga; si viene despues, *su tarea será mas fácil.*»

¿No es verdad, queridas mias, que es necesario que venga antes?

¡Seria horroroso que tuviera por trono provisional un monton de ruinas, á cuyos pies se paseasen los reptiles que viven de los restos de los incendios! Y esto cuando la inmensa mayoría de los españoles y de las españolas estamos dispuestos á sacrificarlo todo con tal de ayudarle á conquistar un Trono refulgente, desde el que pueda impedir que las luminarias del petróleo alumbren la decadencia y la bajeza de un pueblo: que bajo y despreciable seria el pueblo que al ver en peligro de perecer entre llamas á una familia, se contentase con ver el incendio cruzado de manos, y se consolase con la idea de poder dar despues piadosa sepultura á los carbonizados restos de las infelices víctimas.

No temais, mis queridas lectoras: don Cárlos vendrá antes, porque puede mas la luz de la fe que la luz del petróleo: vendrá antes, para contar como la primera página de su historia la de haber salvado á un pueblo de las llamas; y este camino es, *en mi sentir, el mas llano* para la salvacion de la patria.

Entre apagar la chispa que puede producir el incendio, ó tener que levantar el edificio de raiz, la eleccion no es dudosa.

No lo dudeis: D. Cárlos vendrá, y el petróleo seguirá siendo lo que ha sido y es: un *artículo de comercio.*

***

Si hubiérais oido al pobre veterano don Miguel Elice momentos antes de morir, pensaríais como yo.

Digan lo que quieran, la raza española no ha degenerado.

Elice tenia setenta y dos inviernos; era alto, esbelto; los años le pesaban, y, sin embargo, por nada del mundo doblaba la cabeza.

Despues de haberse batido como bueno; despues de haber consagrado toda su vida á la santa causa, hace diez y nueve años ¡diez y nueve años! que penetró en España, vió á su esposa en un pueblecito de Navarra ó Guipúzcoa, no lo recuerdo bien, y, lleno de fe, al poco tiempo se despidió de ella.

—Dicen los amigos que va á haber pronto una ocasion de defender de nuevo la bandera carlista, le dijo: me voy á Madrid: el dia del triunfo volveré para no separarme mas de tí.

Y vino, y desde entonces no ha pasado un solo dia sin trabajar, sin aceptar sacrificios; esperando con inquebrantable fe un *mañana* que para el infeliz no ha llegado.

En ese tiempo no ha visto á su esposa, anciana ya, que le ha esperado en vano, y que pronto irá á la mansion eterna, á llevar al pobre mártir un rayo de la alegría

que esperimentará al ver colmados los deseos de toda su vida.

¡Ya veis cuántas penalidades! Lo que Elice ha sufrido en Madrid, solo lo saben los que le lloran estos dias.

Sin recursos, á la amistad discreta debia siempre auxilios; pero el favorecedor necesitaba de mucho ingenio para conseguir que el noble veterano aceptase sus favores.

Su figura era completamente militar: el fuego de su alma le quitaba á la vista mas de veinte años.

Siempre dispuesto al combate.

—Hasta ahora, solia decir, las piernas es lo único que me abandona; pero á caballo todavía puedo dar una docena de cargas.

Y al pensar en esto, se remozaba.

Hace dias que se apoderó de su ánimo una profunda tristeza:

—Solo siento morirme, decia, por no poder servir: ¡si al menos muriese combatiendo...!

¡Dios le haya acogido en su seno!

Pero habeis de saber que como Elice quedan aun muchos.

Preguntadles si conviene aguardar á que pase *La Internacional*, y os responderán:

—Pasará, sí; pero será sobre nuestros cadáveres.

¡Qué raza tan hermosa!

¡Dios quiera que se perpetúe y se aumente!

*
* *

La semana ha sido abundante en novedades teatrales.

En el teatro Español se ha estrenado una comedia de Blasco, titulada *Los Dulces de la boda;* en el Circo otra de Enrique Gaspar, que se titula *Los Niños Grandes*, y en la Zarzuela una de Larra, con el título de *Justos por pecadores*.

No he visto mas que las dos primeras, y voy á hablaros de ellas.

Los Dulces de la boda es un manjar de fácil digestion, como si dijéramos, un caramelo. Todo es sencillo y trivial en la obra: un capitan que se enamora de una viudita jóven; otro capitan atolondrado que llega á Granada desde Madrid en busca de su novia, que es sobrina de la viuda; un tio del primero, que quiere casarle con la prometida del segundo; la apuesta entre tio y sobrino de una libra de dulces á que la futura es coqueta; un pretesto para entrar en la casa, y, por último, el casamiento del capitan número primero con la viudita, y el del número segundo con su sobrina. A esto se reduce la fábula: los adornos son tambien ligeritos, género económico y de apariencia.

Si no hubiera sido por Pepita Hijosa, que cada dia gana en inspiracion y maestría, la comedia habria sido flor de una noche.

En cambio *Los Niños Grandes*, si no es como obra dramática un modelo para los críticos severos, para nosotros, que formamos parte del público, es un cuadro admirable de los defectos de la generacion actual.

¡Qué observacion, qué tino y qué latigazos á la vanidad!

Los caractéres serán vulgares; pero son reales y positivos, viven, y muchos espectadores creen estar mirándose al espejo.

Las situaciones serán nimias, pero eso prueba que el verdadero autor dramático debe tener por ojos microscopios, y presentar al público los gérmenes de desdicha que encierran las cosas mas insignificantes.

Si nos han de adular los poetas; si nos han de ocultar la verdad; si nos han de adornar con flores el borde de los precipicios, ¡triste mision la del arte!

Su vida equivaldria á la de esos parásitos que desempeñan en los salones y en los palacios el papel de muebles de adorno ó acompañamiento.

Los Niños Grandes, de Gaspar, es la comedia de Aristófanes, la de Molière y la de Moratin, vestida por el último figurin de 1871; y los que murmuren de ella es porque les escuecen los latigazos de aquella pluma que, sin aspirar á ser trascendental, sabe ofrecer lo feo de los vicios al lado de las mas puras bellezas del alma.

De buen grado os contaria el argumento de la obra; ¡pero es tan sencillo! Redúcese á un hijo que quiere una medalla, y no se la dan, y á un padre que quiere una condecoracion, y tampoco la alcanza. Este deseo, chocando con las preocupaciones sociales del dia, produce una serie de escenas de una verdad que hace asomar la risa á los labios, y al mismo tiempo estremece el corazon.

Los hombres son niños grandes, incurren en los mismos defectos; y al corregir á aquellos, no ven que sus lecciones les cogen de medio á medio.

Este es el pensamiento capital.

Pero Gaspar ha hecho mas: ha enseñado á esos padres que educan á sus hijos á la moderna, es decir, hablando de todo delante de ellos, dejando á la casualidad que forme su corazon; les ha enseñado, repito, lo que pueden prometerse de tan culpable abandono.

Los actores desempeñan muy bien esta comedia, y los niños, cinco lo menos, que hablan, prometen ser escelentes artistas.

Todas las noches llama el público al autor; pero no puede salir, porque ese jóven, que ha iniciado una saludable reaccion en la escena, que vivirá en la posteridad cerca de los pocos que quedan, está desempeñando un empleo del gobierno fuera de España, para atender á sus necesidades.

ESPERANZA.

MADRID: 1871.—Imprenta de *La Esperanza*, á cargo de D. A. Perez Dubrull, Pez, 6.



LA MARGARITA.

ALBUM DE LAS SEÑORAS CATOLICO-MONARQUICAS.

AÑO I. 5 NOVIEMBRE 1871. NÚM. 32.

AL SEÑOR DUQUE DE MADRID.

Confiábamos, Señor, en que al llegar este año el dia 4 de noviembre, dia para nosotros de inmenso júbilo, habríamos merecido á la Providencia el triunfo de nuestras esperanzas. No ha sido así; pero es tal el amor que os profesamos; tal la fe que tenemos en los principios que simboliza vuestro augusto nombre, que damos por bien empleado el martirio, y pedimos, si es necesario, nuevas y dolorosas pruebas para llegar á merecer la gloria de asistir á la regeneracion de este desdichado país.

Interpretamos fielmente, Señor, los sentimientos de las mujeres españolas al elevar á vuestras manos la mas entusiasta felicitacion, acompañada de los sinceros votos que hacen todas por vuestra felicidad y la de vuestra augusta familia.

No hay sacrificio que no acepten; no hay peligro que no deseen, con tal de poder manifestaros el amor y el respeto que os profesan.

Dignas hijas de aquellas españolas que eternizaron su nombre en la epopeya de la Independencia, pueden aseguraros, y os aseguran, que, cualquiera que sea la voluntad providencial, cifrarán siempre su gloria en acataros, en mantener en sus esposos y en sus hijos el santo fuego del amor á vuestra causa, y en pedir á Dios que os colme de venturas, como á vuestra augusta esposa y egregios hijos.

Madrid 4 de noviembre de 1871.

LA REDACCION.

Ayer tuvimos tambien el honor de enviar por telégrafo nuestra felicitacion al Sr. Duque de Madrid.

LA FE Y LA TRADICION.

I.

En medio de la disolucion, que es el carácter distintivo de la política española contemporánea; cuando todos los partidos aparecen y están profundamente fraccionados, merecen particular atencion y concienzudo estudio la fe, la disciplina, el entusiasmo, en una palabra, la vitalidad del partido católico-tradicional, legitimista ó carlista, como el lector quiera llamarle.

Este fenómeno, que fenómeno y grande es, dado el estado de descomposicion, de corrupcion, en que se encuentra nuestra sociedad, tiene una esplicacion muy sencilla.

Podeis estudiarla en la familia ó en el individuo, y aplicarla despues á la colectividad.

Buscad los principios fundamentales de esta comunion política, y hallareis que los dos sentimientos que le sirven de punto de partida, que le dan toda la savia que tiene, que la reaniman en las adversidades, que son manantial perenne de las virtudes públicas y privadas de los hombres que la forman, son el SENTIMIENTO RELIGIOSO y el SENTIMIENTO PATRIÓTICO.

Este último condensa en el amor á la patria el amor y el respeto á la tradicion, que es la monarquía cristiana, que es el gérmen de las glorias de España.

Pues bien: ¿estrañaríais que un hombre religioso, esto es, profundamente católico, porque la verdad es una, y la verdad, que lamenta la obcecacion de los anticatólicos, no reconoce mas religion que el catolicismo; os estrañaria que un hombre sincero, profunda y conscientemente religioso, se os apareciese en el mundo adornado con el instinto de la justicia, con las prendas del hombre honrado? ¿No os pareceria lógico verle apartado de los vicios, ejerciendo la caridad, cumpliendo todos los deberes, dominando todas las pasiones y aceptando en aras de su fe todo género de sacrificios?

Cuando oís hablar, por ejemplo, del misionero, que sin mas esperanza que la de la corona del martirio abandona esa vida regalada que suponeis en los ministros de la Iglesia, para correr en busca de almas y derramar en ellas la luz divina, no podeis menos de admirar la abnegacion de estos hombres sublimes.

Aun los mas descreidos, calificando su heroismo de fanatismo, los colman de alabanzas.

La fe que los lleva á las penalidades, á los sacrificios, á la muerte, es la fe religiosa; y al ver que brilla en su corazon, os parece natural y lógica su conducta.

Pues bien: si creeis, como todo el mundo cree, que el sentimiento religioso predispone á los hombres al bien, los fortifica en las adversidades, les inspira la justicia, los exalta al heroismo, y los coloca en la sociedad como valladar, como obstáculo al funesto torrente de las pasiones; si al tratarse de defender vuestros derechos ó vuestros intereses los confiais, como sucede siempre, al hombre sinceramente religioso, aunque no participeis de sus creencias, teneis que confesar que la base fundamental sobre que descansa la constancia, la fe, la abnegacion; que los gérmenes de las virtudes que no podeis menos de reconocer en ese partido, mejor dicho, en esa raza que defiende la bandera de la legitimidad, es el sentimiento religioso.

Ellos fueron los que durante la invasion francesa dieron al mundo el ejemplo del invencible general *No importa.*

Moria el esposo, y la viuda, poniendo en manos de sus hijos las armas de su marido:

—Reemplazadle y morid como él por la patria, decia, sin derramar una sola lágrima hasta que en la soledad ofrecia á Dios su sacrificio y su tormento.

Veis la triste, la aflictiva y al mis-

mo tiempo la ignominiosa situacion en que hoy se encuentra Francia.

Pues no son los prusianos los que la han empujado al abismo; no son los rojos los que han desgarrado sus entrañas; es el ateismo, que se ha apoderado de su pecho, que ha herido de muerte á esa gran nacion, y que despues de convertir un genio en un cadáver, ha trasformado el cadáver en un monton de gusanos.

¿Tiene algo de estraño, y lo diré aquí de pasada, que ame el pueblo español á los sacerdotes que, reanimando su fe religiosa, les ofrecian la gloria de los mártires ó el triunfo de los héroes?

Conste, pues, que una de las dos causas que sostienen enhiesta y brillante siempre la bandera legitimista, es LA FE RELIGIOSA.

II.

El otro polo en donde gira, es la tradicion.

Ahora bien: ¿qué es y qué significa la tradicion?

La tradicion es la ejecutoria de los pueblos; es el libro eterno donde las generaciones van escribiendo sus grandezas y sus glorias; es la suma de todos los heroismos, de todas las cualidades, de todos los caractéres, de todos los rasgos de una nacion; representa el tesoro de las creencias, el núcleo de los adelantos, el palenque de los triunfos y el santuario de las desgracias.

Sin tradicion no hay patria, y los hombres sin patria viven en el mundo condenados al suplicio del Judío errante; llevan consigo una espantosa maldicion; son el grano de arena del desierto, que, abrasado por el simoun, se agita sin saber en dónde parará, y abrasa á su vez todo cuanto toca.

¿Cómo es posible renunciar á la tradicion?

Para comprender el verdadero valor de las cosas, cuando una imaginacion limitada no puede abarcarlas en toda su grandeza, conviene reducirlas á las mas pequeñas proporciones.

No fascineis al pueblo, cuyo auxilio poderoso pedís; decidle la verdad con sencillez, y os comprenderá.

Buscad á uno cualquiera de los mil brazos de la revolucion; no os intimide verle levantar la piqueta demoledora.

Habladle entonces, recordadle la casa en que nació, el árbol á cuyas ramas trepaba, el objeto piadoso que representa para él la memoria querida de una madre, la cruz que ganó su padre en un combate; en una palabra: todos los objetos ligados á su existencia, á la de su familia; y cuando estos recuerdos disipen en su alma el veneno de la incredulidad, animadle á destruirlos.

—La casa, podeis decirle, es vieja, no sirve para nada; el árbol estorba; la prenda de esa madre adorada no es mas que una antigualla; todos esos objetos recuerdan un ayer de oscuridad, de retroceso; representan á la imaginacion el servilismo, la ignorancia.

—No, esclamará indignado vuestro interlocutor; en todo eso hay algo de los seres queridos de mi corazon; cada objeto me recuerda una alegría ó un dolor de mi familia; sin eso, nada me queda mas que la realidad de mi pobreza.

Y si, á pesar de sus palabras, quereis destruir *su tradicion*, luchará desesperadamente contra vosotros.

Pues bien: si es respetable y querida la tradicion de un individuo, ¿qué no será la tradicion de un pueblo, que constituye á todos los compatriotas en una familia, que les hace partícipes de sus glorias, que divide con ellos sus desdichas, y que, dándoles una histotoria, alcanza para ellos admiracion y respeto del mundo entero?

Los que quieren romper esa cadena, que es la tradicion, no son solo obcecados: son impíos, son pródigos; buscan la satisfaccion de los goces de hoy, como los malos hijos á quienes la disipacion obliga á llevar á una casa de préstamos la ejecutoria de su familia, ó el previsor testamento de un padre que aun no ha muerto.

De estas observaciones, peor ó mejor espresadas, pero exactísimas en el fondo, se desprende que sin religion y sin patriotismo, sin amar á Dios y respetar la tradicion, se suicidan los pueblos.

Estos dos sentimientos, arraigados en la comunion carlista, son la causa de su vitalidad poderosa.

¡Ay de ella si se debilitan en su alma!

VIZCONDE DE LA ESPERANZA.

CUADROS VIVOS POLÍTICOS
Y SOCIALES.

—

Los que escriben de aficion.

¡El aficionado! Hé aquí un hombre que hace lo que no sabe hacer, lo que no puede hacer, porque le falta esa vocacion del escritor verdaderamente privilegiado; hé aquí, repito, al hombre, poseido de una vanidad y de una obstinacion ridículas, que no perdona cuantos medios le sugiere su imaginacion para meterse en camisa de once varas y pasar á los ojos del mundo por una persona importante.

No crean Vds. que me refiero á esas almas cándidas é inocentes que solo molestan á las musas para pedirles algunas endechas destinadas á sus bondadosos papás y mamás, que los escuchan con la boca abierta. Estos son seres inofensivos.

Mi propósito es bosquejar el retrato de los aficionados pretensiosos que aspiran al favor del público, que se afanan por penetrar en los círculos mas distinguidos, que se consideran dignos de la estimacion y de la gloria que otros han adquirido á fuerza de continuos sacrificios y privaciones, que sueñan con la impresion de sus libros, con la representacion de sus dramas; que hacen alarde de sus ambiciosas esperanzas; en una palabra: de los aficionados que aspiran á la inmortalidad.

Varias veces he visto á alguno de estos personajes en las redacciones de los periódicos.

Por lo general visten con una elegancia y una afectacion impropias de los escritores, por lo menos del tipo tradicional del escritor.

Dándose una importancia desmesurada, lo primero que hacen al llegar á las redacciones es preguntar por el Director; los redactores no se hallan á su altura; son unos pobres ganapanes, en cuyas manos equivale la pluma á un azadon.

El aficionado los considera inferiores, y al dirigirse al gabinete del Director, les concede una mirada desdeñosa, como diciéndoles: «¡Desgraciados, no pasareis á la posteridad!»

Llega, por fin, á la presencia del Director, y con la frente erguida y el desparpajo del que cree hacer un favor, y lo hace grátis, empieza por decirle:

—Caballero, ha de saber V. que yo soy escribano, ó médico, ó magistrado, ó fabricante de perdigones, todo menos escritor.

—Muy bien, responde el Director con su necesaria amabilidad: ¿y en qué puedo servir á V.?

El aficionado sonríe, como dando á entender que no es el Director quien va á favorecerle, sino él quien aspira á honrar el periódico, y continúa impertérrito la esposicion de sus deseos.

—Pues, como iba diciendo, añade, soy... (lo que sea); pero en mis ratos de ocio cultivo la literatura, sí, señor, y he escrito una novela sobre el talon de Aquiles, un estudio tan histórico como pintoresco, en el cual dilucido muchos puntos importantes de arqueología y terapéutica. ¡Ya se ve! como todo el mundo hace novelas, para distinguirse de todo el mundo hay que buscar en las edades mas remotas la originalidad. Con un poco de imaginacion creen muchos que tienen lo necesario para escribir novelas, y ahí está Dumas, que es la calamidad mas grande de los tiempos modernos. Yo creo que la ciencia debe influir en la novela, y por eso he buscado en el talon de Aquiles el argumento de mi trabajo. Varios amigos bondadosos que lo han leido, me han aconsejado que lo dé á la estampa; y decidido á seguir sus consejos, he pensado desde luego en el periódico que V. tan dignamente dirige, y del cual soy suscritor hace mas de cuatro años: contando desde luego con la amabilidad de V., tengo el honor de ofrecerle mi manuscrito, y lo someto á su juicio elevado é independiente.

Al decir esto le entrega el manuscrito, compuesto de una multitud de cuartillas, escritas por las dos caras.

Despues prosigue:

—Nada le digo á V. respecto de las condiciones de su publicacion: lo que V. disponga está bien dispuesto. Afortunadamente no escribo para vivir... V. comprende que no es ese mi oficio; mi carrera es mas lucrativa.

Terminado su discurso, se aleja, refiere á todos sus amigos que el Director de tal diario le ha pedido una novela, y que, cansado de leer todos los dias cosas ligeras, ha accedido á sus ruegos, para que publique algo sólido.

Algo pesado, debia decir.

Lo mas admirable de su discurso es la frase con que pretende esplicar y paliar su mala accion: aquel *escribo en mis ratos de*

ocio... que vale un dineral. ¡Escribe en sus ratos de ocio! Es decir, cuando no le abruman otras ocupaciones mas agradables, cuando procura divertirse y pasar el tiempo entretenido, lo mismo que si estuviera jugando al ajedrez ó á las damas.

¡Insensato! No comprende que para adquirir honra y provecho en el grandioso é imponente campo de la literatura, no basta toda una vida de meditacion, de profundo estudio y de continuas luchas y sufrimientos.

¡Con qué sencillez declara que su carrera es mas lucrativa!

Ignora que la solucion de los problemas mas difíciles se debe á los hombres que se han dedicado esclusivamente á vencerlos y descifrarlos.

Esta es la causa de que los bienaventurados que escriben de aficion se paren poco en la cuestion del precio de su trabajo; esta es la causa de que llenen con sus manuscritos las redacciones de los periódicos, los estantes de los editores, dándolos grátis, con perjuicio del sentido comun y de los verdaderos escritores, que, como consagran su vida á la literatura, si no viven de sus productos, no tienen mas recursos que vivir del aire.

¡Ya se ve! Como los aficionados adquieren dinero por otro lado, nada mas natural que desprecien el que las letras pudieran proporcionarles.

Ellos no quieren provecho; se contentan con la gloria, con la inmortalidad.

Los aficionados se caracterizan por su infalibilidad: es decir, por la creencia que tienen de su infalibilidad.

De esto nace su presuncion.

Nadie tiene mas confianza en el mérito de sus obras que los aficionados.

Lo que no obsta para que los infelices sufran continuos desengaños.

El Director que los recibe la primera vez, no vuelve á caer en la red que le tienden.

Para ellos se ha inventado ese anuncio que se lee al principio de casi todos los periódicos: «No se devuelven los manuscritos que no se inserten.»

Pero ni con esto se estingue la semilla de la mala literatura. Los aficionados son muy precavidos, y antes de desprenderse de sus escritos, conservan borrador.

Por fin, despues de haber recibido muchos desaires y muchos desengaños; cuando su amor propio se halla gravemente comprometido, se deciden á tomar una resolucion estrema, y ávidos de publicidad á cualquier precio, imprimen sus obras á costa de su bolsillo.

Francamente: los aficionados me parecen un tabardillo, una epidemia literaria.

En los salones se distinguen por su aficion á leer versos, por sus composiciones al amo de la casa, *en sus dias*; á la señorita A..., *en los momentos de mirar una flor*, *hermana suya*; á la muerte del malogrado jóven B..., *arrebatado á su familia en la flor de su edad, y cuando prometia ópimos frutos*: en los *Albums*, los conozco á la legua por sus *alegorías* de vara y media, por sus *acrósticos*, por sus poesías *laberínticas*; si asisten á una gira de campo, los concurrentes no tienen mas remedio que tragarse una *égloga*, con sus indispensables *Tirrenos* y *Filis*; no hay *himeneo* que no canten con su correspondiente *epitalamio*, ni muerte que no lloren con su trasnochada *elegía*, ni declaracion que no hagan con su sensible trova.

A todas horas y en todas ocasiones hablan de sus escritos, y lo mas notable es que se parecen al famoso D. Eleuterio Crispin de Andorra, cuando esplica á Pipí la conveniencia de las situaciones de su famoso Monstruo mas espantable del Ponto de Calidonia.

Con las damas hablan de literatura; con los hombres de literatura; con los niños de literatura; y por hablar de lo mismo, hasta confian á sus barberos las ideas de sus novelas y los argumentos de sus dramas.

En cuanto á la crítica, la ejercen con una prodigalidad y una intemperancia admirables.

No hay para ellos un escritor que sea bueno; todos han adquirido gloria por efecto del compadrazgo.

Cuando disfrutan del placer de verse impresos, su vanidad no tiene límites.

Duermen con el periódico y con el libro, lo llevan en el bolsillo, y encajan por lo menos una docena de párrafos á todos los que encuentran.

Se citan á cada instante, y son muy pródigos en regalar sus libros, para darse el placer de escribir en su primera página:

«Al Sr. D. Fulano de Tal.—El autor.»

Estos desgraciados llegan á una época en la que comprenden con dolor que han perdido el tiempo; sus negocios, descuidados, los condenan á la pobreza; sus inútiles tentativas literarias son el mas cruel de sus desengaños.

Entonces ingresan en la categoría de *genios desconocidos ó malogrados*, y al fin y al cabo se contentan con escribir su epitafio.

JULIO NOMBELA.

LA BELLEZA EN LAS ARTES.

(Continuacion) (1).

CAPITULO VI.

De cómo el sesto sentido produce las bellas artes y engendra y sostiene la bondad del alma.

Del sentimiento al deseo de reproducir no hay mas que un paso. Si una roca coro-

(1) Véase el número 30, pág. 238.

nada de árboles, horadada por las aberturas de varias cavernas, y presentando una mole atrevida, que se repite en el cristal del lago, se aparece á mi sesto sentido, escitando en él el encanto de que he hablado mas arriba, apenas siento, apenas percibo la belleza de este cuadro, esperimento un vivísimo deseo de copiarlo.

¿Y por qué se apodera de mí este sentido? Porque imitar es un placer peculiar del hombre, el cual se entusiasma cándidamente al notar que sus dedos reproducen algo semejante á cualquiera de los múltiples objetos creados por el sublime Artífice. Pero es mas: para el hombre imitar es crear, y crear es una voluptuosidad de amor propio que nos embriaga; es un acto de poder que nos engrandece; es el alma dedicada á su mas noble pasatiempo.

Así, pues, apenas me subyuga el deseo en presencia de la solitaria roca, busco los medios de complacerme, de imitar lo que veo. Soy de Mantua, y me llamo Virgilio; me apodero de algunas palabras, y combinándolas, represento la roca á la imaginacion de los que me leen. ¡Cosa maravillosa! En las palabras hallo colores frescos, suaves ó severos; hallo formas dúctiles ó atrevidas, y con ingredientes que en nada se asemejan al objeto que me propongo pintar, trazo un paisaje sublime, y, lo que es mas, presto á la naturaleza algunos rasgos, algunos matices que ha olvidado, y que aumentan su belleza.

Soy de Flandes, y me llamo Potter ó Dujardin; deslio en aceite algunas partículas de tierra colorada, y mojando mis pinceles en esta mezcla, hallo matices para copiar, no solo la roca, piedra sin vida, sino la roca con todo lo que tiene de agradable é impotente, la roca con todos los pensamientos que me inspira. Hallo la trasparencia para imitar el agua cristalina del lago, sombras para evocar la profundidad que se pierde misteriosamente en los horizontes; y si por acaso ofrece algun lunar mi modelo, ó si falta alguna belleza de las que yo comprendo, destruyo lo que le sobra y creo lo que le falta.

Pero si no soy ni Virgilio ni Potter, y me llamo Cimarosa, ó solamente Rossini, me apodero de los sonidos, imito, y de este modo tambien creo. Mis colores son mas vagos, pero mas ricos; mi dibujo es menos exacto, pero mas grande; mis rasgos son menos fieles, pero mas enérgicos. Y si conduzco al pie de la roca á Ariadna abandonada, puedo espresar tambien con los sonidos el acerbo dolor que desgarra su alma. Pero no es esto solo; puedo hacer muchísimo mas. Con los recursos particulares que me ofrece mi arte, confundiendo en un mismo cuadro las tristes impresiones de un paraje solitario y el terrible aspecto de un cielo apizarrado, y los penetrantes lamentos del eco y la quejumbrosa y doliente voz de la amante abandonada, puedo apoderarme de vuestro corazon, y hacer que asome el llanto á vuestros ojos.

Ahora bien: figuraos que no soy mas que Juan ó Pedro, y que he nacido en una aldea, y que poseo el sesto sentido, inactivo, sin genio; en este caso, con la emocion que han producido en mí las bellezas citadas, procuro espresar lo que siento, formulo mi impresion, y busco una persona á quien comunicar lo que he visto y sentido. Gozar solo de las bellezas de la naturaleza, es gozar á medias: esto se ha dicho; ¿por qué? Porque al sentimiento vivo va siempre unido el deseo de espresarlo, de pintarlo, de representarlo á sí mismo ó á los demas: principio inmutable que establezco desde luego.

Quedamos en que el sesto sentido produce las bellas artes; pero ¿es esto decir que la vena, el sentido en cuestion, no pertenece mas que á Virgilio, á Potter, á Rossini, ó á sus demas cofrades?

—De ninguna manera. Este sentido particular es tambien el que nos da la aptitud necesaria para apreciar las obras maestras de los grandes hombres. En este caso, preciso es confesarlo, se hallan muchas personas, aunque no falte quien pretenda que las tales personas son contadas.

Pero hay mas: esta poesía del alma, que en las bellas artes se aplica especialmente á los objetos de imitacion, puede sin esta condicion estenderse á todo y abarcar cuanto abarca, cuanto comprende en sus ilimitados límites el pensamiento humano.

¿No hay poesía en la historia de los tiempos pasados? ¿No la hay en la Religion? ¿No la hay en la vida del hombre, en sus pasiones, en las vicisitudes de sus dias, en el misterio de su destino, en la virtud, en el dolor, y hasta en el crímen? Aparte de estas cosas, consideradas como los actos de la existencia humana, ¿no existe una region tranquila y pura, á donde se retira el pensamiento para saborear la emocion que estas mismas cosas le ofrecen, y de la que los actos mencionados son para el alma lo que la hoja y el lago para los ojos, mas que el objeto, la ocasion?

Debo añadir que he oido con frecuencia llamar de una manera rara á esta poesía, que lo mismo es del corazon que de la cabeza. Fulano posee el *la*, está en voz, dicen muchos hablando de alguno que se halla dotado con tan preciosa dádiva; ni mas ni menos que si se tratase de examinar la tesitura de un alumno de canto.

Al emplear esta metáfora, ¿se proponen los que la emplean comparar el corazon que vibra á las emociones poéticas, con la cuerda que vibra al contacto del arco? Puede ser que sí. ¿Su objeto es algun otro? Lo ignoro; pero lo cierto es que observando á los hombres poseedores, segun ellos, del *la*, se nota que las tales personas no son *saco de paja*,

como dice el vulgo; por el contrario: su inteligencia es despejada; en su alma hay algun fuego; la generosidad no es ajena á los impulsos de su corazon.

El hombre sin poesía puede ser honrado, probo, laborioso, activo, y, como dijo el otro, buen esposo, buen padre, buen ciudadano; pero los dias de su vida son como dos espejos uno enfrente de otro; se copia hasta lo infinito sin alterarse en nada: un hombre así no se gasta, pero tampoco se mueve; no ve visiones, pero tampoco ve nada: este género de seres abunda, por lo visto. Yo he oido decir á uno:

—Hoy he asistido al suplicio de un malhechor; le han ahorcado, y no he podido menos de aplaudir esta medida: ¡el pícaro habia robado á mano armada y en despoblado! (*Se continuará.*)

R. Topffer.

ECOS DE MADRID.

Empiezan las noches largas, y nosotras las enamoradas de la causa carlista nos reunimos á hablar de nuestro amor.

Mientras las manos hacen labores, la imaginacion vuela, el corazon late, y la lengua no se está quieta.

¡No faltaba otra cosa! Reunirnos mujeres, y no hablar...! ¡imposible!

Pero no siempre hablamos... como mujeres; es decir, de bagatelas, de trapos, de criados...; no siempre murmuramos.

Nuestro corazon rebosa de esperanza, y como este es nuestro tesoro, y somos generosas, nos ofrecemos unas á otras lo que mas necesitamos: espansion.

A riesgo de ser indiscreta, voy á referiros una escena del viérnes por la noche, en la que tomé parte.

Cuatro amigas estábamos en un gabinete.

Tres hacíamos *crochet*, y la cuarta, una jóven de diez y siete años, á la que queremos mucho por su cáracter angelical, tocaba al piano la hermosa *Ave María* de Gounod.

Escuchábamos aquella sublime melodía poseidas de una emocion dulcísima. Solo la música tiene el privilegio de permitirnos pensar y sentir á un mismo tiempo.

De pronto, y antes de terminar una frase, detiene sus manos Carlota, que así se llama la pianista, y volviéndose hácia nosotras:

—¿Qué hará en estos momentos doña Margarita? nos preguntó.

Nuestra imaginacion, que volaba, se reconcentró en aquella pregunta.

—Me parece que la estoy viendo, dijo una de mis amigas... En este instante besa la pura frente de la infantita doña Blanca, que va á acostarse, y antes se despide de su adorada madre, colmándola de caricias.

—¡Qué apacible ventura rodea á esa augusta familia!

—¡Qué ejemplo el suyo! ¡Oh! hasta que estén á nuestro lado no seremos dichosas.

—No nos hallaríamos aquí tan tranquilas si ya hubieran venido.

—¿Pues dónde estaríamos?

—Bajo los arcos de Palacio... oyendo la serenata que las bandas darian esta noche á D. Cárlos.

—Las bandas y el pueblo... ¡oh! entonces sí que desafiaríamos la lluvia y el pérfido aire del Guadarrama.

—Pues, ¿y mañana...? ¡Ah! ¡Qué gran dia seria mañana!

—¡Qué aclamaciones! ¡Qué festejos!

—No hablemos de eso, dijo Carlota.

—¿Por qué?

—Porque me entristezco... ¡ah! ¡Si yo fuera hombre!

—¿Qué harias, mujer?

—No lo sé; pero cuando pienso que la felicidad de España está en el Bocage... y que aquí nos morimos de vergüenza y de pena...

—Cálmate y piensa que hay quien por nuestro bien desea mas que tú y que todos juntos, la ocasion de salvarnos.

—¡Ya lo sé...! ¡y si no fuera por esa esperanza...! A mí me gustan los hombres valientes, la lucha, la gloria; sobre todo, la gloria me entusiasma. Poder entrar en una ciudad, y hacer palpitar todos los corazones de júbilo, llevar una espada gloriosa, y entregársela á la justicia, para defender la ley, poder unir á la corona del derecho la aureola de la victoria; todo eso es grande y todo eso lo desea y lo obtendrá D. Cárlos.

—¿Quién lo duda?

—Pero soy impaciente.

—Confía y espera, como todos.

—Hemos de acabar pronto las bandas que bordamos para los héroes.

—¡Qué de coronas les hemos de arrojar!

—¡Me parece que los veo! ¡Qué alegres! ¡Qué entusiastas! ¡Oid, oid!

Y con un fuego que se comunicó á nosotras, tocó Carlota el *Mutillac*.

¡Qué hermosa música!

De pronto, gracias á su maestría, empezó á ejecutar la *Marcha Real* con la mano izquierda, y prosiguió tocando el himno vascongado con la derecha.

¡No os podeis figurar qué efecto producia aquella combinacion!

En esto entraron algunos amigos, y la conversacion, continuando en el mismo terreno, se hizo general.

Todos habian acariciado alguna idea para el dia 4.

Todos, al confiarla, decian:

—¡Se realizará el año próximo!

—¡Oh! Sí, no hay duda; se realizará.

Llegó la hora de partir.

—Mañana está Carlota de dias, dijeron varios.

—Y va á estrenar un precioso vestido de color de rosa, del color favorito de doña Margarita, añadió su mamá.

En efecto: ayer lo estrenó; pero solo fue para hacer una visita á una familia carlista que se halla en la mayor indigencia.

Por la mañana dijo á sus padres: «Hoy, para celebrar mi Santo, van Vds. á hacer algo estraordinario; pues bien: yo lo agradezco, y les pido que me permitan destinar esa cantidad y mis pequeños ahorros á enjugar las lágrimas del pobre F... y de sus hijas en nombre de D. Cárlos y doña Margarita.

Y ayer celebró Carlota el Santo del Rey... de su corazon, proporcionándole una bendicion mas, y otra no menos pura y entusiasta á doña Margarita.

***

¡Hay tantas lágrimas que enjugar! Sin ir mas lejos, estos dias se ha visto precisado poco menos que á pedir limosna el Obispo auxiliar de Madrid.

Mientras algunos devoran hasta colonias, otros padecen hambre y sed.

En el capítulo de las desdichas, quiero hablaros de la que está sufriendo el senador carlista Sr. Aréchaga, que acaba de perder una hija de diez y ocho años.

¡Qué inmenso dolor!

Sin la Religion santa de Jesucristo no habria consuelo para él.

¡Dios quiera preservar de esta prueba al caballeroso y leal conde de Orgaz, que en los momentos en que escribo tiene enferma de gravedad á una de sus queridas hijas!

***

Han llegado estos dias muchos amigos nuestros; entre otros, el elocuente orador D. Antonio Aparisi y Guijarro. Tambien está en Madrid el Sr. Diaz de Labandero.

Parece que alegra verse uno entre los suyos.

¡Dios los inspire á todos, para que con su poderoso talento puedan ayudar á vencer obstáculos!

***

Os advierto que estos dias ciertas gentes desesperadas hacen correr unas noticias, que debeis rechazar con energía siempre que las oigais.

Aunque las dan con suavidad y maña, no les deis vosotras cuartel.

Llamad *calumniadores* y algo mas á los que os presenten á nuestro augusto Príncipe como inclinado á transacciones. No, y mil veces no. Los que se hagan eco de ese calumnioso rumor son reptiles, y hay que pisotearlos.

Pero bien es verdad que no necesitais estas advertencias.

¡Animo, ánimo y ánimo!

Ya habreis oido algo acerca de la reunion de Ginebra, y otro poco del empréstito, y, sobre todo, oís los latidos de impaciencia y de resolucion que resuenan á vuestro lado.

¿Qué mas quereis?

Yo os aseguro que antes que la luz del incendio brillará la de la fe.

***

No os hablo de teatros, porque lo único nuevo es bufo, y nosotros no reconocemos á ese burlesco soberano que ha aclimatado en la escena española la revolucion setembrina.

Solo os diré que se ha cantado muy bien la *Favorita* en el Real, y que se preparan obras notables en los demas teatros.

ESPERANZA.

MADRID: 1871.—Imprenta de *La Esperanza*, á cargo de D. A. Perez Dubrull, Pez, 6.



LA MARGARITA.

ALBUM DE LAS SEÑORAS CATOLICO-MONARQUICAS.

AÑO I. 12 NOVIEMBRE 1871. NÚM. 33.

CARTA DEL SEÑOR DUQUE DE MADRID.

Mi querido Nocedal: Dias pasados os escribí á Orgaz y á ti aprobando plenamente, y aplaudiendo con todo mi corazon, vuestra campaña parlamentaria, en la cual los diputados que representais las tradiciones, los principios constitutivos y los deseos de España, mi causa, en fin, lograis verdaderas y útiles victorias.

En tu último discurso has planteado la cuestion en sus verdaderos términos. No hay mas remedio que escoger: ó los principios católico-monárquicos que solo yo represento, únicos que pueden salvar á España y al mundo del total cataclismo que amenaza, ó el socialismo y las llamas, no bien apagadas, que hace poco ponian espanto, y aun han de surgir pavorosas, si Dios no lo remedia, en la Babilonia moderna.

Tienes razon: mis principios, antes ó despues, han de triunfar, si no es que ha sonado ya la última hora del mundo. Tienes razon: es evidente que á mí me convendria triunfar despues del completo castigo: sobre las ruinas, sobre las lágrimas, sobre los remordimientos que abririan los ojos á los ciegos y sacudirian el frio egoismo de los apáticos, mi empresa, aunque menos salvadora, seria mas fácil y mas justiciera.

Pero mi España querida es antes que yo: yo no quiero un Trono asentado sobre el cadáver de mi patria: por librarla de tanta desolacion y tan espantosos horrores, le ofrecí desde niño el sacrificio de mi vida; hoy que los instantes son supremos, yo le daré, si es preciso, mi sangre toda, la sangre de mi mujer, la sangre de mis hijos.

¡Quiera Dios premiar nuestros esfuerzos coronando nuestra victoria!

Para conseguirla, levantada tengo la *Bandera nacional.* No hay español honrado que no quepa bajo su sombra.

Yo los llamo y los espero sin escepcion, y sé que vendrán. Unidos y llenos de esperanza, cumplamos nuestro deber de combatir sin tregua ni descanso al enemigo comun en todos los terrenos, por todos los medios lícitos. Cada uno tiene su dia: hoy es el vuestro, mañana será el de otros; pero todos conspiran al mismo fin; y no solo no se rechazan, sino que se prestan, y y se prestarán, esfuerzo y energía.

Tú y tus compañeros del Senado y del Congreso sois hoy la representacion de mi España; y ese hidalgo pueblo sabe cumplir siempre su deber, como yo sé cumplir el mio.

Tuyo afectísimo,

CÁRLOS.

Ginebra 4 de noviembre de 1871.

POLÍTICA FEMENINA.

UNA CONSPIRACION.

No os asusteis, mis queridas lectoras: voy á invitaros á conspirar, pero sin riesgo vuestro, y con un resultado portentoso para nuestra causa.

¡Qué! ¿Han de ser solo los hombres los conspiradores? ¿Hemos de figurarnos siempre al conspirador buscando habitaciones subterráneas, con el rostro cubierto ó desfigurado, echando chispas por los ojos y ocultando bajo la capa larga el puñal ó el veneno? ¡Horror! Quédese este personaje para servir en algun melodrama; quédese para representar esos deseos lúgubres que engendran las pasiones demagógicas. Demos al mundo, que tan atrasadas nos cree, el espectáculo de una vastísima conspiracion, en la que los actores sean mujeres encantadoras, buenas, angelicales, como lo sois vosotras; y en vez de refugiaros en subterráneos, que son oscuros, húmedos y feos, buscad para conspirar como yo quiero que conspireis, un lugar mas hermoso...: el corazon de vuestros esposos, de vuestros padres, de vuestros hijos y de vuestros hermanos.

No temais que allí os descubra la policía.

Tampoco los revolucionarios os hallarán en el corazon: ellos se detienen siempre en el estómago.

Ni siquiera correis el peligro de ver violada vuestra correspondencia; porque al corazon le hablais con los ojos, y esta electricidad no es, como la otra, humilde servidora de las manos que la producen.

Ya veis que la conspiracion que os propongo es sencilla, grata y eficaz.

Podeis conspirar á todas horas, á solas, en público, con sol y con frio; vamos: os aseguro que no hay nada mas agradable para la imaginacion que el plan que os propongo.

—Pero, direis, no basta ser conspiradora: es necesario tener un fin para conspirar.

—Perfectamente.

—¿Y cuál va á ser el fin de nuestra conspiracion?

—El principio de la felicidad de España. Oid una pequeña historia de estos dias, y empezareis á adivinar cómo deseo que conspireis.

—Veamos.

—Atencion. Pues, señor, habeis de saber, mis buenas lectoras, que hay en Madrid cuatro señoras carlistas...

—¿Cuatro nada mas?

—Ya sé que hay mas, muchas mas; pero yo voy á hablaros de las cuatro, y si me interrumpís...

—Adelante.

—Prosigo. Pues, como iba diciendo, hay cuatro señoras carlistas que se ven á menudo, se tratan con la mayor cordialidad; pero, en honor de la verdad, hasta hace pocos dias no han podido tragarse. Al reunirse, se proponian las cuatro no hablar de sus maridos, ni de sus deseos, ni de sus disgustos...; en una palabra: su trato era superficial, y, cuando mas, por razones que comprendereis muy pronto, se daban unas á otras cariñosos alfilerazos.

En la intimidad apreciaban y discutian los sucesos políticos, ni mas ni menos como lo haceis todas, porque yo

os conozco, y sé que, aunque quereis cumplir deseos que para vosotras, como para mí, son leyes, y leyes queridas, la pasion os domina.

Las cuatro amigas estaban divididas en pareceres.

La una, por ser carlista antigua, se consideraba con cierta superioridad; la otra, por ser pariente de un diputado, se creia con una autoridad indisputable; la otra, por estar suscrita á un periódico y ser amiga de un socio de la Juventud católica, pensaba como su periódico y su amigo; la otra, por fin, era carlista nueva, pero con toda la pureza de la doctrina, con toda la fe y el entusiasmo que caracteriza á los verdaderos legitimistas españoles; cristiana, muy cristiana, y, por lo mismo, entusiasta del Príncipe que representa el derecho y la tradicion, y admiradora de su augusta esposa, porque sabe engalanar con el figurin de hoy las virtudes y las bellezas de siempre.

En sus entrevistas se dirigian indirectillas; discutian; en la discusion decian á veces mas de lo conveniente, y la verdad es que en sus casas no habia esa paz de espíritu, tan necesaria para vivir como Dios manda.

Cada cual iba á su marido con la impresion que habia recibido: otras las comunicaban á sus amigos ó parientes.

—Fulanita dice que tú y los tuyos teneis la culpa por vuestra intransigencia.

—Eso debe habérselo oido decir á su marido... Yo le conozco: no puede vernos, porque lo que nosotros queremos no les conviene á ellos.

—La prima del diputado, decia la otra, asegura que ellos, y solo ellos, han de salvarnos.

—¡Por supuesto! Lo que ellos hacen y nada, es todo uno... Miento: que hacen mas de lo que deberian hacer.

—Mi amiga asegura que si no fuera por los periódicos...

—¡Es claro! Si no fuèra por ellos, todo se arreglaria en seguida.

En resúmen: ellas se disgustaban y disgustaban á sus maridos, y daban lugar á rumores, á esclamaciones inoportunas, y vivian mortificándose y mortificando á todos cuantos con ellas hablaban.

Hace pocas noches, su murmuracion pasó de raya; sin la buena educacion que tienen, Dios sabe á dónde habrian ido á parar.

—Su marido de V. y los que piensan como él son los que tienen la culpa de todo.

—No, señora; su pariente de V. y los suyos son los que por darse tono...

—Su amigo de V...

—Basta, amigas mias, dijo la jóven; por ese camino nos destruiremos todas y destruiremos lo que mas amamos. ¿Quieren Vds. oirme? Pues en vez de seguir esta discusion, démonos un abrazo, gritando ¡viva...! etc.

—¡Viva! dijeron todas.

—¿Lo ven Vds.? La cabeza es mala consejera, puesto que calcula: el corazon es mejor, que solo siente.

—¡Es verdad!

—Aun debemos hacer mas.

—¿Qué...? ¿Qué?

—Nosotras hemos olvidado nuestros resentimientos al oir un nombre que simboliza nuestra felicidad.

—Cierto.

—Lo que necesitamos es que el triunfo sonria...

—¡Sí..., sí!

—Pues bien: yo las invito á Vds. á comer mañana en mi casa con sus maridos; es necesario que empleemos todos los medios de que podamos disponer para que ellos prescindan de todas esas pequeñeces, y se confundan en un abrazo, como nosotras, y todo, incluso el amor propio, incluso los intereses personales, lo sacrifiquen al triunfo: union, fe y obediencia. ¿No les parece á Vds. buena mi idea?

—¡Escelente!

—Confesemos para arrepentirnos que nosotras los escitamos. Démosles ejemplo... Abnegacion, mucha abnegacion; que todos estén unidos, y el triunfo es nuestro.

¡Con qué efusion volvieron á abrazarse!

Al dia siguiente se celebró la comida; y tan bien se arreglaron, que sus esposos, repitiendo el grito y la escena, se juraron la mas leal amistad.

Ahora bien, mis buenas lectoras: lo que yo os pido es que imiteis tan noble ejemplo; lo que yo quiero es que conspireis para desterrar todo elemento de division, para que sostengais la fe, para que fomenteis la esperanza, para que demostreis á todas horas á los que os rodean que su mayor enemigo no es la revolucion, ni el ministerio actual, ni la policía, ni la *porra*, sino el egoismo, sino la desunion, sino la murmuracion.

¡Ah! Creedme: el dia en que no hablemos de estos ó de aquellos; el dia en que no murmuremos de nosotros mismos; el dia en que no formen nuestras voces, obedeciendo á nuestro corazon, mas que un solo grito, ese dia será la víspera de la elevacion al Trono de sus mayores de D. Cárlos de Borbon.

Y para que esto suceda pronto, debeis conspirar como os he dicho; porque sucede que los pueblos no alcanzan mas que lo que merecen, y para merecer la ventura con que nos brinda D. Cárlos, necesitamos mucha union, mucha obediencia, mucha fe, y olvidar para siempre el fatal egoismo con que nos envenena la atmósfera que respiramos.

¿Conspirareis así?

Lo deseo vivamente, porque esa, y no otra, es la solucion del problema.

JUAN DE LUZ.

LA ESPOSICION DE BELLAS ARTES.

—

EL CONJUNTO.

Las esposiciones de Bellas Artes sirven para algo mas que para recrear la vista de los espectadores y dar á conocer á los artistas.

Al mismo tiempo que despiertan la admiracion, que premian el talento, ofrecen al hombre pensador datos para juzgar el espíritu y las tendencias de la época en que se celebran esos certámenes.

Los que ven líneas y figuras, luces y sombras, escorzos y perspectivas, ven muy poco: es preciso ver mas; es preciso arrancar á aquellos lienzos, á aquellas esculturas, á aquellos dibujos el secreto de sus autores, y este secreto es precisamente la prueba negativa de todas las impresiones recibidas por ese sublime aparato llamado *artista*, que con la imaginacion y el sentimiento refleja todo lo que ve, no solo en el mundo real, sino en el ideal; todo lo que siente, no solo por sus emociones, sino por las de todos los seres que le rodean.

Dia llegará en que los historiadores del porvenir, asustados ante la necesidad de registrar para hallar datos el inmenso fárrago de publicaciones que ha producido el siglo XIX, buscarán en la síntesis artística el verdadero manantial de sus investigaciones.

Quizás por eso quiere la Providencia que en nuestra época materialista sea el arte la única forma poderosa y absoluta de todo.

En efecto: arte es en nuestro siglo desde el rudimentario juguete que labra el pastor suizo en las largas veladas del invierno, hasta la ópera y el drama, que logran conmover y fascinar al público indiferente y escéptico que acude á los teatros á pasar el rato, porque la moda y el buen tono así lo exigen.

Y dada la imparcialidad y la rectitud de las Memorias periódicas de hoy, para hallar la verdad en los tiempos futuros, será preciso consultar los monumentos, los adornos, los enseres, los accesorios de nuestra vida, las obras teatrales, los artículos de costumbres, los cuadros y los dibujos; en una palabra: el arte en todas sus manifestaciones.

Adelantándome á este estudio del porvenir, natural es que inaugure las

breves indicaciones que acerca de las obras espuestas en el modesto palacio que ha ofrecido Madrid este año á los trabajos de los artistas españoles y portugueses, doy comienzo á mi tarea examinando estas obras en conjunto.

Desde luego puedo aseguraros que es en estremo doloroso el resultado de esta observacion; pero el *efecto* es lógico, y nos muestra la *causa* en toda su triste realidad.

Sin fe no hay arte, ó por lo menos el arte, en vez de ser señor, se convierte en esclavo.

Solo ráfagas de fe se vislumbran en los objetos que constituyen la Esposicion.

Muchos retratos... el *yo* bajo la forma artística; muchos lienzos grandes, bien pensados y bien ejecutados algunos, pero que no responden á ninguna necesidad moral del momento.

Bella es la *Muerte de Lucrecia*; no lo es menos la *de Séneca*; pero en nuestra época de lucha, hallándonos en pleno drama, ¿á quién interesan aquellos episodios de una época que el cristianismo oscureció al difundir en el mundo su pura y bienhechora claridad?

Prueban estos dos cuadros que sus autores son artistas que viven en la historia, que merecen los premios que han alcanzado; pero nada hacen por el presente, nada nos enseñan hoy, no resuelven ningun problema, no lo inician siquiera.

La mision del arte en nuestros tiempos no es ilustrar las páginas de la historia, ó por lo menos bajo el punto de vista histórico: el arte es la filosofía del alma, y debe hablar al alma, por lo tanto.

En este concepto, mas oportuno es el cuadro de Palmaroli, que en 1871 recuerda á los degenerados descendientes de los héroes de 1808 lo que sufrieron sus padres, asesinados por los invasores; y aquella escena en la que los parientes reconocen los cadáveres para darles sepultura, no solo dice al español de hoy lo que sufrió el español de ayer, sino que le recuerda su santo amor á la independencia, los sacrificios que por ella arrostró; y, haciéndole sentir la gloria del martirio, ó le avergüenza, ó le estimula.

Estos ejemplos bastarán á esplicaros cómo entiendo la mision del artista en nuestra época.

El ve, él observa, él siente, y al reproducir, pasado por el crisol de su alma, lo que los ojos han depositado en ella, puede, si es genio, enseñar é impresionar; si no lo es, ofrecer el dato á la inteligencia del espectador.

Bajo este punto de vista, la Esposicion es el retrato de nuestra época. Los cuadros, como las personas y los intereses, están en lucha; ni la fe, ni la patria, se presentan majestuosas; buscan unos cuadros el efecto por la adulacion de las mas bajas pasiones; otros lo buscan en un sentimentalismo artificial. Al lado de una escentricidad, se ve un pensamiento delicado; cerca de una batalla, un paisaje; no hay unidad en la apreciacion de la esencia.... En una palabra: recorred los salones, ved todos los objetos, cerrad despues los ojos, haced que desfilen ante vuestra imaginacion, y el conjunto, la variedad de las pulsaciones, os hará pensar que aquello es un delirio, una locura.

Cada pintor dice: *¡Este soy yo!*

Ninguno dice: *¡Esta es la sociedad!*

Pero la culpa no es de los artistas: es de la esfera en que se agitan, es del espíritu, ó, mejor aun, de la falta de espíritu.

Los que creen, no se atreven á luchar: los que no creen, se agitan en el vacío, no saben á dónde van ni de dónde vienen: muchos, muchísimos se han doblegado á la respetable necesidad, buscando con pincel adulador el porta-monedas del espectador impresionable; otros, suponiendo que el clasicismo es un cuerpo inmóvil, una momia, en vez de aspirar á crear el clasicismo de hoy, se han contentado con hacer algo parecido á lo que hacian los grandes artistas dos ó tres siglos há.

Brillan cualidades en unos, genialidades en otros, todos trabajan con ardor; pero el trabajo es estéril.

Santo y bueno que las artes no vivan hoy á espensas de Mecenas; que por sí solas logren triunfos; pero las artes, como espresion del sentimiento, necesitan siempre, y hoy mas que nunca, el fuego de la fe.

Messonier, contando lo que gana cada minuto cuando pinta, podrá hacer en sus tablas ó en sus lienzos lo que el sol en la cámara oscura del aparato fotográfico; pero todos sus cuadros no lograrán vivir en la posteridad, es decir, impresionar, hablar y hacer pensar siempre, como el *Duelo despues del baile*, de Gerome.

Las vírgenes de Rafael y de Murillo han logrado mas para el cristianismo que los mismos cruzados de Palestina.

Considerado el arte de este modo, la Esposicion es muy poco importante; pero en detalle ofrece bellezas que os daré á conocer en próximos artículos.

JULIO NOMBELA.

CUADROS VIVOS POLÍTICOS
Y SOCIALES.

—

LA CASA.

Empiezo por declarar que, en mi concepto, la felicidad de la familia tiene su base en la organizacion de la casa.

Quizás no han pensado en esto los arquitectos, y, si han pensado, los caseros no los han comprendido.

Una casa desmesuradamente grande y otra desmesuradamente pequeña, no pueden albergar el bienestar completo.

Figuraos un palacio en el que habita una familia rica: esto es muy fácil figurárselo.

Habiendo habitaciones en abundancia, hay que seguir la moda.

El marido tiene su departamento, la mujer el suyo: cada hijo dispone de sus habitaciones particulares.

Hé aquí la separacion de la familia.

Como el marido no incomoda á su mujer, puede trasnochar; si vuelve temprano, como la mujer no le espera, se ha acostado, y por no molestarla, deja de confiarle sus impresiones, sus secretos.

La niña de quince años vive lejos de la vista de sus padres; los pequeñuelos tienen habitaciones para jugar y para dormir, á donde los autores de sus dias no van, porque están apartadas.

Ademas, una casa así necesita muchos criados, y donde hay muchos criados, hay riñas, hay cuentos, hay amoríos, hay desventuras.

En vano se llenan las habitaciones de muebles y adornos; en vano se encienden todas las chimeneas y estufas en invierno; allí hace frio siempre; el frio natural que constituye la esencia de aquella familia.

Pues ved el polo opuesto: una casa pequeña.

Todos viven incómodos: el padre querria decir algo á su esposa; pero los hijos ó la criada están delante, y es imposible: todos los habitantes se molestan unos á otros, se tropiezan: la ropa de todos está hacinada en las perchas, el cepillo no parece, la toballa está confundida con otras prendas, y de aquí nace esa serie de pequeñas contrariedades, que dan lugar á palabras fuertes, á riñas, á disgustos.

Convengamos en que la base de la felicidad doméstica es una casa en la que todos pueden vivir cerca, sin molestarse, en la que el comedor y el gabinete son el continuo punto de reunion de todos, en la que hay habitaciones para todas las exigencias de la vida, enlazadas, eslabonadas, próximas, para que del calor de todos los individuos de la familia nazca la armonía, se cultive el afecto y se realice el bienestar.

La casa que mejor llene estas condiciones ha de tener sala, gabinete, despacho, tocador, las alcobas necesarias, el indispensable cuarto de los leones, comedor espacioso, buena cocina, mejor despensa, y cómodo recibimiento.

Vamos á examinar lo que representan estas habitaciones.

La sala es el paraje mas peligroso de la casa.

Es el producto de la vanidad.

Tener una buena sala, ricamente alhajada, es el deseo de todas las mujeres y de la mayor parte de los hombres.

¡Cuántos sacrificios hace la felicidad doméstica á la sala!

Ademas, en ella es donde se despiertan y agitan las pasioncillas humanas.

Las visitas lucen allí los trajes; allí se murmura, allí se miente.

Despues de una visita de cumplido, queda un malestar, que no es otra cosa que un remordimiento.

Yo suprimiria de buena gana la sala; pero no, amable lectora: decido no suprimirla para que no te indignes y me repruebes, y lo único que anhelo es que las escenas que en ellas pasen hablen al corazon y á la inteligencia, no al amor propio y á la vanidad.

Pasemos al gabinete: hé aquí una de mis

habitaciones favoritas: en él están las chimeneas, las butacas cómodas, el costurero, el piano, los libros favoritos, los objetos que constituyen recuerdos íntimos.

El gabinete es el templo de la verdadera amistad; en él se recibe á los amigos queridos, en él se habla con el alma, en él se pasan las noches de invierno con los hijos, con los parientes, con los amigos de confianza.

El despacho es tambien una habitacion que me gusta.

En las casas de los abogados, de los médicos, de los literatos, es, por decirlo así, el santuario del trabajo; allí pasa el esposo las horas estudiando, escribiendo, labrando el bienestar de su familia; allí hablan marido y mujer de los negocios de la casa, del porvenir de sus hijos; allí calculan, allí está concentrada la fuerza vital de la familia, bajo el punto de vista económico.

El tocador es una concesion á la mujer. Habitacion peligrosísima me parece; en ella fragua sus mentiras la mujer aficionada á afeites; en ella piensa mas en el mundo que en su marido y en sus hijos la mujer de su casa.

Tambien la suprimiria, pero no me atrevo, y la consiento como desahogo femenil, siempre que se permita entrar en ella á la verdad.

En cuanto á las alcobas, hay mucho que decir: diré, sin embargo, muy poco.

Creo que debe haber una muy grande para los esposos, y cerca, muy cerca, la de sus hijos.

Como el pudor es para mí el ideal de la belleza, creo que contribuye mucho al porvenir de los hijos la separacion de dormitorios.

Tenga cada cual el suyo; acostúmbrense á no ver á su lado, en esos momentos que preceden al acostarse y siguen al levantarse, mas que la imágen de Dios y de la Vírgen, que puedan entregarse á sus oraciones con completo abandono, y esta costumbre formará su alma para el bien.

Hemos llegado al cuarto de los leones. Este cuarto tiene diversos nombres; pero es esa habitacion indispensable en donde se colocan los baules, en donde están los armarios de la ropa blanca y la de paño, en donde se zurcen y arreglan las prendas que trae la lavandera, en donde se plancha y se deja secar la ropa por las noches, en donde, á falta de jardin ó patio, juegan ó retozan los chicos.

Ríanse Vds. de mí; pero en ese cuarto aparece la mujer de su casa á mis ojos con todo el esplendor de la reina de la familia.

Allí luce sus cualidades domésticas; allí se muestra organizadora si lo tiene todo arreglado de tal modo que pueda hallar en los armarios ó en los baules las prendas ú objetos necesarios á la vida doméstica; allí, repasando ó haciendo repasar la ropa, se muestra económica, hacendosa; allí, por último, hace el sacrificio de todas sus vanidades.

El comedor es el verdadero hogar: allí se reune la familia para recoger la primera parte del fruto del trabajo del esposo y de la economía y del arreglo de la mujer.

Respecto de la cocina y la despensa, he dicho que las quiero grandes, y esta última bien provista.

Hechas estas ligeras observaciones, yo os proporcionaré persona competente que estudie en el hogar las relaciones de los que le habitan.

J. N.

ECOS DE MADRID.

Digan lo que quieran, es grande, estoy por decir que es mayor que nunca, la esperanza que alienta en nuestros corazones.

No ya los que reconocen la legitimidad y aman con delirio al Príncipe que la representa, sino hasta aquellos que han vivido de los favores de la revolucion, confiesan, en presencia del desquiciamiento, de la perturbacion, de la anarquía en que estamos, que está próximo, que es inevitable el triunfo de nuestra causa.

Bueno es que se vayan acostumbrando á esta idea; pero sin que ellos lo indicaran, bastaria el espectáculo que presenciamos para comprenderlo.

Durante tres ó cuatro semanas, mientras el enfermo agoniza, han disertado los doctores sobre la enfermedad.

El pais ha asistido á la consulta y se ha convencido de que *La Internacional* es hija legítima de las iniquidades del liberalismo. Ha conocido la enfermedad y ha penetrado en la conciencia de los doctores. ¿Tiene algo de estraño que, desengañada de obtener en la tierra el remedio, haya elevado los ojos al cielo?

¡Oh! No: este movimiento del alma era su único refugio.

Del cielo ha de venir el consuelo, y ya todos los elementos sanos de la sociedad, estimulados por una voz providencial, se congregan animosos para dar la batalla.

El año 1872 nos ofrece una feliz convalecencia; en él hemos de hallar la salud, no lo dudeis.

Observad, y vereis la marcha majestuosa de la regeneracion salvadora.

El pais espera lleno de fe, lleno de entusiasmo, *unido*, *compacto*, *vigilante*.

Una señal, y el dique desaparecerá, y el torrente barrerá los escombros.

El primer acto se ha celebrado en Ginebra; la familia de Borbon, esa ilustre familia que ha sido grande unida, que ha sufrido cuando la discordia se ha agitado en su seno, ha comprendido su mision providencial, y todos sus miembros han reconocido

los derechos legítimos que asisten á los soberanos á quienes la Revolucion tiene separados de sus tronos.

El segundo acontecimiento, inmenso, trascendental, se verificará pronto, muy pronto. Fijad vuestros ojos en Roma: allí por fin va á consumarse el último acto del terrible drama; allí van á encontrarse frente á frente el derecho divino y el derecho revolucionario.

No separeis vuestras miradas del Padre de los fieles; acechad el momento en que hable; oid su voz, y despues de oirla, aprestaos. Entonces sonará la hora de la justicia.

La crísis llega al período álgido.

¡O la muerte, ó la vida!

Confiad, confiad, y al cautiverio seguirá la redencion.

Pero esperad trabajando... ¡Ah! ¡Si supierais cómo pasan las noches en las aldeas y en los caseríos las mujeres cristianas! Reunidas en torno del hogar, rezan primero, y despues las madres hacen los morrales que han de llevar sus hijos, las hermanas cosen las cintas á los escapularios que han de llevar sus hermanos, las esposas dan la última mano á las prendas que han de vestir sus esposos.

¡Fe y confianza!

*
* *

Estos últimos dias ha preocupado á los madrileños un espectáculo sorprendente.

Durante el dia, y cuando con mas fuerza brillaba el sol, descubrian en el zénit una estrella cuyo fulgor no lograban apagar los rayos del astro luminar.

¿Para qué hemos de pedir á la ciencia la esplicacion de este fenómeno?

Busquémosla en el sentimiento, y él nos dirá que en una época de caos y de infamia, otra estrella guió á los Reyes Magos hasta el humilde albergue en donde habia nacido el Hijo de Dios.

No es, no puede ser esa estrella síntoma de desdichas, sino de felicidades.

¡Y si no, al tiempo!

*
* *

Los dias de D. Cárlos se han celebrado con entusiasmo en muchas ciudades y aldeas. En unas partes se han solemnizado con limosnas, en otras con banquetes: en todos ha quedado en el alma el profundo convencimiento de que el amor mas acendrado logrará que el derecho y la justicia vuelvan á ser en España la grandeza y la ventura de nuestra nacion.

*
* *

Enviemos nuestra mas sincera felicitacion al señor conde de Orgaz por el restablecimiento de su querida hija. La gravedad de su mal inspiró serios temores; pero Dios ha oido los ruegos de un cariñoso padre, de una santa madre, y la hermosa niña ha recuperado la salud para seguir siendo el ángel de su familia.

En esos trances es en donde halla el alma la recompensa de sus virtudes; y seguramente habrá sido para el conde de Orgaz un poderoso lenitivo el interes, el afecto con que, no solo sus amigos, sino todos los que encuentran en él personificadas las prendas del carácter caballeroso y leal que le adornan, han asistido á su tortura, han tomado parte en su dolor y se han identificado con su alegría al recuperar el bien que ha estado próximo á perder.

*
* *

Para terminar mi revista de la semana consagraré algunas líneas á las novedades teatrales.

En el Teatro Español se ha representado una comedia, titulada *El Testamento de Acuña*. El público se figura que asiste á una clínica, porque no es posible presentar de una manera mas triste las miserias del corazon. Es verdad que al lado de los defectos hay algunas bellezas; pero el autor ha visto mas los primeros que las segundas.

Figuraos cinco parientes que esperan de un testamento el título de propiedad de una inmensa fortuna. Pero el testador los conoce, y dispone que la herencia se adjudique á aquel de los cinco que obtenga mayor número de votos en una votacion que han de llevar á cabo los presuntos herederos.

Las infamias y bajezas que cometen para adquirir unos los votos de los otros, muestra la realidad dolorosa que, aunque lo es, no constituye la regla general.

Por fin todos se quedan sin herencia, y los millones del testador se destinan al establecimiento de un asilo de niños huérfanos y de ancianos desvalidos.

*
* *

En el momento de cerrar el número llega á nuestras manos la importantísima carta que D. Cárlos ha dirigido al Sr. Nocedal. Con ella encabezamos el periódico, y quisiéramos esculpirla en el corazon de nuestros lectores. ¡El lenguaje del Duque de Madrid es la seguridad del porvenir no lejano! Ya lo oís: no es despues del petróleo, sino antes, cuando ha de brillar en sus manos la espada de la justicia y de la salvacion; no hemos de ser los segundos, sino los primeros, en defender los sagrados derechos de la moral cristiana.

¡Dios bendiga al escelso Príncipe, y que nuestras bendiciones sean la escolta de honor del esplendoroso y cercano triunfo que le reserva la Providencia!

ESPERANZA.

MADRID: 1871.—Imprenta de *La Esperanza*, á cargo de D. A. Perez Dubrull, Pez, 6.



LA MARGARITA.

ALBUM DE LAS SEÑORAS CATOLICO-MONARQUICAS.

AÑO I. 19 NOVIEMBRE 1871. NÚM. 34.

POLÍTICA FEMENINA.

—

LA CARTA DEL DUQUE DE MADRID.

Vais á decirme que la sabeis de memoria; que está grabada en vuestro corazon; que desde que la habeis leido se ha reanimado vuestra fe... No me estraña; lo mismo nos ha pasado á todos.

No es, por lo tanto, mi propósito ni interpretar ni comentar las augustas palabras; pero no sé si, como yo, habreis hecho una observacion que prueba mas y mas lo que ya vemos y palpamos: que la Providencia está de nuestra parte.

Oid un poco de historia.

Estalla la guerra entre Francia y Prusia, cae herida Francia, y sobre su cadáver se lanzan como buitres los llamados *rojos*, que despues resultan ser internacionalistas.

Europa presencia atónita los incendios de Paris, y una sociedad cuya bandera es la venganza y la destruccion, despues de matar el amor de la patria, se presenta con todos sus horrores ante el mundo al resplandor de la siniestra luz del petróleo.

No es ya la lucha política, sino la lucha social, la que se empeña.

El obrero á quien han arrebatado su único tesoro, la Religion; su mas noble sentimiento, el patriotismo, pide á la fuerza la realizacion de las envenenadas ilusiones que la sed de venganza y el mas insaciable apetito han ofrecido á su febril imaginacion.

Europa se estremece ante los incendios de Paris: *La Internacional* es el fantasma mas aterrador de todas las clases que no forman en sus filas.

Empiezan las huelgas en España, ó, como si dijéramos, los primeros síntomas de la enfermedad.

Créanse clubs intercionalistas y periódicos que propagan sus ideas.

Háblase de crecidas cantidades de petróleo introducidas en España.

Anúncianse devastadores incendios en algunas poblaciones.

Al ver preparados los combustibles, tiemblan los que tienen algo que perder, y llegan sus gemidos á la esfera del llamado *gobierno*.

Los revolucionarios, como si admiraran la gracia del niño, contribuyen á su desarrollo, y *La Internacional* se organiza en España.

Entonces el gobierno que nos rige escomulga á esta sociedad y promueve en el Congreso una discusion que dura cerca de un mes, y que da lugar á que los mas elocuentes oradores discutan en todas las esferas y por todos los medios la asociacion que aspira á destruir el capital, la religion, la sociedad.

En efecto: las primeras figuras del Parlamento han roto una lanza en pro ó en contra de la dama que presidia el palenque, y desde las defensas de Lostau hasta las acusadoras palabras de Nocedal, todo lo que se ha hablado solo ha servido, como decia muy bien el ilustre jefe de la minoría carlista, para hacer la propaganda de esa terrorífica sociedad.

¡Ah! sí: el presupuesto del Estado ha costeado en la *Gaceta* y en el *Diario de las Sesiones* la esposicion de las doctrinas internacionalistas; ha fijado sobre ellos la atencion de todos los españoles; ha difundido sus siniestras ideas y ha aumentado el pavor de las personas honradas.

¿Quién nos salvará de ese azote? se han preguntado los españoles; y leyendo con avidez todos los discursos, han caido unos en la postracion del remordimiento, porque han reconocido su complicidad; otros, en la desesperacion mas espantosa al comprender la impotencia de los poderes emanados del liberalismo para destruir el mal que sus pasiones ha creado.

De la amplia y animada discusion solo han quedado las blasfemias de un internacionalista, las complacencias de los republicanos, las nebulosidades de Salmeron, el eclecticismo funesto de Cánovas y Alonso Martinez, y el elocuente apóstrofe de Nocedal al declarar á todos los partidos que tiene enfrente de la Cámara, que *La Internacional* es obra de esos partidos; que *La Internacional* es hija del liberalismo.

Poned la mano en vuestro corazon y decidme si el dia 9 del actual, despues del voto fatídico de los 191, abrigábais un átomo de esperanza.

Durante el largo período de tiempo en que los oradores del Parlamento os han familiarizado con las aspiraciones de *La Internacional*, solo una deduccion habeis hecho, y la habeis formulado de este modo:

—El socialismo y las llamas vienen fatalmente á castigar la iniquidad de los unos y la complicidad de los otros. No hay remedio...: este castigo es espantoso, pero inevitable.

Los mas elocuentes oradores de España os habian convencido de que no habia remedio, y precisamente al dia siguiente de esta espantosa negacion llega á vuestros oidos providencialmente una solemne afirmacion:

"Mi España querida es antes que yo, esclama un Príncipe católico; no quiero un Trono asentado sobre el cadáver de mi patria; por librarla de tanta desolacion y de tan espantosos horrores, le ofrecí desde niño el sacrificio de mi vida; hoy que los instantes son supremos, yo le daré, si es preciso, mi sangre toda, la sangre de mi mujer, la sangre de mis hijos."

Y para lograr tan grandioso triunfo, llama á los buenos:

"... Levantada tengo la *Bandera nacional*, dice. No hay español honrado que no quepa bajo su sombra."

Ya lo veis: cuatro líneas han bastado á D. Cárlos para destruir, no solo los discursos del Parlamento, sino el miedo y la duda.

Esto os demostrará lo que puede un Rey inspirado en el derecho y la justicia.

Los liberales de todos matices no

han hecho mas que esponer el mal, y agravarle. D. Cárlos ha ofrecido curarle, y cumplirá su palabra, porque tiene *palabra de Rey*.

Confesad, en vista de esto, que la Providencia nos inspira y nos guia, y pedidle que acelere el momento en que el fuego del amor, que crea, sofoque el fuego de la venganza, que destruye y arruina.

JUAN DE LUZ.

UN RECUERDO.

No há muchos dias que, para distraer penas del ánimo y amarguras del corazon entristecido, tomé en las manos un libro, y en la página por donde al acaso le he abierto, leíase un discurso pronunciado por el vizconde de Chateaubriand en la Cámara de los Pares de Francia el 22 de febrero de 1816, que empieza con este período:

«Señores: hace un mes cabal que fuísteis llamados á Saint-Denis á oir la lectura del testamento de Luis XVI. Hé aquí otro testamento: cuando María Antonieta lo hizo, no le quedaban ya mas que cuatro horas de vida. ¿Habeis podido observar en esos postreros sentimientos de una Reina, de una madre, de una hermana, de una viuda, de una mujer, alguna señal de debilidad? La mano que los trazó tenia tanta firmeza como el corazon: no se nota que temblara la mano al trazar aquellas letras: María Antonieta escribia desde el fondo de la mazmorra á Mad. Isabel con la misma tranquilidad que si se hubiera hallado entre las pompas de Versailles. El principal crímen de la revolucion es la muerte del Rey; pero el mas espantoso es la muerte de la Reina. El Rey, por lo menos, conservó algo de su soberanía hasta en los calabozos, hasta en el cadalso: el tribunal de sus titulados jueces era numeroso: concediéronle algunas deferencias hasta en la Torre del Temple; y, finalmente, por un esceso de generosidad y de magnificencia, el hijo de San Luis, el heredero de tantos Reyes, pudo contar con el auxilio de un sacerdote de su Religion que le acompañara hasta la última hora, y no fue tampoco llevado al cadalso en el carro comun de las víctimas. ¡Pero la hija de los Césares cubierta de harapos, reducida á componerse ella misma sus desgarrados vestidos, obligada en su húmedo calabozo á envolver sus pies helados en una hedionda manta, ultrajada ante un infame tribunal por algunos asesinos que se titulaban jueces suyos, arrastrada en un asqueroso carro al suplicio, sin perder nunca su dignidad de Reina... ! Señores: un corazon tan grande como el de aquella regia víctima seria preciso para concluir este doloroso relato.»

Sí, en verdad: un corazon tan grande como el que las ha sufrido seria menester para narrar una serie tan inmensa de desdichas. ¿Dónde, fuera de los mártires del cristianismo, se ha visto en grandeza humana infortunio tan inaudito, desamparo tan grande, dolores tan acerbos, acumulados con saña fiera sobre la infeliz cabeza de una débil mujer?

La hija desventurada de la magnánima Emperatriz María Teresa, ayer esposa feliz del Rey cristianísimo, soberana de uno de los mas bellos reinos del mundo: hoy viuda de un hombre muerto, como un criminal, en un cadalso. Madre á quien son arrebatados sus hijos, entre el desconsuelo de la separacion, y el dolor, harto mas angustioso, de la suerte que les aguarda en manos, no de hombres, sino de fieras sin corazon y sin entrañas de piedad. Prisionera á la que, solo por ofenderla, llevan de una á otra cárcel mas estrecha y humillante; de un calabozo á otro mas infame; de la Torre del Temple, de la cual viera salir á su esposo amadísimo para el suplicio, á la Conserjería, desde donde saldrá á su vez á recibir de igual manera la palma del martirio. Víctima juzgada por un pretendido tribunal compuesto de hienas sedientas de su sangre inocente, una de las cuales, el desatinado Hebert, osó dirigirla, en forma de cargo, injuria tan ultrajante y horrenda, que nada quiso contestar á ella la víctima; mas increpada por otro de sus verdugos por su silencio: «No contesto, dijo, porque la misma naturaleza se resiste á responder á un cargo semejante hecho á una madre. Apelo á cuantas madres se puedan hallar aquí.»

¡Rasgo de espontánea elocuencia, que confundió á aquella horda de asesinos! Mujer tan desamparada, que nadie se atreve á favorecerla en lo mas mínimo: atormentada por dolores estraordinarios y por una sed ardentísima, pidió delante de aquellos salvajes, sus titulados jueces, un vaso de agua: ninguno mandó dársela, y un oficial de gendarmes que tuvo valor para hacerlo fue acusado por este acto de humanidad. Mendiga tan mísera, que á duras penas, y solo despues de insistentes súplicas, pudo conseguir en una ocasion una aguja para coser por sí misma sus destrozados zapatos.

Atada como los mas protervos criminales en la carreta comun, sin recibir en ese trance espantoso los consuelos de un sacerdote de su Religion, fue llevada á la muerte la desamparada Reina, entre la grita y las injurias de una multitud seducida, ebria y soez; y á pesar de tanto estremo de humillacion y desventura, no han abandonado á la regia mártir, en ese mo-

mento de durísima prueba, de amargo abandono y de mortal angustia, su dignidad, su serenidad inmutable y su resignacion dulce y cristiana.

¡Oh buen Dios! ¡Qué ejemplo y qué maravilla! ¡Cuánta desgracia, cuánta afrenta, cuánto tormento y cuánta saña contra una ilustre Reina é inocente víctima! Y al propio tiempo, ¡cuánta mansedumbre, cuánta paciencia, cuánta caridad para con sus verdugos, y cuánta fe y esperanza en Vos!

Grandes fueron los trabajos; injustas, crueles y violentas las persecuciones; trágico y funesto el fin de la infeliz María Estuardo; pero los de María Antonieta han sido infinitamente mayores.

Fue tan inocente víctima, que, á pesar de hallarse todos sus papeles y documentos en manos de sus enemigos, aquellos sayones, que no jueces, dispuestos muy de antemano á sacrificarla, no hallaron dato para fundar algo que semejase cargo, que pudiese cohonestar, siquiera en la apariencia, su horrible crímen. Tan persuadida estaba de su inocencia la noble Reina, que habiéndole dicho un cura juramentado en la prision, momentos antes de salir para el suplicio: «Vuestra muerte va á expiar...— ¡Ah! replicó ella vivamente; faltas, sí, pero no delitos.»

Ha sido tan magnánima, que en el documento hallado providencialmente, á que alude el discurso de Chateaubriand, atras citado, no tenia para los sicarios que la inmolaron sino palabras de perdon y misericordia, del propio modo que las tuviera su real consorte, siguiendo fieles uno y otro el ejemplo y las enseñanzas del divino Maestro.

Su ánimo era de tal modo valeroso, que ni en los momentos mas críticos, ni en medio de las mayores angustias, le abandonó su entereza. Al subir á la infame carreta, habiéndola dicho el cura ya mencionado: «Ved aquí el momento de manifestar valor...—¡Valor! respondió la Reina; hace mucho tiempo que estoy aprendiendo á tenerlo, y creed que hoy no me faltará.»

Tan celosa ha sido de los intereses del pueblo francés, á pesar de lo que la calumnia y la impostura se habian estremado en divulgar en contrario, que cuando las tropas combinadas del Emperador y el Rey de Prusia entraron en Francia, mandadas por el duque de Brunswick, previendo que podria ser ser separada del Rey, encargó á M. Hué le recomendase que jamás hiciese sacrificio alguno indigno de su gloria, por quebrantar los hierros que les oprimian, puesto que preferia que su cautiverio durase eternamente, al menor desmembramiento de Francia, al abandono de la plaza fuerte mas pequeña. Queria, de acuerdo en esto con lo resuelto por el Rey, que si la divina Providencia les hacia recobrar la libertad, fijasen por algun tiempo su residencia en Strasburgo, «porque pudiera pretenderse, decia, que esta importante plaza volviese á formar parte del imperio germánico, y era menester conservarla á Francia á toda costa.»

Esa plaza no es ya francesa; pero los Borbones, que la habian ganado para Francia, no fueron los que la han perdido; perdiola ese pueblo desgraciado, aunque menos que criminal, por haber abandonado á sus Reyes legítimos, y entregado, en su versatilidad, el poder á intrusos ambiciosos que alevemente le engañan y sin piedad le sacrifican.

Esto es lo que acontece en esa Francia por vos bien amada ¡oh virtuosa mártir! ¡oh santa Reina! En esa Francia, á donde recibísteis dos Coronas: una como Reina sobre el Trono, y otra de mano del verdugo en el cadalso. Magnífica era la primera; pero la última, salpicada con vuestra sangre generosa, es purísima, sublime, luminosa; ella os abrió las puertas del cielo, y brillará fúlgida eternamente.

Su luz celestial es como la estrella que guia los pasos de la estirpe egregia de Borbon, con la cual enlazárais vuestro destino, y que hoy vaga errante por el mundo; mas si ella vaga desterrada, el mundo, en tanto, gime presa de espantosa anarquía, viéndose amenazadas las sociedades de disolucion y de muerte. No hay hombre de honor; no hay pensador ilustre que no vuelva hoy los ojos á los reales proscritos, en los que se cifra la magnífica esperanza de que, ocupando los Tronos que el derecho les consagra, desde ellos devuelvan la justicia, la paz y el bienestar al mundo.

Ahora bien: ¿no hemos de amar, los fervientes partidarios de la legitimidad, con fe y perseverancia inquebrantables al Príncipe esclarecido Cárlos VII de Borbon, que lleva por divisa el emblema, símbolo de nuestras creencias, centro de nuestras esperanzas, manantial de felicidad para la patria? ¿No hemos de amar á esa raza preclara que dió á las naciones Reyes tan piadosos; Reyes que han sido firmes escudos de la fe, celosos defensores de la gloria y engrandecimiento de los pueblos, al punto de anteponerla en la tribulacion á su propio bien y libertad; magnánimos y generosos hasta con sus verdugos; cristianos, pacientes y resignados en la adversidad mas espantable?

¿Y qué valen los quebrantos, las contrariedades y los sufrimientos que nosotros hayamos podido esperimentar, ó estemos esperimentando por nuestra adhesion á la causa tres veces santa de la Religion y de la monarquía legítima, comparados con los que con firmeza y constancia asombrosas, en los dias aciagos de la revolucion, sufrió esa regia familia de mártires, y entre estos esa santa y valerosa Reina? ¿Qué valen nuestros pesares comparados con el torcedor

horrible de esa mártir, que en un momento mismo llora la injusta y tirana muerte del amantísimo esposo, la ausencia de los hijos, pedazos de sus entrañas, en manos de verdugos, las miserias de una estrecha y solitaria cárcel, las injurias y baldones de hombres sin pudor ni corazon, y la inmediata perspectiva del cadalso?

Y ved aquí, católicas y bonísimas lectoras de LA MARGARITA, los recuerdos y las reflexiones que me ha inspirado la casual lectura del período que copié al principio; tal como se han presentado á mi entendimiento, así, desaliñadas, fiando en vuestra benévola indulgencia, las someto á vuestra consideracion. Ignoro si el recuerdo de esa página sangrienta de la historia contemporánea, de ese cruento y terrible sacrificio de la gran Reina, de la sublime mártir, será ó no oportuno; pero sé de cierto, porque el corazon es quien lo dice, que hará latir y enternecerá el vuestro, sensible, cristiano y monárquico, con la misma vehemencia que ha agitado y conmovido el mio.

VALENTIN DE NOVOA.

Orense 12 de noviembre de 1871.

UN CUENTO QUE NO LO ES.

Erase un jóven de mucho talento y aplicacion, que despues de haber concluido la segunda enseñanza, y de quedar apto, por lo tanto, para emprender una brillante carrera, empezó á pensar seriamente sobre cuál de las muchas que estaban abiertas en las Universidades del reino seria mas á propósito para producirle el mayor grado de felicidad.

Ya se fijaba en una, ya en otra, sin decidirse nunca á resolver, hasta que, cansado de comparar utilidades con sufrimientos, se determinó al fin por la de abogado: pero, aun así y todo, conociendo que el paso que iba á dar constituye siempre la época mas notable de la historia de la vida, y que el tomar consejo de hombres sabios y sanos no seria imprudente, se dirigió al efecto á un sabio y virtuoso Prelado, pidiéndole su parecer, despues de manifestarle su determinacion.

—Está bien, le dijo el Prelado; pero para que yo le dé á V. el consejo que me pide, necesito antes saber cuál ha sido el móvil que le ha determinado á V. á elegir esa carrera con preferencia á cualquiera otra.

—Señor, contestó el jóven: aplicándome mucho á ella podré ser algun dia un hábil jurisconsulto, y para hacer conocido mi nombre, fundaria una revista de la profesion, en la que públicamente se resolverian los problemas mas difíciles é intrincados de la ciencia.

—¿Y despues...? añadió el virtuoso Prelado.

—Despues, señor, abriria mi bufete, admitiendo toda clase de pleitos, y mi palabra resonaria en el foro con admirable elocuencia...

—¿Y despues...? le interrumpió el Prelado.

—Despues me haria elegir diputado de la nacion por algun distrito; tomaria asiento en el palacio de la representacion nacional para defender los fueros de la verdad y de la justicia, llegando acaso un dia hasta ser ministro.

—¿Y despues...?

—Despues me casaria, tomando en matrimonio una doncella virtuosa y honesta.

—¿Y despues...?

—Despues, suponiendo que tendria familia, la educaria y proporcionaria el mas ventajoso porvenir.

—¿Y despues...?

—Despues, ya viejo, compraria una bonita quinta, y, dejando la corte, me abandonaria á los placeres del campo, juntamente con mi esposa, alternándolos de la manera mas variada.

—¿Y despues...?

—Despues...

Aquí el jóven palideció, y tartamudeando:

—Despues..., señor, añadió, despues... me moriré...

—¿Y despues...? dijo el virtuoso Obispo con esa amabilidad y dulzura producto de la esperiencia y santidad.

El jóven no supo qué contestar.

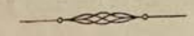
—Despues, continuó el anciano sacerdote, despues hay una eternidad dichosa ó desgraciada. Es V. católico, por dicha suya, y puede comparar entre una eternidad de bienes y una eternidad de males... Para conseguir los primeros, tome V. este librito (y le dió el Catecismo de la doctrina cristiana), que ha aprendido V. en la niñez; repásele V. asiduamente para que no se le olvide, y cuando haya V. llegado al apogeo del humano saber, medítelo á menudo.

Para que no sufra V. los males que he indicado, nada mas tengo que advertirle sino que no haga V. durante su vida cosa alguna de la que pueda arrepentirse en el artículo de la muerte.

Y, enternecido, prosiguió dando al jóven la bendicion.

—Siga V. teniendo siempre presente este interesantísimo consejo, y consulte con su corazon sus mas nobles inspiraciones.

PATRICIO INSAUSTI.



LA BELLEZA EN LAS ARTES.

—

(Continuacion) (1).

Como ven mis lectores, el tal hombre no carece de lógica, razona bien; pero que sea abogado; hablará por los codos, y nunca será elocuente; que se haga juez, podrá ser injusto, cruel, pero no haya miedo que falte al espíritu y la letra de la ley; aunque, á decir verdad, un hombre así tiene su camino trazado. Yo le diria:

—Abandona las leyes, y busca un medio de vivir mas adecuado á tu carácter.

Los seres que funcionan de este modo, parecen figuras de movimiento: la naturaleza mueve los hilos que agitan sus brazos y sus pies, pero su cabeza está hueca.

Creo haber esplicado el sesto sentido. ¿Lo habeis comprendido?

Si poseeis este sentido de que os hablo, consagraos á las bellas artes. No podeis encontrar una ocupacion mas agradable, un placer mas puro. Siento no tener bastante elocuencia para convenceros; pero lo conseguiria si me fuese posible daros una idea de las horas que he pasado en mi vida bajo la influencia del encanto de las bellas artes. ¡Oh! ¡Con qué gusto os contaria mis impresiones! Pero es imposible hacerlo en pocas palabras, y si emplease un libro os aburriria.

CAPITULO VII.

De cómo el autor se limita á copiar un pedazo de papel.

Oid, sin embargo, algunas frases que tomo de un escrito que he conservado siempre en la cartera de los papeles viejos:

«Me preguntas si veo con gusto tu aficion á imitar en el papel los objetos que llaman la atencion de tus ojos. Solo esta pregunta me ha producido una inmensa alegría, porque me prueba que tu espíritu se inclina al cultivo de las bellas artes.

»Sé mejor que tú, querido hijo, lo que es la vida. Es una serie de trabajos, de deberes, que es necesario llenar en medio de agitaciones y de vicisitudes de todas clases. Estas tareas, penosas casi todas, necesitan ser alternadas con largas horas de recreo, y el empleo de estas horas es sin duda el gran escollo de los hombres; sobre todo de aquellos que, como tú, no son bastante superiores á los demas para hallar en el ejercicio constante de facultades poderosas un saludable aliento á su actividad.

»Observa en torno tuyo. ¡Cuántos, entre los hombres vulgares, ocupan esas horas de descanso en una estéril ociosidad, perdiendo vergonzosamente un tiempo que podrian aprovechar en beneficio propio y en el de sus semejantes! Otros le pierden en frívolas distracciones, que no halagan mas que la vanidad ó el apetito de los sentidos. Otros, por fin, buscan goces perjudiciales ó culpables, y estos son los mas susceptibles del bien; pero el abandono, la pereza, la inercia, les conducen al mal.

»La ociosidad no busca, para perderlos, á los estúpidos ó á los indiferentes; no va sino donde hay calor y vida para tocarle en el frio remordimiento ó en el silencio de la muerte. ¡Dichoso tú, hijo mio, si encuentras una distraccion que te preserve de la ociosidad y de sus funestas consecuencias!

»De todas las cosas que llevan el nombre de placer, y que sirven para recrear el alma de los hombres, no hay ninguna que estime mas como preservadora, como útil y noble en su naturaleza, que el cultivo de las artes.

»Ocupan al mismo tiempo la inteligencia y los dedos; conducen el alma hácia el orígen de lo que es bello y puro, y hasta las letras, que tanto estimo, me parecen menos eficaces que el arte para conseguir estos resultados.

»Las letras ofrecen placeres mas vivos, pero menos constantes; ocupan mas la inteligencia, pero la recrean menos, y en la juventud no deja de tener grandes escollos. Ademas, hijo mio, mientras que la práctica de las Bellas Artes puede convenir á todos, la de las letras es solo patrimonio de hombres superiores. Si solo se tratase de recibir su luz, de beber en su copa bienhechora, de convertirse en su adorador fiel, ¡oh! entonces constituyen el encanto de la vida, y ofrecen la mas noble de las distracciones. Pero esto es precisamente un motivo mas para que yo me complazca de la direccion que siguen sus inclinaciones, porque las artes y las letras van por sendas vecinas que se acercan una á otra, y acaban por encontrarse en un mismo punto. Tú avanzas por la que conduce con mas claridad á este fin.

»Prosigue, pues, tu marcha, hijo mio, y no dudes de mi alegría al verte avanzar por esa senda en donde yo he pasado los mas bellos instantes de mi vida.

»Cuando hayas dado los primeros pasos, verás abrirse ante tí un horizonte sin límites de nuevas venturas, y poco á poco anhelarás cada dia terminar mas pronto tus deberes de hombre en el mundo para volver á la querida soledad que te ofrecerá la contemplacion de lo bello. En esa nueva esfera, en ese oasis descubrirás en el arte en que imitas y en la naturaleza que te sirve de modelo, cosas curiosas en estremo para el espíritu, útiles para la inteligencia é interesantes para el corazon, todo admirablemente combinado. En esta obra el trabajo ofrece descanso. Mitad pensamiento y mitad ejecucion, hay que emplear unas tras otras estas diversas facultades. Se ejercitan sin fatiga; mientras la inteligencia se agita

(1) Véase el núm. 32.

descansa la mano, y cuando la mano se mueve descansa la inteligencia.

»En el mas humilde cróquis que traces, enfrente de una campiña ó de un bosque, la habilidad, la inteligencia, la observacion, el juicio y la imaginacion tienen que desempeñar á su vez el papel que les está encomendado, y como compensacion hallas los atractivos, los encantos que esperimenta ante la naturaleza, ante la obra de Dios, el que se siente conmovido por sus bellezas. Los paisajes que hayas reproducido te inspirarán cariño; hasta el boceto informe que hayas hecho, te lo recordarán en todo tiempo, no solo con el interes que en tí despertaron, sino reproduciendo el placer que esperimentaste al verlos y reproducirlos por la primera vez, y la satisfaccion que dejan en el alma estos recuerdos, la ocupan, la alimentan á todas horas. ¿Dónde está el tiempo, cuando así vive, para la ociosidad, para el aburrimiento, para los vicios?

»Despues de la virtud, hijo mio, nada hay mas laudable que la sabiduría, que el sentimiento de lo bello, y por esta razon...»

Hasta aquí el papel viejo; lo que seguia se rompió y se ha perdido.

(Se continuará.)

R. TOPFFER.

ECOS DE MADRID.

—

Los verdaderos ecos de Madrid os horrorizarian.

En el Congreso no se habla mas que de dificultades para justificar la inversion de cantidades recibidas por funcionarios, de los proyectos de la venta de Cuba, de negocios justiciables, ó de enjuagues políticos.

En las calles se asesina y se roba: los ecos de ellas son gemidos de desesperacion y de dolor.

Con el frio se arropa la riqueza sin alma, y la miseria sale á implorar la caridad: ya no tiene quien vaya á su albergue á llevarle consuelo.

La revolucion ha suprimido á los Hermanos de San Vicente de Paul, pero ha creado *La Internacional*.

Los ecos de Madrid serian muy tristes.

Y esta semana mas, mucho mas para todos los que estiman al ilustre Conde de Orgaz. Su hermosa hija Margarita, ese ángel purísimo que habia esperimentado una notable mejoría, recayó el sábado, y el domingo, precisamente cuando leíais las palabras de felicitacion que con toda mi alma dirigia yo á sus padres, la flor plegaba su capullo, la niña cándida y pura cerraba sus ojos en la tierra para abrirlos en el cielo; el ángel volaba á la mansion eterna.

¡Ah! En esos supremos momentos es cuando el alma profundamente religiosa comprende los consuelos que atesora. Ver nacer á nuestro lado, de nuestra propia vida, una niña; cuidarla con esmero, llenar con nuestro amor todas las páginas de su existencia y perderla de pronto para siempre, y, lo que es mas, ver á otra hija nuestra tambien en el lecho... estos tormentos, estas pruebas, que son el crisol de las almas, no pueden resistirlas los que nunca miran al cielo; pero los que creen, sufren este martirio y lo ofrecen á Dios; y Dios, que es justo, enjuga sus lágrimas, diciéndoles: «¡El ángel que has perdido está á mi lado, y pide á todas horas por ti! Tú le verás á todas horas con los ojos de tu alma; tú tendrás siempre los ojos elevados al cielo, y en el cielo hallarás el consuelo mayor, el mas eficaz para cruzar la tierra con la tranquilidad del justo!»

¡Bendita mil veces la santa Religion que nos acrisola y purifica en el martirio!

Los condes de Orgaz, que con justicia y sin escepcion son amados y respetados de todos los que saben lo que su acendrada lealtad representa, han podido recibir una muestra de este amor y respeto el miércoles último.

Bajo la nave de la iglesia de San Martin, sobre un túmulo severo reposaban en un féretro de raso blanco los restos humanos de la inocente niña. Mas de seiscientos amigos sinceros y leales asistian á aquellos funerales, que presidian el sabio y venerable señor Obispo de Cuenca, el duque de Medina Sidonia, el marques de la Romana, D. Joaquin y D. Tomás Caro, el vizconde de Benaeza y D. Manuel Sureda.

El resto del templo estaba lleno de señoras que acudian á rendir aquel tributo de cariño y respeto á los desconsolados padres.

¡Dios se apiade de su dolor, y sírvales de lenitivo la parte que todos, absolutamente todos los que son sus amigos y los que, sin serlo, los conocen y estiman, han tomado en su inmensa desdicha.

Leed ahora la sentida carta que el conde de Orgaz ha remitido á la minoría legitimista contestando al pésame que esta le dirigió:

«*Señores diputados y senadores.*

»Muy señores mios y mis queridos amigos: Ayer, Vds., reunidos para asuntos de la causa que defendemos, se acordaron de mí y de la inmensa pena que á mi mujer y á mí nos aflige, y tuvieron palabras que llegaron al fondo de mi alma.

»Yo las guardaré mientras viva, y las trasmitiré á mis hijos, como memoria de un dia terriblemente solemne, como espresion de un vínculo estrechísimo contraido, no ya con amigos ni con correligionarios, sino con hermanos.

»Vds., que siempre han sido buenos para mí, ayer fueron mas; ayer fueron mis hermanos: reciban Vds., pues, el corazon de un hermano.

»Estrechamente unidos, como los hijos del mismo padre, sigamos en esta santa empresa, á la cual llama Dios á todos los hombres honrados; y que á las oraciones de los ángeles por la Iglesia y por España se una la oracion de esa hija mia, que se despidió de su madre diciendo: «Yo no sabia que iba al cielo.»

»Soy de Vds. con toda el alma.—*El Conde de Orgaz.*»

»Madrid 13 de noviembre de 1871.»

***

Tengo que hablaros algo de cómo trascurrió en el Bocage el dia de San Cárlos.

Pasan de treinta y tantas las lectoras que me han reñido por este *descuido imperdonable*: son sus palabras.

En primer lugar, ya lo habeis visto: el Duque de Madrid consagró su primer pensamiento á los españoles escribiendo la carta que conoceis.

Despues comenzaron á llegar con profusion las felicitaciones y los telégramas.

Los españoles residentes en Ginebra, y los vizcondes de Chateaubriand, descendientes del ilustre escritor, que fueron al Bocage exprofeso á felicitar á las augustas personas, tuvieron el honor de asistir á una comida con que los Duques de Madrid solemnizaron, pensando en nosotros, no lo dudeis, ese dia, que ha de ser muy en breve una fiesta nacional.

¿Seré indiscreta si os digo que la infantita doña Blanca fue el encanto de todos los convidados?

Una fortuna grande para mí me permite contaros cómo estaba vestida aquel dia la encantadora niña. Llevaba vestido blanco de linon con volantitos adornados de valenciennes, cuerpo escotado y manga corta. El vestido tenia segunda falda con cogidos de crespon de China celeste.

Adornaba su cuello un terciopelo, del que pendia un precioso medallon.

Su hermosa y espresiva cabeza, llena de bucles naturales, coronaba aquel encanto.

¿No os parece verla? ¿Y no es verdad que al verla así, os parece mas próxima?

Mucho podria deciros; pero basta lo dicho para que comprendais la felicidad que un ángel como ella difundirá en torno suyo.

***

Las novedades teatrales escasean: solo se han estrenado dos piezas en un acto de Diana, tituladas: *A tal amo tal criado*, y *La verdadera nobleza.*

Son chistosas, pero halagan demasiado las debilidades del público con sus chistes. Por lo demas, están escritas con discrecion y gracia. En el Español se ensaya *El Caballero de Gracia*, drama de Larra.

En la Zarzuela va á estrenarse una de dos poetas que han bajado al sepulcro: García Luna, y Gustavo Becquer. Titúlase *La venta encantada*, y es un episodio del *Quijote.*

La música es del maestro Reparaz; y si no estoy mal informada, este compositor ha de poner en música muchos de vuestros mas arraigados sentimientos.

***

¿Cuántos ejemplares direis que se han distribuido en España del elocuentísimo folleto de Manterola, *D. Cárlos ó el Petróleo?*

Pasan de treinta mil.

Primero se hizo una edicion en forma de libro; despues otra en una hoja de periódico, y de esta última solo se han distribuido los treinta mil.

De *El Espíritu carlista*, folleto que completa el pensamiento del primero, se han hecho dos ediciones numerosas; y ahora se anuncia otro nuevo opúsculo, tambien de Manterola, titulado: *¡D. Cárlos es la civilizacion!*

En vez de luchar con nuestros enemigos, lo cual produce el caos, y por medio de la prensa es estéril, los busca el Sr. Manterola con el ramo de oliva en la mano, y les ofrece la luz de la razon y el sentimiento.

Sus inspiradas páginas, leidas en el hogar, en el seno de la familia, están ganando para nuestra causa á todos los buenos que, buscando la salvacion, no se habian fijado en lo que representa nuestra bandera.

Si somos fuertes, si venceremos al fin, es porque las creencias están arraigadas en nuestro corazon.

Hablar al corazon es ganar soldados para nuestra causa.

Y nuestros soldados, ó son mártires, ó son héroes.

ESPERANZA.

EL PERÍODO ÁLGIDO.

En los momentos en que cerramos este número, derrotado el ministerio despues de varias batallas en el Congreso, ha logrado la firma de D. Amadeo para el decreto de suspension de las Cortes. ¡Mas de diez y ocho horas duró la última sesion! ¡Qué fiebre! La enfermedad ha llegado al período álgido: de esta hecha, ó se muere, ó sana el enfermo. Si no viene un remedio heróico, vestiremos de luto por la patria.

MADRID: 1871.—Imprenta de *La Esperanza*, á cargo de D. A. Perez Dubrull, Pez, 6.



LA MARGARITA.

ALBUM DE LAS SEÑORAS CATOLICO-MONARQUICAS.

AÑO I. 26 NOVIEMBRE 1871. NÚM. 35.

POLÍTICA FEMENINA.

—

LA CABEZA, EL CORAZON Y LA EPIDEMIA REINANTE.

Se puede ser buen moderado, buen progresista, buen radical y hasta buen cimbrio, si se me permite esta metáfora, y solo serlo de cabeza, por cálculo; pero para ser buen carlista, es absolutamente necesario serlo de corazon, por sentimiento.

Hé aquí por qué vosotras, mis queridas lectoras, formais en primer término, y con gran influencia, en las falanges del carlismo.

Hé aquí por qué, odiando de muerte la política, teneis que ser y sois políticas.

¿Por qué en los demas partidos no se siente palpitar la influencia de la mujer? ¿Por qué en la comunion carlista la mujer desempeña con sublime abnegacion uno de los mas importantes papeles?

La esplicacion es muy sencilla.

Los partidos políticos llegan hasta la puerta del hogar, y no se atreven á entrar en él, porque dentro de él les espera el remordimiento: el partido carlista tiende á labrar la felicidad del hogar.

Aquellos quieren perfeccionar la familia, obrando en la sociedad: nosotros queremos perfeccionar la sociedad buscando antes la perfeccion de la familia.

Nuestra política no se preocupa de los votos, de las influencias, de las cábalas, de los contratos, de las negociaciones financieras, de los actos vergonzosos, de los empleos, de los negocios; en una palabra, de todo ese semillero de desdichas, que acaban poco á poco con las naciones: nuestra preocupacion es solo cumplir los deberes que nos impone la ley de Dios, vivir en santa paz, sembrando amor y respeto en el corazon de nuestro soberano para recoger justicia, y bendecir á aquel que

habiendo recibido del Altísimo la mision de ampararnos y hacernos venturosos, cumple esta bienhechora mision, considerándonos á todos como su propia familia, como sus amados hijos.

Por eso amamos todo lo que nos haga depender de una voluntad templada en nuestro afecto, y odiamos todo lo que se asemeja al sistema de nuestros adversarios, pidiendo á Dios que antes que ser cómplices de los que arruinan á la nacion, consienta que seamos víctimas.

Demostrado que nuestras aspiraciones parten del corazon y convergen al corazon, se esplica la fiebre que nos devora.

La cabeza vale mucho, y por eso corona nuestro cuerpo; pero hay momentos en los que yo presumo que debe valer mas el corazon, puesto que está guardado, muy guardado, y lo que mas vale es lo que mas profundamente se guarda.

De cualquier modo, lo cierto es que en nosotros es todo corazon, que por lo mismo vivimos apasionados, y que esta pasion nos predispone á padecer una enfermedad que está en la atmósfera, que puede contagiarnos, que quizás nos ha empezado á contagiar.

De ella están atacados todos los que no forman en nuestras filas, y algunos de los que forman parte del cuerpo, aunque no del alma, de nuestro partido, como ha dicho Manterola.

Confieso que es difícil, sobre todo en Madrid, librarse de ser *caso* de esa funesta epidemia.

Os indicaré los síntomas.

Empieza el que va á padecer por olvidarse de que hay una Providencia que vela por los buenos y castiga á los malos, aunque estén disfrazados de buenos, porque ella penetra en lo mas hondo de la conciencia. A este olvido sigue el libre exámen, la duda, la murmuracion. Habla uno mal de todo, se desespera, sufre y cae en el descreimiento.

Perdida la fe, las fuerzas del enfermo se debilitan; viene la fiebre, y con ella el delirio: entonces no se perdona nada, todo es objeto de la difamacion; no se concibe un error involuntario; todos los actos de los hombres son premeditados y aleves.

Al llegar aquí se halla el enfermo en el segundo período, y solo la misericordia de Dios puede salvarle.

Si no se salva, cae en el tercero, que es la agonía de la desesperacion, solo piensa en criminales venganzas, y el siniestro petróleo es el único líquido que puede apagar la sed que le devora.

La causa principal del mal es el estado revolucionario del pais: el vírus ponzoñoso está en la atmósfera que se respira.

¿Quereis un ejemplo práctico de que tambien nosotros podemos ser *casos*? Pues recordad lo que en todos nuestros círculos se ha hablado estos dias al debatirse en las conversaciones la fatal cuestion de si debemos ó no debemos ir á las urnas.

Todos, absolutamente todos, nos hemos permitido opinar; todos hemos pesado las ventajas y los inconvenientes de esa resolucion.

Os confesaré mi pecado para daros ejemplo; porque confesar culpas es buscar el camino del perdon.

Yo tambien he empezado á sentir el contagio; yo tambien he pensado mal de los que creen que debemos malgastar nuestras fuerzas en estériles y desdichadas luchas; yo he buscado razones poderosas para probar que por ese camino se siembran vientos y pueden recogerse tempestades; yo he sentido esa fiebre que quita el sueño, que puede conducir al hombre á sensibles conflictos; yo he abrazado con efusion á los que rechazaban la teoría de que todos los medios son buenos si conducen al fin, y he huido de los que yo calificaba de interesados en retardar nuestra única solucion.

Los que os habeis hallado en el mismo caso comprendereis lo que he sufrido. No hay martirio comparable al que siente el alma cuando la duda y

la desesperacion se apoderan de ella.

Dios me perdone los malos pensamientos: lo digo con toda mi alma, y sí me perdonará, porque ha acudido á tiempo en mi auxilio y me ha salvado.

Hoy respiro; hoy siento mi alma tranquila; hoy la llena la fe mas pura que antes; hoy la embellece la espeperanza; hoy soy otro hombre.

Pero no basta: si sois leales, confesareis que, como yo, habeis sufrido, ó estais sufriendo; necesitais la medicina que me ha curado, y voy á dárosla.

En primer lugar, arrojad, y arrojad para siempre, ese espíritu soberbio que se llama *libre-exámen*; engolfaos en los mas puros sentimientos religiosos, confesad vuestros errores, y esperimentareis acto continuo las dulzuras de la fe, y gozareis de los tesoros de la caridad.

Fe en DIOS, en la PATRIA y en el REY; fe en los principios, fe en la eficacia de los medios que aconsejan estos principios.

Caridad para los que no gocen como vosotros, haciendo el bien por el bien, para los pobres de espíritu, y hasta para los egoistas.

Yo no he necesitado mas que un momento para recuperar la salud. He fijado los ojos de mi alma en el augusto Príncipe cuyo derecho reconozco, de cuyas manos espero la salvacion; he visto en su diestra la bandera nacional, me he abrazado á ella con nueva fe, he jurado de nuevo amar, respetar, obedecer ciegamente al elegido de Dios, sacrificarle todo, mi vida, más que tuviera; no ver mas que el resplandor de su corona, no oir mas voz que la suya, no obedecer mas voluntad que la que emana de su corazon; y, creedme: soy tan feliz, que os invito á buscar ese puerto salvador.

Si todos hacemos lo mismo; si todos confiamos, si á un latido de su alma responden todos nuestros latidos, podremos hacer con el corazon lo que la cabeza no consigue nunca; caer como un torrente impetuoso sobre los obstáculos, y detenernos como el mar embrevecido allí donde la voluntad de Dios le marque el límite.

Este es nuestro único lazareto, nuestro preservativo eficaz de la epidemia reinante.

JUAN DE LUZ.

CUADROS VIVOS POLÍTICOS
Y SOCIALES.

—

LA FAMILIA.

I.

Los esposos.

Suelen decir los chuscos, y aun tambien algunos filósofos, que el matrimonio es el sepulcro del amor; y si bien en algunos casos tal proposicion suele resultar cierta, no puede admitirse sino tratándose de aquellos esposos que no han encontrado el secreto de prolongar indefinidamente las felicidades que esperimentaron durante el período que vulgarmente se llama la *luna de miel*.

Y por cierto que tal secreto no puede ser desconocido entre las personas bien educadas y que comprenden la estimacion mutua que se deben los cónyuges.

Si el matrimonio fue el resultado del amor, debe ser tambien el premio del amor, que solo puede existir y alimentarse con el cariño espresado en continuos cuidados y deferencias, en la absoluta prediieccion del esposo hácia la esposa, y viceversa.

Hé aquí, lectoras, el poderoso talisman que hará obedientes y amables á vuestros esposos (si sois casadas, ó si aspirais á serlo, como supongo).

Lo mismo pudiera advertir á los lectores que hayan doblado la cerviz al dulce yugo matrimonial, ó abriguen el noble propósito de consagrarse á labrar la felicidad de una mujer.

El esposo, en el seno de la familia, y en todas ocasiones, debe ser considerado por su esposa como la persona mas digna de amor y de respeto, pero de un amor y respeto espontáneo y nunca impuesto.

Al fin, aunque la intimidad y la confianza que él la inspire sea grande, nunca debe olvidar que es el jefe de la familia, á quien es preciso agradecer los sacrificios que haga, y tolerarle con resignacion sus impertinencias.

Pocos casos registra la historia de las so-

ciedades en los que el esposo haya abandonado á una esposa que le ha guardado aquellas deferencias y muestras constantes de acendrado cariño.

La mujer que solo emplea su coquetería para agradar mas y mas á su marido; la que se muestra siempre con él tierna y cuidadosa; la que, ademas de serle fiel, tiene el esquisito cuidado de ser humilde sin abdicar de su dignidad, y prudente en las situaciones difíciles de la vida conyugal, esa podrá decir que ha sabido hallar el secreto de su felicidad, y que ha asegurado el amor eterno de su esposo, por voluble y pecador que este fuere. ¿Y si él es un ingrato? dirán algunas de mis lectoras; ¿y si nos abandona ó nos maltrata, y cuando le vemos caminar hácia la ruina esquiva nuestras reconvenciones?

¡Oh! Entonces tendreis las mas bellas ocasiones de ejercitar las virtudes domésticas que os recomiendo. Con ellas sereis ángeles, y no hay hombre de tan perverso corazon que se resista á vuestras dulces palabras.

Procurad que vuestra presencia no sea á los ojos del estraviado cónyuge la espresion de sus remordimientos; omitid quejas y reconvenciones, y entonces el hogar doméstico será el único asilo á donde le vereis llegar avergonzado y arrepentido, buscando la paz de su espíritu y el consuelo de vuestro amor. Vuestro triunfo será seguro.

Tambien los esposos tienen en su mano el medio de prolongar indefinidamente las íntimas espansiones y la felicidad doméstica del primer período del matrimonio.

Ellos tambien están obligados á competir con sus esposas en punto á deferencia y cortesanía.

La intimidad de la vida comun y la absoluta confianza, no deben impedir ni escusar los actos esteriores que á cada paso puedan significar tibieza é indiferencia.

Dada la susceptibilidad de la mujer, creo que es aun mas necesaria en el hombre esta respetuosa cortesanía, que tanto puede en el ánimo de la mujer, y que tanto la obliga.

El hombre que, á pretesto de confianza, habla á su mujer con el lenguaje libre con que habla á sus amigos; el que por escusar fórmulas y circunloquios no teme ser grosero y poco afable ante su amada compañera, se enajena sin saberlo su estimacion, porque parece que olvida el lugar que aquella ocupa en el hogar doméstico, y da muestras de que la estima poco, aunque realmente así no suceda.

Dos esposos deben ser dos eternos amigos; aun mas: dos voluntades condicionales, y que no deben subsistir ni tener fuerza mientras no se reunan para formar una sola.

No les basta amarse mutuamente; es tambien necesario que sepan manifestarse su amor; y este es el estudio que debeis hacer los que aspirais al matrimonio, y los que veis disiparse insensiblemente los sencillos goces de la vida conyugal.

II.

Los padres.

La buena armonía entre los cónyuges, no solo es indispensable para que disfruten ellos la dulce felicidad á que aspiraron en un principio; lo es tambien como base de la educacion de los hijos.

El buen ejemplo de los padres de familia forma el corazon de los pequeñuelos, y les inculca prácticamente las mas saludables máximas.

Generalmente, el natural cariño de una madre la hace demasiado condescendiente con sus hijos, y la obliga á satisfacer sus caprichos, no siempre merecedores de tanta complacencia.

Los padres son mas severos; sufren menos las impertinencias de los niños, y hé aquí un motivo frecuente de disgustos en el seno de las familias, y aun de disidencias entre los esposos.

¡Cuánta prudencia necesitan ambos para no dar perniciosos ejemplos con tales disensiones!

Las costumbres de antaño convertian á los padres en jueces severos. Los azotes y los golpes mas ó menos rigurosos se hallaban consignados en el código penal doméstico, y aun vivimos muchos que alguna vez hemos sido castigados por nuestros padres, y que sin embargo no dudamos ni hemos dudado nunca del entrañable cariño que nos profesaban. Sin duda alguna, nuestros queridos padres hacian un inmenso sacrificio cada vez que nos imponian una de aquellas penas, y lo hacian bajo la persuasion de que los azotes eran saludables, moralmente hablando, y necesarios para ahuyentarnos, por medio del temor, del camino de la perversidad. Por esto acaso se dijo: *quien bien te quiera te hará llorar*.

Nuestra moderna sociedad es menos severa; hoy llamamos de *tú* á nuestros padres, y ellos nos lo permiten, porque este tratamiento se conceptúa como espresion cariñosa y no irreverente. Hoy se han desterrado los encierros, los azotes, las privaciones de alimento, y otras penas, porque en nuestros dias, lejos de servir de correctivo contra los estravíos y pecadillos de los niños, sobreescitarian sus malas pasiones y darian un resultado contraproducente.

¿Y esto no sucedia lo mismo ayer? preguntará algun curioso, á quien para contestarle nos bastará decirle que ayer los niños lo eran hasta los quince ó veinte años; las costumbres les obligaban á pensar en todo del mismo modo que sus padres, y su instruccion no se separaba del camino len-

to que les señalaban sus maestros y directores.

Hoy, por el contrario, un niño de diez años tiene ya criterio propio y es filósofo moralista, y con maravillosa precocidad hace alarde de su autonomía intelectual, se considera ya hombre, exige que se le castigue como á tal, y por eso una ligera reprension influye mas en su ánimo que un violento castigo, consecuencia única de una superioridad material, que verdaderamente es ya innecesaria.

Pero si bajo este punto de vista los padres tienen medios mas fáciles de conducir á sus hijos por el camino de la virtud, en cambio necesitan mayor tino y prudencia para contemporizar con las inclinaciones propias de la infancia y de la adolescencia, y para escoger un buen método de enseñanza religiosa, moral é intelectual que les sea grato y despierte en ellos la emulacion y los sentimientos generosos y nobles de sus infantiles corazones. Ni el rigor ni el descuido pueden hoy emplear los padres en la educacion de sus hijos, siendo siempre la principal regla el ejemplo que les den, pues sabido es que nada impresiona tanto á un niño, ni se fija tanto en su alma, como aquello que observa en el seno de la familia.

III.

Los hijos.

Tal vez direis, amadas lectoras, que me he lanzado á escribir un breve tratado de moral, y que mi festiva pluma escribe en un estilo un tanto serio y propio de un dómine empapado en máximas mas ó menos vulgares ó sabidas.

Esto será cierto; pero, ¿qué puedo decir á los esposos y á los padres que no se reduzca á aconsejarles que sean como Dios manda, y á estimularles á que lo hagan así como medio de vivir en santa paz y evitar las desdichas y tragedias que vemos en el seno de algunas familias, por haber desatendido los sagrados deberes que ligeramente bosquejo?

¿Y qué podremos decir de los hijos y á los hijos de familia, que no se reduzca á nuevos consejos para que sean dóciles y cariñosos con los autores de sus dias, para que los respeten y los escuchen, para que los ayuden y los amparen, correspondiendo así á los cuidados y beneficios que aquellos les dispensan, y, finalmente, para que amen el hogar doméstico, y comprendan que solo en él se encuentran en esta vida los goces mas puros y las mas grandes satisfacciones?

Estos consejos que daria á los hijos de familia, podria hacerlos estensivos á los parientes; pero de los parientes, de los criados y de los amigos me ocuparé en artículo aparte.

X.

LA BELLEZA EN LAS ARTES.

—

(Continuacion.)

CAPITULO VIII.

De cómo el autor, á propósito del papel viejo, se mete, como suele decirse, en camisa de once varas.

Creo que las ideas que hemos hallado en el papel, convenientemente modificadas, podian ser tan útiles, y acaso mas, á las jóvenes como á los jóvenes.

Que una niña tenga habilidad para las labores de su sexo; que entienda perfectamente las ocupaciones domésticas; que pueda un dia llegar á ser lo que se llama una mujer de su casa, nada mejor. Entre estas cualidades y las demas que puedan adornar á la mujer, debemos escoger las primeras.

Pero bueno seria que uniese á este mérito indispensable otro menos sólido, pero agradable; menos severo, pero gracioso; menos esencial, pero tan necesario como aquel.

Es preciso no confundir lo que yo deseo, con lo que constituye la educacion de adorno que suele darse á las señoritas.

¡La educacion de adorno!

Propiamente hablando, estamos en el siglo del talento superficial. Generaciones enteras de señoritas tocan rigodones y polkas al piano; bailan la mazurka y pintan flores. Seria mas fácil nombrar á las que no tienen estas habilidades, que á las que las tienen.

¡El cielo nos preserve de una Corina para nuestros hijos!

Preferibles son los resultados de la educacion de adorno á los que pueden producir los talentos sorprendentes, las cualidades maravillosas que, á cambio de una aureola efímera, arrebatan á la mujer la felicidad.

Pero entre los dos estremos, entre los dos caminos, frecuentado el uno por la multitud, sin conducir á parte alguna, y de difícil acceso el otro, ¿no habrá algun sendero oscuro y solitario que nos ofrezca algun apacible retiro, alguna hermosa campiña, sembrada de modestas flores que se dejen coger sin ruido y sin aparato? Yo creo que sí, y, en mi concepto, este sendero solitario es el cultivo de las bellas artes.

En el seno de la familia es el cultivo de las bellas artes, no para brillar en un salon, para entretener á los ociosos ó para conseguir que se les caiga la baba á nuestros abuelos; no para alcanzar gloria ó reputacion, sino para buscar en esta tarea, al mismo tiempo que un honesto recreo, un ejercicio para el espíritu, un estímulo para el corazon, un aliciente para la imaginacion.

¡Hermosa criatura la que sepa dar á sus

horas desocupadas tan agradable empleo, mucho mas si estos nuevos goces que adquiere en la soledad son en torno suyo lo que un perfume que se respira sin verle! ¡Hermosa si á traves del velo de la modestia se adivina en su rostro el sentimiento de lo bello, esa delicadeza, ese tacto, esa percepcion que desarrolla el arte en el alma y que revela una mirada, una sonrisa, ó pura y simplemente el rubor que colora una mejilla!

Un encanto misterioso atrae y detiene á las personas cerca de la mujer cuya esencia, sin que ella lo sepa, es el sentimiento artístico, y la que esto consigue interesa siempre; es buscada por todo el mundo aunque pasen los años, porque, acá para nosotros, las que poseen este sentimiento no envejecen nunca.

Yo no suelo ir á la sociedad, pero tengo algunas noticias de lo que en ella pasa, y oigo decir que los hombres mas vacíos de sentido, y por consiguiente mas idiotas, son los que tienen los honores de la conversacion cerca de las señoritas. Su conversacion agrada, porque ninguno como ellos emplea con mas oportunidad las puerilidades; porque ninguno como ellos tiene mayor cantidad de esas frases huecas, de esas galanterías estereotipadas que tanto gustan á la mayor parte de las flores de los salones. Y sin embargo, esas señoritas que aceptan á esos figurines de movimiento, saben tocar el piano, cantar, bailar, bordar, y acaso han recibido lecciones de dibujo, han leido novelas y hablan de todo; de todo, hasta de las bellas artes. Cierto es que hablan de todo, pero nada les interesa; comprenden poco, y sienten menos; recogen el fruto de la educacion que han recibido. Sin los principios severos que rijan sus costumbres y preparen sus virtudes domésticas, todo en ellas es superficial, todo es apariencia. Leen por leer, aprenden á tocar el piano para lucirse en los salones, dibujan porque es moda dibujar. De aquí esos talentos sin alma, que viven á espensas de la vanidad, que no ofrecen utilidad alguna en el hogar doméstico, que carecen de raices en el alma, y que no sobreviven al matrimonio.

Ahora bien: las mujeres dan el tono á la sociedad; los hombres no pueden desprenderse del deseo de agradarlas.

Donde las mujeres son coquetas, los hombres son falsos, carecen de afectos sinceros; donde viven oprimidas, los hombres son brutales, la sociedad carece de encantos, ó, mejor dicho, no hay sociedad. Pero allí donde pueden reinar, si no imponen su imperio, los hombres le desconocen; si no defienden su dignidad, la empequeñecen; si no tienen exigencias, no se guardan con ellas consideraciones; si no ponen precio á su estimacion, en fin, nadie las estima.

Esto es puro comercio. Por fortuna este cuadro no es un retrato. Las mujeres, en nuestra época y en nuestra sociedad, no son coquetas, ni están oprimidas, ni carecen de dignidad, ni viven sin exigencias; razon por la cual nosotros, sus súbditos, rendimos culto á su belleza, no somos brutales, nos doblegamos con gusto á su voluntad, y no las consideramos como esclavas, sino como señoras.

¿Qué son, pues, las mujeres? Recurrid al criterio, y juzgadlas por las cualidades que bastan á los jóvenes, es decir, á sus pretendientes, para obtener su amor ó su mano. ¿Son estas cualidades el talento, el ingenio, la distincion, aunque vayan unidas á la forma mas agradable y fina? Me aseguran que no.

Sobre esto habria mucho que hablar.

Por regla general, los títulos, la fortuna, la conversacion, el gusto para vestir, la agilidad para bailar la galop, la destreza para guiar un tilburí, el buen gusto para ponerse el lazo de la corbata, suelen ser casi siempre, y no se incomoden las bellas, el punto de partida de todas sus inclinaciones amorosas.

¡Oh! ¡De cuán diversa manera me he representado yo siempre el imperio de la gracia, del sentimiento y de la belleza! ¡Qué hermosa servidumbre la que ofrece la fuerza ante la debilidad!

Pero me voy embrollando mas de lo que queria: he divagado mas de lo regular, y necesito recapitular mis ideas.

Hemos visto cuál es el orígen de las bellas artes y de la gente honrada. Nos hemos convencido de que, sin númen, sin el sesto sentido, no es posible consagrarse con éxito á las bellas artes. Un pedazo de papel viejo nos ha mostrado que hay algo de bueno y de noble en esta ocupacion. Por último: hablando de las señoritas, hemos dicho que no se deben confundir los saludables frutos del cultivo de las bellas artes con el fruto sin olor ni sabor que ofrece la educacion de adorno.

Ahora bien: si creeis poseer el sesto sentido, acompañadme en la peregrinacion que voy á hacer, que puede ser que no os pese... Gracias á Dios, he vuelto á encontrar el camino, del que me habia estraviado. *(Se continuará.)*

R. Topffer.

ECOS DE MADRID.

Si no fueran los hombres tan soberbios y tan míopes, confesarian lo que no puede menos de confesarse: que la Providencia toma mas parte de la que merecemos en nuestras cosas.

El viérnes de la semana anterior se suscitó la famosa cuestion de los frailes, y en

ese palenque teatral que se llama *Congreso* se dió el espectáculo de sitiar á un gobierno, teniéndolo acorralado hasta las ocho de la mañana.

Los padres de la patria trasnocharon; y para que se vea que en esa farsa hay tambien una salida en los casos de apuro, despues de una verdadera orgía de elocuencia; despues de una derrota parlamentaria, apareció el gobierno con un salvo-conducto, y los vencedores se fueron mohinos á sus casas, y los víctimas irguieron la cabeza y se consolidaron en el poder.

Ese es el parlamentarismo, mis buenas lectoras.

Mientras conviene, valen las votaciones; cuando va la cosa mal, la soberanía toma la forma de regia prerogativa, y ya habeis visto lo que sucede.

Nuestros valientes diputados hicieron todo lo que podian hacer. ¡Vaya! ¡Figuraos lo que habrán sufrido! Hombres todos de buenas costumbres, de familia, de órden, ¡verse obligados á comer de fonda, á pasar toda la noche en claro lejos de sus hogares!

Con nada del mundo les pagaremos los sacrificios que hacen por nosotros. Algunos hasta han caido enfermos, como Cruz Ochoa y Civit.

Y cuidado que estuvieron hábiles y fogosos en el combate... todo hacia esperar que caeria el ministerio á sus golpes; pero, amigas, los ministros contaron con el favor de arriba, y facilitaron á todos los diputados los medios de descansar durante algun tiempo.

No seguiré la marcha de los nuevos políticos: desde entonces oigo decir que el ministerio se ha consolidado, y que, tarde ó temprano, disolverá las Cortes.

Lo único que os indicaré, para que veais cuán distintos son de nosotros nuestros enemigos, es que los que han triunfado solo piensan en repartirse empleos; y los que han sido vencidos, hablan con tal irreverencia de su jefe, del jefe que ellos eligieron, que me parece que si no le dan la licencia absoluta, no es por falta de ganas.

¡Pobres gentes!

Piensan y obran por el estómago y para el estómago; y al fin, no lo dudeis, van á morir de indigestion. Nuestros senadores y diputados han aprovechado la clausura de las Cortes para tornar á sus casas, y vivir allí en el santo amor de la familia.

Estos dias todo se vuelve despedidas, y ¡ya se ve! como la corte es un foco de corrupcion, se van contentos á vivir en las provincias y en las aldeas, donde el aire que se respira es mas puro.

Aquí en Madrid los saquean de lo lindo en los hoteles y en las fondas; pero hay tal entusiasmo en su alma, que aceptan los mayores sacrificios con tal de servir á su Rey y á su patria.

Y es preciso hacerles justicia: aunque es muy tentadora la asistencia diaria al Congreso; aunque la posicion que ocupan allí deslumbraria á cualquiera, no hay uno solo que no vaya mas resignado que contento á aquella fábrica de nuestras desdichas.

¿Y cómo no, si todo allí es mentira?

Si es necesario que vuelvan, volverán, pero haciendo un verdadero sacrificio; y si por ellos fuera, no lo dudeis, darian hasta su última gota de sangre con tal de trocar ese semillero de intrigas, esa farsa inmoral, en unas Cortes como las antiguas de Castilla, severas, dignas, grandes.

Algunos que van á las tertulias que yo frecuento se espresan así, y hablan con tal sinceridad, que encanta oirlos.

Dios querrá que no vuelvan á tener necesidad de sacrificar sus principios, dándonos lo que tanto le pedimos; pero si fuera necesario, no una vez mas, sino todas las que les llamasen, acudirian á defender nuestra bandera en el Parlamento, á desenmascarar allí á los falsos mercaderes que esplotan las desdichas de los pueblos, á deshacer la obra del liberalismo.

***

Pero me aburre tener que politiquear. ¡Jesus! Tengo deseo de que desaparezca lo existente para ocuparme en otras cosas. Entonces cada dia tendré que referiros algun pensamiento benéfico, algun acto caritativo de la Reina de nuestro corazon. Hablaremos de artes, de libros, de reformas saludables en las costumbres, de modas; en fin, de cosas agradables.

Hoy todo es política.

Y á propósito: antes de abandonar este capítulo quiero anunciaros que Valentin Gomez, con el objeto de preservar á los carlistas que, aficionados á noticias, leen *La Correspondencia*, del contagio liberalesco, va á publicar desde 1.° de diciembre un periódico, que os servirá las noticias mas nuevas y mas interesantes, aliñadas á vuestro gusto, colocando al lado de las noticias, que serán, como si dijéramos, el fuego de guerrilla, artículos doctrinales, cortos, pero sabrosos, que serán cada uno una accion de campaña.

Valentin Gomez es jóven, tiene bríos, entusiasmo, es carlista de pura raza, y me parece que lleva en el prospecto de su periódico, *La Reconquista*, lo que llevaban en la mochila los soldados de Napoleon: el baston de mariscal de la prensa.

***

Habreis oido decir que los escritores y artistas españoles se han asociado para prestarse socorros mutuos.

Muchas veces se ha intentado esto que yo sepa, pero siempre ha fracasado porque se trató el proyecto por el sistema parlamentario.

Pero esta vez, seis escritores, entre los

que se hallaba nuestro Director, convinieron, á instancia suya, en tratar el proyecto por el sistema absolutista, es decir, sin perder el tiempo en discursos, sino reinando y gobernando; y artistas y escritores celebran hoy este sistema, que ya les ha proporcionado la suspirada asociacion.

—No debemos nombrar presidente, sino dictador: es el medio de que hagamos algo de provecho.

Así se ha espresado uno de los socios, nada sospechoso por cierto para los liberales. Hasta en la vida íntima de los hombres públicos ganan terreno nuestras ideas.

***

Buena falta hace que los escritores y artistas se socorran. Los dos hermanos Becquer murieron hace poco: Valeriano era un gran pintor; Gustavo un gran poeta. El primero dejó dos hijos; tres el segundo: y estos pobres huérfanos viven de la caridad de amigos de sus padres.

La otra noche cayó exánime, delante de la puerta de la casa de los marqueses de U..., en la calle del Barquillo, otro poeta, jóven de talento, pero en estremo desdichado.

Los marqueses de U... le socorrieron; en un carruaje de su propiedad le llevaron á su casa, y el vate, agradecido, luchando todavía con su enfermedad, que se llama *miseria*, ha enviado á sus protectores estos versos, que son una historia y un gemido:

Á LOS MARQUESES DE U...

A vos, noble bienhechor,
á vos, cristiana señora,
llegue este débil clamor,
el primero que hasta ahora
no me ha arrancado el dolor.

Le hizo brotar la ternura,
purificándole luego
mi abrasada calentura,
como del crisol al fuego
sale la plata mas pura.

Seis noches há, sin sentido
á vuestra puerta caí:
si no hubiérais acudido...
¡sabe Dios qué hubiera sido
aquella noche de mí!

Con tierna solicitud
preguntais por mi salud.
Enfermo estoy, muy enfermo.
Siento febril inquietud,
y apenas como ni duermo.

Sobre mi futura suerte
á Dios la clave demando;
y mi espíritu, antes fuerte,
se rinde y cede, luchando,
entre la vida y la muerte.

Tal vez os cause pesar
lo que acabo de escribir.
¡Destino bien singular
es haceros hoy llorar,
quien vivió de hacer reir!

Pero hay un hado cruel
que el mal junto al bien desliza.
¡Quién dijera al pueblo aquel
que aplaude y rie con *El Carbonero de Subiza*:

«¡Mientras alegres clamores
os hace exhalar, señores,
la zarzuela que estais viendo,
uno de sus dos autores
va lentamente muriendo!»

....

Adios: de mi afecto en pos
estas líneas os envio.
¡Quiero que os quede á los dos,
si vivo, un recuerdo mio;
si muero, un eterno adios!

***

Me falta tiempo para hablaros de las novedades teatrales, y de lo adelantados que están los preciosísimos acericos que Dámasa Morales, cuyas primorosas manos de hada he tenido ocasion de elogiar, borda con sus manos y con su alma para nuestra amadísima doña Margarita.

En la próxima revista dejará satisfecha vuestra curiosidad

ESPERANZA.

MARGARITAS.

—

El Odio almuerza con la Premeditacion, come con la Satisfaccion, cena con el Remordimiento, y se acuesta con la Desesperacion.

***

El Pecado, padre del Mal-hábito, engendra el Pesar.

Es abuelo de la Duda, bisabuelo de la Indiferencia y tatarabuelo de la Incredulidad.

Sus compañeros inseparables son: la Ignorancia, la Miseria y la Desgracia.

(PATRICIO INSAUSTI.)

MADRID: 1871. — Imprenta de *La Esperanza*, á cargo de D. A. Perez Dubrull, Pez, 6.



LA MARGARITA.

ALBUM DE LAS SEÑORAS CATOLICO-MONARQUICAS.

AÑO I. 3 DICIEMBRE 1871. NÚM. 36.

POLÍTICA FEMENINA.

LA SEMILLA, LA FLOR Y EL FRUTO.

¿A que os sentís mas animadas y mas fortalecidas si habeis seguido mi consejo?

Aunque repose el cuerpo, es preciso que no descanse el corazon; que ame, que piense en el objeto amado, que encuentre el modo de vencer los obstáculos, de engrandecer el triunfo, que prepare los elementos de la felicidad que desea.

Esta ocupacion, la mas grata, la mas pura, la mas provechosa, aleja de nosotros la ociosidad.

Y la ociosidad, no lo dudeis, predisponiéndonos á la murmuracion, es nuestro mayor enemigo.

Tiempo vendrá, y no está muy lejano, en que los que han visto entibiarse su fe, bajarán la frente avergonzados.

Solo la soberbia puede hacernos creer que cuando estamos quietos nosotros, no marcha el mundo.

Míseros resabios del liberalismo son estos, que, llevándonos á penetrar en el sagrado de las intenciones, nos estimulan á pensar que solo lo que nosotros pensamos y ejecutamos es lo bueno.

¡Ah! Esta es nuestra culpa, y por eso sufrimos el castigo.

Observad cómo se va operando esa suma de sentimientos y de voluntades que, concluyendo en la unidad, nos da la inmensa fuerza que tenemos.

La mujer ve en el hogar los efectos de la desastrosa marcha de los gobiernos llamados *liberales*, y como esposa ó madre, como hermana ó hija, formula sus deseos, exhala sus quejas, y estos ayes y estas aspiraciones son la semilla que, cayendo en el corazon amante de un padre ó de un esposo, de un hijo ó de un hermano, fortalecen la creen-

cia de que sola la hermosa bandera que simboliza los santos principios de la Religion, de la Patria y del Rey, puede salvarnos.

La semilla arrojada en el seno de la familia traspasa los umbrales del hogar.

Los hombres se reunen, se comunican sus deseos, se asocian, se apasionan, y juran defender los principios que han de ser el amparo de su familia, aunque para ello tengan que derramar toda su sangre.

Entonces aparecen millares de soldados de la noble causa; se inspiran á todas horas en el acendrado amor de sus esposas ó de sus hijos; comprenden la inmensa gloria que les espera, piensan que con su sangre pueden redimir á la sociedad envilecida, y desde este momento es sangre generosa la que circula por sus venas.

Si todos han pasado por un solo crisol; si todos están confundidos en una sola aspiracion; si todos buscan los laureles del héroe ó la aureola del mártir, en esa masa que forman se desarrolla un flúido admirable; los nobles deseos, los grandes sacrificios parten de ella en rayos, llegan á un foco, y este foco, confundiendo los rayos en una sola luz, en un solo resplandor, ilumina con él esa masa que es honor, patriotismo, abnegacion.

Y decidme: ¿no veis en este espectáculo grandioso la hermosa flor que ha producido la semilla vertida en tan buen terreno por el alma hermosa de la mujer, y cultivada por ella con piadoso esmero?

Sí: flor, y flor bellísima, es la que representa.

Los matices de sus hojas son encantadores.

Al lado del anciano que pide á Dios, está el jóven cuyo ardor le acrisola; está el hombre fuerte y justo. Junto á las canas, brillan miradas de fuego; junto al soldado está el campesino; junto al talento está la lealtad, y esta variedad de matices forman un solo color que deslumbra y encanta.

La esencia con que embalsama el aire es una, y constituye una eterna plegaria que eleva al cielo.

¿Consentiremos que el gusano de la duda, que el reptil de la murmuracion, arrojen su inmunda baba sobre una corola tan bella?

¿Ofreceremos solo espinas á quien, orgulloso de poseer tan envidiable flor, puede con ella, como si fuera un talisman divino, trocar el mal en bien?

Pero la flor es siempre la promesa del fruto, la esperanza que la tierra brinda al que la cultiva con esmero.

Meditad un momento en lo que pasa; ved cómo ha ido operándose la trasformacion de la idea en semilla, de la semilla en flor, y decidme con la mano en el corazon si no empezais á adivinar el fruto.

¡Desdichados los que abriguen la mas ligera desconfianza!

Si, como vosotros, y como yo, hubieran renunciado para siempre á la duda; si, desoyendo todos esos rumores, todas esas quejas que la ignorancia, la impaciencia ó la falacia producen, solo estuvieran atentos á una voz, solo tuvieran los ojos fijos en el egregio Príncipe que suma nuestros latidos, y que acaso solo aguarda á reunir, no lo que le falta, sino lo que desea y retarda la duda y la murmuracion; si hubiesen resuelto no ver mas que con sus ojos, no oir mas que con sus oidos, no desear mas que con su voluntad, serian hoy tan dichosos como lo sois vosotras, como lo soy yo; porque vemos poco á poco, y á prisa, irse desarrollando el vasto plan providencial que no por tortuosas y difíciles sendas, sino por recto, ancho y bello camino, nos conduce á la salvacion.

Y la mejor prueba que podemos dar á los incrédulos del premio que otorga el cielo á los que tienen la fe viva, es el que acabamos de recibir.

La visita de los augustos Duques de Madrid al caballeroso Conde de Chambord; la carta de Lucerna que han publicado los periódicos; la bellísima, consoladora y llena de esperanzas que ha escrito desde Ginebra un corazon

entusiasta y una mano digna intérprete de un bello corazon; y, por último, las vigorosas, nobles y grandiosas frases que D. Cárlos ha dirigido al general legitimista Cathelineau, ¡ah! ¿no os dice todo esto que nuestra idea marcha, y marcha á prisa; que nuestra bandera se aproxima á la cumbre en donde ha de ondear?

Oid lo que D. Cárlos ha dicho al bizarro jefe de los zuavos pontificios:

"General: Al dejar á Lucerna, lleno el corazon de agradecimiento al verdadero pueblo francés, que al visitar á su Rey ha venido á saludarme sin escepcion, me entregó el conde de Monti vuestra obra *Le Corps Cathelineau pendant la guerre*. No voy á hablaros del libro: lo he recorrido, y lo leeré con gusto. Voy á dirigir una palabra de cariño al valiente general que personifica la santa y heróica causa de los vendeanos, y que ha escrito en la primera página: *Hommage de respectueux devouement au Duc de Madrid.*

"General: los momentos que pude dedicaros fueron cortos; apenas pude espresar mis sentimientos.

"Hélos aquí:

"*La Internacional* borra las fronteras para el mal.

"Los Reyes legítimos, y con nosotros los campeones de los derechos sancionados por Dios y por los siglos, debemos borrarlas para detener el incendio y estinguirlo.

"Las causas justas son hermanas.

"Juntas deben ondear la *Bandera blanca* y la *Bandera española*.

"Las aspiraciones del nieto de Enrique IV son las mismas que las del nieto de Felipe V.

"La heróica Francia ha luchado con gloria, pero sin fortuna.

"La heróica España sufre, á pesar de su historia, el yugo de un estranjero.

"Francia, grande un dia á la sombra de la oriflama, volverá á conquistar su rango y sus fronteras.

"España, grande bajo el cetro de dos mundos, volverá á conquistar su puesto en los destinos de las naciones.

"La raza latina volverá á ser la señora del mundo.

"General: nuestras causas son hermanas: *Dios, Patria y Rey* es el lema de los carlistas: *Dios, Patria y Rey*, el lema de vendeanos y bretones: *Dios, Patria y Rey*, el de todos los que queremos salvar la sociedad de los peligros que la amenazan, y con mas razon que *La Internacional* podemos decir: *Somos el derecho, la fuerza y el número*; luego somos los vencedores.

"General: acepto vuestra oferta: si la Francia no necesita en breve la espada de Cathelineau, la España la quiere, para que brille desnuda al lado de la de vuestro afectísimo,

"CARLOS."

¡Brillará la espada del general legitimista al lado de la de D. Cárlos, y brillará pronto!

Dios bendiga la mano que ha trazado esas líneas, para que la espada que ha de blandir sea espada de esterminio para los malos, é íris de paz para los buenos.

Concentrad, pues, vuestra atencion y vuestra alma en esa voz suprema que ha de resonar en toda España como la hora de nuestra redencion moral, de nuestro engrandecimiento y de nuestra ventura.

JUAN DE LUZ.

BELLEZAS DE LA RELIGION.

—

Á MARÍA INMACULADA.

FELICITACION.

Cuanto è bella, cuanto è cara!
Più la vedo, più mi piace.

(A. MAFFEI.)

Eres de mi esperanza
blanco lucero;
¿cómo podré decirte
lo que te quiero?
Reina y Señora,
¿cómo te dirá el alma
lo que te adora?

La sonrisa primera
que en mi semblante
se dibujó sencilla,
brotó delante

De la alba y pura,
y encantadora imágen
de tu hermosura.

—

Y la primera gala
de bello aliño
que lucí con orgullo
cuando era niño,

Rica y apuesta,
me la prendió mi madre
para tu fiesta.

—

Y el vocablo primero
que, balbuciente,
articuló mi lengua
perfectamente,

¡Me acuerdo tanto!
fue, Vírgen de mi vida,
tu nombre santo.

—

Niño como era entonces,
yo no sabia
crear acá en la mente
la poesía.

Pero cantaba
los cantares que el vulgo
te dedicaba.

—

Cuando, hambriento de palmas
y de laureles,
entré de gaya ciencia
por los vergeles,

Fueron mis flores
para Tí las primeras
y las mejores.

—

Mil veces á tus plantas,
Madre querida,
el alma en tus amores
embebecida,

Por tu hermosura
agotó el diccionario
de la ternura.

—

Mil veces de tu vida
canté la historia
toda llena de triunfos,
llena de gloria.

Mil y mil veces
he querido cantarte
como mereces.

—

Mas, á pesar de todo
mi fino esmero,
nunca supe decirte
lo que te quiero.

Nunca, Señora,
pudo decirte el alma
lo que te adora.

—

Pues tan corto es mi númen
en tu alabanza,
que cuanto mas pretende
menos alcanza:

Mi amante lira,
débil para ensalzarte,
de amor suspira.

—

¡Ah! que yo, Vírgen bella,
te quiero tanto,
que tengo en Tí la mente
presa de encanto;

Y mis sentidos
se quedan en tus gracias
adormecidos.

—

Tu divina belleza
vierte en mi alma
arrobador deliquio,
plácida calma,

Suave contento...
Yo no puedo decirlo
como lo siento.

—

Porque eres tan hermosa,
tan agraciada,
de dones y virtudes
tan adornada:

Y es tu hermosura
tan aérea, sublime,
celeste y pura,

—

Que ni de Dios la mano
maravillosa
pudo hacerte mas limpia
ni mas hermosa,

Cuando en el cielo
te formó de sus obras
para modelo.

—

Eres copiosa fuente
que, cristalina,
entre juncos y flores
mansa declina;

Rosa temprana,
que el céfiro acaricia
por la mañana.

—

Es tu pecho amoroso,
blanca paloma,
fresco y cerrado huerto
lleno de aroma,

Donde el Amado
vive de tus hechizos
enamorado.

—

Claros son como el cielo
tus dulces ojos,
nacidos para calma
de mis enojos;

Y está en tu frente
el brillo de la gloria
resplandeciente.

—

Madeja de oro fino
son tus cabellos,
y el mismo sol dorado
se dora en ellos;

Y se perfuma
rozando con sus hebras
la parda bruma.

—

Los dientes de tu boca
panal de mieles,
manada de corderos
entre claveles;

Y tu sonrisa
el soplo enamorado
de blanda brisa.

—

Es tu aliento perfume
de agrestes flores,
y tus mejillas nido
de los amores,

Y tu garganta
es columna de incienso
que se levanta.

—

Las auroras de mayo,
suaves y bellas,
las noches estrelladas,
y las estrellas,

Y hasta la luna,
pueden ser envidiosas
de tu fortuna.

—

Pues ni de Dios la mano
maravillosa
pudo hacerte mas pura
ni mas hermosa,

Cuando en su mente
te formó sin mancilla,
resplandeciente.

—

Por eso hoy al mirarte
toda bendita,
la creacion entera
te felicita;

Y al verte santa,
cuanto voz tiene y vida
tu gloria canta.

—

Hoy las pintadas flores
que el viento peina,
en su amoroso idioma
te llaman Reina;

Y á centenares,
vuelan de sus jardines
á tus altares.

—

Los pájaros estrenan
en la enramada,
pára cantar tu dicha,
nueva tonada.

Cuya armonía,
«Gloria, dice, á la hermosa
Vírgen María.»

—

Los peces del estanque
rompen el hielo,
y á contemplar tu gracia
miran al cielo.

No de otra suerte
los del mar, á la espuma
salen á verte.

—

Los limpios arroyuelos,
con mas orgullo,
alzan á tu pureza
gentil murmullo.

Con voces raras
celebran tu hermosura
las fuentes claras.

—

Los hielos y la escarcha,
como la nieve,
tu pureza pregonan
en himno breve.

Pues su blancura
es no mas que semblanza
de tu hermosura.

—

Los Santos en la gloria
te glorifican:
los astros en los cielos
tu honor predican.

Y allá, á su modo,
en aire, mar y tierra
te canta todo...

—

Perfumado y fragante
boton de rosa,
ramillete de gracias,
Vírgen hermosa,

Blanca azucena,
yo tambien vengo á darte
la enhorabuena.

—

Yo tambien te saludo,
claro Lucero,
mas no puedo decirte
lo que te quiero;

Porque mi lira,
débil y enamorada,
de amor espira.

A. DE VALBUENA.

CUADROS VIVOS POLÍTICOS
Y SOCIALES.

—

LA FAMILIA.

(Conclusion) (1).

IV.

Los parientes.

Nada hay mas repugnante que el egoismo. Una familia de egoistas es un infierno, y dicho esto nada nos queda que añadir. Si somos envidiosos, intolerantes y susceptibles con nuestros hermanos y parientes, no esperemos que nobles instintos echen hondas raices en nuestros corazones.

Verdad es que hay parentescos y circunstancias ocasionadas á mil rencillas y desazones.

Alguno afirmará desde luego que es imposible la tranquilidad y el órden en una familia en que, por ejemplo, se reunen padres, hermanos, primos, sobrinos, esposos, suegra y cuñados, y en la que viven niños, jóvenes y ancianos.

¿Cómo es posible conciliar tan encontrados intereses, tan variados gustos, tan diversos genios é inclinaciones?

Por inverosímil que parezca, creemos de buena fe qne es posible la paz y la concordia en una casa en que tales edades y parentescos se reunen, aunque las impertinencias de la suegra y el antagonismo de las cuñadas subsistan, como casi es de rigor.

Pero entre gentes bien educadas y prudentes puede establecerse en la familia cristiana una tolerancia que satisfaga todas las aspiraciones.

Podria citar algunas familias que conozco, en las que las suegras, reconociendo los derechos de los yernos, no les coartan su libertad, y en las que los cuñados y cuñadas saben guardarse respectivamente las debidas consideraciones y deferencias, empezando por contemporizar, y concluyendo por fraternizar.

No diré tanto respecto á la igualdad en la consideracion de los individuos de una familia, porque este particular obedece siempre á las circunstancias, y, para decirlo mas claro, porque aun en el seno de la familia goza siempre un lugar mas preferente el que cuenta con una posicion social mas ventajosa.

Será injusto y hasta inmoral lo que sucede; pero es un hecho. El hermano que logra mayor fortuna suele ser el mas mimado de los demas individuos de la familia; él es el que manda: y como es el principal apoyo de la casa y el que protege ó puede proteger á sus parientes, alcanza en-

(1) Véase el núm. 35.

tre ellos mayores simpatías y sufre menos contradicciones que los que se hallan en situacion inferior, aunque alguno de estos tenga prendas dignas de mayor estimacion.

El interes tambien penetra en el hogar doméstico, y ejerce su influencia aun en el seno de familias virtuosas y bien educadas.

Solo puede templarle el humano sentimiento de la caridad.

Lo mas repugnante es el interes particular de los parientes cuando se sobrepone al cariño, cuando se desprende de las mas íntimas y debidas afecciones para rendir culto al egoismo.

Triste es decirlo; pero ocurren escenas harto lamentables; hay hermanos que se disputan una herencia á la cabecera del lecho de su moribundo padre.

Afortunadamente estos casos no son frecuentes, pues aunque el interes ejerza tanta influencia entre los individuos de una familia, no faltan seres nobles y cariñosos que, movidos solo por los impulsos de su corazon, no vacilan en hacer los mayores sacrificios por socorrer á un hermano, á un primo, y hasta á una suegra y una cuñada á quienes profesan un verdadero cariño.

V.

Los criados.

Un discreto autor ha dicho que los criados son enemigos pagados; y á fe que esta especie de definicion tiene algo, y aun algos, de exacta; pero como todas las reglas tienen sus honrosas escepciones, confesaré que en esta clase, como en todas las de la sociedad, hay vicios y virtudes, defectos, defectillos y pecados.

No me detendré á esplicar la conducta que los amos deben observar respecto á los criados, porque entre los católicos y entre gentes civilizadas no dejan aquellos de ser prójimos; y dicho esto, fueran escusados nuestros consejos.

Pero el saber mandar á los sirvientes es tambien difícil y espuesto, máxime si se tiene en cuenta que estos no suelen tener el mejor criterio para apreciar las razones que justifican la conducta de sus amos.

Dad á un criado demasiada confianza; tratadle con familiaridad, y le hareis poco respetuoso y entremetido. Tratadle con rigor, y os aborrecerá. Mandadle oficios superiores á sus fuerzas, y sereis víctimas de sus torpezas; por el contrario, abandonadle fiando en sus alcances, y rara vez acertará á complaceros.

De aquí se infiere que aun con vuestros mas fieles criados debeis ser prudentes y benévolos, procurando hacerles beneficios, aunque despues os sean ingratos.

Guardaos, lectoras mias, de confiar vuestros secretos á los criados ni á las criadas, porque mejor será en tal caso que los publiqueis en *La Correspondencia de España*.

¿Qué criado no se detiene á echar un párrafo con el portero, y á referirle, sin intencion, por supuesto, la crísis metálica del amo, sus apuros, si los tiene, y las debilidades hijas de su carácter?

Entonces es cuando el portero ó la portera toman la palabra, y hacen semejantes confianzas á su interlocutor, refiriéndole que un caballerito pasea la calle y hace cocos á las niñas; que otro tal galantea á la señora, lo cual es mas grave, y se detiene en mas prolijos comentarios, cuyos ecos traspasan el portal, y llegan á toda la vecindad. Y es lo peor que á veces un juicio equivocado de una criada ó de un portero suele traducirse en un hecho consumado, que tal vez perjudica á la buena reputacion de una familia.

Criados hay que son discretos y no abusan de la confianza que se les dispensa; pero bueno es quitar la ocasion, y observar con ellos cierta reserva, para que sepan respetar siempre á sus amos, y no se permitan atrevimientos de ninguna clase.

Por lo demas, todo sirviente es digno de consideraciones, porque tambien hay delicadeza en ellos, y nunca puede ser justificado en los señores el abuso de su superioridad.

VI.

Los amigos.

En la sociedad nos rodean y nos tratan muchas personas á quienes damos el nombre de amigos, aunque no lo sean todos.

Nuestros conocidos son muchos; no son tantos nuestros amigos. Esto es vulgar, pero es cierto.

Bastará que hagamos una observacion, comparando el número de amigos que tiene una persona de elevada posicion, y el de los que tiene un hombre de la clase media que ha venido á menos.

Todos se honran llamándose amigos de aquel, aunque no le hayan visto jamás; por el contrario, pocos son los que se dan aquel título refiriéndose al pobre que sufre en una buhardilla la miseria y la desesperacion.

¿En qué consiste la diferencia?

Siempre el interes y el egoismo se presentan á nuestros ojos, aunque se revistan de formas halagüeñas y consoladoras. El que espera, el que necesita un beneficio, natural es que se acerque á aquel que puede otorgárselo, y que invoque la amistad. El que nada puede adquirir con la amistad de un desgraciado, pronto le olvida.

No creais que soy pesimista, que niego la existencia de la amistad, de ese sentimiento noble y generoso que nos impele á amarnos unos á otros y á servirnos sin ningun género de miserable interes.

La amistad existe, pero solo puede conocerse su existencia en los dias de amargura y de desconsuelo; por lo que mis palabras

envuelven solo un consejo, una advertencia que enseñe á ser cautos á los hombres y les evite tristes desengaños.

Entre el amigo que nos obsequia y regala, y el que nos pide y nos entristece, no suele ser la eleccion dudosa.

Nosotros, sin embargo, preferimos al amigo que nos ama, estimamos su voluntad, y con ella nos damos por satisfechos.

La amistad, por lo tanto, es un vínculo cariñoso que establece relaciones entre las personas y crea una obligacion tácita de auxilio mutuo en todas las varias ocasiones de la vida.

De aquí se infiere que la amistad solo puede vivir en el alma, siendo uno de sus goces mas inefables, y que nos da fuerza para nuestras empresas y alivio en todas nuestras aflicciones. Este sentimiento es una necesidad social. Un hombre sin amigos es hombre sin corazon, egoista y miserable.

Y bajo este supuesto existe en nosotros el deber de conservar nuestras relaciones de amistad, hallándonos siempre dispuestos á disculpar ó aconsejar y á servir con abnegacion á los que nos profesan un verdadero cariño.

Por conveniencia propia, cuando no fuera por natural simpatía, son necesarios los amigos; y téngase presente que aun cuando todas las clases de la sociedad son dignas de merecer nuestras simpatías y nuestro afecto, solo pueden favorecernos las amistades de personas honradas y virtuosas, y que por su educacion, fino trato y nobles sentimientos merezcan alternar con nosotros. Por la misma razon pueden y deben ellas exigirnos iguales condiciones.

Tambien hay amistades entre los malvados; pero en la sociedad sucede como dice un refran; que *Dios los cria y ellos se juntan*. Por esto generalmente no simpatizan el hombre laborioso con el holgazan; la mujer frívola y casquivana con la honesta y juiciosa, y las personas delicadas y prudentes con las que siempre muestran grosería y desvergüenza.

Tenemos el derecho de elegir á nuestros amigos, y natural es que concedamos mayor predileccion á los que se hallan identificados con nuestras costumbres é inclinaciones.

Y aquí ponemos término á estas observaciones, que, si no son amenas, son por lo menos morales, y tienden al bienestar de la familia.

X.

ECOS DE MADRID.

¿No habeis leido la bellísima carta que, fechada en Ginebra y con noticias interesantes, han publicado los periódicos nuestros el juéves último?

«Escribo á Vds., dice su autor, bañándome con avidez en los rayos del sol que por mi ventana penetran. Los que viven bajo el limpio cielo de nuestra España no comprenden el placer con que aquí, entre nieblas continuas y densas nubes, se contempla la amarillenta luz del astro del dia, que de vez en cuando, y para envolverse en manto de ceniza, aparece fugitivo sobre el horizonte.»

No lo comprendemos, en efecto; pero es mas asombroso que teniendo aquí siempre un sol radiante, nos ilumine y fortalezca mas, el rayo tibio que el discreto corresponsal ha sabido enviarnos en su carta.

¿Y sabeis en qué consiste eso? Pues consiste en que hoy el sol de España no alumbra mas que desventuras y tormentos, y á favor de ese rayo que llega hasta nosotros desde Ginebra, descubrimos toda nuestra felicidad; y son tan puros y tan estensos los horizontes que ilumina, que el alma, que se ahoga, respira en ellos el puro ambiente de la fe y la esperanza.

«Oscuridad, y nubes y temores nos cercan por do quiera, prosigue el elegante y sentido escritor: la borrasca se aproxima temerosa: la sociedad, minada en sus fundamentos, amenaza próxima ruina, y la justicia de Dios paseará su carro de fuego sobre las naciones descreidas.

»¡Qué seria de nosotros, hombres de fe, si no vislumbrásemos, rompiendo las tinieblas, un destello del sol de la esperanza!

»Hay dias venturosos.»

Sí los hay, y ya empiezan para nosotros, porque es muy ciego el que no ve acercarse la hora suprema en que, á cambio de los mas heróicos sacrificios, se pueden alcanzar las venturas mas grandes.

¡Oh! sí, hermanos mios, dejadme que os llame de este modo; sí, hermanos mios, abandonad esas discusiones que os debilitan; no perdais el tiempo preciosísimo en estériles críticas; podria sucederos, de lo contrario, que creyendo acercaros al bien, os halláreis de pronto á muy larga distancia.

Nosotras os damos el ejemplo.

Somos mujeres, débiles, discutidoras por naturaleza, y, sin embargo, callamos y escuchamos, porque hasta en el suspiro del viento hallamos algo que nos habla al alma.

La revolucion ha colocado en el último reducto al Jefe de la Iglesia; al lado de su báculo se eleva el cetro de la hipocresía; al lado del piadoso murmullo de las oraciones se oyen las carcajadas de la orgía.

Ya no es posible ir mas allá.

Tras el festin, embotada la inteligencia, dormidas las fuerzas, caerán los comensa-

les en el embrutecimiento y la abyeccion.

¿Qué será de los que, animados por los licores, blasfemaban y parecian dueños del mundo?

Enervados, rendidos, son míseros esclavos del placer.

¿Y qué harian en presencia de los nuevos cruzados de la fe y del derecho?

En tanto que los usurpadores gozan, los oprimidos trabajan.

«...El Conde de Chambord, añade el corresponsal, antes de abandonar á Suiza, viene á Ginebra para decir adios á sus sobrinos, y sorprende á los Duques de Madrid, rodeados de sus hijos. Allí dedica con placer parte del tiempo de su estancia á acariciar esos niños, á quienes Dios ha dado la fortaleza y la hermosura, jugando largos ratos con la infanta doña Blanca, que despliega con él todos los encantos de su infantil coquetería. Allí conferencia de nuevo con D. Cárlos, y grande acuerdo debe existir entre los dos Reyes, porque el diálogo es una y otra vez animado, la satisfaccion está pintada en sus semblantes, y brilla ardiente la mirada de los dos salvadores de la raza latina.

»Los Duques de Madrid le han acompañado hasta Laussanne, y uno y otros se han dado mil recíprocas muestras de cariño. El Conde de Chambord está como nunca animado, aunque presiente *momentos muy duros* para los dos paises.

»Pero dejemos la política y hablemos de viajes, puesto que de ellos me ocupo.

»El infante D. Alfonso y su esposa doña María de las Nieves se han trasladado desde Corfú á Malta, buscando mas dulce invierno.

»En vez de hacer toda la travesía por mar, han atravesado parte del Sud de Italia, yendo de riguroso incógnito á traves de la Calabria y la Sicilia, en donde se embarcaron de nuevo para Malta.

»El Duque de Parma hace un viaje, tambien de placer, por Córcega.

»Estos dias han venido á Ginebra algunos españoles, muy conocidos, y es notable la afluencia de franceses en el Bocage.

»Viajes de Reyes, viajes de príncipes, viajes de notabilidades españolas y francesas en tan rigurosa estacion...»

¿Eh...? ¿Comprendeis lo que con tanta habilidad como discrecion se indica en esos párrafos?

Mientras los unos gozan, los otros trabajan, y ¡ oh sorpresa para los incrédulos! cuando se figuran que el tren está parado, se aperciben de que ha corrido grandes distancias, de que llega, de que va á llegar.

¡Ah, lectoras de mi alma! bendecid como yo ese rayo de sol que ha venido á reanimar nuestra fe; bendecid á los que se desvelan por nosotros, y pedid á Dios que al lado de la espada del legendario general Cathelineau, brillen otras muchas, no menos valerosas, templadas todas en el amor á *Dios*, á la *Patria* y al *Rey*.

Madres, besad con efusion á vuestros hijos; hijas, comunicad vuestro fuego al corazon cansado, pero no rendido de vuestros ancianos padres; esposas, mostrad á vuestros esposos cómo vuestras plegarias han llegado al cielo: porque se acerca el reinado de la familia; porque la sociedad vuelve á su asiento; porque va á ser de nuevo gloria y gala tener honra, respeto, fidelidad y abnegacion.

***

Cuando dentro de breves dias vayais al templo á adorar á la Purísima Madre de los Angeles y Patrona de España; cuando veais su hermosa Imágen resplandecer al lado de millares de luces; cuando el incienso, subiendo en espirales vagas hasta su Trono, forme celajes de encantador dibujo; cuando las sublimes melodías del órgano y las voces del coro llenen el espacio con la ferviente Salve; cuando, conmovidas, agitadas y estáticas á la vez salgan de vuestro corazon las palabras de vuestra plegaria, ¡oh! en aquel momento es preciso que todas nosotras á un tiempo, en un solo latido de nuestro corazon, pidamos á la Reina del cielo que traiga á nuestro lado á nuestra amada doña Margarita, que es como si le pidiésemos nuestra felicidad, y ademas que juremos ayudar á tan noble Princesa, con todas nuestras fuerzas, á cumplir la mision que le ha confiado la divina Providencia; esto es, á restaurar la familia, á rodearla de todas sus venturas, á devolverle el espíritu cristiano, y á hacer de cada esposa un ángel tutelar.

***

Despues de lo que acabais de leer, ¿pueden interesaros las noticias teatrales, los rumores que han circulado de ciertas aventuras detestables?

No; para concluir os diré muy bajito que entre dos personas muy visibles se ha hecho una apuesta de alguna consideracion.

Como me lo han referido, os lo refiero.

Un carlista muy rico apostó hace pocos dias cinco mil duros á que en una época muy próxima, muy próxima, se halla don Cárlos en Madrid, en el Trono de sus mayores.

Ayer aumentó mil duros mas.

Cualquiera que sea el resultado, y yo deseo que gane, los pobres tendrán ocasion de ejercer el sentimiento de la gratitud, porque me han dicho que la cantidad apostada irá, de un modo ó de otro, á enjugar sus lágrimas.

ESPERANZA.

MADRID: 1871. — Imprenta de *La Esperanza*, á cargo de D. A. Perez Dubrull, Pez, 6.



LA MARGARITA.

ALBUM DE LAS SEÑORAS CATOLICO-MONARQUICAS.

AÑO I. 10 DICIEMBRE 1871. NÚM. 37.

LA ACTUALIDAD.

La Germania, periódico católico de Berlin, caracteriza la política de los diferentes Estados de Europa en relacion con la Iglesia por medio de testos de la Sagrada Escritura apropiados con admirable exactitud. La tragedia es nuestra historia. La escena tiene lugar en Europa en estos dias. Los actores son los Estados. Preséntanse, y dicen:

Alemania. Y los príncipes de los sacerdotes y los escribas discurrian cómo podrian deshacerse de Jesus. (Lúcas, XXII, 2.) Ya habeis oido la blasfemia que ha dicho. (Marc., XIV, 64.) Dice que El es Cristo-Rey. (Luc., XXIII, 2.) Todo el que se hace Rey contradice al César. (Juan, XIX, 12.) Nosotros no tenemos mas Rey que el César. (Juan, XIX, 15.)

Baden. Tú lo has dicho. Reo es de muerte. (Math., XXVI, 64 y 66.)

Baviera. ¿Qué quereis darme para que yo os lo entregue? (Math., XXVI, 15.)

Bélgica. Retírate por ahora: me reservo llamarte en tiempo oportuno. (*Act. de los Apóst.*, XXVI, 25.)

Dinamarca y Suecia. Yo no conozco á ese Hombre. (Math., XXVI, 76.)

Inglaterra. ¿Permite, por ventura, nuestra ley juzgar á un Hombre sin oirle y sin examinar sus actos? (Juan, VII, 51.)

Francia. Triste está mi alma hasta la muerte.

Grecia. ¿Qué tenemos que ver nosotros con eso?

Holanda. No encuentro motivo para condenar á este Hombre (1). (Lúcas, XXIII, 4.)

(1) A pesar del testo que se aplica á Holanda, tenemos el sentimiento de consignar aquí que, segun escriben de Amsterdam con fecha 19 de noviembre, la segunda Cámara holandesa acaba de rechazar por 59 votos contra 33 los 8,000 florines asignados á la embajada cerca de la Santa Sede. Es verdad que esta votacion no ha sido aun confirmada por la otra Cámara, ni ha obtenido todavía la sancion del Rey. Los católicos holandeses son los súbditos mas fieles, y se distinguen de una manera estraordinaria por su valerosa fe y su amor ar-

Italia. El es: prendedle. (Math., XXVI, 48.) Es necesario que uno muera por la salvacion del pueblo. (Juan, XVIII, 14.)

Austria. Todos padecereis escándalo en mí. (Marc., XIV, 27.)

Rusia. Heriré al pastor, y se pondrán en dispersion las ovejas del redil. (Math., XXVI, 31.)

Suiza. Apodérate de El. (Lúc., XXIII, 18.) Nosotros tenemos (ó haremos) una ley, segun la cual debe morir. (Juan, XIX, 7.)

España. Hé aquí el Hombre. (Juan, XIX, 5.) ¡Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos! (Math., XXVII, 25.)

. . . .

¡Qué vergüenza! ¿Quién hoy se atreve á llamarse español? Llamarse español fue un timbre de gloria: es hoy... ¡qué vergüenza, Dios mio, qué vergüenza! ¡Ah! *La Germania* es justa. No podemos demandarla de injuria y calumnia. ¡Pedir que la sangre de Jesus caiga sobre nosotros! ¡Qué horror! ¡Maldicion á quien tal diga! Esa podrá ser la España oficial de nuestros dias, la España de... callemos, callemos, para no morir de vergüenza. Pero no: no es esa la España; no somos eso nosotros.

Nosotros recogeremos esa sangre divina; mezclaremos, si es menester, con ella la nuestra, y España se salvará. Entonces rectificaremos á *La Germania*, y en lugar de los testos que nos apropia, diremos con la fe de los mártires:

Aun cuando todos se escandalizaren en Ti, yo no me escandalizaré jamás. (Math., XXVI, 33.)

Y aun cuando fuere necesario morir contigo, yo nunca te negaré. (XXVI, 35.)

Y despues que haya resucitado, os precederá en Galilea.

Tengamos de ello seguridad completa; mas procuremos no hacernos indignos de contemplar realizados muy pronto los destinos providenciales de España.

Demos fin al ingenioso y oportuno trabajo de la redaccion de *La Germania*.

Turquía. ¿Qué mal ha hecho? (Marc., XV, 14.)

Wurtemberg. Ningun fundamento hallo en vuestras acusaciones para poderle condenar. (Luc., XXVIII, 14.)

El Catolicismo. Habeis salido á Mi encuentro con espadas y palos, como si viniérais á prender á un ladron: diariamente he estado entre vosotros enseñándoos en el templo, y nunca me prendísteis. (Math., XXVI, 55.) Si he hablado mal, mostradme en qué: si no, ¿por qué me herís? (Juan, XVIII, 22.) Muchos beneficios os he dispensado; ¿por cuál de ellos me quereis apedrear? (Juan, X, 20.) Pero esta es vuestra hora, y la potestad de las tinieblas. (Luc., XXII, 53.) Pero ¡ay del hombre por quien el escándalo viene! (Math., XVIII, 7.) Bienaventurado quien no se escandalizare en Mí. (Luc., VII, 23.) Juzgad vosotros si es justo en la presencia de Dios obedecer vuestros mandatos contra los mandatos del mismo Dios. (*Act. de los Apóstoles*, IV, 19.)

Esta es efectivamente la situacion tristísima de la Iglesia ante los gobiernos de Europa. ¡Mirad á Pio IX...! ¡Santo, bondadoso Pio IX! Ha pronunciado ya con acento lastimero la espresion desgarradora de colmada angustia y dolor: "¡Consumado está! ¡Todo, todo está concluido!" ¡Oh! Miradle una vez mas, si es que las lágrimas os permiten contemplar en su rostro la patética majestad del dolor; miradle...; ved cómo eleva sus ojos al cielo, y esclama como el Salvador en la Cruz: "¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿Por qué me habeis abandonado?"

¡Santo Vicario de Cristo! Si de algun consuelo sirve á vuestra grande alma, hoy grandemente dolorida, el quejido amoroso de buenos hijos que quisieran salvar con su muerte la vida del mejor de los Padres... ¡oh! sí: sa-

---

diente al Papa. Sin embargo, ¡se ven tantas iniquidades! ¡Tantas son las defecciones que afligen á Pio IX, que nos indignará, sí, pero no nos sorprenderá, una nueva infamia!

bed, Pontífice amado que ofrecemos á Dios nuestra vida para que vuestra tribulacion cese, y tengan fin las amarguras de vuestro corazon triturado, y canteis en dia próximo alabanzas al Señor por el triunfo esplendente que ha de conceder á su Iglesia y á Vos, que sois su Cabeza visible. ¿Por qué, señor, os persiguen? ¿Por qué os afligen? ¿Por qué de tantos modos os atormentan? ¡Oh! Verdaderamente no saben lo que hacen.

¿Nada habrán aprendido en las gigantescas lecciones de Moscou y de Waterlóo? ¿Nada aprenden todavía en el reciente desastre de Sedan? ¿Nada...? ¿Es posible tanta imbecilidad?

Y esas sociedades sin Dios, sin autoridad, sin ley, sin conciencia, ¿podrán en adelante ser gobernadas? ¡Y los Reyes duermen tranquilos! ¡Y los gobernantes rien y gozan! ¿Es que no sienten crugir los Tronos, y estremecerse los palacios, y oscilar la tierra bajo sus plantas? ¿No ven á la mitad del género humano armada contra la otra mitad, encontrarse de frente, ardiendo en fiebre inmensa de venganza, dispuestas á devorarse, como fieras hambrientas en un desierto? ¿Nada les dice *La Internacional*? ¿Nada la rápida propaganda de una revolucion verdaderamente cosmopolita? ¡Cómo! Si ellos dan el triste ejemplo del mas grosero vandalismo, despojando de sus Estados al soberano mas legítimo, y haciendo perder su verdadera nacionalidad á los súbditos del mejor y mas querido de los Reyes, ¿qué principios invocarán para conjurar la horrorosa tormenta que se cierne sobre la ingrata y descreida Europa?

El Rey de Cerdeña, enfermo hace dos años en San Rossore, escribió al Sumo Pontífice cartas de consideracion muy respetuosas y de filial adhesion, y obtuvo en cambio del Padre Santo palabras de cariño y abundantes consuelos. Víctor Manuel ha debido reunirse estos dias en San Rossore con su hijo el príncipe Humberto, para tratar, segun se asegura, de su formal abdicacion. No tenemos dificultad en creerlo. La Corona del titulado *reino de Italia* es una corona de punzantes espinas. Cuando pase (si es que antes no desaparece) cuando pase á las sienes de Humberto, será una corona de carton.

Preparémonos á ver grandes sucesos. Dios hará brillar en el mundo su Justicia y su Misericordia á la vez.

Pero antes, pues hemos citado testos de la sagrada Biblia, no puedo menos de dedicar á las piadosas é ilustradas lectoras de LA MARGARITA el recuerdo de un pasaje patético del santo Evangelio.

Subia Jesus desfallecido, anhelante, casi sin vida, la penosa cuesta del Calvario, enrojeciendo con las últimas gotas de su sangre las rocas de aquel silvestre camino, cuando vuelto á unas piadosas mujeres que le seguian de cerca llorando el infortunio del inocente, y protestando con lágrimas de fuego contra el atropello inaudito de una turba feroz y salvaje, patrocinada por inicuos poderes, les dirigió la palabra, diciéndoles: "Hijas de Jerusalen, no lloreis por mí; llorad por vosotras, llorad por vuestros hijos."

¡Llorad! ¡Ah! El corazon de aquellas santas mujeres dió un estallido espantoso. No era posible soportar tanto dolor. Y en el estupor de una amargura sin límites, admiraban estáticas de asombro la generosidad de Jesus. ¡No lloreis por mí!

El corazon de una madre es adivino: goza de una intuicion clarísima, tiene misteriosas y admirables inspiraciones. Los horrores del Calvario debian influir grandemente sobre la suerte futura de Jerusalen.

Las palabras de Jesus revelan pavorosos misterios. Las mujeres los comprenden. Se trata de sus hijos, de los pedazos queridos de su apasionado y ardiente corazon. ¡Llorad, llorad por vuestros hijos!

El llanto de las hijas de Jerusalen va en aumento; crece su dolor; enorme es su angustia. En el heróico olvido de sí mismas lloran por sus pobres hijos, mas no pueden menos de conti-

nuar llorando por el inocente Jesus. ¡Santa desobediencia de cariñosa ternura! ¡Lucha hermosa de amor con el corazon amable y amantísimo de Jesus! Les dice que no lloren por El, y por El continúan llorando.

El odio, la rabia, la crueldad mas refinada, el insulto, la befa, el escarnio, humillaciones y tormentos de todo género, martirios de alma y de cuerpo... todo cuanto mas horrible puede inspirar el infierno, todo se desencadena y conjura contra el dulcísimo Salvador.

Sus discípulos le abandonan; sus amigos se avergüenzan de él, y afectan no conocerle; sus parientes huyen de él, y se esconden. Uno solo de sus discípulos va tras él; pero le sigue de lejos, muy de lejos.

En resúmen: los hombres brillan allí por su ausencia. Las mujeres, y solo las mujeres, tienen dignidad, consecuencia y valor. La pequeñez del hombre contrasta con la grandeza de la mujer.

Las lectoras de LA MARGARITA son herederas legítimas del tesoro de fe y de amor de las primeras heroinas del cristianismo.

Pio IX es el representante de la Víctima augusta del Calvario.

¡Qué soledad! ¡Qué vacío!

¡Qué vergüenza! ¡Qué indignidad! La nueva Jerusalen es Roma. El nuevo Gólgota es el Vaticano.

La raza de los verdugos de Cristo no se ha estinguido. Tampoco se ha estinguido la raza de los cobardes.

¿Se habrá estinguido la raza de las piadosas hijas de Salem?

¡Estinguirse! ¡Nunca!!!

El tipo cristiano de la mujer española no se borrará jamás.

Pero ¿y los hombres? ¿Dónde están vuestros hombres, lectoras de LA MARGARITA? ¿En dónde están...? ¿Qué hacen vuestros padres, vuestros maridos, vuestros hermanos, vuestros hijos, vuestros pobres hijos?

¡Ah! ¡Llorad, llorad por vosotras! ¡Llorad! ¡Llorad! ¡Llorad por vuestros hijos! ¡Pobres hijos vuestros! ¡Llorad por ellos! ¡Llorad!!!

VICENTE DE MANTEROLA.

UNA CARTA.

(A J. S. de R.)

Josefa: tienes razon:
en mi dolor ó mi calma
siempre es vida de mi alma
la luz de la inspiracion...

A veces mi pensamiento
quiere envolverse en la sombra,
porque me hiere y asombra
cuanto miro y cuanto siento;

Y de mi entusiasmo loco
va apagando el desvarío
el contacto impuro y frio
de las miserias que toco:

Mas luego, del alma ardiente
que así el sufrimiento agota,
un mundo divino brota
envuelto en luz esplendente.

Y en esas horas de afan
en que la sangre se enciende
y hasta el corazon desciende
como lava de un volcan;

En esas luchas del alma
que renacen con empeño;
en esas noches sin sueño,
en esas horas sin calma;

Cuando la fiebre potente
de la inspiracion inquieta;
cuando percibe el poeta
latir el genio en su frente,

Un rayo de lo infinito
el pensamiento refleja,
que con letras de luz deja
algo grande en él escrito.

Entonces todo se olvida;
el corazon delirante
rompe en su esfuerzo gigante
los límites de la vida;

Se alza el pensamiento inerte
sobre la mezquina escoria
para alcanzar esa gloria
que no muere con la muerte.

Y de lo infinito en pos
al genio siguiendo el vuelo,
llega el pensamiento al cielo
y bebe su luz en Dios...

¡Cuánto esas luchas abrasan
la sangre que ardiente agitan!
¡Cómo las frentes marchitan
esas ráfagas que pasan...!

Tú quizás sin este ardor
que acrisola el alma mia,
sientas brotar tu poesía
como el aroma en la flor.

Pues dulce, sencilla y buena,
al cantar nada ambicionas;
ni al mundo pides coronas
ni el aplauso te enajena.

Yo quiero que mis cantares
vivan siempre en la memoria;
quiero arrancar á la gloria
un lugar en sus altares.

Quiero al pensamiento inerte
elevar sobre la escoria;
quiero alcanzar esa gloria
que no muere con la muerte.

Tú eres el dulce arroyuelo
que en su corriente de plata
las blancas nubes retrata
y los fulgores del cielo.

Yo, de impetuoso torrente,
débil espuma perdida,
por su corriente impelida
voy siguiendo su corriente.

Tú eres la flor que al rocío
su aroma trasmite en calma,
y yo la soberbia palma
que altiva escala el vacío.

Tú con tu blando cantar
das á tu vida armonía;
y yo aniquilo la mia
con mi loco delirar.

Ve cuán distinto camino
vamos siguiendo las dos;
solo puede saber Dios
lo que nos guarda el destino.

El dé á la dulce cantora
flores sin ninguna espina;
y un rayo de luz divina
á la pobre soñadora.

PATROCINIO DE BIEDMA DE QUADROS.

CUADROS VIVOS POLÍTICOS Y SOCIALES.

—

La murmuracion.

Veámosla en accion.

Un jóven provinciano llegó á Madrid; trajo, entre otras cartas de recomendacion, una para una dama elegante, cuyo salon era uno de los mas concurridos.

—Venga V. alguna noche, le dijo, y pasará V. un buen rato... Se charla un poco, y se toma una taza de té.

El provinciano aceptó la invitacion; fue una noche; y como no conocia á ninguno de los circunstantes, fue todo oidos.

Durante la primera parte de la funcion se manejaron las tijeras de lo lindo.

—¿Han visto Vds. esta tarde á la marquesa?

—Sí, por cierto; iba en su carretela.

—¡Qué mal gusto, pintarla de amarillo!

—¡Ah! en eso de variar colores es infeliz, y eso que, á pesar de sus años, pretende...

—¡Pues si dicen que está perdidamente enamorada de un estudiante de leyes...!

Para muestra basta: diez ó doce personas, tres ó cuatro familias salieron mal paradas de aquella animadísima conversacion.

A cosa de las once se despidió una de las señoras.

—Pronto nos ha dejado Fulanita, dijo uno de los concurrentes.

—Muy pronto, sí, contestó la adorable charlatana; pero aunque lo sintamos, porque su belleza es un verdadero atractivo y su conversacion un agradable pasatiempo, es preciso sacrificar algo de nuestro gusto á su comodidad.

—¿A su comodidad?

—Sí, por cierto; ¡pues qué! ¿no es demasiado sufrir cuatro horas la opresion de un corsé para que un talle naturalmente ancho parezca esbelto? Con el calor que hace, ¿es fácil resistir en la cabeza dos ó tres libras de cabellos postizos? Por lo demas, con leer los periódicos de modas franceses, no echaremos de menos sus picantes anécdotas. El pasante de su marido se las traduce, acaso con mas libertad de lo que permite el idioma, y ella las dice como un papagayo; por lo demás, es una mujer encantadora.

Poco despues desfilaron un escritor en boga y un banquero.

—¡Se han ido juntos! esclamó: los dos se completan. El banquero necesita el talento del escritor, y el escritor las monedas del banquero.

Celebraron esta salida los circunstantes, y otro de ellos se retiró.

—Hé ahí un hombre, dijo, que seria feliz si no fuera celoso. Su mitad es bellísima, pero tiene veinte años menos que él, y teme con razon que vaya demasiado de prisa

para alcanzarle. Por lo demas, no le falta motivo: ha convertido su casa en un convento para ella, y cuando al amor se le cierra la puerta, entra por la ventana.

Los contertulios fueron desfilando, y cada uno de ellos inspiró á la señora de la casa un epígrama ó una apreciacion poco piadosa.

Uno vestia como si fuera el sastre su enemigo, otro debia su empleo á su amistad con la amiga íntima del ministro, este era diputado gracias á los doblones de su tio el indiano, que nunca se quitaba el gorro negro de algodon; aquella era demasiado coqueta para su edad: en una palabra, no hubo uno solo que se escapase de su afilada tijera.

—¿Han notado Vds. cómo ha hablado Fulano de la de Perez? añadió al marcharse Fulano.

—Sí, señora.

—La ha defendido á capa y espada.

—Se susurra que ella es amiga suya.

—¡Y tanto! El domingo pasado oyeron la misma misa.

—¡Casualidad!

—¡Pues si Perez lo sabe...!

Poco á poco se fueron todos, y el provinciano, que estaba algo escamado, como se dice ahora, se quedó solo con la dueña de la casa.

Era la una.

—¿Se ha distraido V.? le preguntó la murmuradora.

—Mucho, señora.

—Usted se retira tarde, ¿no es verdad?

—Alguna que otra vez.

—A mí no me gusta trasnochar, y hoy precisamente he madrugado un poco.

—¿Y tiene V. sueño?

—Sí... ya debe ser la una.

—Y veinte.

La señora deseaba que se fuese, y buscaba el medio de conseguirlo.

—¿No ha oido V. hablar de los últimos robos...? Creo que es peligroso andar por ciertas calles... ¡Ya se ve! ¡hay tantos rateros!

—Con efecto, he leido en los periódicos...

Hubo otra pausa.

—Amigo mio, le dijo de pronto; voy á ser franca con V... Estoy rendida, y voy á retirarme.

—¿Está V. segura de dormirse en seguida?

—Segurísima.

—Entonces, me voy... Antes habria sido peligroso.

—¿Por qué?

—Porque al marcharme yo hubiera V. murmurado de mí consigo misma, como hemos hecho los dos con el último que se ha ido.

—Ahora comprendo...

—Sí, señora: esta noche he aprendido que lo mejor que puede hacerse en un salon en donde se habla, es entrar el primero y salir el último.

Julio Nombela.

ECOS DE MADRID.

Empiezo á escribir este artículo bajo la impresion que ha dejado en mi alma la solemne funcion religiosa que ha dedicado la Juventud Católica de Madrid á la Reina de los Angeles.

¡Qué espectáculo tan conmovedor el de los verdaderos cristianos acercándose al sacerdote en el dia de la Purísima á purificar su alma, á pedir á Dios luz en medio del caos, esperanza y consuelo.

Para los católicos españoles, representa la Inmaculada tambien un sentimiento grande y hermoso: el de la patria.

Patrona de España, de la España que tanta sangre ha derramado por defender la santa Religion, parece que, al dirigirle nuestras fervientes oraciones, no solo le pedimos paz y dicha para nuestra alma, sino la dicha y la paz de la nacion grandiosa por su pasado, por su tradicion y por su porvenir, bajo cuyo purísimo cielo hemos nacido.

Si la Vírgen oye nuestra plegaria; si los deseos que abrigamos merecen su infinita misericordia, pronto llegarán dias de bendicion.

El viérnes último, no lo dudeis, toda la España carlista se ha unido ante el altar de la Purísima en una sola aspiracion.

Si lo comprendieran nuestros enemigos, se avergonzarian de su conducta para con los que califican de fanáticos.

Pero dejadles que murmuren, que nos persigan y que nos odien; nuestro triunfo será: primero, su castigo, y despues su perdon.

Y no hay duda... ese dia anhelado se acerca; casi estoy por deciros que se perciben ya sus primeros albores.

Ese silencio que reina en torno nuestro; esa fe que brilla en todas las miradas que buscan las nuestras; esa conmocion que se nota en las manos que estrechamos, dice algo; debe decir mucho á nuestro corazon.

Soldados de la Religion y del Derecho, nuestros amigos, nuestros hermanos, solo á

impulso de inspiracion divina han de moverse; pero ¿quién puede señalar el momento sino Dios?

Las ideas que están arraigadas en el alma no necesitan preparativos para manifestarse.

Insultad al que tiene el sentimiento de la honra, y le vereis improvisar la defensa de su dignidad, y vencer, porque la fuerza del derecho es superior al derecho de la fuerza.

Pero no hablemos de esto: hemos depositado nuestra confianza en Dios, y Dios, que es misericordioso y justiciero, no nos abandonará.

Por lo demas, para demostraros el espíritu que nos anima, oid cuatro renglones de una carta que algunas suscritoras de un pueblo de Valencia han dirigido al Director de este *Album*:

«Leemos con gusto LA MARGARITA, le dicen, porque nos parece que vivimos mas cerca de nuestra amada Princesa; cuando no nos trae noticias suyas, nos parece menos interesante. Si no tuviera un reflejo de la augusta Señora, no la leeríamos, porque nosotras, las carlistas de pura raza, solo leeríamos hoy boletines de guerra.»

Es disculpable esa exacerbacion, porque sois madres, sois esposas, y la atmósfera que se respira envenena los mas puros sentimientos del alma. Pero es preciso deciros la verdad; y la verdad, mis buenas lectoras, es que es preciso que vosotras hagais un juramento formal: no volver á ocuparos de política desde el momento en que sea lícito á vuestros labios pronunciar el hermoso grito que á cada instante repite vuestro corazon.

Hoy es escusable; y no solo escusable, sino necesario, vuestro concurso.

Los revolucionarios nos anulan en nombre de lo que llaman *civilizacion moderna*: nosotras tenemos que defendernos en nombre de la *civilizacion cristiana.*

***

En la última semana se han estrenado dos comedias: *La Casta Susana*, en el Príncipe, y *La Feria de Mujeres*, en el Circo.

La primera, en estremo repugnante, ha disgustado al público con razon.

No está bien tomar nombres y ejemplos sublimes para presentarlos disfrazados con el ropaje de las debilidades y hasta de los vicios de la época actual.

En el teatro sucede que los espectadores, por despreocupados que sean, se revuelven contra los autores cuando sus obras los hieren.

Tal ó cual individuo disculpará y hasta permitirá ciertas libertades como individualidad; pero al reunirse con otras personas en público, no la hipocresía, como algunos suponen, sino una reaccion natural, se indigna contra los actos que rechaza la moral y execra la grandeza que dan á nuestra alma los sentimientos religiosos.

Por eso los espectadores han condenado esta obra, cuya intencion no es mala seguramente, pero cuya forma ofende.

Lo contrario sucede con *La Feria de mujeres*, que debe todo el éxito que alcanza á la habilidad con que su autor ha sabido vestir el viejísimo asunto de la famosa *Ceneréntola* ó *Pobre Cenicienta* con los adornos mas agradables á la vista del público de hoy.

Para daros una idea del argumento, basta recordar lo que pasó á la pobre *Cenicienta*. De tres hermanas, dos son mimadas, cuidadas y preparadas para hacer buenas bodas: la tercera trabaja, es mujer de su casa, es buena, es sufrida, y como es natural, tantas virtudes le alcanzan el premio.

Al paso que la educacion de adorno de sus hermanas labra su desdicha, su abnegacion, su fe, sus cualidades caseras le proporcionan la felicidad.

***

Pasando á otro capítulo, podria deciros algo de lo mucho que se habla en ciertos círculos femeniles acerca de las cuestiones de etiqueta á que están dando lugar las recepciones semanales del Palacio de la plaza de Oriente.

Las damas de la situacion han sido invitadas á una comida, y despues se ha resuelto que no vuelvan á comer, aunque sí á la recepcion que sigue á los banquetes oficiales.

No se esplican esta medida.

—No será, dicen algunos de sus amigos, porque hayan faltado á las conveniencias. Llevaban cola entera, y todas ellas saben comer.

Así será; pero les preocupa mucho una determinacion que priva á una mesa de los encantos de unas cuantas señoras radicalas, progresistas, unionistas y cimbrias.

¡Dios me libre de hallar en algun salon neutral á alguna de estas damas, ofendidas en lo mas íntimo de su paladar, por no decir de su estómago!

Murmuran ya de una manera... que no quiero imitar, y por eso pongo aquí punto.

*
* *

En la próxima semana podreis leer el inspiradísimo folleto de D. Vicente de Manterola, con cuya colaboracion se honra La Margarita, titulado *D. Cárlos es la civilizacion.*

Para que podais formar una idea de esta inspiracion, oid este párrafo:

«Si almas especialmente escogidas de Dios mueren anticipadamente al mundo, y real y efectivamente se desprenden de sus relaciones con el siglo, para que nada les distraiga de su conversacion con los ángeles y de su trato íntimo con la Divinidad... ¡ah! la oracion de esas almas vuela al cielo como saeta encendida, y arranca del seno de Dios raudales de bendiciones que, descendiendo sobre la tierra, multiplican los frutos del trabajo y de la actividad de los hombres. Esto no se calcula, es verdad, como no pueden calcularse los beneficios que reporta la tierra del suave rocío que, durante las noches silenciosas de una tranquila primavera, refrescan, embellecen y fecundizan nuestras deleitosas campiñas. Dejad, dejad que entre las chimeneas de vuestras fábricas descuellen la cúpula de un santuario y las torres de un apartado convento. Permitid que entre el estrépito de vuestras máquinas se pueda alguna vez percibir el estremecimiento santo de las campanas de un monasterio. Haced que vuestros obreros recuerden al amigo, al pariente, al hermano, al hijo, que en altas horas de la noche van á coro á cantar las alabanzas divinas, y á pedir bendiciones temporales y eternas para los seres queridos que dejaron en este siglo.»

¡Qué hermoso cuadro! ¡Dios bendiga la mano que le ha trazado!

*
* *

Antes de terminar quiero confiaros en secreto que proyectamos para año nuevo mejoras, que seguramente os agradarán.

La Margarita será, porque así lo desea una voluntad soberana, no solo el lazo de respetuoso cariño, sino el reflejo de augustas aspiraciones acerca de la educacion moral de la mujer española.

Os ofreceremos, al lado de lo agradable, lo útil; lo bueno, sobre todo; porque La Margarita, Dios mediante, ha de vivir mucho tiempo; y aunque es humilde florecilla del campo, como vive de los reflejos de un sol hermoso, cuanto mas cerca se halle de tan hermoso foco de luz, mas vivirá, y mas pura y balsámica será la esencia que lleve á vuestro corazon.

Esperanza.



MARGARITAS.

Una jóven bella reverentemente postrada ante los altares de la Siempre Pura, es un cuadro que arrebata y enamora á las almas verdaderamente cristianas.

*
* *

¿Quién no esperimenta emociones dulcísimas al contemplar esas hermosas falanges de gentiles doncellas que, alumbradas con los serenos rayos de la fe, rodean jubilosas las efigies de María?

*
* *

Cuando las sagradas campanas, blandeándose escondidas entre los severos muros de los templos católicos, desatan placenteras sus lenguas el dia venturoso de la Inmaculada Concepcion, los corazones creyentes se inundan de santa alegría.

*
* *

El humilde como el potentado, el campesino como el sabio, dulcemente enajenados por los misteriosos ecos del metal bendito, presurosos inclínanse á los pies de María.

(R. Doldan y Fernandez.)

MADRID: 1871.—Imprenta de *La Esperanza*, á cargo de D. A. Perez Dubrull, Pez, 6.



LA MARGARITA.

ALBUM DE LAS SEÑORAS CATOLICO-MONARQUICAS.

AÑO I. 17 DICIEMBRE 1871. NÚM. 38.

POLÍTICA FEMENINA.

—

¡EL TREN!

¿Os acordais de aquel ferro-carril de que os hablaba hace algunos meses?

Habreis estrañado seguramente no verle andar, no oir siquiera su penetrante silbido, no haber apercibido el humo de su chimenea.

Y, sin embargo, el tren ha andado, y, creedme, ha andado con gran velocidad.

En medio del camino halló un túnel, un túnel largo, labrado en el corazon de una montaña.

Oísteis un silbido penetrante, y despues reinó el silencio.

Los viajeros han sufrido muchísimo; la oscuridad era grande, pero ya empiezan á descubrir alguna claridad; pronto verán la luz del sol, pronto sonreirán á sus ojos las hermosas campiñas.

Tambien nosotros percibimos el ruido de los wagones que ruedan sobre los rails; pronto el silbido de la máquina nos demostrará que el tren ha pasado el túnel con felicidad; pronto llegará á la primera estacion, y abrazaremos á los viajeros.

No estarán todos los que se embarcaron; les ha faltado á algunos la gran condicion para viajar: la paciencia: ó les ha sobrado lo que mas perjudica á los viajeros: el egoismo.

Pero no importa: si no vienen en el tren algunos, en cambio nos hemos multiplicado, por lo mismo, los que acudimos á esperarlos.

¡Oh! ¡Ya vereis con qué rapidez sale del túnel y cruza las campiñas, dejando á su paso una columna de blanco humo, que se pierde en el cielo; ya vereis cómo acuden de todas partes á saludar á los viajeros!

No viene máquina esploradora, ni hay filas de soldados en la línea.

La *fe* tiene *confianza.*

Vereis cómo todos desean ocupar un asiento en ese tren que no va á un pais desconocido, sino á un pais olvidado.

Dios le guia, no hay duda; Dios le protege porque lleva en su seno los gérmenes del bien.

¿Qué podrá oponerse á su marcha impetuosa?

Si la aguja le abre traidora el camino de perdicion y encuentra en su camino un tren que viene, ni choque habrá siquiera; le hará retroceder, y ¡oh generosidad del tren salvador! le hará llegar primero al pais de la ventura.

El viaje es largo, pero ¡qué importa!

La fuerza de la máquina es inmensa.

Primero, España.

Despues, Roma.

Despues, Francia.

Por fin, Europa entera.

El término es la gran civilizacion cristiana, conseguida por la fe, por la ciencia y el trabajo.

Hay quien pretende que detendrán la máquina luces rojas anunciando peligros.

Hay quien cree que al ver estas señales, parecidas al siniestro resplandor del petróleo encendido, debe detenerse el maquinista hasta que la luz se apague.

No, y mil veces no.

Si son señales de peligro, se afrontan y se vencen.

Si son incendios, es preciso volar á apagarloa.

Solo los gusanos esperan á que el hombre sea cadáver para devorarlo.

Solo el egoismo aguarda escondido á que pase el peligro, para salir á disfrutar la herencia de las víctimas.

Solo el miedo calcula.

La máquina avanzará, y llegará á tiempo.

El maquinista tiene brio, tiene vocacion, tiene fe, y comprende la inmensa gloria que le espera.

Si el tren descarrila, cae en el abismo.

Si sigue el camino recto, no descarrilará.

Si algun obstáculo se opone á su marcha, aplastado quedará bajo sus ruedas.

Fe, y siempre fe.

No es hoy la hora de pensar en el amor propio ó en la ambicion: hay que salvar la casa, hay que preservar del contagio á la amada esposa, á los idolatrados hijos.

Si el tren nos encuentra en el lodo, pasará por encima de nosotros. Si nos halla elevados, nos comunicará la felicidad de los viajeros.

¡Fe ciega! ¡Obediencia ciega!

¡Dios guia el tren, y le guia á su ciudad!

Hay que elegir entre la vida y la muerte; hay que apartar las miradas de la tierra y elevarlas al cielo.

Las grandes ideas necesitan mártires.

Los grandes sentimientos deben engendrar héroes.

JUAN DE LUZ.

PENSAMIENTOS SUELTOS.

—

La moralidad é inmoralidad de nuestros actos consiste en su conformidad ó no conformidad con la ley eterna de Dios.

Dios ha dado leyes al mundo físico: ¿no habia de darlas al mundo moral?

No hay criatura racional que no sienta en lo mas íntimo de su conciencia la promulgacion de la ley eterna.

Que la humanidad consienta ó no consienta, es cierto, y eternamente lo será, que el hijo debe honrar á sus padres: hé ahí una verdad, un precepto anterior y superior al hombre.

Quiso Dios imprimir su ley en el alma del hombre: impresa en nosotros, se llama *ley natural.*

Y para que la impresion de su ley en el corazon humano no se borrara con el lodo de las pasiones, sobrepúsole la trasparente é inalterable plancha de su revelacion divina.

La moral católica es la ley natural esplicada, iluminada, ampliada y fortalecida por la enseñanza y los ejemplos del divino Fundador de la Iglesia.

Es lógico que los apóstatas del catolicismo no sepan definir la moral.

Grandes son los modernos *regeneradores* de la sociedad española.

¡Son grandes niños!

Necesitan que una mujer cristiana vuelva á enseñarles el Catecismo.

La energía de los niños para destruir es poderosa.

Es profundo el pensamiento que encierra esta frase de la Escritura: *niño de cien años*. Hay efectivamente ancianos-niños.

Los sabios del siglo XIX deben ser clasificados en dos grandes categorías: de hombres sabios y de monos sabios.

La sabiduría de muchos consiste en un gran desarrollo del instinto de imitacion.

Remedar en España lo que vieron hacer en el estranjero: hé ahí toda la fecundidad de su talento.

Hacen reir un momento; pero tambien hacen llorar largos años de desventuras inmensas.

Son monos sabios.

Predicar en España la separacion entre el dogma y la moral, es pretender que los españoles volemos como las águilas, sin mas punto de apoyo que el aire atmosférico, ó que, como los camaleones, nos alimentemos con sola la aspiracion del oxígeno.

Esta es la doctrina de la moral universal *no católica*.

La moral es la aplicacion del dogma á las costumbres.

Moral y dogma son el Evangelio.

Y los Apóstoles recibieron de Jesucristo el divino encargo de recorrer el mundo todo y predicar el Evangelio á toda criatura.

Separar el dogma de la moral, es hacer pedazos el Testamento del Salvador.

Suprimir en la Iglesia el derecho de enseñar la moral, es suprimir la Iglesia misma.

Espíritus vulgares confunden la novedad con el progreso. No recuerdan la sentencia de Salomon: *Nada hay nuevo bajo el sol.*

La teoría abominable de la separacion entre el dogma y la moral fue de moda en los últimos tiempos de la Roma pagana. Es reaccion vergonzosa retroceder, con mengua de la civilizacion que alcanzamos, al estado salvaje del pueblo gentil.

La palabra *regeneracion* es un sangriento sarcasmo en labios de los que renuncian á las ventajas de la redencion obrada por Nuestro Señor Jesucristo.

El cristianismo levantó á la mujer de la abyecta condicion de esclava á la noble categoría de digna compañera del hombre. La mujer ha sido doblemente redimida por Jesucristo: debe doble gratitud al amante y amabilísimo Redentor de nuestras almas.

La mujer fue la primera apóstol de Jesucristo.

El apostolado de la mujer es siempre fecundo.

Sabe amar; y el amor es ingenioso, es perseverante, es invencible.

La mujer tiene una gran fuerza, que no es concedida al hombre: tiene la fuerza de su... simpática debilidad.

La religion se salvó en Francia á fines del siglo pasado por el concurso poderoso de la mujer.

La Religion se está salvando en España, y obtendrá triunfos gloriosos por la inspirada iniciativa de la mujer!

La moral emancipada del dogma es la mujer emancipada de la religion. Y la mujer emancipada de la religion es una Reina emancipada del Trono; es una Reina destronada, caida en manos de... ¡Oh! Una madre prefiriera una y mil veces ver muerta á su hija que verla deshonrada.

Separado el dogma de la moral, debe separarse el matrimonio del sacramento, y queda el matrimonio civil. Y el matrimonio puramente civil entre católicos es un concubinato garantido por la ley, es una deshonra y

una iniquidad honrada y enaltecida por la ley.

Los hombres hacen las leyes; pero las mujeres hacen las costumbres. Y leyes sin costumbres son ineficaces, y no son jamás subsistentes.

España será lo que la mujer española quiere que sea.

El dogma salvará la moral, si la moral se pone al abrigo del dogma.

El mundo de los espíritus no es menos armónico que el mundo de la materia.

Tiene tambien luz y calor.

Su luz es el dogma; su calor es la moral.

La luz y el calor proceden de un mismo foco: su foco es el sol.

El dogma y la moral proceden de un mismo centro: su gran centro es Dios.

VICENTE DE MANTEROLA.

BELLEZAS DE LA RELIGION.

—

LA SOLEDAD.

I.

Sedet sola...
JEREM. THREN. I, 1.

Sombríos están los cielos,
Oscura la tierra está;
Ni una estrella resplandece,
Ni una luz se ve brillar.
Arriba, nubes espesas
Detienen la claridad;
Abajo, frio cansancio
Tiende su sombra fatal.
Muerte al Autor de la vida
Le dió la turba procaz,
Y asustada se ha escondido
La vida sin respirar.
Por eso yacen los mundos
En silencio sepulcral,
Y sin luz ni movimiento
Aire, cielo, tierra y mar.
Allá en la seca llanura,
La deicida ciudad
El sueño duerme del crímen,
Y no quiere despertar.
Pero en tanto, desolada,
En agonía mortal,
Velando en la negra toca
La descolorida faz,
En el triste valle donde
JESUS sepultado está,
La Virgen MARÍA llora
En amarga soledad.

II.

Venite ad me omnes...
MATH., XI, 28.

Escuchad lo que decia
En su dolor, escuchad:
—Hijos mios, si á deshora
Por el camino pasais,
Deteneos un instante
Mis penas á contemplar,
Y decidme si habeis visto
Pena á mis penas igual.
El Hijo, luz de mi vida,
En este sepulcro está,
Que murió crucificado
Por salvar la humanidad.
Yo al pie de la Cruz estuve
Suspirando con afan,
Porque en su sangre acudiérais
Vuestras culpas á lavar.
Ahora perdido le lloro,
Sin saber qué sentir mas:
O la ausencia de mi bien,
O el temor de vuestro mal.
Dejad del mundo estraviado
La orgía loca, falaz:
Conmigo hallareis llorando
La paz que el mundo no da.
Venid, hijos, á mi lado;
Venid conmigo á llorar:
No querais dejarme sola
En tan triste soledad.

III.

Audivi vocem tuam.
PSALM. CVI.

¡Madre! Tu voz amorosa
Pude feliz escuchar,
Que me llamaba doliente
Donde tus penas están;
Doblados lazos me unian
Al mundo y su vanidad;
Mas al fin logré romperlos:
No se anudarán jamás.
—Llora mi Madre, y se anega
De dolores en un mar;
¿Y vivo yo adormecido
En contenta ociosidad?
Juegos, placeres, amores,
Orgullo, glorias... ¡atrás!
Llora mi Madre, y me llama,
Y la voy á consolar.—
Sus atractivos entonces
Redobló el mundo tenaz;
Y en vano, que *adios* le dije,
Sin revolverme á mirar.
—Madre mia de mi vida,
Dame un consuelo verdad,
En cambio de los mentidos
Consuelos que dejé allá.
Madre mia de mi vida,
Vengo contigo á llorar:
No quiero dejarte sola
En tu triste soledad.

A. DE VALBUENA.

CUADROS VIVOS POLÍTICOS
Y SOCIALES.

—

La lucha del talento (1).

En otro artículo os referí lo que representaba para un escritor llegar á ser conocido del público.

Oid ahora la segunda parte que ofrecí contaros.

Cuando ya tiene un nombre, cuando ha convertido en realidad su esperanza, se encuentra sin la crítica, sin esa apreciacion

(1) Véase el núm. 29, pág. 249.

imparcial y detenida que es el primer premio moral á que aspira el que escribe.

Unos cuantos ejemplares de su obra, hábilmente distribuidos entre unos cuantos redactores de los periódicos que mas se leen, dan por resultado al autor ó editor una gacetilla concebida en estos ó semejantes términos:

«El distinguido, conocido ó laborioso escritor N. (el calificativo depende de muchas circunstancias) ha dado á luz un notable libro, sobre el cual llamamos la atencion de nuestros lectores recomendando su lectura. Sentimos no poder ocuparnos con mas detenimiento de esta obra; pero muy en breve consagraremos á su exámen un meditado artículo. Por hoy nos limitamos á decir que está muy bien impreso y que se vende á tanto en las principales librerías de esta corte.»

El mas activo de los que reciben el libro redacta las anteriores líneas, y los demas, empuñando la tijera, cortan la gacetilla, y la reproducen aumentando ó disminuyendo la fuerza del calificativo, segun las simpatías que le inspira el autor.

Cuando este es novicio, espera con ansia el *meditado artículo;* cuando no lo es, suspira tristemente, y se dice:

—Los amigos ya han salido del paso: mi libro ha muerto.

Si el autor es un general, ha sido un ministro ó es banquero, no le faltan admiradores que llevan su abnegacion hasta el punto de leer el título y el índice de la obra, con lo cual redactan un artículo y lo remiten á un periódico.

No falta, sin embargo, algun periódico satírico que lo sacrifique sin leerlo, con tal de que su título ó el nombre de su autor se preste á un chiste.

Tampoco falta alguno que otro crítico que censure la obra porque su autor es alto ó bajo, grueso ó delgado, feo ó bonito.

—Pero eso no pasa con todas las obras, me dirán los lectores; las dramáticas son criticadas en todos los periódicos.

—Es verdad: los autores dramáticos tienen este privilegio, y si lo tienen, preciso es confesar que en general lo alcanzan, porque el teatro se parece algo á la política. Los intereses que le constituyen son mas palpitantes; puede decirse que el teatro es la bolsa de la literatura, por mas que algunos añadan que se cotizan en ella hasta papeles mojados.

Pero todo está compensado si la crítica, algo apasionada á veces, da á los autores el premio que mas desea el verdadero talento; en cambio cuesta infinitamente mas á su autor ver una obra en escena que la publicacion del primer libro.

Por supuesto que no hablo de las piezas arregladas del francés, ni de los juguetes, apropósitos, pasillos, etc., que esos entran y salen á su gusto por todas partes, y tienen tanto de literatura dramática como tendria de héroe un bufon que coronara su frente con una guirnalda de laurel.

En primer lugar, las empresas de teatros no se llaman en vano *empresas*, y el poeta choca naturalmente con su natural mercantilismo: en segundo lugar, cada teatro y cada celebridad artística tienen su camarilla, que forma un cordon en torno suyo.

Cuando vence estos dos obstáculos, puede compararse á Hércules.

Cuando ha logrado que la empresa, el comité ó la individualidad influyente lea su obra, lo que es una gran fortuna, por no decir un milagro, si ha gustado á los señores porque han visto en ella algo que anuncie muchos llenos, toma parte en el siguiente ó parecido diálogo:

—Aquí hay asunto, le dicen, pero la obra está por hacer.

—Pues yo la he concluido.

—Sí; pero es necesario hacerla de nuevo, refundir los cinco actos en tres, ó estirar la accion si tiene dos para que dé de sí otro acto.

El autor trabaja de nuevo animado por la esperanza de un triunfo; y como le han dicho:

—Tal papel tiene que desempeñarle Fulano, y es necesario que le ponga V. cinco ó seis efectos de aplausos, si no se negará á recibirlo; la actriz B. es rubia, pero le gustaria ser morena, y los papeles de las morenas la entusiasman; cambie V. el verso, en donde dice *blonda cabellera*, por otro que diga su *negra cabellera*. A tal papel hay que darle mas relieve y á tal otro menos, porque no hay ningun actor secundario que pueda hacerlo, y ninguno de los primeros actores querrá, á no ser que se lo suplique usted mucho y busque V. una gran influencia para él. La accion fíjela V. en el siglo tal, porque en la guardaropía no hay muebles de'esa época, etc., etc.

No sé si será cierto, pero me han dicho que el distinguido autor de *La Campana de la Almudaina* sufrió indecibles amarguras hasta el momento de su triunfo.

Su obra tenia cuatro actos, y quedó reducida á tres.

Se ensayó con disgusto, si no de todos, de alguno de los actores que en ella tomaba parte, y todavía en el ensayo general hubo alguno que al llegar á la famosa escena del final del segundo acto, esclamó:

—¡No! Esto es horrible; esto no puede hacerse: se nos caeria el teatro abajo.

La obra, á muy poca distancia del puerto, estuvo á pique de naufragar.

Por la noche el teatro no se vino abajo, pero los espectadores aclamaron con frenético entusiasmo al nuevo astro que brillaba en la escena.

Es necesario, pues, para llegar al triunfo, talento, paciencia, humildad, audacia ó astucia.

Con esta última puede un autor, si no ver representadas sus obras, poner en un aprieto á los que quieren darse tono con él, y miran con indiferencia su porvenir y su gloria.

Dos rasgos bastarán á probarlo.

Un autor, español por mas señas, presentó hace ya tiempo tres cuadernos de inmaculado papel, en cuyas cubiertas estaba escrito el nombre de una obra.

Dió los tres actos al director perfectamente presentados, y este le dijo que despues de leerlos los entregaria al comité para que emitiese su opinion.

Pasó algun tiempo, y el aspirante á los laureles de Lope y Calderon se presentó una mañana en su casa.

—¿Ha leido V. mi obra?

—Sí, señor.

—¿Y qué tal?

—No es mala; sin embargo, hay en ella tanta inesperiencia, que, francamente, aunque con mucho sentimiento, el comité y yo, que hemos podido apreciar el talento de V. leyendo muy detenidamente su comedia, nos vemos precisados á decirle que no se puede representar.

—Pero ¿está V. seguro de haberla leido?

—Segurísimo.

—Haga V. el favor de traerla.

El director se apresuró á complacer al neófito, y este, soltando las cintas que aprisionaban los cuadernos, los hojeó á su vista, probándole con la blancura del papel que no los habia leido.

Otro, á quien yo conozco muy de cerca, presentó un drama á una notabilidad artística que, segun decia, le estimaba mucho.

Diole todo el tiempo necesario para que lo leyera, y al presentarse á él de nuevo para saber su fallo:

—El drama es preciosísimo, le dijo, muy literario; pero ¡ay, amigo mio! todavía no conoce V. la escena; esa obra, que leida agrada tanto, en el teatro sucumbiria ante la indiferencia del público, y yo le estimo á V. demasiado para proporcionarle ese disgusto.

—Mil gracias; pero, ¿no le parece á V., dijo el autor, que aquella situacion del primer acto..., cuando viene de América el protagonista..., recuerda V.?

—Sí, sí, perfectamente.

—Y bien: ¿no le parece á V. una situacion altamente dramática?

—Está muy vista.

—¿Y el desenlace de los anillos?

—Es muy bonito; pero ¡hay tantas comedias con igual desenlace!

—Es verdad; como tambien lo es que no ha leido V. mi drama.

—¿Cómo que no?

—Lo que V. oye.

—Le digo á V. que sí. ¡Pues no faltaba mas! ¡La obra de un amigo á quien quiero tanto!

—En primer lugar, ha de saber V. que en mi drama nadie viene de América; y en segundo, que no hay en él ningun anillo. Por lo demas, se conoce que se ha enterado V. bien del argumento.

—¡Hombre, hombre! dijo el actor poniéndose algo pálido; he podido muy bien equivocarme. ¡Tiene uno tantas obras!

—Por fortuna, yo ya no me equivocaré respecto de la amistad que V. me profesa, y de la imparcialidad de su criterio.

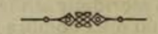
Y así diciendo, cogió el manuscrito, y se retiró á su casa satisfecho, siquiera porque habia visto muy pequeño á un gran hombre.

Y si todas las contrariedades que se oponen al autor por las empresas, por los artistas, logra vencerlas, sucede muchas veces que un padre, obcecado por el cariño, y deseando que su hijo no sufra las heridas de la *espinosa senda*, aumenta los obstáculos, y en este caso la pesadumbre de un buen hijo es mayor.

Otras veces sucede, y esto es muy general, que el autor á quien el público colma de aplausos, á quien todas las aristocracias y democracias acuden á felicitar hasta con delirio, al retirarse á su casa despues de esta inmensa ovacion, cuando su nombre apenas cabe ya en el mundo, se encuentra con cuatro blancas paredes, y afortunado cuando no le pasa lo que, segun el pasillo de Serra, ocurrió al inmortal Cervantes el mismo dia en que acabó su obra inmortal:

«La patria ingrata no vió
que Cervantes no cenó
cuando concluyó el *Quijote*.»

JULIO NOMBELA.



ECOS DE MADRID.

Como el enfermo desahuciado, busca la España que podemos calificar de *en activo servicio* una postura que alivie sus dolores, y ninguna los calma.

Es natural que esto suceda.

Los revolucionarios murmuran unos de otros y se odian como si no abrigara su alma mas sentimiento que la envidia.

Los llamados conservadores inspirarian risa si no lograsen alucinar con su esterioridad á algunos incautos. Desde hace cuatro años, los que no supieron contener la insurreccion, andan buscando todos los medios de alcanzar el poder.

¡Pobres gentes! Deben estar muy necesitados, cuando, con tal de que se cubran las apariencias, pasan por todo.

Hasta se pondrian el gorro frigio con elegancia, eso sí, porque son elegantes.

Verdad es que como todo lo que no es bueno sale mal, sus combinaciones se desbaratan, y tan pronto reniegan de uno, como le ensalzan hasta las nubes.

Por fortuna el país los conoce, y no tienen á nadie que los apoye.

Se ven en medio del vacío como almas en pena.

Los que antes, pagados de su esterioridad y de su tiránico modo de mantener el órden, esperaban algo de ellos, saben ya á qué atenerse, y hoy dicen á todos los que quieren oirlos quién es el único que puede devolver á España su pasada grandeza, su mayor bienestar.

De poco sirven esos actos de efectos cabildeados, como comedias de autor dramático corrido.

Estos dias, para hacer alarde de un patriotismo de bombo y platillos, se juntan, hablan, convienen en que Cuba se pierde, y para dar una ostensible prueba de abnegacion se proponen ofrecer una tregua al gobierno, y hasta darle su apoyo para que arregle la cuestion cubana.

¡Ah! Esto irrita... La tal cuestion cubana encierra una gran farsa.

Soy española neta, y por nada del mundo me gustaria que perdiese España aquella rica joya que á la Corona de sus Reyes dió Colon; pero, ¡por los clavos de Cristo! que no nos hagan creer que allí se necesitan nuevas fuerzas.

—Todas vosotras habreis hablado con personas que conocen lo que pasa en la Isla.

¿Y qué les habeis oido contar?

Decidlo con franqueza... ¿No es verdad que no hay uno solo que no piense que basta querer para acabar con aquel foco de insurreccion?

—Sin ir á Cuba, decia noches pasadas en una tertulia un militar que ha llegado hace poco á restablecerse de sus heridas; sin ir allá, acabaria yo en quince dias con la insurreccion.

—¿De qué manera?

—Acabando con los filibusteros, que no están allí, sino en España, muy bien disfrazados, alternando con los hombres mas notables, espiando lo que se piensa, y estorbando con su alarde de hipócrita filantropía que aquello acabe en un dos por tres. Sí, señores, añadió: los filibusteros están en Madrid, y con cogerlos, que es fácil, atarlos codo con codo y llevarlos al Fijo de Ceuta, nos evitaríamos costosos sacrificios, y, lo que es mas, que la flor y nata de nuestros cazadores tenga que ir á aquellas mortíferas regiones á luchar contra enfermedades mortales.

Hé aquí una gran verdad formulada con sencillez.

Todos los filibusteros juntos no valen lo que el último soldado de los que van á salir en breve á seguir la suerte de sus compañeros.

¿Recordais cuántos han ido desde setiembre del 68?

¿Cuántos han vuelto?

Nunca sabremos este dato: nos horrorizaria.

Dentro de algunos meses, ya lo vereis, será preciso enviar refuerzos; pero no: dentro de seis meses, y acaso mucho antes, habrá terminado la insurreccion, porque los filibusteros, ó habrán pagado sus culpas, ó estarán escondidos Dios sabe dónde.

Y por cierto que os afligiríais si supiérais en qué situacion se hallan las familias de los oficiales que se van. No porque no comprendan la inmensa gloria del soldado que defiende la independencia de la patria, no; si fuera preciso, todos nosotros empujaríamos aun á los seres mas queridos. Lo que les duele es que mientras los infelices van á sufrir, se paseen por Madrid y frecuenten los mas elevados círculos los que con su maléfica influencia lo enredan todo.

Ademas, á personas bien informadas he oido decir que en Cuba hay muchos oficiales aclimatados, cuadros completos, y, en todo caso, lo que mas falta allí es tropa.

Los sorteos han tenido á muchas señoras con el alma en un hilo, y es natural: tienen esposos, hermanos ó amigos militares, y las pobrecillas se desahogan hablando y murmurando.

¡Vaya si murmuran!

Pero no quiero hacerme cómplice suyo: Sálvese Cuba, que antes que nada somos españoles, y Dios tenga piedad de los valientes, haciendo que brote allende el mar un hombre de genio que acabe como se debe y se puede acabar con la insurreccion, aunque le sujeten mas tarde á un juicio de residencia.

***

Nada nuevo en los teatros, nada de notable en los salones.

Y por cierto que es preciso que sepan nuestros enemigos que no somos tan uraños como suponen.

Es verdad que algun periódico carlista no ve con buenos ojos que baile la gente y se divierta...: no le falta razon, si juzga lo inverosímil que parece que en tiempos tan calamitosos como los que atravesamos haya quien se divierta.

Por lo demas, cuando todo entre en órden, no seremos nosotras quien rechace esas reuniones de buen tono ó familiares, en las que los amigos se ofrecen mutuamente las mayores muestras de deferencia. en las que brillan el ingenio ó el buen gusto, y en las que, al buscar un lícito recreo, una espansion al ánimo, las personas que pueden, proporcionan al trabajador los medios de vivir y de buscar tambien recreo en otra esfera no menos grata.

Sépanlo de una vez, y crean que todo lo bello (porque para serlo necesita antes ser bueno) nos encanta y nos agrada.

Quisieran que pidiésemos á todas horas calles desempedradas, pobres andrajosos en

ellas, y holgazanes esperando la sopa boba.

Pues no, señores: no os daremos gusto: tales progresos hemos de hacer, que han de asombraros.

Los pueblos, como los individuos, se perfeccionan al marchar.

Cuando los vicios no los corrompen, llegan á su completo desarrollo; cuando ceden á ellos, perecen.

Tengan esto en cuenta los que al oir de cuando en cuando alguno que otro deseo trasnochado y anacrónico, nos juzgan á todos dispuestos á usar casaca y peluquin, ó vestido corto con perdigones en el falso.

***

¿Qué tal *La Reconquista*? ¿No es cierto que mis presentimientos se cumplen?

Es un gran adalid, y el fuego de guerrilla lo hace con una táctica que es la mejor de todas: el corazon.

Otros dos periódicos han venido á aumentar nuestras fuerzas; uno en San Sebastian, y otro no recuerdo en qué ciudad de Andalucía.

Tambien ha vuelto á aparecer *El Leal Maestrazgo*.

¡Adelante!

***

Esta semana ha empezado á circular entre nuestros amigos el *Almanaque carlista*.

Contiene en primer lugar, como debe contener nuestro Almanaque oficial, los retratos de D. Cárlos y de doña Margarita.

Sigue un *Juicio del año*, que os gustará.

Suponiendo su autor, y anda acertado, que lo que nos rodea son hojas caidas de un árbol carcomido, añade:

Mas junto al árbol roido
Por miserables insectos
Crece lozano y altivo.
Sus ramas estiende esbelto
El fuerte roble, que es símbolo
De la fe de nuestros pechos.
Él dará sombra á los mártires;
Él dará abrigo á los buenos:
Con sus hojas, la corona
De los héroes tejeremos:
Su tronco nos dará un Trono
Y su corazon un cetro;
Y en sus elevadas ramas,
Despues del fallo severo
De la sagrada Justicia.
A los malos colgaremos,
Para que su triste fin
Sirva á todos de escarmiento.

Me parece que el tal roble nada os dejará que desear. Yo espero, sin embargo, que sus ramas servirán para cobijar á todos los españoles.

Esta vez los buenos contagiarán á los malos.

¡Bendito contagio!

Sigue en el *Almanaque* que os describo una historia del año carlista y unas inspiradísimas y graciosamente profundas *Máximas caseras*, de Santiago Liniers, uno de los jóvenes de mas ingenio de la buena sociedad.

Os citaré una sola, para que busqueis con avidez las demas.

«La familia y la patria, dice, deben vivir recogidas.»

«Ya no hay Pirineos,» en boca de un español, es una frase alegre que corresponde á esta otra frase alegre en boca de una española:

—»Puesto que en casa no se guisa, vámonos á comer á la fonda.»

Os he ofrecido una, y voy á daros dos.

Oid esta máxima:

«En un pueblo liberal y monárquico, mandan los niños traviesos.

»En una república conservadora, los niños precoces y sabiondos.

»En una república igualitaria, los niños mal criados y temerones.

»En la *Commune*, los niños del Hospicio.

»Pero en todos los casos, la corona del pueblo-rey es una chichonera.»

Y bien que la necesita, porque cada paso suyo es un golpe.

El *Almanaque* ofrece ademas artículos humorísticos, poesías, efemérides de la guerra civil, y una bellísima composicion de Melgar á la Vírgen de la Almudena.

***

Tambien nosotros vamos á ofreceros un *Almanaque de la Margarita*, y nos proponemos mostraros nuestro afecto y nuestra gratitud introduciendo notables mejoras en este album, de las que en el número próximo os daremos noticia.

ESPERANZA.

MARGARITAS.

Puede decirse con verdad que la mujer sinceramente católica es un tesoro de inmenso valor. Enriquecida con los divinos dones, ¿qué empresa, por grande que sea, no es capaz de realizar la fervorosa partidaria del Evangelio?

***

Hablad á la mujer ardientemente católica de un terrible infortunio, de una empresa gigantesca, y al instante admirareis los levantados sentimientos que se anidan en su hermoso corazon.

***

¡Cuán bella y fascinadora es la esperanza...! Sus rayos bienhechores iluminan suavemente el escabroso sendero de la vida. Benigna y apacible, la esperanza es el báculo misterioso en que se apoyan los hijos desgraciados del primer prevaricador.

(R. DOLDAN Y FERNANDEZ.)

MADRID: 1871. — Imprenta de *La Esperanza*, á cargo de D. A. Perez Dubrull, Pez, 6.



LA MARGARITA.

ALBUM DE LAS SEÑORAS CATOLICO-MONARQUICAS.

AÑO I. 24 DICIEMBRE 1871. NÚM. 39.

POLÍTICA FEMENINA.

—

LA RELIGION.

Hubo un tiempo, no muy lejano, en el que era necesario llegar á los treinta años sin ilusiones, detenerse en este punto medio de la vida para fulminar una maldicion, arrojarse en los brazos del vicio, ó vejetar en la mas triste indiferencia.

Aquella época pasó, y vino otra en la que los hombres, gracias sin duda á los progresos de la química, han podido alear, si se me permite la palabra, el cálculo y el sentimiento, el negocio y la fe. Hoy, por fin, hemos llegado á un período en el que los hombres, para llamar la atencion, necesitan decir que son ateos.

Aquellos indiferentes y estos mercaderes ó ateos, son hijos pródigos de la mas dulce, de la mas bella, de la mas santa de las madres; esos impenitentes son mofa y escarnio de los que aman, comprenden y acatan á la Divinidad; de los que creen, á pesar de haber cumplido los treinta años; de los que no invocan, para vivir impunemente en la corrupcion, la santidad de la madre que los ha dado el ser y que los ampara con su nombre.

Unos y otros han obligado al alma á ocultar en sus pliegues los sentimientos religiosos: aquellos por temor á su mofa, estos porque avergüenzan con su hipocresía, porque son monederos falsos, y la honradez los rechaza.

Pero aunque en la apariencia cobre incremento el indiferentismo; aunque sea por desgracia frecuente en público la ostentacion de incredulidad; aunque parezca la sociedad atea, la madre universal y cariñosa que nos guia hácia el bien, que nos advierte el mal, que para todos nuestros dolores tiene consuelo; que no nos abandona aunque la abandonemos, que nos abre la puerta de la vida y la de la eternidad; la Religion, en fin, se conserva en el sagrado del hogar, en el seno de la familia, en lo

mas íntimo del alma, pura, inmensa, radiante.

Para encontrar la Religion, como para encontrar la opinion pública, no hay que buscarla en la superficie de ese océano que se llama *sociedad política.*

Unos cuantos recuerdos bastarán á mis lectoras para convencerse de que la verdadera Religion se conserva en todo su apogeo, oculta, sí, como las imágenes cuando los árabes dominaban en España, oculta de los sarracenos de hoy, pero ejerciendo siempre su fecunda influencia.

Ella es la única salvacion, la única esperanza de este bajel que á merced de ese temporal que se llama *materialismo*, zozobra y ve el abismo siempre abierto.

Mientras haya madres cristianas, la Religion será lo que es, por mas que el indiferentismo ó el ateismo vele sus celestiales ojos.

Ellas arrojan en el corazon de sus hijos la sagrada semilla. "Ven, vida mia, ven," dice la jóven madre al tierno niño que juega en su regazo; y mostrándole el cielo: "allí está Dios, esclama; Dios, que te da la vida, que te ofrece el cariño de tu madre, sus amantes caricias, que te brinda todo cuanto deseas."

Y como habla á una inteligencia apenas desarrollada, para que le comprenda bien, le esplica la influencia, el poderío, la bondad del Creador con esas puerilidades que los que tienen hijos no me motejarán si las llamo *sublimes.*

Y el niño empieza á ver grandiosa, espléndida, radiante á la Providencia; la idea se convierte en sentimiento, el sentimiento forma su alma, y la semilla brota, luce primero flores, da despues frutos.

La Religion le inspira respeto, amor á los seres á quienes debe la vida; le hace ver en la Vírgen la Madre de todos, y le enseña á ser hermano de sus semejantes; le lleva al templo, y en presencia del grandioso espectáculo que la fe de los siglos ha formado, se despierta su alma á todo lo grande, á todo lo bueno, á todo lo bello.

La Religion le va inculcando los principios del bien, le va apartando de las tentaciones del mal, y en todos los combates de la criatura, en todas sus dudas, en todas sus vacilaciones, alcanza el triunfo, porque no hay pecador que no vuelva los ojos hácia ella, que no busque sus brazos, que no desee su consuelo.

Ved el niño que juega con sus camaradas; está en la plenitud de su felicidad; parece olvidado de todo; y sin embargo, pasa á su lado el sacerdote, y corre á besar su mano.

Ved al niño que en posesion de una moneda que va á proporcionarle un juguete, encuentra á un pobre ciego, á una madre desvalida que implora una limosna para sus hijos: ante la satisfaccion de hacer bien, desaparece el deseo del goce adivinado: el juguete se trueca en limosna, y el premio de esta accion es un beso de la entusiasmada madre, los elogios de cuantos lo han sabido.

Mas tarde el niño, en un momento de desesperacion, falta al respeto á los que debe eterna gratitud; la Religion le dice: "Arrepiéntete, implora su perdon, besa su mano, enjuga sus lágrimas." El niño obedece, y nunca olvida la dicha que ha sentido al ser perdonado.

Mas tarde, á medida que se desarrolla su inteligencia, cuando va comprendiendo lo que hay en torno suyo; cuando á la luz del sentimiento religioso ve la creacion, estrecha mas y mas los lazos que la unen con esa eterna y cariñosa compañera de su vida; y si alguna vez la abandona para entregarse á los placeres de la imaginacion; si los vicios le arrastran, ó las pasiones le estravian, tarde ó temprano vuelve á buscarla, implora su perdon, y no hay sacrificio que deje de arrostrar para obtenerlo.

¡Ah! ¡Si nos fuera dado leer en la conciencia de los hombres como Dios lee, otra seria nuestra opinion acerca

de la influencia que ejerce en todos nuestros actos el sentimiento religioso! Entonces veríamos al que se mofa en público de la piedad, ser piadoso en secreto, dominado por el temor de Dios; veríamos á los que blasonan de descreidos y de irreligiosos creer y orar en la soledad; veríamos á los mas indiferentes postrarse de hinojos al ver á un ser querido enfermo, é implorar para él la piedad divina, comprender la grandeza del Creador al salvarse de un peligro, atemorizarse al sentir sobre su cabeza la desencadenada tempestad; veríamos al libertino, al salir de la orgía al amanecer, detenerse en la puerta del templo, observar si le miran, y entrar en el santuario á buscar lo que ha perdido en los brazos del placer: la fe, la esperanza; veríamos en todas partes, en todos los seres, una constante práctica religiosa, de forma variada, inspirada por causas diversas, pero siendo la misma en el fondo.

La jóven coqueta que ha empleado sus atractivos en alcanzar una constante admiracion, que ha cifrado su porvenir en la satisfaccion de livianos caprichos, que es ambiciosa ó pérfida, apenas se convierte en madre, olvida sus devaneos para volver á los brazos de la religion.

La vísteis ayer en los salones como una reina del placer; vedla hoy olvidada de los goces mundanos, enseñando á su hijo la señal de la cruz, velando su sueño como el ángel de la guarda, rezando al lado de su cuna para que la Vírgen le ampare, implorando la misericordia divina para que cese la fiebre que le devora, y ofreciendo con toda su alma vestir siempre tosco sayal, ella, que por nada del mundo hubiera renunciado á sus galas.

Y el hombre que, alejado de la religion, seria capaz de acometer cualquier infamia, se detiene al pensar en su hijo, y da gracias á Dios porque, bajo la forma del amor paternal, ha arraigado en su alma el sentimiento religioso.

Podria, profundizando mas, hallar muchos ejemplos en la vida privada, de que la religion existe en todo su apogeo, ejerciendo á cada instante su benéfica influencia.

¿Quién no la ha hallado lo mismo en el palacio que en la choza, lo mismo en el rico que en el pobre, lo mismo en el arrepentimiento del criminal que en la serenidad del justo?

¿Qué quieren decir esas conversiones inesperadas que vemos á cada instante? ¿Qué esas crecidas limosnas que aparecen en los testamentos de los avaros? ¿Qué esas retiradas inesperadas de los hombres de mundo? ¿Qué esa modestia de las mujeres que han vivido en la ostentacion?

Cierto es que la Religion aparece olvidada: no debia suceder, y no sucederá muy pronto; pero al menos consuélenos hoy la idea de que este sentimiento puede, en un momento dado, salvarnos.

¿Y cómo no?

Solo con fijar la vista en ese cuadro inmenso, que empieza en el humilde portal de Belen y acaba en el Calvario; solo con el recuerdo de la Pasion de Jesucristo basta para que en el peligro volvamos nuestros ojos á la eterna Fuente de vida, para que el sentimiento de la fraternidad nos anime, para que brote otra vez la luz del caos, para que sobre las ruinas del indiferentismo se levante de nuevo el grandioso edificio de la fe.

JUAN DE LUZ.

Á D. CÁRLOS DE BORBON.

Llegue ¡oh Rey! hasta ti del alma mia
libre el acento que tu nombre aclama,
ya que con él mi corazon te envía
un recuerdo del pueblo que te ama.

En la distancia, al resbalar perdida
mi voz no temo te parezca estraña,
que en tu gran corazon halla acogida
cuanto es un eco de tu amada España.

Del pueblo que á seguir sus tradiciones
debió en su suelo sustentar tu cuna,
sin buscar en sangrientas convulsiones
la estincion de su gloria y su fortuna...

¡Ah! ¡Cuán distinto su existir seria
si, al cumplir sus deberes como bueno,

viera su patria, cual la vió algun dia,
de grande historia y porvenir sereno!

Pero olvidó la fe de sus mayores,
envuelto del delirio en la corriente,
y trocó en un destino de dolores
su independencia indómito y valiente.

Siguió el grito de locas ambiciones,
que al proclamar de libertad el lema,
hunden el porvenir de las naciones
entre el desórden, que sus leyes quema.

Se dejó conducir por los que halagan
al pobre pueblo si su sangre quieren,
y luego que en grandeza se embriagan,
le abandonan, le insultan, y le hieren.

Perdió de entonces su grandeza fiera,
destruyó su poder, del mundo ley,
y vió borrado de su gran bandera
su lema protector: *¡Dios, Patria y Rey!*

Despues, juguete de ambiciones viles,
se adormece, olvidando el patrio orgullo,
y deja que se eleven los reptiles,
de mentidas promesas al arrullo.

¿Qué se hizo su valor y su energía,
que era del mundo admiracion y espanto?
¿Qué fue de su lealtad y su hidalguía...?
¿Es este el pueblo que venció en Lepanto?

¿Es el que en nobles y guerreras lides,
al espulsar de sí los musulmanes
legó á la fama el nombre de sus Cides
y el recuerdo inmortal de sus Guzmanes?

¿El que jamás domada su arrogancia,
haciendo alarde de su orgullo bravo,
se envolvió en los escombros de Numancia,
prefiriendo morir á ser esclavo?

¿El que con ansia de alcanzar laureles,
y buscando afanoso empresas grandes,
con sus tesoros construyó bajeles
para llevar la Cruz sobre los Andes?

¿El que al sentir el estranjero yugo
que humillaba su noble poderío
hirió en el corazon á su verdugo
al levantarse con su propio brio...?

¡Patria! ¿Qué ha sido del laurel glorioso
que entrelazó en tu escudo la victoria...?
¡Se ha dispersado entre el tumulto odioso
con que mancharon tu brillante historia...!

Le perdiste al perder la fe sagrada
con que alzabas á Dios tus oraciones;
al romper la cadena venerada
que formaban tus grandes tradiciones.

Quisiste despertar con nueva vida,
borrando del pasado la grandeza:
¡pobre del pueblo que su historia olvida,
y nueva historia á elaborarse empieza...!

Al perder la unidad en las ideas,
que es un lazo de amor entre los hombres,
destrozaste tu genio, y ya no creas
obras divinas que eternicen nombres.

¡Todo ha pasado èn ti! pero aun palpita
del pueblo en la conciencia, altar sagrado
donde la sombra del deber se agita,
el espíritu inmenso del pasado.

El hará renacer el patriotismo
que entre dormidos gérmenes alienta,
y á la patria alzará desde el abismo
donde hoy hundida su abyeccion lamenta.

Al deshacerse la borrasca oscura,
que en olas de dolor inunda el pecho,
renacerá la paz que se asegura
en la justicia, el órden y el derecho.

Serán verdad el bien que el alma anhela,
el que la ley con el deber concilia;
y volverá la calma que consuela
en medio del hogar y la familia.

Tendrá un iman el pueblo, que le lleve
á ennoblecer de nuevo sus blasones,
que con su ejemplo y con su amor le eleve,
poniéndole al nivel de las naciones.

Que tú, señor, cual íris de consuelo
que densas sombras al brillar deshace,
nueva vida darás al triste suelo
que en la esperanza de tu amor renace...

La aurora lucirá: si Dios consiente
que hoy te halles lejos de tu escelso Trono,
es porque ignoras la borrasca hirviente
que en él se estrella de ambicion y encono.

Porque libre tu noble pensamiento
de las mezquinas luchas de partido,
no abriga nada mas que un sentimiento:
dar al pueblo español amor y olvido.

Así, al alzar en tu potente mano
con noble esfuerzo nuestra gran bandera,
verás seguirte al pueblo castellano,
que á su sombra feliz se regenera.

Que tú has sido del cielo destinado
á ser fiel guardador de nuestra gloria.
y toda la grandeza del pasado
á tu nombre despierta en la memoria.

¡Ah! que la luz del suspirado dia
no tarde ya; y al renacer contigo,
cual hoy, que el alma su adhesion te envia,
ensalzaré tu nombre, que bendigo.

PATROCINIO DE BIEDMA DE QUADROS.

LA NOCHEBUENA DEL ARTE.

Eran las ocho de la noche del dia 24, y la alegría del pueblo de Madrid empezaba á manifestarse bajo esa forma tan original como ruidosa que por algunas horas da un aspecto salvaje á nuestra poblacion.

El infernal concierto de los instrumentos pastoriles, los monotonos villancicos y los ramplones cantares de los que venden música al por menor en las calles y plazuelas, mezclados con las infatigables y acatarradas murgas; el movimiento, la animacion, la confusion que reinaba en todas partes, asemejaban la coronada villa á una jaula de locos.

El placer era la manía dominante: todos deseaban gozar, y cada cual buscaba el goce donde esperaba hallarlo.

La gran cuestion era pasar una buena noche, y, contaminado con el ejemplo de mis semejantes, busqué tambien mi nochebuena.

—¿Qué haré para gozar como esas gentes que recorren las calles burlándose de los filósofos? me pregunté sentándome delante de la chimenea de mi gabinete para contestarme con mas comodidad.

La voz de mi conciencia me aconsejó que encaminase mis pasos á un teatro para asistir á alguno de los estrenos que las empresas regalaban al público; pero la llama que se elevaba á mis pies, tomando caprichosas formas para seducir mi vista mientras daba calor á mis helados miembros, parecia invitarme á pasar á su lado toda la noche.

El fuego es el iman de la imaginacion: la

atrae y la encadena, la subyuga y la fascina, la enamora y la acaricia, y cuando la posee la convierte en su esclava. Su última chispa es el eterno adios que da á su amada compañera; pero, al abandonarla para siempre, ha logrado que se apasione tanto de ella, que aun queda unida á sus cenizas como el corazon del esposo al mármol frio que cubre los despojos del alma de su alma.

Y como la imaginacion es el hombre entregado á sí propio, la llama de mi chimenea se apoderó de mí.

Presentándome con sombríos colores el frio que me aguardaba, las impresiones de cualquiera de las producciones dramáticas que eligiese para solazar mi ánimo, el aspecto del público, los ruidos de la calle, los encuentros fatales que podia tener; en una palabra: ofreciéndome todo lo grotesco, todo lo material de la alegría que iba á buscar, y empleando todos sus atractivos para persuadirme de que el principio de la felicidad es el alma, acabó por arrancarme la promesa de que no la abandonaria.

Así lo hice, y, resuelto á no salir de mis cuatro paredes, eché dos leños mas en la chimenea... para que durase mi placer, y, cediendo á los caprichos de mi fantástica compañera de soledad, le entregué por completo mi imaginacion.

Arrellanado en mi butaca, sin ninguno de esos deseos que mortifican, con la tranquilidad del que se resigna á todo, y al amor de la lumbre, procuré rodearme de todas las ideas que habian halagado las horas de mi vida, que habian formado el horizonte risueño de los primeros dias de mi juventud, y reconcentrándose en un grupo encantador, ofreciéndose á mi vista mas hermosas que nunca, me sonreian y fascinaban.

La poesía y la música, la pintura y la estatuaria, aisladas en los templos y en los libros, en los jardines y en los palacios, en los museos y en las ciudades, reunidas, combinadas y presentándose todos sus encantos en los teatros, evocaban en torno mio los recuerdos de sus mas brillantes triunfos. Homero y Tasso levantaban mi espíritu. Tíbulo y Garcilaso cambiaban mi entusiasmo en emociones vagas y delicadas. Dante y lord Byron, ofreciéndome las miserias de la humanidad, me inspiraban la fe, porque su genio era un ejemplo vivo de la grandeza del Todopoderoso; las melodías de Pergolese y Cimarosa; los delirios de Mozart y Donizetti; los lienzos de Rafael; las Vírgenes y los ángeles de Murillo; las gigantescas creaciones de Rubens; los mármoles animados por Phidias y por Canova, las piedras trasformadas en monumentos, como el templo de Diana, el Escorial y el Vaticano; todas estas creaciones del arte formaban los magníficos horizontes que recreaban los ojos de mi alma en aquella voluntaria soledad á que me habia condenado para pasar *una buena noche.*

Estos horizontes, ya mis lectores lo habrán pensado, eran fingidos por la flotante llama de mi chimenea, para mostrarme su gratitud por haber accedido á sus ruegos; pero, de todos modos, me brindaban un placer tan inmenso, que no lo hubiera cambiado por nada del mundo.

Mis fatigados ojos se cerraron blandamente; pero la ilusion óptica no desapareció de mi vista.

Seducido por el pasado, que tan brillante se renovaba con mis recuerdos, me parecia el presente triste y mezquino, desierto y repugnante.

Buscaba el arte, y, al encontrarle, le desconocia; la pintura, adulando, no á la grandeza, sino al oro, estaba oscurecida por la fotografía; la arquitectura, levantando edificios para una generacion convertida en símbolo del egoismo de nuestra época; todo para hoy, nada para mañana; la estatuaria, empleando sus ocios en fabricar adornos para los palacios; la poesía, viviendo del presupuesto; la música, reducida á las tristes proporciones de un eco; el teatro, el templo mas grandioso del arte, abandonado y ruinoso.

Estas consideraciones tan tristes como lamentables, comenzaban á turbar la ventura que me ofrecia mi retiro; mi dulce sueño se trasformaba en pesadilla, cuando de pronto me encontré en presencia de una inesperada aparicion.

El fantasma fue definiéndose á mi vista, y se asemejaba á uno de esos ángeles que nos parece ver cuando pensamos, al oir las palabras de una madre cariñosa, en el ángel de nuestra guarda.

Una corona de laurel ceñia sus sienes, y su mirada penetrante llevaba el fuego de que se hallaba poseida, á lo mas íntimo del corazon.

Parecia un ángel, y era un genio: *el genio del arte.*

—¡Cuán engañado estás! me dijo, aproximándose á mí con aire compasivo. ¿Crees que mi mano está helada, y que al poner mi dedo sobre la frente de los hombres mato su inspiracion? Recuerdas el pasado, miras el porvenir, y no ves el presente. Y llamas egoista á tu siglo, que enlazando los pueblos y los pensamientos con el vapor y la electricidad, ha hecho una gran familia de las naciones y de las razas; á tu generacion que saborea el fruto de la planta regada con la sangre de tantas víctimas, la libertad cristiana; á tu generacion, que despues del error y de la duda vuelve á la fe, porque al ensancharse los límites de su inteligencia, comprende que puede enorgullecerse de sí propia sin desconocer á su Creador, porque acaso lo adivina, pero no puede imitarle. ¿Crees que nada he hecho mientras que tú has vivido en el letargo del escepticismo, porque al cerrar los ojos me viste adormecido y humillado? Lo que te han parecido

instantes, han sido años; despierta, y sígueme: verás mi obra.

Obedeciendo su voz á impulsos de una fuerza misteriosa, abandoné mi pobre albergue guiado por el fantasma, como por una estrella visible para mí, invisible para los demas, y noté en todo cuanto se presentaba á mis ojos una trasformacion asombrosa.

Los edificios, las calles, las personas que veia no eran las mismas que habia dejado al entrar poco antes en mi casa.

Todo respiraba en torno mío grandeza, bienestar; pero el genio del arte queria mostrarme su obra, y me condujo á una gran plaza iluminada por brillantes reverberos. En su centro habia un jardin precioso, formando una guirnalda de flores alrededor de tres estatuas colosales, como la imaginacion de un artista inspirado podia soñarlas: eran *la poesía*, *la pintura*, *la música.*

En torno de este vasto jardin, y entre las calles que formaban sus árboles, se levantaban infinitas estatuas de los artistas y los poetas españoles mas dignos de esta dichosa recompensa de la posteridad. Pensaba detenerme á contemplar las facciones de aquellos hombres eminentes, cuando mi vista se fijó en un suntuoso edificio que coronaba la gran plaza.

El pórtico, la escalinata, las columnas que sustentaban el frontispicio, los candelabros que iluminaban las esculturas, los magníficos bajo-relieves, los medallones incrustados aquí y allá, todo el conjunto de aquel monumento colosal lo rodeaba de tal prestigio, que el alma no podia menos de conmoverse y admirarse.

—¿Es un palacio? pregunté á mi invisible compañero.

—Es un templo, me contestó; un templo erigido en mi honor.

—¿Un templo del arte?

—Es el teatro Español que algunas veces has soñado: todos me rinden culto en él, y yo, inspirando á todos, he roto las cadenas de la literatura dramática, le he enseñado su mision y la cumple, he levantado del polvo el arte escénico, he borrado de los códigos las terribles palabras que le condenaban, le he redimido con la ilustracion, y él á su vez, acortando las distancias, destruyendo los odios y las rivalidades, ha unido á sus intérpretes con fraternales lazos. Los que antes se *ganaban la vida* en el teatro; los que formaban pequeñas cortes y se erigian en ídolos aislados, hoy viven reunidos, hoy comprenden su mision civilizadora y la realizan, hoy se dejan seducir por la gloria y estudian afanosos el corazon del hombre para retratarlo, y me piden auxilio para conmover con mi magia y guiar con mi luz la inteligencia.

La vida teatral ha cambiado por completo: ese edificio es la escuela de las costumbres; sin perder su carácter recreativo, ilustra; alecciona con el ejemplo; enseña á la humanidad en un mundo reducido, pero palpitante y esplendoroso, lo que la humanidad no ve en el mundo donde vive y se agita. Con las obras inmortales de los inmortales poetas españoles alternan las que el genio produce hoy, no encerrado en el círculo estrecho de la necesidad, sino libre y esclavizando á su capricho todos los elementos. La tradicion se conserva en ese templo, pero no estacionaria, sino avanzando á cada instante.

—¿En dónde nos hallamos? pregunté á mi mentor: ¿qué capital es esta que te rinde homenage de un modo tan espléndido?

—Estamos en Madrid, me respondió, y esta plaza que ves es la Puerta del Sol. Pero no se reducen mis triunfos á lo que admiras y te asombra. No lejos de esta plaza hay otros edificios, si no tan suntuosos, dignos tambien de admiracion, y destinados á mi culto. Es uno de ellos el *Teatro histórico*: allí se levantan de sus tumbas las pasadas generaciones, se galvanizan y ofrecen á la presente, con toda su verdad, el espectáculo de los siglos que se han sucedido en la cadena del tiempo; otro de los teatros es el de la Opera española; en otro asiste el público á ver las obras mas notables de los poetas estranjeros. Los museos modernos rivalizan con los antiguos; los libros se multiplican, enriqueciendo el tesoro de la literatura patria; el talento encuentra la debida recompensa: trabaja, lucha y triunfa.

El comercio, la industria, no han destruido el arte; aumentando la riqueza de los pueblos, satisfaciendo sus necesidades materiales, despues de hacerle sufrir una crísis terrible, le han elevado mucho mas alto de lo que estaba, lo han convertido en una necesidad moral, imperiosa, ineludible. Desde las grandes capitales ha estendido su imperio á las aldeas, y en todas partes es como el sol: si este astro fecundiza las semillas del sustento del cuerpo, el arte fecundiza las que producen el sustento del alma.

—El arte ha salvado á la humanidad, añadió entusiasmándose al decir esta frase.

—Pero ¿cómo se ha verificado esta trasformacion...? pregunté yo sin salir de mi asombro; en una hora no es posible.

—¡Una hora, desgraciado, llamar á cincuenta años una hora! Mira tu rostro, añadió presentándome un espejo.

Mi asombro se aumentó: el límpido cristal cogió mi rostro, pero tambien cambiado. Mis cabellos estaban blancos, arrugada mi frente, encorvada mi cabeza: el tiempo me empujaba hácia el sepulcro.

Era un viejo; me abandonaba la vida, cuando veia realizarse los ensueños de mis felices dias, las esperanzas de tantos años.

Un temblor frio se apoderó de mí; mi es-

píritu trabó una lucha desesperada con la materia, pugnaba por desasirse de la inexorable mano de la muerte que me arrastraba hácia el sepulcro, el corazon se me oprimia, la sangre se congelaba en mis venas...: hice un supremo esfuerzo, abrí los ojos... y ví que habia soñado.

No habia salido de mi gabinete: la llama de la chimenea se habia apagado, un ruido estrepitoso llegó á mi oido, entre el rumor de los tambores sentí una voz que cantaba los monotonos villancicos, miré el reloj, y eran las doce de la noche.

Madrid estaba aun bajo la dominacion de los revolucionarios, y el arte refugiado en mi corazon.

Pero mi sueño ha despertado en mí un presentimiento: el de que será realidad cuando España, recuperando sus pasadas grandezas, aspire, bajo el reinado de la monarquía cristiana tradicional, á eclipsar su glorioso pasado con un porvenir no menos glorioso.

JULIO NOMBELA.

ECOS DE MADRID.

—

Figuraos, si esto es posible, mis queridas lectoras, figuraos por un momento que formais en el número de los que temen nuestro triunfo.

Como somos la voz de su conciencia, tiemblan, y es natural.

Son el tutor que ha derrochado la herencia de los menores, y ve llegar el dia en que no puede prescindir de rendir cuentas.

Son el pecador ante el Juez.

«¿Qué habeis hecho por la nacion que traidoramente nos arrebatásteis?» les decimos; y los pobres, la verdad, notan que han hecho mucho por sí; que los que eran domésticos están convertidos en marqueses; que los que eran pobres, son ricos; que los que no tenian sobre qué caerse muertos, se van á pasar temporadas á sus posesiones; que los que no tenian una mala levita que ponerse, llevan levitas nuevas, adornadas con grandes cruces; pero no pueden menos de responderse que han vivido como en pais conquistado.

Nosotras no podemos acusarlos en toda regla, porque no comprendemos eso que se llama *gobernar un pueblo*; pero vemos su obra en todas partes, y nos horrorizamos.

España era profundamente religiosa, y ellos la han hecho indiferente.

España era eminentemente monárquica, y no habiendo podido borrar en su alma este sentimiento, le han dado, bajo el título de *monarquía constitucional*, lo bastante para que hubiera odiado la monarquía, á no tener una gran fuerza de voluntad.

En España habia un preservativo para todas las desdichas: la costumbre de la familia; y ya apenas existe la familia, á no buscarla entre los que piensan como nosotros.

En España habia moralidad, y la Asamblea ha convenido en que, hoy por hoy, no es posible definir la moral.

Eramos ricos, y, despues de haber malvendido todo lo que teníamos, nos vemos obligados á tomar dinero á cuenta de la legítima de nuestros hijos.

El cuadro seria estenso si prosiguiese la tarea de bosquejaros la situacion.

Pero lo que he indicado basta para comprender el temor que se apodera de nuestros enemigos á la sola idea de que podemos triunfar.

¡Ah desdichados! en vano gritareis para no oir esa voz que habla en vuestro interior: es la voz de vuestra conciencia. En vano hareis alarde de crueldad para con nosotros; en vano preferireis mil muertes á sufrir nuestra dominacion; en vano emplearеis todos los medios para aniquilarnos.

Mientras vosotros proyectais los fusilamientos de Montealegre, la intriga de Sara, la cacería de Córdoba, nosotros, al anhelar nuestro bien, procuramos el vuestro.

Las víctimas que inmolais nos dicen con el sublime lenguaje de la Religion: «Perdonadlos, que no saben lo que hacen;» vuestras intrigas nos demuestran que teneis dañado el corazon, y deseamos para triunfar de vosotros mostraros que en la desgracia hay mas felicidad en nuestra alma, que en la vuestra cuando saboreais los manjares del festin que constituye vuestra vida.

Sí; sabedlo: nosotros no vemos en vosotros lo que vosotros creeis ver en los carlistas: unos encarnizados enemigos. Nosotros observamos vuestra ceguedad, os vemos, de error en error, y de culpa en culpa, caminar al abismo, y, no lo dudeis, llegaremos á tiempo de salvaros, de perdonaros y de reconciliaros con las santas ideas que habeis dejado marchitarse en vuestro corazon.

Aunque la piedad cristiana no nos aconsejara esta conducta, sabed, porque esta es la verdad, que vosotros, en los tres años que llevais de mando, habeis engrosado las filas del partido carlista, habeis reanimado á los tibios, habeis demostrado á dónde llega un pueblo cuando renuncia á los eternos principios de la moral y la justicia, y nosotros no somos ingratos. Os hemos tomado en cuenta estos favores, y os los pagaremos con creces.

No temais, pues, al ver que se aproxima el triunfo de la lógica; no huyais despavoridos. Afilad, si quereis, los puñales; nosotros haremos de nuestras armas, al dia siguiente del triunfo, arados para que la tierra os dé sustento, máquinas para que la industria aumente vuestras comodidades.

Dirán mis buenas lectoras que, para ser esta revista de Noche-Buena, es demasiado seria.

¿Y qué mejores ideas que las que puede despertar en nosotros la generosidad, deben recordarse en un dia como el de hoy?

El misterio que celebra la Iglesia, que regocija al orbe cristiano, predispone naturalmente á los sentimientos mas puros y generosos.

La fe que nos anima nos obliga á creer que ya tocamos al límite del Desierto; que ya se ve el hermoso panorama de la tierra de promision.

Si noble y bueno es decir lo que el alma siente, cuando los sentimientos son nobles y buenos, con mayor motivo deben revelarse.

Tanto mas, cuanto que este generoso amor contrasta con el odio fanático de aquellos que, por ser compatriotas nuestros, hermanos pródigos, pero al fin hermanos, han de partir con nosotros, si Dios no los abandona, las venturas que esperamos.

¿Y cuál dia mejor que el de hoy para hablar este lenguaje á nuestros implacables enemigos?

Que gocen hoy mientras nosotros sufrimos, que los reuna la Nochebuena en un festin copioso.

Será el festin de Baltasar, y cuando aturdidos y espantados caigan, que los levante y los auxilie la caridad, representada por nosotros.

***

¿Necesitaré deciros que os deseo todo género de felicidades?

Bien sé lo que me respondereis: que aun no ha llegado para nosotras la hora de gozar de estas festividades de la familia, cuya belleza aumentan la paz del alma y el amor bendito de Dios.

Pero no importa: ante todo somos católicas, y la Natividad del Salvador es la piedra fundamental del eterno edificio de nuestra fe religiosa.

Celebremos hoy, como los Reyes y los pastores, el nacimiento del Hijo de Dios; unamos nuestra pobre voz al coro de los ángeles; asistamos con toda el alma á aquella sublime escena del Portal de Belen, y pidamos al Niño que nace y á la Vírgen purísima que se recrea en sus hermosos ojos, que el año próximo no haya en esta época del año ni crísis, ni cambios de ministerios, ni apuros en la Hacienda, ni despechos, ni intrigas, sino alegría, inmensa alegría en toda España.

Para esto es necesario que celebremos fiesta de familia, y ya sabeis de qué manera puede la España entera condensarse en un solo hogar, y palpitar á impulso de un solo sentimiento.

En el Bocage pensarán en nosotras.

Pensemos nosotras en los tesoros de amor y de justicia que nos guardan aquellas nevadas montañas.

Solo así podremos pasar hoy una Nochebuena, y dentro de poco ¡muchas, muchas, muchas!

ESPERANZA.

P. S. Leed en la última página de la cubierta las mejoras que en el próximo año se propone ofreceros LA MARGARITA.

El *Almanaque* lo recibirán con el próximo número, por via de recibo, las señoras suscritoras que hayan abonado el primer trimestre de 1872.

MARGARITAS.

La Religion es el encanto y el consuelo del hombre. Ella ofrece á nuestras miradas escenas ternísimas, escenas verdaderamente conmovedoras.

¿Habeis pensado alguna vez en las heróicas hijas de San Vicente de Paul?

No solo penetran estas santas mujeres en las mansiones del dolor, sino que vuelan á los campos de batalla para socorrer á los que caen en el teatro de la guerra.

***

La obediencia es una perla peregrina. Sin ella no es posible entrar en los espléndidos alcázares de la inmortalidad.

***

Hay una princesa tan bella y arrebatadora, que sus vestiduras aparecen exornadas con los benéficos resplandores del paraiso. Esta princesa es la fe cristiana.

***

El hogar es el augusto santuario donde se alberga la familia. Embalsamado con los suavísimos perfumes de la religion, en él crecen y se desarrollan las hermosas azucenas de la virtud. ¿Dónde, sino en el hogar bendito, tienen su brillante trono los amores que constituyen la ventura de la humanidad?

(R. DOLDAN Y FERNANDEZ.)

MADRID: 1871. — Imprenta de *La Esperanza*, á cargo de D. A. Perez Dubrull, Pez, 6.



ALBUM DE LAS SEÑORAS CATOLICO-MONARQUICAS.

AÑO I. 31 DICIEMBRE 1871. NÚM. 40.

A DOÑA MARGARITA DE BORBON Y BORBON.

SEÑORA:

LA MARGARITA, que, uniendo en un solo sentimiento á sus lectoras y á sus redactores, aspira á ser un humilde reflejo del alma privilegiada de la augusta Princesa que es su esperanza, tiene el honor de elevaros la mas pura, vehemente y entusiasta felicitacion con motivo de vuestro cumpleaños.

Si doloroso es para vuestro corazon vivir lejos del hogar santo de la patria que os ama, pensad que nosotros vivimos esperándoos: tristes porque no venís, seguros de que vendreis á embellecer todo cuanto se mire en vuestros ojos, espejo de vuestra alma.

¡Ah, sí! vendreis, y vendreis pronto, á ser el ángel de la guarda de esta nacion, que anhela con sus virtudes y sus adelantos eclipsar sus pasadas grandezas; vendreis á demostrar que el verdadero progreso, que la fecunda civilizacion son plantas que solo pueden crecer y dar fruto en nuestro honrado campo.

Para nosotros vuestro augusto nombre no significa solo tradicion, monarquía cristiana en toda su pureza: significa el perfeccionamiento de la familia; significa el esplendor de las letras y las artes; significa el desarrollo del pensamiento humano sin apartarse de los destinos que le ha trazado la Divinidad; significa caridad angélica en todas sus manifestaciones; y por eso, no es solo el deber lo que nos impulsa á amaros. Perdonadnos que, tratándose de vos, coloquemos á la mujer y á la esposa sobre la soberana; porque si no hubiérais nacido con el derecho que resplandece en vuestra frente, os amaríamos y veneraríamos como os amamos y veneramos.

Dejad que nuestras oraciones vayan á unirse con la vuestra, y pensad que las españolas no ansían mas que lograr imitar vuestras virtudes y hallar en vuestra ilustracion la hermosa luz que ha de guiarlas á la felicidad.

¡Bendita, mil veces bendita seais, porque, aun desde lejos, llenais nuestro corazon de esperanza y alegría!

La Redaccion
y las suscritoras de LA MARGARITA.

POLÍTICA FEMENINA.

—

MAÑANA...

No voy á hablaros del dia de Año Nuevo.

Si os felicito porque habeis llegado á saludar su albor con la fe inquebrantable que os hace dignas del elevado concepto que mereceis como ángeles custodios de las santas tradiciones, no tengo para qué llamar vuestra atencion sobre ese dia, aun cuando es la primera página del libro en que debemos escribir nuestras venturas, cerrando para siempre las que consignan nuestras desgracias.

Tiempo vendrá en que hablemos de esto. Hoy quiero recordaros lo que la palabra *mañana* significa en España, para animaros á cambiar por completo su funesta significacion.

¡Mañana en España... es nunca!

ha dicho un poeta.

Es preciso borrar ese pasado inmediato de inercia, de indiferencia, de egoismo; es preciso á toda costa mostrar al mundo que nuestro *mañana* es la regeneracion de la patria.

Cada hombre lleva su destino en su corazon; cada pueblo es lo que son los que le forman.

Que vuelvan sus ojos al año 20 los entusiastas adoradores de la libertad; que recorran el período revolucionario que empieza con el levantamiento de Riego y concluye con la última campanada de las doce de la noche de San Silvestre en 1871, y en medio del horror que esa historia, palpitante aun, evocará en su mente, no podrán menos de comprender que el *mañana* español, es decir, la inercia, la apatía, el consentimiento perezoso esplotado por los audaces, es la verdadera causa de todas las desdichas.

Unas cuantas palabras bonitas, pérfidamente esplotadas con el auxilio de la moda, de la novedad, hicieron creer al pueblo que, rebelándose contra las instituciones consagradas por el tiempo, iba á deshacer la obra del Poderoso, y á convertir de nuevo en paraiso la tierra, el sudor del trabajo y las penalidades.

Como esos específicos que la charlatanería anuncia en la cuarta plana de los periódicos, las palabras *libertad, derechos, autonomía, sufragio, milicia ciudadana*, etc., etc., ofrecieron curar todas las enfermedades políticas, hasta las mas rebeldes.

Pueblo: contempla tu posicion actual, despues de haber servido de escabel, y compárala con la de aquellos tribunos que juraban sacrificártelo todo, y que en efecto te sacrificaron.

Ellos son ricos.

Cuando menos, tienen cesantías de treinta y cuarenta mil reales, que tú pagas.

Sus viudas y sus huérfanos firman las nóminas todos los meses.

El demócrata se ha hecho duque, y se hace presentar en bandeja de plata las tarjetas.

Los que calificaban de *acaparadoras de bienes* á las comunidades, inventaron la desamortizacion para enriquecerse por medio de otro específico, las subastas; convirtiéndose en acaparadores egoistas, mientras que las comunidades, si atesoraban, era para trocar sus tesoros en caridad.

La historia del liberalismo es larga y lastimosa.

Recordad vuestras desdichas, las persecuciones de vuestros esposos y vuestros padres, las lágrimas que habeis vertido en los últimos años, y vereis agolparse á vuestra imaginacion todas las espantosas escenas que constituyen ese poema que podria llamarse *Orgía y martirio*: orgía suya, martirio nuestro.

Pues bien: todo lo que ha sucedido y lo que pueda suceder, se debe á nuestra inercia; se debe al *mañana* funesto.

Si desde hace veinte años nosotros, los que tenemos fe, hubiéramos consagrado todo nuestro interes á educar, no solo á nuestros hijos, sino á todos

los que han vivido cerca de nosotros, para sostener, defender y practicar las doctrinas que entraña nuestra causa, hoy tendríamos una generacion vigorosa á nuestro lado.

Somos muchos, es cierto; pero seríamos mas: seríamos todos.

Si no nos hubiéramos dejado arrebatar las costumbres; si no nos hubiéramos dejado esclavizar por caprichos que han pervertido nuestra conciencia, la fortaleza donde guardamos nuestra fe seria inespugnable.

No vale decir: "Yo solo, ¿qué puedo?"

Si todos pensásemos de acuerdo, la cantidad de fuerza individual seria asombrosa, multiplicada por la cifra total.

Sin ir mas lejos, dedicaos cada una á educar el alma de una persona ignorante ó abandonada; consagraos, por ejemplo, á perfeccionar las costumbres, la inteligencia y el carácter del criado que os sirve; del hijo de vuestro portero, que pasa el dia en la calle, y al cabo de cuatro ó cinco meses las que leeis este periódico habreis librado del contagio á otros tantos seres, y esperimentareis una gran satisfaccion.

El mayor mal del liberalismo es el egoismo, que es su esencia.

Los liberalistas dicen: "Lo que no me ha de reportar inmediato provecho, lo abandono."

Nosotros, por el contrario, pensamos que debemos sembrar y cultivar, para que nuestros hijos recojan la cosecha.

Os he dicho infinitas veces, y es verdad, que la mujer es el mas poderoso instrumento de civilizacion.

Vosotras debeis dar el ejemplo, desterrando ese ignominioso *mañana*.

Los soldados saben conquistar, pero no conservar.

Vosotras sois principalmente las que podeis conservar las conquistas de aquellos y prepararlas.

¿Cómo? Perfeccionando todos los elementos, regenerando el hogar, estableciendo en la casa, en la familia, los principios salvadores, jurando no perder un solo dia sin haber hecho algo por la santa causa. ¡Ah, sí! yo os pido que todos los dias, antes de buscar en el sueño el descanso, podais decir: "He enseñado una oracion, he dado un buen ejemplo, he dispensado un beneficio, he ganado una voluntad para la España católica, he realizado una obra de caridad."

Considerad en cuán breve tiempo podríamos llegar á la regeneracion persuasiva si cada mujer, si la mitad, si la cuarta parte de las españolas lograse cada dia un triunfo de este género.

No lo dudeis: la lucha viene lógica y fatalmente: lucha moral y material.

¿Quereis que el problema se resuelva pronto? Pues trabajemos todos. Tanto hace por el bien, y acaso mas, el que le inspira, que el que le practica.

Procurad solo que ese *mañana* se llame *hoy*, y yo os aseguro que el *mañana* de España será entonces el triunfo de la monarquía tradicional, de la Religion, y por lo tanto de la familia cristiana.

El egoismo conduce al precipicio.

La generosidad á la salvacion.

JUAN DE LUZ.

ECOS DE MADRID.

Hemos llegado al término de uno de los años mas deplorables del siglo XIX.

Acaba el segundo acto del drama, y empieza el desenlace.

Todos los elementos que se agitan en la esfera moral se aprestan á la batalla.

Donde está la justicia, está el respeto; donde está el respeto, se halla la disciplina, y la victoria será, no lo dudeis, de la causa justa que tenga á su servicio mas fieles y leales defensores.

Las enfermedades en los pueblos, como en los individuos, pueden estacionarse; pero al fin llega una crísis suprema, y el enfermo perece ó se salva.

Para los hombres pensadores no es un misterio la solucion.

O la revolucion se desencadena como un castigo, y como una tempestad despeja la atmósfera, ó la reaccion salvadora, por medios menos fatales, pero heróicos tambien, purifica el aire que respiramos.

Si nos fuera posible examinar las distintas huestes, veríamos que los soldados de la causa de Dios, por el número y por la disciplina, son los llamados á triunfar.

Fijaos solo en España. Las dos grandes masas son de carlistas ó de republicanos.

Estos luchan impulsados por la desesperacion de la impotencia, por la sed de venganza que les inspiran las humillaciones que creen haber sufrido.

Preguntad á sus jefes, y os responderán que no conocen el espíritu de disciplina, que hay tantas voluntades ó autonomías como hombres. Examinad á las mujeres que están á su lado, y os hablarán de lo que sufren porque no tienen su casa como tal señora, porque no pueden vestir como tal otra, etc., etc.

Nuestras amigas, en cambio, son un solo cuerpo, una sola cabeza, un solo corazon con millares de brazos.

Confiados en el jefe que les manda, no pierden el tiempo en discutir sus órdenes; saben que son santos los principios que defienden, y están seguros, cualquiera que sea su suerte, de morir ó vivir en la gracia de Dios.

Ahora bien: ¿quién tiene mas fuerza: una sola cabeza y millares de brazos, ó millares de cabezas agitándose en confuso desórden?

No hablemos de las demas fracciones, estados mayores sin jefes, donde solo la ambicion domina.

¡Ah! No lo dudeis: la victoria será de quien la merezca.

Porque nos ven unidos y obedientes, procuran separarnos, y todos los dias hablan de disensiones en nuestro partido.

No, y mil veces no: solo la envidia, la ruin y miserable envidia, puede atizar la tea de la discordia en el seno de los partidos, y nuestros amigos solo envidian al que ocupa el puesto del mayor peligro.

Dicen que hay diferencias entre algunos de nuestros hombres mas importantes, que se disputan entre sí la influencia... ¡Qué poco nos conocen!

Descendiendo al terreno de los nombres propios, á donde nos llevan, decid, por ejemplo, al gran orador Nocedal, que de su silencio, y de que sea dirigido en vez de dirigir, depende el triunfo, y aceptará humilde y contento el último puesto; decid al ilustre Aparisi, que él, que puede, por su talento y sus virtudes, ser inspirador de un partido, necesita convertirse, para bien de la causa, en modesto comisario regio de una provincia, y le vereis correr gustoso á este puesto de honor; decid al hábil periodista, y activo hombre político conde de Canga Arguelles, que su tacto y su discreta pluma pueden ser útiles á un veterano de la guerra, y le vereis con gusto acudir á ponerse á sus órdenes.

No hay un solo hombre importante que no acepte la posicion mas humilde tratándose de servir á la causa. ¡Esta es la verdad!

***

Año nuevo, vida nueva, dice el refran. Tambien nosotros, es decir, los que redactamos este Semanario, nos proponemos, si no cambiar de sentimientos y de ideas, desarrollarlos con mas ardor, y procurar llevar á vuestra alma útil instruccion y agradable recreo.

No hemos de desperdiciar una sola ocasion de agradaros; antes, por el contrario, hemos de conseguir vuestra estimacion.

Y si el éxito corona los esfuerzos del nuevo propietario, ha de sorprenderos mas de una vez agradablemente.

Animo, pues, y al año 72, que ha de ser, si Dios quiere, memorable.

***

Para inaugurarle dignamente voy á confiaros un delicado pensamiento de nuestra amada Princesa.

El Director de este Album ha recibido una carta de la señorita doña María Teresa de Florez, dama de doña Margarita, concebida en estos términos:

«Muy señor mio: La Duquesa de Madrid siente en su corazon todas las desgracias de los españoles, y no pudiendo remediarlas, como seria su mayor placer, quiere al menos contribuir á aliviarlas.

»Con este objeto invita á todas las señoras carlistas, como lo ha hecho á las legitimistas de Europa, para que contribuyan á esta obra caritativa, depositando en poder de V., para que luego pasen á manos de la condesa de Orgaz, los objetos ó labores que su buen deseo les sugiera.

»Con todo lo que se reuna se hará una lotería ó rifa, y su producto se repartirá entre los pobres.

»Cree la Duquesa de Madrid que las señoras carlistas querrán complacerla, por el *amor de Dios*, y que los resultados serán tales, que llevarán el consuelo, y acaso la vida, á muchas familias necesitadas,» etc.

Ya veis como tengo razon al deciros que solo en consolar las desdichas que afligen á España piensa la augusta Princesa.

Sé que entre las labores mas preciosas figurarán algunas de doña Margarita; sé que sus damas imitarán su ejemplo; sé que apenas ha sabido Dámasa Morales los deseos de la egregia Princesa, se ha puesto manos á la obra, y sé, por fin, que el resultado del noble y generoso propósito de doña Margarita servirá para aliviar á los pobres, para probar que todas las españolas estamos dispuestas á secundar sus pensamientos, y al mismo tiempo para demostrar que poseemos el conocimiento de las labores femeniles, que tanto contribuyen á hacer agradable á la mujer.

Desde hoy se admiten los donativos en la Redaccion de LA MARGARITA, y en cada número daré yo cuenta de los que se reciban.

¿Qué mejor manera podíamos tener de empezar el año?—ESPERANZA.

MADRID: 1871.—Imprenta de *La Esperanza*, á cargo de D. A. Perez Dubrull, Pez, 6.

ÍNDICE.

ARTÍCULOS Y POESÍAS CONCERNIENTES Á LOS SEÑORES DUQUES DE MADRID.

POLÍTICA FEMENINA.

BELLEZAS DE LA RELIGION.

BOCETOS CARLISTAS.

CUADROS VIVOS POLÍTICOS Y SOCIALES, POR DON J. NOMBELA.

BELLAS ARTES.

ASUNTOS VARIOS.

POESÍAS VARIAS.

MARGARITAS DE VARIOS AUTORES.

PLANTILLA PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

